

JOSÉ ANTONIO COTRINA

# LA CANCIÓN SECRETA DEL MUNDO



Lectulandia

Ariadna es un misterio para todo el mundo, incluso para sí misma. ¿Por qué su ojo izquierdo es totalmente negro? ¿Cómo pudo ser rescatada ilesa tras un incendio durante el que estuvo inconsciente? ¿Corre peligro la gente que la rodea?

**Lectulandia**

José Antonio Cotrina

# **La canción secreta del mundo**

ePub r1.2

Titivillus 26.01.15

Título original: *La canción secreta del mundo*  
José Antonio Cotrina, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,  
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,  
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,  
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,  
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

**EDICIÓN CONMEMORATIVA**

[WWW.EPUBLIBRE.ORG](http://WWW.EPUBLIBRE.ORG)

*A Gabriella y los mapas que conducen hasta ella*

Se mire como se mire, todo empieza con una matanza.

**HILARY MANTEL,**  
*En la corte del lobo*

# PROLOGO

## UN SACO DE NIÑOS MUERTOS

Era una mañana cualquiera, una mañana entre tantas.

Una mañana tan común que parecía que no podía ocurrir nada reseñable en ella. Llegaba el invierno y el bosque había amanecido cubierto de escarcha. Las nubes se movían lentas por el cielo plomizo, venidas de ninguna parte, camino a ningún lugar.

La puerta ruinososa que se alzaba en aquel claro era tan peculiar como el hombre desgarrado que se aproximaba a ella. Este llevaba un gastado gorro de aviador, una gabardina negra y un saco al hombro. Caminaba a paso vivo y la sombra que proyectaba no era siempre igual, a cada zancada variaba de aspecto. A veces el charco de oscuridad a sus pies adoptaba un número de brazos y piernas que no se correspondía con el cuerpo del que surgía, en otras ocasiones era un simple borrón amorfo que no guardaba relación alguna con nada que estuviera acostumbrado a contemplar el ojo humano. El extraño individuo llevaba un revólver y una espada en bandolera, ambos envueltos en una enfermiza luz verdosa. Pero lo más singular de su apariencia no era ni su sombra ni sus armas, lo que más llamaba la atención era el saco que cargaba. Era de tela basta y, aunque su contenido quedaba oculto a la vista, las formas que este adoptaba contra el tejido resultaban lo bastante siniestras como para hacerse una idea de su naturaleza.

El hombre del saco y su sombra cambiante atravesaron el claro hasta llegar a la puerta en ruinas. Era una puerta enorme, fabricada en madera grisácea, de arco apuntado repleto de tallas; a su alrededor todavía quedaban rastros del muro en el que se había abierto: ladrillos destrozados que se abrazaban a su contorno como si tuvieran miedo a caer. Más allá de la puerta no había nada, solo la misma extensión de terreno baldío que conducía a ella. El arco se combó para moldear lo que bien podía tomarse por una sonrisa sarcástica; aquel movimiento estuvo acompañado de un crujido de madera forzada. Los bajorrelieves que la adornaban parecieron agruparse en la curva superior, formando dos sombras semejantes a ojos entornados.

—¿Quién se acerca? —se escuchó decir. La voz provenía de la misma puerta. Era una voz cascada y quebradiza. La voz que tendría la madera si esta hablara—. ¿Quién se atreve a entrar en los dominios de la Carroña?

—Que el Rey Muerto te lleve —rezongó el hombre. Su voz era ronca y su aliento apestaba a aguardiente—. Sabes muy bien quién soy.

—Igual que sé lo que llevas al hombro, Legión —añadió la voz de madera—. Un saco de niños muertos, nada más y nada menos. Dime, ¿te sobra alguno para dar de comer a una puerta hambrienta?

—Que lo decida Barrabás. Franquéame el paso, maldita, o te reviento a balazos.

La puerta rio y, mientras lo hacía, sus hojas se fueron abriendo, despacio, hacia dentro, mostrando un paraje que en nada tenía que ver con el que se podía contemplar si se miraba más allá de su marco y el muro: tras el umbral se veía un patio descuidado, de grandes losas manchadas de musgo negro, que antecedió a un enorme edificio cuyas formas sombrías tenían, a la par, aire de castillo y de mansión abandonada. Legión se acomodó mejor su macabra carga al hombro y atravesó la puerta. Esta se cerró a su paso mientras hablaba con su voz de carcoma y astilla:

—Que la oscuridad te proteja, que las sombras te amparen. Aquí mora la Carroña. Sé bienvenida, criatura sin alma: estás en casa. Estás en la Umbría.

Por toda respuesta, Legión soltó un gruñido.

El cielo de la mañana desapareció en cuanto puso un pie al otro lado del umbral. Se hizo de noche, una noche profunda, sin estrellas, que flotaba en las alturas como un espectro colosal. La puerta seguía a su espalda, pero aparecía ahora encajada en una muralla de ladrillo rojo que rodeaba el patio y la casa fortaleza. El detalle más peculiar de aquel edificio, aparte del aura de malignidad que flotaba a su alrededor, era que carecía por completo de ventanas, ni la más pequeña abertura se abría en sus muros, lo que le daba un aspecto aún más rotundo, aún más real. El hombre del saco aceleró el paso. No se dirigió hacia la entrada principal, bordeó la fachada hasta dar con una puerta medio oculta entre pilares.

Llamó con los nudillos y la puerta, al tercer golpe, se abrió con un somnoliento quejido, dejando ver una escalera de caracol que se hundía en las profundidades. Antes de entrar, el hombre se quitó el gorro y lo enganchó en una presilla de su cinto. Sintió un fuerte retortijón en las entrañas al pisar la primera escalera. Un hechizo nocivo se le había echado encima, pero retrocedió al reconocerlo. La magia defensiva de la casa se replegó, permitiéndole el paso y Legión, tras musitar un juramento, comenzó el descenso.

Cada giro completo de escalera conducía a un pasillo. Legión los ignoraba por sistema. Mientras bajaba llegaban hasta él los más diversos sonidos, procedentes de las galerías que desembocaban en la escalinata: ruido de maquinaria, de cadenas, de metal contra metal, latigazos, borboteos, gritos, gemidos y súplicas que nadie atendía... Un pandemonio que hablaba de tortura, horror y encierro. Alguien lloraba, un niño tal vez, y su llanto quedó tapado por la risa brutal de su torturador. En el descansillo de uno de esos pasajes se topó con una mujer embutida en una bata manchada de sangre. Llevaba unas gafas anticuadas y un bozal de cuero. Los dos intercambiaron un saludo con la cabeza antes de proseguir camino: ella hacia arriba y él hacia abajo.

Tras largo rato de descenso, los peldaños lo condujeron al fin a la planta que



buscaba. Allí, al otro lado de un corto pasillo, se veía una única puerta, de color negro. Ese era su destino.

Alargaba la mano hacia el pomo de la puerta cuando esta se adelantó a su deseo y se abrió. La estancia a la que fue a parar estaba iluminada por pebeteros y velas colocadas de mala manera sobre cualquier superficie lo bastante plana como para sustentarlas. El lugar estaba atestado de trastos, alambiques, jarras de contenido ignoto, libros deteriorados y mucho, muchísimo polvo. Una gran mesa con forma de L ocupaba la pared opuesta a la puerta. Ante ella, encorvado en una banqueta dotada de ruedas, se sentaba un anciano esquelético que en aquel preciso momento mantenía su vista fija en un libro abierto ante él. Legión alcanzó a ver que la cubierta del libro despedía un tenue brillo ambarino.

—Te has hecho de rogar, Legión —le recriminó el anciano mientras se giraba en el asiento. Tenía aire rapaz, un deje de ave carroñera ansiosa de alimentarse. El torso desnudo y lampiño, la delgadez extrema y la nariz aguileña favorecían aún más esa impresión. Parecía un buitres reconvertido en ser humano.

—Ha sido complicado encontrar cuatro niños recién muertos, Barrabás —se disculpó—. No crecen en los árboles, ¿sabes?

El anciano asintió con desgana y prolongó el último asentimiento de cabeza para señalar la mesa tras él. Legión se acercó a ella, tomó el saco con ambas manos y, tras desatar la cuerda que lo mantenía cerrado, volcó el contenido sobre la mesa. El ruido de los pequeños cadáveres al caer sonó triste y blando, pero ninguno se conmovió en lo más mínimo.

—¿Todos nacidos muertos? —preguntó el llamado Barrabás.

El otro asintió.

—Ninguno estaba vivo al salir de su madre. Y todos son recientes, al menos todo lo recientes que he podido encontrar dadas las circunstancias. Niños puros, muertos sin violencia. Justo como pedías.

Barrabás movió la banqueta a lo largo de la mesa hasta acercarse al montón de cuerpecillos inertes. Se inclinó hacia delante, tan doblado sobre sí mismo que parecía que las vértebras de su espalda iban a salir disparadas. Su nariz huesuda comenzó a agitarse en un frenético olfateo. Tomó a uno de los niños por una pierna y lo hizo a un lado.

—Demasiado tiempo muerto —gruñó—. Y esta niñita también, debió de morir días atrás en las entrañas de su madre —señaló mientras la apartaba sin contemplaciones. A continuación olfateó con detenimiento los dos cuerpos restantes—. Estos en cambio... —comenzó. Se relamió mientras proseguía su escrutinio—. Sí, sí. —Los ojos le brillaban—. Estos son perfectos. Justo lo que necesitábamos.

El anciano tomó ambos cadáveres, un niño y una niña, y los llevó consigo hasta el otro extremo de la mesa. Allí se encontraba un aparato con aspecto de enorme máquina de coser a la que hubieran añadido un complicado conjunto de probetas y matraces, repletos todos de líquidos burbujeantes. Junto a la máquina había un tablero

de control plagado de palancas, ruedas y diales, y, a su lado, un montón de utensilios de filo: tijeras, agujas, bisturíes, cuchillas y escalpelos.

—¿Puedo quedarme a mirar? —preguntó Legión.

—Puedes hacer lo que te venga en gana siempre que no molestes —le respondió Barrabás mientras se levantaba de la banqueta y se acercaba hacia una estantería con paso rápido. Aquellos niños servirían, pero no podía demorarse mucho o los perdería también a ellos.

Tomó de un estante, con suma delicadeza pese a la urgencia, un bote repleto de licor amarillento. En su interior flotaban dos ojos, ambos negros por completo, sin rastro alguno de blancura ni división de iris y pupila, dos esferas que parecían moldeadas en alquitrán. Llevó el bote junto a la pareja de niños muertos. Se sentó de nuevo en la banqueta, colocó a la niña en el extraño artilugio, puso los pies en los pedales que accionaban este y lo activó. Al momento, el líquido contenido en los matraces y probetas rompió a bullir. Un chirrido punteaba cada pedaleo del anciano.

De la espalda nervuda de Barrabás comenzaron a surgir extremidades. Brotaban alrededor de sus omoplatos, de su columna, de su cintura... Eran brazos delgados, de manos pequeñas y dedos minúsculos que se abalanzaban nada más aparecer hacia los controles de la máquina y los utensilios cortantes. Un par de manos tomaron el frasco de los ojos negros, lo abrieron con destreza y extrajeron uno de ellos. El caos de brazos fue pronto de tal magnitud que Legión, desde donde estaba, dejó de ver al anciano. Los pies accionaban los pedales de la rueda cada vez más deprisa. Barrabás susurraba para sí, absorto, perdido en su tarea.

Legión se retiró un paso y contempló la frenética actividad del brujo. Durante largo rato los únicos sonidos en la estancia fueron el traqueteo de la máquina, el canturreo del anciano y el bullir de líquidos.

Luego, de pronto, una niña muerta rompió a llorar.

\* \* \*

*Catorce años después.*

El edificio, un caserón enorme situado en el casco antiguo de Berlín, comenzó a arder pasada la medianoche. Los vecinos del inmueble escucharon una potente explosión justo antes de que el incendio se declarara con lo que, en principio, se achacó el fuego a una fuga de gas. Dos dotaciones de bomberos se presentaron en la zona y comenzaron de inmediato las labores de extinción al tiempo que la policía desalojaba las viviendas vecinas por miedo a que el incendio se extendiera.

La casa era un anticuado edificio con un jardín mal cuidado, repleto de matojos desde los que se atisbaba un columpio de aire vetusto. Una de las alas de la casa estaba en llamas y buena parte de su fachada se había venido abajo; la otra ala y la

zona central, en cambio, todavía se encontraban a salvo del fuego. Mientras un grupo de bomberos se dedicaba a controlar el incendio, otro grupo entró en el caserón para socorrer a las posibles víctimas. No habían pasado ni dos minutos cuando un miembro del contingente salió de la casa, con el casco en la mano y el semblante lívido. «Está lleno de muertos», anunció. Y tanto el tono de su voz como su aspecto dejaron claro que lo que habían encontrado estaba muy lejos de ser el escenario normal de un incendio.

Con la entrada asegurada, los primeros policías entraron en la vivienda. Los cadáveres estaban repartidos por todo el lugar, tan despedazados que resultaba imposible hacerse una idea de su número. El incendio había cortado el suministro eléctrico y los policías y bomberos avanzaban bajo el resplandor de las linternas. Su luz movediza iluminaba la carnicería. La sangre lo manchaba todo. Una de las linternas alumbró algo imposible, un antebrazo enorme, tres veces superior a lo normal, velludo y musculoso, de uñas negras y afiladas. No encontraron más restos de aquel coloso, pero sí dieron con sus huellas: pisadas descomunales impresas en sangre que desaparecían de pronto en mitad de una sala abarrotada de cuerpos carbonizados. Nadie daba crédito a lo que veía. Entre aquellas paredes había tenido lugar una verdadera batalla, no había otro modo de describirlo. Se veían armas de todo tipo esparcidas por el suelo: espadas, dagas, revólveres de aspecto extraño... La sensación de irrealidad en la que estaba sumido el grupo de bomberos y policías iba en aumento a medida que se adentraban en el edificio.

Pronto encontraron las primeras llamas. Hasta el fuego tenía un aspecto acorde con aquel ambiente de pesadilla: un tono amarillento, bilioso. El humo que culebreaba en las alturas parecía casi un ser vivo que intentara ocultarse a la vista. El agua a presión de las mangueras fue extinguiendo el fuego y facilitó el avance de los bomberos. Y mientras proseguían la marcha más y más cadáveres les fueron saliendo al paso. Descubrieron el cuerpo de una mujer desnuda clavado en la pared por un arpón descomunal; tenía los ojos cubiertos por una venda en la que aparecía dibujado un ojo de pupila irisada que, a la luz de la linterna y al resplandor del fuego, parecía moverse, vigilante y atento. Más adelante, para su sorpresa, se encontraron con un caballo muerto; estaba tumbado de costado con el vientre abierto y las tripas fuera. La presencia de aquel animal fue tan perturbadora que nadie se dio cuenta de que tenía un cuerno en la frente.

Por fin, tras una eternidad de horrores y cuerpos despedazados, llegaron al que parecía ser el epicentro de la explosión. Tras un duro batallar contra el fuego pudieron comprobar el estado ruinoso en que había quedado la estancia. Los tabiques estaban hechos añicos, los muebles eran irreconocibles y los restos humanos que salpicaban el lugar eran demasiado pequeños como para reconocer a qué parte del cuerpo pertenecían. Pero lo más sorprendente de todo era que, en mitad de aquella devastación, había un espacio para la calma: un círculo de metro y medio de diámetro que, de modo sorprendente, no había sido tocado por la destrucción: el entablado del

suelo estaba entero, limpio de mugre y ceniza, y hasta se podía ver una silla intacta, tumbada de costado allí dentro. En el centro de esa isleta estaba tendida la niña, una joven de unos catorce años, hecha un ovillo. Un bombero fue el primero en reaccionar ante aquella insólita presencia y acercarse. Justo cuando llegaba al borde de aquel círculo imposible pareció chocar contra el aire, como si se hubiera topado con una barrera invisible. Dio un paso atrás, sacudió la cabeza y avanzó de nuevo, con más precaución esta vez. Fuera lo que fuera, lo que le había impedido acercarse en primera instancia había desaparecido. Se acuclilló junto a la niña y la examinó con cuidado. Era una muchacha morena, de pelo largo y rasgos muy marcados. Mostraba una quietud de piedra que le hizo pensar que el milagro no era tal y que estaba muerta. Pero de pronto la joven abrió los ojos de par en par y se incorporó con tal celeridad que el bombero estuvo a punto de perder el equilibrio, asustado por tan brusco movimiento. Por un momento, pensó que a la chica le faltaba el ojo izquierdo pero no tardó en darse cuenta de que lo que había tomado por una cuenca vacía era en realidad un ojo negro por completo, sin iris, ni pupila. La joven estaba aterrorizada.

—¡Ariadna! —gritó y la angustia de su voz eclipsó la devastación que los rodeaba, fue como si todos y cada uno de los cadáveres que habían encontrado en la casa le hubieran prestado su voz para que pusiera en palabras el horror que habían vivido allí esa noche—. ¡Ariadna! —repitió.

Luego cayó inconsciente, sumida en un desmayo profundo del que tardaría días en regresar.

PRIMERA  
PARTE

## ARI

Por quinta noche consecutiva, Ari tuvo el mismo sueño. En él marchaba a través de una ciudad en brumas sabedora de que algo la perseguía y que no mostraría piedad de alcanzarla; ella, al mismo tiempo, buscaba algo entre los edificios mal dibujados, borrosos, que la rodeaban, algo importante, algo que había perdido. Lo más significativo no era que sus sueños fueran calcos idénticos unos de otros, lo más llamativo era que hasta cinco días antes, Ari no había soñado jamás. Al menos no lo había hecho en los últimos cuatro años de su existencia, los únicos de los que tenía memoria. Fue tal su sorpresa que la primera noche despertó sobresaltada, incapaz de comprender qué era aquello que se había abierto paso en su mente dormida. Sabía de la existencia de los sueños, por supuesto, y, tras el desconcierto inicial, comprendió que de eso se trataba, pero aun así tardó en tranquilizarse. De hecho no volvió a dormir hasta muy entrada la madrugada.

Noche tras noche, el sueño se repitió, con variaciones, aunque idéntico en lo esencial: esa búsqueda constante, ese saberse perseguida..., pero fue en esa quinta ocasión cuando comenzó a inquietarse de verdad. Hasta entonces, la ciudad que había atravesado en esos sueños había sido una masa difusa de sombras y claroscuros, pero en ese quinto sueño había comenzado a reconocer los edificios y calles que le salían al paso: era su ciudad, era Madrid y muy cerca de su barrio además. Pero no fue eso lo que la perturbó: lo que la inquietó de verdad fue que, mientras soñaba, supo que aquello que la andaba buscando estaba más cerca que nunca, tanto que no podía tardar en darle alcance. Ari caminaba deprisa por las calles, bajo una lluvia rápida y fría. En los cielos brillaba el sol de la mañana, pero su luz apenas conseguía abrirse paso a través del manto de nubes negras que pendía sobre la ciudad.

Una repentina vaharada de podredumbre le llegó desde una bocacalle próxima. Supo que su perseguidor estaba allí, justo a unos metros de distancia, a punto de descubrirla. Escuchó su respiración, un bramido discontinuo, un olfateo atroz y bestial. Se forzó a desandar el camino, muy despacio. Estaba perdida, lo sabía. No podía apartar la vista de la bocacalle. Allí una sombra iba cobrando forma, algo enorme, grotesco. Aquello, fuera lo que fuera, no era humano. Y estaba a un segundo de mostrarse.

De pronto, para su alivio, un estridente sonido la sacó del sueño. Por un instante pensó que era el despertador y manoteó en su búsqueda sobre la mesilla, pero no tardó en darse cuenta de que lo que sonaba era su móvil.

—Dime lo más asquerosamente romántico que se te ocurra, ¡deprisa! —le apremió la voz al otro lado cuando contestó. Era Marc, su novio.

—¿Qué? —preguntó ella mientras se incorporaba en la cama, con el teléfono pegado a un lado de la cara y una sábana en el otro. El brusco despertar, la angustia del sueño y aquella insólita e inesperada petición la aturdieron. Miró de soslayo el reloj de la mesilla. Los números luminosos del mismo anunciaban que eran las diez de la mañana. No solía despertarse tan tarde.

—¿Has visto el tiempo que hace? —le preguntó Marc—. Llueve a cántaros y hace un frío polar. ¡Necesito algo que me anime a salir de la cama! ¡Dime algo bonito o hibernaré hasta la primavera! ¡No me verás durante meses! ¿Podrás soportarlo?

—Ponme a prueba —gruñó ella con voz pastosa mientras, poco a poco, volvía a la realidad—. Arghs. Me apesta el aliento a rata muerta.

—Eso no es muy romántico —se quejó el muchacho.

—Y tengo que ir al baño —dijo Ari—. Con urgencia además. ¿Quieres que me lleve el teléfono allí? Podemos seguir charlando mientras estoy sentada.

—No estoy preparado para dar ese paso en nuestra relación —confesó Marc con voz pausada y profunda—. Y no sé si lo estaré nunca. Te veo a las doce, ¿verdad?

—A las doce en el bar del Caníbal —le confirmó ella—. Si es que verme es suficiente motivo para salir de la cama.

—Deja que lo piense —pidió él—. Eres mona y me haces reír. Y a veces hueles muy bien. —Se escuchó un pesado suspiro—. Motivos de sobra para meterte a ti dentro de mi cama, pero ¿para salir yo? No lo sé, no lo sé...

Ari soltó una carcajada.

—Te quiero, imbécil —le dijo—. ¿Te parece lo bastante romántico o busco un insulto mejor?

—El imbécil me ha llegado al alma —aseguró él—. A las doce me tendrás allí. Te quiero, boba.

—Más te vale —dijo ella.

La joven se permitió otra sonrisa mientras colgaba. Aquellos «te quiero» insultantes eran el único resquicio que permitían a la ñoñería en su relación. Nada de romanticismo ni sensiblería, ese había sido el acuerdo y, por el momento, ambos lo estaban cumpliendo. Se estiró en la cama, con los brazos extendidos sobre su cabeza y las manos entrelazadas.

De pronto, el vivido recuerdo del sueño del que acababa de despertar se abalanzó sobre ella. En la penumbra de su cuarto había demasiadas sombras, demasiados bultos que no lograba identificar. De nuevo regresó la sensación de ser perseguida, aún peor, la sensación de que algo terrible estaba a punto de darle alcance. De la intranquilidad pasó a la verdadera alarma. Buscó el émbolo de la lámpara de su mesilla y encendió la luz. Al instante, las sombras se convirtieron en los objetos familiares de su habitación: sus muebles, la ropa colgada de una silla, las marionetas de su madre, el ordenador sobre la mesa... Ningún monstruo acechaba. Todo estaba

en calma.

\* \* \*

La criatura avanzaba a trompicones por el suelo encharcado del callejón. Medía más de dos metros y estaba recubierta por una coraza natural de brillante color negro; en cada una de las placas que conformaban su piel había grabada, de forma tosca, una runa. Caminaba encorvada, como si el peso de la multitud de huesos retorcidos que emergía de su espalda le impidiera erguirse. Abría y cerraba sus zarpas sin dejar de olfatear. El olor de su presa todavía pendía del aire, a pesar de la intensa lluvia que descargaba el cielo. La luz escasa del sol de invierno resbaló por su piel corácea cuando abandonó las sombras de la calleja para salir a una amplia avenida.

Los coches circulaban despacio bajo el aguacero, con las luces encendidas, ajenos al monstruo que acababa de aparecer en mitad de la acera. La calle estaba casi desierta, solo se veía a una mujer entrada en años armada con un carrito y un paraguas que a duras penas lograba sostener ante las acometidas del viento. La anciana pasó a un metro escaso de aquel horror, sin dar muestra de ser consciente de su presencia. Los ojos hundidos y apagados del monstruo también la ignoraron, miró calle arriba y luego calle abajo, sin parar de ventear el aire. Su mandíbula inferior era mucho más larga que la superior y dejaba al descubierto un entramado de colmillos afilados tan irregulares como el caos de huesos que crecía de su joroba. La mujer, sin saber muy bien por qué lo hacía, detuvo su lucha contra la lluvia, soltó el carrito y se santiguó con rapidez antes de continuar su camino.

El monstruo, un segundo después, continuó el suyo.

\* \* \*

Ari limpió el vaho que empañaba el espejo con el dorso de la mano para poder contemplar su reflejo. Luego procedió con la larga ceremonia de cepillarse el pelo. Le llegaba a media espalda y estaba orgullosa de él; era un cabello negro, sedoso y brillante. Había quien aseguraba que era guapa, pero ella no compartía en absoluto esa opinión. Se veía la barbilla demasiado pequeña, la nariz respingona y las orejas grandes. Se habría calificado a sí misma como anodina de no ser por ese rasgo tan peculiar de su fisonomía que tantos quebraderos de cabeza le procuraba: sus ojos.

Como solía hacer con frecuencia, Ari cubrió el izquierdo con la palma de la mano mientras estudiaba el derecho. Era hermoso, perfecto, un ojo de un azul claro que hacía pensar en cielos de amanecida y estanques en calma. Si el otro hubiera sido



igual hasta ella misma se habría atrevido a considerarse guapa. Cubrió entonces el derecho con la mano y abrió el izquierdo. Ese ojo era diferente por completo, no solo a su pareja, era diferente a cualquiera que hubiera visto en otro ser humano. Era de un negro uniforme, sin pupila distinguible ni rastro de blanco en la esclerótica. Durante los primeros meses de adopción sus padres la habían llevado a un par de especialistas, pero estos se habían limitado a catalogarlo como un curioso caso de heterocromía, esa rara singularidad en que los ojos, ya fuera por genética o enfermedad, eran diferentes el uno del otro. Su ojo izquierdo funcionaba a la perfección, lo único anormal era su color; una tenebrosa oscuridad que contemplada desde cierto ángulo creaba la impresión de ser una cuenca vacía. Para evitar preguntas y miradas de extrañeza, llevaba casi siempre puestas gafas de sol y fingía sufrir un caso grave de ftofobia. También solía ponerse una lente escleral, una lentilla que cubría por completo la superficie del ojo y que copiaba la apariencia del derecho. Aun así muchos llegaban a pensar que Ari tenía un ojo de cristal.

Acarició con la yema de los dedos el contorno de aquel ojo oscuro. Había algo sobre él que nunca se había atrevido a contar a nadie, ni a su oftalmólogo ni a los psicólogos y psiquiatras que había visitado durante tanto tiempo: a veces, a través de él, veía cosas que no debería ver. Le costaba expresarlo en palabras, era una suerte de visión profunda, como si lograra asomarse al alma de las personas que contemplaba. En ocasiones, podía averiguar si alguien estaba furioso solo con mirarlo aunque no diera muestras de ello, por ejemplo, o saber si algo le preocupaba a pesar de lo que pudiera decir su apariencia... Al principio achacó esas «intuiciones» a la casualidad, pero después de acertar tantas veces comprendió que, gracias a aquel ojo tan peculiar, era capaz de distinguir los sentimientos de los demás siempre y cuando estos superaran cierta intensidad. Había sido así como se había enterado de que Marc estaba enamorado de ella.

Recordaba aquel día con toda claridad, a pesar de los dos años transcurridos desde entonces. Regresaban ambos a casa tras un largo día en clase. La jornada había sido más aburrida de lo habitual y, como si buscara compensar, Ari no había dejado de parlotear desde que habían salido del instituto. En primer lugar le contó con todo lujo de detalles cómo iba a conquistar el mundo gracias al ejército de autómatas alados que su padre estaba construyéndole en el sótano. Después le relató cuáles iban a ser las primeras medidas que iba a poner en marcha una vez consolidara su poder.

—Antes de nada ejecutaré a Josefina y a Clara. —Dos de las profesoras más desagradables que tenían que sufrir ese curso—. Algo doloroso y humillante. Las condenaré a ser devoradas vivas por tortugas.

—¿Las tortugas comen carne? Creía que comían lechuga y esas cosas.

—Las mías lo harán. Ya me encargaré yo de ello —aseguró—. Comerán carne muuuuuuuuy despacio. Lo segundo será cambiar el nombre al planeta —continuó—. ¿Tierra? ¿A quién se le ha ocurrido semejante bobada? ¿Por qué no Barro o Roca ya puestos? No, nada de Tierra. A partir de ahora todos conocerán este planeta como

Bella Ariadna. Y haré tallar mi rostro en la superficie de la luna para que todos caigan admirados por mi hermosura.

—Y cegados por tu humildad.

—Calla, hereje —dijo mientras lo miraba con el ceño fruncido de forma teatral—. Y ten cuidado con lo que dices si no quieres ser el Real Encargado de Limpiar el Cepillo de Dientes de su Sagrada Ma...

Fue entonces cuando lo vio. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que Marc sentía por ella. Y no fue por el modo en que la miraba, ni por su gesto ni por la expresión de su rostro, simplemente, por un instante, se asomó a su alma con aquel ojo que parecía bañado en pez y ese sentimiento se reveló ante ella, fulgurante. Fue una certeza absoluta, aun más rotunda que si le hubiera confesado su amor de viva voz. Porque las palabras podían mentir pero aquel lenguaje más allá del verbo no podía hacerlo. Marc la amaba.

Y, como siempre, Ari no fue capaz de callarse a tiempo:

—¡Me quieres! —le espetó, perpleja, mientras se detenía en seco—. ¿Estás loco? —le preguntó—. ¿Cómo puedes quererme?

Él se detuvo a su vez, tan asombrado como ella.

—¡¿Qué?! Pero... ¡¿qué dices?! —

—¡Que me quieres! —insistió ella. Aquella «visión» había desaparecido pero sabía que el sentimiento perduraba, ya no tan a la vista, aunque igual de vivo y real.

—Te has vuelto loca, muchacha —aseguró él—. Tus delirios de grandeza te acaban de jugar una mala pasada. —Habla deprisa y tenía las mejillas encendidas.

—Estás muy mono cuando te pones rojo —bromeó ella. Y esa fue la gota que colmó el vaso.

—¡Arghs! ¡Eres odiosa! —le espetó Marc mientras se llevaba las manos a la cabeza. Se alejó a grandes zancadas, indignado de verdad—. ¡Que la quiero, dice! Pero ¿¡qué te has creído!?! —Se giró hacia ella y la señaló acusador con un dedo—. ¡Por mucho que te empeñes el mundo no gira a tu alrededor, mocosa chiflada! — Luego reemprendió la huida.

Ella se quedó allí, viéndole marchar, con el corazón acelerado y una extraña sensación a medio camino entre la felicidad absoluta y la culpabilidad por haberse tomado a broma algo tan serio. No lo pensó. Se llevó las manos a la boca e hizo bocina con ellas:

—¡Yo también te quiero, imbécil! —le gritó. Y casi se echó a reír por el modo en que Marc se detuvo.

Ari sonrió al revivir aquella tarde mientras retomaba el peinado de su cabello. Tres años atrás, animada por el psicólogo que la trataba en aquel tiempo, había comenzado a escribir una lista de momentos para el recuerdo, razones por las que merecía la pena seguir viva. Siempre llevaba esa lista en la cartera, una lista que, por supuesto, había ido variando a lo largo de esos tres años. La tarde en que descubrió que Marc sentía lo mismo que sentía ella ocupaba un puesto de honor en esa lista, el

tercero en concreto. Ese momento había abierto la puerta al tiempo de la calma, de las sonrisas y los besos.

Contempló otra vez su ojo negro en el espejo. De no haber sido por lo que había visto gracias a él nunca se habría atrevido a gritarle que lo quería, ¿cómo iba a hacerlo? En aquellos tiempos todavía se consideraba una rareza, casi un monstruo. Ahora, en cambio, a pesar de todas las molestias que aquella mirada desparejada traía consigo, no le quedaba más remedio que reconocer que en cierto modo le gustaba. Quizá no fuera hermosa, pero gracias a esa mirada era especial. Única.

\* \* \*

El metro bullía de gente que iba y venía. Eran muchos los que habían optado por el viaje bajo tierra para escapar del temporal que asolaba Madrid. Los pasillos, escaleras y andenes eran un constante trajín de humanidad, aunque, por supuesto, no alcanzaba, ni de lejos, los extremos que adquiriría en día laboral.

Un joven bajaba las escaleras mecánicas a la carrera, saltándolas de cinco en cinco, ajeno a los gritos recriminatorios que dejaba a su paso, justo cuando el metro entraba en el andén. El muchacho se movía con una agilidad sorprendente, apoyándose en la barandilla a cada salto para ganar más impulso. El vuelo de la capa negra que vestía le daba un aspecto extraño, un aire de personaje venido de otra época. Una mujer gritó asustada al verlo llegar mientras bajaba, casi a trompicones, las últimas escaleras. El joven aterrizó a su lado, con las piernas flexionadas y una mano apoyada con firmeza en el suelo. Miró hacia atrás y echó a correr hacia el metro entre el gentío. En ese mismo instante, dos personas situadas en lo alto de la escalera fueron embestidas desde atrás. La primera chocó con la mujer que le precedía en la marcha, la segunda no tuvo tanta suerte y se precipitó al vacío. El impacto del cuerpo contra el suelo y el crujir de huesos al romperse obraron el milagro de que buena parte de la multitud se detuviera y mirara, alarmada. El caído apenas se movía. La atención del gentío en él apenas duró un segundo. En las escaleras el caos iba en aumento. Algo estaba arrollando a la gente allí arriba, algo que nadie alcanzaba a ver los hacía caer, saltar por los aires o los aplastaba contra la barandilla. Una niña gritó y cayó hacia atrás, con un corte en el antebrazo que había destrozado tanto la ropa de abrigo como la carne. La visión de la sangre y el alarido de la muchacha hicieron que la locura se apoderara al fin de todos los presentes. Comenzó la estampida.

El muchacho se abrió paso entre la muchedumbre, rumbo a las puertas del metro. La histeria subió de grado cuando aquella entidad invisible llegó al final de la escalera y saltó hacia delante, inmersa en el caos de gente que se atropellaba en su huida ciega. Muchos caían al suelo sin más, arrollados por esa violenta nada, otros

recibían cortes de diferente grado sin que pudieran ver qué los provocaba. Un anciano voló por los aires cuando aquello, fuera lo que fuera, chocó contra él. El joven llegó a las puertas de acceso cuando estas ya se habían cerrado. Eso no lo detuvo. De un potente salto subió al techo del vagón justo en el instante en que el metro ganaba velocidad, como si el maquinista hubiera decidido huir cuanto antes de la locura que imperaba en la estación. La gente contemplaba atónita el espectáculo tras las ventanillas, sin acercarse demasiado a ellas.

Bajo el traqueteo acelerado de los vagones se escuchó un rugido de furia. Este no procedía del andén sino de las vías. El ser invisible que había sumido el lugar en el caos había saltado allí. Muchos creyeron escucharle correr tras el metro aunque tampoco podían asegurarlo con certeza, no con el griterío de la gente que todavía huía aterrada, sin saber hacia dónde dirigirse y, mucho menos, de qué escapaban.

Más tarde nadie fue capaz de precisar qué había ocurrido allí. Las declaraciones de los testigos eran contradictorias y no conducían a nada; por supuesto ninguna autoridad competente dio credibilidad a la posible presencia de una criatura invisible en la estación de metro. Las grabaciones de las cámaras del andén tampoco ayudaron a aclarar lo sucedido ya que, durante el tiempo que duró el incidente, unas extrañas interferencias nublaron la grabación. La versión oficial hablaba de un loco que, armado con un cuchillo, había sembrado el pánico entre los usuarios del metro, dejando cuatro heridos graves y siete leves. El hecho de que nadie pudiera precisar quién les había apuñalado o golpeado se achacó a la tensión del momento, nada que ver con entidades sobrenaturales. Lo único en que los testigos parecían ponerse de acuerdo era en la más que probable implicación en lo sucedido de un joven moreno, vestido con una capa negra y que, según comentaron varios, era tuerto. Una de las mujeres interrogadas aseguró que no era así. El joven no había perdido ningún ojo, aunque diera esa impresión ya que uno de ellos, el derecho en concreto, era completa y absolutamente negro.

## MUÑECOS ROTOS

Ari escuchó cómo alguien la llamaba a gritos nada más salir de su cuarto. Se dio la vuelta con el corazón en un puño y contempló, asombrada, cómo su madre descendía a gran velocidad por la rampa del pasillo en su silla de ruedas nueva. Agazapado sobre sus hombros iba su hermano.

—¡Mírame, Ari! —gritó Steve cuando pasaron a su lado como una exhalación. Tanto su madre como el muchacho llevaban casco, rodilleras y coderas protectoras. Aquello no era un arrebato, era algo planificado—. ¡Estoy volando!

—¡¿Mamá?! —exclamó ella, espantada, mientras se apartaba para que no la arrollaran. Los vio tomar la curva del pasillo y desaparecer rumbo a la rampa que conducía a la planta baja. Fue tras ellos, temiendo escuchar en cualquier momento el estrépito de la silla al estrellarse.

Por suerte, los encontró sanos y salvos junto a la puerta de la cocina. Había marcas de frenada en la madera del suelo. Ambos tenían una expresión de desbordante alegría: las mejillas enrojecidas, los ojos brillantes. Su madre jadeaba.

—¡Estáis locos! —exclamó cuando llegó hasta ellos—. ¡Os podríais haber matado!

—¡Lo tenemos todo bajo control! —le señaló Steve. Cuando se emocionaba el acento alemán se le marcaba más de lo normal—. ¡Y llevamos casco!

—¿Mamá? —Ari miró acusadora a su madre—. ¿De qué va todo esto?

La mujer le hizo un gesto para que le permitiera recuperar el aliento antes de contestar.

—Lo siento mucho, querida —dijo tras retirarse el casco. Su pelo rubio, de usual bien peinado y recogido en un moño lateral, estaba bastante alborotado—. Entiendo que estés enfadada, pero comprende que no puedo hacer lo mismo contigo. Pesas demasiado. Si quieres puedo dejarte la silla para que la pruebes tú sola.

—Por el amor del cielo —dijo ella y sacudió la cabeza de un lado a otro, sin saber muy bien si sentirse indignada o echarse a reír—. Casi me atropellan y ahora insinúan que estoy gorda.

Escuchó pasos a su espalda y se giró para ver a su padre acercándose a ellos. La melena cana y su barba enmarañada le daban aspecto de pirata severo. Asintió, meditabundo, y se acuclilló junto a la silla.

—¿Cómo ha ido? —quiso saber mientras estudiaba con sumo interés y concentración el estado de las ruedas. Deslizó un dedo por las marcas de frenada que

se veían en el suelo.

—Rápido. Ha ido muy rápido —le contestó su esposa—. Y los frenos han respondido a la perfección. Creo que hemos acertado al comprar este ingenio diabólico.

—¡Volaba, papá! —repitió Steve mientras trepaba desde el hombro de su madre a la espalda de su padre. Este se incorporó con el niño a cuestas y miró a Ari con el ceño fruncido.

—¿Algún problema, Ari? Pareces preocupada.

—Casi me atropellan en mi propia casa —contestó ella—. Mi madre casi me atropella en mi propia casa —puntualizó. Le parecía importante remarcar ese detalle—. Y acaba de llamarme gorda. ¿Cómo voy a dejar de ir al psicólogo si no paráis de traumatizarme?

—Tengo que hacerme a la idea de cómo va la nueva silla, cariño —le explicó la mujer—. Conocer sus límites y saber hasta dónde puedo llegar con ella. Además me parecía mucho más prudente probarla dentro de casa.

—Más que nada por la que está cayendo fuera, ¿verdad? —dijo Ari.

—Claro —corroboró la mujer mirándola extrañada, como si no comprendiera a qué se debía el tono burlón de su hija—. ¿Por qué si no?

—¿Por la gente? ¿Por los coches? —Suspiró—. ¿Para qué me esfuerzo? No tiene sentido intentarlo. Estáis locos. Vivo en una casa de locos.

Y le encantaba hacerlo, aunque, por supuesto, no era el momento adecuado para reconocerlo. Aun así no pudo evitar sonreír al mirarlos. Su padre continuaba examinando la silla con su hermano a caballito sobre sus hombros mientras su madre comentaba emocionada las prestaciones que tenía.

Ella se llamaba Ángela, él Edmund.

Y su historia era mágica, una historia de cuento. Se habían conocido en Berlín, diez años antes. Edmund solía referirse al tiempo anterior a aquel momento como su otra vida, la irrelevante, la que no importaba. En ella había sido agente de bolsa en una importante agencia financiera. Su trabajo había consistido en invertir el dinero de otros intentando conseguir el máximo beneficio posible sin correr demasiados riesgos. Había sido bueno, tanto que llegó a lograr gran reconocimiento entre los suyos. Hasta el día en que cometió un error terrible que causó pérdidas millonarias a muchos de sus clientes. Perdió su trabajo, su credibilidad y, lo más importante, la confianza en sí mismo. Aquel varapalo lo sumió en tan honda depresión que comenzó a pensar en la posibilidad de suicidarse. Cuando era él quien contaba aquella historia, nunca olvidaba mencionar aquel detalle.

—Estaba tan loco y tan perdido que la única alternativa que veía era la de poner fin a mi existencia —solía decir—. ¿Se puede ser más necio? Uno nunca sabe qué puede encontrar mañana. Uno nunca sabe qué le aguarda al doblar la esquina.

Llegó incluso a fijar fecha para su muerte. Su angustia vital alcanzó su cota más alta con la llegada de la Navidad, aquel tiempo de dicha consensuada sirvió para

apuntillar su ánimo. Decidió morir con el año. Acabaría con su vida el treinta y uno de diciembre, a las doce de la noche. Hasta había elegido ya el puente desde el que iba a saltar. Esa misma tarde se decidió a dar un último paseo por la ciudad, una suerte de despedida de la vida antes de tomar la salida de emergencia. Fue entonces cuando, en una concurrida plaza, se topó con un espectáculo de marionetas. Era un pequeño escenario sobre el que actuaban dos muñecos fabricados a mano; estaban realizados con tosquedad pero había algo entrañable en ellos, en sus rasgos, en el modo en que habían sido tallados, en su ropaje, colorido uno y de tonos apagados el otro. No se veía a su manipulador, oculto bajo la pequeña plataforma donde las marionetas dialogaban. A Edmund le costaba explicar qué le había motivado a detenerse allí, ante aquellos muñecos parlanchines. Una corazonada, quizá, o el destino tal vez. La cuestión es que se detuvo y, apenas sin darse cuenta, cayó presa del mismo hechizo que en aquel momento subyugaba por igual a los niños y adultos que asistían al espectáculo. En el escenario una marioneta triste explicaba a voz en grito, compungida, todas las desdichas que pesaban sobre ella mientras la otra se burlaba de estas. Bajo el escenario, por supuesto, estaba Ángela.

—Era una obra más del repertorio de Navidad —relataba la mujer cuando se encargaba ella de contar la historia—. Un cuento que escribí poco antes de salir de España y lanzarme a la aventura. Era la historia de un hombre que había perdido el corazón y que tras muchas tribulaciones acababa encontrándolo de nuevo.

Edmund asistió al espectáculo hasta el final. Ya sabía que bajo el escenario solo se ocultaba una persona, era demasiado reducido como para que pudiera haber alguien más. También sabía que se trataba de una mujer. Lo que no pudo imaginar fue la impresión que le iba a causar verla salir bajo las tablas al acabar la obra, sentada en su silla de ruedas, con un sombrero de lana dado la vuelta en el regazo y la mano enguantada en una marioneta que se deshacía en reverencias a la concurrencia. Aquella joven se paseó entre los presentes que, en gran número, pagaron con generosidad el espectáculo que acababan de ver. Él, casi sin prestar atención, con la mirada fija en ella, hurgó en su bolsillo, tomó una buena cantidad de monedas sueltas y las dejó caer en el sombrero. La muchacha le sonrió y esa sonrisa lo cambió todo. No quería dejar de habitar el mundo que contenía aquella sonrisa. Sería un insulto a ella. A la vida misma. Al día siguiente regresó a la plaza y asistió de nuevo al espectáculo.

—Y allí estaba él, día tras día —contaba Ángela—. El hombre extraño del pelo blanco y la mirada triste. Otros quizá se habrían preocupado por la presencia de aquel desconocido, pero yo no. Me recordaba a un muñeco roto. No sabía qué lo traía hasta mí, pero me gustaba saber que estaba entre el público.

Un día, a mitad de representación, comenzó a llover con fuerza, tanto que los espectadores huyeron despavoridos.

Ángela emergió del escenario, puso a salvo a sus marionetas, y comenzó a recoger a toda prisa. Él se acercó a ayudarla.

—Y desde entonces estamos juntos —solía decir Edmund en aquel punto—. Viajé con ella por toda Europa y cuando llegó el momento en que decidí volver a su tierra, me vine con ella.

Al principio, cuando Edmund contaba la historia de cómo se habían conocido, Ari siempre se sentía incómoda al llegar a la parte en la que hablaba del suicidio; no podía evitar pensar que si su padre hacía tanto hincapié en ese tema era por ella, por las cicatrices que marcaban sus muñecas y que Ari siempre intentaba ocultar bajo las mangas de sus blusas o entre un caos de pulseras. Pero con el paso del tiempo, poco a poco, esa parte la fue reconfortando: tanto Edmund como ella eran supervivientes, habían sobrevivido a sí mismos y a sus ansias de autodestrucción y eso era un triunfo que merecía la pena recordar, aunque doliera.

Sonrió mientras contemplaba a su familia arremolinada en torno a la silla de ruedas nueva. Conocer a aquella excéntrica pareja ocupaba, sin lugar a dudas, el primer puesto en su lista de razones para celebrar estar viva, así como la llegada de Steve al orfanato ocupaba el segundo. Si había algo que tenía muy claro era que, sin ellos, tarde o temprano, habría conseguido matarse.

\* \* \*

—Me llamo Ari —anunció la marioneta mientras se pavoneaba con torpeza en el suelo de la cocina—. Soy una gruñona, una aguafiestas y me encanta oler mal.

—Separa más las manos, cariño, o acabarás enredando los hilos —aconsejó Ángela a su hijo.

—Es difícil —dijo Steve. Estaba sentado con las piernas cruzadas en una silla mientras intentaba manejar la marioneta de Ari. A la joven todavía le asombraba el enorme parecido que guardaba con ella aquel muñeco. Era obra de su padre, como muchos de los títeres que poblaban la casa—. Mi novio se llama Marc y cuando nadie me ve escribo su nombre en un cuaderno, dibujo corazones y suspiro.

—Yo no hago eso —se quejó ella—: ¿Desde cuándo te has convertido en un niño repelente? Antes me caías bien.

—La culpa es de mamá —contestó mientras luchaba con un pequeño lío entre las cuerdas que había provocado una marcada cojera en la marioneta—. Me está malcriando. Eso dicen en el colegio.

—Trae. Deja que lo desenrede yo, tú lo vas a liar todavía más —dijo Ángela mientras le quitaba la marioneta de las manos.

—¿Lo ves? Me malcria.

Estaban los cuatro sentados a la mesita de la cocina, dando buena cuenta de un desayuno tardío. Su padre permanecía oculto tras un periódico del que, de cuando en cuando, asomaba una mano para hacerse con un bollito de la bandeja. Fuera se



escuchaba el constante golpeteo de la lluvia y el gemir frenético del viento, lo que hacía todavía más confortable el interior de la pequeña cocina.

El edificio de tres plantas en el que vivían era un lugar tan pintoresco como la propia familia. No había escaleras que unieran las diferentes alturas de la casa, solo rampas para facilitar los movimientos de Ángela, con barandas dispuestas aquí y allá para que pudiera desenvolverse todavía mejor. Era una casa hecha a su medida. Edmund se había encargado de que fuera así. Una vez recuperado del revés del destino que lo dejó arruinado, sin trabajo y al borde del suicidio había recuperado su buen pulso inversor y en poco tiempo había conseguido llegar a una posición económica más que desahogada. Y lo primero que hizo fue construir aquella casa para su mujer. Las habitaciones estaban atestadas de libros, de cuadros y tapices, de muebles antiguos que parecían sacados de películas de época. Y de marionetas, por supuesto. Estaban por todas partes, como si en el fondo fueran ellas las dueñas del lugar. Ocupaban las estanterías, colgaban de las sillas, vigilaban desde la parte alta de los armarios, se sentaban sobre los sofás, en la cabecera de las camas... La casa estaba siempre a un solo adorno de parecer recargada, pero, aunque fuera por simple casualidad, eso nunca llegaba a ocurrir, cada una de sus estancias tenía los elementos justos, ni uno más ni uno menos. La calidez que irradiaba el lugar era maravillosa, casi mágica. Aquella casa tenía algo de intemporal, de pausa en el estruendo del mundo.

Ari mojó su madalena en el chocolate mientras miraba de reojo el reloj de la cocina. Acababan de dar las once y cuarto.

—¿De verdad vas a salir con la que está cayendo? —le preguntó su padre mirándola por encima del periódico.

—He quedado con Marc —contestó ella mientras untaba de nuevo la madalena. Quería que se impregnara bien de chocolate—. No vamos muy lejos así que con suerte no nos ahogaremos por el camino.

—¿Vendrá a comer mañana? —preguntó Ángela mientras tendía la marioneta ya desenredada a su hijo. Steve miró a su hermana, muy interesado al parecer en su respuesta.

—Se lo está pensando —contestó—. No lo pasó demasiado bien la última vez.

Tras el periódico se escuchó reír a su padre.

Marc comía con ellos el primer domingo de cada mes, al igual que Ari hacía lo propio con él y su familia al domingo siguiente. Era una costumbre que habían instaurado no hacía mucho y que a Marc no terminaba de hacerle gracia. Se llevaba bien con la familia de Ari, pero no había fin de semana en que Steve no provocara una situación incómoda. Le divertía mucho y poco se podía hacer para corregir su actitud. El último día, por ejemplo, el niño se había presentado a la mesa con la marioneta de Ari, la había colocado frente a Marc y le había preguntado con voz de abogado televisivo:

—¿Podría señalar en este muñeco dónde tocó usted a mi hermana mientras se

besaban en el sofá y pensaban que nadie los veía?

Marc había estado a punto de morir atragantado por un pedazo de filete y Edmund había tenido tal ataque de risa que no le quedó más remedio que salir del salón hasta tranquilizarse. Ari quería mucho a Steve, pero en situaciones como aquella habría sido capaz de estrangularlo. Aun así, era difícil enfadarse durante mucho tiempo con él. Era un niño alocado de once años, un torrente de actividad, alegría y bromas. Costaba relacionarlo con aquel otro Steve, el que había llegado cuatro años antes al mismo orfanato en el que se encontraba ella. Aquel muchacho no era más que otro muñeco roto, como lo había sido Edmund en Berlín, o la propia Ángela tras sufrir el accidente de coche que la dejó parálitica de por vida.

O ella misma.

\* \* \*

Su primer recuerdo era despertar en una habitación desconocida y romper a gritar aterrada, no por la extrañeza del lugar sino por el desconcierto que le causaba su propia existencia. No sabía quién era. No recordaba nada de su pasado, tan solo su nombre: Ariadna. Pero aquella sola palabra no bastaba para construir una identidad y, sin ella, la realidad se le derrumbaba.

Cuando intentaba recordar aquellas primeras semanas solo conseguía traer a su memoria recuerdos deslavazados, sin coherencia ni unión. Se veía a sí misma convulsionándose entre alaridos, acuclillada en una esquina o sumida en tales ataques de furia que se necesitaba de varios enfermeros para contenerla. Recordaba también una interminable sucesión de hombres y mujeres embutidos en batas blancas que intentaban comunicarse con ella, pero no había diálogo posible, las palabras que surgían de sus bocas no eran más que ruidos incomprensibles, gruñidos y galimatías sin sentido. La única palabra que entendía era «Ariadna». Más tarde supo que durante los primeros días había estado sedada casi de forma permanente. Al parecer había intentado hacerse daño a sí misma por todos los medios posibles: mordiéndose las muñecas, arrojándose contra las paredes y, en una ocasión, destrozándose el antebrazo con una astilla arrancada a un cajón. Poco a poco ese comportamiento violento fue remitiendo. Tal vez fue puro agotamiento, o que comenzaban a hacerle efecto las drogas que le suministraban o, quizá, que su cuerpo y su cerebro habían decidido rendirse a las circunstancias. La cuestión fue que el mundo empezó a cobrar sentido, un sentido mínimo, vago y etéreo, pero suficiente como para poder desenvolverse en él.

Con el paso de los días, el significado de las palabras y los gestos del personal fueron abriéndose camino en su mente y despertaron, no recuerdos de su vida pasada, pero sí conocimientos adquiridos antes de perder la memoria. Pero que lograran al fin

comunicarse con ella tampoco sirvió de mucho. Ariadna no tenía nada que decirles. Y ellos poco podían desvelarle de su pasado: según le contaron, unos excursionistas la habían encontrado desmayada en un caserón abandonado a las afueras de Berlín. La habían ingresado sumida en un profundo coma que no tenía explicación física. Fuera lo que fuera lo que le había ocurrido en aquella casa debía de haber sido tan traumático que no le había quedado más remedio que refugiarse en lo más profundo de su cerebro para escapar. A costa de su propia memoria, por lo que parecía. Por lo visto, las autoridades estaban haciendo lo posible por identificarla, pero por el momento no habían conseguido nada. No llevaba ningún tipo de documentación encima y ni sus huellas digitales ni sus placas dentales habían servido para averiguar quién era. La casa en la que la habían encontrado llevaba más de dos años deshabitada y sus propietarios, una pareja de ancianos residentes en Bonn, tampoco lograron aclarar el misterio.

Ari permaneció unas semanas más en el hospital, y cuando ya parecía restablecida de sus ataques de furia, la trasladaron a un centro de acogida en Berlín tutelado por el estado. El cambio de escenario le resultó indiferente. Nada había cambiado. Se veía lastrada por una tristeza tan profunda que hasta el mismo aire que la rodeaba parecía ennegrecer.

Fue al poco de llegar al orfanato cuando intentó suicidarse de nuevo, esta vez siendo consciente de ello. En un descuido de los cuidadores robó un cuchillo en el comedor y se cortó las venas en el baño. Por suerte, una de sus compañeras la encontró antes de que fuera demasiado tarde. Cuando le preguntaron por el motivo que la había llevado a querer morir, simplemente contestó que quería escapar. La sensación de estar fuera de lugar era demoledora. La realidad la oprimía, la asfixiaba de tal forma que no podía dormir por las noches si no estaba medicada.

—¿Y eres tan boba que en vez de intentar escapar por la puerta te cortas las venas? —le preguntó otra interna.

No contestó. No podía decirle que daba igual el lugar donde se encontrara, que ese vacío agotador la acompañaría donde estuviera. Desde aquel nuevo intento de suicidio, siempre hubo alguien pendiente de ella, ya fuera uno de los empleados del centro o una de sus compañeras, y eso, por supuesto, agravó aún más la situación. No solo estaba presa en aquel mundo horrible, ahora, además, estaba bajo vigilancia constante. Permaneció meses en el más absoluto silencio, sin relacionarse con los demás, arisca y enfurecida con el mundo. Cuando en el orfanato comenzaban a barajar la posibilidad de ingresarla en una institución más apropiada para ella, llegó Steve y todo cambió.

Recordaba muy bien la tarde en que lo vio entrar al espacio común del centro de acogida: un niño castaño y pequeño, con unos enormes ojos verdes, vestido con vaqueros y una camisa de cuadros diminutos. Se vio reflejada en su rostro, en su gesto vacío, en el dolor que se podía distinguir en su mirada. Aquel niño no tenía más de seis años, pero el horror ya había dejado una huella profunda en él. Después supo

que los padres de Steve habían muerto en un incendio provocado por el propio niño. Había sido algo intencionado, no accidental. Steve trabó las puertas y ventanas de la cabaña en la que la familia pasaba el fin de semana y luego prendió fuego a la misma. Nunca contó a nadie qué le había llevado a quemar la casa, ni siquiera a Ariadna y, por lo que esta sabía, tampoco a ninguno de los psicólogos que lo habían tratado a lo largo de los años. Lo único que dijo fue que sus padres se merecían lo que les había pasado. Tras el incendio, Steve dejó de hablar. Unas semanas después fue a parar al mismo orfanato en el que se encontraba ella; en todo ese tiempo no había dicho ni una sola palabra.

Ariadna se acercó a él en cuanto lo vio entrar, se sintió empujada a ello. Ambos se miraron, sin mediar palabra, incómodos por estar uno frente a la otra y, a la par, reconfortados por esa cercanía. Nunca se habían visto, pero, aun así, se reconocieron. Orbitaban el mismo mundo oscuro y desolado. A pesar de lo clara que tenía aquella tarde en su memoria, Ariadna no lograba recordar quién había tendido la mano a quién. Esa parte siempre permaneció brumosa. La cuestión fue que entrelazaron sus manos y se acercaron más el uno al otro, sin llegar a abrazarse, por supuesto. Tardarían semanas en hacerlo.

Edmund y Ángela les enseñaron tiempo después de adoptarlos una fotografía tomada por un trabajador del centro: en ella se les veía cogidos de la mano, caminando por uno de los senderos del jardín. La expresión de los dos era casi idéntica, un terrible vacío, una nada y una frialdad que movía al espanto. Parecían fantasmas, entes ajenos a la vida. Al ver esa fotografía, Ariadna se preguntó cuál había sido su aspecto antes de que Steve llegara. No podía ni quería imaginárselo. No obstante, la llegada de Steve significó un punto y aparte en su relación con el mundo. La compañía de aquel muchacho hizo que la angustia que la atenazaba disminuyera, aunque seguía allí, por supuesto, afianzada como una lapa.

Dos meses después una curiosa pareja visitó el centro de acogida. La mujer iba en silla de ruedas, una joven vivaracha de pelo rubio y sonrisa siempre dispuesta; él, bastante mayor que ella, un hombre serio, de porte amedrentador, con su pelo y su barba blanca. Querían adoptar un niño. Ariadna todavía no lo sabía, pero Ángela, la mujer en silla de ruedas, se había aficionado a reconstruir muñecos rotos. Les habían hablado de Steve y habían acudido a conocerlo.

Cuando Ariadna los vio llegar, acompañados del director del centro, se puso a la defensiva de inmediato. No iba a permitir que se llevaran al niño, no pensaba dejar que se lo arrebataran. Sin él no podría sobrevivir. Lo necesitaba tanto como él la necesitaba a ella. Pero entonces la mujer sonrió al verlos allí, envarados ambos, con las manos entrelazadas y un gesto gemelo de suspicacia. Y esa sonrisa desarmó a Ariadna por dentro, al igual que lo había hecho, tiempo atrás, con el hombre adusto que la acompañaba. En esa sonrisa Ariadna intuyó una salida, la promesa de abrigo, de esperanza. Supo que aquella pareja podía curar a Steve, salvarlo de sí mismo y de la oscuridad. Más tarde comprendió que esa premonición había venido a través de su

ojo negro. Casi sin ser consciente de lo que hacía soltó la mano a Steve y le hizo un gesto para que se acercara a ellos. Cuando le vio hacerlo, dubitativo, mirándola de reojo, fue consciente de que con ese gesto quizá lo había apartado para siempre de su lado. Y lo aceptó. Aquella pareja podía salvarlo. Y si eso ocurría, ¿qué importaba lo que le pasara a ella?

Los tres adultos hablaron con Steve que, como era previsible, no dijo una sola palabra. Se limitó a observarlos con sus enormes ojos, mirando de cuando en cuando a Ariadna.

Ella los vigilaba desde un banco del jardín, con las manos entrelazadas en el regazo, sin parpadear siquiera. A esas alturas ya sabía que Steve se iría con ellos y no podía apartar la mirada del muchacho, como si intentara memorizarlo, como si quisiera guardar en su memoria una imagen perfecta de él para abrazarse a ella cuando el vacío y las tinieblas volvieran a rondarla. Cuando se dio cuenta de que el hombre cano se aproximaba a ella estuvo a punto de gritar. Pero un presentimiento, parecido al que le había hecho soltarle la mano a Steve, le hizo callarse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él.

—Ariadna —contestó sin más. Y guardó silencio, con la mirada fija en la punta de sus dedos.

—Es un nombre muy bonito —dijo el extraño mientras se acuclillaba ante ella para quedar a su misma altura—. Significa bondadosa, ¿lo sabías?

Se encogió de hombros por toda respuesta. Era su nombre. Con ese significado le bastaba. El desconocido descubrió entonces las cicatrices que marcaban sus muñecas. Se quedó mirándolas, pensativo. No dijo nada más, ni siquiera una palabra de despedida cuando se levantó y se fue. Poco después Steve, para su sorpresa, regresó a su lado. No se lo habían llevado.

Volvieron a su rutina en el centro de acogida, ignorantes de que la maquinaria de la burocracia se había puesto en marcha, ignorantes de que aquella pareja había decidido adoptarlos a ambos. Dos semanas más tarde recibieron una nueva visita de Ángela y Edmund. Y pocos días después, los dos muchachos, con sus escasas pertenencias a cuestas, abandonaron con ellos el centro de acogida. Durante un tiempo residieron en un pequeño apartamento alquilado de Berlín mientras los trámites de adopción seguían su cauce. Fueron semanas extrañas, un periodo de aclimatación para todos que resultó más plácido de lo esperado. A veces hasta tenían la impresión de llevar años conviviendo. Edmund y Ángela no hacían preguntas ni exigían nada, ni siquiera intentaban que Steve abandonara aquel silencio autoimpuesto en el que llevaba meses sumido. Ariadna y el niño dormían juntos, abrazados el uno al otro. El muchacho sufría frecuentes pesadillas; ella no soñaba, aunque a veces se despertaba con una extraña sensación de asfixia: sentía que le faltaba el aire, que se ahogaba en un mar inmenso. Muchas veces permanecía la noche entera en vela, con la mirada fija en el techo, tan oculto a sus ojos como su propio pasado, preguntándose qué le depararía el futuro.

Una tarde de domingo, semanas después de dejar el centro de acogida, se produjo un milagro: Steve habló por fin. Ocurrió en el pequeño salón del apartamento, poco después de comer. De pronto el niño se levantó de la silla en la que había estado sentado, se acercó a Ángela y la miró con una fijeza desconcertante, casi retadora. La mujer sonrió ante su escrutinio, como si no diera importancia alguna a su comportamiento, más bien al contrario, como si le agradara ser su centro de atención.

—¿Por qué sonríes siempre? —preguntó entonces Steve. Esas fueron las primeras palabras que tanto Ariadna como la pareja le escucharon decir—. Estás ahí sentada. No puedes andar ni correr ni saltar. Es triste. —La voz se le quebró en la garganta al decir aquello—. ¿Por qué sonríes? —preguntó, con rabia, como si le enfadara sobremanera tamaña paradoja.

—¿Y a ti quién te ha dicho que no puedo andar ni correr? —le preguntó ella con suavidad.

El niño guardó de nuevo silencio y la observó atento, con el ceño fruncido y expresión hosca. Pensaba, tal vez, que era víctima de alguna broma.

—Espérame aquí —le pidió Ángela y acto seguido salió del salón. Cuando regresó traía en su regazo dos marionetas, dos de sus inseparables compañeras de viaje. Era la primera vez que las veían. Habían permanecido a buen recaudo en la maleta hasta entonces, aguardando su momento. La mujer tomó las varillas de las marionetas con la soltura que le era propia y posó ambas en el suelo. Tenían piernas largas y bien torneadas, talladas por la propia Ángela y pintadas por Edmund. Y ahí, ante la mirada perpleja de los dos muchachos, los muñecos comenzaron a bailar una danza mágica, hipnótica.

Steve los contemplaba atónito. La agilidad que demostraban estaba más allá del alcance de la carne y el hueso. Eran livianos, casi aire, materia inerte que de pronto había cobrado vida solo para sus ojos.

—Puedo andar —les aseguró entonces Ángela—. Y correr y bailar. Hasta puedo volar si quiero. —Y para refrendar sus palabras hizo que uno de los muñecos levantara el vuelo. Fue espectacular ver cómo el títere daba media vuelta alrededor de la silla. Parecía más ligero que el mismo aire, pero aún más milagroso que eso: parecía vivo.

Ariadna se llevó una mano a los labios, emocionada tanto por el espectáculo de las marionetas danzantes como por la expresión maravillada del rostro de Steve. Apartó la mano de su boca al momento, alarmada. Le ocurría algo en los labios, algo inesperado, tan milagroso como las palabras del niño, como la magia de los títeres vivos que contemplaba. Recorrió con los dedos el contorno de su boca.

Estaba sonriendo.

## EL EPISODIO

—Eres una princesa —comenzó Marc. Estaba inclinado hacia delante sobre la pequeña mesa redonda que los separaba. Ella estaba en idéntica postura. Sus narices casi se rozaban—. Una princesa de un país recóndito, perdido entre mundos. Hubo una guerra terrible en tu reino y las fuerzas de la oscuridad tomaron el castillo de tus padres para hacer la típica escabechina de estas historias. Lamento informarte de que pasaron a cuchillo a toda tu familia, servidumbre y a la mayor parte de vuestras mascotas.

—¡Eres atroz! —murmuró ella, dramáticamente afectada—. ¿A los gatitos también?

—Fueron los primeros en caer. El enemigo es cruel y despiadado, no lo olvides. Pero a mí no me echas la culpa. Yo solo me limito a contar lo que ocurrió. La cuestión es que tu yaya, una vieja peluda de nariz de loro, huyó contigo y te puso a salvo a través de un portal mágico. Eres la última heredera del reino. La legítima soberana del pueblo de... —Frunció el ceño mientras buscaba inspiración—. Ariadnidistán.

—Un gran nombre —aseguró ella.

—Un gran nombre para un gran país, cierto es —asintió él, muy serio—. Un país que durante años ha sufrido al tirano que robó el trono de tu noble padre. El despiadado rey Stevus I.

Al escuchar aquello, Ariadna estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de café que acababa de dar. Tuvo que hacerle un gesto a su novio para que le permitiera recuperarse antes de continuar. No era la primera vez que Marc construía un pasado para ella; a lo largo del tiempo había sido ya hija de piratas, bruja desterrada, alienígena en misión secreta y un sinnúmero de delirios más. A veces, cuando la angustiaba no conocer su pasado, recurría a esas historias para tranquilizarse.

Estaban en una pequeña cafetería ubicada no muy lejos de sus casas. De hecho quedaba a medio camino entre ambas, en un bajo del bloque de edificios de siete plantas que separaba el barrio residencial donde vivía Ariadna del barrio de Marc. El bar era un lugar poco concurrido, regentado por un hombretón entrado en carnes que tenía la costumbre de mirar con peculiar fijeza a su clientela. Habían apodado al lugar como el bar del Caníbal cuando en su primera visita uno de los pocos clientes que había allí fue al servicio y tardó tanto en regresar que bromearon con la posibilidad de que el tabernero se lo hubiera comido.

En aquellos momentos eran los únicos clientes en el bar. Ni siquiera el Caníbal estaba presente; se le escuchaba trastear en la cocina, quizá preparando un gran perol para guisar al próximo incauto que cayera en sus redes. En el exterior, la expresión «lloviendo a mares» nunca había sido tan acertada: una densa cortina de agua envolvía el mundo. A pesar de ser mediodía, la luz escaseaba.

—Continúa, por favor —dijo la muchacha, una vez restablecida—. Quiero saber cuántas barbaridades más eres capaz de soltar por esa boca.

Marc se echó hacia atrás en la silla.

—Tengo buenas noticias para ti —le anunció—. Ariadnidistán ha sido liberado. No ha sido fácil. Al contrario. Los tuyos han tenido que pagar un alto precio por su libertad. Pero al fin los rebeldes, liderados por un fiero héroe de cabellos rojos, han tomado el palacio y ajusticiado al tirano.

—Pobre Stevus I, todos lo echaremos de menos...

—Casi todos —puntualizó Marc—. Y ahora ese magnífico héroe, sin esperar siquiera a que la sangre del tirano se seque en su espada, se ha puesto en marcha para devolverle el trono a su legítima propietaria.

—¡A mí! —exclamó Ari.

Marc asintió.

—A ti. En estos mismos instantes se dirige hacia aquí el libertador de tu pueblo: Ronan el Salvaje, un héroe hecho a sí mismo... Metro noventa y dos de virilidad, músculos que destrozan cotas de malla cuando se tensan, ojos azules y melena roja como el fuego. Viene para llevarte con él a Ariadnidistán. Te devolverá el trono con una sola condición: deberás casarte con él.

—¿Y cuánto dices que mide su virilidad? —preguntó.

—¡Ariadna, sé seria, por favor! —dijo Marc mientras se incorporaba con violencia en la silla—. ¡Tu destino está en juego! ¡El destino de tu reino! Deberás elegir entre regresar a tu tierra o permanecer aquí, atrapada en una vida gris y monótona. Piénsalo. ¡Es la oportunidad de librarte de Steve! ¡La oportunidad de librarte de mí! ¡Serás reina!

—¿Y mis súbditos tallarán mi rostro en la luna?

—Han empezado ya.

Ari sonrió mientras contemplaba a su novio. No era tan alto como aquel Ronan imaginario, ni tenía el cabello rojo ni los ojos azules. Marc era moreno y nunca llevaba el pelo demasiado largo por la tendencia que tenía este a disparatarse en su cabeza. Era un poco más alto que ella, de aire desgarbado, y según su madre debería ganar algo de peso. Tenía los ojos marrones y, lo que más llamaba la atención al verlo, un hoyuelo en la barbilla que se le marcaba sobre todo al sonreír.

—¿Me estás diciendo que tengo que elegir entre mi vida en este mundo y mi rostro en la Luna?

—Eso es.

—Difícil elección —dijo ella.



Fue entonces cuando sucedió.

Estaba allí, inclinada hacia Marc, dispuesta a continuar con la broma, cuando el mundo entero se desvaneció ante sus ojos. El muchacho desapareció y el bar con él. En primera instancia nada tuvo sentido: estaba bajo la lluvia, pero el arriba y el abajo parecían haber intercambiado sus lugares. Saltaba en el aire. No. La acababan de golpear con tal violencia que había salido despedida del suelo. Algo inmenso y oscuro se movía en la lluvia junto a ella. Estaba en el sueño, comprendió, en el sueño de las últimas cinco noches. Solo que ahora estaba despierta. Solo que ahora era real.

Y lo que la había estado buscando había dado al fin con ella.

Cayó al suelo, de espaldas, y un dolor fulminante se descargó sobre su columna vertebral, un relámpago de fuego que la dejó sin respiración. Ari intentó retroceder en el pavimento mojado, pero su cuerpo no respondió al mandato. No fue capaz ni de gritar. Vislumbró un resplandor aceitoso encajado en el aguacero antes de contemplar al fin a la criatura que acababa de atacarla, la misma que la había estado buscando en sus sueños. Era un monstruo negro, recubierto de placas coráceas; una criatura tremenda con aire de crustáceo y, a la par, de insecto. De la joroba que doblaba su espalda emergía en vertical un caos de huesos quebrados, que le daban la apariencia de cargar con un burdo órgano de iglesia a cuestas. Sus mandíbulas se proyectaban hacia delante, repletas de colmillos retorcidos. Aquel ser cogió uno de los huesos de su joroba y lo arrancó de su espalda con un sonoro crujido. Ella se levantó de un salto. No había sido su intención hacerlo, pero había vuelto a la verticalidad sin que su voluntad hubiera tenido nada que ver al respecto. Trató de retroceder, pero, por absurdo que pareciera, tropezó con su propio cuerpo. A continuación, horrorizada, incapaz de evitarlo, se lanzó hacia el monstruo con una agilidad que estaba lejos de poseer. Llevaba algo en la mano, una daga azulada de aspecto tan frágil que parecía hecha de humo. Y aquella mano no era la suya. Era una mano masculina, grande y fuerte.

No estaba en su cuerpo, comprendió. No era ella la que se enfrentaba contra aquel espanto bajo la lluvia.

El engendro blandió aquel hueso, con sus extremos quebrados y rotos. Y ella (él) hizo un quiebro para esquivarlo y luego saltar sobre su adversario. Se vio a sí misma apuñalar a aquella cosa a la altura de la nuca. La daga azul, a pesar de su supuesta fragilidad, atravesó la coraza negra del monstruo como si esta fuera apenas sólida. La criatura gritó. Se revolvió con furia, la aferró del cuello con una fuerza demoniaca, la arrancó de su espalda y, acto seguido, clavó el hueso afilado en su estómago. Ari sintió cómo la atravesaba de parte a parte.

El dolor fue brutal. Sintió cómo sus entrañas explotaban, cómo su interior se hacía pedazos.

Cayó hacia atrás, agitando los brazos de forma espasmódica. Ya no llovía. La luz era diferente y podía oírse gritar. El mundo había cambiado otra vez. De nuevo estaba de regreso en el bar del Caníbal. Estaba tirada en el suelo, sus manos todavía se

agitaban en el aire como si buscara protegerse de su adversario. Marc se acuclilló a su lado, fuera de sí. La llamaba a gritos.

—¡Ari! ¿Qué te pasa? ¿¡Ari!?

Ella no podía contestarle. El dolor de su estómago era tremendo. Lo único que podía hacer era gritar.

\* \* \*

Ari se levantó el bajo de la camiseta y contempló su vientre desnudo reflejado en el espejo. No tenía la menor marca, ninguna señal que se pudiera relacionar con lo sucedido en el bar. A pesar de ello, el dolor persistía, aunque ya no tenía nada que ver con la agonía de los primeros instantes; era un dolor lejano, amortiguado. Pero estaba ahí. Era real, no un delirio, no era fruto de su imaginación. Se acarició el estómago con ambas manos y se estremeció al recordar cómo la había atravesado aquel hueso. Lo había sentido alojado en las entrañas, aunque no hubiera sido suyo el cuerpo que había luchado contra aquel engendro. Apoyó la frente en el espejo, resopló y cerró los ojos. Los abrió al instante. No estaba preparada para sumirse en la oscuridad, no después de lo que acababa de suceder. Se lavó la cara, se puso la blusa y salió del baño para reunirse con Marc y su familia.

Ángela colgaba el teléfono móvil justo cuando ella entraba.

—Tienes cita con Joanes para el lunes a primera hora —le informó, no de demasiado buen humor. Joanes era el psicólogo que la había estado tratando en el último año. La intención de su madre había sido que lo visitaran de inmediato pero por lo visto no había sido posible—. Dice que lo llames si se repite el episodio.

—El episodio... —murmuró ella mientras se dejaba caer en el sofá junto a Marc—. He tenido un episodio... como si fuera una serie mala de la tele.

—Tenías que habérmelo contado antes —le recriminó su padre.

—¿El qué? —preguntó ella. Todos la miraban preocupados, hasta Steve. Se revolvió incómoda en el asiento—. ¿Que hace unas noches que sueño? —quiso saber—. Ni siquiera pensé que fuera importante. Todo el mundo sueña.

—Tú no —le recordó Edmund—. Y nadie tiene unos sueños tan vividos estando despierto.

—No ha sido un sueño. —Y no podían ni imaginarse lo mucho que le habría gustado creer lo contrario. De poder hacerlo, habría relegado de nuevo a los monstruos al ámbito de lo imposible—. Era real —insistió.

Marc le pasó el brazo sobre los hombros como muestra de apoyo. Ari lo miró agradecida. No era propenso a acercarse demasiado a ella cuando estaba en presencia de su familia, se sentía cohibido y guardaba siempre una distancia prudente. Le agradecía que ahora no lo hiciera. Se pegó más a él.

—La mente puede resultar muy engañosa, cariño —terció Edmund—. Y muy convincente. Es capaz de hacerte creer que algo es cierto aunque no lo sea.

—Según Joanes, los sueños y la memoria están muy relacionados —intervino su madre. Contemplaba el teléfono con el ceño fruncido—. El que ahora sueñes puede significar que estés comenzando a recordar.

Ari negó con la cabeza. Su pasado seguía tan inescrutable como siempre. Nada había cambiado en ese sentido. Sus recuerdos seguían comenzando en el mismo punto: despertando aterrada en el hospital. Más allá de ese momento solo había tinieblas. Suspiró. Tenía ganas de hacerse un ovillo y desaparecer. De pronto, el tono de mensaje recibido del móvil de Marc se dejó escuchar en el salón. El joven sacó el teléfono y tras leer el mensaje dijo:

—Mis padres preguntan si me tienes secuestrado. —Hizo una mueca—. Y no me extraña: son más de las tres.

Tras el incidente en el bar, Marc había querido llevarla a urgencias, pero Ari se había negado. Solo quería volver a casa. Aquel «episodio» la había dejado agotada y aturdida, necesitaba la familiaridad de las paredes de su hogar para recobrase. Hasta había estado a punto de pedirle a Marc que no contara a sus padres lo que había ocurrido, aunque al final, por supuesto, había imperado el sentido común. Ari se lo contó todo: les habló de los extraños sueños que se le habían repetido durante las últimas noches así como, por supuesto, de la brutal resolución que estos habían tenido a la luz del día.

—Diles que vas ya para casa —le pidió a Marc mientras le daba la mano y se la apretaba con firmeza.

—¿Estás segura? Puedo quedarme contigo.

—Ya tengo a tres moscones de caras largas rondando a mi alrededor. Más de los que puedo soportar. —Intentó sonreír y, para su sorpresa, casi lo logró—. Estoy bien, Marc, en serio. No tengo ni idea de lo que me ha pasado, pero ahora estoy bien.

El muchacho, tras unos instantes de silencio, asintió. Se levantó del sofá.

—Pasaré a verte más tarde —dijo. La preocupación se le dibujaba en el rostro.

—No voy a librarme nunca de ti, ¿verdad?

—Jamás —contestó con una sonrisa.

\* \* \*

El resto del sábado transcurrió con aire de domingo pesado y lento.

Las horas se le hacían eternas, más aún al tener que aguantar las idas y venidas preocupadas de su familia. Marc regresó a media tarde, dispuesto a pasar el día con ella, pero ni su compañía logró animarla. Seguía convencida de que lo ocurrido había sido real. Y, de todas formas, la posibilidad de que todo hubiera sido una compleja

alucinación montada por su mente tampoco resultaba tranquilizadora. Que su cerebro pudiera idear una fantasía semejante y hacerla pasar por auténtica no podía decir mucho de su salud mental. Pero, ¿no era eso preferible a aceptar la existencia de monstruos? ¿O a que alguien pudiera abandonar de pronto su propio cuerpo para ir a ocupar el de un extraño? Nada tenía sentido. Era comprensible que sus padres estuvieran convencidos de que todo no había sido más que una alucinación. Era la explicación más sensata, la más lógica...

Y aun así se resistía a aceptarla.

Marc se marchó a la hora de la cena. No mucho más tarde, Ari dio las buenas noches a su familia y subió a su cuarto. Era temprano, pero quería poner fin a aquel día cuanto antes. Tenía costumbre de leer antes de dormir y se forzó a intentarlo, pero estaba tan descentrada que no hacía otra cosa que empezar el mismo párrafo una y otra vez. Desistió al cabo de unos minutos. Su mente, además, comenzaba a acelerarse. Intentó controlar sus pensamientos, pero le resultó imposible. No dejaba de revivir lo ocurrido en el bar del Caníbal, no, se corrigió en el acto: lo que había sucedido en el callejón. Se preguntó, y no por primera vez, de quien era el cuerpo que había ocupado. ¿Qué había sido de él? ¿Estaría muerto? Era probable. La herida había sido brutal, desorbitada. Era imposible que alguien sufriera semejante daño y sobreviviera.

Llamaron a la puerta despacio y poco después entró su madre con un vaso de cacao caliente que dejó sobre la mesilla. En el platito que acompañaba al vaso había también dos pastillas, Ari supuso que recetadas por Joanes. Se quedó mirándolas con aprensión. Píldoras como aquellas habían sido sus inseparables compañeras durante mucho tiempo. Demasiado. Creía que por fin se había librado de ellas, pero ahí estaban para sacarla de su error.

—¿Cómo estás? —preguntó Ángela mientras ponía la mano sobre la suya. Ari se sobresaltó al sentir el contacto. Había estado observando tan fijamente las pastillas que se había olvidado de que su madre estaba allí.

—El episodio no se ha repetido —contestó en tono jocos— en mi cabeza siguen con la programación habitual, nada de reposiciones. Supongo que eso es bueno.

—Mañana por la mañana llamaremos otra vez a Joanes. Y si insiste en no verte hasta el lunes le diré, con toda la educación del mundo, que vamos a buscarnos un especialista que pueda atendernos cuando lo necesitemos.

—Estoy bien, mamá. Y Joanes me gusta. No lo despidas todavía, ¿vale?

—Ya veremos —dijo Ángela con gesto hosco—. Y ahora descansa, ¿de acuerdo?

—Voy a quedarme frita en cuanto me tome las pastillas. Somos viejas conocidas ellas y yo. Podrían dormir a un elefante.

—Y tú no estás tan gorda.

Ari sonrió y, sin poder contenerse, abrazó a su madre con fuerza. Ángela le devolvió el abrazo con la misma intensidad.

—Todo va a ir bien —le susurró su madre al oído—. Mañana será otro día y será mejor, ya lo verás.

Cuando su madre se marchó, Ari volvió a mirar las pastillas. Ni siquiera barajaba la opción de no tomarlas. La idea de pasar una noche en vela dando vueltas a lo sucedido la aterraba. Suspiró y se tomó ambas a un tiempo, haciendo que bajaran por su garganta con un largo trago de cacao. Luego dejó el vaso sin terminar en la mesilla, se acostó y apagó la luz. La oscuridad se cerró a su alrededor como un puño.

Los sedantes no tardaron en surtir efecto. Una pesada modorra se fue extendiendo por su cuerpo mientras sus miembros iban ganando peso, como si se volvieran más densos a cada segundo que pasaba. Cabeceó en la almohada, cambió de postura, muy despacio y, justo después, se quedó dormida.

Nada más hacerlo, el sueño irrumpió en su mente como una bestia desbocada, como un tren a punto de descarrilar al que no podía contener droga alguna.

En un principio, todo fue una sucesión de tinieblas, velos de oscuridad que se agitaban entre ella y el sueño. Tras aquel cortinaje movedizo escuchó una voz que la llamaba. Venía de muy lejos, tanto en la distancia como en el tiempo. Era una voz de su pasado, una voz anterior a la adopción, al centro de acogida, al hospital...

—Adiós, Ariadna... —se escuchó decir a sí misma. Esas habían sido las últimas palabras que había oído antes de que el mundo estallara.

Y justo al recordarlas, la oscuridad a su alrededor se resquebrajó, se hizo pedazos: placas de densa negrura se fueron desprendiendo ante sus ojos mostrándole al fin cuál iba a ser el escenario de aquel nuevo sueño (por un instante entrevió una torre de piedra roja, con una cúpula quebrada, pero esa imagen duró tan poco que la olvidó nada más verla). Estaba en una calle solitaria, en mitad de la noche. Reconoció el lugar de inmediato, no en vano pasaba por él casi a diario de camino a su instituto. Era una calle muy cercana a su casa, una calle mil veces vista, pero había algo en ella que no terminaba de encajar, la imagen estaba distorsionada, como si la estuviera contemplando a través de un prisma que deformara el mundo. Los edificios eran extraordinariamente altos y no había recta alguna en su diseño, ni en las fachadas ni en puertas y ventanas: todo eran curvas y ondulaciones disparadas hacia las alturas. Alzó un momento la vista al cielo. Allí brillaban dos lunas, una era la acostumbrada, la vieja luna de la Tierra en cuarto menguante, idéntica a la que había visto a través de la ventana al bajar la persiana. La otra era apenas una línea de plata, una sonrisa lejana tumbada en lo alto. Negó con la cabeza. ¿Dos lunas? ¡Qué absurdos eran los sueños!

De nuevo volvió a escuchar la voz que la llamaba y, al momento, una presión insoportable se instaló en su cerebro. Se llevó las manos a las sienes, ahogando un grito. El pasado pugnaba en el interior de su cabeza, los recuerdos se agrupaban tras la oscuridad que le impedía ir más allá de su despertar en el hospital, los sentía amontonarse allí, ansiosos, frenéticos. Querían ser libres. Por primera vez, Ari tuvo miedo, un miedo atroz, a lo que podían desvelarle. Alcanzó a oler una fuerte peste a

pescado podrido, a agua estancada.

La voz volvió a llamarla y ella, casi a trompicones, se encaminó en su dirección. Se oía muy lejos aún. No llovía en su sueño, pero la noche era de una frialdad tremenda. Se contempló los brazos: sobre la piel comenzaba a formarse escarcha. Se la sacudió a golpes pero nada más arrancársela otra nueva capa comenzó a formarse. Al menos el fuerte hedor a pescado pasado había desaparecido.

Siguió su camino a través de aquel Madrid apenas reconocible. Un repentino sonido de oleaje le hizo mirar hacia la derecha. Allí un edificio de un impactante color rojo se agitaba entre el resto de bloques, se convulsionaba desesperado, como si intentara escapar de sus cimientos. Las ventanas se abrían en su fachada como ojos despavoridos. De sus paredes, irregulares y plagadas de protuberancias, emergían tentáculos barrocos. Ari se llevó la mano a la boca y aceleró el paso, alejándose deprisa de aquella casa.

—Ariadna... —decía la voz. Y aunque la notaba más cerca, paradójicamente también sonaba más débil. Casi agotada.

Echó a correr. Aquella voz se estaba apagando, moría.

Y si eso pasaba, nunca podría averiguar quién era. Aunque... ¿de verdad quería saberlo? Siguió corriendo y no porque en verdad deseara hacerlo. Corría porque era la única opción que le quedaba.

En el sueño, el tiempo dejó de tener sentido. Los segundos se alargaban, se hacían eternos. Dar una zancada le costaba un siglo. Y mientras aquella voz, que seguía igual de lejana, no hacía más que llamarla, dolorida, agonizante. Las dos lunas la acompañaban en su carrera. Las dos lunas y ese frío glacial que le congelaba hasta la mismísima alma. De pronto, un ramalazo de dolor llegó de su pie izquierdo, y fue tan intenso que despertó al instante.

Pero con el despertar no terminó el sueño.

Ari cayó al suelo. Y al dolor de su pie se le unió un fuerte golpe en un costado al chocar contra la acera. Miró alrededor, más allá del desconcierto. Estaba en la calle, en mitad de una pequeña travesía, en pijama, descalza y temblando de frío y miedo. No sabía dónde se encontraba. Se arrastró hasta la fachada del edificio más próximo sin apoyar en ningún momento el pie herido en el suelo. Le palpitaba. Se inclinó y comprobó que se le había clavado el cristal de una botella en la planta, muy cerca del talón. Había dejado un pequeño reguero de sangre sobre la acera. Se arrancó el cristal de un tirón y la sangre fluyó todavía más deprisa. Era un corte pequeño, aunque profundo y doloroso. Se levantó, despacio, apoyándose en la pared. Estaba aterrada, fuera de lugar. Nunca se había sentido tan indefensa ni tan expuesta como en aquel momento. Se abrazó a sí misma, muerta de frío. Llevaba pijama de invierno, pero por muy grueso que fuera este apenas abrigaba en el exterior. Intentó serenarse. Había salido de casa dormida. Era evidente. Al menos no parecía haber monstruos al acecho. La calle estaba desierta.

Necesitaba ubicarse. Eso era lo más importante. Tenía que averiguar dónde estaba

y luego volver a casa. No podía haberse alejado demasiado. Miró alrededor, buscando algo, cualquier cosa, que la ayudara a orientarse. De pronto recordó el sueño y alzó la mirada al cielo, alarmada. Solo había una luna sobre su cabeza. Y verla allí sola en las alturas le hizo sentir un alivio indescriptible. Cojeó en la acera desierta, apoyada en la pared, en busca de alguna placa que le indicara en qué calle estaba.

Entonces escuchó de nuevo la voz. Ese «Ariadna» urgente, imperioso. Lo oyó más en su cabeza que en sus oídos y, por un instante, pensó que no era más que un rescoldo del sueño del que acababa de despertar. Pero entonces volvió a oírlo:

—Ariadna. —La joven se estremeció, y no por el frío.

La voz venía de una bocacalle cercana. Miró hacia allá, abriendo y cerrando los puños. Los dientes le castañeteaban. Seguía sin haber nadie en la calle, nadie en absoluto. Ni una luz en las ventanas de los edificios, ni el sonido de un coche. Era como si la ciudad estuviera vacía, a excepción de ella y esa voz implorante.

—Ariadna —escuchó de nuevo y, despacio, apoyando solo el talón del pie herido, fue hacia allí.

\* \* \*

El joven estaba recostado al fondo del callejón, entre cartones y bolsas de basura. Llevaba un atuendo extraño, fuera de lugar, una casaca negra y unos pantalones y una capa del mismo color. El pelo, largo y oscuro, le caía ante la cara como un cortinaje brillante, ocultando sus rasgos pero no la palidez de su rostro. Estaba inmóvil, con las manos en el vientre y la cabeza reclinada. Parecía desmayado, o quizá muerto. Ari se acercó con precaución. No había dado más que un paso cuando él levantó la vista, alerta. El cabello se le desplazó hacia un lado con el brusco movimiento y a la temblorosa luz de la única farola que iluminaba el pasaje, Ari pudo ver sus ojos: el izquierdo era gris claro, el derecho, negro por completo.

Ari tuvo un intenso ataque de vértigo. La realidad se tambaleó y la orientación del mundo cambió. Por un segundo, se vio a sí misma trastabillar a la entrada del callejón, como si se estuviera contemplando a través de la mirada de aquel extraño. No le quedó más alternativa que buscar el apoyo de la pared para no caer. Apoyó el pie lastimado en el suelo y el ramalazo de dolor la despejó de inmediato.

—Ariadna... —repitió el muchacho. Su voz era profunda y en ella, entremezclada con la agonía, se dejaba ver una dicha inmensa—. Eres tú de verdad... —Hizo ademán de levantarse aunque no llegó a conseguirlo. Se desplomó contra la pared—. Por todos los dioses —dijo—, eres tú.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó ella. Era lo que tenía que decir. La frase acertada. A pesar de que en su interior sabía que aquel joven pertenecía a su pasado, a ese periodo olvidado de su vida anterior.

—Tienes la mente vacía —dijo él—. No recuerdas nada. Pobre Ariadna... Te necesito. Me estoy muriendo.

—No... yo... —Miró hacia la entrada del callejón y retrocedió un paso. Le temblaban las manos—. Voy a buscar a alguien. Conseguiremos una ambulancia.

—Y vendrán con sus luces y me llevarán con sus médicos y no podrán curarme. —Apretó los dientes—. Voy a morirme si no me ayudas. —Alargó una mano hacia ella y al apartarla de su vientre dejó a la vista la profunda herida que casi lo partía en dos. ¿Cómo era posible que estuviera tan destrozado y continuara con vida?—. Te necesito, Ariadna. Necesito tu magia.

—¿Magia? —La locura de aquella noche acababa de subir de grado—. No sé de qué estás hablando. No sé nada de magia... Yo... —Negó con la cabeza. Aquel muchacho le resultaba dolorosamente familiar. Sentía la necesidad de correr hacia él y abrazarlo.

—Ariadna —la llamó otra vez. Y su nombre en sus labios sonaba a nuevo—. Necesito que confíes en mí —le rogó—. Necesito que te acerques, que pongas tus manos en la herida y repitas las palabras que voy a decirte. Confía en mí, por favor.

Ella forzó a sus piernas paralizadas a ponerse en marcha. Avanzó en las tinieblas del callejón y cuanto más se acercaba al muchacho más oscuridad se arremolinaba alrededor de este al eclipsar con su cuerpo la luz que llegaba de fuera. El extraño era hermoso, de rasgos fieros, el sudor resbalaba por una barbilla perfecta, la nariz era altiva, los pómulos severos... Pero era su mirada lo que más la impresionaba. Sus ojos desparejos fijos en los de ella. En torno al joven se extendía un semicírculo de sangre y justo alrededor de este una serie de caracteres que él mismo debía de haber escrito. Ari evitó pisarlos. A continuación se acuclilló ante el muchacho.

—Esto es una locura —murmuró.

—No, no lo es —dijo él—. Es fantástico tenerte de vuelta. —La forma en que la miraba la cohibió. Parecía bebérsela con los ojos—. Pero escucha... en cuanto comiences a curarme, la barracuda detectará la magia y vendrá hacia aquí. No tendremos mucho tiempo. Tendrás que... —Guardó silencio—. Por la magia muerta... qué hermosa te has vuelto.

Luego le acarició la cara, la barbilla primero para luego ascender por la mejilla. Ari sintió el tacto cálido de aquella mano sobre su piel, notó el calor de la sangre que marcaba el recorrido de los dedos por su rostro. Aquel contacto bastó para paralizarla. No podía moverse, estaba hechizada por una magia desconocida.

—Ariadna —dijo el joven. Luego, haciendo un gran esfuerzo, se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

Ari, para su sorpresa, se encontró respondiendo a ese beso. Fue como si algo ajeno a ella hubiera tomado el control de su cuerpo y la obligara a hacerlo. Se besaron en el callejón entre tinieblas y presagios. Ariadna sintió nacer en ella una pasión desconocida que en nada tenía que ver con lo que Marc le hacía sentir, era una pasión turbia, peligrosa.



Y no eran besos nuevos, estaban cargados de nostalgia, de antigüedad. Y ella se dejó arrastrar por ese pasado olvidado, por esas manos temblorosas que recorrían sus mejillas y acariciaban su pelo, manchándolo de sangre. Cuando sus bocas se separaban, ella recordó su nombre:

—Evan —dijo.

## EL MUNDO OCULTO

—¿Quién eres? —preguntó Ari, todavía con el sabor de los labios de aquel joven en la boca. La voz le temblaba—. ¿Qué está pasando aquí?

—No hay tiempo —murmuró Evan. Se llevó las manos al estómago y torció el gesto—. Presta atención, por favor. —La miró a la cara y contemplar de nuevo aquel ojo oscuro, idéntico al suyo, hizo que se estremeciera—. Coge mis manos y repite lo que voy a decir, sin equivocarte, sin dudar, palabra a palabra. Es magia sencilla, pero a mí no me queda energía para convocarla. Espera, antes, antes... —Le faltaba el aliento—. La barracuda vendrá. No puede estar lejos y la cabrona huele la magia. Voy a necesitar que me ayudes contra ella. Haz lo que te diga cuando te lo diga, ¿de acuerdo? Haz lo que te diga o los dos acabaremos muertos.

¿Magia? ¿La barracuda? ¿Así se llamaba la criatura que lo había herido? La única explicación que se le ocurría para todo aquello era que continuaba soñando. Pero... ¿podían los sueños ser tan vividos?

—Tus manos, de prisa —la apremió el joven. Ari lo obedeció sin pensar, ya no quedaba tiempo para dudas. Tenía la boca seca y el corazón disparado en el pecho, y aún se le aceleró más al tocar las manos de Evan—. Diré el hechizo dos veces —le advirtió este—. La primera solo escucha... la segunda repítelo a medida que yo lo haga.

Ella asintió y él, tras dedicarle una sonrisa de claro agotamiento, comenzó a hablar: las palabras que salían de su boca no tenían el menor sentido para Ari, parecían mezclas aleatorias de sílabas, sonidos al azar sin semejanza alguna con ningún idioma que pudiera reconocer. Intentar memorizar aquella jergonza era imposible. Tras un largo minuto de confuso recitar, Evan calló. A cada instante que pasaba estaba más pálido. La miró a los ojos, sonrió de nuevo y comenzó con aquel galimatías desde el principio. Ella se obligó a concentrarse y le siguió como le había pedido que hiciera: sin dudar, pronunciando cada palabra un instante después de que él lo hiciera.

De pronto, notó un calambre en las muñecas, una corriente eléctrica que recorrió su antebrazo de parte a parte, con tal salvajismo que creyó estar a punto de arder. Luego, con una brusca sacudida, aquella energía insólita le saltó a la punta de los dedos y, de ahí, salió despedida en busca de la herida de Evan. Al instante, la enorme brecha que abría el vientre del muchacho comenzó a cerrarse. Los pliegues ensangrentados temblaron y retrocedieron como si manos invisibles tiraran de ellos.

Ari no se sorprendió al verlo. Eso, exactamente eso, era lo que debía ocurrir. Continuó con aquella incongruente salmodia, con aquella ristra de palabras sin sentido que obraba lo imposible y que, al igual que el beso, despertaba en su memoria ecos de otros tiempos. No era la primera vez que lanzaba aquel hechizo. No era la primera vez, comprendió, que salvaba la vida de aquel muchacho.

«¿Quién soy?», se preguntó. Y se corrigió al momento: «¿qué soy?».

El cuerpo del joven se estremecía bajo su contacto. Lo sentía vibrar al compás de la energía que fluía de sus dedos.

El hechizo terminó al fin, pero el daño a reparar era tan tremendo que no le extrañó ver cómo Evan comenzaba a recitarlo otra vez. Y ella lo siguió de nuevo, repitiendo sus palabras apenas las pronunciaba.

Ambos se miraron a los ojos. El color poco a poco regresaba al rostro de Evan, desterraba la palidez fatal que había tenido hasta unos instantes antes; sus labios, aquellos labios que acababa de besar, enrojecían por momentos, se llenaban de vida. Estaba funcionando. La magia restañaba la herida, la cerraba. De pronto, Evan se envaró, tenso. Apartó la vista de Ari para mirar hacia la boca del callejón. No dejó de repetir el hechizo en ningún momento, pero en su voz se notaba ahora tensión. Ari no miró hacia atrás, pero fue consciente de que algo se aproximaba. Una oleada de frío intenso le mordió la base de la nuca, una suerte de premonición terrible.

—Ya viene —murmuró el joven, confirmando sus temores. La apartó con delicadeza, rompiendo en el acto la corriente de magia sanadora que los unía—. Ya viene —repitió.

La herida había reducido su tamaño de forma considerable, pero estaba lejos de haberse curado. La carne lucía violácea a través de la ropa desgarrada y la sangre continuaba manando. A pesar de ello, Evan se levantó. Lo hizo despacio, con la vista fija en la entrada del callejón. Cuando estuvo de pie se envolvió en la capa y quedó inmóvil, alerta. Tenía los dientes apretados y una expresión de fiera determinación en la cara. Ari no podía apartar la vista de él. Su rostro la abrumaba, no había otra forma de expresarlo; la perfección de aquellos rasgos, la dureza de su mirada, la desarmaban. Evan era de una hermosura implacable, fiera. De pronto, el muchacho salió de su inmovilidad y se le acercó, de forma tan brusca y rápida que ella, sobresaltada, a punto estuvo de gritar. Evan sacó de la nada un colgante negro con forma de estrella de mar, de brazos retorcidos y ondulados, y, antes de que pudiera reaccionar, se lo colgó al cuello.

—Pase lo que pase, no te la quites —le advirtió.

En ese momento se escuchó un rugido sobre el murmullo del viento seguido de un retumbar sordo: pasos que se aproximaban.

Evan señaló hacia un lateral del callejón. Allí se veía un pequeño soportal, apenas un mero escalón que daba a una puerta metálica, pegoteada de carteles. La muchacha comprendió en el acto lo que le pedía. Asintió y corrió hasta la puerta. Ni siquiera fue consciente de que el pie lastimado ya no le dolía; la magia también había curado

aquel corte. Se apretó contra el soportal en el mismo instante en que una sombra irrumpía en el callejón. Ari entornó los ojos. Había algo allí, algo impreciso, un borbotón de niebla acerada, un nubarrón informe... Cerró el ojo derecho, su ojo azul, y la figura se concretó.

Era, por supuesto, el mismo espanto que había visto durante su visión en el bar del Caníbal. Un engendro acorazado de dos metros y medio de altura, doblado por el peso de una inmensa joroba de la que surgía un caos de huesos. Tenía unos ojos diminutos, enterrados en dos nichos óseos. Sus garras, de múltiples dedos, se abrían y cerraban sin cesar. Emitió un sonido a medio camino entre un siseo y un rugido y se adentró en el callejón.

—Tengo que reconocer que eres tan feo como insistente —murmuró Evan y se encaminó despacio al encuentro de la criatura mientras desenvainaba la misma daga azul que Ari había visto en su visión—. Es culpa mía, lo admito —dijo el muchacho. La barracuda se había detenido y lo observaba aproximarse—. Me llevé lo que no era mío y por eso comenzó esta cacería. Pero ya no tengo lo que buscas. —Y a continuación se giró a medias hacia Ari y la señaló con un dedo—. Ahora lo tiene ella.

La muchacha resopló, sobrecogida al verse descubierta de ese modo. El monstruo apartó la vista de Evan para mirarla y sus diminutos ojos negros se entrecerraron aún más al reparar en el colgante que llevaba al cuello. Soltó un gruñido y fue hacia Ari, en una salida explosiva, acelerada. Evan intentó apartarse de su camino, pero la bestia lo arrolló sin contemplaciones. Ari gritó al verla llegar.

Sin saber qué hacer, abandonó el abrigo del soportal. No tenía escapatoria. El callejón era demasiado estrecho y la barracuda demasiado grande. La criatura cargó contra ella. La joven se arrojó al suelo de forma instintiva y esquivó por pura suerte las garras que buscaban destrozarla. Se coló entre las piernas del monstruo e intentó escapar a rastras, pero antes de conseguir avanzar un solo metro aquel engendro la aferró de la pantorrilla y tiró de ella hacia arriba. Ari se encontró alzada bocabajo en el aire, dando brazadas y gritando histérica. Entrevió un borrón de oscuridad sobre su cabeza y se encogió como pudo, aterrada. Iba a matarla. Aquella cosa iba a matarla.

De pronto, la barracuda soltó un rugido y retrocedió a trompicones, zarandeándola de un lado a otro como un niño a un muñeco. Evan había saltado sobre su espalda y le había envuelto la cabeza con su capa, cegándola; el joven se afianzó como pudo en la joroba huesuda y, dando un grito, apuñaló al monstruo en el cuello. Este aulló de dolor e intentó golpearlo con su zarpa libre mientras redoblaba su presa sobre la pierna de Ari. Evan consiguió esquivar el ataque y se escoró hacia un lado al tiempo que lo apuñalaba otra vez. La barracuda volvió a gritar. Soltó a Ari de mala manera y se revolvió frenética en un intento de quitarse de encima a su atacante. La muchacha rodó por el callejón encharcado mientras Evan se zafaba como bien podía de las acometidas de su enemigo. Cuando se disponía a apuñalarlo por tercera vez, un puñetazo soberbio sin posibilidad de esquivo lo lanzó volando por el aire. Chocó

contra la pared del callejón y cayó como un fardo entre la basura apilada. El monstruo, ciego de furia, se giró hacia él, profiriendo tal alarido que a Ari le sorprendió que los cristales de las ventanas no se hicieran pedazos.

Evan se retorció entre las bolsas de basura, intentando levantarse. Su brazo derecho se agitaba de manera extraña, como si no estuviera del todo unido a su cuerpo.

—¡La daga! ¡Coge la daga! —le gritó a Ari al tiempo que señalaba el arma. Esta había caído muy cerca de ella, apenas a un metro de distancia, pero la joven no encontraba modo de salir de la inmovilidad. Estaba en *shock*, sobrepasada por los acontecimientos.

Evan logró incorporarse a medias justo cuando la barracuda saltaba sobre él, barriendo el aire con sus zarpas.

—¡Cógela! —insistió mientras se arrojaba hacia la izquierda en un intento de apartarse del monstruo. Pero fue demasiado lento. Una de las garras impactó en su cadera y lo hizo girar en pleno salto. La barracuda alzó sus puños y, convertidos en martillos, los dejó caer sobre el estómago del joven. Ari lo vio doblarse sobre sí mismo y escupir un cuajaron de sangre. Aquella visión la hizo reaccionar. Si Evan moría, ella sería la siguiente. Se abalanzó hacia la daga y la empuñó. Apenas pesaba y no era de extrañar: la hoja, por imposible que pareciera, estaba hecha de humo. Se levantó y corrió hacia la barracuda. Evan rodaba entre la basura, en un frenético intento de evitar las acometidas del engendro. A Ariadna le sorprendió ver que todavía estaba vivo.

—¡Clávasela! —le escuchó gritar—. ¡Y hazlo antes de que me mate!

Lanzó un mandoble hacia el torso de la barracuda, pero su gesto fue tan torpe que estuvo más cerca de herir a Evan, que luchaba por incorporarse, que al monstruo.

—¡A mí no! —gritó el joven mientras evadía un nuevo zarpazo de su adversario—. ¡A él! ¡Clávasela a él!

El brazo de la barracuda barrió el aire sobre la cabeza de Ari; su enorme corpachón se interpuso entre Evan y ella y, decidida, aprovechó el momento para apuñalarla con todas sus fuerzas. El cuchillo se hundió de lleno en su costado, como si fuera la barracuda quien estuviera hecha de humo en vez del arma. La criatura aulló otra vez de dolor y se giró hacia su nueva atacante. Ari estaba mareada. Escuchó gritar a Evan justo en el instante en que el monstruo atacaba. Ni siquiera intentó esquivar el golpe. La zarpa izquierda de aquel espanto le desgarró el torso del hombro izquierdo a la cintura. La derecha voló hacia su cabeza.

Lo último que sintió fue un tremendo golpe en la sien. Luego el mundo se llenó a rebosar de tinieblas. Después no hubo nada.

\* \* \*

Despertó bajo la lluvia. Se encorvó en el suelo e intentó gritar. Pero ni una palabra acudió a su boca, solo un gemido sin aire. Tuvo la disparatada idea de que su voz se había convertido en polvo, en ceniza. Abrió los ojos. El mundo era un caos de siluetas duplicadas, de nubes negras que pendían del cielo como grotescas cabezas que se acercaran a contemplar su agonía. Evan estaba acucillado junto a ella y la observaba preocupado con sus ojos disparejos. El dolor era insoportable, más del que nadie cuerdo podía manejar. Se intentó llevar una mano al cráneo, pero el joven se apresuró a detenerla cogiéndola de la muñeca.

—No te toques... —le advirtió y en su voz se entrevió verdadera alarma—. Y repite conmigo el hechizo, repítelo otra vez... —Las piernas le fallaron mientras hablaba y cayó de rodillas a su lado. Tenía la cara bañada en sangre, hinchada y amoratada, y por el modo en que le colgaba el brazo derecho era evidente que lo tenía roto. Evan comenzó de nuevo con el sortilegio y ella intentó seguirlo, pero su voz era apenas un gemido, un susurro agónico: insuficiente para invocar la magia. Le habían quitado las palabras y, a cambio, le habían llenado de arena la garganta.

¿Se estaba muriendo? ¿Era eso? El cielo nunca le había parecido tan negro, vacío y lejano. ¿Eso se sentía al morir? ¿Esa pérdida? ¿Esa angustia? ¿Esas ganas de gritar? No podía ser verdad. No podía ser cierto. Tenía tanto que perder. Su familia, Marc, su pasado a punto de desvelarse, su futuro... Todas las sonrisas, todos los besos... Sería tan injusto morir ahora. Tanto por hacer. Tanto por saber.

Se rebeló contra la muerte. Rebuscó en su interior las energías necesarias para poder hablar y, para su sorpresa, las encontró: las palabras regresaron a sus labios, lentas y pesadas, pero vivas. Y con ellas regresó la magia. El hechizo de curación los bañó a ambos al momento y, poco a poco, la agonía comenzó a mitigarse. Tomó aliento entre hechizos. Lo iba a conseguir. Iba a vivir. Perdió la cuenta de las veces que Evan la obligó a repetir el sortilegio. ¿Tan graves eran sus heridas? Su voz fue ganando en fortaleza, su pulso se estabilizó. Cuando intentó incorporarse, Evan se lo permitió. Ya no era necesario que la guiara con el hechizo. A fuerza de repetirlo lo había memorizado. «No», se corrigió mientras lo lanzaba por enésima vez, «a fuerza de repetirlo, lo he recordado».

Al cambiar de postura pudo ver a la barracuda. El monstruo estaba a apenas unos metros de distancia, tirado en un charco de sangre negra. Tenía los ojos abiertos y estaba vivo sin duda alguna. Alargaba ambos brazos en su dirección y abría y cerraba despacio y al mismo tiempo las garras y la boca. El odio y la rabia que se traslucían en su mirada le hicieron estremecerse. ¿Había sido ella quien había tumbado a esa cosa? Justo cuando se hacía esa pregunta, la barracuda se convulsionó. Todo su cuerpo se agitó como si no fuera más que gelatina y acto seguido, con una explosión sorda, se desintegró. Su enorme corpachón se convirtió en humo negro, en una nube densa que se quedó flotando en el callejón, sin disgregarse lo más mínimo a pesar del fuerte viento. Evan, que había mirado sobre su hombro al escuchar la explosión, se giró otra vez hacia ella:

—Volverá —le explicó—. En unas horas se hará sólida de nuevo y vendrá otra vez a por mí. La daga solo consigue frenarla un tiempo, nada más.

—Pero, ¿qué es esa cosa? —preguntó ella.

—Una barracuda —contestó—. Y no, no tienen nada que ver con las de la Tierra. Son demonios custodios que los hechiceros vinculan a sus posesiones más valiosas. La barracuda entra en nuestro mundo si alguien roba el objeto al que está atada. Y nada la detendrá hasta recuperarlo. Son incansables. E indestructibles. Sencillamente, no se las puede matar. La daga con la que la hemos tumbado es muy especial. Fue forjada con la sangre de un dios con el propósito de matar a otro. Creí que iba a ser suficiente para acabar con ella, pero me equivoqué: solo puede frenarla.

—Y tú robaste el colgante al que estaba vinculada —dijo mientras se lo quitaba del cuello y se lo tendía. El tacto de aquella cosa era repugnante.

Evan asintió.

—La estrella Nefanda —dijo mientras la ocultaba otra vez de la vista—. Es una pieza sagrada que varios cultos demoniacos se disputan desde hace siglos. Y yo se la he robado a uno para entregárselo a otro. Un trabajo muy sencillo, el único problema es que se olvidaron de mencionarme el detalle de la barracuda. —Gruñó—. ¿Puedes andar? —le preguntó entonces.

Ella se encogió de hombros. La magia podía haberla curado, pero el recuerdo del dolor que acababa de sentir seguía presente. La atenazaba por dentro. Se preguntó si no estaría en *shock*. Era probable. No podía apartar la mirada de la nube de humo negro que seguía en el lugar que antes había ocupado la barracuda, casi se podía distinguir cómo comenzaba a recuperar su forma.

—¿Y si volvemos a apuñalarla? —quiso saber.

Evan negó con la cabeza. Su cara seguía manchada de sangre, pero las heridas habían desaparecido. También la rigidez de su brazo.

—La daga solo le afecta cuando es sólida. Ahora sería como intentar matar a una nube a cuchilladas. —Se levantó, no sin dificultades. Parecía agotado—. Tenemos que marcharnos cuanto antes —le dijo—. Esa cosa ya ha estado a punto de matarme dos veces hoy, y no me apetece tentar más a la suerte.

—¿Por qué no le devuelves la estrella? ¿No te dejaría en paz si lo hicieras?

Evan la sorprendió al echarse a reír. Y su risa le resultó tan familiar que se sintió mareada. Los recuerdos pugnaban de nuevo en su mente. Tenía la impresión de que todo estaba a un segundo de desvelarse.

—Lo haría si pudiera, te lo aseguro —le explicó Evan—. Pero hay un contrato de por medio y los contratos para la gente como yo son sagrados. Si rompo mi palabra, no valgo nada. Y si no valgo nada es preferible estar muerto.

—¿Quién eres? —le preguntó ella de nuevo. Y, a continuación, le hizo la pregunta que en realidad quería hacerle, la que llevaba haciéndose a sí misma desde hacía tanto, tanto tiempo—: ¿Quién soy yo?

—Ariadna —le contestó. Le tembló la voz al pronunciar su nombre y ella se

estremeció al oírsele—. Ariadna, Ariadna, Ariadna... —Sonrió mientras se acercaba a la muchacha—. Llevo cuatro años buscándote, ¿sabes? Cuatro años intentando dar contigo. Y cuando ya había perdido la esperanza, cuando ya me había resignado a no verte jamás, aquí estás de nuevo. —Ella retrocedió, cohibida no por su proximidad sino por las emociones que esta despertaba. Se preguntó si intentaría besarla de nuevo y se descubrió deseando que lo hiciera y, al mismo tiempo, temiendo que así fuera. Evan le tendió la mano, todavía sucia de sangre—. Vámonos de aquí —le pidió—, no es seguro tener a esa cosa cerca. Ven conmigo. Tengo mucho que contarte.

—Ni tú ni yo formamos parte de este mundo —comenzó Evan y con el gesto de su mano pareció querer abarcar no solo el pequeño parque en el que se encontraban, sino la ciudad entera—. Nos abandonaron nada más nacer, nos repudiaron antes siquiera de que hubiéramos abierto los ojos. A ti te encontraron en un contenedor. A mí en el maletero de un coche abandonado. Ya lo ves, Ariadna, nos echaron de esta tierra a patadas nada más salir del vientre de nuestras madres.

Ari lo escuchaba atenta, sentada con las piernas cruzadas en el banco y envuelta en la capa que Evan le había echado por encima. La muchacha había apreciado su gesto, no solo por el frío, también porque tras aquella aventura surrealista su pijama había acabado destrozado. No podía apartar la vista del joven. Sus palabras, en aquel instante, eran el centro de su existencia. Sus palabras traían consigo su pasado. No solo eso: traían consigo un mundo nuevo, un mundo oculto donde la magia y los monstruos eran reales.

—Es muy probable que hubiéramos muerto entonces —continuó Evan—. Y allí habría terminado nuestra historia: tú en tu contenedor y yo en mi maletero. Pero tuvimos suerte, ese día la Hermandad andaba buscando nuevos reclutas, nos encontraron y se hicieron cargo de nosotros.

—¿La Hermandad?

—Eso es. Ha tenido muchos nombres a lo largo de los siglos: la Orden de la Tibia y la Calavera, la Cofradía, los Hermanos de Hermes... —Se impulsó en el banco para sentarse en lo alto del respaldo—. Pero hace tiempo que dejaron de lado los apellidos. Decidieron que no los necesitaban cuando todo el mundo sabía quiénes eran.

—¿Es una secta o algo por el estilo? —preguntó, con un punto de preocupación. Su pasado siempre le había producido cierta inquietud, ahora, directamente, le daba miedo.

De nuevo escuchó la risa de Evan y otra vez se estremeció al oírla. No había conocido nunca a nadie que la perturbara tanto. Al menos no recordaba haberlo hecho.

—Son seguidores de las doctrinas de Hermes, un antiguo dios griego, sí, pero no le rinden culto ni hacen sacrificios en su honor si eso te preocupa. En el fondo, la Hermandad solo cree en sí misma y en los contratos que firma con sus clientes. —Sonrió conciliador, consciente del evidente desconcierto de la muchacha—. Son ladrones. Y hasta hace cuatro años formábamos parte de ellos.



—Ladrones —murmuró Ari, anonadada, como si fuera la primera vez que oía semejante palabra y se le escapara el significado.

—Ladrones —le confirmó Evan—. Sí, sé que no es una actividad como para sentirse orgulloso, pero con el tiempo se te olvida y hasta disfrutas con ella.

—Era una ladrona. —Ari seguía sin dar crédito a aquella noticia. El hecho de que en su vida pasada hubiera sido una delincuente le parecía tan sorprendente como el ser capaz de hacer magia.

—Y de las buenas —le aseguró él—. Formábamos un equipo brutal, tú y yo.

—Espera... ¿dices que esa hermandad usa niños para robar?

—Hay encargos para los que es mejor usar niños —le explicó Evan—. Si lo piensas bien, verás que tiene sentido. Inspiran confianza y además son capaces de llegar a lugares donde a un adulto le resultaría complicado acceder. Pero no le des mucha importancia, por favor. La Hermandad nos convirtió en ladrones, sí, pero a cambio nos salvo la vida —levantó de un salto para quedar de pie sobre el respaldo del banco—. Al principio no era más que un juego: nos animaban a robar en las cocinas, nos ponían pequeños retos que debíamos superar: joyas de otros hermanos que había que conseguir, libros que teníamos que cambiar de lugar... —Se echó a reír—. ¿Sabes cuál fue nuestro primer encargo real? ¡Tuvimos que robarle la dentadura postiza a Glada Maery, una hechicera decrepita! ¡La que montamos! ¡La vieja bruja estuvo a punto de atraparnos! —Saltó del respaldo del banco y se acuclilló a su lado, tan cerca de ella que era capaz de oler su sudor—. Poco a poco nos fueron dando otros encargos —continuó—. Éramos buenos, Ariadna. Muy buenos. Hablaban sin parar del futuro espléndido que nos aguardaba. Hasta el maldito día en que todo salió mal. El día en que te perdí. —Guardó silencio. Durante un largo rato se limitó a mirarla sin decir palabra.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella cuando no pudo soportar más su escrutinio. La cercanía de Evan la alteraba de manera inconcebible. Sentía la imperiosa necesidad de besarlo, de acariciarlo, de arrancarle la ropa...

—Algo extraño ocurrió durante nuestro último robo —contestó él. Por el modo en que la miraba era evidente que sus pensamientos iban por el mismo camino que los de ella. La devoraba con los ojos—. Nos estaban esperando. La mansión que debíamos asaltar estaba repleta de mercenarios y monstruos. —Hizo un gesto hosco, como si reviviera un recuerdo desagradable—. Por suerte no íbamos solos. Por desgracia eso tampoco sirvió de mucho. Fue una verdadera batalla. Y la Hermandad la perdió. —En sus ojos quedó claro la desazón que le producía revivir aquello—. Un hechizo de éxtasis te atrapó en la segunda planta, una burbuja de pura magia se cerró a tu alrededor. Era un sortilegio demasiado fuerte y no pude hacer nada contra él. Y menos con todo el caos que teníamos alrededor. Cuando estábamos más desesperados, cuando ya no veíamos salida posible, lo hiciste.

—¿Qué fue lo que hice?

—El hechizo de olvido, un sortilegio que borra los recuerdos y la identidad y que

nos hacen aprender a todos antes siquiera de enseñarnos los rudimentos del robo. Así es cómo la Hermandad protege sus secretos. Me miraste, me ordenaste que escapara y lo lanzaste sobre ti. «Adiós, Evan», fue lo último que te oí decir. «Adiós, Ariadna», te dije yo.

—¡Lo recuerdo! Recuerdo eso. Después no hay nada. Solo vacío. ¿Conseguiste escapar?

—A duras penas. Cuando intentaba huir alguien me disparó por la espalda. No sé qué ocurrió después. Desperté tres meses más tarde en un hospital a doscientos kilómetros de distancia. ¿Cómo llegué allí? No tengo ni idea. Solo sé que me encontraron medio muerto en una cuneta y que por lo visto estuve semanas debatiéndome entre la vida y la muerte. La policía andaba muy interesada en mí y en mis heridas, por supuesto, pero una vez recuperé la consciencia me los quité de encima y me largué de allí.

»Cuando regresé con la Hermandad supe que me habían dado por muerto y que tú habías desaparecido. —Bajó la voz de pronto, como si el recuerdo de lo sucedido le ensombreciera todavía el ánimo—. No solo te perdí a ti, ¿sabes? También los perdí a ellos, a la Hermandad. A los que habían sido mi familia hasta entonces. Fue un cúmulo de circunstancias... —resopló, como si le costara trabajo explicar aquella parte de su historia—. A veces peco de paranoico, lo admito. Pero había cosas que no me cuadraban en la emboscada. Me parecía sorprendente que nos hubieran podido engañar así como así, no sin contar con la ayuda de alguien de dentro. Comencé a ver fantasmas por todas partes. Me volví suspicaz, arisco. Intuía que algo iba mal, que algo se me escapaba, pero por mucho que me devané la cabeza no supe averiguar qué era.

»A eso hay que añadirle que no podía quitarme de encima la sensación de que la Hermandad no estaba haciendo todo lo necesario por encontrarte. Todo eso me desquiciaba. Me volvía loco. No podía dejar de pensar que parecía que todos a mi alrededor te habían olvidado. —La miró con fijeza—. Y yo no podía hacer otra cosa que pensar en ti. Cada segundo. Tuve varios encontronazos con otros miembros de la Hermandad, en algún caso fueron bastante violentos. Al final me harté y los dejé. No de buenas formas, como puedes imaginarte. Nadie abandona la Hermandad sin que haya consecuencias... Me establecí como ladrón por mi cuenta y comencé a aceptar encargos en todas partes del mundo. Pero nunca dejé de buscarte. Nunca. Llevo cuatro años intentando encontrarte, Ariadna. Cuatro años dando tumbos de un lado a otro, sin encontrar otra cosa que no fueran callejones sin salida y pistas falsas. Hasta hoy —añadió con una sonrisa.

—Hasta hoy... —repitió ella casi de forma mecánica.

Seguía resultándole imposible apartar la vista de él. Y de pronto sucedió, ocurrió lo mismo que el día en que averiguó lo que Marc sentía por ella: los sentimientos de Evan emergieron a la superficie, se hicieron visibles de forma nítida. Un proceloso caudal de pasión, de devoción intensa, se abrió paso, sin tomar una forma real pero

tan clara a sus ojos como los propios rasgos que contemplaba. Y así fue cómo supo que Evan la amaba de forma voraz, devastadora, de una forma tan completa que se asustó. Nadie podía amar de semejante manera y mantenerse cuerdo.

—Estás leyéndome —dijo él. Su voz quebró el hechizo y los sentimientos volvieron a ocultarse bajo su piel, dejando a la vista solo la fiera belleza del joven.

—¿Leyéndote? —Sintió cómo se ruborizaba—. Solo te miraba, solo...

—Leías mis sentimientos —la interrumpió y todo posible tono recriminatorio en su voz quedó borrado por su sonrisa—. Eso hacías.

—¡Oh! —exclamó Ari. El calor en sus mejillas recrudeció, se sentía como una niña pillada en falta—. Lo siento mucho, no era mi intención. A veces sucede, no sé cómo ni por qué. Simplemente pasa, simplemente... —Entrecerró los ojos—. ¿Cómo te has dado cuenta? —Nada más formular su pregunta supo la respuesta—. También puedes hacerlo. —Y se sintió más expuesta ahora de lo que lo había estado antes, con el pijama destrozado, al comprender que aquel muchacho podía ver sus sentimientos de igual modo que ella podía ver los suyos.

Evan alzó un dedo y señaló su ojo derecho, el ojo idéntico al suyo. Tenía la uña manchada de hilos de sangre seca.

—Somos capaces de leer entre líneas —le dijo—. Nos han bendecido con la capacidad de ver lo que está oculto. Podemos asomarnos al alma de la gente, ver lo que sienten, averiguar si mienten o esconden algo, solo con mirar. Y no solo eso, cariño. Podemos encontrar puertas donde otros solo ven callejones sin salida, leer libros que nadie conoce e interpretar mapas que llevan a otras tierras... —Su ojo oscuro relució a la luz de los faros de un coche que pasó cerca de la plaza—. Unos nacen con el don de la lectura y lo perfeccionan con el tiempo. No es nuestro caso. Al poco de reclutarnos, cuando todavía éramos bebés, la Hermandad sustituyó uno de nuestros ojos por los de un lector muerto. —Al oír aquello, Ari se estremeció. ¿Aquel ojo no era suyo? ¿Un trasplante? ¿Llevaba el ojo de un cadáver?—. No solo nos proporcionaron el don de la lectura —continuó Evan—, el compartir un mismo par de ojos creó un enlace entre ambos que, a veces, en determinadas circunstancias, nos permite ver lo que el otro está mirando.

—¿Lees en mí? —preguntó ella—. ¿Estás leyendo en mí ahora?

—Podría hacerlo, pero no lo haré. Aunque me muero de ganas, te lo aseguro —señaló con una carcajada—. Hay una regla no escrita que dice que no es conveniente leer entre líneas en las personas que quieres y yo la sigo a rajatabla. Pero que eso no te impida leer en mí. Me has olvidado, Ariadna. Tienes que recordarme. Mírame. —Alzó los brazos en cruz para quedar expuesto ante ella—. Y lee en mí. No tengo nada que ocultarte. Nada que temer. Lo que ves es lo que soy.

Ariadna lo hizo, la tentación era demasiado fuerte. Entrecerró los ojos aunque sabía que solo uno de ellos era capaz de proporcionarle esa lectura profunda de la que Evan hablaba. Los sentimientos comenzaron a emerger, uno tras otro, capa tras capa: el cansancio acumulado en aquella larga noche; la tensión de la huida; la emoción del

reencuentro; la certeza absoluta, dolorosa, de que haría cualquier cosa por ella, hasta dejarse matar llegado el caso. Y sobre todas esas cosas, imponiéndose a ellas de manera brutal, estaba ese amor desesperado que le profesaba. Su amor no era un sentimiento, era una fuerza de la naturaleza, una ley universal capaz de sostener mundos en el espacio o consumir estrellas.

—Vale —dijo Ari mientras sacudía la cabeza y apagaba aquella lectura—. Creo que voy a necesitar una pausa para asimilar todo esto. O eso o me vuelvo loca. —Se llevó la mano a la cara y se cubrió los ojos con la palma.

—No, Ariadna. —Él se acuclilló junto a ella y, con suma suavidad, le retiró la mano que tapaba sus ojos. Y Ari volvió a tenerlo ante sí y su visión de nuevo la dejó sin aliento—. Llevas demasiado tiempo ciega, es hora de que vuelvas a mirar. Es hora de volver a donde perteneces. Mírame, Ariadna.

»Has vuelto a casa.

\* \* \*

—Abandonad toda esperanza —eso dijo Evan antes de abrir la puerta del edificio hasta el que la había guiado: una anodina construcción de dos plantas que Ari había tenido que mirar dos veces para poder ver, de tan común y simple que resultaba.

La joven dudó en el porche tras subir las escaleras. Una luz ambarina bailaba en el interior de la casa, una luz débil que parecía abrazarse a las sombras con la intención de resaltarlas en vez de disiparlas. No pudo evitar sentir cierta aprensión. Concentró su mirada en Evan e intentó averiguar las intenciones con las que el muchacho la había conducido allí. Para su sorpresa le resultó sencillo invocar a esa «lectura entre líneas» a la que el joven se había referido; hasta esa noche solo lo había conseguido por casualidad, pero de algún modo el reencuentro con su pasado había hecho que ahora le resultara sencillo recurrir a ella. A su acompañante pareció divertirse verla tan reticente.

—Jamás te haría daño —le dijo ante la puerta abierta—. Si hay una sola cosa en todo el universo en la que debas creer, cree en esa, por favor. Moriría antes de hacerte daño. —Y Ari supo que era cierto.

Lo primero que sintió al cruzar el umbral de la casa fue una profunda tristeza. Todo el lugar inducía a la melancolía, a una desazón densa y agobiante. Quizá fuera la luz, o tal vez algo inaprensible que se escapaba a los sentidos.

—Aquí ha ocurrido algo terrible —dijo Ari y hasta su propia voz le resultó extraña en aquel lugar: manchada de tragedia, de desolación.

—Nadie lo sabe con certeza, aunque casi todos los que entran tienen esa misma impresión —contestó Evan mientras la guiaba hasta una doble puerta acristalada. El pasillo terminaba en una escalera que conducía al piso superior. Le bastó una mirada

a los peldaños para saber que no se atrevería nunca a subirlos. Lo que quiera que hubiera sucedido allí había tenido lugar en el piso de arriba. Aquella casa respiraba fatalidad, fatalidad pasada y fatalidad a punto de desencadenarse—. Las casas iguales son un misterio, aparecieron todas a un tiempo hace bastantes años —dijo el joven—. Son cientos, repartidas por todo mundo. Todas idénticas, todas iguales hasta en el detalle más pequeño. —Señaló al marco de la puerta que tenían a su derecha, en la madera alguien había grabado a cuchilla la letra uve, con el brazo derecho bastante más largo que el izquierdo y curvado hacia dentro—. Todas tienen esa marca en la puerta, todas tienen la misma luz, las mismas sombras, los mismos muebles y adornos... Nadie sabe si es la misma casa repetida una y otra vez o una única casa que se encuentra en multitud de lugares.

Ariadna miró a su alrededor. A excepción de aquella impresionante sensación de vacío y tristeza no había nada allí que indujera a pensar que estaba en una casa encantada. Todo era normal, pero esa normalidad, en aquel sitio, resultaba inquietante. Entre dos puertas había una tocador y sobre este varias figuras de porcelana, anodinas y mal pintadas.

—Parece una casa normal, pero no lo es —dijo Ari—. Lo noto en los huesos. — Su cuerpo comenzaba a experimentar una urgencia irracional por abandonar aquel edificio.

Evan asintió despacio.

—Aunque no lo parezca, estamos en uno de los lugares más extraños de todo el mundo oculto —dijo—. Aquí dentro la magia no funciona como debe y nadie ha podido leer entre líneas jamás entre estas paredes, por ejemplo. Es como... si no perteneciera del todo a nuestra realidad. No toques nada, por favor —se apresuró a decir al ver cómo Ari acercaba la mano a una de las figuritas de porcelana: una joven pelirroja que sostenía un paraguas de color azul cielo—. Es muy importante que todo permanezca igual a como lo encontramos. Los cambios pueden tener consecuencias imprevisibles. Cuentan que hay gente que ha desaparecido aquí dentro por tocar lo que no debía.

—Vale, es el lugar más divertido del universo. ¿Para qué me has traído? ¿Para impresionarme?

—Sí, pero no con esto —respondió mientras abría la puerta acristalada. Esta daba a un amplio salón en cuya pared opuesta se veía una puerta idéntica a aquella en la que se encontraban—. Te he hablado de la magia, de la maravilla, del mundo del que has estado apartada durante años. Pero una cosa es hablar de todo eso y otra diferente que lo veas por ti misma.

En la sala aumentó todavía más la sensación de desastre inminente. Era una premonición pesada, una sensación física que le nacía de la boca del estómago y que atravesaba todo su cuerpo. Una mesa rectangular, repleta de un sinnúmero de representaciones de aves, ocupaba el centro de la estancia; las figuras eran de muy diferentes materiales, las había de cristal, de madera, de porcelana, hasta de papel.

Alrededor de la mesa había un par de sillones de cuero desgastado y Ariadna no pudo evitar pensar en que alguien acababa de levantarse de ellos solo un instante antes. El resto del mobiliario lo componían una estantería llena a rebosar de libros, un cuadro de caza de marco dorado con un ciervo blanco huyendo a la carrera de tres perros negros, un gramófono cubierto de polvo y un mueble bar vacío. La luz provenía de la lámpara de araña que colgaba del techo.

Evan la guio hacia la puerta opuesta, gemela en todo a la que habían usado para entrar.

—Esto quizá te resulte un poco desconcertante —comentó mientras abría la puerta y la invitaba a pasar con un gesto.

Para asombro de Ari, se encontró de regreso al pasillo de entrada. Contempló aturdida la mesita con la figura de la muchacha pelirroja que hacía apenas unos instantes había estado a punto de tocar. Miró hacia atrás. La habitación que quedaba ahora a su espalda era la misma que acababa de atravesar, solo que los muebles y objetos que contenía habían dado un giro de ciento ochenta grados, lo que debía estar a su izquierda quedaba ahora a su derecha.

—¡Hemos vuelto al pasillo!

Evan negó con la cabeza.

—No exactamente. No es el mismo pasillo, aunque lo parezca. Ni siquiera es la misma casa. —Sonrió ante la mirada incrédula de la joven y le indicó que lo siguiera hasta la puerta principal. La abrió con un elegante movimiento, casi una reverencia, como si fuera un prestidigitador que intenta deslumbrar al público con un llamativo truco de manos. Por supuesto, lo consiguió.

No estaban en Madrid. Los edificios por los que acababa de pasar para llegar a aquella extraña casa habían desaparecido, ahora tenía ante ella una amplia carretera de dos carriles que iba a dar a un edificio semicircular. Ni siquiera la luz era la misma, allí era noche profunda mientras en Madrid habían comenzado a atisbarse los primeros indicios del amanecer. El clima era diferente también, más cálido y ventoso. Los coches aparcados a ambos lados de la carretera tenían matrículas exóticas y que, aun así, le resultaban familiares.

—¿Dónde estamos? —preguntó la joven con un hilo de voz.

—Nueva York. Al final de la calle Monroe. —Evan alzó la cara y dejó que el fuerte viento agitara su cabello. Parecía feliz.

—Vale. Ahora sí estoy impresionada. —Notaba cómo las piernas le temblaban. Acababa de viajar a otro continente con tan solo unos pocos pasos. ¿Cuántas leyes de la física y de la lógica burlaba aquello? Buscó el apoyo del marco de la puerta—. Es imposible. Esto es imposible.

—Las casas iguales comunican casi todas las ciudades del mundo. Son como estaciones de metro, aunque las paradas están bastante desordenadas.

Evan la miró de nuevo, con una sonrisa magnífica y maravillosa en los labios; sus ojos desparejos relucían en aquella noche demencial, en aquel continuo desfile de

portentos. Ari se llevó las manos a las sienes y comenzó a masajearlas con fuerza. Monstruos y saltos continentales, heridas que se cierran por arte de magia, cuchillos de humo...

—Pero esto sigue sin ser lo que quiero enseñarte —le advirtió el muchacho.

Alzó la vista, alarmada. ¿Todavía había más? No creía poder soportarlo. Estuvo tentada de pedirle que regresaran. Tenía la impresión de que la realidad entera se tambaleaba a su alrededor, de que el decorado de un mundo que hasta entonces había creído sólido y confiable estaba a punto de desmoronarse sobre ella. Y lo peor no era eso, lo peor no era que comenzara a ser incapaz de reconocer el mundo en el que vivía, lo peor era que cuanto más tiempo pasaba envuelta en semejante locura más trabajo le costaba reconocerse a sí misma. Su propia identidad se estaba desdibujando, nublando, se contagiaba de la irrealidad en la que llevaba sumida las últimas dos horas.

Evan, ajeno a su desasosiego, deslizó sus dedos entre los suyos y así, cogidos de la mano, la hizo regresar, a paso rápido, casi ansioso, hacia la puerta acristalada que conducía al salón mágico. Antes de abrirla, esta vez el muchacho tamborileó sobre el marco una secuencia rápida de golpes, un golpeteo rítmico mitad código mitad canción. Cuando se hizo a un lado para permitirle el paso, Ari pudo ver que nada había cambiado en el interior de la estancia, todo permanecía igual unos minutos antes. Era difícil creer que no estaban en la misma casa. De nuevo atravesaron el salón, de nuevo abrió Evan la puerta frente a ellos, de nuevo regresaron al pasillo y, de ahí, a la puerta de entrada.

—Ante todo no tengas miedo —le advirtió el muchacho al tiempo que tomaba el pomo—. Estás a salvo —dijo. Pareció dudar unos instantes pero luego, despacio, muy despacio, comenzó a abrir la puerta—. Conmigo siempre estarás a salvo —le aseguró.

Ari intentó ahogar un grito y no lo consiguió. Retrocedió un paso, a trompicones, de manera torpe, y solo el brazo de Evan en torno a su cintura evitó que cayera. Ante su vista, alta en el cielo, majestuosa, flotaba la curva del planeta Tierra. Reconoció el contorno de Europa, el azul implacable del océano entrevisto entre nubes, las Islas Británicas. Y ella estaba ahí, fuera de esa esfera, ajena a ese mundo. El aire le faltó, los ojos se le desorbitaron, ávidos, quizá, de alimentarse con maravillas de las que llevaban tanto tiempo privados.

—¿Qué? —alcanzó a preguntar—. ¿Qué?

—Bienvenida a Lilith —fue la contestación de Evan—. Bienvenida a la segunda luna de la Tierra.

\* \* \*

La casa igual estaba situada en lo alto de un promontorio del que se descendía por una gastada escalera de caracol de una amplitud y curvatura sorprendentes; era la única construcción sobre aquella atalaya y desde allí presidía la urbe delirante que se extendía a sus pies. Se trataba de una ciudad brillante y hermosa, una ciudad que, como casi todo aquella noche, desafiaba a los sentidos, a la lógica y a tantas, tantas cosas que Ari había considerado norma a lo largo de su vida (o al menos a lo largo de sus últimos cuatro años de existencia).

La mayor parte de la ciudad estaba copada por edificios espigados, una suerte de rascacielos futuristas que, paradójicamente, parecían pasados de moda; como si fueran diseño de alguien que desde un pasado remoto se hubiera puesto a elucubrar sobre el futuro. Una torre gigantesca ocupaba el centro de la ciudad, una torre inconcebible con forma de tridente, tan alta que sus pisos superiores estaban copados por nubes. La mayor parte de los edificios de la ciudad, torre central incluida, eran de ese estilo futurista arcaico, repleto de arcos alargados, tejados picudos y fachadas adornadas de manera profusa, pero también compartían espacio con ellos otras construcciones que hacían todavía más singular el conjunto: allí se levantaban castillos y torres medievales, cúpulas de influencia oriental, palacios y mansiones renacentistas, parques con intrincados diseños laberínticos y zonas de callejuelas sombrías que parecían expresamente ideadas para cometer crímenes, hasta se podían ver edificios que no desentonarían en absoluto en una ciudad contemporánea. Una riada de gente discurría de forma constante por las calles mientras que carreteras y cielos estaban copados por vehículos tan variopintos como las edificaciones entre las que circulaban: había coches voladores, naves espigadas, avionetas, carros tirados por animales, cometas, dirigibles... Mientras miraba, una aeronave voló cerca de ellos; era de madera y todo su vientre estaba recubierto de glifos arcanos, runas pintarrajeadas en colores vivos que desprendían un brillo tenue. ¿Qué movía aquella cosa? ¿La magia? ¿La ciencia? ¿Qué sostenía aquel prodigio en el aire? ¿Importaba acaso? Aquella nave de madera volaba. ¿No era suficiente?

Ariadna estaba allí, de pie en el porche de aquella casa igual, transida y lívida. Comprendía, y no dejaba de ser un pensamiento aterrador, que hubo un tiempo en que todo aquello que estaba contemplando ahora era algo que consideraba normal. Apartó la mirada de esa ciudad imposible, estremecida y, de nuevo, quedó encarada hacia la media esfera de la Tierra.

—Es hermosa... —murmuró. A su pesar le temblaba la voz.

—Es un prodigio —corroboró el muchacho junto a ella—. Un prodigio todavía más frágil de lo que puedes llegar a imaginar.

—Y esto es Lilith. La segunda luna de la Tierra.

—Eso es —le confirmó Evan—. Aunque para ser sincero, no es una luna en el sentido estricto de la palabra. Lilith es una plataforma orbital. Hay decenas repartidas por todo el sistema solar. Las llaman filos. El mayor es Samarkanda, más allá de Neptuno. Nadie tiene muy claro quién los cons...



—Basta, por favor —lo interrumpió ella—. No puedo más. Basta. No sigas.

—Tienes que recordar, Ariadna. Cuanto antes lo hagas, más sencillo será todo.

Ari cerró los ojos con fuerza. Tenía miedo de que una parte suya estuviera a punto de morir, le aterraba que la joven que había sido en los últimos cuatro años fuera a desaparecer, arrollada por esa otra Ariadna, la muchacha del pasado, la ladrona del mundo oculto, ansiosa por renacer. ¿Quería que pasara eso? ¿De verdad lo quería? Abrió los ojos de nuevo. El sol asomaba por un costado del planeta Tierra, una esfera portentosa que iba derramando su luz sobre el mundo, perfilando su borde, dándole forma y profundidad. Los colores eran soberbios.

Aquel espectáculo era demasiado hermoso. Notó humedad en el rostro y tan aturdida estaba que tardó unos instantes en comprender que estaba llorando, sobrecogida por el esplendor de aquel espectáculo. Se preguntó si la Ariadna del pasado lloraría ante ese amanecer, si la joven olvidada también tendría su misma capacidad para emocionarse.

Y fue entonces cuando, a través de las grietas del tiempo olvidado, Ari tuvo un atisbo del ayer. Se vio allí, en ese mismo lugar, en otro tiempo. Evan estaba también con ella, se miraban a los ojos, envueltos en la resplandeciente luz del amanecer.

—Aquí fue donde me besaste por primera vez —dijo Ari. Recordó la luz, aquella misma luz. Recordó la suavidad de sus labios, sus respiraciones entrelazadas. La mano izquierda, firme en su cintura, la derecha acariciándole el cuello. Eran solo unos niños—. Aquí, viendo amanecer. Aquí me besaste.

Evan sonrió, fue una sonrisa tímida y, aun así, cargada de sentimiento. Se había metido las manos en los bolsillos del pantalón y miraba hacia el sol que despuntaba sobre el planeta. La capa que había echado sobre los hombros de Ariadna se agitaba de un lado a otro, como un espectro inquieto que buscara regresar con su amo.

—Por eso te he traído —le confesó el muchacho. Parecía muy frágil en aquel momento, más todavía que cuando lo había encontrado con el vientre abierto en el callejón—. No para que vieras Lilith, no para que vieras la Tierra y el amanecer. Te he traído porque aquí ocurrió lo mejor que me ha sucedido nunca: aquí nos besamos por primera vez.

A ella se le cortó la respiración. El muchacho dio un paso adelante y apenas quedó espacio entre ambos. Por un instante, pensó que pasarían la eternidad allí, inmóviles, mirándose a los ojos, esos ojos que se complementaban de una forma sobrenatural y perfecta; pero de pronto, de forma inevitable, su mirada descendió a los labios de Evan. Estaban entreabiertos, a medio camino de un suspiro o un jadeo, y a la luz del sol que emergía tras el planeta parecían espolvoreados de oro. Esos labios estaban hechos para besar y ser besados; era una afrenta al universo, a la creación entera, no hacerlo. Ari se dejó llevar.

Recibió su boca con ansia desesperada. Se aferró con todas sus fuerzas a aquel joven que había venido a trastocar su existencia mientras sus labios se perdían en los suyos y, al mismo tiempo, en la pasión y la nostalgia del tiempo olvidado. Ari, con

los ojos cerrados, se abandonó a ese beso, a esos brazos; dejó de ser ella misma, se pegó contra aquel otro cuerpo al que, a pesar de los años transcurridos, reconoció con la misma naturalidad con la que reconocía el suyo. El muro en su mente no podía tardar mucho en ser derribado. Nunca se había sentido igual. Nunca...

No era cierto.

Recordó a Marc. Recordó sus caricias, sus propios besos; desde aquel primero, tierno y torpe, hasta los últimos que se habían dado la tarde antes, besos de bocas que ya conocían casi todos sus secretos pero que seguían igual de ávidas por descubrirse, por seguir aprendiendo la una de la otra. Recordó su risa, sus ojos embelesados cuando, de pronto, sin previo aviso, se la quedaba mirando como si acabara de percatarse justo en ese instante de su existencia y esta lo deslumbrara. Marc quien, ahora mismo, dormía, ajeno a todo, en el planeta que se alzaba ante ellos.

Ari se separó con brusquedad de Evan, casi con violencia.

—¡No! —gritó y con su negativa notó cómo el muro que había comenzado a resquebrajarse ganaba de nuevo en solidez.

—¿Ariadna? —preguntó el muchacho, alarmado por su reacción—. ¿Qué te ocurre?

Hizo ademán de aproximarse a ella, pero Ari lo contuvo con un gesto.

—¡No te acerques! —le espetó—. Si te acercas no podré pensar ¡y necesito hacerlo, maldita sea! ¡Esta no soy yo! ¡Ni siquiera sé qué estoy haciendo! —Se mordió el labio inferior, furiosa. Se había dejado arrastrar por aquel muchacho y lo que sentía, lo que recordaba sentir, por él. Necesitaba suelo firme bajo sus pies, necesitaba tranquilizarse, ponerse al mando de la situación—. Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de aquí.

Regresó al interior de la casa igual. Evan fue tras ella, siempre a una distancia prudente. La luz del amanecer se derramaba sobre el pasillo como néctar dorado. Sus sombras, proyectadas contra el suelo y las paredes, daban la impresión de ser más reales que ellos bajo aquella luz deslumbrante.

—Tienes que recordar —la conminó Evan—. Arráncate esa piel que llevas puesta y vuelve a ser tú misma.

Pero no quería recordar. Al menos no en ese momento, no así. Necesitaba su pasado reciente, necesitaba anclarse en el presente para poder mirar hacia atrás sin perder la cordura en el proceso. Pensó en su padre, el despiadado hombre de negocios que había logrado reconvertirse en ser humano; recordó a su madre, su sonrisa inquebrantable, su fuerza y su alegría más allá de toda medida; pensó en Steve y en el modo en que, tomándola de la mano, la había salvado de sí misma en el orfanato. Recordó a Marc, recordó su generosidad, su forma de hacerla sentir especial, única, maravillosa, el centro del universo... Cerró los ojos. No quería arriesgarse a perder eso.

—No sé quién eres —le dijo a Evan. Tenía los nervios a flor de piel. Ni siquiera se arriesgó a mirarlo, ¿por qué tenía que ser tan endiabladamente guapo?—. No te

conozco, aunque sé que una vez fuiste importante para mí. Y yo no soy la Ariadna que recuerdas. Esa chica no existe. Murió hace cuatro años. No soy ella.

—Los hechizos de olvido son agresivos, es normal que estés desconcertada... —Evan se mantenía alejado, aunque su postura evidenciaba lo mucho que deseaba acercarse—. Es normal que duela.

Ella negó con la cabeza. Intentaba ordenar sus pensamientos pero era una lucha vana. Necesitaba de toda su fuerza de voluntad para resistir el impulso de no arrojarse a sus brazos, de no buscar su cuerpo con el suyo. Allí, a las puertas de aquella casa encantada, se habían besado por primera vez. Se preguntó qué más habrían llegado a hacer y las mejillas le ardieron al instante. Ariadna había perdido la virginidad en algún momento de su pasado olvidado; de hecho varios de los psicólogos que la habían tratado habían barajado la teoría de que hubiera sufrido abusos sexuales y que fueran estos los culpables de su amnesia. Ahora sabía que su primera vez había sido con él, con aquel joven de mirada desapareja; lo supo con una certeza absoluta, con la misma certeza con la que había sabido su nombre.

Retrocedió un paso, muerta de vergüenza. Y, para su horror, excitada. Tremendamente excitada. De pronto no pudo hacer otra cosa que imaginar cómo sería tenerlo dentro, cómo sería sentirse aprisionada bajo su carne y respirar su sudor. No podía dejar de preguntarse por el sabor de su piel, por el tacto de sus músculos... Trastabilló en el pasillo. Esos pensamientos no eran suyos, ella nunca había sentido un deseo tan salvaje, tan visceral... ¿Era la Ariadna del pasado la que se sentía así? ¿Ese retorcer de entrañas, esa necesidad brutal que la acalabraba por dentro, eran de ella? Trajo de nuevo a su mente a Marc. La primera vez que habían hecho el amor había sido de forma tan torpe y tierna como el primer beso. Habían tardado mucho en dar ese paso. Ella había preferido esperar, temerosa de que el sexo despertara algún tipo de recuerdo enterrado, temerosa de que los psicólogos tuvieran razón y algo terrible de su pasado pudiera abalanzársele encima si se descuidaba. Marc no la había atosigado en ningún momento: era ella quien marcaba el paso en su relación, era ella quien decidía cuándo y qué.

—Quiero volver a casa —alcanzó a decir. Su voz sonó estrangulada, pero no admitía discusión posible.

Evan asintió y la guio de nuevo hasta la puerta del salón. Otra vez golpeteó sobre ella, una nueva canción, un nuevo código. Ari entró primero. Atravesó el salón a paso rápido, sin prestar atención a nada de lo que la rodeaba, ni siquiera comprobó si Evan la seguía o no. Su único objetivo era la puerta al otro lado. Al abrirla se encontró otra vez de regreso en el pasillo de entrada y, casi a la carrera, ganó la puerta principal y salió fuera. Casi cayó de rodillas por el alivio de verse de regreso en Madrid. El cielo comenzaba a clarear. Aquella larga noche finalizaba. Agotada, temblorosa, bajó las escaleras y se sentó en el último peldaño. Necesitaba tomar aliento.

—Lo siento —dijo en voz baja cuando escuchó a Evan cerrar la puerta de la casa igual.

—Soy yo quien tiene que pedir disculpas. —Le oyó sentarse en el escalón superior al suyo, respetando todavía su deseo de no acercarse. Ari se lo agradeció—. Porque he sido yo quien lo ha estropeado todo. Quería hacerte recordar cuanto antes y no me he dado cuenta de lo mucho que te estaba presionando.

Ella guardó silencio. La ciudad a medio despertar estaba obrando el milagro de sosegarla. No se veía demasiado movimiento pero el pulso de la vida y la prisa empezaba a extenderse entre los edificios como una melodía apenas audible. Dos jóvenes haciendo *footing* pasaron ante ellos, ambos al mismo ritmo de carrera, conversando sobre la última conquista de uno de ellos, una chica espectacular, aseguraba, que llevaba viendo desde hacía unas semanas; Ari leyó entre líneas en ellos cuando los tuvo en frente y descubrió que el conquistador mentía: estaba solo, siempre lo había estado y esa chica era una fantasía rocambolesca que se había montado de cara al mundo; también averiguó que su amigo lo amaba de forma secreta y completa. Un hombre caminaba en dirección contraria, con la ropa arrugada y un brillo entre alcohólico y culpable en los ojos; cuando leyó entre líneas en él averiguó que había pasado la noche entera con una prostituta que le recordaba a su hija muerta. Sacudió la cabeza, asqueada y sorprendida por el nivel de detalle que había alcanzado en esa lectura. Poco después pasó a su lado una señora de edad avanzada, marchaba a pasitos cortos apoyada en un bastón; en ella leyó calma, vida cumplida y satisfacción. A nadie pareció extrañarle que una muchacha envuelta en una capa los espicara desde aquellas escaleras.

—Ni siquiera miran hacia aquí —murmuró Ari—. Ni siquiera me ven.

—Es la casa. A la gente normal le cuesta verla —le explicó—. Tienden a pasarla por alto. No les gusta ver cosas que pueden poner en tela de juicio su concepción del mundo.

—¿Como me has obligado a hacer tú a mí? —dijo ella, no sin cierta hostilidad—. Me has vuelto del revés, ¿lo sabes?

—Lo sé. Y me arrepiento. Tenía tanta prisa por tenerte de regreso que no me paré a pensar en las consecuencias.

—¿Y qué se supone que esperas que pase ahora? —preguntó Ari entonces—. ¿Pretendes que abandone todo lo que tengo y me vaya contigo? Porque no puedo hacerlo. Ni quiero. Ese mundo que me has enseñado no es el mío. Ya no.

—Lo es, no te equivoques —dijo él—. Perteneces al mundo oculto, Ariadna. Formas parte del misterio aunque lo hayas olvidado. Y sí, no te voy a engañar... Eso era lo que esperaba: que regresaras conmigo. —Le escuchó suspirar y a punto estuvo de girarse hacia él. No lo hizo.

—Lo siento —dijo ella al cabo de un instante—. Mi mundo ahora es este. Aquí está mi familia. Aquí está mi vida. Aquí está mi... —La frase se le quebró en la garganta.

—Tu chico —comprendió él—. ¿Un novio? ¿Un amante?

—Marc —dijo—. Se llama Marc. Llevamos dos años juntos.

—Marc —repitió él. Esta vez Ari sí miró hacia atrás, necesitaba ver su reacción a aquella noticia. Evan tenía una expresión entre melancólica y dolida, el gesto sombrío y la mirada perdida en el vacío. Cuando se dio cuenta de que ella lo miraba, se forzó a sonreír—. Marc es un tipo con suerte —aseguró—, aunque te confieso que ahora mismo lo odio un poco; no me lo tengas en cuenta, por favor.

—Recuerdo estar enamorada de ti —dijo ella—. Y es un recuerdo tan fuerte, tan poderoso y brillante que me ciega, pero...

—Pero ahora estás enamorada de otro. —Se echó a reír—. Marc... que un nombre tan corto sea capaz de hacer tanto daño. Perdona, pero ahora mismo me siento un poco imbécil. Y es culpa mía. ¿Qué esperaba? ¿Que tu vida se hubiera detenido mientras no estabas conmigo? ¿Que todo volviera a ser igual que antes nada más encontrarte? —Sacudió la cabeza como si tratara de alejar esos pensamientos de su mente. Después la miró con dulzura, parecía haber ganado en serenidad—. ¿Eres feliz? —preguntó.

Ella parpadeó sorprendida al escuchar semejante pregunta. ¿Era feliz?

—En general, sí. Aunque ahora estoy un poco confundida. —Él frunció el ceño al oír aquello y ella sonrió, tímida, mientras se apresuraba a añadir—: Soy feliz —dijo—. Adoro mi vida. Adoro mi familia. Adoro a Marc. Adoro todo lo que tengo.

—Arghs. —Evan se echó hacia atrás—. Esto sería más sencillo si llevaras una vida miserable. Es así como funciona en los libros, ¿no? Si tus tíos te obligaran a vivir en un cuartucho bajo las escaleras, si tu familia te hiciera la vida imposible o fueras una pobre huerfanita a la que nadie quiere... Entonces aceptarías sin dudar la propuesta del tipo raro que te quiere llevar al otro lado del mundo a perseguir tu destino.

—Hay una profesora que me tiene harta —le confesó ella—. Pero no, lo siento, no sirvo para el papel de marginada o amargada. Me gusta mi vida. Me gusta mucho. Y la mera idea de abandonarla me pone los pelos de punta.

—Antes tenías otra vida —le dijo él. Ari podía mirarlo sin perder la cabeza, todo un cambio a mejor—. Una vida increíble, repleta de emociones. Una vida con la que muy pocos podrían siquiera soñar. ¿Sabes cómo llamamos los concedores del misterio a esta parte del mundo? La llamamos la Tierra Pálida. Aquí ni siquiera los colores son iguales. No, Ariadna, no puedes rechazar eso. No puedes hacerte eso a ti misma. —Hizo un gesto extraño con las manos, una especie de golpeteo al aire mientras sacudía la cabeza de un lado a otro—. Y, por egoísta y estúpido que suene, ¡no puedes rechazarme a mí! Al menos no todavía —añadió sonriendo—. Al menos no cuando todavía no me recuerdas. Concédeme eso, por favor. Antes de rechazarme, espera a recordarlo todo. Si entonces decides que no quieres regresar, que prefieres la vida que te has construido aquí a la que teníamos, lo entenderé. Te dejaré en paz, lo prometo. Pero por lo menos tienes que saber a qué renuncias.

Ari miró de nuevo hacia la calle, la monotonía de la ciudad actuaba como un bálsamo en su espíritu.

—Si aun así decido quedarme, ¿hay algún modo mágico de hacerme olvidar todo esto? Lo de los monstruos y la magia, lo de la lectura entre líneas y lo de la segunda luna de la Tierra...

—¿De verdad querrías eso?

—No lo sé. No lo sé. —Se encogió de hombros—. No sé qué va a pasar a partir de ahora.

—Ahora vas a volver a casa, antes de que tu familia se dé cuenta de que has desaparecido y todo se complique todavía más. Vas a descansar y a tranquilizarte. Yo no andaré muy lejos.

—¿Y el monstruo que te persigue? —quiso saber.

—De eso también te quería hablar —torció el gesto—. Ese cabrón no tardará en reintegrarse. No me lo voy a quitar de encima haga lo que haga. Tengo que matarlo, no me queda otro remedio. Y a pesar de lo que acabo de decirte sí hay un modo de acabar con él. Y por desgracia, mal que me pese, necesito tu ayuda para conseguirlo. Necesito que esta noche vuelvas a ser la Ariadna del pasado. Necesito que me ayudes a robar una espada.

## EN LA FRONTERA

Marc no había tocado su café desde que el Caníbal se lo había servido. Ella tampoco lo había hecho. Al principio, y como era más que previsible, él se había tomado a broma el resumen atropellado que Ariadna había comenzado a hacer de sus aventuras de la noche anterior. A ella le dolió que lo hiciera; era cierto que parecía un calco de sus bromas de costumbre sobre su pasado, pero... ¿no le veía en la cara que ahora hablaba en serio? ¿La seriedad de la que hacía gala no le dejaba claro que, por descabellada que sonara, su historia era real? Llegó al extremo de empezar a enfadarse con él y se sintió ridícula por hacerlo cuando era ella quien lo había traicionado. Solo consiguió enfurecerse consigo misma. Se sentía miserable. Y sucia.

Harta, tras una mirada rápida para comprobar que el orondo propietario del bar no les prestaba atención, se arañó el dorso de la mano derecha con las uñas de la izquierda. Estaba tan rabiosa que se hizo más daño del que pretendía. Abrió cuatro surcos paralelos en su carne que, al momento, comenzaron a sangrar.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Marc, horrorizado, mientras se echaba hacia atrás en la silla.

No le contestó. En vez de eso comenzó a musitar la salmodia mágica que había aprendido la noche anterior. No tuvo ningún problema en hacerlo: la tenía grabada a fuego en el recuerdo. Y así, ante la mirada atónita de Marc, las heridas comenzaron a cerrarse. Hasta que el único vestigio que quedó de ellas fue la sangre que manchaba el dorso de su mano. Se la limpió con una servilleta mientras el joven, pálido, se reacomodaba en la silla.

—Y no solo eso —murmuró Ari mientras extendía las manos hacia él para que pudiera comprobar que en sus muñecas no había rastro de las marcas de sus intentos de suicidio—. Ya no tengo cicatrices. Ni una. Han desaparecido —dijo en voz baja. No se había dado cuenta hasta esa misma mañana, cuando se disponía a ponerse las pulseras con las que siempre las ocultaba.

—Es cierto —susurró Marc—. Mierda. Es cierto.

—Ya te lo he dicho, maldita sea. —Rompió a llorar. No pudo evitarlo, llevaba demasiada tensión acumulada, tanta que aquella mañana había evitado cruzarse con sus padres por miedo a que notaran que le pasaba algo. Había salido de casa tan escondidas como la noche anterior—. Fue real. Es real —aseguró—. Y ahora escúchame, por favor. No digas nada y no me juzgues. Tengo que contártelo todo. No soportaría no hacerlo.

Y era verdad. En su mayor parte al menos. Lo único que pensaba callarse era lo mucho que la excitaba estar cerca de Evan. Le parecía innecesario dar tantos detalles; innecesario y cruel. Pero no podía callarse lo del beso, no contárselo sería consumir la traición, escupir sobre todo lo que sentía por él. Marc le hizo un gesto para que se detuviera cuando aquella bomba estalló entre ambos; alzó la mano, rogando silencio, como si ese beso le pareciera todavía más increíble que la historia de su deambular sonámbulo, su enfrentamiento con monstruos o que la magia fuera real. A continuación, sin mediar palabra, se levantó de la silla y se marchó, casi tambaleándose, como si acabara de recibir un golpe tal que le costara mantenerse erguido. Ella notó que se encogía por dentro, tuvo la impresión de que alguien se colaba en su interior e intentaba a destrozarse a golpes su esqueleto, todo lo que ella era, todo lo que la sustentaba. ¿Resurgiría la antigua Ariadna de esas ruinas? ¿Se levantaría victoriosa de su cuerpo derrotado para acudir al encuentro de su amante? Fue Ari quien se incorporó con la intención de ir tras Marc, pero su reacción la había dejado tan perpleja que para cuando lo consiguió, el muchacho, a pesar de su paso errático, ya había cerrado la puerta a su espalda.

Ella se detuvo en mitad del bar, desolada, sin saber muy bien si ir en su búsqueda o dejarlo marchar. Marc no era de los que huían; con Ari solo lo había hecho en una ocasión, la lejana tarde en la que leyó entre líneas lo que sentía por ella e, impactada por su descubrimiento, no pudo evitar soltárselo sin sopesar las consecuencias. Ese día había conseguido hacerlo regresar con un «yo también te quiero» y un «imbécil» y aunque sus sentimientos no habían cambiado, ahora no se atrevió a hacerlo. ¿Y si había dejado de quererla? ¿Y si ese beso había bastado para destrozarse lo que sentía por ella? Era inconcebible, se negaba a creer que sus sentimientos fueran tan frágiles como para venirse abajo de ese modo, con tanta facilidad, a la primera embestida.

No había pasado ni un minuto cuando Marc regresó. A ella le costó retener un grito de alegría, tal fue su alivio al verlo otra vez. Al menos había vuelto y eso, a la fuerza, tenía que significar algo. La expresión del muchacho era indescifrable, jamás lo había visto así: el ceño fruncido, la mirada vidriada y el semblante tenso. Estuvo tentada de leer entre líneas en él, pero decidió no hacerlo. Se negaba a entrometerse de esa manera en la intimidad de alguien a quien amaba. El mero hecho de pensarlo le hizo, de nuevo, aborrecerse a sí misma.

Sin esperarla, Marc se sentó otra vez. Ariadna volvió abatida a su sitio en la mesa, tomó aliento y lo miró expectante y, justo era reconocerlo, algo acobardada.

—Continúa —le pidió el muchacho—. Y perdona lo de antes, necesitaba un segundo a solas. Necesitaba no tenerte cerca.

—Yo... —No supo qué decir. Así se había sentido ella con Evan.

—Continúa, por favor —insistió, su expresión era severa—. Cuéntamelo todo.

Ella asintió, se abrazó por debajo del pecho y retomó la historia. Esta vez no se apresuró, se tomó su tiempo. Le habló de su encuentro con Evan y de cómo había curado la espantosa herida de su vientre, de su lucha contra el monstruo, de esa



hermandad de ladrones a la que al parecer había pertenecido, de la lectura entre líneas, de las casas iguales, de Lilith... Marc no la interrumpió en ningún momento, ni siquiera se inmutó cuando ella le habló de aquel otro beso a las puertas de la casa igual. Terminó su narración cuando le contó cómo trepó, incrédula ante sus recién adquiridas (recordadas) habilidades, por la pared, y se coló por la ventana de su cuarto. Una vez Ari calló, Marc apoyó los codos en la mesa y, despacio, muy despacio, ocultó el rostro en las palmas de las manos. Ella necesitaba oírle hablar, necesitaba algún tipo de reacción a lo que acababa de contarle. Pero se hacía esperar y él continuaba sin moverse, oculto tras sus dedos entrelazados.

Ari se removió inquieta en el asiento, sin saber qué hacer. Se mordió el labio inferior y, en un intento de dotar a la escena de una pátina de normalidad, extendió las manos hacia la taza de café. Pero le temblaba tanto el pulso que esta se le resbaló nada más cogerla, regresó con violencia al platillo y se vertió parte de su contenido sobre la mesa. Justo entonces, Marc dejó al descubierto su cara, como si el ruido de la taza al caer lo hubiera sacado de un profundo sueño.

—Qué locura —fue lo primero que dijo, con la vista alzada hacia el techo—. ¿Cómo narices manejo yo esto? —se preguntó. Tomó su propia taza de café, le dio un sorbo, torció el gesto al encontrarlo frío y la dejó otra vez en la mesa. Solo entonces miró a Ari a los ojos; la joven creyó distinguir cierta ternura. O quizá solo se estaba engañando—. Voy a intentar simplificar las cosas, ¿vale? —anunció—. Más que nada porque si sigo empeñándome en verlo todo en conjunto voy a perder la cabeza, así que vayamos por partes. —Resopló y tras una larga pausa continuó hablando—: Tu amigo, el príncipe de la oscuridad, el intrépido héroe, tiene razón. Odio reconocerlo, pero así es.

—¿Razón? —No sabía qué era lo que había esperado de Marc, pero no era una frase como esa, sin duda—. ¿A qué te refieres?

—A que ahora mismo no puedes tomar ninguna decisión. No tienes datos suficientes. A mí me conoces, a él todavía no. Te falta tu pasado. Y no solo eso. —Miró de reojo hacia el Caníbal, que seguía sin prestarles la menor atención, fregando sin ganas una jarra—. Elijas lo que elijas no tienes por qué renunciar a ninguno de los dos mundos. Que te quedes conmigo no implica que tengas que dejar atrás toda esa locura de la magia, los monstruos y las casas encantadas si no quieres. —Sonrió a medias—. O que tengas que abandonar a tu familia si lo escoges a él.

Ella entrecerró los ojos. ¿Estaba hablando en serio?

—No voy a escogerlo a él —le aseguró, escandalizada—. Te quiero, no sé por qué, ni lo sé ni me importa. Son cosas que pasan, como los accidentes de tráfico, los aludes o los terremotos. Estoy enamorada de ti, no lo puedo evitar, y nada de lo que haya pasado en mi vida anterior va a cambiar eso.

—No nos pongamos sentimentales, por favor. —Las mejillas se le habían encendido—. Creía que teníamos un acuerdo.

—A la mierda nuestro acuerdo —le espetó ella—. Necesito que te quede claro.

Que te quede muy claro. No lo voy a elegir a él. Te quiero, imbécil. —Sonó retadora, como si pensara destrozarse uno a uno cualquier argumento que intentara rebatir esa frase.

Marc claudicó con una sonrisa y un asentimiento. Cuando volvió a hablar parecía cohibido, impactado a todas luces por su violenta declaración.

—Y al final va y resulta que Ronan el fantástico existe de verdad —dijo—. Vaya sorpresas que te da la vida. —Sonrió y, acto seguido, cambió de tema—: ¿Has recordado algo más?

Ella asintió, poco convencida.

—Cosas sueltas —contestó—. Nada demasiado concreto. Esta mañana me quedé dormida en cuanto me metí en la cama, estaba agotada. Pero he soñado. Al despertar no recordaba mucho, algunas escenas sueltas: una casa muy grande, enorme, sin ventanas, me acercaba a ella junto a alguien que no llegaba a ver, alguien grande que me hacía sentir segura, protegida... —Cerró los ojos y se forzó a recordar—. Soñé también con una anciana vestida de negro, con cara pequeñita, de buena persona, acucillada ante mí, que me abrazaba con fuerza en una escalinata blanca. Y también soñé con una terraza desde donde se veía un mar de lava. Había alguien conmigo allí. Creo que Evan. Todo es muy vago y hasta es probable que se me mezclen los recuerdos con sueños de verdad. Pero sea como sea, está claro que estoy recordando.

Esos sueños del pasado la habían inquietado todavía más que la criatura espantosa que los había atacado en el callejón. Lugares y personas de un tiempo olvidado llamaban de nuevo a su puerta, insistentes, cada vez más fuerte, ansiosos por hacerse de nuevo reales. Estaba inmersa de lleno en terreno peligroso, lo presentía, las circunstancias la habían empujado a un territorio limítrofe entre lo real y lo que siempre había considerado ficticio, entre su presente y el pasado arrebatado, donde todo era posible, donde cualquier cosa podía ocultarse entre las sombras. Estaba en la frontera. Y era una sensación desconcertante.

—¿Se lo has contado a tus padres? —le preguntó Marc.

—No —respondió ella—. Ni siquiera los he visto hoy. —Casi sin darse cuenta mojó la yema de su dedo índice en el café derramado y comenzó a dibujar sobre la mesa—. ¿Cómo le cuentas a tus padres que no perteneces a este mundo? —preguntó—. ¿Cómo les dices que llevas el ojo de un muerto y que gracias a él puedes leer los secretos de los demás, o que eres capaz de hacer magia o que la noche pasada apuñalaste a un monstruo? —Bajó todavía más la voz mientras dibujaba en la mesa de forma compulsiva, trazaba óvalos alargados de manera mecánica, una suerte de ojos primitivos enlazados unos a otros—. Una ladrona, ¿te lo puedes creer? Era una ladrona. Yo.

—Ya sabemos quién le robó los exámenes a la profesora de Física el año pasado.

—No seas tonto.

—A lo mejor lo hiciste y después lo olvidaste.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme gracia? —Entrecerró los ojos—.

¡Además fuiste tú y yo te encubrí! ¡Estuve enfadada contigo semanas!

—Es cierto. —Resopló otra vez—. ¿Puedo serte sincero? La verdad es que me está costando una barbaridad guardar la compostura —confesó—. Llevo un rato tragándome las ganas de gritar. Y no es solo porque Ronan el Estupendo y tú os hayáis besado... —La miró con tal intensidad que tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no apartar la mirada—. Acabas de hacer pedazos el mundo —afirmó—. ¿Cómo vuelvo yo ahora a casa? ¿Dónde voy a encontrar el valor para atravesar una calle oscura? De niño creía que había un monstruo en mi armario, estaba convencido de ello. Me pasé muchas noches en vela pensando que esa cosa estaba a punto de saltar sobre mí. Llegué al extremo de atar las puertas con los cordones de mis zapatillas para que no pudiera salir. Cuando crecí me reí mucho de mí mismo, por supuesto, tontos miedos de niño tonto. —Sonrió con tristeza—: Has vuelto a meter al monstruo dentro del armario, Ari. Ahora sé que son reales. Y también sé que unos simples cordones no los podrán contener.

—No tendría que habértelo contado —dijo, arrepentida.

—Al contrario. Has hecho bien. Ahora iré con más cuidado cuando abra los armarios, y procuraré evitar los callejones oscuros, te lo aseguro. Prefiero saberlo. Pero voy a necesitar tiempo para hacerme a la idea.

—Igual que yo —admitió ella, sin mirarlo. Ya había dibujado seis óvalos alargados unidos los unos a los otros en horizontal—. No sé cómo manejar esto. —Le temblaba la voz—. Nunca me había sentido tan perdida, tan desorientada...

—Lo entiendo. Y no hago otra cosa que pensar en cómo ayudarte y no se me ocurre nada útil. —Suspiró—. Aunque sí tengo un consejo: no le ayudes esta noche, no te involucres en lo que quiera que Evan el Magnífico tenga entre manos.

—No te fíes de él.

—No tiene nada que ver con eso. Ni siquiera lo conozco. —Se encogió de hombros y, acto seguido, sonrió con resignación—. Vale, lo odio a muerte, lo admito. Os habéis besado y por muy convencida que estés de lo contrario, sospecho que tiene la capacidad de alejarte de mí. Por lo que significó en tu pasado y por lo que puede significar en tu futuro. Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que te quiere implicar en un robo. No se lo permitas.

—Me prometió que no sería peligroso. Él será quien corra con todo los riesgos.

—Te está animando a ser su cómplice —insistió él—. Y la última vez que miré, el robo seguía siendo un delito. Y es peligroso, lo mires como lo mires. Nunca sabes qué puede salir mal. Más todavía con ese bicho que va tras él.

Ahora le tocó el turno a Ari de negar con la cabeza.

—No lo será. Y no lo digo solo por tranquilizarte. Lo que me ha pedido es bastante sensato; no habría aceptado de no ser así, te lo aseguro. No sé cómo sería la Ariadna del pasado pero la que tienes delante no tiene mucho de valiente. Esta noche hay una subasta de antigüedades en un local del centro, y en el lote que ponen a la venta está la espada que busca Evan, la única que puede matar al monstruo que lo

persigue. Solo tengo que asistir como público. Nada más. Ni siquiera tendré que estar cerca de él. Todo lo que tengo que hacer es sentarme entre la gente y mantener los ojos bien abiertos.

Evan le había explicado su plan al detalle, al menos en lo que se refería a lo que necesitaba de ella:

—Lo único que te pido es que estés allí y que no quites ojo a los de seguridad —le indicó—. Son siete tipos tan peculiares que los reconocerás al instante. Seguirán su táctica habitual: uno en el escenario; otro en la entrada y el resto deambulando de aquí para allá. Esos son los que me preocupan. Céntrate en ellos, aunque sin descuidar a los otros dos. Llegado el momento puedo enfrentarme a uno, pero no a más. Son tipos duros. Muy duros.

Por lo tanto su participación en el robo no iba a ser directa. Iba a limitarse a la vigilancia. Pero eso no terminaba de convencer a Marc.

—¿Estaréis en contacto de algún modo? —quiso saber, suspicaz—. ¿Vía móvil o algo así?

—Ni siquiera eso. —Se mordió el labio mientras lo miraba. Antes de continuar hablando dibujó un pequeño círculo dentro de cada óvalo de café: burdas pupilas en aquellas miradas mal perfiladas—. Lo verá todo a través de mí —le explicó.

—A través de ti —repitió él, muy, muy despacio, como si le costara trabajo comprender el significado de semejante frase—. ¿Más cosas de magia?

—No exactamente. Por lo visto, estamos enlazados a través del par de ojos que compartimos. Él puede ver a través del mío y yo a través del suyo. Eso hará durante la subasta.

—Espera, espera. —Se había puesto tenso en la silla—. ¿Me estás diciendo que puede verme? ¿Que de alguna forma está aquí con nosotros? —La perspectiva parecía gustarle tan poco como el hecho de que se hubieran besado.

—¡No! —Ella sacudió la cabeza, alarmada por su reacción—. No es tan sencillo. Requiere cierto esfuerzo hacerlo y además yo me daría cuenta de que está mirando. Es un canal en dos direcciones. Él vería lo que yo veo y al mismo tiempo yo vería lo que él ve... —Sonrió—. Estamos solos, Marc. No está aquí. Ahora mismo no hay nadie en mi cabeza.

—Creo que necesito beber algo —dijo el muchacho e hizo amago de ir a levantarse—. Algo fuerte. Doble, no, mejor triple. Sin hielo.

—Tú no bebas.

—Es un buen día para empezar —dijo. Se dejó caer en la silla, más bien se desplomó. Parecía agotado—. Hay algo que no entiendo —comentó mientras se inclinaba de nuevo hacia delante—. Dices que Evan el Maravilloso es capaz de mirar a través de tus ojos.

—Solo del izquierdo. Y deja de llamarlo así. No es tan maravilloso.

—Vale, solo del izquierdo. Pero puede ver lo que estás viendo cuando se le antoje. Siendo así ¿por qué no lo hizo cuando te estaba buscando? —quiso saber—.

Por lo que cuentas Evan, el no tan maravilloso, lleva cuatro años intentando dar contigo, ¿por qué no enlazó su mirada con la tuya para encontrarte?

Ariadna suspiró. Eso mismo le había preguntado a Evan. Y le dio la misma respuesta que le había dado él:

—Porque el canal ya no existía —dijo—. Por lo visto el hechizo de borrado afectó de alguna forma a nuestro enlace. Dejó de funcionar. Y no lo había vuelto a hacer hasta ayer. —Había comenzado a hacerlo, de hecho, cinco noches antes, aunque solo mientras Ariadna dormía—. Evan tampoco tiene claro por qué se ha reparado de pronto, quizá nuestras miradas hayan reaccionado al estar tan cerca el uno del otro... Por lo que me contó, hace unos días pasó justo delante de mi casa. Puede que todo comenzara entonces.

—Qué locura. —Marc resopló—. Creo que he llegado a mi límite —anunció—. ¿Hay algo más que tengas que contarme? ¿Algún detalle que creas necesario que sepa?

Negó con la cabeza.

—Nada más. Nada de momento.

Marc sonrió. Parecía cansado.

—Mejor. Porque te juro que estoy a punto de volverme loco.

—Yo llevo con esa sensación desde ayer —dijo ella—. Y a veces me pregunto si no será eso lo que ha pasado. Quizá he perdido la cabeza y ahora mismo estoy en alguna celda acolchada, delirando dentro de una camisa de fuerza. —Se miró las muñecas, allí habían estado grabadas en su carne las huellas de sus anteriores ataques de locura, allí habían quedado marcadas sus ansias de morir, su desesperación. Se preguntó qué la habría llevado a querer matarse. Y tuvo miedo de averiguarlo—. Pero es real —murmuró, la vista fija en la piel tersa, sin cicatriz alguna—. Es real.

Mientras contemplaba sus muñecas, una voz de su pasado olvidado regresó, sin previo aviso, a su memoria, una voz que no pudo identificar, profunda y dura: «Cuando aceptas la maravilla la aceptas sin concesiones. Y toda maravilla tiene dos caras, Ariadna. No lo olvides nunca».

Pero lo había olvidado, como había olvidado la identidad del hombre que le había dicho aquello. Como había olvidado a Evan o a todo lo que al parecer se ocultaba tras ese decorado frágil que hasta la noche anterior había considerado la realidad. ¿Y si algún día llegaba a olvidar a Marc? ¿Y si olvidaba a sus padres?, se preguntó de pronto. ¿Y a Steve? La simple posibilidad de que aquello pudiera suceder la aterró. ¿Pero acaso podía descartarlo? Ya había ocurrido una vez, ¿por qué no iba a suceder de nuevo? Marc la miraba preocupado, y a ella se le antojó tan frágil su presencia ahí, tan circunstancial, que sintió unas ganas tremendas de llorar.

—Salgamos de aquí —le pidió con urgencia mientras se levantaba de la silla. Necesitaba sentir el sol sobre ella, necesitaba vida a su alrededor. «El olvido es demasiado parecido a la muerte», se dijo al tiempo que tomaba a Marc de la mano y, casi a la carrera, huían rumbo a la luz del día, «y yo soy demasiado joven para pensar

en la muerte».

\* \* \*

Poco después de que los dos muchachos se marcharan, el hombre al que conocían como el Caníbal maniobró, a paso lento, fuera de la barra y se aproximó a la mesa que habían ocupado con una bandeja en una mano y un trapo húmedo en la otra. Recogió las tazas y sus respectivos platos y a continuación procedió a limpiar el café derramado. Lo hizo de manera mecánica, sin mirar, con la técnica de quien repite por enésima vez una tarea ingrata.

Ni siquiera se dio cuenta de que, unos instantes antes de que el trapo los limpiara, los seis pares de ojos dibujados con café, uno a uno, comenzaron a parpadear. Tampoco pudo ver la mirada de asombro que le dedicaron antes de que los arrastrara al olvido.

\* \* \*

—¿A qué hora es la subasta? —le preguntó Marc, en el momento de la despedida a las puertas de su casa. Le había pedido que no la acompañara dentro, sospechaba que sus padres estarían molestos por haberse ido sin avisar y no quería que pensaran que se escudaba en él al invitarlo a entrar.

—A las nueve —contestó Ari, mientras consultaba el reloj de su móvil. Faltaban menos de tres horas para la cita. El día se le había escapado de entre los dedos con una celeridad pasmosa, como el proverbial suspiro. La noche de octubre se estaba echando ya sobre Madrid, una noche nublada y desapacible. De pronto tuvo un miedo tremendo al amanecer. ¿Qué traería consigo el nuevo día?

—Te llamaré a las once para saber cómo ha ido, ¿vale? —le advirtió Marc, mirándola a los ojos, consciente, por supuesto, de su inquietud.

—Mejor te llamo yo —contestó ella.

—Si para las once no sé nada de ti, te llamaré, insisto. Soy un novio preocupado y paranoico y pienso actuar como tal. Y si no contestas a la primera, iré a buscarte.

—Ni siquiera sabes dónde es la subasta. No te lo he dicho.

—Y no me lo vas a decir por miedo a que me presente, lo sé. —Y por la expresión de su rostro quedó claro que, de habérselo dicho, habría hecho justo eso: acompañarla, quisiera ella o no—. Pero que no sepa dónde es no impedirá que te busque. Que no sepa dónde estás no significa que no vaya a encontrarte. Nunca te vas a librar de mí, ¿recuerdas?

Sin poder evitarlo se acercó a él, casi se arrojó en sus brazos. Marc la acogió entre ellos, sin dar muestra de sorpresa por aquel arrebato. Se limitó a abrazarla sin decir nada, en silencio. Eso era todo lo que Ari necesitaba en ese momento, sentir su cuerpo junto al suyo, sentir el latir de aquel otro corazón que, por un despiste del sentido común, había llegado a amarla. Alzó la vista para mirarle a los ojos. Tan castaños como siempre, ojos comunes, normales, pero, del mismo modo que las casas iguales, extraordinarios... Después, lo besó. Despacio, muy despacio. Fue un beso largo, eterno en esencia, ya que perduraría para siempre en su memoria.

—Todo va a salir bien, te lo prometo —le aseguró Ari una vez sus labios se separaron—. Tengo... tengo que irme ya. —La voz le tembló al decirlo. No quería despedirse, aún no, pero no le quedaba más remedio—. Todo va a ir bien —insistió.

—Más te vale —dijo él.

Lo tomó de la mano y se la apretó con fuerza antes de encaminarse, casi a la carrera, hacia la puerta. Mientras la abría se giró y lo contempló allí donde lo había dejado, inmóvil y con los hombros más caídos que de costumbre, observándola con aprensión, como si temiera que esa fuera la última vez que la veía. Ella le sonrió en un intento de tranquilizarlo y de tranquilizarse, y entró en la casa.

Iba a anunciar su llegada dando una voz, pero un repentino cosquilleo en la nariz la obligó a detenerse. Estornudó con fuerza, tanta que hasta levantó ecos en el porche. Tenía tendencia a acatarrarse y no podía olvidar que la noche anterior había paseado en pijama por las calles. Estuvo tentada de lanzarse el conjuro de sanación que le había enseñado Evan, pero decidió dejarlo pasar.

—¡Mirad quién nos honra con el regalo de su presencia! —Escuchó decir a su madre. Salió de la cocina, maniobrando ágil en su silla. Llevaba una camiseta negra en la que se podía leer «¡Todo va sobre ruedas!». A su madre a veces el humor se le escapaba de las manos—. ¿Se puede saber dónde andabas, cariño? Tu padre ya quería reconvertir tu cuarto en gimnasio.

—De aquí para allá —dijo—. Hemos perdido la noción del tiempo, lo siento.

La había llamado para explicarle que iba a comer fuera con Marc, y aunque no lo había dicho de manera abierta, le había quedado claro que no le gustaba la idea de que saliera como si tal cosa tras el incidente del bar del Caníbal.

—¿Qué habéis comido?

—Unas hamburguesas —contestó ella, torciendo el gesto—. Unas hamburguesas horribles, por cierto. Comida basura pero de verdad.

—Pues aquí te has perdido un soberbio asado y una soberbia fuente de alas de pollo a la barbacoa de las que tanto te gustan.

—¿Por qué es la vida tan cruel conmigo?

—No sufras. Te he apartado unas cuantas para esta noche.

—Esta noche también salgo —dijo.

—Oh —sonó decepcionada—. ¿Con Marc otra vez?

—No, con una amiga de clase. —No le gustaba mentir a su madre, pero dar la

explicación real quedaba fuera de toda discusión. Ahora mismo ser sincera la llevaría de cabeza y de inmediato a ver a su psicólogo, sin preocuparse siquiera en concertar cita. Y la siguiente parada sería una habitación bien acolchada. Su madre vio algo en la expresión de su rostro que le hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo estás? —quiso saber—. ¿Has tenido más sueños raros? ¿Más... episodios?

—No —contestó, resignada—. Me encuentro bien. De hecho, me encuentro muy bien. No sé qué me pasó ayer, pero estoy recuperada del todo. Puede que mi cerebro anduviera un poco tonto con eso de comenzar a soñar otra vez.

—Me da igual lo que pienses, mañana iremos a ver a Joanes. De esa no te libras.

Ari asintió, resignada. El mañana le parecía algo muy lejano. Su percepción del tiempo había entrado en una nueva fase, una fase lenta, donde los minutos eran eternos y los segundos pesaban toneladas; todo lo que pudiera suceder tras la subasta era terreno ignoto, zonas tan inexploradas como la cara oculta de la luna. Se obligó a conversar de trivialidades con su madre unos minutos más para guardar una apariencia de normalidad, luego puso rumbo a su cuarto y a la titánica tarea de decidir cuál era la ropa adecuada para ser cómplice de un robo.

—¿Me has echado de menos? —preguntó cuando, al pasar junto al salón, vio a su hermano tumbado en el suelo jugando con la consola—. Si es que te habías dado cuenta de que me había ido, claro.

—¡Mamá! —gritó Steve, sin dignarse a mirarla—. ¡Se nos ha colado una indigente en casa! ¿Qué hago?

—¡Llama a la policía, cariño! —gritó su madre desde la cocina.

—¿No puedo dispararle yo?

—¡Mejor que lo haga la policía! ¡Tiene mejor puntería!

Ari, siguiendo un impulso, decidió sentarse en el sofá para ver jugar un rato a su hermano. Steve manejaba un hombre con armadura roja de aspecto imponente, armado con un látigo de cadenas, que sostenía una lucha encarnizada contra la manada de hombres lobo que lo había emboscado en mitad del bosque.

—¿Qué se supone que eres? —le preguntó.

—Un cazador de vampiros —contestó él con gravedad—. Un cazador de vampiros en misión sagrada.

—Pero eso no son vampiros. Son hombres lobo.

—No soy racista. Y además es en defensa propia. Yo iba a lo mío y ellos me han atacado.

—¿Y no puedes arreglar las cosas hablando?

—Claro, el mando venía con el botón de hacerte amigo de los bichos que quieren comerte, pero se ha debido de romper.

—Y solo funciona el botón de reducir a pulpa, ¿no?

—Eso es. Bueno, y el de saltar. —Y para demostrarlo el personaje en la pantalla dio un salto espectacular en el aire, giró la cadena en amplios círculos sobre su



cabeza y luego volvió a tierra, provocando a su alrededor un estallido de energía. Los hombres lobo estallaban en pingajos sanguinolentos a su paso, dejando esferas de luz que el cazavampiros absorbía.

Ari sonrió mientras veía jugar a su hermano. Qué poco se parecía aquel muchacho al niño que había llegado al orfanato hacía tanto tiempo. Qué poco se parecía ella a aquella muchacha al borde del suicidio. La pesadumbre y la agonía se habían desvanecido; ya no vivían la vida como si fuera un peso amargo, un lastre con el que cargar, ahora era una experiencia sublime a la que intentaban sacar todo el provecho posible. El pasado aciago que los había dejado maltrechos y ateridos había quedado atrás. Ella había olvidado el suyo y Steve había conseguido desterrarlo por completo. Habían salido adelante, con secuelas, sí, pero habían sobrevivido.

—Me miras demasiado —dijo Steve—. Y me pone nervioso que me miren demasiado. ¿Te pasa algo?

—No me pasa nada —contestó ella—. Estaba pensando en cuánto has crecido. Cuando te conocí eras un retaco, no abultabas un palmo del suelo y ahora mírate. Si sigues creciendo el peluquero tendrá que cortarte el pelo en dirigible.

—Y tú serás ese dirigible si sigues engordando.

—Yo también te quiero, niño monstruo.

Steve sonrió, complacido, y continuó con la masacre de hombres lobo.

Ari lo abandonó a su suerte en la sala de estar y subió las escaleras a la primera planta. Se hacía tarde, pero antes de ir a su cuarto fue en busca de su padre, y no solo con la intención de saludarlo. El encuentro con Evan le había dejado muchas dudas, y tenía la sospecha de que él podía ayudarle a despejar al menos una de ellas. Lo encontró donde esperaba, en su estudio, leyendo un libro medieval sobre la confección de marionetas. Por el olor a incienso de la estancia comprendió que había recaído en el curioso hábito de fumar en pipa e intentar ocultarlo.

—¡La ilustre desaparecida! —exclamó al verla entrar. Cerró el libro y la miró con severidad sobre la montura de sus gafas—. Tu madre no ha dejado de mascullar y gruñir durante toda la comida. ¿Cómo se te ha ocurrido perdértela, loca? ¿Qué puede ser más importante que la tradición de comer el domingo en familia?

—Mi novio y yo estamos en plena efervescencia sexual, papá. Por mucho que intentemos evitarlo a veces las hormonas nos pueden. ¿Te doy más detalles?

—¡Ni se te ocurra! —La bata azul que vestía resaltaba todavía más su aspecto benévolo y apacible. A Ari le resultaba difícil de creer que en el pasado hubiera sido un despiadado especulador—. ¿Cómo te encuentras? —se interesó. Estaba claro que él tampoco había olvidado lo sucedido el día anterior.

—Muy bien —contestó—. No he tenido visiones y me he mantenido consciente todo el tiempo, si es eso lo que quieres saber. —Se apoyó en el quicio de la puerta, cavilando cómo encarar el tema.

Su padre la miró con divertida curiosidad.

—Vale, estás poniendo tu cara de pedir dinero. ¿Cuánto necesitas? —quiso saber.

Ella negó con la cabeza. ¿De verdad tenía una cara para pedir dinero?

—No, no es eso. Es que hay algo a lo que llevo todo el día dándole vueltas. —Resopló—. Es sobre mi pasado. —Y nada más mencionarlo, al igual que siempre que hablaban del tema, se sintió culpable, como si la mera idea de interesarse por su pasado pusiera en entredicho lo mucho que adoraba su presente—. Siempre hemos pensado que si nadie ha intentado encontrarme nunca es porque o me dieron por muerta o porque, la verdad, no había nadie a quien yo le interesara lo bastante como para buscarme. Pero, ¿y si no fue así? ¿Y si ha habido gente que ha intentado dar conmigo durante todo este tiempo? —Se encogió de hombros—. La cuestión... Lo que me pregunto es que, si de verdad lo hubieran hecho, si de verdad lo hubieran intentado, podrían haber seguido mi rastro sin problemas, ¿no es así?

La expresión del rostro de su padre había ido cambiando a medida que ella hablaba.

—¿Has recordado algo? —le preguntó, preocupado.

De nuevo optó por la mentira.

—No, pero puede que tengáis razón y que esos sueños sean síntoma de que empiezo a hacerlo. Y sí, no puedo dejar de pensar en ello, en toda esa vida olvidada, en todos esos años de los que no sé nada. Y entre todas las cosas que pienso está esa: la de que no entiendo cómo es posible que nadie me haya buscado durante todo este tiempo. Debía de tener amigos, familia... Debía de importarle a alguien, ¿no? Supongo que en Alemania habrá registros y archivos que digan dónde estoy. Puede que no sean del dominio público, pero alguien con verdadero interés habría encontrado el modo de acceder a ellos. —Y más si ese alguien contaba con habilidades mágicas, pensó.

Edmund se mordió el labio inferior y ese gesto le dio más aire todavía de pirata ofuscado.

—Para serte sincero tu adopción se salió de los cauces legales. —Se removió incómodo en la butaca. Dejó las gafas sobre la mesa, en un evidente intento de ganar tiempo y ordenar sus pensamientos—. La burocracia alemana amenazaba con empantanar todo el proceso —le explicó—. La cosa se podría haber alargado durante meses, y sin garantía de llegar a buen puerto... Yo había caído en desgracia, sí, pero todavía tenía influencia entre cierta gente. Muchos me debían favores. Y me los cobré para acelerar el tema.

—¿Nos robasteis? ¿Somos niños robados? ¡No me lo puedo creer!

—Algo así, sí. No me preguntes por los detalles porque los desconozco, dejé la operación en manos más hábiles que las mías. La cuestión es que lo que podía haberse eternizado y acabar mal, finalizó pronto y lo hizo bien. —Sonrió con timidez—. Siento no poder darte mejor ejemplo moral, cariño. Os queríamos con nosotros.

—¡Somos adoptados ilegales! ¡Qué espanto! —A pesar de su dramática reacción se sentía aliviada. Ahora comprendía por qué ni Evan ni su hermandad habían logrado localizarla—. ¡Vivo entre delincuentes!

—Pero te queremos —dijo él—. A pesar de todo, te queremos.

Ari sonrió.

—Lo sé —dijo, admirada y conmovida. Aquel hombre había sido capaz de renunciar a sus principios para tenerlos con él. Nunca se había sentido tan agradecida, tan feliz y, al mismo tiempo, nunca había tenido tanto miedo de perderlo todo.

## LA SUBASTA

El local donde se iba a celebrar la subasta resultó ser una conocida sala de conciertos que llevaba semanas cerrada por reformas. La persiana metálica estaba a medio bajar y ante ella un hombretón de barba negra y ojos pardos se apoyaba con desgana en un contenedor repleto de cascotes, con el aire de alguien que hace una pausa en una dura jornada de trabajo. Tenía las manos enormes, con las palmas envueltas en vendas sucias. La contempló con suspicacia al verla, hasta con cierta hostilidad. Ella no se arredró y se le acercó, decidida. Había tenido dudas sobre cómo vestirse para la ocasión, al final había optado por un sencillo vestido negro de manga corta, cuello chino y falda por las rodillas, con zapatos sin tacón. Se había recogido el pelo y había tomado prestados de su madre unos pequeños pendientes de plata con forma de caballito de mar. Su atuendo lo completaba un abrigo ligero, de color también negro, demasiado fino para el mes en el que se encontraban. Se había puesto su lentilla de ojo completo y para extremar aún más las precauciones también llevaba gafas de sol. Sus ojos disparejos llamaban demasiado la atención y eso era algo que tenía que evitar a toda costa. Evan también le había advertido de que, pasara lo que pasara, no leyera entre líneas dentro del local; según dijo había personas capaces de percibir que alguien estaba leyendo en ellas y podían tomárselo a mal.

Sacó la invitación del bolso y se la tendió al gigante. Para su sorpresa no le tembló el pulso al hacerlo. Por lo visto las tres tilas que se había tomado antes de salir habían surtido efecto.

El curioso portero estudió el pase con una concentración exagerada, como si el ejercicio de la lectura fuera algo que precisara de toda su capacidad intelectual; luego, tras devolverle la invitación, se hizo a un lado y levantó la persiana con una sola mano para permitirle el paso. Ella, con el bolso bien sujeto contra el pecho, se adentró en el local tras murmurar un casi inaudible «gracias» al que el hombretón correspondió con una suerte de gruñido. La antesala del local estaba repleta de polvo, con montoneras de escombros aquí y allá y una hormigonera sucia en una esquina que se le antojó un animalito abandonado. Todo tenía aspecto de pantomima, de escenario burdo preparado solo para desviar la atención. En el suelo, varios tablones de madera conducían a la puerta principal, sobre ellos habían dispuesto una ampulosa alfombra verde y roja que contrastaba con el caos polvoriento de alrededor. Caminó por ella al tiempo que intentaba atisbar tras los ojos de buey que salpicaban la puerta, pero todo lo que alcanzó a ver fue oscuridad.

Las puertas se abrieron antes de que llegara a ellas. Del interior emergió una música ambiental suave, de aire melancólico, acompañada por un murmullo de voces en la distancia. Ari se detuvo, a un solo paso de cruzar el umbral. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿A qué se estaba dejando arrastrar? Todavía estaba a tiempo de retroceder, todavía estaba a tiempo de dar la espalda a toda esa locura y regresar a casa. Marc lo comprendería, Marc lo aprobaría, pero... ¿y Evan? ¿Qué sería de él? La idea de que algo malo pudiera sucederle por su culpa la estremeció. Negó con la cabeza: no, eso no era correcto, no tenía que sentirse ni culpable ni responsable de lo que pudiera o no sucederle. No era ella quien le había metido en aquel lío, había sido él mismo quien había incurrido en la ira del monstruo que lo perseguía. Pero aun así no podía negarle su ayuda, como tampoco había podido negársela en aquel callejón oscuro.

Tras hacer acopio de valor, respiró hondo y pasó dentro.

Lo primero que vio fue a la mujer. Estaba junto a la entrada, sentada en una banqueta de tallo dorado y fumando un cigarrillo en una larga boquilla de plata. Nada más verla, supo que era una de los mercenarios a los que se había referido Evan. Era espectacular, no cabía otra forma de calificarla; se sintió disminuida en comparación y eso la puso de inmediato a la defensiva. El pelo, largo y negro, le resbalaba como una sombra por la espalda, salpicado aquí y allá por plumas verdes diminutas; sus ojos eran de ese mismo color y dejaban entrever una inteligencia ávida, voraz hasta niveles peligrosos: aquella mujer miraba al mundo como si le costara contener las ganas de devorarlo; su nariz era pequeña; los labios, provocadores, carnosos, parecían ideados para besar, morder o soltar réplicas hirientes. Su atuendo también era llamativo: botas de cuero hasta más allá de las rodillas, pantalones negros de montar obscenamente ceñidos y un chaleco color marfil, casi inexistente, que dejaba al descubierto una combinación de encaje, también blanca, que parecía incapaz de contener la rotundidad de su pecho. La mujer, por supuesto, iba armada. Llevaba dos pistolas al cinto, una a la altura de la cintura y otra bajo la cadera, dos armas de aspecto arcaico y pesado que parecían hechas *ex profeso* para batirse en duelo. Pero lo más llamativo de ellas no era su evidente antigüedad, lo más llamativo era que alrededor de ambas reptaban culebras vivas. Mientras Ari miraba, una de ellas, una pequeña víbora roja enroscada en la culata de la pistola izquierda, abrió sus fauces y le mostró unos colmillos rezumantes.

Ya no estaba en la frontera, comprendió, el paso que acababa de dar la había catapultado de lleno a lo imposible. No había vuelta atrás.

—¿Llevas algún arma, guapísima? —le preguntó la mujer al tiempo que tendía la mano en su dirección. El humo de su cigarrillo era afrutado. ¿O se trataba de su perfume? Era un olor agradable. Daban ganas de llenarse de él.

—¿Armas? —sonó perpleja, como si nunca hubiera escuchado una palabra semejante—. No, claro que no. —Se quedó mirando la palma extendida de la mujer, incapaz de comprender qué era lo que quería. Cuando la situación comenzaba a

volverse violenta, recordó la invitación y, sintiéndose estúpida, se la tendió. Ella le cortó una esquina y se la devolvió.

—Puedes pasar —le dijo mientras cabeceaba hacia el interior del local. No dejaba de mirarla. Sus ojos la recorrían de una forma tan sexual que se sintió violenta. En ocasiones, para su sorpresa, se había topado con hombres que la miraban con deseo, pero nunca una mujer, y jamás con semejante intensidad—. Disfruta de la noche, preciosa. —Su mirada dejó de recorrer su cuerpo para centrarse en su cara. Sonrió. Y la sonrisa la hizo todavía más hermosa, todavía más voraz—. Y oye, si no tienes suerte durante la subasta, siempre puedes tenerla más tarde conmigo. Si quieres.

Ari musitó un gracias estrangulado, idéntico al dedicado al portero de la entrada, y se adentró en la sala, con los ojos muy abiertos y el paso rígido de quien intenta actuar, sin conseguirlo, con naturalidad. Hizo todo lo que pudo para sacar a la mujer de su cabeza, aquel breve encuentro la había desconcertado e incomodado a partes iguales. Y la noche acababa de empezar, no quería ni imaginarse lo que estaba todavía por llegar.

El lugar estaba dividido en tres espacios, el primero y el segundo correspondían a la zona de bar y esparcimiento; el tercero, al fondo del local, al escenario, enmarcado en cortinajes rojos. Frente a él, en el lugar reservado para el público en los conciertos, habían colocado varias hileras de butacas de aspecto regio, con cojines y respaldos rojos; aquellos asientos estaban fuera de lugar, parecían hechos para un teatro lujoso, no para ese local de mala muerte. Había bastantes ocupados, a pesar de que todavía faltaban veinte minutos para el arranque de la subasta; allí se sentaba gente de todo tipo de condición y ralea, personas a las que, de habérselas topado por la calle, habría tomado sin duda por indigentes y otros tan engalanados que parecían estar asistiendo a algún espectáculo propio de la alta aristocracia. No tuvo problemas en localizar a los mercenarios encargados de velar por la seguridad, al igual que la mujer de la puerta y como bien le había prevenido Evan, eran bastante peculiares.

—Se hacen llamar los seis de Elías —le había comentado el muchacho—. Son unos malos bichos, tipos duros donde los haya, dispuestos a todo. Se cuenta que no solo exigen sumas demenciales de dinero por sus servicios, también un sacrificio humano a un diosecillo feo al que adoran y que, según se dice, llevan siempre en una mochila. Todo unos personajes, ya ves. Y el peor es Elías, el tipo que los comanda. La típica máquina de matar cruel y sanguinaria, sin escrúpulos ni moral. Eso sí, es muy guapo. Y dicen que es encantador cuando no te está apuntando con un arma.

En aquellos momentos, sin contar a la mujer de la puerta, había cinco mercenarios a la vista. Todos vestían de forma similar. Botas altas de cuero; guardapolvos que llegaban al suelo, la mayoría con las espaldas adornadas con dibujos orientales de dragones y serpientes voladoras; chalecos oscuros y sombreros. Parecían escapados de un *western* delirante, *cowboys* fuera de época. Había dos ante el escenario y eran la pareja más incongruente que Ari hubiera contemplado jamás. Uno de ellos era un enano de piernas arqueadas y cabeza deforme, abombada, demasiado grande para su

pequeño cuerpo. El otro era una mole de más de dos metros de alto, del que resultaba imposible discernir su sexo; le cruzaban el pecho dos cinchas repletas de lo que bien podían ser cartuchos de dinamita, y llevaba envainada al cinto una cimitarra de hoja ancha.

Había una segunda mujer en el grupo, una mujer que parecía la antítesis de la que tanto acababa de impresionarla; aun así su apariencia resultaba tan chocante como la de aquella, aunque por motivos bien diferentes. Carecía de elegancia, era esquelética, desgarrada, y en su caminar había algo de insecto adormilado, de arácnido torpe; una máscara negra le ocultaba el rostro, enmarcado en una melena negra tan sucia que más parecía hecha de mugre que de pelo. Pero lo más singular en ella, lo que de verdad impactó a Ariadna, era su torso. Lo llevaba al descubierto y, en el lugar que deberían haber ocupado sus pechos, se veían dos tatuajes gemelos, dos calaveras de ojos llameantes y mandíbula desencajada. Un cuarto mercenario se hallaba sobre el escenario, entre el atril y la mesa de cristal verde que ocupaban el centro del tablado, estudiando con expresión apática a los asistentes; tenía rasgos arábigos, rostro alargado rematado por una corta perilla; vestía una levita negra, adornada de ridículas campanillas, y un medallón al cuello del que colgaba una cabeza de cuervo. Cuando la miró, Ari estuvo a punto de tropezar, de hecho agradeció haber descartado los tacones altos para esa noche o habría terminado rodando por el suelo. El último de los hombres de Elías era un joven no mucho mayor que ella, un chico moreno que no dejaba de mirar a un lado y a otro como si esperara un ataque inminente. Le colgaba a la espalda un rifle de aspecto futurista, de tres largos y finos cañones; si las pistolas de la mujer de la entrada le habían parecido antigüedades de museo, justo lo contrario se podía decir de aquella, parecía un arma de novela o película de ciencia ficción.

Por un instante, Ari sintió que la atención de aquellos cinco extravagantes sujetos se centraba en exclusiva en ella.

Y aunque sabía que no era más que simple aprensión, también tenía muy claro que eso podía llegar a ocurrir. Se sentía expuesta, tan fuera de lugar como aquellas butacas lujosas. ¿Y cómo no iba a llamar la atención si mirara donde mirara encontraba algo que la sorprendía? Las gafas de sol podían ocultar su continua mirada de perplejidad, sí, pero la expresión de su rostro la delataba como un dedo acusador que no cesara de señalarla. Y, como no podía ser de otra forma, la cosa fue a peor. Nada más descubrir al primer ser claramente no humano en la sala, una criatura simiesca vestida con esmoquin que se sentaba de forma obscena en primera fila, todo su ya de por sí escaso aplomo se vino abajo. No pudo soportarlo más. Dio media vuelta, buscó el aseo de mujeres y se coló dentro. Necesitaba un minuto a solas. Se apoyó en el lavabo y se lavó la cara. Tenía que serenarse. Era perentorio que lo hiciera o estaría perdida.

Tomó aliento, contó hasta treinta, despacio, muy despacio, y salió fuera, decidida a no dejarse impresionar ni avasallar por la situación. Regresó a la platea improvisada, mantuvo la mirada firme en un punto perdido más allá del escenario.

Tomó asiento en la única fila que todavía tenía todos sus asientos libres y, nada más descubrir el pequeño folleto colocado en un brazo de la butaca, comenzó a estudiarlo con dramática afectación, como si las ocho páginas de aquel libreto contuvieran todos los secretos del universo conocido y por conocer.

En primera instancia no prestó atención ni al texto ni a las fotos del folleto, centrada como estaba en pasar inadvertida, pero los artículos de la subasta no tardaron en interesarle de verdad y pronto se encontró enfrascada de lleno en su lectura. Aquella noche había diez piezas a subasta, todas con precio marcado de salida, precios desorbitados, fuera del alcance de los mortales comunes. Frunció el ceño. ¿Con qué medidas de seguridad debería de estar dotado el lugar que albergara semejantes piezas? Dudaba mucho de que la presencia de aquellos curiosos mercenarios fuera la única. Empezaba a sospechar que aquel robo iba a ser bastante más complicado de lo que Evan había dejado entrever. La más cara de todas las piezas era una ampolla de cristal, tallada de un modo exquisito, que según se anunciaba contenía sangre de Nocta, la Dama de las Cuchillas, «la ninfa mortal del Panteón Oscuro», recogida tras su ataque al Filo Baldío hacía quince años donde, según se indicaba, habían muerto cerca de mil personas. A la sangre en cuestión se le presumían virtudes mágicas, según el folleto servía para potenciar cualquier hechizo y asegurar su efectividad, además, apuntaba, beber un solo sorbo de aquella ampolla podía convertirte en semidiós.

O matarte de un modo horrible. Por el momento ninguno de sus anteriores dueños había querido probar fortuna, ni siquiera, señalaba el texto, cuando la muerte los acechaba.

—Nocta —murmuró en voz baja. Aquel era el nombre de otro de los monstruos que habitaban más allá de la Tierra Pálida. La Dama de las Cuchillas, el Panteón Oscuro... Las tinieblas del mundo oculto volvían a asomar, poniendo de manifiesto lo peligroso que era habitarlo. ¿Cerca de mil muertos?

«Y toda maravilla tiene dos caras, Ariadna. No lo olvides nunca».

La espada era el octavo objeto en el listado y el segundo en precio de arranque; según el catálogo el arma se llamaba Matanza, un nombre ridículo en opinión de Ari. La foto mostraba una espada anodina y envejecida, sin ningún detalle visible que la hiciera especial. Lo remarcable de aquella arma era que, al parecer, podía matarlo todo, daba igual qué protecciones o salvaguardas protegieran a su blanco, la espada las aniquilaba. Según el texto había pertenecido a Jeremías Bremen, uno de las figuras más destacadas en las guerras vampiro del siglo XVI. Con ella, rezaba el panfleto, Jeremías se había convertido en uno de los generales más temidos durante la guerra que los reyes vampiro habían sostenido contra las naciones europeas. Antes de continuar leyendo decidió tomarse unos instantes de respiro. Vampiros. También había vampiros. ¿Por qué no le sorprendía? Y por lo visto habían estado en guerra abierta con Europa ¿cómo era posible que en el lado «cuerdo» de la realidad nadie estuviera al tanto de todo eso? ¿Cómo diablos se ocultaba una guerra?



Antes de que pudiera retomar la lectura no le quedó más alternativa que enderezarse en la butaca y replegar las piernas para permitir el paso a otra de las asistentes al evento.

En el tiempo que llevaba enfrascada en el folleto, los asientos vacantes de la sala se habían ido llenando poco a poco. El rumor de conversaciones en voz baja había crecido de forma notable. A su derecha, se sentó un hombre estirado, de pelo castaño rizado y ojos claros, cuyo alzacuellos delataba como sacerdote; a su izquierda, la joven rubia a la que acababa de dejar pasar y que habría resultado guapa de no ser por el exceso de maquillaje. Esta le dedicó una sonrisa amistosa. Llevaba un móvil entre manos y no dejaba de teclear en él.

—¿Vienes por cuenta propia o ajena? —le preguntó con voz cantarina.

—Vengo por curiosidad —contestó Ari—. Un amigo me consiguió una invitación y me dijo que merecía mucho la pena asistir. —Las mejores mentiras eran las que no dejaban de tener parte de la verdad.

—Curioso —dijo la otra. El ritmo de su tecleo, hasta entonces frenético, se había refrenado un poco—. Las invitaciones están contadas y cuesta un dineral conseguir una. Tu amigo debe de apreciarte mucho.

—Era para él, pero a última hora no ha podido venir. —Estaba hablando demasiado. No esperaba que se dirigieran a ella y había actuado por impulso.

—Mi jefe consiguió un pase en reventa. Y pagó una fortuna por él, te lo aseguro. Tu amigo es muy generoso.

—Mi amigo siempre dice que tenerme contenta no tiene precio. —Esta vez dio el énfasis necesario a la palabra «amigo» para que quedara claro que era mucho más que eso. La joven rubia se echó a reír, asintió con la cabeza y continuó su tecleo veloz.

Ari miró alrededor. La sala estaba abarrotada, no alcanzaba a ver asientos libres, incluso había personas de pie tras la última fila. Decidió dedicarse desde ya a la tarea que Evan le había encomendado. Los mercenarios de Elías se habían desplegado por el lugar: la extraña pareja formada por el gigantón asexual y el enano caminaba despacio por el pasillo que separaba los dos tramos de butacas; el árabe de la cabeza de cuervo había retrocedido unos pasos en el escenario y seguía observando a la concurrencia con los brazos cruzados y una expresión inescrutable por rostro; la mujer de la máscara negra y el joven del rifle futurista se habían situado uno a cada lado del patío de butacas. Las luces de la sala bajaron de intensidad al tiempo que los focos que señalaban al escenario aumentaban. El público fue sumiéndose en un silencio atento. Ari se enderezó todavía más en la butaca. Llegaba la hora. Todo parecía a punto de comenzar.

El árabe abandonó el escenario a grandes zancadas. Se movía en un silencio absoluto, pavoroso. Y ese sigilo extremo quedó todavía más patente cuando se escucharon pasos tras el cortinaje por el que acababa de desaparecer. Dos hombres aparecieron en escena, uno caminaba encarado hacia el público, dedicándoles una

sonrisa enorme; el otro marchaba junto a él, con una escopeta de cañones recortados en brazos. El maestro de ceremonias era un hombre rechoncho y paticorto, vestido con un chaqué pasado de moda y prácticamente calvo. La nariz, grande y bulbosa, era tan llamativa que parecía más un añadido posterior que parte real de su cuerpo. A Ariadna le recordó a un villano de cómic, a uno de esos personajes patéticos que son derrotados una y otra vez por el héroe de turno. El hombre que lo escoltaba era, sin duda, Elías, el líder de los mercenarios. Evan también había tenido razón respecto a su hermosura. Era tan bello que espantaba mirarlo. Tomados por separado, sus rasgos eran comunes:

Ojos negros, barbilla estrecha, rostro cuadrado, pelo moreno y largo... pero era en la conjunción de esas facciones donde estribaba la belleza de aquel hombre. Sus rasgos, anodinos de por sí, se combinaban de un modo perfecto. Su porte además irradiaba seguridad, un dominio total y absoluto. Resultaba imposible imaginárselo en una situación que lo superara o perdiendo la calma por algún motivo. A Ariadna aquel sujeto le dio miedo de inmediato. Mucho miedo.

El hombrecillo de la nariz extraña se colocó tras el atril y dedicó una larga mirada a la concurrencia antes de comenzar a hablar:

—Angus Rovira ha muerto —anunció. Su voz salía proyectada de su caja torácica como si se hubiera tragado un altavoz. Era evidente que se trataba de alguien habituado a hablar en público—. Congratulémonos por su fallecimiento. Fue un mal hombre, un asesino y un proxeneta, capaz, aseguran, de prostituir hasta a los mismísimos ángeles. También fue, justo es reconocerlo, un hombre sabio y prevenido que hizo tratos con quien debía en el momento justo. —Por lo que Evan le había contado, la organización tras la subasta pagaba cuantiosas sumas de dinero a los poseedores de los artículos que les interesaban con la promesa de que a su muerte pasarían a ellos. Una compra demorada que solía satisfacer a ambas partes y hacer muy poca gracia a los herederos del vendedor—. Pero esto no es un funeral, los pocos que tenían que llorarlo ya lo han hecho. Nosotros estamos aquí reunidos para rendir tributo a su avaricia, a su amor desmedido por la magia y los objetos portentosos. ¿Y qué mejor muestra de honor que pagar un precio desorbitado por ellos? ¿No creen? Todos los objetos aquí reunidos son únicos, maravillas en su género que, coincidirán conmigo, no tienen precio. Aun así en nuestra infinita generosidad les hemos dotado de uno. Hemos hecho asequible lo imposible. Los animo a corresponder con su propia generosidad a la nuestra, no nos hagan sentir poco queridos, por favor. Las piezas que vamos a mostrarles a continuación, coincidirán conmigo, bien lo merecen. —Guardó silencio unos instantes durante los cuales paseó la mirada por el público, con expresión amistosa, cómplice. No era un vendedor, era un amigo que había llegado allí para hacerles un favor a todos: un verdadero enviado de los dioses. Sonrió, feliz, y acto seguido continuó hablando—: Me complace abrir esta noche con nuestro primer lote, nada más y nada menos que el primer cuadro viviente del artista loco Garpa Noble.

Hizo un gesto hacia la izquierda, a bambalinas. Unos instantes después, dos jóvenes vestidas por entero de negro hicieron acto de presencia, arrastrando un pequeño atril móvil sobre el que iba colocado un lienzo de grandes dimensiones. Ari apenas le había prestado atención en el folleto; allí, sobre el papel, le había parecido el retrato de un hombre horrible representado en el acto de aporrear el propio lienzo sobre el que estaba pintado. Los colores eran espantosos y las pinceladas parecían burdas, desmadejadas, realizadas sin tacto ni sentido artístico alguno. Ahora que tenía el cuadro ante ella se dio cuenta del porqué. Había alguien atrapado en el cuadro, alguien a quien le habían hurtado una dimensión y que se convulsionaba contra el lienzo, desesperado, buscando una salida de aquel encierro indescriptible.

—El primer lote que tengo el placer de presentar es el cuadro «Poesía e Infanticidio» de Garpa Noble. En el interior, según las anotaciones del propio artista, se encuentra Christopher Strand, un poeta y pederasta noruego al que el artista atrapó y confinó en su obra en la primavera de 1896. El cuadro se entrega con su correspondiente certificado de autenticidad y las hojas del diario donde Noble explica cómo atrapó al criminal después de que este violara, torturara y devorara de forma parcial, en vida, a la sobrina del artista. La cifra de salida para quien quiera adquirir esta maravillosa obra de arte es de diez millones de euros. Abrimos puja. ¿Quién quiere tener una de las piezas míticas del artista loco?

Más de una veintena de brazos se elevaron casi al unísono, incluido el de la joven del móvil que continuaba su tecleo a una sola mano, mirando al tiempo la pantalla del teléfono y el cuadro por el que se interesaba. Ariadna no podía ni imaginar qué tipo de gente podía querer semejante abominación. El subastador sonrió ante la acogida de la primera pieza. Los brazos continuaban en alto, imperturbables.

—¡Qué maravilla! ¡A buen seguro que Garpa Noble sonríe desde su tumba! Subamos la puja a once millones y esperemos que ninguno de estos valientes se retire.

Solo una mano bajó, las demás permanecieron firmes y erguidas. El subastador comenzó a caminar de izquierda a derecha, asintiendo enfervorizado, con todo el aspecto de un predicador dichoso por la respuesta de los fieles a su arenga. Continuó aumentando la cuantía de la puja y los brazos, poco a poco, fueron descendiendo. La vecina de Ariadna bajó la mano al llegar a los veinte millones. Para cuando se sobrepasaron los treinta solo quedaban cuatro pretendientes. Entonces el subastador detuvo su deambular, se quedó inmóvil en el centro del escenario, volvió a asentir, complacido, y anunció:

—Va siendo hora de que sean los pujadores quienes hagan sus ofertas. Entramos en subasta normal, señores.

—Ofrezco treinta y tres millones —dijo una voz al fondo.

Ari se giró a medias para intentar localizar al pujador y, justo en ese instante, un centelleo la cegó. Agitó la cabeza. Algo le pasaba a su vista; el mundo se había vuelto confuso, sombrío, lleno de repliegues, borrones y resplandores. Cerró los ojos y, al

hacerlo, en vez de enfrentarse a la oscuridad, aclaró su visión, solo que no era la sala de subastas lo que veía, era un largo pasillo en curva por el que ella, desde la perspectiva del observador, avanzaba. Era Evan. Sus miradas se habían enlazado al fin, comprendió. El muchacho se encontraba ya dentro del edificio, aunque Ari no pudo precisar dónde. Viajar de pasajera en su mirada era una sensación extraña, como estar partida en dos, escindida en dos mitades sin relación entre sí. Continuaba sentada en el asiento, sí, sentía su realidad innegable, pero, al mismo tiempo, se veía avanzar, cautelosa, por el pasillo. Evan se detuvo ante un espejo de pared y ella alcanzó a ver su reflejo, se había cubierto la cabeza con la capucha de la capa y su rostro era apenas un borrón forjado en distintas oscuridades. Distinguió el centelleo de su mirada y, a continuación, alcanzó a ver cómo sus labios se movían, y formaban, con sumo cuidado, palabras. Aquella segunda imagen era muda, no había sonido, pero el joven estaba hablando. Y no le costó trabajo leer en sus labios reflejados.

«Abre los ojos».

Ari se obligó a hacerlo, de poco le servía a él que los mantuviera cerrados. Su mente se reveló al recibir de nuevo aquella doble imagen: por un lado el recinto de la subasta y por el otro el pasillo en tinieblas. Sintió un escalofrío, un relámpago que hendió su bóveda craneal cuando intentó conciliar ambas, casi sintió como si sus dos hemisferios cerebrales chocaran el uno contra el otro. Se forzó por discriminar las imágenes y, al hacerlo, se dio cuenta de que era mucho más sencillo de lo que esperaba: era una simple cuestión de elegir en cada momento cuál de las dos quería que fuera la predominante y enfocarla. De hecho, en cuanto supo cómo hacerlo, mandó a segundo plano las evoluciones de Evan y trajo al primero el deambular de los mercenarios. La facilidad con la que consiguió rehacerse tras el desconcierto inicial le dejó claro que no era, ni de lejos, la primera vez que lo hacía.

El muchacho era una sombra, una silueta que se desplazaba con la lentitud de la deriva continental. Lo vio pasar (se vio pasar) junto a varias estanterías repletas de botellas, jarras y vasos polvorientos. A veces se detenía unos instantes y el ángulo de visión variaba, como si inclinara la cabeza, esforzándose tal vez en oír sonidos que ella, por supuesto, no llegaba a escuchar. De pronto, un hombre entró en su campo de visión, un camarero por su indumentaria, y pasó muy cerca de Evan sin dar señal de haberlo visto. ¿Le protegería algún tipo de sortilegio? Sin duda, lo que entreveía de su cuerpo era neblinoso, apenas sólido, como si se hubiera vestido con una capa de bruma.

En su lado de la realidad, la subasta continuaba. Tras el cuadro del artista loco le llegó el turno a un collar que, según anunció el subastador, proporcionaba telepatía limitada. Ari apenas prestaba atención ya a lo que acontecía en el escenario, más allá de mantener vigilado a Elías. Se mantuvo atenta a las evoluciones de los mercenarios. Solo pasó a primer plano la imagen de Evan cuando este se detuvo y buscó refugio en el hueco de una escalera metálica. Allí quedó, acuclillado e inmóvil, mirando una pared de paneles de madera. Cuando en un momento dado desvió la vista hacia la

izquierda (y ella con él), Ari vio, al fondo del pasillo, una puerta de aspecto robusto ante la que montaban guardia dos hombres, embutidos en armaduras de plástico negro y armados con subfusiles. Aquella fue la comprobación efectiva de lo que ya sospechaba: los mercenarios de Elías no eran la única medida de protección que velaba por la seguridad del local.

La subasta llegó al tercer lote, una katana negra, con Evan todavía inmóvil en el hueco de la escalera. En algún momento tras la venta del cuadro, la joven a su izquierda se había marchado sin que ella se percatara, quizá solo le interesaban las dos primeras piezas o tal vez había escogido una ubicación diferente para seguir la subasta. Ahora, en su lugar, se sentaba un hombre moreno, de barba recortada, bien cuidada, y unos llamativos ojos azules; alrededor de su cuello se enroscaba una curiosa criatura, una suerte de dragón negro con la cabeza repleta de espinas. Ari se lo quedó mirando, asombrada de nuevo a su pesar. Los ojos dorados de la criatura le devolvieron su escrutinio con idéntica intensidad. Emitió un sonido vago, a medio camino entre un gruñido y un ronroneo. Ari apartó la vista del animal y retomó su vigilancia. Sobresaltada se dio cuenta de que había perdido de vista a la pareja formada por el gigante y el enano. No tardó en descubrirlos, hablando con la mujer de la entrada. Suspiró aliviada.

—Creo que le has gustado —dijo el dueño del dragón cuando este estiró la cabeza hacia ella y comenzó a olisquearla.

—Qué ilusión —murmuró Ari, cortante en exceso.

—Capitán Jack Malloran III, la chica no quiere saber nada de ti, haz el favor de comportarte. —Nada más oír aquello el dragoncito regresó a su posición en torno a su cuello. Ariadna no pudo evitar sentirse algo culpable.

Siguió vigilante las evoluciones de los mercenarios. Elías continuaba inmóvil en el escenario, a un solo paso del maestro de ceremonias. Todo en su porte dejaba entrever amenaza, parecía dispuesto a abrir fuego contra el público a la menor provocación. El resto, a excepción de la mujer en la puerta, seguía deambulando de aquí para allá. El único fuera de su vista era el árabe, perdido más allá de las cortinas. Respiró hondo. Intentaba no hacerse notar, pero resultaba complicado cuando no dejaba de mirar en todas direcciones. Agradeció de nuevo las gafas de sol, sin ellas su actitud habría resultado todavía más sospechosa.

De pronto, Evan abandonó su inmovilidad. Extrajo de un bolsillo de su pantalón la estrella Nefanda y la depositó en el suelo ante él. A continuación, comenzó a pasar las manos sobre ella, sin llegar a tocarla. Ari asistía a sus pases de prestidigitador en primer plano, acomodada tras su mirada. Era evidente que estaba practicando algún tipo de hechicería con el medallón. Frunció el ceño. No podía estar segura, por supuesto, pero sospechaba que lo que intentaba hacer era atraer a la barracuda hacia la sala de subastas. ¿Pretendía provocar el caos allí y servirse de este para robar la espada? ¿Generar una distracción de la que aprovecharse? Todo parecía indicarlo, pero Ari se negaba a creerlo. Evan le había prometido que ella estaría a salvo y atraer

a semejante monstruo le parecía un modo nada sutil de romper su palabra.

Tras forzarse a realizar otra ronda de vigilancia por los mercenarios, Ari no pudo evitar mirar atrás, hacia la puerta de la sala de fiestas transmutada en salón de subastas. Y tuvo la absoluta y total certeza de que, en aquel preciso instante, la barracuda se estaba dirigiendo hacia allí. El hechizo de Evan había potenciado los sortilegios de localización de la estrella y había hecho que fuera todavía más fácil de encontrar. Se mordió el labio inferior hasta casi sentir la carne ceder.

Evan extrajo otra cosa del bolsillo de su pantalón: una cánula de plástico rodeada de botones y diales, cuya parte superior estaba rematada con un botón negro protegido por una pequeña tapa de cristal. La sostuvo ante sus ojos unos instantes, como si quisiera que Ariadna la contemplara bien, que no le quedara ninguna duda de qué era aquello. Y aunque era la primera vez que tenía la oportunidad de ver algo semejante, tuvo muy claro de qué se trataba: un detonador.

—No —susurró.

Evan levantó la tapa de cristal con un golpe de pulgar para luego dejar ese mismo dedo suspendido sobre el pulsador. Ari intentó acompasar su respiración, casi jadeaba. Una bomba, aquel demente había puesto una bomba en la sala. Miró alrededor. No podía ser, no podía ir tan lejos. De seguir adelante con sus planes, moriría gente allí, gente inocente, gente que no tenía nada que ver con su lucha con la barracuda. El dragón lanzó una especie de maullido interrogativo. La pequeña criatura la miraba, se preguntaba quizá por el motivo de su repentina inquietud. ¿Olería su nerviosismo? ¿Se daría cuenta de lo que estaba a punto de suceder?

—¿Estás bien, muchacha? —le preguntó el hombre a su lado—. Te has puesto pálida.

No tuvo tiempo de responder.

Se escuchó un potente golpe a su espalda y, al instante, un considerable revuelo de gente que se giraba y hablaba a voces. Miró hacia atrás. La mujer de la entrada se había levantado del taburete y desenfundaba ya sus armas. Algo volvió a golpear contra la puerta, abollándola de forma visible.

—¡Señores! ¡Señores! —gritó el maestro de ceremonias—. ¡Guardemos la calma, por favor, guardemos la calma! ¡Retrocedan y dejen que nuestra fuerza de seguridad se ocupe de...

Una de las hojas de la puerta estalló hacia dentro y, arrancada de sus goznes, voló unos metros antes de impactar plana contra el suelo. La mujer apenas logró esquivarla, se vio forzada a saltar hacia atrás y a punto estuvo de perder la vertical. Lo siguiente que pasó volando fue el hombre que le había pedido la invitación a Ari fuera, convertido en un proyectil que dejaba una estela de sangre a su paso. Cuando chocó contra la barra, Ari se dio cuenta de que le faltaba la pierna izquierda, arrancada de cuajo a la altura de la cadera. Acto seguido, la barracuda irrumpió en la sala, frenética, enarbolando a modo de maza la extremidad perdida del hombre que gritaba y se retorció más adelante. Alguien gritó al verla llegar y pronto a aquel

primer grito se le unieron muchos más. La mujer de la máscara negra fue la primera en reaccionar, corrió hacia la barracuda, disparando sin cesar. El griterío en la sala se hizo ensordecedor, punteado ahora por la intensa balacera. Ariadna se levantó de la silla, pálida, estremecida por la violencia y el sinsentido de todo aquello.

—No —murmuró en voz baja. Se negaba a creer que ella pudiera tener alguna relación con lo que estaba ocurriendo, se negaba a ser cómplice de toda esa locura.

Al otro lado de su mirada, Evan acariciaba el botón del detonador ejerciendo cada vez más y más presión sobre él. Llevaba las manos enguantadas y la negrura del tejido le hizo pensar a Ari en torturadores, en cirujanos que abrían cuerpos en canal, no con el afán de curar sino con el de causar el mayor dolor posible.

—¡No! —gritó ahora, en un vano intento por parar lo que estaba a punto de suceder. Pero fue inútil, su pasado se había puesto ya en marcha, su pasado se había vuelto presente.

Evan apretó el detonador y, al momento, el mundo voló en pedazos.

\* \* \*

Ari rodó por el suelo, sin saber bien qué la había derribado. ¿La onda expansiva? ¿El caos de la gente al intentar huir? ¿Su propio pánico? Alguien le pisó un muslo en su desesperación por escapar y ella soltó un grito más de sorpresa que de dolor. Intentó incorporarse y volvieron a derribarla, de un potente golpe entre los omoplatos esta vez. Desistió de levantarse. Se hizo un ovillo y permaneció en el suelo, replegada, intentando ofrecer lo mínimo de sí misma al tumulto. ¿Esto era lo que Evan entendía por no correr riesgos? Se obligó a asomarse de nuevo a su mirada. Y a través de ella pudo ver, horrorizada, cómo pulsaba por segunda vez el detonador. Al instante, otra explosión retumbó en la sala, todavía más potente que la primera. Sobre Ariadna llovieron cascotes y astillas.

¿Qué pretendía aquel loco? ¿Volar el edificio y buscar luego la espada entre las ruinas? Los oídos le zumbaban, la boca le sabía a polvo y escombros. El caos era mayúsculo, tremendo. Y, aunque parecía imposible, fue a más. Al vocerío de la gente desesperada se le unió el tableteo de las armas. Ari se apoyó en una butaca para levantarse y, tras unos segundos de mareo, miró en torno a ella. Había humo por todas partes. El público se había convertido en un montón de siluetas sombrías a la fuga. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la primera explosión? Muy poco. Segundos.

La barracuda avanzaba por la sala, ajena al caos que provocaba a su paso, indiferente a los disparos de las dos mercenarias. El gigantón del grupo fue a su encuentro al tiempo que extraía uno de los cartuchos de las cananas que le cruzaban el pecho. Este comenzó a brillar en cuanto lo sostuvo en la mano, un destello tenue

que fue en aumento a medida que se aproximaba, cada vez más rápido, al monstruo. Las armas de sus compañeras no hacían la menor mella en la criatura, las balas no eran capaces de penetrar su gruesa piel y rebotaban, inútiles. La mujer de la máscara soltó una maldición y se hizo a un lado al ver llegar al gigante. Este había comenzado a recitar a voz en grito lo que parecían simples números dichos al azar, pero con cada nueva cifra la intensidad del brillo del cartucho en su mano aumentaba más y más. Cuando su luz se volvió casi iridiscente lo lanzó contra la barracuda. El proyectil estalló nada más impactar. La criatura trastabilló, envuelta en humo negro y esquirlas arrancadas a su propio cuerpo, pero no frenó su avance. El gigante, tras el ataque fallido, se arrojó sobre ella, dispuesto a enfrentarla cuerpo a cuerpo. Su ataque quedó cortado en seco cuando la barracuda, con un puñetazo torpe, lo lanzó sobre un montón de butacas volcadas.

Ari sabía que tenía que moverse y lo que en inicio fue un paso inseguro pronto se convirtió en una verdadera carrera. Intentó localizar a Elías y al resto de sus hombres mientras escapaba, pero le resultó imposible en medio de aquel caos de humo y gente que huía. Los mercenarios a buen seguro que habían acudido a proteger los artículos a subasta, ¿de verdad pensaba Evan que aquella estúpida treta suya iba a funcionar? El joven continuaba en el hueco de la escalera, detonador en mano, asomándose a sus ojos del mismo modo en que ella se asomaba a los suyos, a la espera, quizá, del momento adecuado para hacer estallar una nueva bomba. Lo vio mirar hacia la izquierda y pudo ver que los dos hombres de armadura negra no se habían movido de su lugar ante la puerta, permanecían firmes en su posición pese al escándalo. Con toda probabilidad estaban aleccionados para no moverse de allí bajo ninguna circunstancia.

Ari negó con la cabeza, no iba a permanecer ni un segundo más en aquel lugar. Ella era tan víctima de las maquinaciones de Evan como la pobre gente que escapaba del local. Para su sorpresa, no todos huían, había quien intentaba contener al engendro que había irrumpido en la subasta; entre ellos, el hombre del dragón que había estado sentado a su lado. Se encontraba a una distancia prudente del monstruo y lo señalaba con ambas manos; sus dedos se movían con una agilidad pasmosa, tejiendo de la nada una red de luz. El pequeño dragón se erguía sobre sus hombros, con las alas extendidas, gruñendo amenazador. Cuando la telaraña luminosa que el hombre invocaba adquirió un tamaño considerable, la lanzó contra la barracuda. La red planeó veloz en su búsqueda, como si en vez de un hechizo fuera alguna suerte de insecto imposible que buscara dónde posarse. Chocó con blandura contra su objetivo y se adhirió al instante a él; los puntos de contacto entre aquella maraña luminosa y la superficie rocosa de la barracuda comenzaron a humear, pero el monstruo ni se inmutó. Se limitó a hacer pedazos la red con ambas garras y a continuar su camino bajo el fuego de las mercenarias.

El hombre del dragón retrocedió a la carrera al ver frustrado su ataque.

—¡Nada que hacer, muchacha! —gritó cuando Ari llegó a su altura. Soltó una



carcajada, como si aquello le divirtiera en extremo—. ¡Ponte a salvo y que los dioses oscuros protejan a los suyos!

De aquí y allá llegaban trallazos de luz que tenían a la barracuda como blanco, energías místicas, pulsos mágicos o lo que quiera que fueran, que lo único que conseguían era iluminar su trayecto como fuegos de artificio. De pronto, el monstruo arrugó el hocico y fijó su atención en Ariadna. Sus ojos se entornaron. La había reconocido. Le enseñó los dientes y, por primera vez desde que había irrumpido en la sala, frenó su paso, como si barajara la idea de ir tras ella. Pero la llamada de la estrella Nefanda era demasiado acuciante y, para alivio de Ari, prosiguió su marcha hacia el escenario. Ella continuó la suya rumbo a la salida.

La explosión de adrenalina que recorría su ser la electrizaba, sentía como si el mundo funcionara a una velocidad menor que de costumbre y ella a una mayor. Y no era una sensación nueva, había vivido situaciones semejantes en su antigua vida. Su mente podía haberlas olvidado, pero su cuerpo las recordaba muy bien; de hecho, una parte de ella, mal que le pesara admitirlo, estaba disfrutando de aquella vorágine.

«¿Quién soy?», se preguntó por enésima vez en los últimos dos días. «¿Qué soy?»

Un movimiento brusco la sobresaltó, un movimiento que no tenía lugar en su lado del mundo sino en el ocupado por Evan. El muchacho se había levantado al fin y avanzaba en carrera cada vez más veloz hacia los guardias. La magia que protegía a Evan evitó que lo descubrieran hasta tenerlo encima. La sorpresa de verlo allí, aparecido de la nada, corriendo hacia ellos con un detonador en la mano, duró poco. Ari jadeó al ver en primer plano cómo las armas lo encañonaban, era difícil no pensar que la estaban apuntando a ella. Se estremeció cuando abrieron fuego, no pudo evitarlo. Evan rodó por el suelo, esquivando la lluvia de balas, se levantó de un salto y en el mismo movimiento hundió un cuchillo salido de ninguna parte en el ojo del guardia de la izquierda. Ariadna no pudo contener un grito. Grito que se redobló cuando Evan giró en un movimiento prodigioso para apuñalar de manera salvaje en el cuello al segundo guardia. Ambos hombres se desplomaron sin vida. Ariadna dio un paso atrás, asqueada. Una cosa era ser cómplice de un robo, pero aquello iba camino de convertirse en una verdadera matanza. De los cuerpos caídos brotaron chispazos de luz blanquecina, orbes perlados que fueron absorbidos por Evan al mismo tiempo que abría la puerta. Ariadna recordó el juego de su hermano, cuando el personaje drenaba energía, magia o lo que fuera de los enemigos vencidos. Se preguntó qué estaría sucediendo ahí, pero al momento negó con la cabeza. No le importaba. La había engañado, aquel asesino le había mentado y utilizado. Cortó el enlace que los unía, fue un gesto instintivo.

Gritó otra vez de pura rabia y justo en ese instante una tercera explosión sacudió el local. Y una cuarta poco después, la mayor hasta el momento. El suelo tembló, una porción colosal del techo sobre el escenario se vino abajo, destrozó el atril y arrastró consigo uno de los cortinajes. No fue lo único que cayó desde las alturas, alcanzó a

distinguir a varios hombres que se precipitaban entre los cascotes. Vislumbró una armadura negra y una figura pequeña que bien podía tratarse del enano del grupo de Elías.

La salida estaba cerca, muy cerca; la noche de Madrid quedaba enmarcada por el hueco de la puerta arrancada de sus goznes, una noche tranquila y en paz, una noche que prometía mantenerla a salvo una vez la alcanzara. Solo necesitaba llegar hasta allí, un último esfuerzo y lo conseguiría. Cuando apenas le faltaban unos pasos para lograrlo, un gemido la frenó y le hizo mirar a su izquierda. Allí estaba el portero. Yacía de costado sobre un gran charco de sangre, sin fuerzas ya para gritar. La miró suplicante mientras extendía una mano temblorosa hacia ella. La violencia de aquella estampa, de aquel cuerpo mutilado, le resultó también familiar. Había contemplado heridas semejantes en el pasado. Ari quería escapar, quería huir de aquel hombre roto y de los ecos malsanos que se le despertaban en la memoria al verlo. Pero, en cambio, maldiciéndose, se acercó y se acuclilló junto a él.

El hombre tenía el rostro cubierto de lágrimas y sangre. No quedaba ni rastro de la fortaleza que tanto la había impresionado en la entrada. Intentó hablar, pero no logró pronunciar palabra alguna, solo gemir incoherencias. Ari se obligó a centrarse en la carnicería en la que terminaba su cadera. Invocó la magia que la noche pasada había restañado las heridas de Evan y la dirigió al muñón abierto, pero esta vez no sucedió nada: la carne continuó rota y la sangre manando al mismo ritmo.

Repitió el sortilegio con idéntico resultado. Sentía la magia bullir entre sus dedos, pero esta no cumplía su cometido. El portero cerró los ojos, su enorme pecho se estremecía, como si el mero hecho de respirar supusiera una proeza. Aquel hombre agonizaba ante ella. Ari miró hacia atrás un instante y alcanzó a distinguir varios cuerpos tirados aquí y allá. ¿Cuántos más? ¿Cuántos heridos? ¿Cuántos muertos? De pronto, el portero abrió los ojos y la aferró de la muñeca, su mirada en la suya, llena de lágrimas, llena a rebosar de miedo a morir. Ella se liberó e intentó el hechizo por tercera vez. El hombre se estremeció, fue una verdadera convulsión, una sacudida que a punto estuvo de hacer que Ari perdiera el equilibrio. A continuación, quedó inmóvil, los ojos abiertos, la mirada perdida más allá del infinito, fija en la nada, en el vacío.

Ari se levantó y, medio trastabillada, corrió hacia la puerta rota. Salió fuera, respirando hondo para llenar sus pulmones con el aire fresco de la noche y sacarse de encima el hedor a muerte que parecía impregnarlo todo. Se escuchaban sirenas. Alguien se dirigió a ella, uno de los muchos curiosos que se agolpaban en la acera, a una distancia prudente de la entrada, o, tal vez, otro de los asistentes de la malograda subasta. Se zafó con brusquedad, casi sin mirar, y echó a correr calle arriba entre la creciente multitud, en busca de la luz y de la cordura, en busca de un mundo que ya no existía.



Vagó por la ciudad, desorientada, perdida toda noción del tiempo y del espacio. Caminaba presa del delirio, en claro estado de *shock*. Su mente le estaba pasando factura por todo lo sucedido. Le sobresaltaba cada sonido, cada mirada, cada sombra que se cruzaba en su camino. Al doblar una esquina se topó de frente con una entrada de metro, pero la idea de descender a las profundidades de la ciudad le causó pavor. Necesitaba cielo abierto sobre su cabeza, necesitaba aire libre y espacio en el que moverse.

Siguió la marcha, abrazada a sí misma. La ciudad le resultaba ajena, un paraje fantasmal y desconocido que en nada tenía que ver con el Madrid de su memoria. No reconocía los edificios ni las calles, hasta la gente con la que se cruzaba se le antojaba irreal, seres de otra especie, criaturas que solo por casualidad vestían una forma semejante a la suya. De pronto, su móvil comenzó a sonar, sobresaltándola; era la melodía asignada a Marc, una de sus canciones favoritas, una balada rock que en aquel momento le pareció estúpida y fuera de lugar. Rechazó la llamada. El joven insistió al momento y ella quitó el sonido al teléfono. No quería oír su voz, no ahora, no cuando todavía resonaban en sus oídos los gritos y las explosiones.

Agotada, deshecha, se sentó en el escalón de un portal en una callejuela desierta. Respiró hondo e intentó ordenar sus pensamientos, pero su cerebro era un torbellino difícil de domar. Necesitaba encontrar un asidero en la realidad al que afianzarse, un ancla que le hiciera más fácil desprenderse de la capa de insensata locura que se le había adherido a la piel, al alma. Su casa, tenía que regresar a casa, decidió; volver junto a sus padres, junto a su hermano... eso era lo que necesitaba: reintegrarse en la normalidad y olvidar cuanto antes la pesadilla que acababa de vivir. Sí. Olvidar. Esa era la solución: el olvido como redención, como cura. Y no solo iba a olvidar todo lo que había sucedido esa noche, iba a enterrar bien profundo a la Ariadna del pasado. No la quería en su vida. Renegaba de sus raíces, de su herencia. Ya había visto qué le aguardaba al otro lado del espejo y se negaba a regresar allí. Asintió, decidida, se levantó y echó a andar. Justo entonces una silueta sombría se desprendió de las alturas y aterrizó cerca de ella.

Era Evan, por supuesto, envuelto en su capa negra, con el aire de aventurero satisfecho que le era tan propio. La vorágine de sentimientos que la asaltó al verlo la dejó sin aliento, mareada y aturdida. Nunca había conocido a nadie capaz de hacerla sentir así: tan perdida e irreal y, al mismo tiempo, tan viva, tan sólida. Pero se negó a perder el control, no después de lo que había visto.

Evan sonrió mientras se acercaba. Ari retrocedió de inmediato, mirándolo furiosa. Un paso de baile que ambos conocían ya.

—¿Ariadna? ¿Estás bien? —preguntó el muchacho.

—Loco de mierda —le espetó. Las palabras sabían a veneno en su boca, a hiel. Se

sentía traicionada, por Evan, sí, pero también por ella misma, por la Ariadna del pasado que había estado enamorada de él, por la Ariadna del presente que se moría de ganas de besarlo—. ¿Ese era tu gran plan? ¡¿Volar el maldito edificio?!

—Eran riesgos calculados —le contestó.

—¿Riesgos calculados? ¿Cómo te atreves? ¡Ha muerto gente allí dentro!

—Lo sé. No muchos, espero. —Se encogió de hombros y ese gesto despectivo, ese dejar de lado a las víctimas de su locura la enfureció—. Siento no haberte advertido de mis planes —continuó Evan—, pero no podía correr el riesgo de que te echaras atrás o de que te pusieras más nerviosa de lo que ya ibas a estar. —La miró abatido—. Lo he hecho lo mejor que he podido, Ariadna.

—¿Lo mejor que has podido? —preguntó, incrédula. No daba crédito a lo que oía—. Estás loco —dijo—. Estás completamente loco. Dios, podría haber muerto en esa sala...

—Pero no lo has hecho, ¿verdad? Eres dura, mucho más de lo que piensas. Y todo ha salido bien, ¿no nos podemos quedar con eso? —Sonrió otra vez mientras se retiraba la capa para mostrarle el arma que llevaba envainada a un costado—. Tengo a Matanza, tengo la espada de Jeremías.

Ella ni siquiera le prestó atención. Que la hubiera conseguido o no la traía sin cuidado. No podía dejar de pensar en el hombre que había muerto en sus brazos. Todavía olía a su sangre.

—¿Así vivíamos antes? —quiso saber—. ¿Sin importarnos el daño que hacíamos a los demás? ¿Dejando un rastro de cadáveres a nuestro paso? Dime, Evan ¿era como tú?

—Eras mejor que yo.

—¿Y eso qué significa? —Una súbita sospecha, certeza más bien, la dejó helada—. ¿Maté a alguien mientras estábamos juntos? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Mate a alguien y lo he olvidado?

—No creo que sea el mejor momento para...

—¿Qué mejor momento que este, Evan? Te acabo de hacer una pregunta sencilla y te agradecería una respuesta sencilla. Un sí o un no, eso me basta. —Dio un paso hacia él, tan tensa que era consciente de hasta el último de sus músculos, agarrotado bajo su carne como un animal asustado. Cuando volvió a hablar lo hizo muy despacio, mirando al muchacho a los ojos—: Evan, respóndeme: ¿maté a alguien durante el tiempo en que estuvimos juntos?

El joven guardó silencio, pero su gesto, su aptitud, confirmó lo que ya sabía.

—No. —Ella sacudió la cabeza, incapaz de concebir que la Ariadna olvidada pudiera haber llegado a ese extremo. Se negaba a creer que tuviera las manos manchadas de sangre—. No, no, no...

«¿Quién soy? ¿Qué soy?»

—¿A cuántos? ¿A cuántos maté? —Al momento se arrepintió de su pregunta—. Da igual, no importa. No importa. No soy ella, no tengo nada que ver con ella —

aseguró, en un intento desesperado de afianzarse a la cordura—. Esa Ariadna murió hace cuatro años. ¡No soy ella! ¡No soy ella!

—No puedes renegar de tu naturaleza —dijo Evan. La miraba con severidad—. Lo único que conseguirás es hacerte daño si lo intentas. —Le tendió la mano, la misma mano con la que había matado a los dos guardias y pulsado el detonador que había desatado la locura en la sala de subastas—. Acepta lo que eres y ven conmigo. Hay un mundo entero que nos espera ahí fuera, un mundo lleno de portentos, lleno de...

—Lleno de monstruos.

—Te mantendré a salvo, te lo prometo. —Su mano seguía extendida y la fortaleza y confianza que irradiaba su gesto eran abrumadoras. Recordó esa otra mano tendida, la del hombre agonizante al que no había podido salvar, y se estremeció—. Ven conmigo —le rogó—. ¿Quieres que suplique? Lo haré, puedo tragarme el orgullo y suplicar, puedo tragarme el orgullo y admitir que te necesito, y confesar que estos años sin ti no han sido vida, solo un peregrinaje en el vacío, un maldito agujero imposible de llenar. Escúchame, escúchame bien: Nunca te lo dije lo suficiente, me costaba ponerlo en palabras, y me he arrepentido tanto de ello durante todo este tiempo. Te quiero, Ariadna. Te quiero como nadie te podrá querer jamás. Porque te conozco, porque sé lo que eres. Te quiero porque los dos somos lo mismo.

—¿Me quieres? —Lo miró espantada, incapaz de enfrentarse a sus propios sentimientos, tan revueltos y contradictorios. Tenía tantas ganas de besarlo como de aplacar su furia a golpes con él—. ¿Dices que me quieres? —Se echó a reír. Porque ella también lo amaba, a pesar de todo estaba loca por él, era un amor desesperado y cruel, un amor sanguinario, un amor que la destrozaba por dentro. Un amor asesino. Pero ¿era real o era el recuerdo de lo que habían tenido? Estaba tan confundida que quería gritar.

Se acercó a él de dos zancadas, hasta casi llegar a tocarlo. Lo miró a la cara y se vio reflejada en su mirada despareja; allí estaba ella, duplicada, diminuta y grotesca. Por su postura quedaba claro que Evan se moría de ganas de abrazarla, pero se mantuvo firme, sabedor, quizá, de que eso era lo último que ella necesitaba; ignorante, tal vez, de que con ese gesto la conquistaría de modo definitivo. Si la tocaba, sería suya para siempre.

—Si te lo pidiera, ¿tallarías mi rostro en la luna? —le preguntó Ari.

—Con las manos desnudas —dijo el muchacho sin vacilar un instante—. A mordiscos si fuera necesario. Haría cualquier cosa por ti.

—¿Cualquier cosa? —Se apartó de él de un paso rápido. Lo evaluó con la mirada, de forma superficial primero, entre líneas después.

—Cualquiera —le aseguró. Y así era.

Ella asintió, complacida, horrorizada, perdida, al borde del llanto, del grito, a un paso, de nuevo, de la locura.

—Entonces desaparece de mi vida —le ordenó y él se encogió al oírlo, como si

acabara de recibir un fuerte golpe en la boca del estómago—. No quiero volver a verte —insistió—. Me pediste que escogiera y ya lo he hecho. No quiero saber nada de ti ni de ese mundo tuyo. Quiero mi vida tal y como es, tal y como era. Tu Ariadna ha muerto. Yo no soy ella.

Evan respiró hondo antes de hablar:

—Puedes renegar de mí —dijo con la voz quebrada—. Estás en tu derecho. Te pedí una oportunidad, pero eres libre de no concedérmela. Pero no puedes negar lo que eres.

—Vete, por favor. Estoy harta. Harta de esta conversación. Harta de ti.

—Ari...

—¡He dicho que te vayas! —le gritó. Y puso las últimas energías que le quedaban en ese grito.

Durante un lapso de tiempo brevísimo, la máscara de dureza de Evan se resquebrajó y, tras ella, asomó un niño aturdido. Solo fue un instante, al momento el muchacho recobró la entereza.

—Si es lo que quieres, así será —anunció, ya con voz firme. Le hizo una reverencia, una sacudida de cabeza y tronco repleta de orgullo—. Me voy, Ariadna. Pero tarde o temprano sabrás quién eres. Y entonces volverás a mí. Lo sé. En el fondo a ti y a mí no nos queda más alternativa que estar juntos.

Y, con una última sonrisa y un último asentimiento, le dio la espalda y se marchó a paso rápido, sin mirar atrás ni una sola vez.

Cuando lo perdió de vista, Ari regresó de nuevo al portal donde se había refugiado hacía unos minutos. Toda la determinación que había conseguido reunir para emprender el regreso a casa la había abandonado. De nuevo estaba sin fuerzas, desfallecida. Se apoyó en la pared y resbaló por ella hasta sentarse en el escalón del portal. Le temblaban las manos, eran unos estremecimientos brutales, tan exagerados que no le quedó más remedio que refugiarse ambas bajo las axilas en un intento por refrenarlos. No lo consiguió. Los sucesos de la noche se le presentaban una y otra vez en la mente, vividos y terribles: las explosiones, el moribundo por el que nada había podido hacer, el avance inexorable de la barracuda... Y entre aquellos recuerdos de su pasado inmediato, de pronto, sin previo aviso, se fueron abriendo paso imágenes del tiempo que había olvidado:

Ella en lo alto de una torre roja, encarada hacia un mar en llamas; Evan a su espalda, abrazándola con fuerza, su cuerpo pegado al suyo y, flotando entre ambos, la inminencia de la calma a punto de hacerse añicos.

Ella en la escalinata de mármol blanco que ya había entrevisto en sueños, con la misma anciana pequeña y de rostro amable reclinada sobre ella. Recordó la tibieza de la sangre arterial de la mujer al correr sobre su mano, la misma mano con la que acababa de asestarle una puñalada mortal. Recordó cómo dejó caer su cuerpo, con delicadeza, sobre la escalera, y cómo limpió después la daga en la propia ropa del cadáver. Después abrió la boca de la mujer muerta para robarle la dentadura. Glada

Maery. Solo tenía seis años cuando la asesinó. Había sido la primera.

Recordó un patio de piedra negra, circundado por una columnata blanca. Era de noche y en el cielo no había rastro de estrellas, solo una oscuridad densa y lóbrega que bien podía ser el techo de una cueva. Al otro lado del patio se intuía un siniestro caserón, una mole amorfa y asimétrica que más que un edificio parecía una criatura viva agazapada. Evan y ella estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, el uno junto al otro. Dispuestos ante ellos había diversos útiles de tortura: cuchillas y navajas, lancetas y escalpelos, todo con apariencia de haber sido usado hacía poco. Era la hora de una nueva lección, la más importante de la mañana dado quien la impartía. El profesor era un hombre alto y escuálido, de enormes ojos de un desvaído color azul, casi blanco; iba vestido con pantalones negros y casaca violeta y tenía las manos y los antebrazos bañados en sangre fresca. A su espalda, sobre un altar sacrificial, yacía un hombre desmembrado.

—Evan —llamó aquel monstruo con forma humana—. Dime, ¿qué canciones cantan los muertos?

—Son cinco —contestó el niño sentado a su lado, con la voz de quien recita una lección aprendida de memoria pero que no se llega a comprender del todo—. La primera, la canción del olvido, la cantan los que se extinguen al morir y ven cómo su vida queda reducida a la nada. La segunda es la canción de la penitencia, la canción de los condenados a regresar convertidos en espíritus o en ecos hasta que purguen sus almas o cumplan los compromisos adquiridos en vida. La tercera, la muerte de los umbrales, la canción que juzga al muerto y que, según el veredicto, encauza su alma ya sea hacia los planos infernales, las tierras paradisiacas o las cavernas límbicas. La cuarta es la canción de la espiral, la que cantan los que al morir vuelven a la vida en un recién nacido de sexo siempre opuesto. La quinta es la canción del todo, cuando el espíritu del que muere se hace uno con la energía que vertebró el universo, unificándose así con la creación, pasando de ser actor a convertirse en escenario.

El profesor asintió, satisfecho. Sus rasgos eran tan marcados que parecían hechos a cuchilla. Se volvió hacia ella, era su turno. Aquel hombre, tras la clase práctica, no hacía otra cosa que formularles preguntas: y les hacía daño si no conocían la respuesta. La sangre caía de sus largas uñas al suelo en un goteo constante.

—Dime, Ariadna, ¿en el momento de tu muerte qué canción escucharás tú? —le preguntó.

La Ariadna del pasado conocía la respuesta, pero la Ariadna del presente se negó a oírla. Quería frenar aquella acometida de recuerdos, quería detenerlos antes de terminar loca. Se negaba a continuar por aquella senda, se negaba a permitir que la otra Ariadna, la asesina, la terrible, regresara; no se lo permitiría, no al menos sin lucha. Contra todo pronóstico, consiguió zafarse de las trampas que le había tendido su memoria. El recuerdo de aquella clase siniestra terminó de forma brusca, cortante, justo cuando la niña que fue comenzaba a responder a aquel profesor embadurnado de sangre. Ari se encontró de regreso en el portal de la calle desierta, con la noche de

Madrid cerniéndose sobre ella. La rodeaba, de nuevo, un denso y mareante olor a pescado pútrido. A lo lejos se escuchaban sirenas y en su imaginación resonaban como el aullido de una bestia herida, una criatura agonizante que buscaba un lugar donde morir.

Se limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas, después se forzó a contener el temblor de sus manos el tiempo suficiente para llamar a Marc. Le costó trabajo conseguirlo, casi tanto como explicarle dónde podía encontrarla.

\* \* \*

Marc tardó media hora en llegar. Durante ese tiempo, Ariadna se forzó a no pensar, a no ser nada, decidió poner su existencia bajo suspenso hasta que no le quedara más remedio que regresar a la vida. No quería recordar. Aquel muro que la separaba de su pasado se resquebrajaba cada vez más y lo que podía adivinarse entre sus grietas la llenaba de espanto.

Ni siquiera se dio cuenta de la llegada de su novio hasta que este se dirigió a ella:

—¿Ari? —preguntó, como si fuera incapaz de relacionar la imagen de la muchacha derrotada de aquel portal con la de la joven que había visto apenas unas horas antes.

La muchacha abrió los ojos a su llamada y al descubrirlo ahí, en el mismo lugar donde Evan se había despedido de ella, a punto estuvo de echarse a llorar otra vez. Se levantó como impulsada por el proverbial resorte y saltó a sus brazos. Por un instante tuvo un miedo atroz a que él también le diera la espalda y desapareciera; era un miedo sin sentido, lo sabía, pero estaba ahí, punzante y negro. Hundió el rostro en su pecho, se empapó de su olor, de su presencia, mientras le retorció la pechera de la cazadora con ambas manos. Marc la calmaba, la sosegaba, solo con sentir su tacto el mundo cobraba otra vez sentido. Alzó la mirada y vio que el muchacho estaba a punto de echarse a llorar. ¿Tan derrotada la veía? Lo besó en los labios, un beso corto. No se imaginaba a Evan llorando, no, Evan no era de los que lloran, Evan era de los que hacen llorar.

—Estoy aquí —le dijo Marc, un brazo alrededor de su cintura, el otro en torno a sus hombros—. Estoy aquí, Ariadna. Ya ha pasado todo. Ya ha pasado.

—No me llames Ariadna, por favor —le rogó ella—. Llámame Ari. Soy Ari, no Ariadna. —Alzó la vista para mirarlo—. Ariadna era perversa, Ariadna era un monstruo. Marc, he... hecho cosas terribles en el pasado. Cosas terribles.

Él la miró, asustado.

—¿De qué estás hablando? ¿De lo de ser una ladrona, dices?

—Era mucho más que eso. —Necesitaba que la comprendiera, aunque para ello tuviera que ser brutalmente sincera. Solo con él podía serlo. Marc la amaba, la amaba



de forma incondicional y total, del mismo modo en que lo hacía Evan, pero sin el peaje de oscuridad y horror. Tenía que saberlo—. Era una asesina. —Se forzó a mirarle a los ojos mientras se confesaba—. He matado gente, Marc. Y lo he estado haciendo desde que era una niña. Ya ves, soy una maldita psicópata precoz.

La reacción de Marc la tomó desprevenida. La abrazó más fuerte, sin vacilar un instante. La estrechó contra él antes de decirle al oído, en un susurro:

—Tú no has matado a nadie.

—¿No me has oído? —Ella se apartó, sin soltarse del todo de su abrazo—. No son imaginaciones, no es un delirio ni una alucinación. —Bajó la voz—. He matado, Marc. Lo he hecho. Tengo las manos manchadas de sangre. —Y se las mostró y, en efecto, estaban sucias de sangre, la del hombre que había sido incapaz de salvar.

—Te conozco, Ari —le dijo él tomando aquellas manos ensangrentadas entre las suyas—. Te conozco desde hace casi tres años, y sé que nunca le harías daño a nadie. No sé lo que hiciste antes de perder la memoria, no tengo ni idea de la vida que llevabas, pero lo que tengo claro es que esa chica no eres tú.

—Pero lo fui —murmuró ella. ¡¿Acaso no podía entenderlo?!—. Y puedo volver a serlo en cualquier momento. La siento en mi cabeza. —Acompañó su frase dándose golpecitos en la sien—. Siento que golpea mi cráneo desde dentro, como si quisiera hacerse con el control, como si quisiera recuperar la vida que le robé.

—Eso no va a pasar.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque esas cosas no funcionan así. Esa Ariadna no va a borrar los últimos años de tu existencia. Simplemente acabarás recordando los años que fuiste ella y, si es como dices, vas a pasarlo muy mal, porque tienes conciencia, porque valoras la vida. Porque, te lo repito, tú no eres esa Ariadna —le indicó—. ¿Quieres contarme lo que ha ocurrido esta noche?

—¿Lo que ha ocurrido? —Ari suspiró—. Que todo ha ido mal. Todo. Tenía que haberte hecho caso y no haberme metido en esta locura —admitió. Le hizo un resumen rápido, apresurado, del caos que acababa de vivir. Cuando le habló del hombre que había muerto en sus brazos, la voz se le quebró—. Yo... —Negó con la cabeza, el agotamiento la lastraba—. No me quedan fuerzas, lo siento —dijo—. ¿Puedes llevarme a casa, por favor? Quiero volver a casa.

El joven asintió, la tomó por la cintura y la guio fuera de la callejuela. La ciudad pronto volvió a abrirse ante ella, repleta de luz, con su tráfago de automóviles y gente, desconocidos todos, inmersos en sus quehaceres, de camino a restaurantes, bares, cines, teatros, o de regreso a sus casas, sumergidos en la corriente cotidiana de aquella ciudad viva y palpitante. Nadie sabía allí nada de ella. Desconocían la experiencia que acababa de vivir, no muy lejos. Y, por supuesto, desconocían que una vez, en unas escaleras de mármol blanco, había apuñalado a una anciana vestida de negro. ¿Cómo la mirarían de saberlo? ¿Se apartarían de ella? ¿Tratarían de detenerla?

Marc la acompañó a un bar y allí dejó que se adecentara en el cuarto de baño

mientras él montaba guardia al otro lado de la puerta, tal y como ella le había pedido. Ari se lavó la sangre de las manos y limpió todo lo que pudo el vestido. Descubrió que la prenda se había rasgado en varios puntos, pero no había nada que no pudiera zurcirse.

Cuando salieron, el muchacho se encargó de detener un taxi. Una vez dentro, ella reclinó la cabeza sobre su hombro y, para sorpresa de ambos, se quedó dormida al instante, inmersa en una plácida quietud, consciente siempre de la presencia de Marc a su lado. Había entrelazado la mano izquierda con su derecha y no la soltó en todo el viaje. Cuando este terminó, le costó trabajo volver en sí, se resistía a abandonar la tranquilidad del sueño para adentrarse en esa realidad que cada vez le resultaba más extraña. Salieron del coche cogidos todavía de la mano, de hecho le costó un gran esfuerzo decidirse a soltar la de él para permitirle pagar el trayecto. Mientras lo hacía, Ari contempló su casa y aquella visión familiar ayudó a tranquilizarla.

Marc la acompañó hasta la puerta. Ari le había dicho a sus padres que había salido a cenar con una amiga y no quería dar explicaciones de por qué había regresado con él, de hecho su intención era escabullirse para evitar que vieran el aspecto lamentable con el que regresaba. Podía inventarse algo, claro, fingir una caída o cualquier otro tipo de torpeza, pero no tenía intención de preocuparlos más tras lo ocurrido el día anterior. En esta ocasión descartó la escalada. Desde el porche se escuchaba el sonido del televisor en el salón y el de música rock a todo volumen del cuarto de Steve y decidió que sería sencillo entrar sin ser vista por la puerta principal o, a lo sumo, saludar desde el pasillo. Abrazó a Marc ante ella. Lo besó de nuevo, un beso largo y cálido.

—¿Estás mejor? —le preguntó él.

—Un poco, y lo estaré mucho más después de pegarme una ducha y quitarme todo el polvo y toda la mugre de encima. —Intentó sonreír y, para su sorpresa, lo consiguió—. Gracias por venir a rescatarme —dijo.

—Es lo que hacen los héroes, ¿no?

—Te quiero, imbécil —dijo entonces.

—Te quiero, idiota —contestó él.

\* \* \*

Evan estaba en una pequeña plazoleta, sentado en el centro del espacio habilitado para el divertimento de los *skaters*, una zona cóncava, repleta de ondulaciones y rampas. Se había puesto de nuevo la capucha y empuñaba, a la par, la daga y la espada robada, ambas cruzadas sobre su regazo. Mantenía los ojos cerrados pero, aun así, permanecía atento a todo lo que le rodeaba: el sonido del viento y el tráfico, el rumor ocasional de las voces, el lejano griterío de la dotación de bomberos que

intentaba sofocar el incendio que habían traído consigo las bombas. Y a pesar de su actitud de extrema vigilancia, no estaba por entero allí. También estaba en el baño de Ari, contemplándola a través del nexo de sus miradas mientras la joven se miraba en el espejo. Evan se estremeció al admirar su rostro. El tiempo que habían pasado separados la había embellecido, los rasgos que había llegado a conocer tan bien como los suyos se habían dulcificado con el paso de los años, se habían hecho nuevos. Sentía la necesidad, urgente y desoladora, de volver a aprenderse aquella cara de memoria, de pasar de nuevo los dedos por la curva de su mejilla, acariciar sus labios, hundir su rostro en su cuello para llenarse de su aroma...

—Arrasaría la ciudad por volver a besarte —murmuró y le asombró la clara emoción que mostraba su voz—. Destruiría el mundo por completo solo por la posibilidad de tenerte otra vez.

La barracuda no tardó en aparecer, venteando la noche de forma sonora, como si tuviera las fosas nasales repletas de lógamo. Evan abrió los ojos, despacio, sabedor de que Ariadna estaba al otro lado, contemplando a su vez. El monstruo gruñó desde lo alto de una de las rampas antes de dejarse ver. Estaba repleto de mellas y quemaduras, señales inequívocas de la dureza del combate contra los mercenarios. Evan se irguió de un salto y miró a su alrededor. Cabía la posibilidad de que hubieran seguido al monstruo hasta allí, pero no tardó en comprobar que la barracuda era la única presencia hostil en el lugar. No se engañaba: los mercenarios no estarían lejos, no podía permitirse el lujo de perder demasiado tiempo. Redobló la fuerza con la que empuñaba sus armas y se aprestó al combate.

El monstruo le mostró el caos de colmillos que rebosaba de su boca. Evan sonrió y le instó a atacar con una leve inclinación de cabeza. La barracuda no se hizo esperar, de un portentoso salto descendió al foso y cargó rugiendo. El suelo vibró bajo su trote, la noche se llenó con el eco de sus pisadas. Evan esperó hasta el último segundo y esquivó a la mole que se le venía encima con tal agilidad que más parecía bailar con su oponente que enfrentarse a él. La barracuda se frenó en seco e intentó darle alcance, pero el muchacho se limitó a apoyarse en su hombro y auparse sobre su espalda. Tras permanecer un instante inmóvil, en perfecta vertical sobre la barracuda, saltó al suelo justo cuando esta proyectaba ambos puños hacia el lugar que había ocupado. El monstruo se golpeó a sí mismo y refuló entre gruñidos y aspavientos. Evan quedó de nuevo fuera de su alcance, con las armas señalando al suelo. Se estaba exhibiendo para Ariadna. Quería que lo viera en acción. Quería mostrarle de lo que era capaz. En aquel momento poco le importaba que los mercenarios de Elías dieran con él. Ariadna era su única prioridad.

Lo hizo durar. Se deshizo en baile alrededor del monstruo, esquivando siempre en el último instante sus acometidas, respirando cada vez de modo más entrecortado hasta que comenzó a jadear y no solo por el esfuerzo, jadeaba de verdadero placer al sentir a Ariadna allí, junto a él, fusionada en su mirada, convertidos ambos en una única entidad.

—Mírame, Ariadna —dijo, aun a sabiendas de que no había modo de que escuchara sus palabras—. Mírame.

El sudor perlaba su frente, lo sintió recorrer su espalda en lento goteo. Sus músculos comenzaron a quejarse por el esfuerzo al que los había sometido esa noche. Consciente del cansancio se decidió a terminar de una vez por todas con aquel combate. Dio la espalda a la barracuda y cuando esta se abalanzaba de nuevo contra él, giró sobre sí mismo y, de un solo tajo, la decapitó. El cuerpo del monstruo se convirtió otra vez en humo negro del que, esta vez, comenzaron a brotar diminutos destellos de luz, una suerte de polvo de hada que giraba y danzaba, indeciso, como si no le quedara claro qué dirección tomar. Aquel torbellino de luz creció y creció y adoptó la forma de lo que había sido la barracuda; era una silueta fantasmal, apenas un espejismo. Evan respiró hondo y se preparó para lo que venía a continuación. La silueta luminosa se volvió difusa otra vez y, de pronto, todas las partículas que la formaban se vieron atraídas de forma irremisible hacia el muchacho, como si este se hubiera convertido en un agujero negro. Evan se estremeció cuando absorbió el espectro del monstruo que acababa de asesinar. Sus ojos centellearon con dos llamaradas gemelas de fuego blanco.

Envainó la espada, satisfecho, y se asomó de nuevo a la mirada de Ariadna. La joven seguía mirando el espejo. Su expresión era indefinible, una máscara fría. Habría preferido ver enfado, rabia o tristeza, pero lo único que mostraba aquel rostro era una indiferencia total y absoluta. Durante un largo minuto la joven permaneció inmóvil, mirándose a los ojos, adentrándose así en la mirada de él, viéndose a sí misma en el espejo empañado. De pronto, muy despacio, comenzó a escribir sobre el vaho que cubría el cristal. Eran cuatro simples palabras, pero a Evan se le antojaron cuatro cuchilladas directas a su corazón:

«Sal de mi vida».

\* \* \*

El agua cálida caía sobre Ari, la envolvía en un manto de comodidad y bienestar, aislándola del mundo, anclándola a un presente perfecto lejos de todo y todos, a salvo al fin de monstruos, locos y asesinos. Cerró los ojos y dejó que el agua la abrazara, del mismo modo en que había dejado que Marc lo hiciera a las puertas de su casa. La tensión de la noche iba quedando atrás, se desprendía de ella como una costra de suciedad adherida a su piel. Allí dentro volvió a ser Ari, allí dentro el pasado enloquecido que la rondaba se desintegró, dejó de importar, al menos de momento. Respiró hondo. El vapor trazaba figuras fantasmales en la mampara, el agua entonaba canciones concebidas para consolar, para adormecer. Perdió la noción del tiempo, pasaron siglos, eternidades de calma plácida. Por fin, renovada, cerró el grifo y salió

de la bañera envuelta en vapor. Se secó despacio, se puso su pijama de invierno favorito, de pantalón rosa y camiseta gris y, tras calzarse las zapatillas, salió fuera, con el cabello envuelto en una toalla.

Tras el calor de la ducha y a pesar de estar la calefacción en marcha, el pasillo, en comparación, parecía el Ártico. Bajó las escaleras, con una mano apoyada lánguida en la barandilla, casi acariciándola, y la intención de tomarse un vaso de cacao caliente con sus padres mientras se le terminaba de secar el pelo.

—Hola, pequeña. Cuánto tiempo. —La voz la dejó clavada en la escalera. La realidad se fragmentó, el mundo exterior quedó congelado al tiempo que su mente se disparaba perdida en un único pensamiento, un continuo «no, no, no, no» que a duras penas conseguía seguir el ritmo de la bomba acelerada en que se había convertido su corazón.

La mujer espectacular de los seis de Elías la aguardaba a los pies de la escalera, encañonándola con uno de sus revólveres. Las serpientes se habían abrazado al cañón del arma, formando un nudo pulsátil y vivo rebosante de ojos malignos y colmillos. Ari supo que poco importaba el lugar donde se alojara la bala, un solo roce bastaría para matarla al instante. El ojo negro del arma la contemplaba con la frialdad despiadada de la muerte inevitable.

—Ya pensaba que te habías ahogado en la bañera. —Su tono de voz no casaba con la situación, su tono de voz era el de una amiga que bromea, no el de alguien que te amenaza con una pistola—. Nos hemos puesto cómodos en tu salón, espero que no te importe. —Sonrió—. Tu familia es encantadora. Tienes que estar orgullosa de ellos. ¿Te unes a nosotros, por favor?

—Esto tiene que ser un error —dijo ella—. Yo no he...

—No te pongas en ridículo, ¿vale? No hagas la situación peor de lo que ya es. Esta noche te has metido en un buen lío, admítelo. Ahora toca ver si puedes salir de él sin que la cosa pase a mayores.

Se hizo a un lado mientras señalaba con el revólver hacia el pasillo y el salón. Y hacia allí fue ella. Las piernas se le antojaban partes ajenas de su cuerpo, prolongaciones fantasmagóricas de su ser que la arrastraban, sin que pudiera impedirlo, a la perdición. No, nada de aquello podía estar pasando. Era imposible. ¡No podía estar sucediendo en su casa!

El resto de los mercenarios se encontraba en la sala de estar. Solo faltaba el más joven, el del arma futurista. La presencia de aquellos extraños allí era un insulto a la razón y la lógica, una aberración. Tirada sobre el respaldo de un sofá estaba la marioneta Ariadna, tenía el rostro girado hacia la puerta y al verla, al verse, la inundó una sensación tremenda de desamparo.

Habían hecho sentarse a su padre y su hermano muy juntos en uno de los sofás, estaban tan tensos que en un primer momento fue incapaz de reconocerlos. Su madre estaba en su silla, muy cerca de estos. El árabe del grupo se situaba tras ella, con el mismo aire indiferente que había tenido durante la subasta; en la mano derecha

empuñaba una daga corta y la amenaza implícita en esa hoja desnuda no le pasó inadvertida. No encajaba. Aquello no encajaba. Una misma realidad no podía contener al mismo tiempo la bondad e infinita alegría de su madre y permitir la existencia del hombre tras ella, con su mirada gélida y la cabeza de cuervo colgando del cuello.

El gigantón asexual, con el enano retrepado a su hombro, se apoyaba en la pared, mientras la mujer enmascarada deambulaba de un lado para otro, de manera tan frenética y agitada que parecía a punto de desmembrarse. El único que estaba sentado, justo en el sillón favorito de su padre, era Elías. Cuando entró en el salón, la miró sonriente bajo el ala de su sombrero negro y la amabilidad y la hermosura de su rostro hicieron todavía más insultante su presencia allí. A sus pies tenía una vieja mochila gris, llena de remiendos. Algo se movía dentro, algo demasiado grande para aquella mochila, poniendo a prueba sus costuras. Aquello, fuera lo que fuera, susurraba. Aquello, fuera lo que fuera, quería escapar de su encierro.

—Hola, muchacha —le dijo Elías a la par que cabeceaba con elegancia en su dirección—. Te has hecho de rogar, pero tengo que reconocer que la espera ha merecido la pena. Hay pocas cosas tan hermosas como una jovencita recién duchada. —Y aquel halago implicaba tantas cosas que a punto estuvo de gritar.

«Si grito, me dispararán».

—¿Mamá? ¿Papá? —preguntó con voz estrangulada. Hizo ademán de acercarse a ellos, pero antes de poder dar un solo paso, dos armas la encañonaron: la de la mujer hermosa y la de la mujer sin pechos. Se detuvo en seco. «Si corro nos matarán a todos»—. ¿Estáis bien? —alcanzó a decir.

—Estamos bien, cariño —le aseguró su padre. Era evidente que intentaba mantener la compostura, pero la voz lo traicionaba, no era la de siempre, tenía un deje de histeria a punto de desatarse—. Quiero que te tranquilices, ¿de acuerdo? No va a pasar nada. Estos hombres solo quieren hablar contigo. Nada más. Hablarán contigo y después se marcharán. Lo han prometido.

«¿Pero qué harán entre una cosa y otra?», se preguntó Ari. Desesperada, intentó asomarse a la mirada de Evan; quería mostrarle lo que estaba sucediendo ahora mismo en su casa, que lo viera a través de ese par de ojos que compartían, pero no consiguió abrir ese canal. Había olvidado cómo hacerlo.

—¿De verdad creías que ibas a salirte con la tuya, zorra? —La mujer enmascarada se le acercó tan veloz que dio la impresión de ir a arrollarla. Frenó en seco a apenas unos centímetros de ella—. ¿De verdad creías poder burlarte de nosotros y quedar impune?

—Galerna, amor, guardemos las formas —intervino Elías—. Comportémonos como lo que somos: gente civilizada que intenta resolver sus problemas de forma civilizada. La muchacha ha cometido un error tremendo, démosle la oportunidad de enmendarlo. —Se giró hacia ella. Su sonrisa era tan hermosa como falsa—. Además, no es a ti a quien buscamos. Es tu amigo quien nos interesa. No podemos permitir

que nadie nos robe, es malo para nuestra reputación, ¿comprendes?

Estuvo tentada de continuar insistiendo en que ella nada tenía que ver con todo aquel asunto, pero eso, comprendió, solo empeoraría la situación. Lo sabían. Por supuesto que lo sabían. Se giró hacia sus padres:

—Lo siento, de verdad que lo siento. —Y al hablar se descubrió al borde del llanto—. Es culpa mía, todo esto es culpa mía.

—Ya les pedirás perdón después —le cortó Elías. Y a pesar de la brusca interrupción, escucharle pronunciar la palabra «después» le hizo albergar esperanzas. Se aferró con todas sus fuerzas a la posibilidad de que de verdad existiera un «después», un tiempo posterior en el que aquellos asesinos no estuvieran en su casa—. Es de nosotros de quien tienes que preocuparte, es a nosotros a quienes tienes que tener contentos —continuó el mercenario. El enano soltó una risilla al oír eso, una risilla sucia, perversa—. Dinos, pequeña ¿quién es tu amigo y dónde podemos encontrarlo?

—Se llama Evan —respondió en el acto. No pensaba mentir con la vida de su familia en juego. Daba igual lo que hubiera representado ese muchacho en su pasado, ahora mismo su prioridad era la gente de su presente, la gente a quien de verdad amaba—. Hace unas semanas robó un colgante que, por lo visto, venía con guardián vinculado: una barracuda. La misma que atacó la subasta. Para matarla necesitaba vuestra espada. Por eso la robó. Yo no tuve nada que ver. Solo me pidió que lo acompañara. Solo eso. Ni siquiera sabía que pensaba echaros encima a esa cosa...

—Se salió con la suya el tal Evan. Un chico listo —susurró la belleza morena. Se le había acercado hasta casi establecer contacto físico—. ¿Mató al monstruo?

—Lo hizo, sí. —Aquella mujer continuaba mirándola como si fuera un bocado delicioso que se moría por probar. Apretó los dientes antes de volver a hablar—. Le cortó la cabeza. —Y casi parecía jactarse de ello, como si las excelencias en combate de su cómplice pudieran servir para disuadir de sus intenciones a su captores.

—Detente, por favor —le pidió Elías, la mirada fija en ella, sin rastro de amabilidad ni dulzura en esta ocasión, fuera ya toda máscara. El ocupante de la mochila a sus pies se retorció cada vez más. Su insensato murmullo iba también en aumento—. Nada de lo que acabas de contarme me interesa en lo más mínimo. El motivo del robo me trae sin cuidado. Lo único que me interesa es encontrar a tu amigo y recuperar todo lo que se ha llevado.

—¿Todo?

—Eso es. —Elías hizo una mueca—. Todo. Al parecer decidió que no solo necesitaba la espada y aprovechó el alboroto para llevarse también el ánfora de Nocta y la brújula de la Umbría. Un gran golpe.

—No... —Tragó saliva—. A mí me dijo que solo le interesaba la espada. —¿La Umbría? ¿Qué significaba eso y por qué le sonaba tan familiar?

—El desconocimiento no te hace menos cómplice. Dejémonos de zarandajas y permíteme ser claro: ¿Sabes dónde podemos encontrar al tal Evan?

Negó con la cabeza, aturdida. Aquella palabra, «Umbría», seguía martilleándole en la cabeza.

—¿Y tienes algún modo de ponerte en contacto con él? ¿Un número de móvil? ¿Una dirección de internet, quizá? No soy dado al juego cansino de los rehenes, pero no me importaría hacer una excepción esta vez. Tu amigo se ha convertido en un quebradero de cabeza, lo admito.

—No. Le he dicho que me dejara en paz, que no quería volver a verlo. Tienen que creerme, por favor. No sabía lo que planeaba hacer en la subasta. De haberlo sabido no le habría ayudado.

Elías asintió.

—Qué lástima —murmuró, taciturno, sombrío—. Veamos ¿qué opciones nos deja todo esto? ¿Qué senda de acción tomamos ahora? O, lo que es lo mismo: ¿qué hacemos con vosotros, familia feliz?

Esa pregunta aterrorizó a Ari, esa pregunta acababa de poner en suspenso la posibilidad de un «después». Olvidó toda precaución y leyó entre líneas en el líder de los mercenarios. Hasta ese momento lo había evitado, consciente de la advertencia de Evan sobre lo fácil que era para algunos percatarse de que alguien leía en ellos. Había dejado de importarle que ese fuera el caso de Elías. El mercenario se había sumido en un silencio meditabundo, como si de verdad anduviera cavilando qué hacer con ellos. Pero no era cierto. Ari leyó en él lo que en el fondo ya sabía: estaban perdidos, aquel hombre no tenía la menor intención de dejarlos con vida. No la había tenido nunca. Había ido allí a averiguar todo lo que pudiera sobre el robo, sí. Pero también a matarla. A ella y a todo aquel que se encontrara en la casa. Por primera vez fue consciente del hedor a animal salvaje que imperaba en la sala. Eran los mercenarios. Y supo que aquella gente no era humana, eran fieras vestidas de hombres, depredadores del mundo oculto que habían venido a darse un festín con ellos.

Estaban perdidos. Iban a morir allí esa noche.

—¿Cómo sabemos que nos está diciendo la verdad, Elías? —preguntó la mujer enmascarada, rompiendo el tenso silencio. Ariadna casi saltó al oírla hablar—. ¿Cómo podemos saber que no nos está mintiendo? Podría estar protegiendo a su amiguito.

El mercenario asintió, como si aquella cuestión hubiera sido la pieza fundamental de sus pensamientos.

—Haremos lo que hacemos siempre cuando queremos averiguar algo —contestó con desgana—. Apelaremos a sus sentimientos más humanos, hablaremos con su corazón. —Acto seguido desenfundó el revólver y disparó a la madre de Ariadna.

No hubo sonido alguno, ni el menor estampido. Y eso lo hizo todavía más horrible, más ficticio. Ari abrió la boca, pero no llegó a gritar, espantada. Ángela, con los ojos muy abiertos, miraba hacia delante, inclinada en la silla. La bala había destrozado su rodilla derecha y la sangre brotaba rápida por su pierna insensible.

—¡No! —gritó Steve, el primero en reaccionar, y, al instante, el revólver que



acababa de disparar lo encañonó—. ¡No! ¡No! ¡No! —Hizo ademán de arrojarse sobre el hombre armado pero su padre lo sujetó contra el sofá. El niño comenzó a insultarlos en alemán. El enano se echó a reír. Y su risa era enorme.

—Tu madre se está desangrando, muchachita —le informó Elías, aún revólver en mano. Contemplaba el fluir de la sangre como si fuera el espectáculo más aburrido que había presenciado en la vida—. Por el ritmo en que lo hace no tardará en morir. —Giró la cabeza, muy despacio, para volver a mirarla—. Quiero estar convencido de que no sabes dónde encontrar a ese tal Evan antes de dar el siguiente paso —«Matarnos a todos», pensó ella—. Así que te lo pregunto por última vez: ¿Sabes dónde está tu amigo o al menos conoces la forma de ponerte en contacto con él?

—No les hagáis daño —suplicó ella. No importaba su respuesta, los iban a matar igual. Hasta sabía que suplicar era en vano—. Haced conmigo lo que queráis, pero a ellos dejadlos en paz, por favor. No tienen nada que ver con esto. ¡No tienen nada que ver con esto!

—Su bienestar está en tu mano, cielo. —Era la mujer sensual quien hablaba ahora—. Eres tú la que decide cómo termina esta historia —mintió—. Responde a Elías. Dile la verdad y te prometo que nos iremos sin hacer daño a nadie.

—¡No sé nada! —exclamó y se revolvió con brusquedad. Le costaba trabajo pensar—. ¡No sé nada de ese Evan que os pueda servir de ayuda! ¡Nada! ¡No hagáis daño a mi familia! —Algo enterrado en su mente se removió. Una grieta se abrió en ese muro que la separaba de su pasado. La Ariadna del ayer parecía querer asomarse y entrar en escena.

Y a ella le habría encantado permitirselo, pero no sabía cómo cederle el paso.

—Es tan divertido verlos suplicar —dijo el enano—. ¿No te parece, Estrago? —preguntó mientras palmeaba el hombro del gigante que lo sostenía. Este, como respuesta, soltó una carcajada lenta. No tenía lengua.

—Por favor... —suplicó de nuevo Ari, con la vista fija en su madre—. Creedme, por favor. No sé dónde está Evan. Os lo diría si lo supiera. ¡Pero no lo sé! ¡No sé dónde está y no sé cómo dar con él!

Elías hizo un gesto con la mano desarmada, casi pareció una bendición.

—Te creo —dijo—. Te creo, muchacha.

—Y aún así nos vais a matar.

El mercenario asintió.

Steve chilló, se revolvió en el asiento mientras su padre, desesperado, lo aferraba con ambos brazos. Ariadna creyó escuchar a su madre llorar, pero al mirarla se dio cuenta de que no era así. Era ella quien lloraba. Era ella la que se deshacía en lágrimas de rabia. No había escapatoria. Y era culpa suya. Había matado a su familia del mismo modo en que había matado a la mujer en la escalera.

—De verdad que lo siento, niña —dijo Elías. Por su tono de voz pareció apesadumbrado de verdad. Pero volvió a leer en él y supo que sus vidas no le importaban en lo más mínimo. Solo estaba jugando con ellos. La fiera se divertía con

su presa antes de soltar el zarpazo final—. Ojalá tuviéramos una alternativa. Ojalá pudiéramos marcharnos de aquí como si no hubiera sucedido nada, con las manos limpias y el alma intacta. —Suspiró—. Pero es tarde para eso y tenemos una reputación que mantener. No nos queda más remedio que hacer llegar un mensaje a todo aquel que crea que puede venir a jodernos. —Negó con la cabeza—. No es justo, lo sé. No es nada justo. Te has visto metida en un asunto que te supera, te has puesto a jugar a juegos cuyas reglas no comprendes y la partida, al final, te ha devorado.

—No tenéis por qué hacer esto —intervino su madre. Estaba perdiendo color a ojos vista. Su carne comenzaba a ganar apariencia de pergamino, de sudario—. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene matarnos?

—¿Sentido? —Elías pareció reflexionar sobre ello—. Hay un mundo muy duro ahí fuera, un mundo sin piedad al que hasta nosotros estamos sometidos. Y si flaqueamos un instante, si por un segundo mostramos la menor señal de debilidad, los lobos se nos echarán encima. Sobrevivir a todo y a todos es la esencia que nos da vida, la filosofía que nos empuja. Y para sobrevivir, muchas veces, no nos queda más remedio que ser crueles. No nos veáis como vuestros verdugos, pensad en nosotros más como un accidente, algo que os ha ocurrido por una serie de infortunadas coincidencias.

—Vais a matarnos porque sois unos cobardes —replicó su madre—. Unos cobardes que van a matar a una mujer en silla de ruedas, a su marido indefenso y a dos niños.

—De verdad que me gustaría seguir discutiendo esto, señora, pero, para serle sincero, se nos termina el tiempo. Hay un cabrón al que tenemos que encontrar.

—No, por favor, no... —Ari se encontró suplicando de nuevo. Temblaba. Y lloraba tanto que las lágrimas la abrasaban. ¿Cómo detener eso? ¿Cómo frenar lo inevitable? No había modo, no había forma posible—. ¡No! —gritó ella y en esa negativa puso toda la impotencia y toda la rabia que la desarmaban, tanta que se hizo daño al gritar, como si aquella única palabra llegara a su boca recubierta de cristales y cuchillas.

Elías amartilló el arma. Ni siquiera hizo ademán de levantarse, ni siquiera iba a dignarse a matarlos de pie. El árabe alzó la daga.

Y en ese preciso instante, su padre gritó:

—¡Edgar! ¡Edgar Müller!

—¿Disculpa? —El líder mercenario sacudió la cabeza de un lado a otro, tan sorprendido como todos por el repentino exabrupto del hombre—. ¿Me estoy perdiendo algo? —Bajó el arma y Ari estuvo a punto de echarse a llorar de puro alivio—. ¿Eso es un insulto? ¿Un truco de magia? Como últimas palabras resultan un tanto ridículas. Las he escuchado bastante mejores.

—Es un nombre. Es un nombre —dijo su padre, a la desesperada. Ari nunca le había escuchado hablar tan rápido—. Edgar Müller, el negro, Edgar Müller el mago de la lanza... ¿Sabéis de quién estoy hablando? ¡Tenéis que conocerlo! —Los

mercenarios lo observaban perplejos. Elías cruzó una mirada con sus hombres y negó con la cabeza. No, no lo conocían—. Se encargó de acelerar la adopción de Ariadna. Edgar Müller me aseguró que nunca la encontrarían. Dijo que con nosotros estaba a salvo, que no había modo alguno de que dieran con ella. ¡Es un hechicero muy poderoso!

—¿Papá? —Ariadna lo miró llorando, sin comprender ya nada.

Elías asintió.

—Vale, ya entiendo lo que intentas decir: la niña es alguien importante. —Se echó hacia atrás en el asiento, y entrelazó las manos, alzadas a medio rostro, con la pistola entre ambas. Lo observó con interés—. Alguien está buscándola, ¿no es eso? Y la niña ha estado oculta en esta casa, a buen recaudo. Interesante. Deduzco que me ofreces esta información como medida desesperada de ganar tiempo. Quizá creas que, a la vista de este nuevo dato, decidiré aplazar vuestra muerte hasta que averigüe más o que, al menos, no os mataré a todos. Quién sabe, quizá mientras me decido alguien acuda a rescataros como ocurre en tantas y tantas películas estúpidas.

Pero para serte sincero, me da igual. No me importa quién sea esta chavala. No es de mi incumbencia.

Alzó otra vez el arma.

Y todo se puso de nuevo en marcha. Y Ariadna comprendió que en la vida real no había héroes que irrumpieran en el último instante. No había salvación de último minuto. No había milagros. Solo desesperación, llanto y horror.

—Matémoslos ya —dijo, impaciente, la mujer de la máscara negra—. Me estoy aburriendo.

Y lo hicieron. El árabe, de un solo tajo, cercenó el cuello de su madre, de izquierda a derecha, con un movimiento rápido, mortal, que provocó un estallido de sangre. La enmascarada acribilló a su padre y a su hermano en el sofá, de dos rápidas ráfagas, silenciosas como la bala que había destrozado la rodilla de Ángela. Los cuerpos se sacudieron bajo los disparos, inmersos en un baile frenético y macabro hasta que quedaron inmóviles, yertos sobre el sofá destrozado como un par de muñecos rotos.

Ariadna fue la última en morir. De un único disparo. Entre los ojos.

SEGUNDA  
PARTE

## ARIADNA EN EL INFIERNO

El conde Sagrada aguardaba su respuesta. Su mirada gélida, de un azul desvaído que casi rozaba el blanco, pendía sobre ella, expectante y severa. La niña respiró hondo y meditó la respuesta. Sabía muy bien qué ocurriría de equivocarse.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿en el momento de tu muerte qué canción escucharás? —insistió el hombre. Por su tono, Ari comprendió que la paciencia se le agotaba—. ¿La canción del olvido, tal vez? ¿O quizá la de la penitencia? Piensa, pequeña, ¿has adquirido compromisos en tu vida que atarán a tu espíritu a esta Tierra una vez fallezcas? ¿O será la muerte de los umbrales la que acuda a juzgarte? Responde, ¿qué canción escucharás en la hora de tu muerte?

Los antebrazos del conde destellaban, húmedos de sangre fresca. Hacía solo unos minutos que aquella misma sangre corría por las venas del hombre desmembrado en el altar del sacrificio. La noche olía a muerte y a carnaza, la noche todavía atesoraba en su seno los ecos de los alaridos de la víctima. «No te distraigas, no te distraigas», se dijo la muchacha, «sé fuerte, sé lista, sé cruel». El profesor aguardaba y, aunque no se había movido ni un solo paso, daba la impresión de estar mucho más cerca de ella. Todo en él parecía concebido para causar pavor, desde la arquitectura angulosa de su cuerpo hasta el aura de demencia insana que lo rodeaba. Su mirada estaba cargada de desolación, de un odio más allá de la vida; su postura era la del arácnido que observa cómo un insecto se debate en su tela, la de la fiera que se dispone a saltar sobre su presa. El conde Sagrada era, sin duda, uno de los seres más aterradores que habían hollado la faz de la Tierra. Y Ariadna lo adoraba con un fervor rayano al misticismo, como quien adora a un dios.

Tomó aliento. Tenía que contestar ya. Y la respuesta que su profesor buscaba no estaba en los libros, la respuesta a su pregunta no podría encontrarla en ninguno de los múltiples volúmenes que custodiaba el barón Carmesí en la biblioteca de la casa sin ventanas.

—No habrá canción para mí —contestó y, de forma inconsciente, buscó la mano de Evan con la suya—. No habrá canción para ninguno de nosotros. Ni para Evan ni para mí.

—¿Por qué? —preguntó el conde quien, de nuevo, sin moverse, parecía haberse alejado de ella.

—Porque esas canciones son para los vivos y nosotros no lo estamos —dijo la niña y una extraña tristeza plomiza se le instaló en el pecho, una sombra densa—.

Morimos antes de nacer.

\* \* \*

La oscuridad sabía a tierra.

La oscuridad sabía a polvo, a sangre y rabia. Abrió los ojos y no vio nada más que distintas sombras fusionadas, distintos tonos del negro amalgamados entre sí. La oscuridad era sólida, la oscuridad la devoraba, la aplastaba con su peso. Braceó en las tinieblas. Grandes terrones se desplazaron con su movimiento, olas de negrura pesada que intentaba sacar de su camino hacia la luz, hacia el aire y la vida. Su mano se encontró de pronto con algo nuevo. Tardó un instante en identificarlo: era una mano, otra mano perdida en la oscuridad. Estaba fría, rígida, por ella ya no circulaba ni la sangre ni la vida. Sin poder evitarlo su propia mano recorrió el brazo del cadáver que yacía a su lado.

¿Quién era? ¿Quién compartía tumba con ella? Tras largos minutos de bregar contra la tierra y el horror, encontró un rostro, una cara acartonada, sin rastro de vello facial. Sus dedos se tocaron con unos labios cuarteados y, poco después, dieron con la herida brutal que le había seccionado la garganta. Era Ángela, su madre adoptiva, la titiritera, la mujer mágica que arreglaba muñecos rotos y los hacía bailar. Elías y los suyos le habían borrado la sonrisa de la cara y, a cambio, le habían abierto una nueva en el cuello. Ariadna intentó gritar pero apenas llegaba aire a sus pulmones y su grito no fue más que un silbido desabrido, el gemido de un alma en pena. El peso del mundo la lastraba hacia el más profundo de los infiernos, hacia la más inmisericorde de las locuras: la habían enterrado viva, la habían enterrado viva con su familia muerta.

¿Y quién podría conservar la cordura en semejantes circunstancias?

Se apartó del cadáver de Ángela. En aquel infierno no había arriba ni abajo, apenas había aire para mantenerse consciente. Su cuerpo la conminaba a escapar, a encontrar una vía de escape; su mente, en cambio, la instaba a rendirse, a dejar de luchar. ¿De verdad quería seguir viviendo? ¿Qué sinsentido era ese? ¿Cuánto dolor puede soportar una vida? ¿Cuánta desesperación es capaz de consentir la existencia humana? Perdió la consciencia, pero la recuperó de inmediato.

Boqueó en la oscuridad. Aire, luz, pedía su cuerpo; muerte, olvido, le rogaba su mente. Sus brazos volvieron a escarbar en la tierra que la aprisionaba, sus piernas patearon, buscando zonas de apoyo de las que servirse. Comenzó a desplazarse. Pero, ¿hacia dónde iba? ¿Hacia la superficie o hacia lo profundo? La vida la esperaba arriba, la muerte abajo. O quizá no. Quizá, de seguir ese camino, continuara hundiéndose en el subsuelo por toda la eternidad, condenada a siglos y siglos de descenso hacia los infiernos, rodeada de los cuerpos muertos y pútridos de todos los

que la habían precedido en la historia del hombre. Toda la humanidad muerta y enterrada allí abajo, sus cuerpos apilados, ya sin rastro de carne en sus huesos, mera materia inerte que una vez cedió al espejismo de soñar, amar y desear. En su huida convulsa, Ariadna se topó con otro cadáver, pero esta vez no se detuvo a averiguar su identidad. Se alejó del cuerpo, más allá del espanto, y continuó bregando con la tierra removida.

Su mano derecha, de pronto, no encontró resistencia, se agitó en el aire, en el vacío. Una extraña sensación de rápida y fría humedad recorrió sus dedos y su palma. Llovía, estaba lloviendo ahí fuera, comprendió, y la promesa de aquella lluvia sobre su cuerpo hizo que redoblara su empuje. Se dio un nuevo impulso, se catapultó hacia arriba. Su cabeza emergió entre la tierra y la lluvia la bendijo con su toque un segundo antes de que un trueno anunciara su regreso al mundo de los vivos.

Ariadna gruñía, lloraba, maldecía, escupía barro y gusanos a medio masticar. Hizo palanca con los brazos para sacar el tronco y las piernas de aquella tumba. Se apartó la tierra a golpes, dando gritos, para después erguirse en la tormenta. Las piernas no le flaquearon, eran columnas que sustentaban su cuerpo, vigas que apuntalaban todo su odio, toda su rabia. Alzó la vista hacia el cielo negro y allí, de pie sobre su familia muerta, al fin con aire en sus pulmones, gritó a la noche, al universo, a la creación entera. Gritó hasta hacerse daño, gritó hasta que el grito se convirtió en cuchillas y agonía. Gritó porque habían matado a su familia y porque acababan de arrebatárle el consuelo de estar muerta. Gritó hasta quedarse sin voz, sin aire.

Entonces cayó al suelo, fulminada. La lluvia se precipitaba sobre ella, helada, violenta e inmisericorde, y Ariadna se abrazó a ese frío total, a esa tempestad enloquecida que ocultaba de su vista al mundo. ¿Existiría luz más allá de esas tinieblas? ¿Más allá de la tormenta habría gente viviendo sus vidas, ajena a su tragedia, ajena al hecho de que acababa de escapar de la tumba donde yacía su familia asesinada? Recordó el rápido movimiento de cuchillo con el que el mercenario había degollado a su madre y, acto seguido, se vio a sí misma asestando una puñalada mortal a la anciana de la escalinata blanca. Vio a Edmund, convulsionándose con cada bala que lo alcanzaba, pero en su imaginación no era el mercenario quien descargaba su arma sobre él: era ella, armada con un revólver que parecía tallado en hueso, quien asesinaba a tiros a su padre adoptivo. Vio doblarse a su hermano, alcanzado por dos disparos que, a pesar de haber sido silenciosos, resonaron en su mente con tal estruendo que se impusieron a la tormenta que sacudía los cimientos del mundo.

Muertos. Toda su familia asesinada Y ella viva, insultantemente viva. Abrió los ojos, la vista fija en el vacío mientras revivía el instante en que Elías la había encañonado con su revólver. La boca negra del arma señalándola, una «o» perfecta a una décima de segundo de escupir la carga de muerte que atesoraba en el vientre. No había sentido dolor. Solo una llamarada de un blanco incandescente que de pronto se

volvió negro. ¿La habían dado por muerta sin estarlo? No tenía sentido. Había sido un disparo a bocajarro, directo a la cabeza. Un disparo mortal, imposible de fallar. Se palpó el rostro, todavía con los ojos muy abiertos, sin pestañear ni una sola vez, se hurgó en el pelo, se tocó el pecho, la espalda, los brazos, pero, más allá de los pegotes de tierra adheridos a su piel, no encontró la menor herida en su cuerpo.

—¿Qué soy? —preguntó con la voz destrozada por el largo grito.

El muro que la había separado de su pasado estaba plagado de grietas, brechas que en su mente tomaban la forma de los relámpagos que en aquellos momentos parecían pugnar por hacer añicos el cielo. Los recuerdos olvidados se abrían paso en su memoria, con la Ariadna asesina a cuestas, pero eran recuerdos fragmentarios, meras imágenes imprecisas que en nada la ayudaban, retales de otro tiempo que no servían para que las nieblas se aclararan.

Pero había un hecho incuestionable, algo más allá de toda duda, a lo que tenía que enfrentarse: Elías la había matado, como habían matado a toda su familia. Y había vuelto a la vida, sin daño aparente, restablecida por completo. Era algo tan simple como imposible: había resucitado. ¿Existía magia capaz de lograr aquello? Apretó los dientes. O quizá había otra explicación:

—Estoy en el Infierno —se dijo—. He muerto y estoy en el Infierno.

Pero poco le duró ese consuelo, el tiempo que tardó en distinguir las luces de los faros de un coche en la distancia.

Lo vio pasar de largo, muy cerca de donde ella se encontraba, una sombra movediza en el aguacero.

El mundo seguía ahí fuera a fin de cuentas, el mundo seguía con su marcha, ajeno a su familia muerta, ajeno a ella. Cerró los ojos. Tenía que ir al encuentro de ese mundo, ese era el camino a seguir. O podía quedarse allí, aovillada bajo la lluvia, a la espera de que la muerte se dignara a venir por ella.

Solo que eso no pasaría. Estaba condenada, y solo ahora comenzaba a comprender, a recordar, cuál era el verdadero alcance de esa condena.

—No habrá canción para mí —susurró, tendida en la tierra—. No habrá canción para ninguno de nosotros. Ni para Evan ni para mí. —Recordaba aquel día en el patio de la casa sin ventanas, recordaba los alaridos del hombre que el conde Sagrada acababa de matar para ellos—. Porque esas canciones son para los vivos y nosotros no lo estamos —dijo, y en su rostro, en aquel instante, había tantas lágrimas como lluvia—. Morimos antes de nacer.

\* \* \*

Ramiro Cabañas no fue capaz de esquivarla.

La muchacha apareció de pronto en mitad de la carretera, de forma tan repentina



que fue como si la propia tormenta la hubiera escupido allí. Ramiro dio un brusco volantazo en un intento por no atropellarla, pero, a pesar de no ir demasiado rápido, las ruedas patinaron sobre el asfalto mojado y un lateral del coche impactó de lleno contra la joven. El sonido del golpe, metálico y blando, le estremeció. Tras unos segundos de pugna con el volante consiguió dominar el vehículo.

Miró por el retrovisor. La muchacha yacía inmóvil sobre la carretera, tumbada de costado, con un brazo extendido hacia él, como si suplicara ayuda.

—Ay, Dios —musitó Ramiro. Había estado tentado de parar en el área de descanso que había dejado atrás solo dos kilómetros antes, pero estaba ya tan cerca de Madrid que decidió desafiar a la tormenta para llegar a casa cuanto antes. Ahora se arrepentía de haberlo hecho—. Ay, Dios —repitió.

Aparcó el coche en el arcén, a unos metros de distancia de la joven tendida; los limpiaparabrisas hacían lo posible por mantener a raya la intensa lluvia y facilitarle la visión, pero aun así la chica no era más que un borrón sombrío a la luz de los faros. Ramiro intentó sosegar y recordar las normas básicas a seguir en caso de accidente, esas con las que machacaban de cuando en cuando las campañas de seguridad vial, pero en lo único en que podía pensar era en que el coche que conducía no era suyo.

—Me va a matar —murmuró—. Mi padre me va a matar.

Por un instante, tuvo la tentación de darse a la fuga, pero por muy imprudente y cabeza loca que fuera, y admitía serlo mucho, la idea de abandonar a su suerte a aquella desdichada lo repugnó: ¿cómo se miraría al espejo después de eso? Abrió la portezuela, tomó aliento como si fuera a sumergirse en aguas revueltas, y corrió a toda velocidad hacia la muchacha. La lluvia lo empapó al momento, doblando el peso de sus ropas y congelándole hasta el alma. Se acuclilló junto a la herida. Le castañeteaban los dientes y no por el frío.

—¿De dónde has salido tú?! —le recriminó a la muchacha y se sintió estúpido al hacerlo. Ella no dio muestras de oírlo—. ¿Me oyes?! —Sabía que era una imprudencia moverla, pero aun así le costaba resistirse al impulso de zarandearla hasta conseguir respuesta. Intentó serenarse—: ¿Puedes oírme? —preguntó, inclinado hacia ella, en un tono mucho más tranquilo.

Examinó a la joven. Al menos a simple vista no vio nada que indicara que estuviera herida, parecía entera aunque era complicado precisarlo al estar tan cubierta de barro y mugre. Lo único que llevaba encima eran los restos desgarrados de lo que en otro tiempo bien pudo ser un pijama. Y ya vestía así cuando la había embestido, recordó; eso al menos no era consecuencia del atropello. Pero ¿qué estaba haciendo aquella chica a esa hora de la noche en mitad de la nada? Tal vez, se dijo, había sufrido un accidente en otro punto de la carretera y había tenido la mala suerte de ir a atropellarla mientras vagaba aturdida. Cosas así pasaban con frecuencia, lo sabía, las noticias estaban repletas de sucesos semejantes. Miró alrededor, en busca de restos de aquel accidente hipotético, pero la lluvia era tan espesa que costaba ver más allá de unos pocos metros.

Volvió a centrarse en la herida. No parecía respirar; aquella inmovilidad daba la impresión de ser terminal, aquella inmovilidad parecía descartar de raíz cualquier movimiento futuro. No pudo evitar recordar a su abuelo Matías. Había muerto de forma repentina unos meses atrás y el funeral se celebró de cuerpo presente, para que la familia tuviera la oportunidad de despedirse de él. Ramiro, venciendo su aprensión, se había acercado hasta el ataúd a darle el último adiós. La rigidez del cadáver, su inmovilidad inapelable, fue lo que más le impactó. Más que un cuerpo parecía un cascarón vacío, una réplica pobre y desangelada de lo que aquel hombre había sido en vida. Y la misma impresión le causó aquella muchacha.

—No estés muerta —le rogó, con un nudo creciente en la garganta—. Por Dios, no estés muerta. Como te haya matado, mi padre me mata.

Intentó tomarle el pulso. Tanteó su muñeca con torpeza, en busca del latido que delatara que todavía quedaba vida en aquel cuerpo. Pero no encontró nada. La desesperación comenzó a hacer mella en él; una ola negra, catastrófica, que venía a decirle que su vida terminaba ahí, que a partir de ahora nada sería lo mismo.

—¿Por qué no paré en esa estación de servicio? —se dijo.

Justo cuando comenzaba a pensar que no sería tan mala idea montarse en el coche e irse, se dio cuenta de que los labios de la joven se movían. Lo hacían despacio, muy despacio, en un aleteo casi imperceptible. Murmuraba algo, tan bajo que era imposible escucharla. Dijera lo que dijera, aquella señal de vida le hizo suspirar aliviado. Casi se echó a llorar.

—No te preocupes —pidió a la joven—. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? Voy a llamar a una ambulancia. Estarás bien en nada, ya lo verás. —Palmeó en el bolsillo de su pantalón y se dio cuenta de que no llevaba el móvil encima. Estaba sobre la guantera del coche, justo donde lo había dejado tras llamar a su padre para anunciarle que ya estaba de regreso.

Se incorporaba para ir en búsqueda del teléfono cuando un sonido del todo inesperado le hizo detenerse. ¡Estaba cantando! ¡La muchacha estaba cantando! Su murmullo inaudible había aumentado hasta convertirse en una canción. Se acuclilló junto a ella, asombrado. Era un cántico extraño, en un idioma del todo desconocido. La melodía era hipnótica, y le traía recuerdos de aventuras vividas en sueños y de pesadillas olvidadas al despertar. Entrecerró los ojos, ¿no envolvía ahora a la joven una capa de luz plateada? No, tenía que ser una ilusión óptica fruto de la tormenta, producida quizá por el reflejo de los faros del coche al incidir en la lluvia. De pronto, la joven dio media vuelta en el suelo y se sentó en el asfalto, muy erguida y con una expresión de absoluto pasmo en la cara. Ramiro se sobresaltó tanto al verla moverse tan deprisa que a punto estuvo de caerse al suelo.

—¿Hola? —dijo.

Solo entonces la joven pareció reparar en su presencia. Se quedó mirándolo largo rato, parpadeando despacio, con todo el aspecto de alguien que acaba de despertar y es incapaz de distinguir el sueño de la realidad.

—¿Qué es esa peste? —preguntó de pronto. Tenía la voz desgarrada, ronca—. Huele a rayos. A peces muertos, a agua estancada. ¿De dónde viene? ¿Eres tú?

—No huele a nada, chica —contestó él, de forma atropellada—. Mira, has sufrido un accidente y puede que tengas una conmoción o algo por el estilo. Lo mejor será que no te muevas mucho, ¿vale? Voy a pedir ayuda. Tengo el móvil en el coche.

—¿Un accidente? —preguntó la muchacha. La intensidad de su mirada se multiplicó. Y quizá fuera una nueva ilusión óptica, pero bajo aquella luz su ojo izquierdo parecía negro por completo, sin rastro de blanco, iris ni pupila—. Oh. Ya lo veo. Tenías prisa por llegar a casa y perdiste el control. Tu padre se enfadará mucho si le pasa algo al coche, ¿verdad? No quería dejártelo, no con este tiempo. Pero necesitabas verla. La quieres tanto que no te importa pagar para estar con ella.

—¡¿Qué?! —Ramiro retrocedió un paso, atónito. ¡¿Cómo podía saber eso aquella muchacha?! ¡Era imposible!

No había nadie que supiera la verdad sobre Susana. Sus padres creían que era una «amiga especial» que vivía fuera de la ciudad, en un pueblo cercano a Madrid. A sus amigos les había dicho que la había conocido a través de internet, pero eso también era mentira. Susana era una puta de motel de carretera, una serbia de ojos azules a la que visitaba cuando lograba reunir el dinero suficiente para pagar por sus servicios. Pero, lo más importante, Susana era la mujer de la que estaba enamorado de manera desesperada.

—Mi padre está muerto, ¿sabes? —continuó la muchacha, ajena a su perplejidad. Había apartado la vista de él para mirar más allá de la noche y la tormenta—. Y mi madre. Y mi hermano —prosiguió—. Los mataron a todos. Los mataron por mi culpa. A mí también —le explicó, apesadumbrada—. Me volaron la cabeza de un disparo, pero ahora estoy mejor. Por lo visto me ha vuelto a crecer. Aunque no me funciona como debería. Tengo la impresión de que me he vuelto loca.

¿Y qué podía decir él ante semejante discurso? Se limitó a permanecer allí, bajo la lluvia, escuchando cómo deliraba, preso a su vez de su propio delirio, de aquella extraña sensación de dislocación irreal que lo embargaba todo y que le hacía sentirse a caballo entre el mundo de los sueños y la realidad. No, aquella muchacha no había sufrido un accidente de coche, lo que le había ocurrido era todavía más siniestro. Solo tenía que contemplar la expresión de su rostro para comprenderlo, el aura de tristeza infinita que irradiaba, esa mirada sombría que, no sabía cómo, había conseguido leer sus más profundos secretos.

—Voy a por el móvil —anunció, con voz temblorosa. Quería apartarse de ella, de su dolor, de esa pena abrumadora, de esos ojos que le desnudaban el alma—. Voy a llamar a una ambulancia. Y a la policía. —Pero antes de que pudiera dar un solo paso, ella habló de nuevo y él quedó otra vez inmóvil. Su voz desgarrada lo hechizaba.

—Gracias por no huir. —La lluvia corría a raudales por su rostro embarrado, pero era incapaz de limpiar la mugre que cubría sus rasgos; la suciedad estaba adherida

con firmeza a ellos. Ramiro pensó que aquella muchacha tenía todo el aspecto de algo recién desenterrado. «Me volaron la cabeza», había dicho. Y comenzó a temer que aquella frase fuera cierta, comenzó a temer que de verdad estuviera hablando con algo que había escapado de la tumba—. Gracias por no abandonarme —dijo y se incorporó con una agilidad sorprendente—. Y siento tanto, tanto, tanto lo que voy a hacerte —anunció al tiempo que saltaba sobre él.

Ramiro ni pudo ni supo reaccionar. Sintió cómo la chica le pinzaba el cuello y, al mismo tiempo, la escuchó musitar una única palabra, una palabra breve que parecía formada solo por vocales. Justo después, el mundo se desvaneció ante sus ojos. Fue como si alguien, de pronto, le hubiera cerrado la puerta de la consciencia en plena cara.

Despertó horas después, dentro del coche, mal arropado con una de las mantas que su padre llevaba siempre en el maletero. Había dejado de llover y en el cielo flotaba un sol mortecino que luchaba por abrirse paso entre un mar de nubes grises. No había ni rastro de la muchacha, aunque un poso de tristeza flotaba en el ambiente, una huella psíquica que se le anudaba a la garganta. Tampoco había rastro de su móvil. Ni de su cartera, con el poco dinero que contenía, ni de su cazadora. Su documentación estaba en el asiento de atrás y, debajo, una nota. Estaba escrita con letra apresurada en el envés de un anuncio que había encontrado esa misma mañana en un limpiaparabrisas. Decía:

«Espero poder compensarte algún día por este mal trago. La cabeza te dolerá un buen rato, lo siento. Ojalá todo fuera más sencillo. Ojalá pudiéramos escoger de quién nos enamoramos. Ojalá continuara muerta».

Ramiro Cabañas arrancó el coche y puso rumbo a Madrid, rumbo a casa. Tuvo que detenerse pocos kilómetros después, incapaz de continuar la marcha, atenazado por la pena. Rompió a llorar, afianzado al volante, lloró tanto que tuvo la impresión de ir a ahogarse en sus propias lágrimas. Lloró por esa muchacha, lloró por él, por su amor imposible, lloró porque la vida era oscura, absurda y terrible.

\* \* \*

La tormenta no daba tregua, era una bestia inmensa desatada en los cielos, un engendro de talla planetaria que parecía tener la intención de derribar la creación entera.

Ariadna tropezó de nuevo y de nuevo cayó al suelo. Tenía las rodillas y las plantas de los pies despellejadas, casi en carne viva. Volvió a levantarse, con la mirada fija en el infinito. La única forma de mantenerse cuerda era asegurándose de que todo lo que estaba viviendo no era más que una elaborada pesadilla, un imposible del que no tardaría en despertar. Pero cuanto más tiempo transcurría, más difícil

resultaba mantener esa ilusión. Cuando revivió por enésima vez el momento en que aquel demente había degollado a su madre no le quedó más alternativa que detenerse. Se refugió entre unos arbustos cercanos y allí permaneció largo rato, llorando a lágrima viva, gritando sin cesar, como si a base de gritos y llanto pudiera traer de vuelta a la vida a sus muertos, como si su mero dolor bastara para hacerlos revivir.

De pronto, notó cómo Evan trataba de establecer contacto otra vez. Primero fue un destello visto por el rabillo del ojo, luego una pulsación creciente cuando su mirada intentó asomarse a la suya. A duras penas logró detenerlo. La estaba buscando, comprendió, quería dar con ella, lo había estado haciendo desde que había leído entre líneas en el muchacho que la había atropellado, pero ahora redoblabla su empuje. Ariadna luchó por impedirselo. Quizá Evan no fuera el responsable último de la muerte de su familia, pero si no hubiera aparecido en su vida, ellos continuarían vivos. Y eso era algo que no podía olvidar. Ni perdonar. Evan insistía en colarse en su mirada, y era tal su ímpetu que no tardó en darse cuenta de que no podría mantenerlo fuera mucho tiempo. Cerró el ojo izquierdo con todas sus fuerzas y, no contenta con ello, se lo cubrió con ambas manos, arrodillada bajo la tormenta. Cuando Evan irrumpió en su cabeza lo único que se encontró fue oscuridad.

Él estaba de pie ante un amplio ventanal a través del que se podía ver una panorámica magnífica del centro de Madrid. A Ariadna la visión de la ciudad le causó una desasosegante impresión de irrealidad: aquellos edificios y calles le resultaban extraños, como si fuera un paisaje alienígena. Evan se apartó de la ventana y ella pudo ver la estancia lujosamente amueblada donde se encontraba. ¿Quizá la suite de un hotel? Lo vio caminar de un lado a otro, frustrado a todas luces por el burdo truco con el que le escamoteaba la visión. Se plantó ante el espejo del baño y miró a su reflejo con severidad.

«¿Dónde estás?», le leyó en los labios. «¿Dónde demonios estás?», insistió mientras palmeaba contra el cristal con tanta fuerza que se abrió una grieta en su superficie.

—En el infierno —contestó ella, aun a sabiendas de que él no podía escucharla—. Estoy en el infierno. —A continuación intentó expulsarlo de su mente. Pero él no quería irse. Lo notó afianzarse en su mirada, con furia terca, sintió una suerte de diminutos tentáculos asegurándose alrededor de su globo ocular, impidiendo que pudiera cerrar el canal y echarlo fuera. Ariadna luchó por sacárselo de encima. La resistencia de Evan era tremenda, pero ella acababa de salir de la tumba y la desesperación le proporcionó fuerzas para conseguir librarse de él. Lo último que vio fue cómo el joven destrozaba el espejo agrietado de un puñetazo soberbio.

«Volverá», le advirtió una voz en su cabeza. «Nunca se rinde. Nunca».

Ariadna apretó los dientes y se llevó las manos a las sienes, encogida en aquel descampado. Se sentía desgarrada por fuerzas formidables, energías oscuras que le oprimían la bóveda craneal y amenazaban con romperla en pedazos, como si la tormenta de los cielos se le hubiera metido dentro. Ahora en su mente convivían dos

personas. En su cabeza habitaba la Ariadna del presente, la muchacha a la que Edmund y Ángela habían rescatado de aquella institución alemana cuatro años atrás, ignorantes de que con esa decisión se estaban condenando a muerte. Pero también estaba allí la Ariadna del ayer, la asesina, la criatura cruel y despiadada. Intentaba por todos los medios mantener esas dos identidades separadas, pero era complicado conseguirlo, aunque aquella otra Ariadna estuviera todavía débil.

Había sido esa parte de su personalidad la que había luchado por escapar de la tumba, había sido esa Ariadna la que había dejado inconsciente al muchacho que la había atropellado, pinzándole un nervio al tiempo que recitaba la segunda palabra del desmayo. Pero había sido ella la que había contenido la mano de la otra cuando quiso ir más allá y asesinar al joven. Esa fue la primera vez que la oyó hablar, que se oyó hablar con esa voz que era suya y a la par le resultaba tan ajena. Fue la primera vez que fue consciente de esa otra yo.

«No hay que dejar testigos», se escuchó decir y casi estuvo a punto de gritar. «Es la cuarta de las ocho reglas. Nunca. Dejes. Testigos».

Ariadna se sobrepuso al fin, se abrazó a la cazadora robada y continuó su camino.

Todavía no había amanecido cuando llegó a un complejo residencial de clase alta, repleto de lujosos chalets, todos con su jardín, algunos con pista de tenis, otros con piscina. La zona estaba bordeada por una verja de hierro, rematada con puntas de lanza. Le resultó fácil colarse dentro, aunque para ello no le quedó más remedio que recurrir a las habilidades de la otra Ariadna. Se vio trepar por los barrotes y saltar al otro lado con una agilidad propia de una gimnasta olímpica, no solo fue sorprendente la facilidad con la que lo hizo, también la velocidad, el mundo pareció reducir su ritmo en comparación. Se ocultó en las sombras entre dos edificios y allí aguardó, a la espera de su momento. Con el amanecer aquella comunidad de privilegiados fue regresando a la vida y ella, desde su escondrijo, comenzó a leer entre líneas en todo aquel que se puso a su alcance. Así, poco a poco, se fue adentrando en los secretos de la urbanización: quién engañaba a quién, quién defraudaba, quién robaba, quién había matado a un amante que lo extorsionaba... Mirara donde mirara solo veía baja moral y ruindad, un catálogo de la miseria humana embutida en trajes y vestidos caros.

Al mediodía vio salir un coche de un garaje cercano. Un matrimonio que emprendía viaje, leyó entre líneas: iban a visitar a su hija, estudiante de primer año en una universidad fuera del país. También leyó que ambos se eran infieles; ella lo odiaba a él de una forma completa y absoluta y fantaseaba a menudo con la idea de asesinarlo; él la ignoraba por sistema, en su esquema de las cosas era poco más que un mueble, un accesorio poco útil con el que no le quedaba más remedio que cargar. Pero lo que de verdad le importaba a Ariadna era que su vivienda iba a permanecer desocupada durante varios días. En cuanto el coche se perdió de vista, ella, sigilosa, burló todas las alarmas que protegían el lugar y se coló en la casa por una puerta trasera.

Lo primero que hizo fue darse una larga ducha de agua caliente, intentando sin éxito no pensar en esa última ducha que se había dado en su vida anterior. Le costó trabajo quitarse toda la mugre de encima. Cuando terminó, dejó el suelo de la bañera embarrado por completo. «Tierra de tumba», se dijo, sumida en aquel espeso estupor que le resultaba ya tan familiar. Lo limpió todo con el chorro de la ducha y después, desnuda, salió al pasillo. Su primera parada fue en la cocina, allí tomó por asalto la nevera y comió hasta saciarse; comió con las manos, sin usar cubiertos, con una voracidad desconocida, primitiva. Después prosiguió su deambular por la casa. Necesitaba dinero y ropa, esas eran sus prioridades. El dinero lo encontró en el cuarto del matrimonio. No tuvo que buscar mucho, había una considerable cantidad de efectivo en una pequeña caja fuerte dentro del armario. La otra Ariadna la abrió sin problemas. Sabía cómo hacerlo. Se lo habían enseñado. Se lo habían enseñado en la casa sin ventanas.

—Hay siete palabras que sirven para abrir cerraduras y cerrojos comunes —les había explicado el duque Lamprea en el patio negro donde recibían la mayor parte de sus lecciones. El hombrecillo, una criatura esquelética y demacrada, de edad infinita, había dispuesto ante ellos varias cajas de seguridad—. Todas, absolutamente todas, se abren a la mención de una u otra. ¡Cuidado!, si la cerradura está tratada con magia y detecta que intentan forzarla puede reaccionar de modo sorpresivo. Yo lo aprendí a las duras cuando era joven. —Y para que les quedara claro les enseñó su mano izquierda, los dedos índice y pulgar habían desaparecido, sustituidos por dos prolongaciones de madera y tornillería—. La caja fuerte de los Somosierra se comió mis dedos. En justa venganza yo me los comí a ellos —dijo mientras les mostraba la ruina que tenía por dentadura.

Ariadna cogió un buen fajo de euros antes de pasar a la siguiente habitación: a todas luces el cuarto de una adolescente. Allí imperaban el rosa y el blanco, las paredes estaban repletas de posters de cantantes y actores de moda, y una legión de peluches se arremolinaba en lo alto de un armario, relegada allí por alguien que todavía se negaba a desprenderse de la infancia aunque quisiera apartarla de la vista. La aberrante normalidad de aquella estancia la dejó sin aliento, muda de asombro. Se sentía fuera de lugar, una intrusa no solo en ese cuarto, también en el mundo del que este formaba parte. En los armarios, pulcramente ordenados, encontró ropa de su talla aunque poca de su gusto; todo tenía un toque almibarado, de intento burdo de dejar claro que se pertenecía a la clase alta. Eligió varias blusas y faldas y un par de vaqueros. Tuvo más problemas en encontrar zapatos y zapatillas de su número, al final se decantó por el calzado de la madre aunque este le venía algo grande. La idea de comprar después zapatos de su talla hizo que se mareara, la posibilidad de hacer algo tan normal, tan cotidiano como ir de compras, le parecía absurdo, el comienzo de un mal chiste: «Una zombi entra en una zapatería...»

Mientras registraba la habitación de la muchacha, un dibujo colgado de la pared llamó su atención. Era una lámina hecha a carboncillo que parecía tan fuera de lugar

allí como ella misma. Se acercó para examinarla. Se trataba del retrato de una joven de pelo moreno y rizado, la mano del artista había sabido capturar con talento una singular expresión de tristeza resignada, el gesto de alguien que ha aceptado un destino que no le gusta. Y por las fotos que había tenido la oportunidad de ver por la casa, era la misma joven a la que le estaba saqueando los armarios. El dibujo además venía firmado por su autora: Sara Vargas Lozano, los mismos apellidos que figuraban en el buzón a la entrada. Un autorretrato, comprendió Ariadna. Siguiendo un impulso leyó entre líneas en la ilustración. No dejaba de preguntarse qué motivo podía llevar a alguien a dibujarse sumida en semejante desconsuelo. La lectura primero desdibujó el retrato, las líneas que contemplaba se curvaron, se distorsionaron; el impresionante dibujo realista que había tenido ante ella se convirtió en la caricatura de una niña que lloraba y se tiraba del pelo.

Leyó entre líneas que aquel autorretrato era la última obra de la muchacha. Sus padres la habían obligado a abandonar el estúpido sueño de convertirse en artista para marcharse a estudiar Derecho a Estados Unidos. No le había quedado más remedio que ceder. Eran sus padres. Y sabían lo que era mejor para ella. Aquel era su último dibujo, el único del que no se había desprendido. Había destrozado el resto, decidida a desterrar para siempre sus ambiciones. Aquel dibujo estaba hecho desde el desaliento, desde el dolor, era un dibujo que hablaba de sueños rotos y esperanzas perdidas.

Ariadna se enfureció. Arrancó la lámina de la pared y la hizo pedazos. Se sentía insultada por el dolor de aquella niña bien, se sentía insultada por su incapacidad de enfrentarse a la adversidad y doblegarla. ¿Quería pintar? ¿Quería dibujar? ¡Ella quería no estar muerta! ¡Ella quería que sus padres estuvieran vivos! Quería escuchar la risa gamberra de Steve. Quería besar una vez más a Marc. Contempló el dibujo hecho pedazos a sus pies y se vino abajo, doblada de nuevo por el dolor, por el cansancio, por la angustia, por la injusticia que acababa de cometer destrozando el último dibujo de aquella pobre muchacha... Se acercó a la cama de Sara Vargas Lozano y se dejó caer sobre ella. A pesar de la ducha el mundo olía a tumba. Y ya siempre lo haría.

Estaba muerta. Era un engendro creado por los fuegos de la hechicería. Poco más que una marioneta.

—Muñecos rotos —dijo entre lágrimas—. Todos somos muñecos rotos. Y no hay nadie que nos pueda salvar.

\* \* \*

El tono de mensaje entrante rompió el silencio: una secuencia de tres pitidos breves y uno largo repetida en dos ocasiones. Marc ni siquiera se molestó en comprobar de



quién se trataba. Con toda probabilidad sería alguien que intentaba darle ánimos, algún curioso que quería saber qué había ocurrido (como si él lo supiera) o ambas cosas a un tiempo. Los dos primeros días se había abalanzado sobre el móvil cada vez que sonaba el tono de llamada o de mensaje recibido. Pero nunca era ella, nunca era Ariadna.

No entendía qué estaba sucediendo. Estaba inmerso en una pesadilla absurda; la ausencia de Ari resultaba demoledora, y con cada segundo que pasaba sin saber de ella aumentaba la certeza de que nunca volvería a verla. Y semejante idea lo estaba matando. La falta de Ari lo asfixiaba, no había otra forma de expresarlo: sin ella le faltaba algo esencial para mantenerse vivo y cuerdo, algo tan necesario para la supervivencia como el aire o el alimento.

La policía lo había interrogado el día después del incendio que había destruido la casa de Ari y su familia.

—Evan. Fue él, estoy seguro. Fue Evan —en sus labios aquel nombre sonó a maldición, a enfermedad infecciosa de rápida propagación—. No, no sé cómo se apellida. ¿Que lo describa? Lo siento, tampoco lo conozco en persona. Lo único que sé es que tiene un ojo negro por completo. Como Ariadna.

No les habló de la magia ni los monstruos, no les contó nada de ese mundo oculto en el que al parecer Ari se había visto sumergida; no lo hizo porque estaba convencido de que no iban a dar el menor crédito a esas historias, de hecho sospechaba que hablarles de ello sería contraproducente, le restaría credibilidad a él y a toda la información que pudiera aportarles. Sí les habló de la amnesia de Ariadna, aunque suponía que Joanes, su psiquiatra, ya les tendría al tanto de todo eso. Y, por supuesto, también les habló del extraño que había llegado dos días antes y que aseguraba proceder de aquel periodo de tiempo que Ari había olvidado.

—No, no sé cómo se conocieron —mintió cuando se lo preguntaron—. No me lo contó ni quise insistir en el tema —añadió, ganándose una mirada de extrañeza por parte de los dos agentes que lo interrogaban. Le habían dado sus nombres nada más entrar en la pequeña y aséptica habitación en la que se encontraban, pero Marc no había tardado en olvidarlos y los había rebautizado como Suspica y Témpano.

—¿Y dices que Evan es un antiguo novio de Ariadna? —preguntó Suspica. Era un hombre grande, con sobrepeso, y una mirada siempre reticente. Tenía los ojillos diminutos y muy juntos.

—Al menos eso dijo él. Por lo visto le contó que habían crecido juntos.

—¿Cómo te sentó que apareciera ese joven en la vida de Ariadna? —insistió el agente, inclinándose hacia delante, muy interesado al parecer en su respuesta.

—¿Sentarme? —El joven frunció el ceño, harto del escrutinio de aquel sujeto y lo que implicaba—. ¿A qué se refiere? ¿Me está preguntando si me cabré? ¿Si monté una escena? —Recordó cómo se había sentido cuando Ari le confesó que Evan y ella se habían besado, fue como si una bomba le hubiera estallado en pleno pecho, una bomba que se había llevado por delante todo su calor corporal y todos sus órganos

vitales, dejándolo aterido y hueco—. ¡Dios! —Estuvo a punto de levantarse de la silla—. ¿¿Creen que puedo tener algo que ver con lo que ha pasado?! ¿¿De verdad creen eso?!

—No perdamos los nervios —terció Témpano a la par que hacía un gesto pidiendo calma. También era un hombre voluminoso, y aunque de entrada parecía mucho más tranquilo y apacible que su compañero, algo en su mirada dejaba entrever que eso podía cambiar en cualquier momento. Témpano era el tipo de hombre capaz de descerrajarte un tiro en el estómago sin perder la sonrisa—. Olvida la pregunta si quieres, aquí nadie te está acusando de nada —dijo, y Marc casi creyó escuchar las palabras «de momento» flotando en el aire—. Vamos a limitarnos a los hechos, ¿de acuerdo? Volvamos a Evan.

Y volvieron a Evan, al muchacho cuya aparición había desencadenado toda aquella pesadilla. A pesar de que en un principio Marc había tenido serias dudas al respecto, acabó contándoles lo que sabía sobre la subasta; aunque alteró los hechos para exculpar a Ariadna de todo lo sucedido; por nada en el mundo quería causarle problemas con la ley cuando regresara (porque iba a regresar, estaba convencido de ello, admitir la posibilidad de que no lo hiciera era una locura, era tan demencial como admitir la posibilidad de que el sol dejara de salir). Les contó que Evan la había invitado a una subasta de arte en el centro de Madrid y que una vez allí, sin que ella estuviera al tanto de sus intenciones, el muchacho se había escabullido para robar una de las piezas a subasta: una espada antigua, al parecer. En todo momento Marc dejó claro que Ari desconocía las intenciones de Evan. De hecho, recalcó hasta la saciedad lo mucho que le había afectado a ella enterarse de lo ocurrido. Se había sentido utilizada, traicionada, les explicó, hasta el punto de decirle a Evan que no quería volver a verlo más. ¿Necesitaban un móvil para el crimen? Ahí lo tenían.

—No tenemos constancia de ninguna subasta organizada este fin de semana en Madrid —le informó Suspica tras un breve descanso durante el cual habían intentado verificar aquel dato—. Ni hay denuncias sobre antigüedades desaparecidas.

—Por lo que Ari me contó todo tenía un aspecto bastante clandestino. Como si lo que estuvieran haciendo allí no fuera del todo legal.

—Lo investigaremos —le informó Témpano, reacomodando mejor su masa corporal sobre la silla—. Estate tranquilo, muchacho, averiguaremos qué les ha pasado a tu novia y su familia. —Había una amenaza nada velada en esas palabras. Aquel hombre estaba convencido de que él estaba implicado en lo sucedido.

Cinco días después del incendio continuaba sin haber noticias. Ariadna había sido dada por desaparecida, al igual que el resto de su familia. La policía científica y los bomberos habían analizado lo que quedaba de la casa de Ari en busca de cualquier pista, pero todavía no había trascendido ningún detalle de sus investigaciones. Nada que aclarara qué podía haber ocurrido allí esa noche. A Marc no le quedaba ninguna duda de quién era el culpable de lo sucedido: Evan. Había sido Evan.

El móvil volvió a sonar, un nuevo mensaje entrante, una nueva secuencia doble

de tres pitidos breves y uno largo. Marc lo miró de reojo, con el ceño fruncido. La pantalla del teléfono tirado en la cama parpadeaba en un intento inútil de atraer su atención. Se acercó a la ventana de su cuarto y apoyó la frente en el cristal, la sensación de frialdad lo reconfortó. Fuera ya anocheecía y las tinieblas contagiaban su condición de sombra al mundo. Había perdido de nuevo la noción del tiempo, como si su vida ya no se rigiera al dictado de los relojes o calendarios. Pronto amanecería el sexto día sin Ari. Cerró los ojos y respiró hondo. «El infierno está hecho de ausencias», se dijo, «de vacíos. El infierno es vivir en un mundo sin ti». Alzó la mirada y se encontró una luna casi llena en el cielo.

—Si vuelves haré lo que sea —dijo y, para su sorpresa, lo hizo en voz alta—. Si vuelves tallaré tu rostro en la luna.

El teléfono volvió a sonar, insistente. Apretó los dientes y, harto ya de aquella insidiosa melodía, cogió el móvil con intención de desactivar el sonido. Al hacerlo comprobó que los últimos tres mensajes eran del mismo número, un número desconocido. No era raro que recibiera mensajes de gente fuera de su lista de contactos, sobre todo en los últimos días, pero sí resultaba extraña la insistencia. Abrió la bandeja de entrada. No le quedó más remedio que sentarse nada más leer el primer mensaje:

«Soy Ariadna. Estoy viva. Estoy bien».

No leyó los siguientes mensajes. Con el corazón acelerado, casi sin respirar, llamó al instante a ese número desconocido. Se llevó el móvil al oído intentando controlar en vano el temblor de su mano. Apretó los dientes nada más oír el primer tono de llamada. La expectación de estar a punto de escuchar de nuevo su voz era insoportable, hasta dolorosa. Pero al cuarto tono se hizo de nuevo el silencio. Un mensaje en pantalla le indicó que la llamada acababa de ser rechazada.

—No, no, no, no me hagas esto —dijo—. No puedes hacerme esto. ¡No puedes hacerme esto!

Llamó de nuevo y volvieron a rechazar la comunicación, al primer tono esta vez. Marc sintió que perdía pie, que le faltaba apoyo en el mundo. Antes de volver a insistir, leyó los otros dos mensajes, ávido de saber, ávido de entender por qué ella se negaba a hablar con él.

«Mis padres están muertos. Y Steve. Y ha sido culpa mía», decía el primero, y él quedó inmóvil, con la vista fija en ese puñado de palabras inconcebibles. ¿Muertos? ¿La familia de Ariadna, muerta?

«No me busques, por favor. No soportaría que me encontraras», decía el último mensaje.

Marc contempló el móvil como si fuera una alimaña repugnante, un insecto que por mero azar hubiera terminado en la palma de su mano. Tenía que hablar con Ariadna o corría el riesgo de volverse loco. Llamó por tercera vez y por tercera vez le negaron la comunicación. A punto estuvo de arrojar el teléfono contra la pared. Respiró hondo y entró en el menú de mensajes.

«No eres Ari», comenzó, le costaba trabajo escribir en la pantalla táctil. «Ella hablaría conmigo, ella no me dejaría así. Si esto es una broma, no tiene ninguna gracia. Tengo tu número y se lo llevaré a la policía».

A continuación dejó caer el móvil sobre la cama. Se levantó y retrocedió unos pasos, la vista fija en el aparato, desafiándolo a sonar. Los minutos transcurrieron y el teléfono permaneció mudo sobre la colcha, inmerso en su silencio obstinado. Marc apretó los puños. La espera era agónica. Tal vez tuviera razón y todo no fuera más que una broma cruel y estúpida. Y una parte de él quería creerlo, una parte de él deseaba que aquellos mensajes no fueran más que una broma y que Ari y su familia se encontraran a salvo.

Y al fin sonó el teléfono. Y aunque era lo que había estado esperando, durante unos instantes fue incapaz de reaccionar. Se limitó a quedarse allí parado, contemplando el móvil como si no entendiera cuál era la utilidad o funcionamiento de aquella cosa, como si temiera que aquello, fuera lo que fuera, estuviera a punto de volar en pedazos. Cuando comenzaba a temer que la paciencia de quien llamara estuviera a punto de agotarse, consiguió salir de su inmovilidad para abalanzarse sobre el teléfono y contestar.

En un principio creyó que lo que escuchaba al otro lado de la línea era simple ruido de fondo, mera estática, pero no tardó en comprender que era el sonido de alguien que lloraba a lágrima viva. Y era un llanto tan atroz, tan desolador, que Marc temió que no fuera a detenerse nunca, que continuara llorando hasta que sus lágrimas anegaran el mundo.

—¿Ari? —preguntó, dubitativo—. ¿Ari, eres tú?

Desde el otro lado intentaron contestar, al menos Marc creyó intuir cómo trataban de articular palabras. ¿Qué era lo que le había pasado? ¿Qué le había sucedido para conducirla a aquel estado?

—Estoy aquí, Ari, ¿puedes oírme? Estoy aquí. —Le temblaba tanto la voz que apenas la reconocía como suya—. Háblame —le pidió—. Háblame, por favor —suplicó.

La persona al otro lado del teléfono consiguió controlar al fin el llanto. La escuchó sorber con fuerza por la nariz y luego aclararse la garganta. Un momento después habló:

—El móvil tiene poca batería y no tengo cargador. —Era Ari. Era ella, sin duda. Pero reconocer al fin su voz, el saberla ya viva, no sirvió para tranquilizarlo. Al contrario: aquella voz era la de alguien roto, la de alguien más allá del consuelo—. No sé cuánto tiempo durará la llamada —indicó.

—Dime dónde estás e iré a por ti.

—No, no, no. ¿No lo entiendes? ¿No has leído los mensajes? No voy a volver. No puedo hacerlo. Ni quiero. Te he llamado para despedirme, te he llamado para decirte adiós.

—¿Ha sido Evan? —preguntó, con rabia, ignorando a sabiendas aquellas frases

demoledoras—. ¿Ha sido él?

Ari guardó silencio, como si reflexionara si era oportuno responder a esa cuestión. Tal vez ni siquiera ella era capaz de medir la culpa que tenía ese muchacho en lo sucedido.

—No ha sido Evan —contestó al fin—. Han sido los mercenarios de la subasta. Me encontraron, Marc, me encontraron. No sé cómo, pero lo hicieron. Y ahora lo estarán buscando a él. Y lo matarán cuando lo encuentren, si no lo han hecho ya. Y me matarán a mí si se enteran de que sigo viva.

—Tu familia... ¿Es cierto? ¿Es cierto que los han... —No pudo terminar la frase.

Ari se echó a llorar de nuevo. Y eso fue suficiente respuesta. Marc sintió que perdía pie. Edmund y Ángela siempre lo habían tratado bien, habían sido amables y considerados desde el primer momento, desde antes siquiera de comenzar a salir con Ari. Ángela era maravillosa, su vitalidad y alegría eran contagiosas, resultaba imposible estar de mal humor en su presencia. Y Edmund la había amado tanto... Solo había que fijarse en cómo la miraba, en cuánta devoción y ternura se asomaban en sus ojos para comprenderlo. «Ojalá alguien me mirara así alguna vez», le dijo Ariadna en una ocasión. «Yo lo hago», contestó Marc y ella sacudió la cabeza «No, todavía no, necesitas llevar muchos años enamorado de alguien para mirarlo de esa forma». «Entonces solo es cuestión de tiempo», le aseguró él. No se merecían aquello. Ni Steve tampoco, Steve, con sus bromas pesadas, Steve, jugando su papel de hermano insoportable. No podía creer que también estuviera muerto. Recordó una tarde de la primavera pasada en la que lo encontró cavando una pequeña tumba en el pequeño jardín de la casa. Cuando le preguntó qué estaba haciendo, el niño le mostró un diminuto gorrión muerto que guardaba en un pañuelo, un polluelo apenas que, por lo visto, se había caído del nido. Steve estaba llorando como si aquel pajarito fuera lo único que había tenido en la vida.

—Era tan pequeño —dijo—. Ni siquiera sabía lo que es vivir y ya se ha muerto.

Marc intentó dominarse.

—Ari —la llamó, temeroso de que la comunicación se cortara de un momento a otro—. Háblame, por favor...

—Ya no tengo familia —dijo ella—. Ya no tengo vida. Me la han quitado, Marc, me lo han quitado todo.

—No digas eso. No dejes que te hagan más daño del que ya te han hecho —le pidió—. Vuelve. Hablaremos con la policía. Les contaremos lo que ha pasado. Ellos detendrán a esos hombres.

Ari se echó a reír. Era una risa nueva, teñida de amargura, de desolación, una risa que solo podría provenir de un alma destrozada.

—¿Detenerlos? ¿La policía? Aunque pudieran encontrarlos no tendrían la menor oportunidad contra ellos. Son monstruos, Marc. Monstruos. La policía no está preparada para enfrentarse a gente como esa.

—Vuelve, Ari.

—No puedo, cariño, no puedo. Siento tanto que esto termine así, siento tanto no ser quien creía que era. Yo... —La escuchó suspirar—. La batería está a punto de agotarse —dijo y su voz sonó ahora más serena de lo que lo había hecho en toda la conversación—. Escúchame. Hay algo que tengo que pedirte. Algo que necesito que hagas. Y pedirte es lo más duro que he hecho en la vida. —Guardó un instante de silencio—. Necesito que me olvides —le pidió y Marc estuvo a punto de gritar al oír aquello—. Necesito que sigas adelante, que sigas adelante sin mí. Necesito saber que al menos tú estarás bien, necesito saber que, pase lo que pase, estarás a salvo.

—¡No! ¿Cómo te atreves a pedirme eso? —le dijo—. ¿Que te olvide, dices? ¿Crees que hay un interruptor para eso? ¿Crees que solo tengo que darle a un botón para borrar de mi cabeza?

—¡Tienes que hacerlo! Aunque cueste, aunque duela. Es lo único que te pido. Lo último que te pido. Olvídame, Marc.

—¿Qué está pasando? —el joven se estremeció. La irrealidad de todo aquello lo superaba—. Ari...

—Ari no existe. La mataron el domingo. Ya solo queda Ariadna. Y Ariadna es una asesina. Y... necesito alejarme de ti. Necesito irme lejos porque eres lo único que me queda. Y no soportaría que te pasara algo por mi culpa. Y si estás conmigo tarde o temprano te pasará algo terrible.

—¿Más terrible que no tenerte? ¿Crees que hay algo peor que eso? —Tenía unas ganas tremendas de echarse a llorar, pero no se lo permitió. Debía mantenerse firme, entero. Debía demostrarle que era digno de ella—. No vas a conseguir que te olvide. Me niego. Antes me olvidaría de mí mismo. —Apretaba el móvil con tanta fuerza que temió que fuera a romperse en la mano—. Y me da igual lo que haya sucedido, me da igual lo que pueda suceder. No pienso dejarte escapar, no lo voy a consentir. Te encontraré, vayas donde vayas, te encontraré. ¿Me escuchas? ¡Te encontraré!

—¡No! —gritó Ari, espantada—. ¡Maldito cabezota! ¡Vas a conseguir que te maten! ¡Y también será culpa mía! ¡Marc! ¡Prométeme que no harás ninguna locura! ¡Prométeme que no me busca...

La llamada finalizó ahí, de forma tan brusca y cortante que Marc creyó haberse quedado sordo. Nunca antes el silencio le había parecido tan total y definitivo, tan absoluto, aquel era un silencio físico, un muro sólido que acababa de cercar su mundo. Se quedó mirando el móvil, perplejo, aturdido, con una creciente sensación de náusea en el estómago.

—Te quiero —dijo al teléfono ya mudo. Necesitaba decírselo aunque ella ya no pudiera oírlo. Y no era una simple frase lo que estaba diciendo ahora, era un juramento—: Te quiero. Y si no puedo estar contigo, prefiero estar muerto.

\* \* \*

—Te quiero —susurró Ariadna al teléfono ya apagado—. Te quiero, te quiero, te quiero. —Lo repetía una y otra vez mientras sentía el peso ardiente de aquella despedida amarga en el pecho. Se replegó sobre sí misma, se aovilló todo lo que pudo en aquella cama ajena y cerró los ojos al tiempo que el móvil resbalaba de su mano.

Había sido un error ponerse en contacto con él. Ahora lo sabía. Había sido una estúpida al ceder al impulso de decirle que continuaba viva. ¿Qué había esperado? ¿Que renunciara a encontrarla? ¿Lo habría hecho ella de estar en su lugar? Por supuesto que no. Marc nunca dejaría de buscarla. No cejaría en su empeño hasta dar con ella. ¿Y cómo impedirselo? ¿Cómo evitar que pusiera su vida en peligro? No sin una razón válida, contundente. «No lo entiendes, Marc. No soy humana. Soy un monstruo. Una cosa. Soy una muerta viviente».

La tentación de sucumbir a la pena era demasiado grande. Se veía incapaz de reintegrarse en la corriente de la vida y la normalidad ahora que se sabía ajena a ambas. Se imaginó convertida en un espectro, transformada en una criatura esquiva que viviría para siempre en los huecos de la ciudad, malviviendo bajo puentes y casas deshabitadas, desterrada del mundo pero sin llegar a abandonarlo del todo. Quedaría reducida a lo que era en definitiva: una fantasma vivo, un espectro de carne y hueso. ¿Cuánto tiempo resistiría la tentación de rondar a Marc, de espiarlo a escondidas, transformada en un monstruo enamorado, un tópico hecho carne? ¿Quería eso? ¿Quería convertirse en eso?

Y a fin de cuentas ¿de verdad estaba ella capacitada para amar a alguien? ¿Sus sentimientos no serían también un espejismo? ¿Otra ilusión más? ¿Cómo podía estar segura de que fueran reales si su mera existencia no era más que un elaborado truco de magia? Y aunque lo fueran, aunque dentro de la complicada hechicería que la mantenía viva hubieran habilitado espacio para sentimientos, nadie se merecía el amor venenoso que ella podía proporcionar, nadie se merecía ese amor corrupto. No estaba viva, era un engendro. La habían ideado para matar, esa era su finalidad última y primera. No era más que un arma, y nadie en su sano juicio amaría a un arma.

—Excepto Evan —murmuró.

«Te quiero porque sé lo que eres», le había asegurado y ahora comprendía el verdadero alcance de sus palabras. «Te quiero porque somos lo mismo».

Viragos.

—Sois viragos, mis pequeñuelos. Criaturas excepcionales, asombrosas, fabricadas por el alto poder de un nigromante. —Aquel día la lección en el patio de la casa sin ventanas versaba sobre ellos mismos. La mujer que la impartía era una anciana de ojos blanquecinos, recubierta por un caos de telarañas. Ariadna no recordaba su nombre—. Solo una vez cada treinta y tres años se produce la alineación correcta de astros que facilita vuestra creación. Solo una vez cada treinta y tres años se puede dar el regalo de la *vida immaculata*. El aliento que os insufla vida proviene del corazón de un dios moribundo que lleva eras agonizando en las sombras. Sois mecanismo y falacia, hedor y pavor. Sois el asesinato hecho carne. Los demonios os bendigan,

hijos míos. Sois el crimen encarnado.

Viragos. Eso eran, tanto Evan como ella. Simple carne, carne muerta que fingía estar viva. No podían morir porque no estaban vivos, era algo tan espeluznante y demoledor como eso. Ni siquiera el suicidio era una alternativa, ni siquiera esa vía de escape le estaba permitida. Daba igual lo que hiciera, daba igual cómo intentara quitarse la vida. Nunca lo conseguiría. Podía cortarse las venas, podía saltar desde el edificio más alto de la ciudad o, como le demostró Elías, volarse la cabeza. Para ella la muerte no era más que un periodo de pausa durante el cual su cuerpo ponía en suspenso su conciencia mientras se reparaba. Y una vez completada la restauración despertaría de nuevo, otra vez operativa, otra vez perfecta. Condenada a vivir. Condenada a vivir para siempre.

Y de pronto recordó la espada de la subasta, el arma cuyo robo había desencadenado el asesinato de su familia. Matanza. Con ella Evan había matado a la barracuda, una criatura indestructible. ¿Serviría también para acabar con un virago? Era probable, se dijo. Pero, ¿qué hacer? ¿Robarle la espada a Evan para comprobar si podía o no matarla? Se imaginó hundiendo el arma en su propio vientre, retorciéndola con saña en busca del descanso de la no existencia. La muerte como salida, como escape. Era tan tentador cobijarse en la esperanza de no ser, de no existir, de apagar la realidad y todos los horrores que contenía. Pero tomando ese camino ¿no concedía la victoria a Elías y a los suyos? Ellos la creían muerta. Al quitarse la vida enmendaba el error que esos monstruos habían cometido. Pensar en los mercenarios la enfureció. De nuevo los trajo a su recuerdo, de nuevo los vio asesinar a su familia con esa crueldad indiferente de la que habían hecho gala, como si en vez de matar seres humanos estuvieran exterminando insectos. En aquel momento sintió por primera vez retorcerse el odio en sus entrañas, era un cúmulo de magma que se extendía por su interior ansioso de ser liberado.

«Mátalos», susurró en su cabeza la Ariadna del pasado. «Mátalos a todos. Haz que paguen».

Ariadna gimió. Resultaba tan difícil pensar, tan difícil decidir qué hacer a continuación... Su mente estaba fragmentada, ocupada a medias por esa Ariadna del ayer, atacada por el recuerdo constante de lo que había sucedido en su casa y por la lucha por salir de la tumba. Todo lo que estaba sucediendo era motivo más que suficiente para volverse loca. Pensar con lucidez era una quimera. ¿Qué hacer ahora? ¿Conseguir la espada? ¿Perseguir venganza? ¿Buscar sus raíces? ¿Intentar encontrar esa casa sin ventanas que aparecía una y otra vez en sus recuerdos? Necesitaba centrarse, comprendió, y para eso necesitaba averiguar quién era, conocer su verdadera naturaleza más allá de la terminología que la definía como virago, más allá de esos recuerdos fragmentarios que llenaban su mente como andrajos al viento. Y eso era algo que no podía hacer en la Tierra Pálida, tenía que adentrarse en el mundo oculto, en el escenario secreto que se escondía tras el cortinaje de la normalidad.

Pertenecía al misterio, a la tierra de los monstruos, como bien le había dicho



Evan. Hacia allí debía encaminar sus pasos, no le quedó ninguna duda al respecto. Tenía un recuerdo vago de dónde encontrar ese terreno incierto, era un mundo dentro del mundo a fin de cuentas, había zonas colindantes con la realidad, puntos comunes, encrucijadas... Pero, ¿por dónde empezar a buscar?

En ese mismo instante, recordó el nombre que su padre había gritado poco antes de que lo mataran. Edgar Müller. Edgar Müller, el negro. Edgar Müller el mago de la lanza. Y Ariadna supo dónde debía ir.

\* \* \*

Marc contempló las ruinas de lo que una vez había sido el hogar de Ariadna. A su mente le costaba asimilar que aquellos restos ennegrecidos tuvieran algo que ver con el lugar del que guardaba tantos buenos recuerdos. Había perdido la cuenta de las veces que se habían besado a las puertas de aquel edificio consumido. Entre aquellas cuatro paredes había sido feliz y todo lo que quedaba ahora era devastación y ceniza.

Respiró hondo. No se iba a dejar llevar por las lamentaciones. Ariadna estaba viva, ahora lo sabía, y poco le importaba que le hubiera pedido que no la buscara. Iba a encontrarla. No le importaban los riesgos que pudiera correr, no le importaba lo que se pudiera encontrar en el camino siempre que este lo acercara a ella. Era una decisión egoísta, lo admitía, era una decisión que iba en contra de los deseos de la propia Ariadna, pero no podía evitarlo, no podía retroceder. La necesitaba. Sin ella no era nada.

La casa estaba rodeada de vallas y cinta policial. Marc se aseguró de que no había nadie mirando antes de saltar la protección. No esperaba encontrar nada en aquel lugar, más teniendo en cuenta que durante los últimos días habían retirado los escombros y demolido la mayor parte de la estructura del edificio, pero de entrada le parecía el mejor sitio donde comenzar. Aquí y allá todavía se levantaba algún pedazo de pared, tanto de la fachada como de los muros de las estancias de la planta baja. Atravesó con un nudo en la garganta lo que quedaba de puerta principal y se adentró en las ruinas. El olor a quemado era tan brutal que se subió el cuello de la cazadora hasta cubrir su nariz para evitar inhalarlo. No reconocía la casa. Había esperado ser capaz de distinguir los pasillos y distintas habitaciones, pero la destrucción lo había hermanado todo.

De pronto un escalofrío hizo que se girara, un presentimiento que le arañó con fuerza la nuca. Junto a uno de los tabiques arruinados había un muchacho. Parecía haberse materializado allí de pronto.

—Eres Marc, ¿verdad? —le preguntó.

No necesitó que se presentara para saber quién era el recién llegado. El ojo derecho, de un intenso color negro, lo delataba. Evan, el Magnífico, había hecho acto

de presencia. Frunció el ceño mientras una rabia fría comenzaba a extenderse por su interior.

—¿Qué diablos haces aquí? —le preguntó con clara hostilidad.

—Lo mismo que tú, supongo —contestó al tiempo que se encogía de hombros—. Busco a Ariadna.

—Pues vas a tener que buscarla en otra parte —replicó él y acto seguido le dio la espalda para continuar explorando las ruinas—. Monta en tu escoba y lárgate de aquí. No quiero tenerte cerca.

Evan se quedó inmóvil donde estaba. Suspiró.

—No soy tu enemigo, Marc. No me trates como tal.

—Han matado a la familia de Ari. —Se giró hacia Evan, rabioso—. Los han matado a los tres, ¿me oyes? A los tres. Y es culpa tuya. Si no hubieras aparecido, ellos seguirían vivos.

—¿Culpable por proximidad? —Hizo una mueca—. Lo siento, no voy a caer en eso. Los culpables son los tipos que los mataron y prendieron fuego a la casa, no yo. —Se acercó a él. Marc se tensó al verlo llegar. Según Ariadna, Evan era un asesino. Y llevaba una espada envainada a un costado—. Entiendo que me odies, en serio, lo entiendo muy bien. —Le miraba directamente a los ojos y costaba no ceder al impulso de desviar la vista—. Y no te voy a engañar: tampoco tú eres mi persona predilecta, has ocupado mi lugar en la vida de Ariadna y eso, como comprenderás, no me hace feliz. Pero ahora mismo tú y yo tenemos un objetivo común: encontrarla y asegurarnos de que está a salvo. Y con esa actitud tuya no vamos a avanzar mucho.

—No quiere que la encuentren. Me lo ha dejado claro.

—Querrá, te lo aseguro. Y por su bien tenemos que hacerlo antes de que se dé cuenta.

—Espera... ¿tenemos? —Entrecerró los ojos ante aquel giro inesperado de los acontecimientos—. ¿Me estás pidiendo ayuda?

—Suplicándotela más bien. Ya te he dicho que no soy tu enemigo. Sé dónde buscarla, pero por desgracia no puedo hacerlo yo solo.

—¿Y por qué no?

—Porque si alguien me reconoce estaré perdido. Créeme, ni Ariadna ni yo somos muy populares. Mucha gente nos odia. Y harían cualquier cosa por acabar con nosotros. Esa es una de las razones por las que está en peligro. Y por eso no puedo buscarla de manera directa. Por eso te necesito. A ti nadie te conoce. Eres anónimo. Podrás buscar donde yo no puedo, acceder a lugares en los que yo tengo prohibida la entrada, hablar con gente que quiere mi cabeza en una pica... —Sacudió la cabeza—. Maldita sea, eres mi última esperanza de salvarla.

—¿No puedes entrar en su mirada e intentar averiguar dónde está?

—Me impide pasar —dijo—. Por lo visto tampoco soy su persona predilecta en estos momentos.

Marc se lo quedó mirando largo rato, sopesando sus palabras, estudiándolo.

Tenerlo delante no le facilitaba las cosas. No hacía otra cosa que compararse con él, era inevitable. Y en cualquier comparativa salía perdiendo. Evan parecía el prototipo del héroe, tanto en aspecto físico como en la confianza que irradiaba. Él no era nada, un tipo delgado y desgarbado. Dedicó una mirada lenta a las ruinas que los rodeaban.

—¿Este es el mundo de donde procedéis? —preguntó mientras hacía un gesto vago con la mano para señalar la casa arruinada—. ¿Esta es vuestra vida? ¿Destrucción y muerte por todas partes? ¿Quién en su sano juicio querría regresar a un lugar como este?

—¿Qué te ha contado Ariadna? —quiso saber Evan.

—Lo suficiente. Me habló de la magia, de los monstruos. Del mundo secreto. Me contó que erais asesinos. ¿Debería tenerte miedo, Evan?

Aquella pregunta pareció coger al muchacho por sorpresa.

—¿Miedo? —Frunció el ceño, pensativo, como si ni siquiera él conociera la respuesta a la pregunta—. Supongo que sí. Soy peligroso. Eso es algo que nunca he ocultado. Algo que llevo con orgullo a decir verdad. Pero también soy una persona de palabra. Prometo que si me ayudas a buscarla, no tendrás nada que temer, al menos de mí. Prometo intentar mantenerte a salvo mientras dure nuestra búsqueda. Y prometo apartarme de vuestras vidas y dejaros marchar una vez demos con ella. Siempre y cuando sea lo que ella quiera, por supuesto. Te necesito, Marc. Pero lo que es más importante:

»Ariadna te necesita.

\* \* \*

Dejó la casa a media mañana, bajo un intenso aguacero, cargada con una mochila repleta de ropa robada y con una cartera bien provista de dinero. Llevaba puestas las botas de agua de la madre de Sara y su chubasquero; aquella indumentaria hacía que se sintiera extraña, como si no fuera más que un disfraz con el que intentaba ocultarle al mundo su condición de complicada muerta viviente. De hecho, cuando se adentró por las calles de Madrid, tuvo la impresión de que todos los que se cruzaban en su camino la miraban como si fueran capaces de ver más allá de su disfraz y descubrir su fraude. Se cuidó mucho de ir siempre con la cabeza cubierta por la capucha, aun cuando dejó de llover. No quería que nadie la reconociera. Y no quería que nadie se fijara en el parche que había improvisado para cubrir su ojo izquierdo.

Fue complicado encontrar otra vez la casa igual. Ariadna creía recordar su ubicación, pero le costó trabajo dar con ella, como si la propia casa la esquivara o como si su mente intentara por todos los medios evitar que regresara a aquel lugar. Cuando empezaba a desesperarse, dobló una esquina que le resultaba vagamente conocida y se topó con ella de frente; allí estaba, con su simpleza, con su forma

anodina, una casa anónima, de tejado a dos aguas, de fachada blanca. Regresar allí a la luz del día significó conferir más realidad a todo lo que estaba ocurriendo. Su primer intento por abrir la puerta fue en vano, el pomo ni siquiera giró, pero luego recordó las palabras que Evan había pronunciado en el umbral. Debían de ser algún tipo de código, un santo y seña que los identificaba como pertenecientes al mundo oculto.

—Abandonad toda esperanza —dijo Ariadna y esta vez, al tomar el pomo, no encontró resistencia. Y con el funesto augurio que abría las casas iguales todavía en los labios, pasó dentro.

## GEOGRAFÍA OCULTA

El fumadero estaba en una calle de Berlín que no venía en los mapas, una calleja en curva que cortaba la calle Kastanienallee en el popular barrio Prenzlauer Bergen. Era un local lúgubre y sórdido, de techo bajo, con una larga y mugrienta barra a la izquierda y una estancia abarrotada de sofás y divanes al fondo donde varios individuos fumaban de enormes shishas decoradas con runas luminosas. El espeso humo que exhalaban no se disipaba en el ambiente ni ascendía hacia el techo, se limitaba a envolver sus cabezas como una suerte de escafandra trenzada en neblina. Aquel lugar estaba dividido en dos sectores, el primero correspondía a la zona de bar, con su mostrador deteriorado y sus mesas, pequeñas y sucias, arrinconadas contra la pared; la segunda era el fumadero propiamente dicho y era allí donde se reunía la mayor parte de la clientela, entre ella el hombre al que Ariadna había seguido desde la casa igual. El fumadero estaba abarrotado de gente de la más diversa índole, aunque la mayoría compartía un aspecto enfermizo y macilento similar, un aura de derrota irremediable que proclamaba «adicto» a los cuatro vientos.

Ariadna se sentó en una de las mesitas, la más cercana a la puerta y allí bebió a sorbos lentos el café amargo que el camarero le había servido tras dedicarle una mirada de extrañeza, como si se preguntara cómo diablos había terminado alguien como ella en un lugar semejante. Desde donde estaba, alcanzaba a oler el aroma turbio de las cachimbas; era un olor especiado, animal, que le hacía pensar en sudor humano y en tierra mojada. Mientras el camarero le servía el café, la muchacha observó con repugnancia las shishas apiladas en las estanterías próximas al fumadero. Se le antojaron reptiles aletargados a la espera de víctimas desprevenidas. Néctar negro se llamaba la sustancia que consumían en aquel local, eso anunciaba una pizarra colgada entre las cachimbas; fuera lo que fuera aquel néctar venía en tres formatos: puro, cortado y diluido, y la diferencia de precio entre ellos era más que apreciable. Cuando el camarero se ofreció a manchar su café con unas gotas de néctar, Ariadna estuvo tentada de preguntar qué era aquello, pero le desagradó la idea de mostrar ignorancia y se limitó a declinar el ofrecimiento. El camarero se retiró tras dedicarle una mirada de profundo desagrado.

Los clientes del fumadero parecían adormilados, la mayoría se recostaban en sus sillones, envueltos en humo; de cuando en cuando salían de su mutismo para dar una calada a sus pipas antes de volver a perderse en sus ensoñaciones. Una mujer desnuda se abrazaba a sí misma y se mecía de manera lenta y perfecta, casi como un

metrónomo, sobre un diván cuya forma recordaba la silueta de un cisne. Un joven yacía en el sofá vecino con los pies en el respaldo y el torso en el suelo, agitaba de manera lánguida los brazos a medio alzar, como si estuviera inmerso en un baile lento o quisiera atrapar cosas que solo él podía ver. Mientras espiaba, uno de aquellos sujetos, un anciano maltrecho de pelo y barba gris, se incorporó despacio en la mecedora rota que ocupaba, escupió en una palangana a sus pies y volvió a tumbarse tras dar un largo tiento a la pipa de su narguile y dedicarle a ella una mirada vidriada que la hizo estremecer. «Sé lo que eres», parecían decir aquellos ojos vacuos.

Ariadna se concentró en su café. Dispuso las manos en torno a la taza y descubrió que todavía quedaba algo de tierra entre sus uñas. Se sentía tan desprotegida y expuesta como lo había estado la noche de la subasta, más si cabe. Pero tenía que luchar contra ese sentimiento. Estaba en casa. Estaba en el lugar que le correspondía. La Ari de Edmund y Ángela había sido una mentira, una invención de su mente que habían echado abajo a tiros. Debía dejarla atrás. Por mucho que doliera, por mucho que pesara. Volvió a tomar un sorbo de café y sintió cómo la Ariadna olvidada se removía en su mente. Reclamaba su espacio, pero ella se negaba a cederle el paso. No la dejaría volver jamás. No dejaría que aquella cosa asesina y maléfica volviera a existir. Pero ¿qué Ariadna sería entonces? Respiró hondo, con la vista fija en el café. El aroma del néctar negro lo llenaba todo, denso y carnoso, casi como una invitación a rendirse a su hechizo.

«Ven», susurraba el néctar. «Te abriré todas las puertas. Te mostraré el camino. Resucitaré a tus padres. Te devolveré a la vida. Ven. Soy todo lo que necesitas. Todo lo que necesitarás jamás».

Cerró los ojos, aferrada a su taza de café como si aquella pieza de porcelana fuera lo único real y tangible del universo, como si soltarla significara hundirse para siempre en el más profundo abismo.



Le había costado dos días encontrar Berlín.

Durante ese tiempo, las casas iguales la habían arrastrado de ciudad en ciudad, en una sucesión acelerada de distintos paisajes y urbes, saltando de un extremo del globo al otro sin orden ni concierto, abandonada al azar que gobernaba los destinos de esas casas imposibles. En esta ocasión, la segunda parada no fue Lilith, la luna secreta del planeta, sino Río de Janeiro. Ariadna había abierto la puerta esperando toparse con el planeta Tierra en los cielos, pero lo que se encontró en cambio fue la playa de Copacabana. Recordó a Evan tamborilear sobre el umbral de la puerta y comprendió que el muchacho conocía formas de manipular el recorrido de las casas. Pero ella ignoraba cómo hacerlo y no le quedó más alternativa que tomar el camino largo. Esos

dos días habían tenido la consistencia de un sueño, un delirio en el que una y otra vez abría las mismas puertas para enfrentarse siempre a escenarios diferentes: chabolas miserables, rascacielos desorbitados que empequeñecían la pequeña casa de paredes blancas, fábricas humeantes, barrios residenciales, vertederos colapsados de basura y chatarra, hasta en una ocasión llegó a salir en el centro de una plataforma petrolífera abandonada en apariencia. Con un solo vistazo solía bastarle para comprender que las casas iguales no la habían llevado a donde quería llegar, aunque en ocasiones no le quedó más remedio que adentrarse en la ciudad para descartar que estuviera en Berlín.

El primer día abandonó, tras horas y horas de aquel delirante viaje, rendida ya al agotamiento. Hizo noche en Roma, en una habitación exigua de un hostel de mala muerte cerca de la plaza Navona. No logró descansar. Se sumió en una inconsciencia fría, plagada de sueños en los que continuaba abriendo sin cesar las puertas de la casa igual, solo que en su sueño no se topaba con nuevos escenarios tras ellas, era siempre el mismo el que la aguardaba al otro lado: el salón de su casa, el salón de su casa en el momento preciso en el que los mercenarios de Elías asesinaban a su familia. Y a Ariadna no le quedaba más remedio que ser testigo de nuevo de sus muertes. No podía apartar la mirada, el sueño se lo impedía, y aunque intentaba cerrar la puerta con todas sus fuerzas, nunca lo lograba; era tan pesada que parecía roca sólida, tan improbable su movimiento como hacer andar a las montañas a empujones. Los vio morir tantas veces que fue capaz de memorizar cada grito, cada gota de sangre y su trayectoria, cada convulsión, cada sacudida...

De pronto, al abrir por enésima vez la puerta de la casa igual que torturaba sus sueños, el escenario cambió. Apareció en lo alto de una torre de piedra roja, con la cúpula hendida. El edificio se alzaba en lo alto de un acantilado que daba a un portentoso mar de lava. En el cielo había un gigantesco planeta de un verde rutilante. Mar adentro se adivinaba algo inmenso, una sombra ciclópea, una montaña quizá o tal vez una construcción descomunal. La oscuridad no permitía verlo bien, o tal vez el sueño o la amnesia le escamotearan aquel recuerdo, si es que de eso se trataba. Evan estaba junto a ella.

—Confía en mí —le rogaba el muchacho—. Por el Panteón Oscuro, por la hecatombe de los dioses, confía en mí, Ariadna. Aquí estaremos a salvo.

—Te engañas —se escuchó decir con voz cansada, como si llevaran largo rato discutiendo—. No hay lugar en la creación en el que tú y yo podamos estar a salvo. Pensar que puede haberlo nos hace débiles. Da igual dónde nos ocultemos. Nos encontrarán y nos harán volver.

—¿Y qué nos queda entonces? —preguntó Evan. Las ojeras resaltaban como agujeros negros en su rostro pálido. Llevaban días sin dormir.

—Seguir matando —contestó Ariadna—. Seguir matando para ellos. Tener paciencia y esperar. Porque algún día llegará nuestro momento...

A la mañana siguiente le costó trabajo reunir la energía necesaria para retomar el

viaje. Los sueños la había vaciado, se sentía hueca y frágil, incapaz de llevar a cabo la tarea que se había propuesto. Aun así, para su sorpresa, consiguió ponerse en marcha y volver a la rutina cansina de entrar y salir de la casa igual. Tras muchas horas de abrir puertas, por fin llegó a su destino. La ciudad le resultó familiar nada más poner un pie en las escaleras, no en vano había vivido durante semanas allí, a la espera de que la burocracia concediera su tutela a Edmund y Ángela. Como prueba definitiva, al poco de adentrarse en las calles cercanas a la casa alcanzó a distinguir en la lejanía la silueta inconfundible de la Puerta de Bradenburgo. Estaba en Berlín, sin duda; había cubierto la primera etapa de su viaje. No se le escapaba la paradoja de que habría llegado antes con cualquier otro medio de transporte tradicional. Buscó entonces el cobijo de un portal cercano a la casa igual y desde allí espió el edificio que la había llevado hasta Berlín. No tuvo que aguardar mucho tiempo hasta que la puerta se abrió otra vez. Un hombre rubio, de pelo alborotado, vestido con una gabardina verde demasiado larga, bajó trastabillando las escaleras de la casa y echó a andar calle arriba. Ariadna no se arriesgó a leer entre líneas en él, para hacerlo tendría que retirar el parche de su ojo izquierdo y tenía la certeza de que Evan aguardaba al otro lado, a la espera de un momento de flaqueza para asomarse a su mirada e intentar averiguar dónde estaba. Durante casi una hora siguió al hombre de la gabardina verde, siempre a una distancia prudencial, hasta que lo vio adentrarse en aquella calle extraña, un ramal de la calle Kastanienallee situado entre dos bares que, por una curiosa paradoja visual, resultaba invisible si no se miraba desde cierto punto concreto de la calzada. El hombre entró en el único local abierto en aquella calleja y Ariadna, tras aguardar unos minutos, lo siguió dentro.

Hizo durar el café mientras pensaba qué hacer a continuación. En el tiempo que le llevó acabar la taza, varios clientes más entraron en el local y solo uno, una mujer lívida envuelta en un abrigo de visón raído, salió de él, con un caminar tan torpe que a cada paso parecía a punto de dar con sus huesos en tierra. Todos los que entraban tenían la misma traza arruinada y desesperada, todos, comprendió Ariadna, eran adictos a la sustancia que se vendía allí. Unos pocos se habían esparcido por la barra y las mesas, ellos no consumían pipas sino néctar diluido, bastante más barato.

—Otro café solo, por favor —le pidió al camarero, un hombre delgado de rostro agrio, pelo corto y mejillas infestadas de pecas—. Sin manchar —añadió en el último momento.

Le resultaba extraño volver a conversar en alemán después de tanto tiempo. Ariadna nunca había tenido muy claro cuál era su lengua natal. Se manejaba bastante bien en inglés, castellano y alemán, y conocía lo bastante del francés como para defenderse en ese idioma. Los tres primeros habían venido con ella desde su amnesia, más que aprenderlos los había recordado. Siempre le había resultado curioso saber esos tres idiomas, mostraba una clara educación, ahora comprendía que eran un instrumento más. Una asesina tenía que saber desenvolverse.

—Sin manchar —masculló el hombre con sorna. Lo había sorprendido mirándola



con desaprobación más de una vez—. Tú no has venido por néctar —le espetó mientras dejaba, de mala manera, la taza ante ella—. Todos los que vienen a este sitio buscan néctar. ¿A qué has venido tú, niña? ¿Qué haces aquí?

—Busco a un hombre —contestó al cabo de un instante.

—En este local no hay nadie que quiera ser encontrado —le contestó él. La mirada del camarero se endurecía por momentos.

—No es nadie de aquí —se apresuró a decir—. Se llama Edgar. Edgar Müller. Estoy intentando localizarlo y por lo que sé es probable que se encuentre en Berlín. Este sitio me pareció tan buen lugar para empezar a buscar como cualquier otro.

—Pues te has equivocado de pleno, muchacha. No lo es. —Cabeceó hacia más allá de la barra—. Dentro de nada el bar se me abarrotará de gente y necesitareé sitio para la clientela de verdad. Tómame el café y vete a buscar a tu hombre a otra parte.

Ariadna frunció el ceño.

—Si me echa unas gotas de ese néctar, ¿seré un cliente de verdad y podré quedarme? —El hombre, tras un instante de duda, asintió, aunque su gesto continuó igual de adusto. Ariadna empujó la taza hacia él—. Pues hágalo entonces.

El camarero se acuclilló un momento tras la barra para reaparecer con una botella de cristal verdoso. Dentro había una especie de tubérculo grisáceo de forma amorfa, recubierto de cerdas pardas, a medio sumergir en una sustancia negra, similar en consistencia al alquitrán. El hombre quitó el émbolo que cubría el dosificador de la botella y echó tres gotas en la taza de Ariadna. Esa miserable cantidad de néctar servía para multiplicar por veinte el precio de aquel café. Las gotas no se diluyeron, comenzaron a ramificarse, de ellas nació una intrincada red de zarcillos que a modo de raíces se fueron extendiendo por el café. El olor denso de aquella cosa le inundó las fosas nasales.

«Ven. Te traeré el pasado, el presente y el futuro. Todo lo bueno comienza en mí. Todo lo maravilloso. Todo lo perfecto».

Volvió a su mesa, intentando mantener la taza lo más alejada posible de ella. No tenía la menor intención de beberse aquello, su mera contemplación la repugnaba. Tomó asiento y miró alrededor. Era cierto que el local estaba cada vez más repleto. Apenas había sitio ya en la zona del fumadero y el número de clientes acodados en la barra o sentados a las mesas había crecido de manera notable. ¿Qué hacer?, se preguntó Ariadna. ¿Regresar a la casa igual y esperar hasta encontrar una persona que no la arrastrara a algún lugar sórdido del mundo oculto? ¿Seguir a uno de los clientes que saliera del local con la esperanza de que la condujera a un mejor sitio donde probar suerte?

—Sería una lástima desperdiciar ese néctar —anunció de pronto alguien a su lado. Levantó la vista para encontrarse con la mirada de un anciano bajito y entrado en carnes que la observaba con nerviosismo evidente. Su sonrisa, tímida, le inspiró cierta ternura, había algo de Papá Noel triste en aquel sujeto. Aun así hundió la mano derecha en el bolsillo de su anorak y aferró la empuñadura del cuchillo de cocina que

llevaba como protección, otro objeto robado a la familia de Sara, la dibujante frustrada—. Si se enfría pierde propiedades y el efecto no es el mismo, ¿sabes? —continuó el extraño. La miraba con anhelo poco disimulado—. No es tan profundo, por así decirlo...

—¿Lo quiere usted? —le preguntó mientras hacía un gesto hacia la otra silla de la mesa—. Yo no pienso bebérmelo. Esa cosa me da grima.

Al hombrecillo le brillaron los ojos mientras se sentaba. Vestía de manera humilde, con ropa desgastada y remendada mil veces; todo en su aspecto hablaba de una decorosa miseria. Tomó la taza con manos temblorosas y se la acercó a los labios. Pero no llegó a completar el gesto. Se detuvo a medio camino y contempló el café con expresión contrita, luchando de forma evidente contra el ansia de beber.

—Me puede el deseo, pequeña —murmuró y el tono de su voz evidenció el gran esfuerzo que tenía que hacer para no beber de inmediato—. Y me falla la educación. Permite que me presente. —Su mirada volaba, veloz, de ella a la taza y de la taza a ella—. Me llamo Eugenides Deveraux aunque por los avatares a los que me ha sometido el destino me he ganado el apodo de Malasuerte. Soy un perdedor, un pobre pecador reincidente sin fuerza de voluntad alguna. Y también, lo admito, un adicto al néctar negro. —Y tras aquella confesión, incapaz ya de contenerse, se bebió de dos tragos el contenido de la taza. Las manos le temblaron aún más cuando la devolvió a la mesa. Se reclinó y sonrió con placidez—. Ah... —murmuró. Una lágrima penduleó en sus pestañas pero consiguió atraparla en el dorso de la mano derecha antes de que llegara a caer—. Ah... Venecia —dijo—. Qué hermosa estaba ella aquella tarde en Venecia, perdidos ambos en los canales... Era primavera, lo recuerdo, era primavera y el sol deslumbraba con su brillo y el aire olía a almendras y a agua estancada. —La miró a los ojos, pero no era a ella a quien estaba contemplando, comprendió Ariadna. Malasuerte no estaba del todo allí—. Tiré al gondolero al agua solo por escuchar una vez más el milagro de su risa. Después la besé bajo el Puente de Rialto y la luz del crepúsculo la hizo tan real que casi me eché a llorar. «Ven conmigo», le pedí, «ven conmigo y te mostraré un mundo nuevo». Y ella contestó que sí.

Ariadna se inclinó en la mesa. Algo ocurría en los ojos de Malasuerte. Era como si el néctar negro se estuviera enraizando en sus globos oculares, del mismo modo en que lo había hecho en la taza; se distinguían unos finos zarcillos negros agitándose allí dentro. El hombre cerró los ojos y en su rostro apareció tal expresión de dicha que Ariadna sintió una punzada de envidia. El anciano continuaba hablando aunque no conseguía entender sus palabras. ¿Era mero delirio producto del néctar o estaba conversando con la mujer de Venecia? Ariadna aguardó mientras el hombrecillo continuaba sumido en su trance. Tardó unos minutos en dar muestras de salir de él. Pestañeó, le ofreció una sonrisa de disculpa y acto seguido sacó un pañuelo impoluto del bolsillo de su camisa con el que se limpió los ojos. Guardó silencio mientras miraba ensimismado la taza vacía.

—La primera vez que tomé el néctar negro fue en Estonia —le dijo. Tenía la voz

estrangulada por la emoción—. Al poco de morir Adelaida, mi tercera esposa. Un error terrible, muchacha —la miró, incómodo—. Un error terrible que no me arrepiento de haber cometido, por qué mentir. Fue néctar puro, no este triste sucedáneo, lo que me dieron a fumar aquel día. —Le sonrió a modo de disculpa, como si ella pudiera considerar de mal gusto que menospreciara la taza a la que le había invitado—. El tiempo es siempre relativo cuando estás bajo el efecto del néctar —explicó—. Los segundos se pueden convertir en horas, los minutos volverse semanas... En mi sueño viví más de dos meses con Adelaida. No reviví mis recuerdos con ella, como ha sucedido ahora, no, fueron dos meses de vida nueva y plena. Dos meses increíbles donde todo fue maravilloso. Eso me regaló el néctar aquella primera ocasión: un espejismo al que abrazarme tras mi pérdida. Puede sonar triste, lo admito, pero a veces lo único que te queda es abrazarte a espejismos.

Al contrario que con el camarero, no le importó confesar su ignorancia a aquel hombre.

—Pero, ¿qué es el néctar negro? —preguntó en voz baja.

Si a Malasuerte le sorprendió que no lo supiera, no dio muestras de ello. Tomó la taza, vacía por completo, y observó su interior unos instantes antes de responder.

—El néctar negro es una de las drogas sobrenaturales más poderosas que existen —le explicó—. Y es difícil no sucumbir a sus encantos, te lo aseguro. ¿Cómo no hacerlo? —Sonrió con tristeza—. El néctar se limita a hacerte feliz. Solo eso. Te hace feliz, sin ningún tipo de efecto secundario. Oh, sí, produce una adicción terrible. Pero no es a la droga a lo que te vuelves adicto, te enganchas a la sensación de maravillosa plenitud que te regala. Y dime, ¿qué hay de malo en ello? ¿No es eso lo que buscamos todos en este mundo terrible? Un momento de pura felicidad, un destello de gloria... ¿Qué importa si es una droga la que te lo proporciona? ¿Qué más da si no es real si tú lo sientes como tal? ¿No estás de acuerdo?

Un hombre chocó contra su mesa conforme salía del local. Tenía la expresión vidriada y una mancha de vómito reseco en la pechera de su camisa mal abotonada.

—Él no parece muy feliz —indicó Ariadna mientras lo seguía con la vista.

—Por supuesto que no —reconoció Malasuerte—. Acaba de salir de la más dulce de las ensoñaciones para encontrarse en una realidad de mierda. ¿Te extraña que esté en *shock*? Se le pasará y volverá a por más. Todos lo hacemos. —Dejó la taza otra vez sobre la mesa. Ariadna comprobó que todavía le temblaban las manos—. El néctar negro se destila de unas simpáticas plantas carnívoras llamadas somnolíferas, ¿sabes? Atraen a sus víctimas con su aroma y luego las sumen en un profundo sueño. Mientras duermen, las plantas hunden las raíces en ellas y las vacían de toda esencia y vida, las reducen a cáscara, a piel reseca. Y mientras la planta se alimenta, sus presas no dejan de soñar, se sueñan felices, plenos, hinchidos de vida, con todas sus esperanzas cumplidas... —Compuso una sonrisa para tranquilizarla al ver su expresión de desagrado—. Pero no tienes por qué preocuparte de esos horrores, pequeña. Esas plantas solo crecen en las sombras y no tienes aspecto de ser alguien

que se acerque demasiado a ellas. —A continuación añadió—: Sabes lo que es la Umbría, ¿verdad?

Ariadna estuvo a punto de negar con la cabeza, pero justo cuando comenzaba su gesto se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Sabía muy bien de qué estaba hablando Malasuerte. La Umbría era el submundo, lo profundo. La Umbría era la tierra del espanto, la realidad distorsionada y retorcida por la magia.

Su mente se pobló de escenarios demenciales, recuerdos fragmentarios de cuando su otro yo había transitado las tierras lúgubres: se vio atravesar habitaciones repletas de polvo y arena, con instrumentos musicales apilados contra paredes que no dejaban de gritar y sangrar; se contempló inmóvil en mitad de un bosque hecho de estatuas a medio derretir, sin saber qué camino escoger, sabedora de que una mala elección traería aparejada la muerte y una incómoda resurrección; se recordó perdida en una ciénaga infestada de malas hierbas y árboles de cuyas ramas colgaban cadáveres de recién nacidos que no paraban de llamar a sus madres; se vio de pie ante una montaña de esqueletos que emergía del centro de un lago de sangre, aquel osario estaba coronado por varios hombres desnudos, abiertos en canal, cosidos unos a otros con sus propias entrañas...

—Conozco las sombras —contestó Ariadna. La repentina seriedad de su voz hizo que el anciano entrecerrara los ojos.

—Entonces sabrás que hay que evitarlas —dijo—. Y comprenderás el motivo por el que el precio del néctar negro es tan desorbitado. Los recolectores se juegan la vida al entrar en la Umbría. Dicen que no hay profesión más peligrosa que la de los exploradores de sombras. Ni siquiera los exorcistas corren tanto riesgo como ellos cuando se enfrentan a los parásitos infernales... —Sonrió—. ¿He satisfecho tu curiosidad con respecto a la esencia negra? ¿Hay algo más que quieras saber sobre ella?

Ariadna negó con la cabeza. No podía dejar de pensar en las sombras. Esas zonas oscuras del mundo la subyugaban, la atraían. Sentía su llamada del mismo modo en que había sentido la llamada del néctar negro en aquel local. Y ahora comprendía el motivo.

«La Umbría es nuestro hogar», escuchó decir a la otra Ariadna en su cabeza. «En las sombras está la casa sin ventanas. La mayor parte de ella, al menos».

—Buscas a Edgar Müller —dijo el hombrecillo de pronto, sacando a Ariadna de su ensimismamiento. Le costó trabajo regresar a la realidad—. Ruego que me disculpes, pero oí cómo preguntabas por él al desagradable camarero que lleva este tugurio. Responde a mi pregunta, pequeña, responde sin miedo. ¿Buscas o no a Edgar Müller?

—Lo busco —concedió.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Era amigo de mi padre —contestó ella—. ¿Lo conoces?

—No en persona, pero he oído hablar de él. Es un personaje notable del mundo

oculto berlinés. Un héroe —dijo con afectación—. Cuentan que ha sido el único hombre en viajar a Filo Escarcha y regresar con vida. Dicen también que se enfrentó a uno de los demonios del Panteón Oscuro durante la Guerra del Horror y que estuvo a punto de vencerlo... Un tipo arrojado, valiente como pocos, dicen. Un héroe de libro. —Se rascó la barbilla—. Lo último que oí de él es que anda medio retirado. Que se casó y tuvo hijos.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

Malasuerte se encogió de hombros.

—Puedo intentar localizarlo —dijo—. De hecho estoy convencido de que podría dar con él solo con un par de llamadas. No lo conozco en persona, es cierto, pero tenemos amigos en común. —Sonrió con picardía—. Pero recuerda que soy una criatura débil, un ser lamentable que solo vive para el néctar negro. Yo te conseguiré a Edgar Müller solo si tú, a cambio, me ofreces un pedazo de buena y falsa felicidad. Felicidad pura, no diluida. ¿Qué te parece, niña triste? ¿Tú me ayudas y yo te ayudo? ¿Tenemos un trato?

—Tenemos un trato —contestó ella.



Había un hombre muerto frente a uno de los carros. Estaba desnudo, tumbado de costado y con los ojos abiertos.

Junto a él se acuclillaban dos ancianas, ambas estaban dibujando espirales sobre el cuerpo; una las dibujaba negras, la otra rojas. El cadáver ya había cobrado el aspecto de un mapa tétrico, de un laberinto insoluble; a Marc le costaba trabajo apartar la mirada de él, había algo hipnótico en esos dibujos entrelazados. Los niños y los perros del campamento corrían entre los carromatos, ajenos al cuerpo y a las viejas que continuaban ensimismadas en su tarea, ajenos también a su propia presencia.

Marc consiguió al fin apartar la vista del cadáver y dio un nuevo sorbo a la taza de licor que los gitanos le habían ofrecido al poco de llegar. Evan le había prevenido de que debía aceptar cualquier obsequio que le hicieran y beber y comer todo lo que le pusieran delante, por desagradable que resultara a la vista, al gusto, al olfato o a las tres cosas a un tiempo.

—Serás su invitado y protegido solo mientras respetes las reglas del campamento —le había advertido—. Y ni se te ocurra mirar a la cara a ninguna de sus mujeres, se lo pueden tomar muy mal. A más de uno le han cortado los huevos por mirar a quien no debía.

Marc dio otro sorbo. El licor era tan denso que casi necesitaba masticarlo para hacerlo pasar. Ni se le cruzó por la cabeza preguntar qué era aquello. Se limitó a

seguir bebiéndoselo ante la atenta mirada de la pequeña concurrencia reunida alrededor de la hoguera. Aquello sabía a carne demasiado pasada, a queso agrio y a metal. Y ya desde el primer trago había notado cómo afectaba a sus sentidos. Los bordes de los objetos parecían más brillantes mientras las siluetas de los seres vivos se iban oscureciendo, con lo que el mundo se había ido convirtiendo en un escenario deslumbrante poblado de sombras desdibujadas. El único que permanecía inmutable era el muerto ante el carromato.

Había intentado preguntar por Ariadna en cuanto había llegado, pero cualquier intento de comunicación había resultado inútil. Ignoraban sus preguntas por sistema. Se limitaban a sonreír y a asentir cuando les hablaba. Comenzaba a pensar que no había nadie allí que entendiera su idioma. Resopló. Todavía le costaba creer que estaba de verdad en Alemania. Y había llegado allí sin abandonar Madrid. Se habían limitado a entrar en una casucha blanca y, al salir de ella, en una pirueta de la lógica y de la razón, estaban ya en Berlín. Ari le había hablado de las casas iguales, pero una cosa era admitir la posibilidad de que algo así existiera y otra diferente confirmarla.

«Estoy en un bosque perdido a las afueras de Berlín, en el campamento de unos gitanos que me están emborrachando, drogando o ambas cosas a un tiempo», se dijo, medio alucinado. «Y hay dos viejas pintando de colores a un muerto».

Marc tomó otro sorbo de aquel engrudo. Había una veintena de carromatos en aquel claro, dispuestos alrededor de cuatro grandes fogatas. El colorido del campamento era asombroso. No había carro que no estuviera pintado en al menos diez colores que, por supuesto, no compaginaban entre sí. Las ropas de los gitanos eran igual de estridentes y chillonas, y todos, sin importar su sexo o edad, llevaban las uñas y los labios pintados en los más diversos tonos. Fuera del campamento quedaba la cuadra que habían improvisado para los caballos. Aquellos animales le habían parecido siniestros en un primer momento, casi irreales. No tardó en darse cuenta de que no eran seres vivos, eran una suerte de autómatas con forma equina, caballos falsos de tamaño natural, hechos de madera, tuercas y planchas de metal. Al ver aquello había cobrado una nueva dimensión el regalo que llevaba en la caja que Evan le había dado.

—Entrégaselo al primer gitano que se te acerque —le había dicho mientras se la tendía en el lindero del bosque, no muy lejos de allí. Era una caja de laborioso labrado; habían tallado en la madera una infinidad de palabras, inscritas unas en otras de tal forma que no se podía leer ninguna.

—¿Qué se supone que es? —Sopesó la caja con aire suspicaz. Se dispuso a agitarla, pero Evan, rápido, le detuvo.

—Hay un corazón de potro ahí dentro. Un corazón vivo —le informó, y nada más hacerlo, Marc fue consciente del latido acompasado que llegaba desde el interior de aquella cosa—. No lo agites demasiado, por favor, es muy frágil y una mala sacudida podría matarlo. Dáselo al primer gitano que veas. Te conducirá a su campamento.

Junto a la hoguera estaba el gitano al que le había dado la caja, un hombretón

adusto, de mandíbula cuadrada y pelo largo y negro adornado con campanillas y mechas multicolores. Se le había acercado a paso rápido en cuanto Marc enfiló hacia el campamento. El joven se había sentido amedrentado, más si cabe cuando aquel energúmeno se había puesto a gritarle en alemán. Por toda respuesta, Marc le había tendido la caja y la actitud del gitano había cambiado al instante. Acercó un oído a la portezuela labrada y, tras asentir despacio, lo había guiado al campamento.

Marc apuró la copa con un último trago y, como si precisamente a eso hubiera estado esperando, uno de los gitanos se levantó y se dirigió a paso moroso al carromato más colorido del campamento. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Una muchacha se aproximó a Marc y le quitó la copa de las manos, envolviéndola con exagerada afectación en un paño bordado. Estuvo a punto de dedicarle una sonrisa de agradecimiento, pero se contuvo al recordar la advertencia de Evan.

La puerta del carromato principal se abrió otra vez y el hombre que acababa de entrar salió fuera. No lo hizo solo. Lo acompañaba una anciana que caminaba a pasos cortos, apoyándose en dos bastones nudosos y retorcidos. A pesar de estar encorvada era la mujer más alta que Marc había visto en su vida. Sus curvas podían haber declinado, pero su porte y su figura evidenciaban que en el pasado había sido una mujer espectacular. Su cabello, negro, sedoso y brillante, era tan largo que lo arrastraba a su espalda como la cola de un tenebroso vestido de novia. Pero lo más llamativo era su rostro: sus ojos, enormes, eran, al igual que el izquierdo de Ariadna, al igual que el derecho de Evan, absoluta y totalmente negros. Pero aquella oscuridad tremenda no estaba contenida solo en su mirada, rebosaba hasta tiznar de negro sus mejillas y su frente, como si la negrura se le hubiera derramado por la cara.

Marc tragó saliva. Un niño se acuclilló de pronto a su lado, le susurró algo que no llegó a entender y justo después sintió un doloroso pellizco en la muñeca. Lo siguiente que vio fue cómo el muchachito se acercaba un pequeño puñal a los labios y lamía la punta, manchada de sangre. Era suya, aquella sangre era suya. El niño le había hecho una pequeña incisión en la muñeca, justo en el nacimiento de la palma. Lo miró, sorprendido de no estar sorprendido en realidad. Luego alzó la vista. La anciana ya había llegado hasta ellos y era tan hermosa, aun en el ocaso de su vida, que durante unos instantes se olvidó de respirar. La gitana dijo algo en un idioma incomprensible, que no se parecía a nada que hubiera escuchado; era un lenguaje líquido, hecho de silabeos y chasquidos. No era alemán, sin duda. Era un idioma mucho más antiguo.

—¿Quién es este extraño que ha llegado a nosotros? —dijo el niño en perfecto castellano. Marc le dirigió una rápida mirada, preguntándose si ya había sabido su idioma antes de probar su sangre o había sido después de hacerlo cuando era capaz de hablarlo.

El hombre que llevaba la caja habló en el mismo lenguaje de la anciana. Y de nuevo el niño se encargó de traducir sus palabras.

—Un peregrino. Ha traído un corazón para nuestros caballos y ha bebido la sangre de los antiguos. Mientras esta permanezca en su cuerpo formará parte de nuestro pueblo y le trataremos con el respeto que se merece.

—¿Cómo se llama nuestro nuevo hermano?

—Traía auestas su propio nombre, pero ese en nada nos interesa. —El niño hablaba en paralelo a quien traducía, e imitaba a la perfección sus pausas y su tono—. Ahora se llama Caifás. Mientras la sangre del primer pueblo corra por sus venas será Caifás.

—Caifás —murmuró Marc, mareado. ¿Sangre de los antiguos? ¿Qué le habían dado a beber aquellos locos?

—¿Qué te trae hasta nosotros, Caifás? —le preguntó la anciana, clavándole su mirada lóbrega.

Marc (Caifás) se estremeció. La mujer había formulado una pregunta y todo su ser estaba respondiendo a ella sin que fuera necesario abrir la boca. La gitana estaba leyéndolo entre líneas. Era capaz de sentirlo; un viento lento y cálido que lo rodeaba, una caricia vigorosa que recorría su ser por dentro y por fuera, que palpaba sus deseos, sus sueños, que hurgaba en el centro mismo de su alma. La anciana sabía ya la respuesta a su pregunta, pero aun así, aguardaba a que él contestara. Era importante que lo hiciera. Vital.

—Busco a mi novia —dijo. La voz sonó tomada por el alcohol—. Busco a Ariadna. Me han dicho que en el pasado encontré refugio entre vosotros y he venido con la esperanza de que sepáis su paradero. Es fácil de reconocer. Tiene un ojo azul y el otro... —Alzó la mano para señalar a la anciana—. Como los suyos. Negro, negro por completo.

—¿Conocemos a esa tal Ariadna, hermanos? —preguntó la mujer. Su mirada seguía fija en él. Tenía la boca entreabierta y alcanzó a distinguir los dientes. Eran afilados, hasta el último de ellos. Y también eran negros.

Otro de los gitanos sentados a la hoguera asintió mientras le sonreía. Sus dientes también eran pequeños estiletes, pintados en su caso de rojo y verde oscuro. La sangre de los antiguos... Y Marc, aturdido por el licor, comprendió que se encontraba entre vampiros. Vampiros reales, no los de las historias.

—La conocemos —tradujo el niño a medida que hablaba el hombre—. Llegó a nosotros hace cinco años. Compartió la sangre y formó parte de nuestro pueblo durante más de dos lunas. Nunca conocimos el nombre que trajo con ella. Durante el tiempo que estuvo aquí, fue Daga para nosotros.

—¡Daga! —exclamó la anciana. Su sorpresa era fingida, Marc lo sabía muy bien. Aquella mujer lo sabía todo de él—. La niña muerta. La virago. La asesina. Amas a alguien incapaz de amar, ¿eres consciente de ello, Caifás?

—Se equivoca... —Dudó un momento. ¿Con qué tratamiento debía dirigirse a aquella mujer? De manera inconsciente le había venido a la boca la palabra «alteza»—. Se equivoca —repitió—. Ella me quiere. O me quiso. Es capaz de amar,



lo sé. Pero aunque no lo hiciera, aunque me repudiara, eso no cambiaría nada. La busco porque está en peligro. Tengo que encontrarla.

—No vino sola —añadió la anciana—. Otros la acompañaban. Un grupo muy singular. Todos asesinos, todos carroñeros. —Sonrió—. La mujer sin rostro, el demonio y el que siendo uno era muchos. Olvido a alguien. Oh, sí. También estaba él. El amante perverso de tu novia perdida. —Su mirada se hizo más incisiva y Marc comprendió que sabía que Evan estaba cerca, sabía que había sido él quien lo había mandado hasta allí—. ¿Con qué nombre lo bautizamos a él, Gargar? ¿Lo recuerdas, tú que no olvidas nada?

—Puñal, diosa —contestó un gitano diminuto—. Maldito crío. Era un insensato, un canalla y un sucio timador. Y el único ser vivo capaz de vencerme bebiendo. —Soltó una carcajada. Sus dientes eran cuchillas esmeralda—. Lo eché de menos cuando se marcharon.

La anciana vampira redobló el interés con que lo miraba.

—Caifás... —El mundo se diluyó. En aquel momento, en aquel lugar, solo estaban él y aquella mujer extraña. La voz que oía ya no era la voz del niño, era la de la vampira—. Caifás... —repitió. Y ese era su nombre, sin duda. Siempre lo había sido—. ¿Eres consciente del camino que pisas? —preguntó ella—. ¿Eres consciente de la naturaleza del sendero en el que te has adentrado?

—Cualquier camino que me lleve a ella es mi camino. No tengo miedo, señora. —Y se apresuró a añadir—: Solo temo no volverla a ver jamás. Eso es lo único que temo.

—El amor te hace ciego. —A medida que hablaba, la anciana se fue acuclillando. Quedaron frente a frente. Los ojos negros, inmensos, fijos en los suyos—. ¿Sabes qué somos, Caifás? —preguntó.

—Vampiros —contestó él. Era absurdo negarlo.

—Vampiros... Ese es el nombre falaz con el que se nos conoce —dijo ella—. Somos el pueblo perdido, los Sanguinarios, los hijos de Caín. El hombre y su magia nos derrotaron hace siglos y nos condenaron a no ser nada más de lo que ves aquí. Nómadas coloridos. Bastardos errantes. —Sus ojos eran agujeros negros capaces de beberse su vida y su esencia—. Estamos malditos, Caifás. Los hechizos del hombre nos impiden tocar nada que esté vivo, nos obligan a no morder carne que lata. La sangre que bebemos ahora es desabrida, nos mantiene vivos, pero no nos alimenta. Y aun así el estigma del horror nos señala allá donde vamos. Hay pocas cosas que sean tan despreciadas en el mundo secreto como nosotros. Pero entre esas pocas cosas, está la mujer que buscas. ¿Estás seguro de que quieres encontrarla? —Él no contestó. Se limitó a mirarla. Que le leyera en el alma la respuesta. La anciana asintió—. Estás seguro. Aunque la búsqueda te depare la muerte irás tras ella.

—La necesito —dijo él—. Si supiera que no iba a volver a verla nunca más me mataría aquí mismo.

—Tonterías —gruñó ella—. Recapacita. ¿Sabes cuántos años tengo, Caifás? Ni

yo lo recuerdo. He visto guerras y revoluciones. He amado con la intensidad de las estrellas, con la furia de los que se entregan en cuerpo y alma. Dos hombres y una mujer lo fueron todo para mí. Y morí con cada una de sus muertes. Pero aprendí a amar de nuevo. Y tú volverás a hacerlo. Escúchame, Caifás, y sigue mi consejo: deja de buscar. Vuelve a casa. Aunque parezca imposible, el dolor pasará. Puede que lleve años, pero pasará. Y podrás volver a amar. Si vas tras Daga corres el riesgo de cortarte.

—No me importa. No me importa. —El calor que corría por sus venas lo envalentonó—. La encontraré.

La anciana se incorporó de nuevo, despacio. Marc escuchó cómo sus huesos crujían mientras se alzaba, haciéndose otra vez inmensa.

—No podemos ayudarte, Caifás —dijo desde las alturas y él sintió que se hundía en un pozo más profundo que su mirada. ¿A qué se debía tanta pantomima si en definitiva no podían ayudarlo?—. No sabemos dónde se encuentra la niña muerta. Nuestros caminos no se han vuelto a cruzar desde aquel primer encuentro —anunció—. Pero hay algo que sí podemos compartir contigo. Cierta información que quizá pueda servirte. Hace unos años nos visitaron otra vez la mujer sin rostro, el demonio y el que era muchos siendo uno. Bebieron de nuevo la sangre antigua y se calentaron a nuestro fuego. Buscaban a Puñal, al que había sido su compañero y hermano en otros tiempos. Buscaban al timador, al canalla, al insensato, al amante oscuro de tu novia perdida. Y te puedo asegurar que sus intenciones para con él no eran gratas. Por lo visto les había causado un gran perjuicio aunque no nos desvelaron la naturaleza del mismo. Escúchame, Caifás: fuerzas terribles convergen en esa criatura, te lo aseguro. Le auguro un destino fatal.

»A él y a cualquiera que lo acompañe.

\* \* \*

La dirección que le proporcionó Malasuerte conducía a una pequeña callejuela peatonal situada entre dos bloques de apartamentos de aspecto maltrecho, con las ventanas reventadas a pedradas. Era evidente que los servicios de limpieza llevaban años pasando por alto aquella calle; la mugre y la basura se apilaban contra las fachadas, en las escaleras y en los soportales. Todas las tiendas daban la impresión de llevar cerradas desde tiempos inmemoriales, y la mayoría de los portales estaban tapiados, unos con madera claveteada y otros con verdaderos muros de ladrillo. Aquel lugar era, sin duda, una calle muerta. Ariadna comprobó la hora, habían pasado ya las cinco de la tarde, la hora a partir de la cual, según le habían dicho a Malasuerte, era más probable encontrar a Edgar Müller allí. Aquella información le había costado a Ariadna la mitad del dinero que le había robado a la familia de Sara Vargas.

Cuando llegó al número indicado se encontró una puerta de madera desvencijada, repleta de pintadas en alemán de carácter sexual. Miró alrededor, recelosa. Nada se movía. Desde donde estaba podía ver la salida de esa calle de mala muerte, un poco más adelante la ciudad recuperaba su aspecto y pulso habituales. En el espacio de unos segundos pasaron varias personas. No estaba lejos de la civilización. A un grito de distancia tan solo. Eso le dio ánimos para continuar. Eso y el cuchillo en su bolsillo.

Llamó a la puerta con los nudillos.

Escuchó pasos rápidos y hasta creyó oír la respiración de alguien al otro lado.

—¿Quién llama? —preguntó una voz ronca. Ariadna se puso en guardia de inmediato. Metió la mano en el bolsillo de su sudadera y aferró el mango del cuchillo con fuerza.

—Estoy buscando al mago de la lanza —dijo, con poca convicción—. Me han dicho que puedo encontrarlo aquí.

—¿Y quién lo busca?

—Yo... —Se resistía a dar su nombre—. Edgar conoció a mi padre adoptivo hace unos años. Edmund Glock. Fue aquí en Berlín. Necesito hablar con él.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Ariadna comenzaba a impacientarse. Justo cuando se disponía a hablar de nuevo, escuchó el sonido de cerrojos y cerraduras al retirarse. La puerta se abrió, solo una rendija, y un rostro la espió desde las sombras.

—Edmund Glock —murmuró—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre. Pasa, muchacha, pasa. —El desconocido se hizo a un lado. Ariadna se resistió a entrar. El lugar olía a abandono, a desgana. Estuvo tentada de retirarse el parche del ojo para leer entre líneas, pero la idea de que Evan pudiera colarse en su mirada y descubrir dónde estaba la aterrorizaba. No estaba preparada para enfrentarse de nuevo a él.

Tomó aliento y dio un paso al frente.

En cuanto atravesó el umbral una mano salió de la nada, la aferró del antebrazo y tiró de ella con fuerza hacia dentro. Alguien rio en las tinieblas, una risa malsana, enferma. Y Ariadna comprendió que acababa de cometer un terrible error.

«¡Es una trampa, estúpida!», exclamó la asesina que llevaba en su cabeza. «¡Te has metido en una trampa! ¡Déjame salir!».

—¡No! —gritó ella.

A su espalda se escuchó ruido de cerrojos. Alguien acababa de cerrar la puerta. Se encendió una luz en las alturas, lo bastante intensa como para deslumbrarla. Sacó el cuchillo y, casi sin pensar, lanzó una estocada al frente. El filo del arma rozó a su atacante.

—¡Zorra! —oyó gritar. Algo impactó contra su mandíbula, un puñetazo salvaje que, de no haber sido por la mano de hierro que todavía la aferraba, la habría mandado de bruces contra el suelo. Intentó otra vez apuñalar a su captor, pero alguien le sujetó la mano que empuñaba el cuchillo y se la retorció con saña. Sus dedos

soltaron el arma, que cayó al suelo con un sucio tintineo.

«¡Déjame salir!», insistía la otra Ariadna. «¡No puedes enfrentarte a ellos! ¡Has olvidado cómo hacerlo!».

En el vértigo de la situación distinguió dos hombres. El que la mantenía presa olía a colonia barata y era enorme. Tendría unos cuarenta años y su mirada era la mirada de un demente. Llevaba una gorra encasquetada en la cabeza y una cicatriz mal curada recorría su mejilla y se adentraba en curva en su nariz, grande y retorcida. El otro estaba junto a la puerta, era un muchacho pelirrojo, entrado en carnes, de mirada ávida. Ariadna pateó en la espinilla al hombre que la sujetaba, pero este ni se inmutó. Antes de que pudiera reaccionar la inmovilizó, con un brazo alrededor del estómago y otro al cuello. Con el movimiento, Ariadna tuvo un atisbo del lugar donde había ido a parar: una nave abandonada, repleta de cajas polvorientas y lo que parecían ser muebles cubiertos de sábanas. Malasuerte también estaba allí, sentado en una caja de madera, sin que sus pies tocaran el suelo. Verlo fue la confirmación definitiva de que le habían tendido una trampa. A punto estuvo de ceder a los deseos de la otra Ariadna y permitirle tomar el control. La muchacha gruñó como un animal atrapado e intentó patear a su captor en el estómago, pero apenas tenía espacio para maniobrar. Malasuerte seguía teniendo el mismo aspecto benévolo del fumadero, la misma sonrisa dulce. Y eso lo hacía todavía peor.

—Te lo advertí, niña. Te avisé de que no era más que un pobre pecador —dijo mientras bajaba de un salto de la caja—. Un perdedor sin remedio, un alma sin voluntad. Ah... si solo fuera adicto al néctar negro, qué sencillo sería todo. Pero hay tantas tentaciones ahí fuera...Tantas. Y yo soy tan débil.

—Confíé en ti —siseó ella. Desbordaba rabia.

—Mala suerte —dijo. Le dedicó una mirada severa—. Que esto te sirva de lección, muchachita. Desconfía. Siempre. De todo y de todos. —Suspiró con hastío—. Aunque en tu caso es una lección que llega tarde, ¿verdad? —Volvió a sonreírle y la amabilidad venenosa de su gesto hizo que se retorciera con más ímpetu en la presa del gigante—. Permite que te presente a mis compinches. El que te sujeta es Sandro, una bestia con el seso de un pajarito y la fuerza de un toro. El pelirrojo es Cayo, mi sobrino nefasto. Mi hermana me lo cedió en custodia para que intentara enderezarlo, pero yo no sé hacer esas cosas. Soy más de retorcer, de descarrilar...

El aludido se acercó a ella. Su mirada recorría su cuerpo de un modo tan obsceno que casi sentía su contacto.

—Andabas buscando al mago de la lanza ¿verdad? —preguntó burlón—. Pues lo tengo aquí, justo aquí —anunció mientras se palpaba la entrepierna de manera grotesca. Intentó aproximarse más, pero ella le lanzó una patada. El pelirrojo la esquivó riendo a carcajadas—. Está deseando conocerte, ¿sabes?

—Juega con ella todo lo que quieras, Cayo —dijo Malasuerte—, pero no la estropees mucho o Yessafar no nos pagará el precio que merece una chica tan guapa.

—¿Puedo jugar yo también? —preguntó Sandro. Resultaba humillante la

facilidad con la que la mantenía sujeta, era una simple marioneta en sus manos—. Me ha arañado con su cuchillito. Quiero que pague.

—No, tú no. Recuerda cómo dejaste a la última con la que te dejamos jugar... Estaba tan destrozada que tuvimos que echársela a los perros.

—Bastardos —susurró Ariadna—. Bastardos, bastardos, bastardos. —La furia la consumía. La furia era una llama intensa que hacía correr lava por sus venas.

«Déjame salir. Deja que yo me encargue de estas bestias», dijo la presencia en su cabeza. Ariadna tuvo una profunda sensación de irrealidad. Todo era febril, surrealista. Todo era demasiado extraño y sórdido como para poder abarcarlo y darle forma.

—Sujétala, Sandro —pidió Cayo.

El gigante la tumbó sin contemplaciones en el suelo, inmovilizándola con el peso de su cuerpo. El olor a colonia barata mezclado con sudor y alcohol le dio náuseas. Ella pateaba y se retorcía, pero la presa era demasiado fuerte como para romperla. La cabeza comenzó a llenársele de hechizos a los que recurrir, de formas de liberarse y contraatacar, pero todas esas posibilidades estaban incompletas: faltaba una palabra en el sortilegio o precisaba de un movimiento de arranque que no conseguía recordar. Estaba tan superada por la situación que lo único que podía hacer era agitarse y gritar.

El pelirrojo comenzó a tironear del cinto que sujetaba sus mugrientos vaqueros.

—Vas a tener que acostumbrarte a esto, niñita —anunció mientras se desembarazaba del pantalón. Necesitaba hablar, comprendió Ariadna, necesitaba que su víctima estuviera aterrada, eso lo excitaba aún más—. En los burdeles de Yessafar son muy exigentes con sus chicas, ¿sabes? Piensa en esto como un favor. Te estoy preparando para lo que va a venir después.

«¡Déjame salir!», aulló la asesina encerrada en su cabeza.

Y justo cuando Ariadna se decidió al fin a liberarla, la puerta tras ellos dio una tremenda sacudida, un golpe seco que puso a prueba la fortaleza de los cerrojos. Los tres hombres miraron a un tiempo hacia allí. Cayo, alarmado, se subió los pantalones lo bastante como para desenfundar una pistola; era diminuta, negra y reluciente, casi parecía más un insecto que un arma. Durante tres segundos la creación entera pareció contener el aliento. A continuación dieron otro potente golpe a la puerta y esta saltó de sus goznes y cayó dentro.

—¿Qué diablos? —preguntó Cayo: ridículo ahí, con los pantalones a medio bajar y la pequeña pistola en la mano.

Ariadna lo reconoció al instante. Era el hombre de la barba y el cabello gris del fumadero de néctar. Y no era un anciano como había creído, aunque estaba tan demacrado que aparentaba muchísimos más años de los que debía de tener. La cara pálida, consumida, y los ojos febriles dejaban claro que no estaba en sus cabales. Le faltaban los dedos índice y anular y buena parte de la palma de la mano izquierda, como si algo le hubiera dado un buen bocado allí; casi podía distinguirse el perfil de la dentellada en la carne. En su mano sana empuñaba un revolver, de culata blanca y

cañón alargado. Pero a pesar de su llamativa entrada, su postura distaba mucho de ser amenazadora; estaba inclinado hacia la izquierda y se tambaleaba de un lado a otro. Era un milagro que se mantuviera en pie.

—Es uno de los tipos del fumadero —gruñó Malasuerte. Aquel miserable también lo había reconocido—. Debe de haberme seguido hasta aquí. Mátalo, Cayo.

Su sobrino levantó al arma y abrió fuego sobre el extraño. Pero a pesar de la corta distancia que los separaba, falló. La bala se hundió en el estucado de la pared, levantando una nubecilla de polvo y yeso.

—¡Pégale un tiro, coño! —insistió Malasuerte.

Cayo apretó el gatillo una, dos, tres veces. Y en cada una de esas ocasiones, las balas se perdieron lejos de su blanco. El hombre dio un paso dentro.

—¡No puede ser! —El pelirrojo abrió los ojos de forma desmesurada. Sujetó el arma con ambas manos y dio dos pasos al frente. Tenía al recién llegado a menos de un metro. Le apuntó a la cara y apretó el gatillo. Pero ni siquiera hubo disparo esta vez, solo el sonido metálico, errado, de un arma al encasquillarse—. ¿Qué mierda es esta? —Miró al desconocido—. ¡Has sido tú! ¿Qué le has hecho a mi pistola, cabrón? —preguntó—. ¿Quién diablos eres?

—Soy la bala en tu rótula —contestó el otro al tiempo que disparaba. Se movió tan rápido que Ariadna apenas fue consciente de que había alzado el arma. Cayo se derrumbó, profiriendo tales alaridos que debían de oírse en todo Berlín. Se aferraba desesperado la rodilla izquierda, reventada por la bala.

—¡Sandro! —le llamó Malasuerte y en su voz se dejó ver el miedo por primera vez. La presa que inmovilizaba a Ariadna desapareció cuando el gigante la soltó para encararse con el desconocido.

—Soy la bala en tu pulmón —anunció este mientras disparaba otra vez sobre Cayo. El alarido del muchacho se redobló, se llenó de sangre. Sus ojos contemplaban implorantes al hombre que lo estaba matando. La indiferencia de su mirada era brutal. Volvió a hablar—: La bala en tu cabeza. —El tercer disparo le reventó el cerebro.

—¡Hijo de puta! —exclamó Sandro mientras cargaba contra el desconocido con ambos brazos en alto como si fueran mazos con los que pretendiera clavarlo al suelo. El hombre gris se replegó con una velocidad de vértigo, pero no tuvo tiempo de apuntar a su nuevo adversario. Con la embestida, la pistola escapó de su mano, cayó al suelo y resbaló en dirección a Ariadna. La joven se incorporó, dolorida. Malasuerte lo observaba todo con expresión desencajada. Podía verlo balbucear «¿qué? ¿qué? ¿qué?» una y otra vez. Cogió la pistola. Y la familiaridad con la que su mano se aferró a la culata del arma la dejó perpleja. No era, ni de lejos, la primera pistola que empuñaba.

El extraño esquivó uno de los enormes brazos que se le venían encima, lo hizo con torpeza, más que un movimiento consciente fue como si un oportuno resbalón le hubiera apartado de la trayectoria de aquel puño. Se desplazó dos pasos a la izquierda, encorvado como un insecto al que un niño estuviera torturando. No había

traza de agilidad en sus movimientos, casi parecía desplazarse a espasmos, a trompicones. Ariadna parpadeó, incrédula, cuando en la mano derecha del hombre apareció de pronto una espada envuelta en jirones de humo negro.

«Un arma anclada en las sombras», murmuró la otra Ariadna. «Una espada atada a la Umbría». Y eso reavivó un recuerdo en su cabeza, una reminiscencia del ayer a la que casi podía dar forma. Sintió un cosquilleo en la palma de la mano, la misma con la que aferraba la pistola del extraño. Su piel recordaba el tacto de un objeto que había olvidado, un arma que habitaba entre los resquicios del mundo y que acudía siempre a su llamada. Y recordó su nombre, Letanía, pero no qué era ni cómo invocarla.

Cuando Sandro se abalanzó de nuevo contra el desconocido, este se enderezó, dio media vuelta y lanzó un mandoble bestial que hundió la hoja de la espada en el hombro derecho de su enemigo y sesgó, en perfecta vertical, el torso de este hasta que el arma salió con una facilidad espeluznante por su cintura izquierda, como si en vez de un cuerpo humano acabara de atravesar una barra de mantequilla.

Sandro cayó partido en dos, torso y cabeza hacia atrás, piernas y tronco inferior hacia delante. El hombre se irguió ante su cadáver, con el arma en la mano y una expresión entre somnolienta y vacía en el rostro. La sangre que bañaba la espada estaba desapareciendo a ojos vista, como si la hoja se la estuviera bebiendo. El desconocido se giró con exagerada lentitud hacia Malasuerte. El anciano estaba pálido, miraba de forma alterna al extraño y a la puerta tras él, como si sopesara sus posibilidades de llegar hasta ahí y escapar. Las debió de encontrar nulas.

—Hablemos —dijo mientras levantaba las manos ante el hombre que acababa de matar a sus dos secuaces—. Podemos hablar. Somos gente civilizada y la gente civilizada se entiende hablando. ¿Quieres a la muchacha? Tuya es. Para ti. Libérala o encadénala a tu cama, lo mismo me da. ¿Quieres dinero? Puedo conseguírtelo. Lo juro. Puedo hacerte rico. Tengo amigos. Tengo contactos.

El hombre lo observaba sin decir palabra, la expresión de su rostro era neutra, aséptica. Se acercó despacio, con su paso renqueante. Vestía una raída gabardina gris y unas botas militares destrozadas por el uso. Malasuerte retrocedía al mismo ritmo de los pasos que daba el otro, sin dejar de hablar, sin dejar de hacer promesas.

—¿¡No vas a decir nada!?! —le espetó de pronto, perdidos ya los nervios. Ariadna se acercaba también a él, lo hacía por la espalda, como si Malasuerte fuera un animal que pudiera escapar si la veía venir o captaba su olor en el viento—. ¡Di algo, maldita sea! ¡Te estoy hablando, joder! ¡Dime algo!

Y el hombre gris cumplió su deseo:

—Creías que tu padre estaba haciéndole daño a tu madre —dijo. Malasuerte calló a medio grito, la boca abierta de par en par. De todas las frases que podía esperar esa era, sin duda, la última—. Lo tenía encima y ella gritaba. Gritaba sin cesar. Creías que le estaba haciendo daño. Perdiste la cuenta de las veces que lo apuñalaste. Diez, veinte, cincuenta... No lo recuerdas. Solo querías que tu madre dejara de gritar. Él ya

no se movía pero ella seguía gritando. Todavía oyes sus gritos en sueños.

—Estás leyendo en mí —gruñó Malasuerte—. Maldito malnacido. ¡Estás leyendo en mí! ¡No tienes el estigma! ¡No tienes la mirada negra! ¡No eres un puto lector! ¡DEJA DE LEER EN MÍ!

Ariadna eligió ese momento para apoyar el cañón de la pistola en la nuca del anciano. Saboreó el instante. Lo disfrutó.

—Mierda... —murmuró Malasuerte nada más sentir el contacto del arma. Cayó de rodillas, como si le hubieran cortado los hilos que lo sostuvieran. Ariadna corrigió su postura, empuñando el arma con ambas manos.

El anciano resopló, con la mirada perdida en la mugre del suelo, hasta ellos llegaban ya los primeros regueros de sangre de su sobrino. Un escalofrío le recorrió la espalda, un estremecimiento exagerado, el equivalente de un movimiento sísmico en un cuerpo humano. Aquella convulsión pareció obrar el milagro de sosegarlo. Al menos cuando alzó la vista parecía haber aceptado su destino.

—Sabía que tarde o temprano llegaría este día —anunció, con la voz tomada por una emoción honda, desgarrada—. Lo que no me esperaba era ir a morir a manos de un drogadicto y una niñata imbécil —dijo—. Imaginaba algo más glorioso. Bah, qué más da: muerte es muerte. Da igual si te vas con un destello de gloria o de un resbalón en la ducha. Te vas y punto.

—¿Sabes por qué lo llaman Malasuerte? —preguntó el desconocido.

Ariadna tardó unos segundos en darse cuenta de que se lo preguntaba a ella. Negó con la cabeza. Tenía la vista fija en el punto exacto donde el cañón del arma se hundía en el cuello del anciano, los pliegues que la pistola formaba en la carne parecían sonrisas diminutas. La furia que la había embargado había dejado paso a una calma fría, glacial. Casi era capaz de sentir cómo la asesina de su interior contenía el aliento.

—Es lo que siempre les dice a sus víctimas: «Mala suerte...» —continuó el extraño. Su voz era la de alguien enfermo, alguien perdido, tanto o más que ella—. «Qué mala suerte has tenido en conocerme» —murmuró—. «Qué mala suerte que nuestros caminos se hayan cruzado». «Qué mala suerte que te hayas enamorado de mí». —Apoyó la punta de la espada en la frente del anciano. Este lo contemplaba sin pestañear, desafiante, como si lo animara a terminar de una vez por todas con aquello—. Su padre fue el primero. Y una vez probó la sangre estuvo perdido. Aquella primera muerte selló su destino para siempre, porque es débil. Y, por estúpido que suene, esa debilidad lo hizo fuerte. —Ariadna mantenía fija la vista en el cañón del arma y en la nuca del anciano—. Y siguió matando, en el fondo no le quedaba alternativa. Es lo único para lo que sirve. Lo único que se le da bien. Mataba por placer, por aburrimiento, por dinero...

—Soy mala persona, no lo niego. En mi descargo puedo decir que no he tenido una vida fácil.

El otro lo ignoró por completo.



—En una ocasión mató a un hombre porque, simplemente, no le gustaba la ropa que llevaba. Lo siguió hasta su casa y le hundió el cráneo a martillazos. —Hablabo despacio, haciendo marcadas pausas, como si no tuviera costumbre de hablar tanto ni tan seguido—. Pero lo que más le divierte, lo que más le satisface, es conseguir que la gente confíe en él antes de traicionarla. Aunque le lleve años ganarse esa confianza. Es su juego favorito. Su placer secreto. —A Ariadna le sorprendía la cantidad de información que ese hombre conseguía con la lectura entre líneas—. Ahogó a una mujer en Venecia justo después de que esta le confesara que lo amaba... La había estado cortejando durante meses. Carece de empatía y de la capacidad de amar nada que no sea él. Su única forma de relacionarse con los demás es a través del dolor, a través del sufrimiento. Es un monstruo, un monstruo pequeño y miserable, pero un monstruo en definitiva.

Con cada frase del desconocido aumentaban más y más las ganas de disparar. La visión se le empañó. El parche seguía en su lugar, pero sentía cómo detrás de su órbita Evan arañaba con tesón, consciente quizá de que algo iba mal en su lado del mundo.

—¿Sabes qué pretendían hacerte estas bestias? —preguntó el hombre de la espada. Las trazas de humo que la habían envuelto habían desaparecido ya, ahora era gris y pulsaba levemente.

—Violarme. Venderme —contestó ella. No le temblaba el pulso. Era lo que más la fascinaba. Nunca había sentido la mano tan firme. Aquella mano estaba acostumbrada a matar.

—Sí. —Hizo un pequeño corte en la frente de Malasuerte, una herida mínima de la que fluyó una única gota de sangre. El anciano ni se inmutó—. Te iban a vender a los burdeles de Yessafar. Los más perversos de todo el mundo oculto. Allí te encadenarían a una cama y un montón de monstruos abusaría de ti una y otra vez, sin parar, sin descanso, hasta reventarte. Un puñado de sádicos asistiría al espectáculo y harían apuestas sobre el tiempo que aguantarías viva. —Ariadna apartó la vista del cañón del arma para mirar al desconocido. No tenía ojos de lector, tenía unos ojos castaños apagados. Pero sabía de la oscuridad. La conocía muy bien—. No pudo resistir la tentación cuando te vio entrar en el fumadero. Creyó que eras nueva en el mundo oculto, creyó que podía engañarte con facilidad. Y al menos en lo segundo estaba en lo cierto.

—¡Por el Panteón Oscuro! —exclamó Malasuerte—. ¡Matadme ya, pero dejad de aburrirme con tanto palique!

—¿Quieres hacerlo tú? —le preguntó el extraño y dio un paso lateral, para que un posible disparo no lo alcanzara en caso de atravesar el cuerpo de Malasuerte—. Eres la agraviada. Lo justo es que seas tú quien acabe con la vida de esta sabandija.

¿Quería hacerlo?, se preguntó al tiempo que redoblaba la fuerza con la que empuñaba el arma. La asesina en su interior la animó a apretar el gatillo. Una parte de su mente repetía una y otra vez el gesto con que pondría punto y final a la existencia

del hombre postrado. Y estaba tan tentada de hacerlo... Ahora era ella quien estaba al otro lado del arma; ahora era ella quien controlaba, por primera vez en mucho tiempo, la situación.

«Esto es lo que somos», dijo la otra Ariadna. «Muerte y venganza. Asesinato y estrago. Para eso nos crearon. Dispara y estaremos más cerca de volver a casa».

Sintió un acceso de vértigo, una sacudida tremenda, como si alguien, de pronto, le hubiera retirado el suelo bajo los pies. Bajó la pistola y retrocedió veloz, deseosa de alejarse cuanto antes de la tentación de arrebatarse la vida a ese miserable. Sentía una tristeza desgarradora y, por primera vez, la sentía por sí misma, no por todos los que había perdido.

—No puedo —confesó. Porque eso sería rendirse al pasado, porque eso sería renovar toda la fatalidad del ayer—. No puedo hacerlo. —El extraño la contemplaba con interés, hasta podía entreverse cierta sorpresa en su gesto, como si ni por asomo se esperara una reacción semejante—. ¿Por qué no lo entregamos a la policía?

—Sí, por favor... —se apresuró a decir Malasuerte—. Un poco de sensatez en todo esto no estaría mal.

—La policía de la Tierra Pálida no tiene jurisdicción sobre nosotros —replicó el otro—. El mundo oculto escapa a su entendimiento, a su comprensión. Lo que ocurre tras el velo, queda tras el velo.

—¿En este lado no hay ley? ¿El mundo secreto no tiene fuerzas de seguridad o algo por el estilo? —preguntó—. ¿Nadie vela por la justicia? —Mientras hablaba tuvo un fugaz atisbo de armaduras doradas y fusilería. En su mente vio una cohorte de hombres vestidos de negro, con capas rojas ondeando a su espalda, armados con bayonetas. Antes de que el desconocido hablara, sabía cuál sería su respuesta.

—Claro que las tiene —contestó—. Varias corporaciones se encargan de mantener el orden. Al menos lo intentan. Están los Garantes, los Arcontes, los Hijos del Capitán Maltés... por mencionar solo a las más reseñables. Hasta podríamos entregarlo a la Segunda Cancillería. Pero el equilibrio es frágil. Hay tantos conflictos de jurisdicción, tantas zonas oscuras... Además la corrupción y los movimientos de poder en las altas esferas lo envenenan todo. No importa a qué organismo lo entreguemos, el destino de Malasuerte dependerá del cariño que Yessafar y los suyos tengan por él. Es probable que este sea mínimo y lo abandonen a su suerte. De ser así, acabará encerrado en algún nicho oscuro hasta el fin de sus días. Pero si hay deudas o favores de por medio... Entonces intercederán por él y saldrá libre en poco tiempo. —Señaló al anciano postrado—. ¿Quieres correr ese riesgo? —La miró con fijeza—. ¿Aunque sepas que volverá a matar si queda libre?

—No lo sé —contestó Ariadna—. Lo que no quiero es mancharme las manos con su sangre.

—Bien por ti —replicó él—. Como has podido comprobar, lo de mancharme de sangre a mí me da igual.

Y con un solo y fluido movimiento decapitó a Malasuerte. La cabeza rodó por el

suelo hasta chocar con la caja donde el anciano había estado sentado minutos antes; allí quedó, mirando al techo, con una expresión de absoluto pismo dibujada en el rostro. El cadáver, tras unos instantes de completa inmovilidad, se desplomó hacia delante y quedó replegado sobre las rodillas, con el pecho en tierra, como si orara a los pies del hombre que acababa de quitarle la vida. La espada absorbió la escasa sangre que había manchado su hoja. A continuación, el desconocido la hizo regresar a la Umbría.

Ariadna sacudió la cabeza, horrorizada no por lo que acababa de presenciar sino porque sabía que en el pasado había hecho cosas mucho peores. Intentó apartar de su mente esas imágenes, esos recuerdos a un instante de aflorar, como si se tratara de cuervos que se pudieran espantar a gritos o agitando las manos. Había tres cadáveres en aquella estancia, tres cuerpos inertes que apenas unos minutos antes habían estado vivos y habían sido capaces de razonar y sentir. Miró al hombre que acababa de matarlos, indecisa. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Darle las gracias? ¿Dispararle? ¿Quién era? ¿Se conocían de otros tiempos?

Durante unos instantes se limitaron a observarse, inmóviles ambos en aquel escenario maltrecho, repleto de abandono, polvo y muerte. La mirada del extraño continuaba igual de fría, parecía un espectro más que una criatura viva. Su aspecto no tenía nada de heroico, era el de alguien perdido, derrotado.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber el hombre.

—Dímelo tú. —Hasta a ella le sorprendió el tono seco de su voz—. Estás leyendo en mí, ¿verdad? —preguntó, y nada más hacerlo una súbita corazonada la hizo seguir hablando, sin aguardar a que le respondieran—. No lo seguías a él, no seguías a Malasuerte. Me seguías a mí. —No necesitó el asentimiento del otro para saber que estaba en lo cierto. Ariadna se preguntó si no habría caído en manos de un depredador peor aun que los tres que acababan de asaltarla. Tener la pistola no le transmitió seguridad alguna, recordaba como había fallado el arma de Cayo al disparar sobre aquel extraño. Y que él estuviera desarmado tampoco la tranquilizaba. Estaba a un solo instante traer la espada de vuelta.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, inquieta—. ¿Sabes quién soy? —añadió después.

—Eres una anomalía —contestó—. No pude resistirme a leerte entre líneas en cuanto te vi en el fumadero. Parecías un faro ahí dentro. Deslumbrabas. Pero todo es borroso cuando te miro, incompleto, contradictorio. Eres una sombra oscura, algo terrible e inabarcable. Apestaras a asesinato, a masacre, pero al mismo tiempo hueles a inocencia. Es como si fueras dos personas a la vez y hay una diferencia abismal entre una y otra. Y no dejo de preguntarme por qué.

—Perdí la memoria hace tiempo. Olvidé quién era y olvidé el mundo secreto. Ahora está regresando todo. Poco a poco. Y ni siquiera yo me reconozco. No tengo nada que ver con lo que fui en el pasado.

—Eso lo explica —dijo el hombre mientras asentía despacio. Su escrutinio sobre

ella aumentó. La leía entre líneas de nuevo, comprendió Ariadna—. Tienes miedo a lo que puedas averiguar sobre ti misma.

—¿Miedo? Tengo pánico. Porque lo que estoy descubriendo me repugna. —Se acarició el antebrazo; notaba la carne magullada ahí de donde Sandro la había sujetado; iban a salirle unos buenos moratones. No quiso ni pensar en lo que estaría sucediendo en esos instantes si aquel extraño no hubiera aparecido—. Gracias —dijo—. Gracias por salvarme. Siento haberme puesto a la defensiva, pero es que la última vez que confié en alguien intentaron venderme a un burdel de monstruos.

—Haces bien en desconfiar —dijo él—. Además, para qué mentir, mis motivos para seguirte no eran del todo nobles. Rebasas tinieblas, muchacha. Una oscuridad terrible, una oscuridad que aborrezco, que me hace daño mirar. —Entrecerró los ojos—. Una oscuridad que hacía tiempo que no contemplaba. Te seguí con el propósito de averiguar qué eras, y si no me hubiera gustado la respuesta... —No terminó la frase.

—Me habrías matado —completó ella. La lectura parcial a la que le sometía aquel hombre no le había desvelado su verdadera naturaleza. Desconocía que era una virago, una criatura más allá de la muerte. Decidió no compartir esa información con él—. ¿Que esté viva significa que te gustan las respuestas que has encontrado?

—Significa que he descartado las peores. —Dio una patadita al cadáver tirado entre ellos—. Tuviste la oportunidad de matar a Malasuerte y no lo hiciste. No apretaste el gatillo. Es suficiente para mí. Si la oscuridad de la que te hablo te estuviera gobernando le habrías pegado un tiro.

—¿Si hubiera apretado el gatillo me habrías cortado la cabeza a mí también?

«¿Y me habría crecido otra de pasar eso?», se preguntó.

—No lo sé —contestó él—. No lo mataste y la respuesta a esa pregunta ya poco importa. ¿Por qué complicar las cosas?

—¿Quién eres? —preguntó.

—Otra anomalía, otro asesino. —Sonrió por primera vez, una sonrisa amarga—. Tú has olvidado tu pasado y a mí me gustaría olvidar el mío. La única diferencia entre los dos es que yo estoy más allá de toda ayuda. En cambio todavía queda esperanza para ti. Todavía hay alguien que puede ayudarte.

Ariadna lo miró sin comprender.

—El mago de la lanza, por supuesto. Te diré dónde encontrarlo.

## EDGAR MÜLLER

Legión se detuvo ante la puerta en mitad de la nada. Su sombra cambiante era un caos de extremidades, un charco de negrura viva que a aquella hora del atardecer se hacía inmensa en el claro del bosque. El crepúsculo anunciaba su llegada ensangrentando el vientre de las nubes y las hojas de los árboles.

—¿Quién se acerca? —bramó la puerta con su voz de madera y termita satisfecha—. ¿Quién osa aproximarse a los dominios de la Carroña?

—Me llamo Legión, lo sabes bien, y juro que algún día te reduciré a astillas.

—Eso me gustaría verlo, mi buen amigo. —El arco de la solitaria puerta se curvó en una sonrisa malévol—. Que la oscuridad te proteja, que las sombras te amparen —proclamó a continuación—. Aquí mora la Carroña. Sé bienvenida, criatura sin alma: estás en casa.

—Que el Infierno nos lleve —gruñó Legión mientras traspasaba el umbral de aquella puerta mágica con su siniestra carga goteándole sangre sobre el hombro—. Que el Infierno nos lleve a todos.

Al otro lado le aguardaba la oscuridad profunda, sin rastro de estrellas ni resquicio alguno para la luz. Todo eran sombras y distintas tinieblas superpuestas. La casa sin ventanas se agazapaba en la negrura; el número de torretas y su disposición había variado en las dos semanas en que Legión había estado fuera. Ahora contaba con ocho pequeñas torres, cuatro hexagonales, una en cada esquina; y cuatro circulares en el centro de su estructura; dispuestas tres alrededor de la más alta, quebrada en su punta como si la coronara un aguijón. Se encaminó hacia la entrada principal, una descomunal puerta negra de arco en cortina. Legión subió las siete escaleras que conducían a ella, alzó la mano y la tocó; las yemas de sus dedos se hundieron al momento en la puerta, como si esta no fuera del todo sólida; las ondas concéntricas que provocó su toque se expandieron por toda su superficie. Una vez el movimiento se calmó, Legión procedió a escribir su verdadero nombre en el portón. Lo hizo con trazo apresurado, torpe; cada letra que dibujaba desaparecía absorbida de inmediato por la negrura líquida que daba forma a la entrada. Cuando acabó, se abrió en su superficie una oquedad de su tamaño exacto, fue como si alguien levantara ex profeso para él un telón diminuto.

El asesino la atravesó sin que en esta ocasión le saliera al paso ningún hechizo protector. Las sombras del interior de la casa se cerraron sobre él como un manto de telarañas. La puerta lo había trasladado justo al lugar donde quería ir: a la sala de

resoluciones. Necesitó unos instantes para que sus ojos se acostumbraran a la iluminación sórdida que imperaba en la casa sin ventanas. La sala era una estancia semicircular, con varios estantes y archivadores polvorientos y sillas y taburetes diseminados por el lugar. Dos estatuas, representaciones de los dos asesinos más afamados de la Cofradía Oscura, Betheles y Mediodía, se alzaban tras la mesa desastrada que ocupaba la curva central de la estancia. A esa mesa se sentaba Bizarro, una criatura esquelética que observaba pasmada el mundo tras los mugrientos cristales de sus anteojos redondos. Tenía la piel frágil y amarillenta, casi de pergamino, y vestía un chaleco blanco sobre una camisa negra, con una pajarita roja adornando su cuello. Alzó la mirada al verlo entrar. Su sonrisa se hizo enorme, como si acabara de ver aparecer a un amigo al que creía perdido.

—Te esperábamos, noble Legión. —Su voz era casi inaudible, un susurro leve, un gorjeo de pájaro. No tenía piernas, las había perdido hacía años y estaba clavado de forma literal en la silla tras la mesa—. Ha llegado a nuestros oídos el rumor de que el infame Nocturio de Filo Alarde fue asesinado anoche en la basílica de la Contraoferta. ¿Es cierto? ¿Ha muerto el sacerdote?

—Me sorprendería mucho que continuara con vida —dijo—. Sobre todo teniendo aquí su maldita columna vertebral. —Y dejó caer la espina dorsal que cargaba al hombro. La transportaba envuelta en papel de aluminio y mal metida en una bolsa de plástico embadurnada de sangre. Los ojos de Bizarro se hicieron todavía mayores tras las gafas, casi parecían a punto de salirse del cristal.

—No deja de sorprenderme la naturaleza de alguno de nuestros contratos —murmuró—. ¿Quién en su sano juicio exigiría como prueba del deceso de la víctima su columna vertebral?

—Es la médula lo que busca el cliente —le explicó Legión mientras se desplomaba en el sillón ante la mesa—. ¿Para qué la quiere? Sortilegios, clonación, a lo mejor es el último ingrediente que necesita para hacer una tarta. Bah, ni lo sé ni me importa —gruñó. Los brazos del sillón estaban destrozados, tenían arañazos por todas partes y en algunos puntos se veía el relleno. Se entretuvo tirando de él mientras Bizarro se aprestaba a realizar la ceremonia de resolución.

No había sido un contrato fácil de cumplir. Nocturio había sospechado que el senado de Filo Alarde conspiraba en su contra e iba a todas partes protegido por sus dos mejores sacerdotes guerreros, hombres duchos tanto en el uso de las armas como en la hechicería avanzada. Tras la exploración preliminar, Legión había estado tentado de solicitar apoyo, pero al final decidió que se bastaba y sobraba para acabar con Nocturio y sus guardaespaldas. Había sido más difícil de lo que había estimado, Legión había perdido dos de sus vidas, pero a cambio había agregado a su colección las del propio Nocturio y las de sus guardaespaldas, uno de ellos había resultado un aporte magnífico: hacía tiempo que no conseguía una vida tan prometedora. Tema la impresión de que lograría sacarle mucho partido.

Bizarro hizo rodar su silla hacia los archivadores a su espalda. Tras un instante de

vacilación abrió uno situado a la derecha y extrajo un pergamino enrollado de su interior, después se desplazó hacia la gran estantería que ocupaba el centro de la pared en curva; estaba dividida en cien baldas, todas idénticas, y en cada una de ellas había una vela negra. En aquel momento había treinta y dos encendidas. Comprobó la numeración en el pergamino y buscó la vela correspondiente. La cogió del tallo, con sumo cuidado, con reverencia. Prendió fuego al pergamino con la llama de la vela y a continuación, tras humedecerse el índice y el pulgar, apagó esta con los dedos. El pergamino ardió con mansedumbre en una bandeja situada en un lateral de la mesa.

—Nace, sueña, crece, ama... Todo es espejismo y falacia. Todo es nada. Al final no somos más que carroña, al final no somos más que relleno de tumba —recitó con solemnidad mientras el contrato se consumía. Cuando este quedó reducido a cenizas su gesto cambió por completo. De nuevo se armó con su sonrisa amarillenta. Parpadeó de manera exagerada como si el humo le molestara—. Buen trabajo, buen trabajo. Y bienvenido a casa. —Miró a Legión con una fijeza hambrienta. Le faltaba relamerse. Había algo más—. Volga y Gólgota han dejado recado de que pases a verlos en cuanto llegues —señaló—. Quieren hablar contigo.

—¿Qué tripa se les ha roto a esos dos? —preguntó mientras tiraba de una prometedora tira de relleno.

—Ariadna —se limitó a decir.

Legión se levantó del sillón al instante y, casi a la carrera, salió de la sala de resoluciones. El archivista se echó a reír ante su arrebato, pero a él bien poco le importó. Le costó trabajo no echar a correr por los pasillos entre tinieblas. Un sinfín de siluetas difusas contemplaban su marcha apresurada por las entrañas de la casa sin ventanas; presencias fantasmagóricas, sombras a un segundo de concretarse, asesinos espectrales que daban cuenta de sus víctimas en las esquinas, hombres y mujeres vestidos de cuero camino de las salas de tortura... Y hasta el último de ellos sabía cuál era el motivo de su agitación.

—Ariadna —decían muchos a su paso.

Él avanzaba entre todos ellos, era tal su turbación que a cada pocos pasos adoptaba la forma de una de sus múltiples identidades: un niño, una anciana ciega, un guerrero vestido de negro, con uñas largas como dagas. A cada paso que daba, cada vez más rápido, cada vez más veloz, era una persona diferente.

—Ariadna —le pedían los siniestros moradores de la casa sin ventanas—. Devuélvenos a Ariadna.

Legión llegó al final de uno de los retorcidos corredores de la primera planta. Una puerta le esperaba allí, una puerta de madera pintada en mil colores, sobre cuya superficie aparecía escrito, a cuchilladas, el nombre de Ariadna. La abrió de un golpe y entró en la pequeña estancia. Todo estaba casi igual que cuando la virago había vivido allí. La cama deshecha, adornada con la colección de cabezas de muñeca; los libros desparramados por el suelo al pie de los estantes; las armas apoyadas en las paredes; el cofre de los recuerdos; los cuadernos de dibujo... El único elemento

nuevo era una pequeña pecera en el centro del escritorio. Estaba repleta de agua turbia y en su interior flotaba panza arriba un pez muerto. La última vez que lo había visto estaba hinchado como un globo pero ya había perdido la mitad de su volumen. Escuchó una voz procedente de una esquina. Allí se sentaba Gólgota, con su pequeña mascota posada en el hombro.

—Está recordando —le anunció aquel demonio—. Nuestra pequeña está recordando.



Según el excéntrico hombre gris que la había salvado de Malasuerte y los suyos, el mago de la lanza vivía en una mansión en la calle Bartningallee, más allá de la estación de Bellevue. Ariadna llegó envuelta en su sudadera, con la capucha echada y la mochila al hombro. En aquella parte de la ciudad imperaban las zonas ajardinadas y se respiraba una sensación de calma impropia de una gran urbe. La joven caminaba a buen paso, las manos en los bolsillos y la vista fija en el suelo. Estaba preparada para cualquier eventualidad, de hecho no descartaba estar metiéndose en una nueva trampa. Aun así, a medida que se aproximaba la iba embargando una creciente sensación de conclusión, de objetivo a punto de cumplirse; tenía la certeza de estar llegando a un punto de inflexión no solo en su búsqueda también en su existencia. Después de dejar atrás una curva se topó de frente con la casa, una construcción de tres plantas, con tejado plano y amplia terraza.

Un sendero de piedra conducía hacia las escaleras del porche techado. Ariadna la subió, alerta. La puerta era grande, de madera noble y bien cuidada, al igual que la casa y los alrededores. La muchacha se detuvo un instante, inspiró con calma y, a continuación, llamó al timbre, un pulsador negro a la derecha del marco. Al momento se escuchó un fuerte timbrazo procedente del interior, un prolongado sonido de chicharra que le puso los pelos de punta. Aguardó expectante, cada vez más nerviosa. Tras un largo rato sin obtener respuesta, insistió de nuevo.

Justo cuando apartaba la mano del timbre, la puerta se abrió. Lo hizo de golpe, con una violencia inusitada. Lo único que alcanzó a ver en un primer momento fue el cañón del rifle que le apuntaba a la cara. Ariadna reculó, sobresaltada. El arma la empuñaba una mujer pelirroja impresionantemente alta, con unos penetrantes ojos azules y el rostro sembrado de pecas.

—¿Quién coño eres tú?! —le preguntó a gritos. Por su postura y aplomo resultaba evidente que no era la primera vez que apuntaba a alguien con un arma. De hecho, parecía acostumbrada a hacerlo.

Ariadna fue incapaz de articular palabra. Primero por la desazón terrible que le causó pensar que había caído en otra trampa, pero sobre todo porque aquella escena



se parecía demasiado a la que había vivido dos semanas atrás en su casa.

Solo cuando la mujer se adelantó un paso y el cañón de la escopeta se le acercó hasta casi rozada, logró reaccionar y romper su silencio:

—¡Ariadna! —exclamó mientras alzaba las manos sobre la cabeza—. ¡Me llamo Ariadna y vengo a ver al mago de la lanza! —Se bajó la capucha, en un intento de rebajar la tensión mostrándose a rostro descubierto.

La sorpresa de la mujer al verle la cara fue evidente. Su mirada se detuvo en el parche improvisado con el que se cubría el ojo izquierdo.

—¿Ariadna? ¿La Ariadna de Edmund? —preguntó y ella estuvo a punto de gritar por el alivio de saberse reconocida—. ¡Hostia! ¡Hostia! ¡Hostia! ¿De verdad eres tú?

—¡Sí! ¡Soy ella! ¡Soy esa Ariadna! —contestó—. ¡¿Puedes dejar de apuntarme con esa cosa, por favor?!

—¡Por el relincho de la puta yegua de la noche y su puta madre! —La mujer agitó la cabeza, cada vez más conmocionada por su presencia. El rifle dejó de apuntarle a la cara para buscar objetivos a su espalda, temerosa tal vez de que Ariadna no estuviera sola—. ¡Hostia! —repitió—. ¿Y ahora qué hago yo? —El rifle volvió a apuntarle entre los ojos y Ariadna retrocedió de nuevo, intentando poner distancia entre el arma y ella: era evidente que aquella mujer no estaba en sus cabales, y no era solo por su peculiar manera de expresarse—. ¿Has recuperado la memoria? —preguntó con los ojos entrecerrados. Y Ariadna tuvo la impresión de que de su respuesta dependía que le disparara o no.

—¡Sí! —se corrigió al instante al ver que su reacción era empuñar el rifle con más determinación—: ¡En parte! ¡Solo en parte! Empecé a recordar cosas hace dos semanas. Solo retazos, recuerdos sueltos... ¡Luego llegaron esos hombres y mataron a mi familia! ¡Los han matado a todos!

La mujer la estudió con atención, presa de un evidente conflicto interno. Luego miró hacia la carretera y asintió decidida.

—¡Entra, deprisa! —la apremió mientras bajaba al fin el arma. La muchacha la obedeció, sin estar convencida de hacer lo correcto, y menos todavía cuando una vez dentro la mujer cerró con llave, encerrándolas a ambas. La pelirroja se demoró unos instantes para espiar por la mirilla mientras le rogaba que aguardara con un gesto de la mano—. ¿Cómo nos has encontrado? —quiso saber cuando se apartó de la puerta.

Ariadna dudó un momento. No quería hablarle de la trampa que le había tendido Malasuerte ni lo que había pasado a continuación. Se sentía estúpida por haberse dejado engañar. Y culpable por la matanza que se había producido allí.

—Pregunté por ahí —dijo—. Y un tipo en un fumadero me dio la dirección a cambio de una dosis de esencia negra.

La mujer la miró con clara desconfianza.

—¿Un tipo? —preguntó, como si fuera la primera vez que oía una expresión semejante—. ¿Te dijo su nombre?

Ariadna negó con la cabeza. «Una anomalía», le había contestado aquel extraño

cuando le había preguntado quién era.

—¿Puedes describírmelo?

—Le faltaba media mano y tenía el pelo gris ceniza —contestó—. Y parecía como si la vida le hubiera pasado por encima.

Aquella simple descripción sorprendió a la pelirroja todavía más que su presencia allí. Retrocedió un paso, con los ojos abiertos de par en par y un nombre en los labios que no llegó a pronunciar.

—¿Es que hoy van a resucitarnos todos los fantasmas? —preguntó en una voz tan baja que a Ariadna le costó trabajo escucharla. Se mordió el labio inferior, resopló y volvió a centrarse en ella—. Perdona lo de la escopeta —dijo—, no tengo por costumbre recibir así a las visitas. —Para alivio de Ariadna, se colgó el arma al hombro mientras se disculpaba—. La cuestión es que esta casa no es visible desde la calle, ¿comprendes? Por eso la construimos aquí, en un pliegue de la ciudad, para evitar que se pudiera dar con nosotros. —Sonrió al ver la expresión de su rostro—. Lo siento. No debes de tener ni idea de lo que te estoy hablando.

Ariadna negó con la cabeza.

—¡Mamá! —se escuchó de pronto al otro lado del pasillo. Era una voz chillona, infantil. Un niño se asomaba con curiosidad tras una esquina; Ariadna entrevió un rostro moreno, unos ojos verdes y cabello rizado—. ¿Quién es esa chica, mamá? ¿Es amiga de papá?

—¡Quédate ahí, Cario! —le contestó su madre—. ¡Todo va bien! ¡Ve a tu cuarto y espera a que te llame!

La mujer vestía de manera informal: vaqueros y una camiseta, pero es que todo en ella parecía informal, desde su aspecto hasta su forma de moverse.

—Permíteme un segundo —le pidió cuando el niño volvió a desaparecer de vista. Acto seguido, se llevó la mano derecha transformada en puño a los labios—. ¿Edgar? —preguntó, desconcertando a Ariadna todavía más—. Edgar, ¿puedes oírme? —insistió. La mujer le hablaba al anillo turquesa que llevaba en el dedo corazón. Y por la sonrisa que dibujaron sus labios no tardó en obtener respuesta—. ¡Nunca vas a adivinar a quién tengo delante! —Pausa—. ¡A Ariadna! —Asintió de forma vigorosa; llevaba el pelo recogido en una larga coleta lateral y esta dio un latigazo con su gesto. Ariadna se preguntó cuánto mediría aquella mujer, ¿metro noventa? ¿más? Se sentía muy pequeña en comparación—. ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡¿No es increíble?! No, no. Ha venido sola. Dice que ha comenzado a recordar. Sí, claro que sí. —Se alejó unos pasos y bajó la voz para que Ariadna no pudiera escuchar el resto de la conversación.

Ella miró a su alrededor, incómoda. En el pasillo de entrada había cuadros por todas partes, una alfombra suave bajo sus pies y un olor a lavanda en el ambiente que le hizo pensar en ropa recién doblada. El niño volvió a asomarse al otro lado, la descubrió mirando y volvió a desaparecer. No debía de tener más de cinco años.

La conversación duró unos minutos. Cuando hubo terminado, la mujer regresó hasta ella, más tranquila en apariencia.

—Me llamo Sonia —se presentó al fin—. Mi marido lleva días buscándote, ¿sabes? En cuanto nos enteramos del incendio fue a Madrid a intentar averiguar qué había pasado. Pobre niña. No conocí a tu madre, pero Edmund era un buen hombre. Lo siento muchísimo.

—Gra-gracias —dijo, sin estar agradecida en absoluto. Que le recordaran su pérdida traía aparejado un dolor insoportable, una agonía que todavía no sabía cómo manejar—. Siento haberme presentado aquí de pronto —se disculpó—. Lo siento, de verdad. No sabía qué hacer, no sabía a dónde ir...

—¿Edmund te habló de nosotros? —le preguntó Sonia, extrañada.

Ariadna no tuvo ocasión de responder. Un rápido crepitar hizo que mirara a la derecha. La pared había comenzado a brillar, un resplandor nacarado se extendía por ella, una mancha de luz que fue adoptando forma rectangular hasta convertirse en una puerta luminosa. Tras ella se adivinó una silueta oscura, una sombra que se concretaba poco a poco.

—Magia de portales —le explicó la mujer al ver su desconcierto—. Traslación mágica a distancia. Una de las artes secretas.

Mientras hablaba, una mano enguantada atravesó la membrana de luz, contagiada de sus resplandores. Después pasó el perro, ladrando y trotando, frenético. Era un mastín negro de gran tamaño, que tiraba con energía de su correa en un intento de saltar sobre Ariadna. No había hostilidad en su gesto, más bien al contrario, el animal estaba encantado de tenerla allí y quería demostrárselo aunque para ello tuviera que derribar la casa entera en el proceso.

—¡Bota, no! —gritó el hombre que lo traía sujeto.

El perro se aupó sobre los cuartos traseros, posó las patas delanteras en los hombros de Ariadna y acto seguido le lanzó tal lametón que le dejó la cara rezumando babas. La muchacha hizo una mueca y se limpió el rostro con la manga, desequilibrada todavía por las atenciones del feliz animal.

—¡Botarate, compórtate! —gritó Sonia.

—¡Bota! ¡Bota! ¡Aquí! —Era el niño el que hablaba. Había asomado otra vez al fondo del pasillo y agitaba los brazos para llamar la atención del perro. El hombre soltó al animal y este salió disparado hacia el muchacho. Ariadna temió que lo arrollara, pero se limitó a brincar a su alrededor mientras el crío reía y le palmeaba los flancos.

—Ariadna... —murmuró el recién llegado, tan perplejo por su presencia allí como la propia Sonia—. ¿Me recuerdas? —preguntó. La muchacha negó con la cabeza y él respondió a su negativa con un asentimiento, como si no esperara otra cosa—. Por la Gorgona, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro años? ¿Cinco? Lo que has crecido...

El hombre era grande, musculado, de pelo corto, barba cuidada y unos ojos castaños de una profundidad inaudita. Tenía una mandíbula perfecta y una expresión severa y cauta. Todo su atuendo era oscuro, desde las botas militares que calzaba

hasta la gabardina que casi rozaba el suelo con su vuelo. Ariadna se sintió acobardada por su presencia, sobre todo cuando la sometió a un incómodo escrutinio, casi rostro contra rostro. Señaló el parche que cubría su ojo izquierdo.

—¿Estás herida o es para que no te reconozcan? —quiso saber. Tenía una voz ronca, profunda.

—Para que no me encuentren —dijo. Y no pudo evitar sentirse desilusionada por esa pregunta, defraudada porque aquel hombre no sabía que Evan era capaz de asomarse a su mirada. Si ignoraba eso, ¿cómo iba a ser capaz de ayudarla? ¿Cómo iban a poder aclararle quién era o ayudarle a interpretar el caos de recuerdos y sentimientos que poblaban su mente?

Edgar asintió. A continuación se incorporó, despacio, unió sus manos como si se dispusiera a rezar y comenzó a murmurar una curiosa letanía. Un repentino brillo en las alturas hizo que Ariadna levantara la vista. Por el techo del pasillo discurrían runas luminosas, palabras escritas en un brillante color rojo sangre que avanzaban sobre el estucado como insectos inquietos. Las palabras coincidían punto por punto con la salmodia del mago. Esta terminó de manera brusca. Los ojos del hechicero destellaron en rojo al tiempo que un centelleo bañaba techos y paredes.

—La casa está sellada —anunció—. Nadie entrará ni saldrá hasta que no retire el sortilegio. No existe magia capaz de abrir sus puertas ni portal que se pueda invocar en su interior. Estás a salvo, Ariadna. Sea quien sea quien te busque, sea quien sea a quien temas, no podrá encontrarte aquí. —Le tendió la mano enguantada—. Ven con nosotros —dijo Edgar Müller—. Tienes mucho que contarnos.



El salón donde la condujeron parecía un museo, tanto por tamaño como por contenido. Era una amplia estancia, de techo alto en bóveda sustentado por gruesas columnas de madera. Una armadura samurái se alzaba ante una de las columnas, enorme y brillante, con una máscara dantesca que tenía a un tiempo aire de dragón y libélula; a sus pies se abría un cofre repleto de monedas antiguas, y había que fijarse mucho para darse cuenta de que tanto el cofre como su contenido eran translúcidos; grandes geodas abiertas adornaban el escritorio que bordeaba la pared oeste, en cada una había un objeto a cada cual más curioso: una daga de hoja serrada, una joya que emitía un leve zumbido, una calavera humana que carecía de cuencas oculares, un libro titulado *Vademécum*, un feto con un par de alas diminutas... Las paredes estaban adornadas con espadas, hachas, armas de extravagante aspecto, mapas con los bordes quemados, cabezas de animales imposibles, espejos que no reflejaban nada, cuadros dotados de una profundidad anómala...; aunque los adornos más peculiares eran la canoa gigante que cruzaba en diagonal la pared del fondo y la gran

alfombra de diseño árabe que ocupaba buena parte del muro opuesto, esta estaba claveteada al tabique pero no dejaba de sacudirse en un intento continuo de liberarse de su prisión y, quizá, echar a volar.

Bajo la canoa había una vitrina repleta de fotografías de Sonia y Edgar. En una de esas fotos estaban ambos de pie ante la canasta de un pequeño globo aerostático; en otra una verdadera multitud se apiñaba en la cubierta de un gigantesco barco de madera que daba la impresión de estar fondeado en mitad del espacio, había tanta gente allí que a Ariadna le costó trabajo localizar a la pareja.

—Nuestros amigos dicen que nos hemos construido un templo a nosotros mismos, la Sala del Ego la llaman —le anunció Sonia—. Pueden decir lo que les dé la gana, pero se equivocan. No es un templo a lo que hemos hecho, es un templo a lo que hemos visto. De alguna forma tenemos que combatir la nostalgia de otros tiempos, ¿no crees?

La pelirroja estaba a su lado, observando la misma foto que ella contemplaba ahora. En ella un grupo de doce personas, todas armadas hasta los dientes, posaban risueñas a cámara; tras ellos se alzaba un inmenso castillo de piedra verde, tan lleno de resquebrajaduras que parecía a punto del derrumbe; aquel edificio descomunal tenía dos torres gemelas tan altas que su cúspide se perdía fuera de la fotografía.

—La fortaleza agrietada —le explicó la mujer, y en su voz detectó cierta tristeza, cierta añoranza—. Qué jóvenes éramos entonces —dijo—. El castillo apareció a las afueras de Moscú y, como pasa siempre que aparece algún edificio de la ciudad evanescente, pronto se pusieron en marcha varias expediciones para explorarlo. Nosotros formábamos parte de la organizada por el Consorcio. Tres de los hombres que ves en la foto murieron ahí dentro, dos desaparecieron junto al castillo cuando este se desvaneció. —Acarició sobre el cristal el rostro de uno de ellos, un hombre entrado en años de mirada rocosa y pelo rojo—. Uno de ellos era mi padre.

—Lo siento —dijo Ariadna.

—Fue hace mucho tiempo. —Sonia sonrió apenada—. Me consuela pensar que aún puede estar vivo en alguna parte, varado entre mundos quizá... Cada vez que aparece un edificio evanescente me da un vuelco el corazón. Pero nunca es la fortaleza agrietada. Nunca. Aun así no pierdo la esperanza. Quizá algún día vuelva a verlo.

En esa misma fotografía reconoció al extraño que le había salvado de Malasuerte y los suyos. Estaba en un extremo del grupo, mucho más joven, entero y vivo. Lo señaló con el dedo, sin decir nada. Con el asentimiento seco de Edgar comprendió que uno de los temas que había tratado con Sonia mientras conversaban a distancia había estado relacionado con el modo en que los había encontrado.

—A veces el mundo oculto devora hombres buenos —dijo Edgar—. Hacía tres años que no sabíamos nada de él. De hecho, creíamos que estaba muerto.

—¿Quién es?

—Si no te dijo su nombre, no lo haremos nosotros —dijo el hechicero, no sin

cierta dureza.

—Era nuestro amigo —dijo Sonia, bastante más cordial que su compañero—. Ya no sabemos lo que es. Y es probable que ni siquiera él lo sepa.

La joven prosiguió con su deambular por aquella sala de trofeos y recuerdos. Tenía la impresión de estar contemplando un plano confuso y abigarrado del mundo oculto. Allí había mapas de países desconocidos, libros sobre ciencias y artes secretas. Aquella habitación era un catálogo de lo imposible, de todo aquello que hasta unos días antes Ariadna había considerado irreal.

—Esa es la cabeza de Graconia de Bosquehumo —le explicó Edgar cuando Ariadna se detuvo ante la monstruosa cabeza de un lobo cornudo situada sobre la chimenea. Una fina capa de hielo cubría el pelaje color plata de la bestia, dándole un tono entre cano y brillante—. Masacró un campamento de refugiados durante la Guerra del Horror antes de que pudiéramos detenerlo.

—¿Lo matasteis vosotros? —preguntó, admirada. Solo la cabeza medía cerca de dos metros, Ariadna no quiso ni imaginarse el tamaño completo de la criatura. Alargó una mano para acariciar el pelaje congelado. El tacto era frío, pero no desagradable, como tocar hierba escarchada.

—Lo matamos nosotros —le confirmó el mago mientras asentía despacio—. No fue fácil, el maldito estuvo a punto de arrancarme el brazo de un mordisco. Como recompensa nos mandaron la cabeza de la bestia, preservada en nieve espuria. Fue hace siete años.

—Ocho —le corrigió su mujer al tiempo que lo cogía de la cintura.

—¿Ocho ya? —dijo él y la nostalgia se le entrevió en la voz—. Cómo pasa el tiempo.

Bota, el mastín de aquella singular pareja, cogió un hueso enorme tirado bajo una mesa acristalada y lo llevó hasta un canasto junto a la chimenea. Allí lo comenzó a mordisquear, feliz al calor del fuego. Cario, el hijo de Sonia y Edgar, también estaba allí. El niño se había desentendido de ellos una vez le presentaron a Ariadna («¿De verdad te llamas Araña?», le había preguntado, con los ojos muy abiertos); ahora estaba sentado a una pequeña mesita cerca de la puerta y allí se dedicaba a garabatear ensimismado en un enorme cuaderno de dibujo. De pronto, Ariadna sintió unas terribles ganas de llorar. La sensación de calidez, de hogar, que se respiraba entre aquellas cuatro paredes, le hacía verdadero daño. Se preguntó si algún día dejaría de echar de menos a su familia y comprendió que no; tendría que aprender a sobrellevar su ausencia, aprender a vivir con el espantoso recuerdo de su ejecución.

—Me han dicho que estáis retirados —dijo. Intuía que Malasuerte no había mentado en eso. Solo tenía que ver aquella estancia y oírlos hablar para darse cuenta.

Sonia asintió.

—Hace cinco años estuve a punto de morir en una expedición por los lugares de paso —le contó—. Mis heridas eran tan graves que nadie creyó que pudiera sobrevivir. Mientras luchaban por salvarme se dieron cuenta de algo que ni yo sabía:

estaba embarazada. No morí. Contra todo pronóstico conseguí salir con bien de aquello. Fue un milagro, un verdadero milagro.

—Nos tomamos lo ocurrido como una advertencia, como una señal de que habíamos tentado ya demasiado a la suerte. —El mago de la lanza señaló a su alrededor—. Y decidimos que había llegado el momento de probar esa cosa tan excéntrica que la gente llama vida normal.

—Y entonces aparezco yo y lo estropeo todo —dijo Ariadna.

—No seas tonta, muchacha —le pidió Sonia—. No has estropeado nada. Solo me has dado un susto de muerte. Y ya me había acostumbrado a vivir sin sobresaltos.

—Lo importante es que te estábamos buscando y que ahora estás aquí —dijo Edgar—. Tu desaparición ha causado cierto revuelo en la Cancillería. Y nos ha puesto en un pequeño compromiso porque fuimos nosotros quienes abogamos con más fuerza por permitir que Edmund y Ángela te adoptaran. ¿Te importaría contarnos lo que ha pasado? —le pidió.

Ella negó con la cabeza. Por supuesto que no le importaba. Para eso mismo había acudido allí. Necesitaba respuestas. La pareja la invitó a sentarse en un sofá junto a la chimenea mientras ellos ocupaban el sillón contiguo, el uno junto a la otra.

—Tómame el tiempo que necesites —dijo el hechicero mientras cruzaba la pierna derecha sobre la izquierda—. No tenemos ninguna prisa.

Algo en su postura, en su voz, dejaba claro que Edgar Müller no confiaba del todo en Ariadna. Sabía que podía ser peligrosa. ¿Y podía ella confiar en aquella gente?, se preguntó. Ahora que estaba ahí, sentada ante el mago cuyo nombre había gritado su padre en un intento desesperado por salvarles la vida, se sentía cohibida, acobardada. No podía quitarse de la cabeza la idea de que en el fondo ella era la villana de aquella historia, una infiltrada en el lado de la luz que no tardaría en contaminarlo todo a su paso. Edgar tenía motivos para desconfiar, motivos de sobra. Ariadna solo tenía que echar un vistazo a sus recuerdos recién recuperados para atestiguarlo. Había tanta sangre en su pasado, tanta muerte... Y eso que todavía estaba lejos de recordarlo todo. Desvió la vista hacia la cabeza de la enorme bestia que presidía la sala; se sintió hermanada con aquel engendro. Ella era un monstruo más tras el velo, una aberración concebida para el asesinato y la matanza.

Y eso era algo que no podía permitirse el lujo de olvidar.

«Ellos tampoco van a olvidarlo», le advirtió la pasajera que llevaba en la cabeza. «¿De verdad crees que estos dos van a ayudarte? Van a intentar sonsacarte toda la información que tengas y luego te encerrarán y perderán la llave».

«Quizá eso sea lo que me merezco».

Tomó aliento y comenzó a narrar su historia.

—Hace dos semanas comencé a soñar —les explicó—. Que yo sepa no había soñado nunca, al menos no desde que perdí la memoria. Durante cinco noches se repitió el mismo sueño: algo me buscaba y lo tenía cada vez más cerca.

Sonia y Edgar se limitaron a escuchar, sin hacer preguntas. Los únicos sonidos

allí, aparte de su voz, apagada y melancólica, quebrada a veces, eran los del crepitar del fuego en la chimenea, el roer del mastín y el garabateo incesante del niño sobre el papel al otro extremo del salón. La joven les habló de Evan, de cómo había irrumpido en su vida, trastocando toda su existencia de cabo a rabo. Les habló de la barracuda y la lucha en el callejón, de la subasta y su desastroso final, de la forma burda y cruel en que Evan la había manipulado. Les contó cómo los mercenarios habían irrumpido en su casa y el modo en que su padre había invocado el nombre de Edgar Müller en un intento desesperado por evitar lo inevitable. Les contó, en voz baja, presa de una emoción fría y terrible, cómo se había abierto paso a través de la tumba donde los asesinos los habían sepultado. Sonia buscó la mano de su marido con la suya cuando contó aquello, muy afectada por esa parte de la historia.

—No sé cómo sobreviví. No lo entiendo. Tal vez su intención era matarme enterrándome viva... —Fue la única mentira que se permitió. Una precaución de último momento le hizo ocultar su verdadera naturaleza, no les contó que era una virago. Siempre podía escudarse en su amnesia para justificar posibles contradicciones o incoherencias en su historia, decidió—. No sabía qué hacer —les confesó—. Estaba perdida. Fue entonces cuando comencé a recobrar la memoria de verdad. Fue entonces cuando el mundo oculto comenzó a abrirse paso en mi cabeza. Y entonces supe lo que era. Lo que había sido antes de perder la memoria: una asesina.

Les habló de la otra Ariadna. Necesitaba hacerlo, era una forma de conjurarla, de evitar que su influencia siguiera creciendo, de ponerle coto. Les habló de la hermandad terrible que la había adiestrado en el arte del asesinato desde que era niña, aquella hermandad de Hermes a la que se había referido Evan. No vio sorpresa alguna en sus rostros cuando desveló aquello. Era evidente que estaban al tanto de buena parte de lo que les estaba contando.

—¿Recuerdas la casa sin ventanas? —le preguntó Sonia cuando Ariadna terminó de relatar su odisea.

«Te lo advertí».

—Vagamente. —Esa pregunta le aceleró el corazón al tiempo que su cabeza se llenaba de corredores retorcidos, tinieblas y fantasmas—. Sé que viví durante mucho tiempo allí, pero no sé ni dónde está ni cómo llegar. Y tampoco quiero hacerlo. —Hizo especial hincapié en esa frase. Tenía la incómoda sensación de que Edgar Müller la estaba juzgando a cada gesto, a cada palabra, intentando discernir cuál era su grado de sinceridad. El hechicero no apartaba la mirada de ella—. Era un lugar espantoso, atroz. Recuerdo la oscuridad. Los gritos. Los gritos nunca paraban. Nunca.

«La casa sin ventanas es nuestro hogar», dijo la otra Ariadna. «Sin ella ahora estarías muerta, niñata desagradecida».

—En esa casa opera la cofradía de los asesinos, la Cofradía Oscura. —Edgar se inclinó hacia delante—. Ellos se dan en llamar la hermandad de Hermes, pero la mayoría los llamamos por un nombre menos grandilocuente: los llamamos la



Carroña. —Se pasó una mano por la frente, como si pretendiera secarse un sudor que no estaba allí—. Eres mucho más que una asesina, muchacha: tú y los tuyos sois leyenda. Una leyenda temible, una de las leyendas más negras del inframundo. Y voy a ser sincero. —La miró con una seriedad turbadora—. He dedicado mi vida a combatir a criaturas como tú. Durante toda mi existencia he luchado contra todo lo que representa la Carroña y la casa sin ventanas. Quiero que tengas eso muy claro desde el principio.

Había llegado su turno, comprendió Ariadna. La muchacha lo contempló, inquieta y expectante. Necesitaba que alguien pusiera orden en la locura, necesitaba que alguien volviera a poner suelo bajo sus pies. Edgar se levantó del sofá y se acercó a un mueble de madera. De allí sacó una botella de licor oscuro y tres copas de cristal tallado. Sirvió una a Sonia, que asintió agradecida; se llenó otra para él y tendió la tercera a Ariadna que rechazó su ofrecimiento con una sacudida de cabeza.

—No sé ni por dónde empezar —aseguró Edgar cuando volvió a sentarse junto a la mujer.

—¿Qué pasó en la casa donde me encontraron? —quiso saber Ariadna—. Evan dijo que nos tendieron una trampa. ¿Fuisteis vosotros?

—¿Nosotros? ¿Te refieres a Sonia y a mí? —Aquella idea pareció divertirse—. Por supuesto que no. Hay maneras más rápidas de suicidarse que enfrentarse a la Carroña de forma directa. Lo que ocurrió en aquella casa fue un estricto asunto entre monstruos. —Se recostó en el sofá—. ¿El nombre de Cicero te dice algo?

—¿Cicero? —su mente reaccionó a esa palabra, pero fue incapaz de ubicarla.

—Es una de las siete ciudades mágicas —le explicó el hechicero—. La más perversa y atroz. Cicero es la ciudad del dolor, la ciudad de los asesinos y los monstruos. Otra leyenda oscura. —Bebió un trago de su copa, como si le hiciera falta insuflarse valor para poder hablar de ese tema—. La ciudad estaba dividida en cuatro sectores, cada uno regido por un gobernador demoniaco. Uno de ellos era la criatura más deleznable que se pueda concebir: el ser que se da en llamar conde Sagrada. —La expresión de su rostro delató a Ariadna—. Lo conoces —dijo Edgar.

Ella asintió, no tenía sentido negarlo.

—Fue uno de mis maestros —confesó en un susurro. Le tembló la voz al hablar. La embargaba una profunda emoción al referirse a aquel que llamaban conde Sagrada. Edgar podía calificarlo como monstruo, pero los sentimientos que despertaba en ella la simple mención de su nombre no tenían nada que ver con esa definición.

—Enhorabuena entonces —le dijo el mago de la lanza en tono seco mientras brindaba en su dirección—. Has tenido tratos con uno de los seres más despreciables que han pisado la faz de la tierra: el conde Sagrada, el recolector de cadáveres, el señor de la Carroña, el arquitecto del dolor... —Apuró la copa de un trago antes de continuar hablando—: Cada gobernador de Cicero tenía un santuario en la ciudad. El del conde Sagrada era la casa sin ventanas, otro lugar mítico, de esos con los que se

asusta a los niños. Allí habitaba la Carroña, los engendros más perversos y temibles de todo Cicero: los monstruos a los que los monstruos temen. Eran su corte, sus escoltas y sus consejeros, todo a un mismo tiempo. —«Su familia», añadió la otra Ariadna, «somos su familia»—. Hace treinta años todo cambió. Hubo una rebelión en Cicero. Cibeles, uno de los dirigentes de la ciudad maldita, se levantó en armas contra los otros tres y salió victorioso. Por lo visto se había cansado de compartir el poder. Dos de los gobernadores fueron asesinados, pero el conde y los suyos lograron escapar. Y se llevaron la casa sin ventanas consigo, nadie sabe a dónde.

»Desde entonces Cicero ha hecho lo imposible por localizar la casa y destruirla, aunque por el momento no han tenido éxito. Cibeles sabe que mientras Sagrada continúe con vida tendrá un poderoso enemigo a sus puertas.

—¿Fueron ellos quienes nos tendieron esa emboscada? —preguntó Ariadna.

—Todo apunta a eso —señaló Edgar—. Por lo visto alguien os condujo a una trampa: una mansión atestada de monstruos de la ciudad maldita. Entre los cadáveres que se encontraron allí se identificó a varios moradores de Cicero. Uno de ellos era Ego, uno de los altos comandantes de Cibeles.

Ariadna se acarició la barbilla, pensativa. Tenía la impresión de que aquello echaba por tierra las sospechas de Evan de que había un traidor dentro de la Carroña. De ser así, ¿por qué limitarse a tender una emboscada? ¿Por qué no guiar a aquellos monstruos hasta la casa que andaban buscando? A no ser, claro está, que no todos los miembros de la hermandad supieran dónde se encontraba la mansión.

—Debió de ser un verdadero infierno —prosiguió el mago—. A las doce y cuarto de la noche se produjo un repunte bestial de magia en esa casa, los medidores de energía casi se salieron de la escala. Las alarmas saltaron por todas partes. A las doce y veinte las primeras fuerzas de contención llegaron a la casa y lo único que encontraron ya fueron cadáveres. Lo describieron como un auténtico campo de batalla, una masacre... Por lo que nos contaron, hubo cuerpos que tuvieron que sacar en cubos. Ahí es donde entramos nosotros.

Por un momento delirante, Ariadna estuvo a punto de preguntar: «¿en los cubos?».

—Trabajamos para la Cancillería alemana desde que nos retiramos de la vida activa —le explicó Sonia cuando Edgar hizo una pausa para llenarse de nuevo la copa—. El día siguiente al incendio, el Segundo Canciller nos mandó llamar y nos contó lo que sabían muy pocos: había una superviviente. No hace falta que te diga quién era, ¿verdad? —apuntó con una sonrisa. La mujer estaba haciendo un gran esfuerzo por mostrarse cercana, resultaba evidente. Del mismo modo en que Edgar Müller continuaba marcando las distancias, alerta y receloso—. Los nuestros habían intentado averiguar tu identidad, pero todo había sido inútil. Era como si te hubieran borrado, como si no existieras. Pero uno de nuestros lectores logró profundizar en esa nada y descubrir algo que nos puso muy nerviosos a todos: formabas parte de la Carroña.

—No sé si eres consciente de lo que significaba eso —continuó Edgar—. Todo lo relacionado con esos asesinos ha estado envuelto siempre en el más absoluto misterio. Nadie sabe qué tipo de seres componen la Carroña, por ejemplo, cuántos son o por qué aceptan unos encargos y rechazan otros. Ni siquiera quienes contratan sus servicios entran en contacto directo con sus miembros. Todo se organiza a través de encuentros con terceros y una charla con un sujeto al que se conoce como el Funcionario.

Ese sobrenombre trajo de inmediato a la mente de Ariadna una nueva imagen, la de un hombre canoso, vestido con chaqué, con unas diminutas gafas redondas y aspecto benévolo. Siempre llevaba guantes negros y siempre tenía manchas de sangre alrededor de la boca. «¿No lo sabes?», le contestó el día en que Ariadna le preguntó por ellas. «Me alimento de niñas preguntonas. Y el mundo está lleno de niñas preguntonas».

—Hasta que apareciste tú, lo único que se sabía sobre la Carroña era que son infalibles —dijo Sonia. Bebía a sorbos cortos, como un pajarito—. Si aceptan un contrato, lo cumplen. Da igual el objetivo, da igual las dificultades. Nunca fallan. Y de pronto, de la noche a la mañana, teníamos en nuestro poder a un miembro de tan selecto club. Y nadie se esperaba que alguien de la Carroña fuera tan escandalosa y terriblemente normal.

—No eras un monstruo —dijo Edgar. Y por su tono aquello le parecía un insulto, un ataque a la lógica y al sentido común—. Maldita sea. ¡No eras más que una niña! Una niña sin memoria, una niña vacía. Lo único peculiar que se veía a simple vista era tu ojo izquierdo: un ojo de lector a todas luces. Pero ¿cómo era posible eso? ¿Cómo se explicaba que el estigma de la lectura solo se presentara a medias en ti?

Ella conocía la respuesta, pero no contestó. No podía admitir que llevaba en su cuenca el ojo de un muerto. Por el bien de su propia cordura necesitaba abrazarse durante el mayor tiempo posible al espejismo de ser humana.

—En los días siguientes al incendio se te indujo un coma mágico durante el cual te sometimos a un montón de pruebas —prosiguió Edgar—. Concluimos que disponías de habilidades místicas innatas, aunque nada superior a la media.

Y dimos con una anomalía que nos llamó la atención: cierta impermeabilidad a la magia.

—¿Qué significa eso?

—Que determinados hechizos no funcionan contigo —le explicó Sonia—. Todos los vinculados a la magia natural, por ejemplo. Lo que significa, entre otras cosas, que no existe sortilegio alguno capaz de curarte.

—No, eso no es cierto —dijo ella—. La barracuda me hirió la noche en que me enfrenté a ella. Me hizo un buen destrozo, pero Evan me ayudó con un hechizo de curación.

Edgar negó con la cabeza.

—No sé de qué magia os servisteis, pero no fue de la tradicional, eso seguro. —

Ariadna recordó que aquel mismo sortilegio había fallado cuando intentó curar al portero de la subasta. ¿Sería magia específica para viragos?—. Y esa hechicería no es la única a la que eres inmune —continuó Edgar Müller—. También resultaba imposible usar hechizos de localización contigo. No hay forma mágica de detectarte. No hay hechizo de búsqueda, por poderoso que sea, capaz de encontrarte, ni sistema de alarma mágico que salte en tu presencia.

—¿Cómo dieron entonces conmigo Elías y los suyos? —quiso saber ella.

—Sin magia —contestó Sonia—. Quizá cuenten con algún rastreador en el equipo. O tal vez alguien te siguiera cuando abandonaste la subasta. Quién sabe. Por desgracia los mercenarios suelen tener bastantes recursos.

—El que fueras ilocalizable por medios mágicos en cierto modo nos alivió —dijo Edgar—. Estabas bajo el amparo de la magia de la Cancillería y sus propios hechizos protectores, sí, pero saber que la Carroña no podía encontrarte nos quitó un gran peso de encima. Lo último que queríamos era un enfrentamiento con los tuyos.

—No son los míos —le corrigió ella.

Edgar Müller ignoró su comentario.

—La cuestión que se planteó a continuación fue la de qué hacer contigo —dijo—. Se barajaron muchas opciones. Algunas aberrantes.

—Hubo quien dijo que la única salida sensata era matarte —le confesó Sonia. Aquello no la sorprendió en absoluto—. Decían que con la Carroña solo se podía tratar siguiendo sus propios términos.

«Y qué sorpresa se habrían llevado de haberlo hecho», se dijo Ariadna.

—Como es evidente rechazamos esa alternativa —dijo el mago—. Todos hemos hecho cosas atroces en alguna ocasión, cosas de las que no nos sentimos orgullosos, pero matar a una niña estaba y sigue estando más allá de la línea que nos hemos trazado como admisible. Los monstruos son otros. —Hizo una seña vaga en dirección a la puerta del salón y por extensión al mundo de fuera—. Gracias al cielo, el Segundo Canciller era de nuestra misma opinión. Encerrarte también habría supuesto una crueldad. No sabíamos cuál era tu grado de implicación en la Carroña e ignorábamos qué crímenes podías haber cometido. ¿Con qué excusa podíamos condenarte? ¿Asociación con malhechores? ¿Terrorismo probable?

—No te haces ni idea de los quebraderos de cabeza que nos diste, muchacha —terció Sonia—. Discutimos días y días sobre qué diablos hacer contigo. Hasta alguien propuso devolverte a la Carroña como gesto de buena voluntad. Como podrás imaginar, ni siquiera tomamos en serio semejante majadería.

—En cierta manera tu amnesia jugaba en tu favor —continuó el hechicero—. Todos los que te examinaron aseguraban que era muy improbable que recuperaras la memoria; el borrado al que te habían sometido era brutal, demasiado severo como para que pudieras recuperarte. Había zonas de tu cerebro que estaban calcinadas, devastadas... De hecho, no entendíamos cómo era posible que la única secuela que sufrieses fuera la amnesia.

—En la práctica eras una persona nueva —dijo Sonia—. Alguien diferente por completo a quien fueras antes del hechizo. Lo que hubieras sido en el pasado ya no importaba, porque no iba a volver.

—O eso pensábamos. —Edgar soltó un gruñido—. Algo se nos escapó. A pesar de los análisis concienzudos, hubo algo que no vimos. Esto no debería estar pasando. No deberías estar recordando.

—Tras mucho discutir, nos dejamos de zarandajas y escogimos el camino más sencillo —dijo Sonia—. En el fondo no eras más que una niña, una niña perdida. Y decidimos que lo más justo sería tratarte como a tal. Y así fue como acabaste en aquel orfanato.

—No te equivoques, en ningún momento te abandonamos a tu suerte —le aseguró Edgar—. Permanecimos siempre atentos, siempre vigilantes. Teníamos personal infiltrado en el centro y un control absoluto sobre tu expediente médico. Cuidamos todos los detalles. Nadie conocía tu relación con el incendio de semanas atrás, hasta nos inventamos una nueva historia para ti. —Cuando se sirvió una nueva copa su pulso ya no estaba tan firme como antes—. Desde un primer momento quedó claro que tu carácter era problemático, pero sobre todo nos preocupaban tus tendencias autodestructivas —dijo—. Tras tu primer intento de suicidio comenzamos a barajar la posibilidad de ingresarte en una institución más acorde con tu estado, un sanatorio psiquiátrico donde controlarte de manera más estrecha. Pero de pronto llegó Steve y todo cambió.

—Fue algo sorprendente —dijo Sonia. Y por el tono de su voz daba la impresión de que todavía le asombraba ese hecho.

Y Ariadna recordó aquel momento. La entrada de aquel muchachito en el orfanato, con su mirada vacía y su expresión distante, como si llevara puesta una máscara tras la que no había nada, mero vacío, mera ausencia... Recordó el impulso irremediable de acercarse a él, de tomar su mano, de buscarse a sí misma entre los restos del naufragio que aquel niño arrastraba consigo.

—Lo reconociste —dijo Edgar—. Eso fue lo que pasó. Reconociste lo que era.

—No. —Ariadna se llevó la mano a la boca, horrorizada ante lo que implicaba aquella afirmación. Porque era cierto. Ahora comprendía qué le había llevado a aproximarse a aquel niño nada más verlo. Steve había matado a sus padres, los encerró en una cabaña y luego le prendió fuego. Era un asesino, un asesino precoz. Como ella. Edgar Müller tenía razón: lo había reconocido. Y eso, de algún modo, había servido para calmarla.

—Tras la llegada de aquel crío ya no parecías la misma —dijo Sonia—. Seguías taciturna y triste, cierto. Pero dejaste de intentar hacerte daño y eso fue toda una mejora.

—Por primera vez diste pruebas de ser capaz de comportarte como una persona normal. —Ahora le tocó el turno a Edgar de continuar con aquella explicación a dos voces—. Los informes eran cada vez más alentadores en ese sentido. Y mejorabas día

a día. La posibilidad de reintegrarte dejó de ser una quimera. Unas semanas después de la llegada de aquel muchacho, una curiosa pareja visitó la institución. Pretendían adoptar a un niño, y no les importaba lo problemático que fuera. De entrada, su único interés era Steve, pero el hombre también se fijó en ti. Supongo que era inevitable.

—Hay cosas que no pueden ser de otro modo. —Sonia sonrió con tristeza.

—Edmund no tardó en iniciar los trámites de adopción de ambos —dijo Edgar—. Para qué engañarnos, en circunstancias normales no habría conseguido nunca la tutela de ninguno de los dos, pero aquellas no eran circunstancias normales. Estábamos nosotros de por medio. Me involucré de manera personal en el proceso. Mantuve dos reuniones con los que pronto se convertirían en tus padres, haciéndome pasar por un empleado de asuntos sociales; en el segundo de esos encuentros llevé conmigo a un experto lector de la Cancillería, el mismo que había descubierto tu pertenencia a la Carroña. Quería conocer todos sus secretos, quería una radiografía de sus almas... Necesitaba saber si podían cuidar de alguien como tú.

«Las niñeras de un monstruo».

—Sobrepasaron todas las expectativas —afirmó Sonia—. Joder, las superaron con creces.

—Eran perfectos. Sencillamente perfectos. —Edgar contempló la copa que sostenía, la estudiaba con detenimiento, como si buscara en ella una respuesta a una pregunta que le atormentaba. Sus ojos destellaban de un modo extraño, era un brillo frío, desangelado. Ariadna comprendió que se sentía culpable por la muerte de su familia. Se sentía culpable por haberla entregado a ellos—. Tu madre era una de las personas más excepcionales que he tenido el placer de conocer —dijo. La miró otra vez, pero de un modo nuevo. Ya no había ni sospecha ni recelo, solo pena, pena compartida—. Si alguien era capaz de cuidar de ti era ella —dijo—. No hay otra manera de expresarlo. Si alguien era capaz de extirpar toda la maldad que pudieras tener dentro, toda la rabia, todo el dolor, esa era Ángela.

—Yo... —Ariadna tragó saliva, impresionada por sus palabras. Quería hablar, quería confirmarles que así había sido, que aquella mujer magnífica la había condecorado con el mundo, con la vida, pero le costaba articular palabra—. Lo hizo —dijo al fin, con la voz estrangulada. No lloraba, pero el llanto se había transformado en una criatura viva que le trepaba por la garganta, un ser áspero y amargo que la arañaba por dentro—. Lo hizo —repitió. Y acto seguido pensó: «Me salvó. Nos salvó a ambos. Y ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá me hubierais encerrado y perdido la llave. Porque así ellos seguirían con vida».

—Aun así, antes de tomar la decisión final no me quedó más remedio que mantener una última reunión con tu padre —dijo Edgar—. No podíamos entregarte así como así. Era necesario que comprendiera las implicaciones de la decisión que estaban a punto de tomar, y para ello debía conocer todos los datos. Me reuní con él y le hablé del mundo oculto, no me quedó más remedio. A grandes rasgos, sin entrar en detalles. Le conté que la magia era real, que hay monstruos en las sombras y que tú

habías sido uno de ellos. Eso había quedado atrás, le aseguré. Pero existía el riesgo, aunque fuera mínimo, de que recuperaras la memoria y que esos tiempos regresaran.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mejor de lo que nadie podía esperar —le contestó—. Tu padre siempre fue un hombre práctico. La existencia de un mundo dentro del mundo lo agobió durante una fracción de segundo. Una vez computó el dato, no tardó en rehacerse. Lo aceptó del mismo modo en que podía haber aceptado que se hubiera puesto a llover de pronto. En cuanto a ti... —Sonrió. Y fue la primera sonrisa real que le veía a aquel hombre—. Le dio igual. Le dio absolutamente igual. «Yo también arrastro fantasmas», me dijo. «Yo también tengo las manos manchadas de sangre. Arruiné a muchos hace unos años. Hasta donde yo sé al menos dos personas se quitaron la vida por ese motivo. En cierta manera yo les empujé a hacerlo. El pasado de esta niña no me interesa. Lo que me interesa es su presente, su futuro».

Ariadna resopló. Las ganas de llorar iban y venían, era un torbellino de pena, de angustia, de agonía, que la dejaba aterida de un frío imposible de combatir.

—Creo que al final sí me voy a tomar esa copa —dijo con un hilo de voz. Edgar asintió y le sirvió tres dedos de licor. Se los bebió de tres rápidos sorbos, uno por dedo. El calor de aquello se fue abriendo paso en su interior, pero no logró consolarla. Tomó aliento—. ¿Mi madre lo supo alguna vez?

—Si lo supo no fue por nosotros. El lector que examinó a Ángela nos avisó de que no sería buena idea que la hiciéramos partícipe del secreto. Nos avisó de que, de saberlo, querría verlo todo. No estaba en su naturaleza quedarse en el lado tranquilo de la vida e ignorar las maravillas que podía encontrar al otro lado. Y eso lo sabía muy bien Edmund, por eso tengo la sospecha de que si llegó a contarle alguna vez la verdad, debió de ser una versión incompleta. —Se frotó las manos con fuerza, como si necesitara calentarlas—. Una vez Edmund aceptó adoptarte, todo fue muy rápido. Eso sí, le advertimos de que se deberían tomar unas precauciones mínimas. Sortilegios de vigilancia mágica en cualquier casa donde vivieras. Reuniones periódicas con él. Informes mensuales a la Cancillería... Edmund conocía los riesgos. Nosotros también. Aun así, lamento decirlo, con el paso del tiempo nos relajamos. Todo iba bien, tú te habías convertido en una adolescente normal y corriente con una vida normal y corriente. Dimos por supuesto que ya siempre sería así. Nos confiamos. Y tu padre también lo hizo. Debía avisarnos de inmediato si sucedía cualquier cosa fuera de lo normal. Y no lo hizo. No lo hizo.

—Todo fue muy rápido —murmuró ella—. Puede que ni siquiera tuviera tiempo de informar. La misma noche de la subasta, le dije que me encontraba bien. —Se sentía extraña, dividida. Su padre había estado vigilándola, había pasado informes sobre ella a aquellos desconocidos. Bajó la vista. Todavía tenía la copa entre las manos, ya vacía. El vidrio estaba facetado y su reflejo se fragmentaba y multiplicaba una y otra vez contra su superficie. Había un sinfín de Ariadnas allí dentro, un puzle irresoluble de piezas condenadas a no encajar jamás—. ¿Y ahora qué? —preguntó en

voz baja.

—Ahora, con tu permiso, mi mujer y yo vamos a hablar en privado sobre todo esto —dijo Edgar—. No te molesta, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Los múltiples reflejos del cristal copiaron su movimiento.

—Lo entiendo. —Hizo ademán de levantarse para dejarlos solos. Sonia se le adelantó. Se acercó a ella y la cogió de la mano. Se la estrechó con firmeza.

—Todo va a ir bien —le aseguró—. Sé que es una frase de mierda dadas las circunstancias, pero estoy convencida de que va a ser así. Todo va a ir bien. Nosotros nos vamos a encargar de ello.

Ariadna la miró a los ojos. No tenía fuerzas ni ánimo para creer en ella, le resultaba imposible hacerlo. En el fondo no le importaba lo mucho que pudieran mejorar las cosas: los muertos continuarían muertos. Sus padres no se habían perdido en ningún edificio evanescente, no podía engañarse con la idea de volver a verlos, sus padres y su hermano estaban enterrados a un lado de la carretera. Sonia le sonrió y a ella no le quedó más remedio que asentir.

La pareja no se alejó mucho. Se limitó a salir al pasillo, las puertas quedaron abiertas y ambos dialogaron frente a ellas. «No quieren perderte de vista», le dijo la otra Ariadna.

Soltó un suspiro agotado e intentó recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo o dormido un rato. No lo consiguió. El desánimo le podía. Tras aquella larga charla se sentía vacía, exhausta. Había obtenido muchas respuestas, pero con ellas no había logrado la tranquilidad que buscaba, solo la confirmación de lo que ya sabía: era un monstruo, un engendro concebido para el asesinato. Ahora conocía las circunstancias que habían rodeado a su amnesia y a su adopción, sí, pero eso en poco le aclaraba lo que de verdad era ella. Su identidad se le escapaba. ¿Era Ariadna la asesina o la Ari que Edmund y Ángela habían sacado del orfanato alemán? ¿Podían conjugarse ambas?

Una vocecilla la sacó de pronto de su ensimismamiento. Para su sorpresa descubrió que Cario se había acercado a ella, con el sigilo de los niños tímidos que tienen miedo a molestar. Llevaba el cuaderno de dibujo y dos lápices en las manos. Por un instante notó cómo la conversación de la pareja se interrumpía al ver a su hijo tan cerca de ella, pero esta no tardó en reanudarse, aunque la vigilancia sobre ella se mantuvo.

—Te he pintado —le dijo Cario mientras abría el cuaderno.

La había dibujado, en efecto, aunque le costó trabajo reconocerse en la muchacha que ocupaba buena parte de la página que el niño le mostraba. Le recordaba a una pirata, con el ojo cubierto por un parche y el cabello tan revuelto que más que pelo parecía que se había adornado la cabeza con un pulpo o una fregona. Tenía los brazos demasiado largos y las piernas demasiado cortas. Al menos el número de extremidades era el correcto.



—¿Esta soy yo? —le preguntó Ariadna. Para su sorpresa descubrió que se sentía un poco dolida—. ¡No sabía que era tan fea!

—No eres fea —dijo el niño—. Estás triste y por eso te he dibujado triste.

La muchacha se quedó mirándolo, perpleja. Se le estaba comenzando a formar un nuevo nudo en la garganta, aquel ser interno que ella imaginaba forjado a base de lágrimas volvía a retorcerse en su interior, volvía a reclamar su atención. Era por el olor del niño, a criatura recién bañada, a inocencia y frescor. Por el brillo immaculado de sus ojos, ajenos al mal y al terror del mundo, libres de cualquier atisbo de corrupción. Recordó a Steve en el orfanato y le volvieron las ganas de gritar, de acucillarse en una esquina, de rendirse al dolor y la angustia. En vez de eso, sonrió. Ni siquiera salir de la tumba le había costado tanto esfuerzo.

—¿Quieres que te dibuje yo? —le preguntó al niño—. Antes dibujaba bastante bien. Sacaba buenas notas y todo. —Cario asintió y le tendió los bártulos al instante. Ariadna cogió el cuaderno, empuñó uno de los lápices y se retrepó en el sofá. Estudió al niño con expresión atenta y lo dibujó con varios trazos rápidos. Hacía tiempo que no dibujaba, pero acabó consiguiendo algo que se parecía un poco al chaval que tenía delante. Era probable que Sara Vargas lo hubiera hecho muchísimo mejor.

—¿Ariadna? —Tan ensimismada estaba dando los últimos toques al dibujo que no se percató de que Edgar y Sonia habían regresado. Ambos la observaban tras el sofá. Ella sonreía. Él tenía la misma expresión severa de costumbre. Fue Edgar el primero en hablar.

—Hay algo que tengo que preguntarte. Algo importante. Ya te hemos dicho que es muy poco lo que sabemos sobre la Carroña. Muy poco. Necesitamos saber más. ¿Estarías dispuesta a proporcionarnos toda la información que puedas sobre esa organización? Qué criaturas la forman, cuáles son sus protocolos de actuación, desde dónde operan, en qué asesinatos y robos han estado implicados... Cualquier dato que nos puedas proporcionar será valioso. Dinos, ¿colaborarías con la Cancillería? De entrada tendrás nuestra protección.

—Todavía no recuerdo demasiadas cosas —contestó, abrumada por lo que le pedían—. Tengo demasiadas lagunas.

—Pero recordarás. Cualquier cosa que puedas saber sobre el conde Sagrada y su organización es un tesoro para nosotros. No te estamos pidiendo que te enfrentes a los que un día fueron tus amigos. Ni siquiera pensamos enfrentarnos nosotros a ellos, al menos de momento. Pero la información es poder. Y no sabemos nada sobre la Carroña. ¿Nos ayudarás?

«Te lo advertí. Te lo advertí. Quieren que traiciones a la cofradía. Quieren que traiciones a tu familia».

«Mi familia está muerta. Y no hay ninguna diferencia entre lo que yo era antes y los asesinos que los mataron».

—Os ayudaré —contestó.

## «OTROS LA BUSCAN»

Los cuatro niños del banco miraron hacia él en cuanto Marc entró en aquella plazoleta perdida en el extrarradio de Bucarest. Fue un movimiento rápido y conjunto, un giro de cabeza simultáneo que le puso los pelos de punta. Evan había hecho hincapié en que debía actuar de forma natural mientras se acercaba a la tienda, pero al joven le costó un gran esfuerzo no flaquear, sobre todo cuando comprobó que aquellos niños distaban mucho de ser normales. Dos de ellos carecían de brazos, los otros dos de piernas y todos tenían un único ojo situado en plena frente, un ojo idéntico, redondo y de un llamativo color naranja. Compartían un cigarrillo mal liado que se pasaban unos a otros con evidente deleite, en aquel momento uno de ellos lo sujetaba con destreza entre dos dedos de su pie izquierdo al tiempo que flexionaba la pierna para llevárselo a la boca. Tras una larga calada, exhaló una bocanada de humo blanco mientras estudiaba a Marc con vago interés.

«He compartido la sangre de los antiguos con un campamento de vampiros», se dijo mientras se aproximaba. «No pienso dejar que me atemoricen cuatro chavales raros».

El banco donde se sentaban tampoco era normal; era metálico, negro y retorcido, con aspecto de telaraña venida a menos, y, por supuesto, no se parecía en nada a sus congéneres diseminados por la plaza, mobiliario urbano normal y corriente. En cambio, sí guardaba semejanza con la escalera que conducía a la tienducha frente a él, una escalera de peldaños sinuosos que daban la impresión de estar a medio forjar. Ningún letrero aclaraba la naturaleza del negocio que se atendía allí y una verja enmarañada impedía ver el escaparate. Marc subió los escalones, consciente de que las miradas de los niños estaban pendientes de él. A media altura de la puerta, un cartel anunciaba que la tienda estaba cerrada. Hizo caso omiso, tomó el tirador y abrió decidido.

Un campanilleo rápido anunció su llegada, un tintineo malsano que procedía de una ristra de huesecillos y cristales que colgaba del dintel. Miró alrededor. El local era sombrío y lóbrego, apestaba a viejo y tenía el aire de una tienda de antigüedades en la que el orden y la limpieza nunca hubieran tenido importancia, hasta el aire sabía a polvo. Había muebles viejos por doquier, de todos los tamaños y condiciones; también arcones, estatuas y maniqués, estanterías repletas de libros, armaduras y armas oxidadas, instrumentos musicales, ánforas y jarrones, fuentes para pájaros, ruedas de vehículos, paragüeros repletos de bastones; todo estaba amontonado y le

daba a la tienda aspecto de buhardilla atestada.

El mostrador era un ataúd enorme al que le habían sustituido la tapa por una cubierta de cristal. Junto a este se veía una grotesca cuna con dosel negro. No había nadie tras el mostrador, pero la cuna sí estaba ocupada. Algo se movía dentro, Marc alcanzó a distinguir un bulto oscuro y una respiración sibilante. El joven se quedó inmóvil en la entrada, indeciso. El sonido de la campanilla debería de haber alertado a quien atendiera la tienda, pero a excepción del ocupante de la cuna el lugar parecía desierto.

Se acercó al mostrador. Mientras lo hacía, temeroso de lo que podía descubrir, echó un vistazo dentro de la cuna. Para su alivio el ocupante era un bebé, un niño rechoncho de aspecto normal aunque su vestimenta, un trajecito negro de marinero y un gorro de lana del mismo color, resultaba chocante en alguien tan pequeño. Aquel niño más que vestido parecía amortajado.

—Pero, ¿quién te ha puesto eso? —le preguntó en un susurro—. ¿Es que aquí todo tiene que ser siniestro a la fuerza?

El niño, por toda respuesta, le ofreció una sonrisa babosa. Sus ojos lo estremecieron. Eran antiguos, ojos que en nada tenían que ver con la edad que aparentaba aquella criatura. Marc tuvo la impresión de estar ante el bebé más viejo del mundo.

De pronto el sonido de campanillas a su espalda le hizo girarse. Los niños del banco estaban entrando en el local; los que no disponían de piernas se habían introducido en los curiosos arneses que los otros cargaban a la espalda, configurando así unas curiosas parejas complementarias. Sin decir nada se dispusieron a ambos lados de la puerta. Lo miraban suspicaces.

Poco después, una mujer atravesó la arcada tras el mostrador, procedente de las profundidades de la tienda. Era una mujer gruesa, entrada en años. Tenía ojos marrones, rostro arrugado y un cabello tan oscuro que se podían descubrir en él matices nuevos del negro. Sus muñecas estaban repletas de pulseras y llevaba los dedos tan cargados de anillos que a Marc le sorprendió que pudiera flexionarlos. Lo estudió de arriba abajo, con una sonrisa burlona en los labios, como si lo que tuviera delante fuera una broma graciosa.

—Bienvenido al hogar de los Tracia, muchachito. ¿Qué te trae a nuestra morada? —preguntó en perfecto castellano. El hecho de que se dirigiera a él en su propio idioma no le sorprendió demasiado.

—He perdido algo y necesito encontrarlo —contestó él—. Me han dicho que aquí podrían ayudarme.

—Huele a nuevo, mamá —dijo uno de los niños—. La Telaraña no lo reconoce como hijo suyo. Yo digo que lo degollemos y se lo echemos de comer a Ariel.

—Todos fuimos nuevos un día, Mandrágora, hasta los que nacimos a este lado del misterio. Seamos benévolos con nuestro visitante. —A continuación volvió a concentrar su atención en Marc—. ¿Por qué piensas que podríamos ayudarte?

—Porque aseguran que podéis encontrar cualquier cosa que esté perdida. Dicen que fuisteis capaces de hallar el ojo de Samotracia y la espada del argonauta. —Esa era la fórmula que Evan le había hecho memorizar y recitar hasta que fue capaz de soltarla con naturalidad. «El segundo paso para conseguir sus servicios es adularlos», le había dicho. El primero había sido encontrarlos: aquella tienda no estaba fija en el espacio, se trasladaba de ciudad en ciudad, se abría hueco entre los edificios, sin permanecer más de un día en un mismo punto—. Cuentan que encontrasteis al primogénito del Rapsoda y los brazos de Venus. Dicen que no hay nada que esté perdido que no podáis hallar.

—Vienes con la lección aprendida. —La mujer le dedicó ahora una sonrisa pícaro—. Encontramos cosas, sí, esa es una de nuestras múltiples ocupaciones. Cuéntanos ¿qué has perdido?

—A una amiga.

—Necesitamos saber más antes de aceptar o no tu encargo. Para empezar su nombre y el vínculo que os une.

—Se llama Ariadna. Es mi novia.

—El amor puede ser un lazo más fuerte que la sangre, sí. Y son muchos los que mueren estrangulados por él. Dime, muchacho ¿cómo la has perdido?

—Se ha extraviado en el mundo oculto —contestó—. Lo olvidó durante un tiempo, olvidó su pasado, olvidó quién era. Durante años vivió una vida normal en la Tierra Pálida. Hace dos semanas comenzó a recordar y después desapareció sin dejar rastro. —«Sé sincero, pero ten cuidado con lo que dices», le había advertido Evan. «Y no les hables de mí o puede que sea lo último que hagas»—. Necesito encontrarla. En este lado del mundo hay quien pretende hacerle daño.

—Qué triste historia. —La mujer no dejaba de mirarlo, con esa expresión a medio camino entre la amabilidad y la sorna—. Pero, ¿por qué acudes a nosotros? —se interesó—. Cualquier tienda de magia que se precie puede prepararte un sortilegio de búsqueda. Y no hay brujo que no sepa trenzar el baile de la huella en el aire y saber dónde está tu chica.

—La magia no puede encontrarla.

—Oh. Ya veo. Está protegida. Oculta a los ojos de la hechicería, pero no de las artes secretas. ¿Se esconde de ti acaso? De ser así, el precio será más alto del habitual. Si derramas su sangre gracias a nuestra información nos meterás en problemas.

—¿Derramar su sangre? No pretendo hacerle daño. Solo quiero encontrarla.

—¿Y ella quiere que la encuentres? —quiso saber, maliciosa.

—¿Podéis ayudarme o no? —La retó con la mirada. Aquella pregunta le había tomado desprevenido. No, claro que no quería que la encontrara. Ariadna lo había dejado muy claro.

La mujer soltó una carcajada.

—Podemos, podemos. Claro que podemos ayudarte. Somos los hijos de Tracia, y,

como bien has dicho, somos capaces de encontrarlo todo. —Se inclinó sobre el mostrador. Había cosas ocultas en su pelo, criaturas escondidas en la maraña negra que caía sobre sus hombros. Un ojo anaranjado se asomó entre mechones para desaparecer veloz en la espesura oscura. Se escuchó un cuchicheo. Se oyó una risa mínima—. ¿Conoces el precio? —Marc asintió. Evan se lo había explicado muy bien—. ¿Y estás dispuesto a pagarlo?

—Lo estoy —aseguró.

Ella asintió, complacida por su respuesta.

—Una advertencia —anunció—. Te diré dónde se encuentra ella en estos momentos, lo que no implica que siga ahí cuando llegues. ¿Comprendes lo que te digo? Todo es efímero, eventual... Todo cambia y fluye.

—Lo comprendo —afirmó él.

Aquello era mucho más de lo que habían obtenido hasta entonces. Había perdido la cuenta de las distintas ciudades a las que Evan lo había arrastrado, de los lugares extraños que había visitado en aquel viaje vertiginoso a través de las casas iguales. Había sido en el último de ellos, un tugurio infecto de Nuevo México en el que se habían detenido a comer, donde habían escuchado el rumor de que la tienda de los Tracia había sido vista aquella tarde en Bucarest.

—Sea, pues —dijo la mujer—. Completemos la transacción, cerremos el trato y encontremos a tu amante perdida. —Le tendió una mano anillada. Era regordeta, de dedos cortos y carecía de línea alguna en la palma; la piel estaba lisa por completo, sin huella, sin mácula—. Toma mi mano y visualiza lo que has perdido; pase lo que pase, no apartes a la muchacha de tu pensamiento o esto no servirá de nada.

Marc se apresuró a estrechársela, lo hizo con un movimiento rápido, como si temiera que ella pudiera pensárselo mejor y retirar su ofrecimiento. La mano de la dependienta era blanda y tibia, a él le recordó la tarde en la que de niño había tocado algo entre la hojarasca mientras jugaba al escondite en un parque de su barrio; una blandura mustia, pegajosa, que al final resultó ser una rata muerta, medio podrida ya. Apartó esa imagen de su cabeza, no era lo que necesitaba en ese momento. Cerró los ojos y trajo a Ariadna a su mente. La recordó sentada a su lado en el porche de su casa, con la vista fija en un horizonte crepuscular y el pelo mecido por el viento; en su recuerdo era tan hermosa que mirar algo que no fuera ella era una proeza. Todavía tenía nítidos en la memoria sus rasgos, se preguntó cuánto tiempo tardaría en comenzar a olvidarlos, cuánta ausencia sería necesaria para que la joven que amaba comenzara a desdibujarse. «No», se dijo, furioso consigo mismo por contemplar siquiera la posibilidad de que eso sucediera. «No pasará. Voy a encontrarla. Voy a encontrarla aunque sea lo último que haga».

El tacto blando y mohoso de la mujer cambió, se erizó, se llenó de pronto de filos y cuchillas. Marc notó un sinfín de filamentos mordiéndole la carne, garfios diminutos que brotaban de la mano que tocaba para hundirse en la suya. Intentó concentrarse en Ari, en su pelo moreno, en su forma de andar, en lo estúpidamente

feliz que era junto a ella. Trajo a su recuerdo su mirada asimétrica, sus labios, la curva de sus caderas, se asomó hasta al último secreto de su cuerpo, la constelación de lunares en el vientre, la pequeña cicatriz en la cara interna de un muslo, el pubis moreno y su textura de hilo dulce.

—Va a doler —escuchó decir a la mujer.

—No importa —contestó él. «No puede doler más que no tenerla».

Acto seguido sintió como si alguien le retorciera las entrañas. Fue un latigazo de electricidad húmeda que se le enroscó en las vísceras para tirar a continuación de ellas, arrancándoselas de cuajo. Gimió. Las rodillas le flaquearon y habría caído al suelo de no ser por uno de los niños dobles, que lo tomó de las axilas y lo sostuvo sin miramientos. El dolor dejó de ser dolor para convertirse en agonía. Tenía ganas de gritar. Ganas de llorar. En ningún momento soltó la mano de la mujer, la aferró con más fuerza si cabía, en un intento desesperado de compartir con ella el dolor que lo destrozaba por dentro. A pesar de la tortura, no dejó de pensar en Ariadna ni un solo instante. Se confió a su imagen para capear la pesadilla, se abrazó a su recuerdo para no enloquecer.

«Hago esto por ella», se dijo cuando el sufrimiento se volvió insoportable.

Tras una eternidad, la mujer le soltó la mano. Él salió trastabillando hacia atrás, y solo el apoyo de los niños le permitió conservar el equilibrio. Abrir los ojos le costó un gran esfuerzo, una fina capa de costra había unido los párpados entre sí. Dos lágrimas densas rodaron por sus mejillas cuando lo consiguió, excrecencias turbias, casi sólidas. Respirar dolía, sentía que se asfixiaba, los pulmones parecían haber olvidado cuál era su cometido. Por un instante creyó que su corazón había dejado de latir. Su cuerpo no se reconocía a sí mismo, ni siquiera el mundo que lo rodeaba parecía el mismo que unos segundos antes. Sus dimensiones habían variado, se había hecho más pequeño, era una diferencia casi inapreciable, pero suficiente para marearlo.

La mujer lo contemplaba, impasible tras el mostrador/ ataúd. Su aspecto tampoco era el mismo de antes, también había cambiado. Ahora no había tantas arrugas en su cara y el volumen de su cuerpo era menor, como si hubiera perdido varias tallas en un solo parpadeo. Era bastante más joven.

—He encontrado a tu amada —le dijo. Su voz también había rejuvenecido, contaba ahora con una energía nueva—. Sí, he dado con ella. Perdida en la Telaraña, confusa, a medio camino entre lo que fue y lo que será. Otros la buscan. Sombras terribles, oscuras y frías. —Su mirada era de una dureza implacable—. Pero eso ya lo sabes. Un rastro de cadáveres conduce hasta ella, su paso está jalonado de muerte... Tenía que haber seguido el consejo de Mandrágora, muchacho. Tenía que haberte echado de comer a Ariel. Es probable que ese destino sea más misericordioso que el que te espera si encuentras lo que buscas. Pero sea. Para bien o para mal tenemos un acuerdo. Te diré dónde encontrarla.



Evan tabaleó sobre el volante con la mano derecha, cada vez más impaciente. Había robado el coche muy cerca de la casa igual de Bucarest; era pequeño y nada ostentoso, de hecho el vehículo estaba tan destartado que podría pasar desapercibido en un desguace. El joven sentía una urgencia demoledora, tremenda, un movimiento sísmico en la boca del estómago que lo mantenía en perpetua tensión, al borde siempre del grito. La cabeza le palpitaba; aquel dolor insidioso era debido a sus continuos intentos de asomarse a la mirada de Ariadna. Pero ella le mantenía cortado el paso con una terquedad endiablada. Aun así mantenía su hostigamiento, terco él también; todo lo que necesitaba era un instante de despiste para abrirse paso en su cabeza. Tenía claro que ella debía de haber considerado esa eventualidad y que estaría más que preparada para evitarla. No le costaba trabajo imaginársela con un parche en el ojo, ni siquiera descartaba que hubiera tomado una medida más drástica y se lo hubiera arrancado de cuajo. La antigua Ariadna habría sido capaz de hacerlo. Daba igual. No importaba. Era consciente de lo difícil que sería localizarla solo con una mirada casual, pero lo que de verdad necesitaba era que ella mirara a través de sus ojos. Quería que viera a Marc. Eso sería más que suficiente para atraerla.

¿Acaso no lo entendía? ¿No sabía lo que estaba dispuesto a hacer para estar con ella? Negó con la cabeza mientras contenía el impulso de emprenderla a golpes con el volante y el salpicadero. Aquella visita a Bucarest era una prueba de hasta dónde llegaba su desesperación. Todo el mundo sabía que era casi imposible sacar algo positivo de los Tracia. Se vanagloriaban de que podían encontrar cualquier cosa que estuviera perdida, en efecto, y su fama, sin duda, era merecida, pero rara vez usaban ese talento en beneficio de alguien que no fueran ellos mismos. La mayoría de los que visitaban su tienda con la intención de conseguir sus servicios salían sin obtener nada. Si es que salían, claro. Circulaba el rumor de que eran muchos los que habían desaparecido allí dentro. Dudaba de que un mortal insípido como Marc corriera peligro con ellos, una criatura tan anodina y simple no debería de interesarles demasiado. Lo que ni por asomo esperaba era que Marc consiguiera algo de los Tracia. Pero se estaba quedando sin tiempo, lo intuía, cada segundo que pasaba acercaba más a Ariadna a la casa sin ventanas y lo alejaba de él. No podía permitirse el riesgo de dejar pasar una sola posibilidad de encontrarla, por remota que pareciera.

A veces le costaba trabajo mantener la mente clara, tenía que hacer un gran esfuerzo para no perder el control. Y más ahora, cuando tenía la impresión de que todos sus planes, todos sus esfuerzos, estaban a punto de concretarse y adoptar forma real. Para bien o para mal. No lograba sustraerse de la sensación de punto y final que lo venía persiguiendo desde el instante en que había sentido la presencia de Ariadna en Madrid. Había ocurrido al poco de llegar a la ciudad, mientras huía por enésima vez de las tediosas atenciones de la barracuda. Se había escabullido por los tejados,

en un intento de dejarla atrás, cuando, de pronto, captó en el aire el eco del latido de un corazón que no era el suyo. Olvidó al monstruo que lo rondaba y se detuvo, al borde de una cornisa, con cinco pisos de caída a sus pies, consciente de que ella no estaba lejos. No fue una premonición, no fue una corazonada, fue un hecho tan constatable como la presencia del Sol en el cielo o la de su propio corazón en el pecho.

Evan nunca había perdido la esperanza de encontrarla, nunca. Sabía que el destino, la suerte o la constancia, volverían a reunirlos tarde o temprano. Y aquel sutil aroma en el aire, ese arañazo leve a los sentidos tan familiar, fue la rotunda confirmación de que el reencuentro estaba próximo. Ariadna estaba cerca, muy cerca. Olvidó la barracuda, olvidó la espada que le había llevado hasta Madrid, olvidó todo lo que no fuera ella. A lo largo de los días siguientes se había topado con más ecos de Ariadna, más destellos etéreos que marcaban su paso a través de aquella urbe acelerada, pero que no le servían para encontrarla. Durante cinco días rastreó Madrid en su búsqueda al mismo tiempo que la barracuda lo perseguía a él.

Y fue precisamente en uno de sus encontronazos con aquel monstruo cuando, sin esperarlo, se la encontró metida en su cabeza. Aquella invasión lo había tomado desprevenido, más si cabe cuando una parte de su propia conciencia fue a parar a un bar de mala muerte donde un desconocido (luego supo que era Marc) intentaba tranquilizarlo. Evan había conseguido recomponerse y dar cuenta de la barracuda, pero no antes de que aquella cosa le abriera el vientre. Se había arrastrado lejos de allí mientras el monstruo luchaba por recobrar su forma física y, tirado en un callejón cercano, había llamado a Ariadna mientras moría.

Para su sorpresa, ella había acudido. Y el tenerla en frente lo había cambiado todo. Verla otra vez fue encontrar de nuevo su lugar en el mundo, dio sentido a todas las locuras que había cometido a lo largo de los últimos cuatro años (y a las que aún le quedaban por cometer). Pero la euforia inicial había quedado en nada; había vuelto a perderla. Comprendía ahora, demasiado tarde, que implicarla en el robo de la subasta había sido un error. Lo había hecho con la esperanza de que ella recuperara la memoria al verse inmersa en una situación de riesgo. La necesitaba entera, completa. Necesitaba que volviera a ser ella misma cuanto antes, no esa parodia edulcorada en la que se había convertido tras cuatro años en la Tierra Pálida. Además, estaba convencido de que, una vez lo recordara todo, abandonaría esa estupidez de estar enamorada de un ser humano.

Sí, hacer acudir a Ariadna a la subasta había sido un grave error. Era obvio que no había estado preparada. Le había sorprendido su reacción, sobre todo lo mucho que le habían afectado las muertes producidas durante el robo. Aquello era impropio de la Ariadna que recordaba. Al menos había conseguido hacerse con la espada. Y con la sangre de Nocta y la brújula de la Umbría. La cápsula le reportaría buenos beneficios si se decidía a venderla; en el mundo oculto había mucho interés por todo lo relacionado con el Panteón Oscuro y él todavía tenía un par de contactos de confianza



que serían capaces de vender la ampolla sin dificultades. La brújula era otra cosa. También era un objeto valioso, por supuesto, todo lo que ayudara a orientarse en las sombras tenía un valor considerable, pero Evan no tenía intención de deshacerse de ella. Le dolía reconocerlo, pero la había robado por impulso; había sido un absurdo gesto nostálgico al que no se había podido resistir. Llevaba cuatro años sin entrar en la Umbría, sin acercarse, de hecho, a ninguna mansión o paraje que se proyectara en las sombras, por miedo a que la Carroña lo localizara y, al ver aquel objeto, aquella magnífica estrella de cinco puntas, forjada en cristal vivo, con aquel espectacular jirón de tinieblas danzando en su interior, no había podido resistirse. La nostalgia le pudo. El sargazo de oscuridad que se retorció en la brújula era un pedazo de sombra, un trozo de su hogar. Poseer aquel objeto hacía que, de algún modo, se sintiera más cerca de casa.

Y había otra cosa que había conseguido en la subasta. La atención de Elías y los suyos. Ahora aquellos mercenarios también iban tras él. No le preocupaba en exceso. Los veía como una molestia menor. Solo eran hombres, seres humanos limitados, carne que una vez muerta se quedaría muerta por toda la eternidad. Llevaba cuatro años esquivando a la Carroña, poco podría hacer Elías para dar con él. La tristeza lo embargó al pensar en el tiempo que llevaba alejado de las sombras. Cuatro años exiliado de la Umbría. Cuatro años sin empuñar a Disculpa... Cuatro años sin Ariadna.

Se preguntó dónde se encontraría ella. ¿Estaría buscando sus raíces? De ser así, tarde o temprano daría con ellas, no le cabía la menor duda, tarde o temprano acabaría en la órbita de la casa sin ventanas. Maldijo estar tan limitado. Maldijo que las circunstancias le impidieran buscar en los lugares donde debería hacerlo. Delegar en Marc lo enfurecía de una manera tal que hasta a él lo sorprendía. Había perdido la cuenta de las veces que había tenido que contener el impulso de hundir el cráneo de aquel estúpido a golpes. A veces, cuando lo miraba, no podía evitar imaginárselo acostándose con Ariadna. La simple idea lo asqueaba, que ella pudiera retozar con un ser humano le producía náuseas. Como ver a un mono copulando con una diosa.

El tiempo prosiguió su marcha y, a su paso, la furia y la impaciencia de Evan continuaron creciendo.

—Solo quiero mantenerte a salvo—murmuró mientras miraba de reojo el asiento del copiloto, como si ella estuviera sentada allí—. ¿No lo entiendes? Solo quiero que estemos juntos. Solo eso. Todo lo que he hecho ha sido por ti. Todo.

Una silueta se aproximaba en la noche creciente. Le costaba trabajo caminar. El virago entrecerró los ojos y aferró el volante con tanta fuerza que dejó de sentir los dedos. Marc regresaba. Su paso era inseguro, frágil, los brazos le colgaban a ambos lados del cuerpo como prolongaciones que poco tuvieran que ver con él. Evan contuvo el aliento. Era imposible que aquel idiota hubiera conseguido algo de los Tracia. El pago que exigían por sus servicios era siempre en tiempo, los Tracia vampirizaban la vida de sus clientes, les robaban años de existencia para

rejuvenecerse ellos mismos. De eso se alimentaban, pero Evan sabía que no les servía cualquier clase de tiempo ni de persona, de ahí lo difícil que resultaba conseguir sus servicios. Leyó entre líneas en Marc mientras se acercaba. Leyó cansancio y fragilidad, leyó polvo y el patético amor frágil e inseguro del que hacen gala los humanos, leyó miedo, extrañeza, pero también leyó la esperanza y la satisfacción de haber cumplido parte de su objetivo. Evan contuvo la respiración mientras el joven luchaba contra la portezuela, incapaz de abrirla. Cuando Evan se inclinaba ya para ayudarlo, Marc consiguió desentrañar el misterio de la manilla y abrir la puerta por sí mismo. Luego se deslizó dentro del coche, de la misma manera torpe.

—Te han dicho dónde está —dijo Evan. No era una pregunta—. Sabes dónde está Ariadna.

Marc no dijo nada. Permaneció inmóvil, abstraído en la contemplación de su reflejo en el retrovisor. Se acarició la mejilla con lentitud, como si le costara reconocerla como propia. Evan se tragó su impaciencia, se tragó sus ganas de aporrearlo hasta dejarlo sangrante y muerto a sus pies. Había oído que en algunos casos los Tracia llegaban a beberse la vida entera de sus clientes. Marc había envejecido, sí, era evidente, pero no más de dos o tres años. Evan se preguntó qué había llevado a los Tracia a alimentarse de él.

—Está en Berlín —anunció el muchacho, de pronto. También le costaba hablar—. En la calle Bartningallee. Entre el número seis y el siete... No estará mucho tiempo más. «Otros la buscan», me dijo. «Llevan tiempo haciéndolo. Y están a punto de encontrarla».

\* \* \*

La cocina de Sonia y Edgar era bastante más sobria que el salón. Estaba decorada con gusto y tacto, en equilibrados tonos blancos y negros, y equipada con electrodomésticos de ultimísima generación, de hecho Ariadna fue incapaz de identificar un par de ellos. La sentaron a la mesa mientras ambos maniobraban por la cocina con el aire de pilotos experimentados inmersos en la tarea de hacer volar una nave espacial. Cario ya había cenado y se había quedado con sus cuadernos y lápices en la sala de estar, hablando y riéndose solo. Botarate, al verlos salir del salón, decidió acompañarlos, lo que se tradujo en un simple cambio del cesto junto a la chimenea al que se encontraba frente a la calefacción de la cocina.

—La gastronomía se ha convertido en nuestra válvula de escape —le confesó Sonia mientras destapaba un perol puesto al fuego y olisqueaba el contenido—. Hasta hace unos años no le prestábamos demasiada atención; éramos gente de comida rápida, restaurantes de batalla y platos precocinados, pero ahora los fogones son nuestra aventura de cada día, ¿verdad, Edgar?

—Calla, mujer malvada —le espetó él al tiempo que removía una salsa de tomate con picadillo de carne—. Vas a hacer que nuestra invitada ponga en duda mi virilidad.

—La cocina no te hace menos hombre, cariño —comentó ella—. Pero eso que llevas puesto, sí —dijo al tiempo que señalaba el llamativo delantal del hechicero; la prenda, blanca y rodeada de puntilla rosa, llevaba bordados a media altura unos grandes labios de un incendiario color rojo y, en el mismo color y tono, una invitación a besar a la cocinera.

La siguiente hora fue un desfile continuo de los más diversos platos. Eran cantidades pequeñas, simbólicas en su mayoría, adornadas con trazos de diferentes salsas. Todo estaba delicioso. Ariadna tuvo la impresión de que aquella pareja se había dispuesto a deslumbrarla con sus dotes culinarias y que no iban a detenerse hasta hacer que reventara; no tardó en darse cuenta, a tenor de las constantes preguntas sobre qué platos le gustaban más, que se encontraban sumidos en una especie de competición gastronómica en la que ella era público y jurado a un tiempo. Probó carnes y guisos que no supo reconocer, sazonados con especias que despertaban en su memoria recuerdos de otros tiempos.

—Nuestros amigos dicen que engordan de siete a ocho kilos cada vez que les invitamos a comer —dijo Sonia—. Edgar dice que es porque los muy cabrones nos roban la cubertería.

—A mí me empieza a apretar el cinturón —dijo Ariadna.

La muchacha agradeció el cambio de registro tras la intensa conversación del salón, agradeció la anormal normalidad de aquel combate culinario. Necesitaba que su mente se sosegara, que absorbiera toda la información recibida. Necesitaba una pausa, aunque fuera mínima, y la pareja se la proporcionó de buen grado. Hasta Evan le había concedido una tregua, Ariadna llevaba un buen rato sin soportar sus insistentes intentos de colarse en su mirada.

La cena terminó sin un ganador claro, lo que pareció deprimir a Sonia y engrandecer a Edgar. El mago de la lanza sirvió tres tazas de una infusión de hierbas al acabar. Sonia se tomó la suya de dos rápidos sorbos. Luego se levantó de la mesa con intención, señaló, de llevar a Cario a la cama.

—Se le ha pasado la hora de irse a dormir —dijo con sonrisa de madre irresponsable pillada en falta—. Seguro que me lo encuentro inconsciente en el sofá o tirado en la alfombra. Tiene la increíble capacidad de quedarse dormido en cualquier parte y en cualquier postura.

—Cuando tenía dos años nos lo encontramos dormido dentro de un cajón de ropa —le confesó Edgar—. Nos dijo que era un pájaro y que se había hecho un nido. Prefiero no contarte qué clase de huevo había puesto.

Una vez solos, el mago de la lanza dio un largo sorbo a su infusión mientras la estudiaba con la mirada. Por su expresión a Ariadna le quedó claro que la calma había terminado. Tocaba retomar temas serios.

—Hay algo que debo contarte. Lo justo es que lo sepas. —Se echó hacia atrás en la silla, como si quisiera interponer más espacio entre ambos antes de volver a hablar —: Se trata de tu novio —dijo.

—¿Marc? —preguntó ella, aterrada—. ¿Le ha pasado algo?

—Hay orden de busca y captura contra él —le anunció Edgar—. Lamento decirte que es el principal sospechoso del incendio y de vuestra desaparición. Y más ahora que parece haber huido.

Ariadna recibió aquella noticia como un mazazo. La idea de que alguien pudiera pensar que Marc podía estar involucrado en lo sucedido se le antojaba ridícula, insultante en grado sumo.

—Me está buscando —se maldijo de nuevo por haber sido tan estúpida como para ponerse en contacto con él—. Ese idiota me está buscando. Le dije que no lo hiciera, maldita sea. ¡Le dije que no lo hiciera!

—¿Hablaste con él después de lo ocurrido? —se interesó Edgar. Mantenía la taza alzada ante su rostro y una nubecilla de humo le emborronaba los rasgos.

—Sí —contestó, apesadumbrada. Era incapaz de asimilar la noticia—. No soportaba la idea de que pudiera pensar que estaba muerta. No tenía que haberlo llamado, lo sé. Fui una estúpida.

—¿No quieres que te encuentre?

—No, no quiero —contestó. Y nada más decirlo se dio cuenta de que aquello no era del todo cierto—. No lo sé. —Se llevó las manos a la cabeza, confusa—. Es lo único bueno que me queda, lo único bueno que tengo. Si le pasara algo, no podría soportarlo... —Miró al hechicero, buscando su comprensión. No la encontró.

—Estás cometiendo un error —le dijo en cambio—. No puedes rechazar lo bueno por miedo a perderlo, no puedes dejar de lado lo que amas por temor a lo que pueda pasar. Llámalo y dile que se entregue. Nosotros nos encargaremos de arreglar este follón, te lo prometo. La Cancillería lo mantendrá a salvo.

—¿Como mantuvo a salvo a mi familia? —le preguntó, rabiosa. Ese arrebato de cólera venenosa era tan impropio de ella como natural para la otra Ariadna.

Edgar se tensó en la silla. Aquella pregunta había sido un ataque directo a su conciencia. Ariadna sabía que el hechicero se sentía responsable de la muerte de su familia.

—Eso es injusto —le dijo—. Y lo sabes.

Claro que lo sabía, pero no le importaba en lo más mínimo.

Sonia entró en la cocina en ese preciso instante, con el niño en brazos. La mujer frunció el ceño al percibir el ambiente crispado que de pronto se respiraba allí.

—Ya es hora de que los artistas den las buenas noches y se marchen a la cama —anunció. La efusividad de su voz contrastaba con la evidente preocupación de su rostro. Miró interrogativa a Edgar, pero este se limitó a sonreír y levantarse de la silla.

—Pero antes habrá que hacer algo con la última obra maestra del autor o pondrá perdida la cama —dijo.

Cario se había emborronado el rostro con sus lápices y pinturas. Tenía la mejilla derecha pintada de verde y el lado izquierdo de la cara lleno de rayones negros. Parecía una bandera absurda.

—¡Soy un dibujo! —anunció el niño.

Edgar le dio un beso en la mejilla manchada, un beso largo y sonoro que hizo que el muchachito se echara a reír. Cuando el hombre se apartó tenía los labios pintados también de esmeralda.

—¿Quieres que suba a contarte un cuento cuando mamá te acueste? —le preguntó—. Aunque te advierto que tendrá que ser corto, tenemos invitados y hay que atenderlos.

—¡No quiero cuentos! —exclamó el niño—. ¡Quiero que Araña me haga otro dibujo animado! ¿Puede hacerme otro dibujo, mamá? —preguntó a Sonia mientras se retorció en sus brazos para mirarla suplicante.

—Mañana te hará otro, mi vida —le contestó su madre, reacomodándolo contra su pecho—. Ariadna está cansada y ahora no puede dibujar.

—Espera un momento. —Edgar miró al niño con una seriedad repentina. Su tono de voz había cambiado de manera drástica. Había alarma en él, preocupación—. ¿Un dibujo animado? —preguntó—. ¿Qué quieres decir con eso, cariño?

—¡Un dibujo como los de la tele! —contestó Cario, con una sonrisa enorme en los labios—. ¡Un dibujo de los que se mueven! —Abrió el cuaderno desde los brazos de Sonia y les mostró el torpe retrato que Ariadna le había hecho en el salón—. ¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Mira, mamá! ¡Mira, papá! ¡Me muevo!

Era cierto. El dibujo se movía. Los trazos apresurados con los que Ariadna había intentado retratar al muchacho no estaban fijos en el papel. Daban la impresión de estar cosidos a la cuadrícula y se desplazaban por su superficie como gusanos. Aquel ente hecho a lápiz miró a su alrededor, y los ojos se le abrieron de par en par al ver a Ariadna. La línea tosca de la boca se retorció en una sonrisa de regocijo.

—¿Qué significa esto? —Edgar se giró veloz hacia Ariadna. Todo su cuerpo estaba en tensión—. ¿Qué es lo que has hecho?

—No lo sé... —La muchacha estaba tan perpleja como ellos. No podía apartar la mirada del dibujo. Era un burdo boceto, un borrón que en poco se parecía a Cario, pero la alegría que mostraba era tan evidente como perturbadora.

Edgar arrancó sin miramientos el cuaderno de las manos del niño e hizo trizas el dibujo vivo y la página que lo contenía. Cario se echó a llorar ante el violento arrebato de su padre.

—No lo entiendo —dijo Ariadna, mirando los papeles destrozados del suelo. En uno de los pedazos todavía se distinguía un trazo de lápiz, inmóvil ya—. No lo entien...

Y de pronto lo comprendió. El recuerdo le cortó la respiración, horrorizada. Dos pensamientos convergieron en su mente como dos cuchilladas frías. Uno era un simple nombre: «Volga» que venía acompañado de olor a hueso recién serrado. El

segundo pensamiento no era suyo, era de la otra Ariadna y era aterrador:

«Ya vienen. Vienen a por nosotros. Van a llevarnos a casa. Por fin».

—La Carroña.

—¿Qué significa esto?! —El tono de voz del hechicero subió de grado. Se adelantó un paso en su dirección, furioso. Parecía dispuesto a golpearla, pero lo que hizo en cambio fue sujetarla con fuerza del antebrazo. Bota se incorporó en su cesto y comenzó a gruñir, soliviantado él también por la situación.

—Lo había olvidado... —dijo Ariadna y el sabor de esas tres palabras fue amargo porque no era más que una torpe disculpa que ya nada podía arreglar. Nuevos recuerdos comenzaban a nacer en su cerebro, explosiones del ayer que la dejaron aterida de frío y miedo. Una fuerte peste a pez podrido la rodeó—. Saben dónde estoy. —Los dos adultos la miraban desconcertados, pero era el niño, cada vez más nervioso, lo que de verdad la sobrecogía—. Lo había olvidado —repinó, perpleja y atónita ella también. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no apartar la mirada del rostro de aquel hombre—. La Carroña cuida de los suyos. La Carroña vigila... —le costaba respirar—. Existen modos de comunicarnos unos con otros. Lazos que nos unen... —«Quema un libro sagrado y Balthasar sabrá dónde estás. Descuartiza un animal doméstico sobre una alfombra oscura e invocarás a Lamprea. Córtate la mano izquierda con una esquirra de un espejo roto y llamarás a Imago». Los nombres volvían. Y traían la oscuridad consigo, envuelta en aquellos pútridos golpes de peste a mar corrompido. «Dibuja unos ojos cuando estés perdida y Volga te encontrará»—. Al dibujar ese niño he tendido un puente entre un miembro de la Carroña y este lugar. Han tenido tiempo de sobra de averiguar dónde estoy.

—¿Me estás diciendo que es la primera vez que dibujas un puto monigote desde que perdiste la memoria? —le espetó Edgar—. ¿De verdad esperas que me crea eso?

—No, no, claro que no —se apresuró a decir—. Antes mis dibujos no eran más que dibujos, la invocación no funcionaba. —Cario continuaba llorando, su madre lo mecía pero aquel movimiento, lejos de tranquilizarlo, parecía ponerlo todavía más nervioso—. Quizá ahora funciona porque he comenzado a recordar. —Tenía que hacerles conscientes de la gravedad de la situación—. Vienen hacia aquí —le dijo. Quería gritar de pura frustración, de pura rabia. Pero así no salvaría a aquella familia—. Saben dónde estoy y vienen a por mí.

—¿Quién viene, mamá? —preguntó Cario entre hipidos y llanto—. ¿Quién dice que viene? ¡No quiero que venga nadie! ¡Que no venga nadie!

—No viene nadie, cariño. No te preocupes —dijo Edgar—. Los sortilegios de cierre continúan activos —les recordó entonces—. Nadie puede entrar en esta casa. Ni salir. Vamos a tranquilizarnos, ¿de acuerdo? —Y soltó el brazo de Ariadna como si con ese gesto admitiera que él también necesitaba calmarse.

Ariadna aprovechó su recién recuperada libertad para recoger el cuaderno que el hechicero había tirado al suelo. Tenía que hacer algo. No podía permanecer de brazos cruzados. Edgar se equivocaba, no era momento para estar tranquilos, no con la

Carroña de camino. Miró a su alrededor, en busca de un bolígrafo, un lápiz o cualquier otra cosa que pudiera servirle para dibujar.

—Tengo que irme —anunció—. Invocaré a Volga otra vez para que puedan ver que me marchó lejos. Me seguirán y os dejarán en paz a vosotros.

Por mucho que buscaba no encontró nada a la vista con lo que poder dibujar. Recordó que la mesita del salón estaba llena de lápices. Cuando iba hacia la puerta, Edgar le cortó el paso.

—No —dijo, tajante. Su expresión se había endurecido—. No vas a irte —le advirtió.

—¿Es que no lo entiendes? —le preguntó, enfurecida—. ¡La Carroña viene hacia aquí!

—Eres tú la que parece no querer comprenderme. Mientras permanezcamos en esta casa estaremos a salvo —insistió el hechicero—. No hay forma de que consigan entrar. Da igual lo poderosos que sean, da igual la magia que sean capaces de invocar, la casa está sellada.

—Llama a la Cancillería, Edgar —le pidió Sonia. Cario lloraba de forma queda contra su pecho. Aquel sonido, aunque amortiguado ahora, era desolador—. Explícales lo que pasa —dijo la mujer—. Que nos manden un grupo de apoyo cuanto antes.

El hombre miró a su esposa, reticente. Quizá fue el continuo llanto del niño lo que terminó por convencerlo. Asintió, todavía dubitativo, y sacó de su bolsillo un aparato delgado, con forma de media luna, que se colocó en el oído. Frunció el ceño al momento.

—No hay señal —anunció.

—No puede ser —replicó Sonia—. Tenemos comunicación directa con la Cancillería. Es un enlace seguro. No se puede romper de ninguna forma.

—¿Igual que tampoco hay forma de entrar en esta casa? —preguntó Ariadna, con la mirada clavada en el mago—. ¡Tenemos que salir de aquí! —le pidió—. ¡Un portal! ¡Abre un portal y huyamos! ¡Tenemos que escapar antes de que sea tarde!

—Para poder abrir un portal debería retirar antes el sortilegio de cierre —le explicó—. Y eso es algo que no pienso hacer bajo ningún concepto.

Ariadna sabía que la Carroña era experta en salvar ese tipo de barreras. Pero necesitaba recordar cómo para convencer al hechicero de lo equivocado que estaba. «Piensa, piensa, piensa, piensa», se dijo. Escuchó reír en su cabeza a la otra Ariadna, la presencia insidiosa que habitaba en su mente lo recordaba. Y si su parte asesina lo sabía, ella también. Miró a su alrededor. Había un gran ventanal en la cocina, daba al patio trasero de la casa. Las sombras se extendían allí, las formas eran difusas, inciertas, cargadas todas de amenaza, como si pudieran contener en su seno ejércitos enteros de engendros. Cerró los ojos y respiró hondo. La casa olía a limpia, a lavanda, a comida recién cocinada, pero sobre todo olía a magia. Aquella casa estaba atestada de artefactos mágicos, algunos eran simple curiosidades, sí, pero había otros de gran

poder. Casi podía sentir su energía, era un latido intenso, casi vivo; la mayor acumulación de magia no procedía del salón, sino de una sala oculta bajo las escaleras. Sonia y Edgar debían de guardar allí los objetos más poderosos que habían conseguido en sus aventuras. Había mucha magia almacenada en aquella casa, quizá no la suficiente como para convertirse en una casa encantada, pero sí bastante como para crear una distorsión en la realidad. Bastante para proyectar una sombra. Entonces lo supo.

—Vienen por la Umbría —anunció—. No entrarán desde este plano. Entrarán desde las sombras. Y no se puede cerrar una sombra.

—Nadie viaja por la Umbría —dijo Edgar—. Nadie.

—Nosotros sí —le replicó Ariadna—. Las sombras son nuestro hogar. Allí es donde habita la Carroña, en el reverso del mundo. Allí es donde está la casa sin ventanas. Entrarán desde la Umbría.

En ese preciso instante, el gruñido del mastín ganó en intensidad y Ariadna comprendió que ya era tarde. El animal dio un paso al frente, con el pelo encrespado y los colmillos al descubierto. Su hocico se dilataba y contraía, de forma desahogada, frenética. El aire traía olores nuevos. Olores peligrosos. Olores muertos.

—Ya están aquí —anunció Ariadna. El vello se le puso de punta y lo que recorrió su espalda no fue un escalofrío, fue un zarpazo de hielo. Los suyos llegaban. El pasado irrumpía en el presente, esta vez sí, sin cortapisas, sin excusas. La casa sin ventanas la había encontrado—. Ya están aquí.

En las manos del hechicero apareció un haz de luz, un chispazo de energía que creció hasta convertirse en una lanza de más de metro y medio de largo, de apariencia sólida, con el extremo superior de un intenso color negro. Aquello era pura magia concentrada, la representación de su poder. Bota ladró y salió catapultado por la puerta. Tras él fue Edgar, armado con su lanza. Se detuvo en mitad del pasillo. El perro había desaparecido tras la esquina que conducía al salón y a la puerta principal. Se escuchaba su trote frenético, sus ladridos furiosos. Sonia y Ariadna quedaron más retrasadas. ¿Era su imaginación o hacía más frío que antes?, se preguntó la muchacha. De pronto se hizo el silencio, un silencio total y opresivo, un silencio de tumba ansiosa por llenarse; hasta el niño había dejado de llorar. No más pasos de Bota, no más ladridos.

El frío era cada vez más evidente. La respiración de los cuatro comenzó a sembrar de nubecillas de vaho el pasillo. Sonia se adelantó un paso y cogió del brazo a su marido.

—Tenemos que marcharnos, cariño —le rogó en un susurro—. No podemos correr riesgos con Cario aquí. Vayamos a la Cancillería. Ahí estaremos a salvo.

El hechicero la miró con una seriedad terrible, como si le estuviera proponiendo algo descabellado. Luego bajó la vista hacia el niño asustado que la mujer sostenía en brazos. Ariadna lo vio dudar, contempló durante un instante la lucha interna entre el hombre que había sido y el que era ahora. Finalmente musitó una maldición y asintió,



concediendo que era el momento de huir. Unió ambas manos en torno a la lanza y comenzó a recitar otra vez aquella extraña jerigonza que había cerrado la casa unas horas antes. La luz blanca de la lanza se volvió roja, como si reaccionara a la magia de su dueño. Sobre las paredes y el techo se deslizaron otra vez palabras, en dirección contraria al hechizo de clausura en esta ocasión. Antes de que lo pudiera terminar una sombra apareció al otro lado del pasillo. Por un instante pareció un borrón de oscuridad, pero luego su contorno se concretó.

Era Botarate. El perro había vuelto. Se quedó inmóvil en mitad del corredor, mirando hacia ellos con la lengua fuera y una expresión de absoluta felicidad en la faz.

—Bota, aquí —le llamó Sonia. Sonó intranquila.

La extrañeza de ver regresar al animal no rompió la concentración del mago. Consumó el hechizo y de nuevo el resplandor de la magia al desatarse destelló en lo alto. El perro ladró contento y avanzó hacia ellos, moviendo el rabo de un lado a otro. Ariadna retrocedió un paso, tenía la impresión de que le acababa de nacer un nuevo corazón en la garganta, un órgano que irrígaba miedo en cada latido.

—Ese no es Bota —gruñó Edgar Müller.

Un instante después algo estalló a su espalda. Fue una explosión mínima, un crepitar de hielo al quebrarse. En el tiempo en que se giraban, el perro aceleró de forma explosiva hacia ellos. Ariadna tuvo tiempo de ver una figura humana que aparecía por el otro extremo del pasillo. Un hombre inmenso, de ojos diminutos y vientre hinchado, llevaba el torso desnudo y unos pantalones negros, raídos; sus manos eran enormes y en una de ellas empuñaba un pistolón negro sobre el que se enredaban relámpagos de luz verde. Tuvieron que desatenderse de él. El mastín llegaba ya por el otro lado del pasillo, transmutado en un proyectil de carne y furia dispuesto a arrollarlos. Edgar Müller se encaró al animal justo cuando este saltaba hacia ellos, con las fauces abiertas de par en par. La lanza hendió el lomo del mastín en el aire, lo atravesó y le abrió el vientre en un golpe demoledor y salvaje, los cuatro se vieron inmersos en una lluvia de sangre y vísceras. A pesar del golpe que le había partido en dos, el animal consiguió hundir sus dientes en el antebrazo de Edgar. El hechicero se libró de los restos del animal con una sacudida al tiempo que se giraba hacia el hombre que llegaba. Cario gritaba. Llamaba a su perro. Llamaba a su madre, aun a pesar de llevarlo esta en brazos.

Edgar se interpuso entre su familia y el desconocido. Este alzó el revólver y, sin mediar palabra, efectuó un único disparo, casi a quemarropa. El cañón vomitó un trallazo de luz esmeralda que esparció un fuerte olor a amoníaco por el corredor. Con un movimiento de la lanza, el hechicero interceptó el rayo. Se produjo un potente estallido cuando ambas fuerzas se encontraron. Era magia contra magia. Por un instante el poder de ambas pareció equilibrado, pero solo fue un espejismo, la llamarada verde terminó sucumbiendo al poder de la lanza. El hombre enorme tenía los labios cosidos con hilo negro y una runa grabada a cuchillo en cada una de sus

mejillas. Cargó contra Edgar que giró sobre sí mismo trazando un remolino con la lanza. El otro, con más torpeza que habilidad, esquivó el golpe. Se escuchó un disparo y su cara voló en pedazos, fue como si un torbellino de sombras le estuviera devorando los rasgos. Ariadna se giró. Sonia estaba a un paso de distancia, empuñando una pistola siniestra, llena de runas y muescas, el arma todavía estaba rodeada del mismo humo negro que había rodeado la espada del hombre que la había salvado de Malasuerte. Armas ancladas en las sombras, en la Umbría. Cario lloraba entre sus brazos. El gigante con la cara destrozada se apoyó en la pared a una sola mano, se dio impulso y atacó a ciegas a Edgar. Le faltaba medio rostro, pero no parecía importarle.

—¡Las escaleras! —les ordenó Edgar al tiempo que propinaba un puñetazo demoledor al gigantón. Se escuchó el crujir del hueso—. ¡Subid al primer piso! ¡Subid al...

La mano del gigante le aferró la cara y silenció su grito. Parecía que aquella mole malherida tuviera la intención de arrancarle a Edgar el rostro a tirones, quizá para sustituir su propia cara destrozada. El mago se impulsó hacia delante y hundió la lanza en el estómago de su adversario con tal potencia que lo atravesó de parte a parte y clavó el arma en la pared del corredor. Pero la garra continuaba afianzada a su cara. La sangre corría entre los dedos, roja, espesa. Sonia buscó hueco entre Ariadna y el niño que llevaba a cuestas y disparó otra vez. La bala, un escupitajo de densa oscuridad, acertó a su enemigo en el cuello y la potencia del impacto fue tal que casi lo decapitó. La enorme mole se desplomó de lado, dio una sacudida contra la pared y cayó al suelo; ahí quedó inmóvil, con un brazo rígido señalando hacia lo alto. Edgar retrocedió, jadeando; tenía la cara bañada en sangre, pero ninguna de sus heridas parecía grave.

—¡Las escaleras! —se alcanzó a distinguir entre sus jadeos ahogados.

Una segunda silueta acababa de aparecer desde el mismo lugar del pasillo por donde había llegado el mastín. Era una mujer sumamente delgada, poco más que un esqueleto recubierto de piel. Estaba desnuda y los huesos destacaban en la carne, como si desearan abrirse camino a través de ella. Dos vendas grisáceas le cubrían parte de la cara, una le tapaba los ojos, la otra la boca, en ambas habían realizado unos toscos dibujos que buscaban sustituir los órganos que ocultaban: una mirada ridícula en la primera y unos labios en carboncillo en la segunda. La recién llegada tenía el pelo largo y lacio, de un color impreciso. Cargaba a la espalda con un arco largo de hueso y en la cadera un carcaj con flechas.

Ariadna la reconoció al instante. Era Volga, la criatura que había invocado al dibujar en el cuaderno. Y supo quién era aun a pesar de no haberla visto jamás con aquella forma física, las armas y las vendas fueron más que suficiente para identificarla. Volga robaba cuerpos; los conquistaba con su magia y los abandonaba una vez morían o dejaban de serle útiles. Edgar la sacó de su inmovilidad con un soberbio empujón al tiempo que apuntaba con su lanza a la recién llegada. El filo del

arma centelleó y un trallazo de luz blanca salió despedido en pos de Volga. Esta se deslizó hacia la izquierda con un movimiento imposible y el relámpago blanco pasó de largo, sin rozarla siquiera. El hechicero maldijo y saltó sobre el gigante muerto en su camino a las escaleras. Sonia lo imitó y Ariadna, tras un momento de duda, también.

El cadáver que acababan de esquivar no permaneció demasiado tiempo inmóvil, una convulsión rápida lo recorrió de parte a parte, una sacudida eléctrica. A continuación pareció fluctuar, temblar, como si no fuera del todo sólido. Aquella cosa comenzó a incorporarse en medio de un caos de sonidos orgánicos: crujidos de hueso, fluir de líquidos, chasquidos y resuellos. Su forma y su tamaño fueron cambiando a medida que se alzaba. Cuando terminó de levantarse, vivo otra vez, era una criatura diferente. Ahora era un joven oriental, delgado como un junco, barbilampiño y de ojos rasgados. Ariadna lo reconoció también. Había estado presente cuando Legión había acabado con él. Legión, el de los mil cuerpos. Esa era la verdadera identidad de la criatura del pasillo. Ariadna sollozó. Hasta la llegada de Edmund aquel ser era lo más parecido a un padre que había tenido nunca. Legión, un monstruo asesino capaz de tomar el aspecto de toda aquella criatura que hubiera asesinado. Y estaba ahí, ante ella de nuevo. Desenvainó la espada que llevaba al cinto; la hoja estaba rodeada de la misma energía esmeralda que rodeaba el enorme pistolón que había empuñado antes. Sus ojos se toparon con la mirada de Ariadna. Sonrió, una sonrisa leve, pero cargada de sentimiento.

Y ella se sintió dividida, rota, quería echar a correr hacia él y abrazarlo, quería besarlo e intentar explicarle cuánto lo había echado de menos aun sin recordarlo. Y al mismo tiempo quería huir de él, de lo que significaba, de lo que implicaba, quería alejarse de ese ser y encontrar el modo de olvidarlo todo de nuevo, de regresar a ese paréntesis de inocencia y felicidad que ya sabía perdido sin remedio.

Sonia la aferró de la mano y tiró de ella hacia las escaleras. Ella se dejó llevar, aturdida, tropezando casi contra los escalones. Se frenaron en seco cuando apenas llevaban tres peldaños. En lo alto de las escaleras aguardaba un hombre vestido de cuero negro, con chaleco y botas rojas.

El cabello oscuro, largo, le llegaba hasta la cintura, y tenía los extremos de un blanco gélido, el mismo color de sus ojos, ojos fríos, glaciales, ojos hechos de puro hielo, hasta su forma era anómala: eran pequeños y romboidales. Era Gólgota. Gólgota, el demonio. Sobre su cuello se enroscaba una criatura diminuta, una especie de murciélago de alas membranosas hechas trizas, con una boca enorme para la pequeña cabeza de la que disponía, y una larga cola negra, erizada en su extremo. Edgar Müller y su mujer se dispusieron espalda contra espalda en mitad de la escalera. Ariadna cayó de rodillas junto a ellos. Era incapaz de reaccionar. El horror de la situación, la violencia a punto de desatarse, la asfixiaba, la convertía en un simple cuerpo a merced de los acontecimientos. El niño lloraba a lágrima viva, la boca abierta de par en par, los ojos desorbitados, sus gritos eran el irrefutable

refrendo de la locura del mundo. Edgar apretó los dientes y lanzó una mirada asesina al hombre que les cortaba el paso. Entre la sangre que le cubría el rostro aún se veía un destello de la pintura verde con la que se había manchado al besar a su hijo. Y todavía llevaba puesto aquel estúpido delantal, los labios rojo sangre, el texto ridículo...

A los pies de la escalera estaban Volga y Legión, en lo alto Gólgota. Ellos atrapados en el medio, sin salida. La situación era idéntica a la de la noche de la subasta. Una casa repleta de asesinos, una matanza en ciernes. Y en ambas ocasiones había sido ella la culpable de guiarlos hasta allí.

«Somos la muerte», vertió en su mente la otra Ariadna, en un susurro venenoso. «Somos la muerte y la devastación. ¿Lo comprendes ahora? Deja de luchar y vuelve a casa. Vuelve a casa».

Pero había una diferencia clara entre lo ocurrido en Madrid y la situación actual. Aquella familia no estaba indefensa como lo había estado la suya. Quizá fuera una esperanza vana, pero Ariadna se quiso aferrar a ella. Y más todavía cuando Edgar Müller, el hechicero de la lanza, subió un peldaño en dirección a Gólgota.

—¿De verdad creéis que podéis amenazarnos en nuestra propia casa?! —gritó el mago. Mientras hablaba una película de luz blanca comenzó a rodear su cuerpo, un instante después aquella aura mágica se extendió a su mujer y su hijo. El demonio le dedicó una sonrisa mordaz—. ¿De verdad creéis que podéis irrumpir en mi casa y salir con la vuestra!? ¿Acaso no sabéis quiénes somos? —Fulminó con la mirada a Gólgota—. Hemos atravesado los páramos de Estigia y combatido a los generales de Cicero en la Guerra del Horror. —Hablaba entre dientes, rabioso—. Estrangulé a Yocasta con las vísceras de su hija y ayudamos a expulsar a Kymodharad de la plaza Orada. ¿Y qué sois vosotros? Espantajos, nada más que espantajos.

La sonrisa de Gólgota no varió.

—Eso somos, sí —señaló—. Espantajos. —«Y muerte, devastación y ruina», añadió otra vez la Ariadna de su cabeza—. Pero nos sostiene el poder de la casa sin ventanas, Edgar Müller, un poder que desconoces, un poder sobre el que ni tú ni tus artes pueden nada. —Su voz era tan melodiosa como Ariadna recordaba, la voz de un ángel. «Nos cantaba canciones para dormir», recordó. «Nos cantaba las canciones de la bruja negra y la pequeña asesina»—. Y no te equivoques, hechicero: no hemos venido aquí a amenazaros. Hemos venido a mataros. —El demonio apartó la mirada de Edgar para contemplar a Ariadna, su sonrisa cruel se convirtió en un gesto amable—. Hola, preciosa, querida, queridísima niña... ¿Nos has echado de menos?

—Venid a por ella —le instigó el hechicero.

—Ese es el plan —le anunció Gólgota.

El tiempo se detuvo.



—Somos el hambre y la furia, el grito ardiente y la soledad fría —le dijo el conde Sagrada, unos días antes de la amnesia, unos días antes de la emboscada que puso punto y final a aquella época de su vida—. Somos lo que se oculta en el abismo, el latido de la sombras... Muerte, devastación y ruina. —La voz del hechicero aturdía, sus palabras sonaban lejanas, como procedentes de una profunda sima o de una constelación perdida—. Y no nos queda más alternativa que serlo. No lo olvides, Ariadna. Y no te engañes con quimeras: no hay salida, no hay escapatoria.

Estaban sentados en uno de los bancos con forma de media luna del patio interior de la casa sin ventanas, con la falsa noche de la Umbría pendiendo sobre ellos. La oscuridad en las alturas daba la impresión de estar formada por capas y capas superpuestas de sangre coagulada. Ariadna acababa de regresar a la vida, y la resurrección, como de costumbre, la tenía aturdida. Todavía le llevaría un tiempo volver a pensar con claridad. Evan continuaba muerto, tirado de costado en mitad de uno de los senderos, abierto en canal desde la entrepierna al gaznate, sus órganos internos se derramaban como el relleno de un muñeco, un crisol brillante, no exento de belleza; con la luz adecuada sus vísceras casi podían tomarse por joyas: granates, colgantes y rubíes diseminados en el barro. Sin magia de por medio el joven tardaría horas en recomponerse, pero el conde no parecía tener la intención de acelerar el proceso con sus artes ni había permitido que Ariadna lo hiciera con las suyas. Al parecer quería hablar a solas con ella. Él mismo los había matado a ambos, ese había sido su castigo por haber escapado de la casa sin ventanas. Ariadna había temido que fuera todavía más duro. Le había sorprendido su benevolencia: una muerte rápida e indolora, al menos en su caso. No era propio de él.

—Fuera de aquí no hay lugar para vosotros —continuó el conde—. Nunca tendréis otro hogar que no sea este y ambicionarlo es de insensatos. El hecho de que lo hayáis intentado me hace sospechar de que todavía no sois conscientes de vuestra verdadera naturaleza. Todavía no comprendéis lo que es de verdad ser un virago.

—Claro que lo comprendemos —le replicó ella. En condiciones normales no hubiera intentado discutir con él, pero acababa de resucitar y el aturdimiento la hacía más insensata que de costumbre—. Por eso huimos, ¿recuerdas? Por eso escapamos de ti. Averiguamos cuál era el destino que nos esperaba. Averiguamos en qué nos convertiremos Evan y yo.

Había sido durante su último contrato. Les habían encargado asesinar a una vidente en el Filo de la Prefectura de Katay. La mujer, una anciana hechicera que, por lo visto, se había enemistado con todos los clanes principales de la zona, había vaticinado su llegada. De hecho, cuando entraron en su casa se la encontraron aguardándolos. Estaba sentada en cuclillas en la alfombra, ante una taza de té recién servida, con otras dos tazas preparadas para ellos ante los cojines ceremoniales.

«Venís a darme muerte», les dijo. «Lo sé. Lo he leído en las entrañas de un pájaro de papel y en los posos de una nube. Permitidme intentar disuadiros. Dadme la oportunidad de conseguir lo que pocos han logrado: escapar de la Carroña», luego añadió: «Me gustaría mostraros algo».

Y lo hizo.

—No me refiero a eso —dijo el conde Sagrada, con su voz de profecía inevitable. Cada vez que la miraba sentía que la eternidad entera se agolpaba tras sus ojos, preparándose para juzgarla: y su veredicto no sería benévolo—. Hablo de vuestra naturaleza, de vuestra esencia. Sois una paradoja, una criatura muerta que aun así cuenta con vida. El mundo vivo no está hecho para vosotros, el mundo vivo intentará expulsaros, como si fuerais una infección, un tumor... Sois veneno, veneno puro. Y la realidad entera conspirará contra vosotros allí dónde estéis. Sois una blasfemia hecha carne.

—¡Somos lo que tú has querido que seamos! ¡Tú nos fabricaste! —le acusó ella. Por primera vez en su vida le levantó la voz—. Somos tus juguetes, tus muñecos... —dijo con rabia—. Somos como la escoria a la que torturas en los niveles inferiores. Cuando agotas su dolor, cuando no puedes alimentarte más de su sufrimiento, te libras de ellos. Y lo mismo harás con nosotros cuando dejemos de serte útiles.

—Sin esos que tú consideras escoria nosotros no seríamos nada. Refiérete a ellos con el respeto que se merecen. Recuerda siempre que es su agonía la que nos hace fuertes, que es su dolor lo que nos hace capaces de obrar portentos. Pero te engañas y lo sabes. No es por miedo al futuro por lo que intentasteis romper los lazos que os unen a nosotros. Es por miedo al presente, ¿verdad? —Le dedicó una larga mirada, sus ojos, de un castaño oscuro en aquel momento, la escrutaron de un modo más salvaje y violento que cualquier lectura entre líneas. Intentó levantar barreras para que el conde no lograra profundizar en su interior, pero el nigromante las derribaba sin piedad—. Dime, Ariadna ¿tanto mal te hemos hecho como para que nos aborrezcas de este modo? —le preguntó mientras echaba abajo los muros que ella intentaba levantar para mantenerlo alejado de sus secretos más íntimos—. Te hemos dado un propósito, un objetivo. Te hemos dado una familia. Te hemos permitido saborear la vida cuando tu destino era la tumba...

—¡Me habéis convertido en una esclava! —lo interrumpió ella—. ¡Eso es lo que habéis hecho! —Ariadna se levantó en medio de la noche falsa, con los brazos extendidos, mostrándose—. ¡Mírame! ¡No soy nada! ¡Tengo tanto libre albedrío como una espada o un hacha! Solo nos sacas cuando nos das un contrato nuevo. Y una vez lo hemos cumplido nos envainas de nuevo hasta la próxima vez que nos necesites. ¡No es justo! ¡No es justo! ¡Estamos hartos de cumplir tus órdenes! —gritó—. ¡Hartos de que nos digas siempre qué tenemos que hacer! ¡Queremos ser libres!

—¿Libres? —preguntó él. Aquella palabra en sus labios sonó extraña, como si al pronunciarla el conde perdiera todo su significado, convirtiéndose, en esencia, en su contraria—. ¿Eso es lo que queréis? —Sagrada se inclinó hacia ella, un gesto que

denotaba interés real, algo raro en él—. Ser libres para ir donde queráis, para robar cualquier cosa que deseéis y matar a quien se os antoje. Sin contratos, sin ningún tipo de control ni cortapisas. ¿Eso buscáis?

—Somos viragos —dijo ella—. Es lo que somos. Tú lo has dicho. Hambre, furia y devastación. Y en la casa sin ventanas nos estás conteniendo, tiras de nuestras riendas tan fuerte que nos destrozas. —Ese había sido siempre el principal problema. Hasta entonces habían sabido convivir con él, se decían que ya tendrían tiempo para conquistar esa libertad que ahora les era negada, que ya llegaría su momento... Pero entonces aquella maldita adivina les había mostrado cuál era su destino y eso lo había cambiado todo—. No nos puedes retener —le dijo al nigromante—, no nos puedes impedir ser lo que queremos ser.

—Claro que puedo, Ariadna —contestó él. Su sonrisa rebosaba tumbas y cenagales, su sonrisa era la mueca del rey de los condenados, del señor de la Carroña—. Yo os creé.



Todo se puso en marcha de nuevo, a una velocidad de vértigo, de espanto; a la velocidad voraz de las pesadillas. Una explosión de líneas cinéticas, de luces y sombras, emborronó la realidad, la volvió difusa. Edgar Müller se propulsó hacia el frente, con su arma mágica destellando entre fulgores y relámpagos. Gólgota danzó a su alrededor, esquivando las estocadas que el otro le lanzaba; no dejaba de sonreír, sin apartar la vista del rostro de su adversario, como si todo aquello no fuera más que una broma dispuesta para su divertimento. La criatura que se enroscaba a su cuello desplegó sus alas rotas y se lanzó sobre el mago. Iba en busca de sus ojos, pero se topó con la barrera mágica que rodeaba al hechicero, insistió una y otra vez en su objetivo hasta que Edgar se lo sacó de encima de un manotazo. Gólgota se limitaba a defenderse, sin hacer ademán de atacar, pero en torno a sus puños comenzaba a condensarse un velo de energía sucia. Allí donde pisaba el demonio dejaba una huella de escarcha oscura. Gólgota irradiaba frío. Y olía a nueces, siempre olía a nueces. «Nací dentro de una nuez», le había asegurado en una ocasión. «¿No te lo había dicho? A mis hermanos y a mí nos recolectaron en las laderas del Infierno de Morjabalan». «¿Me tomas el pelo?», preguntó ella, incrédula. «Que mi pene de treinta centímetros se me desprenda del cuerpo si miento».

En la escalera, Sonia abría fuego sobre Legión y Volga mientras su hijo lloraba y pataleaba contra su pecho. Las balas llovían sobre sus enemigos dejando a su paso estelas de tinieblas vibrantes. Legión las interceptaba con la espada, los proyectiles quedaban adheridos a su hoja, como moscas prendidas a una telaraña. Volga se limitaba a esquivar las balas que iban en su busca con ese deslizarse casual suyo, ese

elegante navegar que tan poco casaba con su figura desgarbada. Ambos avanzaban despacio, sin prisa por terminar lo que habían iniciado. Volga se detuvo entre los restos de perro y recuperó la flecha que había usado para conquistar el cuerpo del animal, ese mismo gesto le sirvió para esquivar otro disparo.

Ariadna se apartó de Sonia, aterrada, aturdida. Reculó hasta que su espalda chocó contra la barandilla de la escalera. Su mente no le pertenecía, le resultaba ajena, tan fraccionada como sus sentimientos. Estaba a un paso de perder la razón; la locura la rondaba y ni siquiera tenía claro que no ceder a ella supusiera una victoria. La otra Ariadna reía a carcajadas. Todo su ser la impulsaba a levantarse y unirse a la pelea, ni siquiera le importaba demasiado qué bando elegir. Era la violencia lo que la atraía y su reclamo no entendía de facciones ni lealtades. La cabeza le rebosaba de recuerdos fragmentarios, repleta de imágenes de otros tiempos protagonizadas por los tres engendros de la Carroña. Había combatido a su lado en infinidad de ocasiones, había reído y sufrido junto a ellos. Aquellos monstruos eran sus amigos, su familia. Y habían acudido a buscarla desde el otro lado del mundo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Edgar Müller estaba gritando.

—¡Por la potestad del olvido! —aullaba el mago mientras proseguía su danza frenética alrededor de Gólgota—. ¡Por el poder de la presa! ¡Yo os convoco! ¡A todos y cada uno de los espíritus protectores de esta casa! ¡Acabad con los intrusos! ¡Despedazadlos!

Al momento, el suelo vibró y retumbó. Se escuchó un prolongado siseo, un ruido de instrumento de cuerda que iba en aumento. Varias sombras emergieron de las paredes y el suelo, seres luminosos, globulares, manchones de claridad turbia, dotados de extremidades largas, similares a látigos. Se lanzaron al combate justo cuando Legión y Volga ponían un pie en el primer peldaño de la escalera, indiferentes a los disparos de Sonia. Ariadna contó doce siluetas, una docena de formas translúcidas que se deslizaban planeando en el aire. Por un segundo, temió que ella pudiera también ser blanco de sus iras, pero la ignoraron por completo.

Los dos miembros de la Carroña desaparecieron entre los centelleos y reflejos de los espíritus que se abalanzaron sobre ellos. Sus brazos sarmentosos crepitaban y zumbaban, como si estuvieran cargados de electricidad estática. Uno de esos látigos se enredó en la pantorrilla de Legión; la ropa y la carne del asesino chisporrotearon primero y humearon después. Legión retrocedió en respuesta al acoso del espíritu. Cuando volvió a la carga había adoptado otra forma, se había convertido en un gigantesco ser de roca negra, sobre su piel pétreo se veían adheridos crustáceos fosilizados, algas y conchas marinas, parecía un arrecife que hubiera cobrado vida y salido a tierra firme. Legión aferró el filamento membranoso enrollado en su pierna y de un fuerte tirón, lo hizo trizas. La criatura profirió un terrible alarido en el que casi se distinguían palabras. Legión, una vez libre, saltó sobre el espíritu protector reconvertido de nuevo en el joven oriental, más rápido en movimientos que aquella criatura arrecife. La herida en su pierna continuaba abierta y crepitante. «Nunca



sanan. Mis heridas nunca sanan. No hay magia ni ciencia que las pueda curar», le había explicado una vez Legión. «A veces no me queda más remedio que dejar morir mis cuerpos. Y con cada una de sus muertes, muero yo también y, al hacerlo, revivo amplificada la agonía que sufrió mi víctima en el momento en que la maté. Supongo que hay algo de justicia en todo ello».

Volga daba vueltas sobre sí misma, zafándose de las acometidas de los cinco espíritus que la habían tomado como objetivo; se detuvo a medio giro en un movimiento de una virtuosa elegancia, alzó el arco y disparó. Su flecha, una saeta de hueso blanco, atravesó a uno de los espantos entre un tremolar de chispas y fognazos. Por un instante no sucedió nada, la criatura persistió en la lucha, pero a cada nueva embestida iba perdiendo fuelle, sus golpes eran menos medidos, más espasmos que verdaderos ataques, hasta que, de pronto, quedó inmóvil, una cometa a la deriva en el viento. Su superficie lechosa se tornó gris, se marchitó a ojos vista a una velocidad fulgurante. Lo siguiente que hizo fue saltar sobre su congénere más cercano y comenzar a destrozarlo a latigazos. Las dos criaturas volaron hacia el otro extremo de la casa, enredadas la una en la otra. Los movimientos de Volga se hicieron más torpes y confusos, perdió cierta elegancia. «No hay límite para los cuerpos que puedo controlar a un mismo tiempo», le había confesado en cierta ocasión a Ariadna. «Aunque mi mente suele comenzar a tener problemas para manejarlos cuando su cifra traspasa la veintena». El cuerpo de la mujer desnuda que danzaba en aquel momento entre siluetas translúcidas no era el cuerpo real de Volga. Nadie sabía qué forma tenía este ni dónde se encontraba. Era el secreto mejor guardado de la asesina. Había quien aseguraba que su yo físico real había muerto hacía siglos, pero que su conciencia danzaba de cuerpo en cuerpo, inmortal en esencia.

—¡Ariadna! —Se giró al oír su nombre. Era Sonia quien la llamaba. Había llegado a lo alto de la escalera y la apuntaba con su extraña pistola. Por un instante pareció dispuesta a abrir fuego sobre ella. Y no se lo hubiera reprochado—. ¡Sube aquí! ¡Deprisa!

Le costó un gran esfuerzo convencer a sus piernas de que debían ponerse en marcha. Se incorporó a trompicones y tras mal apoyarse en la barandilla corrió hacia Sonia y su niño. Gólgota y Edgar luchaban a brazo partido ante la puerta más alejada de las escaleras.

—¿Los conoces? —le preguntó Sonia con voz acelerada cuando llegó hasta ella. Volga y Legión estaban dando buena cuenta de los espíritus protectores que Edgar había invocado contra ellos—. ¿Sabes quiénes son? —insistió la mujer. Ariadna asintió, temblorosa. Cario continuaba llorando, con el rostro pegado al cuerpo de su madre. «Haz que se vayan, haz que se vayan», murmuraba entre sollozos e hipidos—. ¿Hay algo que puedas contarnos sobre ellos? ¿Alguna debilidad? ¿Cualquier cosa que podamos utilizar en su contra? ¡Reacciona, joder! ¡Necesitamos tu ayuda! —La miró con los ojos muy abiertos, cargados de reproche—. ¡Tú los has traído aquí! —la acusó—. ¡Ayúdanos!

Ariadna no contestó. No tenía respuestas, al menos ninguna que pudiera satisfacerla. Aquella pareja no tenía nada que hacer contra tres miembros de la Carroña. Quizá en el pasado hubieran tenido una oportunidad mínima de sobrevivir; de, al menos, equilibrar la balanza y hacerles frente, pero los años inactivos les habían pasado factura. Edgar Müller y su familia habían estado perdidos desde el instante en que aquellas criaturas habían puesto pie en la casa. Si le hubieran hecho caso, si hubieran huido cuando todavía estaban a tiempo... El llanto del niño le arañaba el cerebro, era el prelude al silencio por llegar y eso lo hacía aún más desolador. Solo podía hacer una cosa por ellos, comprendió. La misma pobre alternativa que había tenido cuando Elías los tuvo encañonados a su familia y ella: suplicar por sus vidas.

—¡Basta! —gritó mientras se encaraba hacia Volga y Legión. Sabía que ellos serían los más propicios a escucharla, no tenía sentido intentarlo con Gólgota. El demonio era un asesino nato, una criatura adicta a la masacre—. ¡Basta ya! —insistió—. ¡No tenéis por qué hacerles daño! ¿Me oís? ¡Maldita sea! ¡No tenéis por qué matarlos! ¡Volga! ¡Legión! ¡Esto no es un contrato! ¡Solo intentaban ayudarme! ¡PARAD DE UNA VEZ!

El combate entre los espíritus protectores y los dos asesinos continuó a los pies de la escalera. Ahí abajo no se concedía tregua ni cuartel. Sus gritos ni siquiera los habían hecho vacilar. ¿La habrían escuchado siquiera? No podía asegurarlo. Apretó los puños, frustrada, rabiosa. Y en la locura de aquel momento sintió que su mano derecha se cerraba sobre algo que no terminaba de estar allí, una empuñadura a un instante de convocarse, un arma de la Umbría a un segundo de acudir a su llamada. Sentía la frialdad de su tacto, su textura de hueso polvoriento...

«Letanía», se escuchó decir con esa voz que no era del todo suya. «Se llama Letanía. Nuestra daga de vida, nuestra arma en las sombras. Por el Rey Muerto, cuánto la he echado de menos...».

Un rápido siseo a sus espaldas hizo que ambas mujeres se giraran a la par. El arma que había estado a punto de invocar Ariadna desapareció sin ni siquiera haber terminado de cobrar forma.

Gólgota se había cansado de jugar y pasaba por fin al ataque. Se movió con una celeridad terrible, abandonó su posición defensiva y, en una extraordinaria pirueta, saltó sobre Edgar Müller y aterrizó tras él. Antes de que el mago pudiera girarse, el demonio le golpeó de forma brutal en la base de la columna; el ataque ignoró por completo el campo defensivo que el hechicero había tejido a su alrededor, los dedos de Gólgota se clavaron como estiletes, como navajas, en su cuerpo. Edgar se desplomó hacia delante soltando tal grito que, por un segundo, eclipsó el llanto de su hijo. Ariadna pudo ver cómo una capa de hielo negro comenzaba a extenderse por la espalda del mago desde el punto exacto donde Gólgota había clavado los dedos. El toque del demonio era puro veneno, el frío que llevaba a cuestras era mortal de necesidad. Cualquiera otro hubiera muerto en el acto, pero el hechicero, demostrando

una fortaleza insólita, continuaba vivo. No solo eso, encontró fuerzas para contraatacar. Se giró hacia su enemigo con una rapidez inusitada y lanzó un mandoble con su arma. Aquel ataque tomó a Gólgota por sorpresa, intentó esquivar el golpe que llegaba pero fue una décima de segundo demasiado lento. La lanza de luz le cercenó el brazo izquierdo a la altura del hombro y se hundió en su costado hasta medio pecho, atravesando carne, costilla y pulmones. La sangre del demonio salpicó el pasillo. Era de un intenso color violáceo. Y humeaba. El olor a nueces se hizo más intenso.

La sonrisa desapareció de los labios de Gólgota. Saltó hacia delante, clavado todavía en la lanza, y con la garra que le quedaba aferró a Edgar de la garganta. El hechicero intentó recuperar su arma pero no lo consiguió en primera instancia. No tuvo oportunidad de un segundo intento. El cuello comenzó a cubrirse de la misma escarcha negra que le trepaba por la espalda. La placa oscura crecía a ojos vista sobre su cuerpo. Los ojos del hechicero no tardaron en mostrar el blanco turbio de la asfixia, su rostro comenzó a oscurecerse aún más, a amoratarse. La lanza se desvaneció en el aire, sin energía que la sustentara.

—¡No! —gritó Ariadna—. ¡Gólgota! ¡Suéltalo!

El demonio se giró hacia ella con la velocidad de una cobra dispuesta al ataque, pero no aflojó la presa con la que estaba matando al hechicero.

Sonia se adelantó un paso y disparó dos veces, la primera bala pasó entre Gólgota y Edgar, la segunda acertó al demonio en la ruina ensangrentada de la que había nacido su brazo izquierdo, y le hizo, al mismo tiempo, soltar su presa y caer contra la pared. Edgar recuperó el aliento, la vida regresó a sus ojos, una vida mínima, al borde del abismo. El mago tomó aire, apoyó la palma de la mano en el suelo, justo ante el demonio tambaleante, y gritó dos palabras con voz desgarrada. La luz blanca que lo había envuelto se concentró en la punta de sus dedos y un instante después salió despedida en forma de ola de energía hacia delante, arrastrando a Gólgota hacia el otro extremo del corredor. Ariadna lo vio pasar rodeado en jirones de su propio cuerpo. El demonio chocó con tremenda violencia contra la pared que cortaba el otro lado del pasillo y quedó desmadejado en el suelo, envuelto en sangre violeta y humo pardo. Tenía la cabeza girada en un ángulo imposible y la carne, aquí y allá, se abría para dejar paso a la blancura del hueso. Daba la impresión de que el esqueleto de aquel demonio había estallado desde dentro.

Sonia corrió hacia su marido caído, con Ariadna siguiéndola de cerca. Edgar Müller, el mago de la lanza, se intentó incorporar cuando llegaron hasta él, pero lo único que consiguió fue recostarse en el suelo. Su esposa se acuclilló a su lado. Soltó una maldición al ver el estado del hombre. A Ariadna le costaba creer que todavía estuviera vivo. La escarcha de Gólgota le trepaba por la cara, y comenzaba a asomar por su torso, procedente de la espalda. Se escuchaba un crujir de cristales, un ruido ínfimo de capa helada a punto de quebrarse.

—Sonia... Sonia... —La voz de Edgar era un susurro casi ininteligible. Los

labios le humeaban, repletos de grietas e hilachas de hielo negro. Su aliento apestaba a nueces—. Son demasiado fuertes. Y yo demasiado lento —dijo. Intentó sonreír aunque lo único que logró fue una mueca devastada. Alzó una mano para acariciar a su hijo, pero la retiró antes de completar el gesto, como si temiera mancharlo de hielo y sangre. El niño ni lo miraba. Mantenía el rostro hundido en el suéter de su madre, sin parar de gimotear abrazado a ella—. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? La buena cocina nos ha terminado oxidando...

—No hables, cariño, no hables —le rogó Sonia—. Voy a curarte, ¿me oyes? Vamos a salir de esta.

La mujer devolvió su pistola a las sombras y comenzó a acariciar el rostro del mago con la mano que acababa de quedar libre. Sus dedos brillaban envueltos en una luz blanca y tibia. Magia natural, magia sanadora. No necesitaba palabras para activarla, un simple toque bastaba para curar. Pero la escarcha que cubría el rostro de Edgar apenas reaccionó al contacto de aquella mano, solo una mínima porción de la misma se desprendió de la carne a su paso, dejando ver la piel agrietada que se ocultaba debajo. Sonia maldijo al ver cómo la placa de hielo se regeneraba más rápido de lo que ella conseguía quitarla. Sanar aquellas heridas estaba fuera de su alcance, era evidente, se necesitaba magia más poderosa de la que ella era capaz.

Ariadna miró hacia atrás, alertada por un súbito regüeldo, un sonido de barro goteando sobre barro. Gólgota, malherido y destrozado, intentaba levantarse al otro lado del pasillo. La muchacha vio cómo la tibia rota que le desgarraba la pantorrilla izquierda volvía a su posición bajo la carne, como si alguien tirara de ella desde dentro. Aquel demonio no tardaría en regenerarse. Gólgota no podía morir, daba igual el daño que sufriera, siempre se recuperaba. «Me quemaron vivo una vez y esparcieron mis cenizas por el mar. Me llevó cien años, pero logré recomponerme», contaba de vez en cuando, lleno de orgullo por lo que consideraba una gran proeza.

—Es inútil —dijo Edgar y apartó con delicadeza la mano de Sonia de su rostro—. No malgastes energía, cariño. —Hizo un esfuerzo por incorporarse, pero solo había que ver la expresión de su rostro para comprender que estaba al límite de sus fuerzas. Al menos consiguió sentarse—. Tenemos que escapar. Tenemos que salir de aquí... —dijo. La fortaleza de aquel hombre era increíble. Cualquiera otro habría sucumbido ya al veneno de Gólgota.

—La Cancillería —dijo Sonia, acelerada—. Tenemos que llegar a la Cancillería. ¿Te quedan fuerzas para abrir un portal?

—No lo sé —contestó el mago—. Ayúdame a levantarme y lo averigua... —No terminó la frase. Se escuchó un sonido viscoso, blando, un chapoteo reluctante procedente del suelo seguido de un funesto ruido de desgarrar. Edgar se estremeció, fue una única sacudida, el latigazo definitivo, último, que da un cuerpo al morir. La boca del hechicero se desencajó y un hilo de sangre brotó de entre sus labios ennegrecidos.

El brazo cortado de Gólgota se había hundido en el estómago del mago hasta más

allá de la muñeca, justo bajo el delantal ridículo. La sangre manaba a raudales mientras la extremidad cercenada se retorció dentro del cuerpo, arañando y destrozando lo que encontraba a su paso. Ariadna, espantada, aferró el brazo con todas sus fuerzas, tiró de él y lo lanzó lejos, sin detenerse a mirar lo que la garra de Gólgota arrastraba consigo. El cuerpo de Edgar Müller quedó rígido de inmediato y cayó de espaldas, rendido a la muerte. Y al mismo tiempo, como si fuera un eco de su movimiento, Sonia se incorporó de un salto, abrazando a su hijo con fuerza, temerosa, tal vez, de que la condición de cadáver de su marido pudiera contagiárseles por mera proximidad. El horror en su rostro era indescriptible; la boca le temblaba de manera desmedida, como si fuera incapaz de articular el grito que se estaba gestando en su pecho. Ariadna vio cómo sus rodillas se doblaban y temió que pudiera dejar caer a Cario. Se apresuró a sostenerlos a ambos, los rodeó con los brazos y se le antojaron tan frágiles y precarios que a punto estuvo de gritar.

Gólgota comenzaba a incorporarse. La cabeza retorcida había regresado ya a su posición normal y la mayor parte de sus heridas habían desaparecido. El murciélago aberrante que lo acompañaba siempre revoloteaba a su alrededor, como si le animara a ponerse en pie. Ariadna miró hacia la puerta más cercana. Estaba entreabierta y parecía dar a una habitación en penumbra. Era la única vía de escape que no implicaba un enfrentamiento inmediato con la Carroña. Si había una ventana allí, quizá pudieran huir por ella.

—Tenemos que escapar —apremió a Sonia. La tomó con suavidad de los antebrazos en un intento de hacerla reaccionar—. Escúchame, si quieres salvar a tu hijo tenemos que salir de aquí.

La mujer no se movía, parecía incapaz de apartar la mirada del cadáver de su marido, que seguía cubriéndose de escarcha oscura. Lo contemplaba con expresión atónita, como si no comprendiera qué era aquello, como si su mente no tuviera la capacidad necesaria para descifrar el misterio que representaba aquel cuerpo sin vida y lo que implicaba.

Gólgota ya estaba en pie. El brazo que había perdido se arrastraba por el pasillo en su dirección, contorsionándose como una serpiente deforme, como una mascota feliz de ir al encuentro de su amo. El demonio lo recogió del suelo, lo unió al muñón del hombro y lo fijó allí con varios movimientos bruscos, como un niño bruto que intenta arreglar un muñeco roto. De pronto el sonido de lucha en la planta baja cesó. Legión y Volga habían terminado con los espíritus de la casa. No tardaron en oírse pasos rápidos por la escalera. Venían a por ellos.

—Sonia, por favor... —insistió Ariadna mientras la empujaba en dirección a la puerta. La mujer reaccionó al fin.

Apartó la vista del cadáver y la miró a ella, más allá del estupor. Durante un instante pareció no reconocerla, luego sus ojos se iluminaron. Y la furia demente que se vio en ellos fue tal que Ariadna se apartó de inmediato, como si el contacto con aquella mujer pudiera prenderle fuego.

—¡Maldita seas! —le gritó Sonia al tiempo que salía de su inmovilidad. Por el rostro le corrían las lágrimas y la sangre de su marido muerto—. ¡Maldita seas mil veces! ¡Maldita! —Ariadna retrocedió, sobrecogida. Se lo merecía. Se merecía esos gritos. Se merecía todo ese odio. Ella había traído la muerte a aquella casa—. ¡Maldita seas! —aulló la mujer.

Lo siguiente que sintió fue que las entrañas le explotaban. Ni siquiera escuchó el disparo. Cayó de espaldas, con la impresión de que un ariete la acababa de golpear de lleno. Las tripas le ardían y en lo único que podía pensar era que también se merecía esa bala. El proyectil continuaba destrozándola por dentro, no se había detenido con el impacto. Lo notaba encajado en el vientre, cargado de ácido, de veneno, de odio, un remolino de cuchillas que sajava sus órganos internos... A través del velo negro que cubría su mirada, vio a Sonia desaparecer por la misma puerta a la que había intentado guiarla.

Volga y Legión estaban ya en el pasillo, a solo unos pasos de distancia. Gólgota los seguía, completo ya, flexionando los dedos de su brazo recuperado. Ariadna resopló y la boca se le llenó de sangre y tejido interno. Se forzó a levantarse. Era complicado lidiar con el dolor. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para ponerse en pie y, con la mano sujetándose el vientre abierto, correr tras la mujer. Alguien gritó su nombre a su espalda, pero ella lo ignoró. Resbaló al llegar al umbral, chocó contra la puerta y acabó de rodillas en el suelo. Tenía la desagradable sensación de estar derramándose, de ir perdiendo partes de sí misma por el camino. Se obligó a no mirar la herida, verla empeoraría más la situación.

Sonia estaba de pie, con el niño en brazos, contemplando el ventanal que tenía ante ella. Debía de dar al patio trasero de la casa pero ahora, tras el cristal, solo se veía piedra negra y polvorienta. Edgar Müller no había sido el único en realizar un sortilegio de sellado en aquel lugar, comprendió Ariadna. No había salida. Y la Carroña ya llegaba.

El primero en entrar fue Legión. El multiforme vestía el cuerpo del oriental y llevaba la espada alzada ante el rostro, la hoja todavía salpicada aquí y allá por las balas negras de la pistola de Sonia. La mujer se giró al oírlo entrar y abrió fuego sobre él. Legión, de nuevo, usó su arma para detener los proyectiles. Se movía a una velocidad prodigiosa, era imposible seguir con la vista el ir y venir de la espada. Volga fue la siguiente en pasar, se deslizó junto a Legión sin tocar el suelo, etérea, fantasmal, los toscos trazos que le hacían de labios dibujaban una sonrisa pletórica. Gólgota la siguió, bañado en su propia sangre violeta y arrastrando consigo su olor a nueces. En su cuello de nuevo se enroscaba el murciélago de la cola espinosa y las alas rotas, las llevaba abiertas de par en par, al igual que sus fauces, repletas de agujas y cuchillas. Sonia cambió de objetivo y apuntó a la mujer desnuda, el blanco más cercano, pero Volga se limitó a esquivar la balacera que llovió sobre ella con aquella danza suya, mitad deslizarse, mitad convulsión.

Legión dio un paso al frente y levantó la espada en horizontal sobre su cabeza.

Ariadna supo lo que iba a ocurrir a continuación. Saltó hacia delante, en un intento absurdo de evitar lo inevitable. Legión dio un mandoble en diagonal, un golpe seco sin blanco aparente, una sacudida al aire. Y hasta la última bala que había quedado adherida a la hoja de la espada se desprendió de ella y salió despedida, con la misma potencia con la que las había disparado el arma. Todas en vuelo rápido hacia Sonia y su hijo. Ariadna se interpuso en su trayectoria, con los brazos extendidos, crucificada en el aire; se derramaba por la herida del vientre y gritaba con la furia del que sabe que todo está perdido. Las balas la acribillaron, voraces, anhelantes de muerte. Su mano derecha desapareció en una explosión de sangre, hueso y tendones. Un proyectil impactó en su clavícula y la hizo girar noventa grados. Otras dos se hundieron en su pecho. No pudo detenerlas todas, era imposible, tenía poco cuerpo que ofrecer como escudo.

La potencia de los disparos la arrojó sobre Sonia y el niño. Cayeron los tres en un montón confuso. El niño lloraba a lágrima viva y aquel llanto desesperado hizo que Ariadna concibiera esperanzas. Si lloraba era que aún estaba vivo. Se dio media vuelta en el suelo, desorientada, perdida. El mundo estaba hecho de sangre. No había nada más que sangre. Todo era rojo. «Me estoy muriendo», se dijo. «Me estoy muriendo otra vez». El dolor era una tormenta escarlata, un tsunami que la arrastraba de nuevo hacia el olvido. Ariadna se ahogaba, se asfixiaba. Buscó a Sonia en aquel mar de sangre. No tardó en encontrarla. Estaba muerta. La mujer del mago de la lanza estaba muerta, tan acribillada como ella misma. Ni siquiera tenía cara... Su rostro era un amasijo rojo. Rojo. La oscuridad era roja. La muerte era roja y la aguardaba, con los brazos abiertos y una sonrisa descarnada en sus labios rotos. Ella también era roja, la niña asesina, la hija de la Carroña. Se echó a reír, enloquecida. «Si hubieras sido más baja que yo, todavía tendrías cara. ¿A quién se le ocurre crecer tanto?».

Pero al menos el niño continuaba vivo, las balas ni siquiera lo habían rozado. Cario escapó del abrazo de su madre muerta, gateó hasta la pequeña cama del cuarto y se coló debajo. Habían ido a parar a la habitación del niño, comprendió Ariadna. Le pareció de una crueldad intolerable que hubieran matado a la mujer allí dentro. Como si hacerlo en aquel escenario hiciera su muerte todavía más horrible. Había un muñeco sobre la colcha de la cama, un dragoncito de mirada perpleja, y un libro de cuentos abierto sobre la mesilla, junto a unas gafas de lectura. Un móvil de animales giraba despacio sobre el lecho; de él colgaban un oso, un mono y un león, y hasta aquel adorno se le antojó grotesco, como si los animales de peluche hubieran sido ejecutados allí, ahorcados por cometer crímenes sanguinarios y aberrantes. Ariadna se preguntó si Cario, como Marc, habría tenido miedo alguna vez a los monstruos de su armario. Hasta creyó escuchar la voz de Sonia en aquella misma habitación intentando consolar a su hijo, un eco del pasado tal vez, o, lo más probable, un delirio fruto de una mente que agonizaba: «No hay monstruos en el armario, cariño. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque tu papá y yo los hemos matado a todos».

Pero era mentira. Una mentira roja.

«Yo soy el monstruo del armario», se dijo Ariadna.

Gólgota se agachó junto a la muchacha, sonriente, exultante, mientras sus dos compañeros se aproximaban a la cama, Volga con su deslizar liviano, Legión con su paso rotundo, dispuestos a matar al pequeño. No tenían otra alternativa. Eran las reglas de la casa sin ventanas. La cuarta de las ocho: no dejar nunca a nadie vivo. Ningún testigo debe quedar atrás. Nadie que pueda reconocerte, nadie que pueda describirte, nadie que, algún día, pueda buscar venganza.

El demonio a su lado dijo algo que Ariadna no entendió, una bienvenida, quizá, una muestra de alegría por haberla encontrado. La muchacha se apartó de él mientras intentaba incorporarse. Vio a Legión coger el colchón de la cama y hacerlo a un lado sin contemplaciones. Bajo los travesaños del somier estaba el niño, junto a la cabecera, hecho un ovillo, con las manos sobre la cabeza y los ojos cerrados.

—¡No! —aulló Ariadna, enloquecida, inmersa todavía en esa ola de terror rojo que amenazaba con sepultarla de nuevo. Intentó patear a Gólgota para quitárselo de encima, pero su pie se perdió a kilómetros de distancia—. ¡No! ¡No! ¡No! —insistía, desesperada.

De pronto se encontró en pie, sin saber cómo había logrado levantarse. Su mano izquierda, la única que le quedaba, no estaba vacía. Letanía había acudido a su llamada. Una daga de empuñadura de hueso, con la hoja ondulada; su arma en la Umbría. Aún la rodeaban retazos de oscuridad.

—¿Te has vuelto loca, chiquilla? —le preguntó Gólgota.

Ella lo ignoró. No pensaba permitir que mataran al niño. Necesitaba salvarlo. Necesitaba salvar a alguien, encontrar una lisura en el horror compacto en que se había transformado su vida para llegar hasta él y rescatarlo. Los asesinos de Elías habían masacrado a su familia, habían pasado a cuchillo a su madre y acribillado a su padre y a Steve. No había conseguido salvarlos, del mismo modo en que no había logrado salvar a Sonia y a Edgar. «Allí donde voy, va la muerte. Ahí donde esté yo, acudirá la destrucción». Necesitaba una victoria, necesitaba introducir las manos en el altar del sacrificio para escamotear al destino su siguiente ofrenda. Si quería mantenerse cuerda, si quería mantener a la Ariadna asesina de su cabeza a raya, tenía que salvar a Cario.

«Eres débil. Y estúpida», le dijo la asesina. «Deja de luchar de una vez. Deja de aparentar ser lo que no eres. Mira a tu alrededor, mira a tu alrededor y atrévete a decirme que no estás disfrutando con todo esto».

Legión alzó la espada sobre su cabeza, con la punta hacia abajo, como si pretendiera alancear al niño que se refugiaba bajo las tablas del somier.

—¡Dejadlo en paz! —aulló. Y puso todo su dolor en ese grito, toda su pena, toda la rabia que había acumulado en su interior desde el momento en que había perdido el control de su vida.

Esta vez, Legión y Volga sí le prestaron atención. Se giraron hacia ella a la par. Era imposible descifrar la expresión de Volga, aquellos garabatos ridículos convertían



su rostro en una caricatura, pero la cara de Legión mostraba una perplejidad evidente.

—¿Dejarlo en paz? —preguntó Gólgota. Y por el tono de su voz pareció como si considerara esa petición insensata—. No estás en tus cabales, muchacha. Ya de paso ¿por qué no le damos una espada y le permitimos hurgar en nuestros sesos?

—El niño nos ha visto. —Era Legión quien hablaba, y lo hacía con voz tranquila, mesurada, de la forma en la que se intenta explicar algo que se considera de sentido común—. No podemos permitir que siga vivo. Son las reglas.

—Pero nuestra pobre niña muerta no las recuerda, mi querido Legión, mi querido Gólgota —intervino Volga. Se aproximó a Ariadna. Las plantas de sus pies pasaron sobre el inmenso charco de sangre que ocupaba la mitad del cuarto, sin mancharse siquiera pero marcando su trayecto en su superficie en forma de estela—. Has olvidado quién eres ¿verdad? Nos has olvidado a todos. —Le acarició la mejilla con ternura. Ariadna se sobrecogió con ese contacto íntimo casi tanto como con las balas que acababan de acribillarla.

—Os olvidé, sí... —dijo, entrecortada. Se preguntó qué aspecto tendría: lívida, ensangrentada, hecha pedazos. «Miradme, soy un despojo, un espectro, un demonio que escapa de la tumba una y otra vez. Miradme, miradme: soy carroña»—. Pero empiezo a recordaros —señaló—. Sé lo que sois. Lo que somos —«Y que los Infiernos me guarden, sé lo que siento por vosotros»—. Os recuerdo... Y también recuerdo vuestras estúpidas normas. Pero ahora mismo no me importan. Necesito que el niño sobreviva, ¿lo entendéis? —No les hablaba como si fueran unos extraños a los que acababa de conocer. La confianza que le inspiraban aquellos asesinos era tremenda. Y desconcertante—. No voy a consentir que nadie más muera por mi culpa.

—¿Te has encaprichado con él? —canturreó Gólgota—. ¿Es eso? ¿Quieres quedártelo? Podemos meterlo en una jaula y colocarlo en tu habitación. Barrabás le coserá un bonito pico y le pondrá alitas de murciélago. Quizá podamos enseñarle a cantar. ¿Nos lo llevamos a la casa sin ventanas?

—¡No! —se apresuró a decir. Hasta la muerte sería un destino mejor para Cario que terminar en aquel lugar infame.

—Quieres que viva —dijo Volga. Su voz era terciopelo hueco, su voz arrastraba un eco antiguo y lejano. Ariadna se la imaginaba hablando desde una profunda y amplia cueva—.Quieres que el niño viva. Aunque eso implique quebrantar las reglas por las que nos regimos.

Asintió. Cada vez le costaba más trabajo mantenerse en pie. La muerte la rondaba y el deseo de dejarse abrazar por ella y poner fin al dolor era demasiado fuerte como para resistirse durante mucho tiempo.

—Sus padres han muerto por mi culpa —dijo—. Pero él no morirá. No lo permitiré, ¿me oís? Solo volveré con vosotros si dejáis al niño en paz.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con nuestra Ariadna? —A Gólgota parecía divertirse su actitud—. A la Ariadna que yo conocí ese niño le importaría menos que

nada. La Ariadna que conocí estaría ya dibujando murales con la sangre del mocososo.

—La Ariadna que conociste ya no existe —dijo—. No volveré con vosotros si le pasa algo al niño —insistió. La rabia fría que ya le resultaba familiar la embargaba otra vez.

—¿Y dónde irás si no? —Legión dio un paso hacia ella mientras inclinaba de forma llamativa la cabeza a la derecha, observándola curioso—. Estás confusa y desorientada. Es normal. Todavía no has recuperado del todo la memoria y tiene que ser desconcertante para ti recordar a medias. Pero hay protocolos que seguir, disposiciones que tomar... No podemos permitirnos ser misericordiosos.

—No voy a suplicar por su vida —dijo Ariadna. No, ya había aprendido que suplicar no conducía a nada. Suplicar no había detenido el cuchillo que había degollado a Ángela ni desviado las balas que mataron a Edmund y Steve. Estaba harta—. No suplicaré. Voy a amenazar. Eso es lo que voy a hacer... —Agonizaba, y aún así, se sentía poderosa, terrible, capaz de realizar las más increíbles proezas. Ni siquiera la muerte podía detenerla, ni siquiera la tumba podía frenarla—. Si le hacéis el menor daño os mataré a los tres. Lo prometo. Lo juro por las sombras y el olvido, lo juro por las cenizas de los dioses caídos y el alma de los niños por nacer. —Las palabras acudían solas a sus labios—. No será hoy, ni mañana. Pero os mataré. Os mataré a los tres.

—No estás en tus cabales, niña —le dijo Gólgota, pero sus palabras parecían haberlo impresionado. Y de pronto, Ariadna comprendió el motivo. Acababa de hacer un juramento, acababa de poner su palabra sobre el tapete. Y para la Carroña una promesa era sagrada, tan válida como los contratos que firmaban.

—¡Prometédme que no le haréis daño! —les ordenó—. ¡Prometédmelo! —Tenía que arrancarles su promesa. Si los ligaba con su palabra, el niño sobreviviría. «Pero pueden engañarte», se dijo, «pueden matarlo de forma indolora y asegurarte que han sido fieles a la palabra dada. Los demonios son retorcidos y los caminos que llevan a la casa sin ventanas todavía más»—. Prometédme que no lo mataréis, que no le causaréis el menor mal, que lo dejaréis aquí, sin tocarlo, sin herirle...

—Ariadna... —Volga la miró con su mirada pintada, con aquellos ojos toscos y torpes. ¿Había lástima en ellos?

—¡Prometédmelo! —aulló ella. Enarboló sin fuerza a Letanía. La vida se le escapaba, la notaba abandonar su cuerpo, en rápidas oleadas. «¿Tengo alma?», se preguntó. «¿Algo como yo puede tener alma?»—. Prometédmelo u os juro que encontraré la forma de arrasar la casa sin ventanas y destruir a todos los que la habitan. Prometédmelo u os borraré a todos de la existencia. Uno a uno.

—No sabes lo que dices, Ariadna —le dijo Legión—. No sabes lo que nos estás pidiendo.

—No, no lo sabe, pero si matamos al niño quedará vinculada a ese juramento —terció Volga—. Si matamos al niño no le quedará más remedio que intentar cumplir su promesa. —La mujer desnuda hizo una pequeña reverencia—. Está bien, niña

muerta. Pero no es por el crío por el que prometo semejante sandez, es por el cariño que te profeso por lo que lo dejaré vivir. No quiero que prometas nada de lo que luego te arrepientas. —Volga levantó el brazo en ademán solemne—. Juro por las sombras inclementes y por mi alma oscura que no le haré daño al muchacho. Cuando abandone esta casa, él continuará con vida. Lo juro.

—Prometedlo todos... —La voz le faltaba. Sintió que Letanía caía de su mano. Escuchó la hoja repicar en el suelo. Tras el arma no tardaría en ir ella—. Prometédmelo... Legión... Gólgota...

—El niño no debe temer nada de mí —dijo el asesino multiforme, con menos solemnidad—. Te doy mi palabra. Y mi palabra es sagrada. Que ese sea mi regalo de bienvenida.

Gólgota, el demonio gélido, masculló algo que Ariadna ya no alcanzó a entender. La virago cayó hacia delante, hacia la oscuridad y la muerte. Hacia el vacío. Casi lloró de alivio cuando su corazón se detuvo.

\* \* \*

Evan aguardaba en la puerta de la casa. Hasta desde los escalones del porche era capaz de oler la muerte de dentro. Era muerte reciente, muerte fresca. De concentrarse podría escuchar el goteo de la sangre y el sonido íntimo de los órganos al colapsarse: ese ruido mínimo de desinfe, de desplome definitivo... Ariadna había estado allí. No le costaba trabajo imaginársela detenida en aquellas mismas escaleras, en idéntica postura a la que él mantenía en aquel preciso instante. Alargó la mano hacia el timbre, la dejó en suspenso en el aire, el dedo a punto de apretar el botón. ¿Lo habría pulsado ella? ¿O habría golpeado la puerta con los nudillos? Respiró hondo y por debajo del olor a matanza captó un sutil olor a nueces.

Gólgota.

Se irguió cuando escuchó pasos aproximarse. Era Marc. Venía por el pasillo de entrada. Tenía el rostro pálido, desencajado; a Evan le dio la impresión de que había envejecido más allí dentro que en la tienda de los Tracia. No venía solo. Caminaba ante él un niño negro, de cuatro o cinco años, con los ojos muy abiertos y una expresión de pasmo absoluto en la cara; llegaba con la ropa y la cara manchadas de sangre, pero no había indicio de que estuviera herido. Marc mantenía las manos sobre sus hombros, ayudándole a avanzar y al tiempo apoyándose en él. El paso del niño era hierático y rígido, como la de un accidentado que aprende de nuevo a caminar.

—Han matado a sus padres —dijo Marc al llegar al umbral. Y añadió, perplejo—: Y a su perro.

Evan había tenido que hacer un gran esfuerzo para no ceder al impulso de entrar también en aquella casa, pero el lugar olía a magia y eso implicaba que proyectaba su

sombra en la Umbría. Si entraba allí, la Carroña lo localizaría. Pero ¿acaso importaba ya? ¿No era un sinsentido continuar huyendo ahora que tenían a Ariadna? Solo necesitaba cruzar aquel umbral para que la casa sin ventanas supiera dónde estaba. ¿Quién sería el elegido para darle caza?, se preguntó. ¿A quién encargarían la ingrata tarea de ir en busca del asesino prófugo? No, no mandarían solo a uno, no correrían el riesgo de permitirle escapar de nuevo. Mandarían una escuadra.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo, sumido en una calma fría, al tiempo que miraba fijamente al niño. Este parecía no ver nada de lo que tenía delante, miraba más allá de la vida, más allá de la cordura. ¿Estaría reviviendo lo que acababa de ocurrir allí dentro?—. La Carroña tiene a Ariadna —anunció—. La han atrapado.

—¿Qué vamos hacer ahora? —preguntó Marc.

—Tenemos que actuar de prisa —contestó él. Comenzó a oír un insistente zumbido en su oído izquierdo, un rugir *in crescendo*, una marea de sangre que comenzaba a subir—. La única posibilidad que tenemos es interceptarlos antes de que lleguen a la casa sin ventanas. Si traspasan sus puertas nunca volveremos a verla. La habremos perdido para siempre.

Marc le miró a los ojos. Todavía estaba afectado por la carnicería de dentro. Parecía tener problemas para respirar, como si se resistiera a inhalar aquel aire contaminado por la matanza. Se preguntó si iría a desmayarse. No le sorprendería. Qué débil y frágil era aquel muchacho. Qué humano.

—¿Qué hacemos con el niño? —preguntó entonces mientras afianzaba sus manos todavía más en los hombros del pequeño, como si pudiera quedar alguna duda sobre a quién se estaba refiriendo.

—¿Hacer? —preguntó él, como si no hubiera comprendido la pregunta.

—Sí. No podemos dejarlo aquí.

El muchacho mantenía su mirada fija en el infinito, tras sus ojos se intuía una luz moribunda, una llamarada de vida fragmentada, hecha pedazos. No entendía por qué lo habían dejado con vida. La Carroña siempre cumplía a rajatabla la directriz de no dejar nadie atrás.

—No tendrías que haberlo traído —dijo—. Tendrías que haberlo dejado dentro.

Había comenzado a llover, sin demasiada fuerza todavía, era un goteo exangüe, lánguido.

—¿Querías que lo dejara allí?! —Marc se irguió, como si hubiera vuelto en sí de golpe—. Esto es una locura. Esto es una locura. —Se llevó la mano a la frente y el niño reaccionó a su gesto con un estremecimiento—. Tenemos que llamar a la policía. —Señaló hacia una de las casas vecinas. Eran construcciones muy diferentes a esa en la que se encontraban, bloques de apartamentos de no más de cuatro plantas—. O avisar a algún vecino. Ellos cuidarán al niño. Alguien lo tiene que conocer...

Le dieron ganas de abofetearlo. Le dieron ganas de apuñalarlo hasta reducir su cuerpo a pulpa.

—¿Y dejarnos ver? —le preguntó en cambio. El zumbido en su cabeza iba en

aumento. Estaba demasiado cerca de perder el control. Y no podía permitírselo. No allí al menos—. ¿De verdad quieres que nos relacionen con esto?

—No podemos dejarlo aquí —insistió Marc. Era evidente que no iba a dar su brazo a torcer.

Ambos se miraron a los ojos. Y para su sorpresa, Marc no tuvo problemas en sostenerle la mirada. Aquel niño simple e inocuo lo desafiaba, aquel pobre humano de cuerpo frágil, con su única y miserable vida auestas, se atrevía a retarlo a él, a un virago, a un hijo de las sombras. Podría matarlo ahora mismo, de un solo golpe, tan rápido que Marc ni siquiera se daría cuenta de lo que estaba pasando. Le costó no ceder a esa tentación.

—No tenemos tiempo para esto, maldita sea —rezongó.

Cogió el móvil, marcó un número al azar y fingió dar al botón de llamada. Aguardó unos instantes antes de hablar.

—¿Hola? Sí. Quiero denunciar un crimen. Un tiroteo... —dijo. Hablaba en alemán, aunque sabía que Marc era incapaz de entenderlo. Aun así siempre era bueno cuidar los detalles—. No, no voy a decir quién soy, ahórrese el esfuerzo. Ya tengo bastante con mis muertos, no necesito que me cuelguen nuevos. —Sonrió con desgana. Se sentía estúpido al representar aquella burda comedia. La lluvia caía veloz, cada vez más rápida—. Escúcheme, escúcheme. —Y comenzó a dar indicaciones al silencio indiferente del otro lado de la línea, con la vista fija en el niño que miraba al vacío. Cuando colgó dedicó una mirada de desprecio a Marc—. ¿Estás contento, héroe? Si quieres puedes esperar aquí a que venga la policía. Yo voy a buscar a Ariadna.

Marc no le respondió. Se limitó a bajar las escaleras y acucillarse junto al niño.

—Tenemos que irnos... —le dijo—. Tenemos que irnos, pero pronto vendrá gente a ayudarte. —Y justo cuando Marc se incorporaba, el muchacho salió de su mutismo para aferrarle la mano con fuerza. La lluvia arreciaba, un cortinaje espeso y húmedo caía sobre el mundo, diluía sus formas, convertía la realidad en sombras y a las sombras en espacios tenebrosos repletos de horrores—. Tienes que ser valiente, ¿vale? —le pidió el joven, con la voz tomada por la emoción—. No te muevas de aquí. Pronto vendrá alguien.

Habían dejado el coche cerca de la casa, otro vehículo robado, esta vez en la propia Berlín. Evan había aparcado allí porque era donde comenzaba el pliegue de la realidad en el que los dueños habían construido su vivienda. Evan se lo había pensado mucho antes de acercarse tanto, a veces las sombras no coincidían con la forma de los objetos que las proyectaban y un error de cálculo habría sido fatal. Abrió la portezuela y se acomodó en el asiento del conductor. La frente le palpitaba cada vez con más fuerza, como si dentro de su cráneo se hubieran levantado en armas y pretendieran demolerle la cabeza a golpes. Intentó asomarse a la mirada de Ariadna y aunque lo consiguió lo único que alcanzó a ver fue oscuridad, una oscuridad polvorienta y seca. Estaba muerta. Ariadna estaba muerta. Se mordió el labio inferior

con tanta fuerza que se arrancó un pedazo de carne. Sorbió la sangre con avidez. Apenas fue consciente de que Marc abría la portezuela del copiloto y se colaba dentro del coche.

—¿Dónde vamos ahora? —le preguntó.

—A buscar un punto de fracción —contestó—. La Carroña viajará por las sombras, atravesarán la Umbría rumbo a la casa sin ventanas. Nosotros vamos a ir por otro camino. Ponte el cinturón —le pidió—. Vamos a los lugares de paso. Los caminos olvidados.

Y mientras Marc se aprestaba a obedecerle y tomaba el cinto en sus manos, Evan murmuró la primera palabra del desmayo. El joven sentado a su lado cabeceó una vez, dos, mientras luchaba por colocarse el cinto. A la tercera le tocó la nuca al tiempo que susurraba la segunda palabra del olvido. Marc cayó hacia delante, desmadejado. Evan lo cogió de las axilas y lo levantó hasta dejarlo sentado, con la espalda apoyada en el respaldo y la cabeza inclinada contra la ventanilla. Cuando despertara no recordaría nada de lo sucedido, pensaría que había cedido al cansancio o que se había desmayado tras el espectáculo que había encontrado en la casa.

A continuación, bajó del vehículo.

La lluvia era tan fuerte que daba la impresión de ir a clavarlo al suelo. Respiró hondo. El olor a muerte era revitalizador y le traía recuerdos de otros tiempos, tiempos más simples, tiempos sencillos. Había sido feliz entonces. Ahora ya no quedaba nada. Y las posibilidades de que esos tiempos regresaran eran escasas ahora que la Carroña tenía a Ariadna en su poder. Contempló al joven dormido en el coche y suspiró. Aquel muchachito insípido representaba su última esperanza.

Echó a andar bajo el aguacero, con las manos en los bolsillos y la capa agitándose al aire.

El niño continuaba donde lo habían dejado. Seguía sentado en el escalón, atento al infinito con su mirada vidriada. Evan sacó una daga de su cinturón y se acuclilló ante él, ocultando el arma a su espalda. Casi podía verse reflejado en los enormes ojos del muchacho, era como asomarse a dos abismos gemelos. El niño pareció de pronto consciente de su proximidad y apartó la vista del infinito para mirarlo a él. Evan vislumbró una emoción recóndita oculta en esos ojos, un dolor a punto de colapsarse, una pena desmedida. Le revolvió el cabello con la mano izquierda, un gesto torpe que pretendía resultar consolador.

—Solo será un momento —le aseguró—. Un momento de dolor y todo terminará. Toda la angustia, toda la pena...

Con un rápido movimiento de su mano derecha, Evan mandó al niño junto a sus padres.

«Nunca dejes a nadie atrás».

TERCERA  
PARTE

## LA UMBRÍA

No era nada. Poco más que oscuridad, poco más que ausencia. Hasta que, de forma súbita, en ese espacio prendió un chispazo de consciencia, un relámpago de vida que se propagó veloz, recortando su silueta en el vacío, delimitando la forma de su cuerpo en negro sobre negro. Otra vez corrió sangre por sus venas; otra vez el aire encontró la forma de abrirse paso en sus pulmones; otra vez la magia del pensamiento despertó en las circunvalaciones de su cerebro, y trajo de regreso, entre llamaradas eléctricas, su nombre.

«Soy Ariadna», se sorprendió pensando, «y estoy viva. Viva de nuevo».

Escuchó voces cerca.

—¡Claro que está confusa! —Las palabras reverberaban contra su pecho de un modo peculiar, casi como si las estuviera pronunciando ella—. ¿Cómo no va a estarlo si ha pasado más de cuatro años sin memoria? —Ariadna notaba movimiento, una oscilación firme, acompasada. Alguien la cargaba a cuestas. La misma persona que hablaba—: Necesita tiempo y nosotros paciencia. No es momento para juzgarla.

—No es a ella a quien estamos juzgando, apreciado amigo. —La voz de Gólgota era tan melodiosa que siempre daba la impresión de estar a punto de echarse a cantar—. Nos estamos juzgando a nosotros mismos. Hemos dejado al chico con vida. Hemos faltado a los mandamientos de la Hermandad. Con todo lo que eso implica.

—Nos lo hizo prometer. —Era Volga quien hablaba ahora. Su voz cambiaba dependiendo del cuerpo que controlara, pero siempre había un denominador común, una vibración hueca que se repetía con independencia de la forma física que usara—. Nos hizo prometer que no le haríamos daño. Y no podemos romper un juramento.

—Tú diste tu palabra, yo me limité a murmurar bajito —gruñó Gólgota. Guardó un instante de silencio al que siguió un profundo suspiro—. No seré yo quien se lo explique al conde —dijo—. Os lo advierto. No seré yo.

—Sea como sea, dejamos al niño con vida —señaló Volga—. Ariadna estará contenta.

—Preguntémoselo a ella —propuso Legión—. Nuestra hija pródiga ha regresado de entre los muertos. Su corazón late con tanta fuerza que va a tirarme al suelo.

—Os dije que en la Umbría se recobraría pronto —comentó Gólgota—. A los viragos les sientan bien las sombras.

No tenía sentido continuar fingiendo. Ariadna abrió los ojos. De lo primero que se percató fue de que no llevaba el parche en el izquierdo, debía de haberlo perdido en la



refriega o tal vez aquellas criaturas se lo habían quitado. Como había supuesto, Legión la llevaba a la espalda. Había adoptado el cuerpo de un gigantón de piel cobriza, ancho de torso y de piernas cortas pero musculadas, una fisonomía adecuada para cargarla sin dificultad. Marchaba encorvado, con los brazos entrelazados tras él para proporcionarle apoyo. La muchacha intentó articular palabra, pero no lo consiguió. Su cuerpo no terminaba de responderle. La boca le sabía a tumba y sentía como si las órbitas de sus ojos estuvieran fabricadas a base de amalgamar arena y cristales. Aquel era el aturdimiento propio de la vuelta a la vida, lo recordaba bien, de igual modo que recordaba la macabra sensación con la que resucitaba siempre, la de que unos dedos nervudos tiraban de su conciencia hacia las profundidades, hacia el olvido, como si desde la oscuridad algo se empeñara en mantenerla muerta. Jadeó, asfixiada.

—¡Bájame! —le pidió a Legión de malas maneras cuando logró dominar su lengua. El aturdimiento de la vuelta a la vida se le mezcló con sentimientos enfrentados. Le costaba calibrar sus emociones. Nada tenía sentido. Se vio a sí misma tirada en un charco de sangre, con Sonia tumbada a su lado, el rostro convertido en una hirviente carnicería. Quería huir, escapar, pero no había dónde esconderse—. ¡Bájame! —repitió y palmeó con todas sus fuerzas contra la espalda de Legión.

—Aquí no podemos detenernos —le contestó este—. No es seguro.

—¡Te he dicho que me bajas! —insistió Ariadna. Al ver que el multiforme seguía empeñado en no hacerle caso, ella misma desmontó de un modo tan torpe que dio con sus huesos en tierra. Se encontró rodeada de inmediato de niebla y fango. Aquel sitio apestaba a ciénaga y por todas partes se veían fumarolas de espeso humo negro. De cuando en cuando se escuchaban sonidos de derrumbe. Decidió no prestar atención al escenario que la rodeaba. No podía permitirse distracciones.

Necesitaba rehacerse, asimilar su nueva situación. Acababa de volver a la vida, si es que se podía denominar así a lo que quiera que recorriera su ser. Recordó los trallazos de oscuridad que habían terminado con ella, las lanzadas negras que le había echado encima la espada de Legión. Recordó su cuerpo, deshecho, un despojo en derrumbe. Su mano derecha había volado en pedazos, destrozada por un proyectil. La alzó ante ella. Ahí estaba de nuevo, idéntica a la izquierda, normal en apariencia. Tenía la ropa quemada por los balazos, pero la carne bajo los jirones se veía ilesa, incólume. Se palpó el vientre, en busca de cualquier mella, señal o cicatriz, pero no había nada, solo piel suave, piel nueva. Todo estaba donde y como debía estar. Su cuerpo se había recuperado de una manera perfecta. ¿Cuánto tiempo había permanecido muerta? ¿Cuánto tiempo le había llevado regenerarse?

«La Umbría nos nutre», le aseguró la pasajera oscura de su cabeza. Se la imaginaba risueña y feliz allí dentro, contenta de regresar al fin a casa. «Las sombras nos hacen más poderosas y aceleran la resurrección. Si hubiéramos estado en la Tierra Pálida nos habría llevado días regresar».

La existencia, su propia existencia, tras aquel paréntesis de no ser, la aturdía;

parte de su cuerpo la rechazaba, como si esa vida fuera una infección, una enfermedad malsana de la que debía librarse. ¿Hasta dónde llegaría su capacidad de regeneración?, se preguntó. ¿Qué ocurriría si tras su muerte las circunstancias impedían la posibilidad de resucitar? Había muchas preguntas sobre su naturaleza que todavía no estaba en condiciones de responder. Elías le había volado la cabeza, pero eso no le había impedido regresar. Pero ¿y si se daba un caso todavía más extremo? ¿Si la descuartizaban crecería una nueva Ariadna de cada pedazo o solo uno volvería a la vida? Su mente comenzó a buscar situaciones estrambóticas: ¿Y si la metían, por ejemplo, en un barril repleto de ácido y luego lo sellaban con ella dentro? ¿Cómo reaccionaría su cuerpo? ¿Cómo volver a la vida si estás siempre disuelta?

«Hay formas. Hay modos», le adelantó su otro yo.

Respiró hondo, se llenó los pulmones con el malsano aliento de la Umbría, y se levantó, pringada de légamo y jirones de humo. Aquel lugar apestaba a aguas sucias, estancadas; era una peste densa, casi masticable. El olor la dejaba a las puertas de la náusea y, al mismo tiempo, por paradójico que resultara, la fortalecía. «Las sombras sientan bien a los viragos», acababa de decir Gólgota, y ella no podía hacer otra cosa que confirmarlo. Nunca se había sentido tan fuerte, al menos no durante los últimos cuatro años.

De los tres asesinos, precisamente Gólgota era el que tenía más cerca. La ropa del demonio estaba destrozada, llena de desgarrones y sucia tanto de su sangre como de la de Edgar Müller. Recordó cómo la magia del hechicero había despedazado a Gólgota y cómo este se había recompuesto. Miró después a Legión, el asesino de los múltiples cuerpos, y a continuación a Volga, manejando a distancia a la mujer desnuda que los acompañaba.

—No podemos morir —dijo al cabo de un instante—. Ninguno de nosotros. Nadie que pertenezca a la Carroña puede morir.

—Eso no es del todo correcto, pequeña —dijo Gólgota—. Solo hay que ver el largo historial de fallecimientos que cargas a tu espalda. Sería más acorde con la realidad decir que estamos fuera de los cauces normales que rigen la vida y la muerte.

Ese era uno de los secretos de la casa sin ventanas, recordó, una característica común a todos los que formaban parte de la hermandad del conde Sagrada. Gólgota era un demonio de Morjabalan, un ser indestructible, el último de su especie. Se rumoreaba que él mismo había acabado con todos los suyos para conseguir trascender de la mortalidad. La verdad era bien distinta, aunque el demonio era reacio a contarla. «Lo mismo que mató a mi especie me condenó a mí a vivir para siempre», le confesó una vez, sin entrar en más detalles. Gólgota era capaz de regenerar cualquier daño que sufriera su cuerpo, sin importar su alcance o gravedad. El caso de Legión y Volga era distinto, ambos tenían acceso a múltiples cuerpos. Legión podía asumir la apariencia de todos aquellos a los que había matado. El caso de Volga era similar, aunque diferente en espíritu. Ella conquistaba cuerpos ajenos, a veces se definía como un virus capaz de contagiar y controlar otras formas de vida. Para ello solo

necesitaba sus armas, las flechas y dardos de hueso que llevaba siempre consigo.

Los asesinos de la Carroña la observaban a unos pasos de distancia. La mirada de Legión era la única que podría pasar por humana. Cosa que, desde luego, no conseguirían los dibujos torpes que servían de ojos a Volga. Y mucho menos los de hielo turbio de Gólgota; su color era imposible, pero también su forma, casi romboidal. Ariadna los contempló a los tres, en silencio, consciente de lo que eran, de lo que significaban para ella.

—He vuelto —dijo. Su voz sonó incrédula, ajena.

Aquella era su familia, su verdadera familia. El tiempo que había vivido junto a Edmund y Ángela se le antojaba ahora un espejismo, una mentira hueca. Si quería saber quién era en realidad solo tenía que contemplar a las criaturas que tenía delante. Demonios y asesinos, seres que medraban en el asesinato y la matanza, engendros nacidos para mayor gloria del horror y el sufrimiento. Ella era eso. Aún le faltaba mucho por recordar, pero tenía claro que, aunque el cuadro todavía era fragmentario, la imagen que iba a mostrarle una vez completo era la de otro monstruo: ella misma.

—Has vuelto, sí —le confirmó Gólgota, y hasta creyó percibir cierta ternura en su voz—. Y nos alegramos sobremanera. Tengo la intención de abrazarte tan fuerte que existe la posibilidad de que acabes preñada. Pero no aquí. Sigamos camino, por favor.

Ariadna miró a su alrededor por primera vez. Estaban en un corredor subterráneo, de techo bajo, repleto de humedades y niebla. Los muros estaban excavados en algún tipo de organismo rugoso, parecían formados por un sinfín de serpientes que se hubieran enroscado unas a otras instantes antes de quedar petrificadas. En algunos puntos, la piedra estaba surcada por un entramado de grietas violáceas que emitía una suave fosforescencia, la suficiente como para que no tuvieran problemas para ver en torno a ellos. A ambos lados del corredor se abrían diferentes cámaras, llenas a rebosar de muebles: sillas, mesas, estanterías, cómodas, banquetas, camas, armarios; el aparataje cotidiano de cualquier casa. Hasta el último de aquellos enseres estaba recubierto de baba blancuzca y de grandes babosas amarillas que reptaban frenéticas de un lado a otro, como si su destino dependiera de que lograran memorizar cuanto antes la forma de aquellos muebles. El suelo bajo sus pies retumbaba y el sonido de derrumbe, de cascote rodando sobre cascote, era constante. Estaban en la sombra de una casa encantada, pero no se trataba de una sombra normal. Aquella parte de la Umbría se estaba viniendo abajo.

—La sombra se muere —dijo Volga—. Quizá de vieja, o quizá porque el poder de la casa que la proyecta haya menguado demasiado. Sea como sea, está entrando en colapso y no queremos estar aquí cuando eso pase. Estoy de acuerdo con Gólgota, lo mejor será que reemprendamos la marcha cuanto antes.

Ariadna no tuvo nada que objetar. Legión se ofreció a llevarla de nuevo a cuestras, pero ella declinó la oferta; por orgullo y porque a cada segundo que pasaba se sentía más y más fuerte. Y había algo deprimente en ello: que un paraje tan desolado como ese le insuflara fuerzas no podía decir nada bueno de su naturaleza.

Al poco de reemprender la marcha distinguió entre las fumarolas una silueta humanoide. Era una mujer alta y contrahecha, vestida por entero de negro, con el vientre abultado por una preñez mayúscula, descomunal. No era humana, su cabeza era de insecto, de avispa, tan oscura como su vestido. No era el único ser que habitaba la sombra en agonía. Había más siluetas allí, más figuras que deambulaban entre la neblina, perdidas, somnolientas y, aunque no alcanzó a distinguir sus rasgos, estaba claro que todas tenían la misma cabeza de avispa.

Los ojos multifacéticos de la mujer insecto se clavaron en ellos al verlos surgir de entre la bruma. Tras una leve vacilación, aquel espanto abrió sus fauces de modo grotesco y escupió una nube de avispas negras, de vientre hinchado, que volaron veloces en su dirección. Antes de alcanzarlos, el influjo de hielo de Gólgota las congeló y cayeron entre el humo y el fango, como diminutos diamantes alados. La avispa humana no se arredró, echó a andar hacia ellos, con un brazo extendido y el otro abrazándose el vientre inmenso. Ariadna creyó entender palabras entre los zumbidos y siseos horripilantes que surgían de su boca. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se descubrió leyendo entre líneas en aquella cosa. Les estaba pidiendo ayuda, leyó, su mundo se derrumbaba y ella no comprendía el motivo. Les rogaba que se detuvieran a escuchar su historia, les pedía, con toda la educación del mundo, que la dejaran desovar en sus entrañas para intentar salvar a su prole. El paso de la criatura era torpe y no tardaron en dejarla atrás. Ariadna la vio caer de rodillas y golpear el suelo y la niebla con la rabia del que ve desvanecerse su última esperanza.

«He vuelto a casa», se dijo, impactada por la angustia de aquel ser.

«No, todavía no», dijo la otra Ariadna, la perversa, la loca, la perdida. «Espera y verás. Esperas y verás».

\* \* \*

Marc abrió los ojos a la claridad mortecina de una noche improbable.

La luz venía sembrada de grises y ocre, de tonalidades del rojo y el violeta que no había visto en la vida. No recordaba cuándo se había quedado dormido. Tenía la vaga impresión de que había sido al poco de arrancar Evan, pero todo resultaba impreciso, borroso... Miró por la ventanilla y por un instante creyó que seguía soñando. Avanzaban por un valle repleto de columnas naturales, un bosque disparatado que se extendía a ambos márgenes de la carretera; aquellas formaciones rocosas alcanzaban en ocasiones los veinte metros de alto. El cielo parecía salido de un sueño febril, y quizá esa fuera la explicación más lógica a los acontecimientos de los últimos días: «Ojalá todo no fuera más que una pesadilla», se dijo mientras contemplaba las tres lunas que compartían aquel cielo de colores imposibles, dos de ellas eran inmensas y anaranjadas, una emergía a medias del horizonte y la otra

trepaba ya muy alta por la cúpula celeste; entre ambas estaba el tercer astro, de un ominoso color blanco hueso, con mucho la más pequeña de las tres.

Se giró hacia Evan. El muchacho conducía con las manos firmes sobre el volante y una expresión de concentración absoluta. Como si guiar aquel coche fuera lo más importante que había hecho en la vida.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

—Lejos de casa —contestó el otro. Ni se dignó a mirarlo. La hostilidad que Evan le profesaba siempre había sido evidente, pero ahora ni se molestaba en disimularla —. Hemos entrado en los lugares de paso —le explicó.

—Lugares de paso... —murmuró él. Como si aquel nombre, aquellas tres palabras, bastaran para aclarar todas sus dudas o disipar su miedo.

Se llevó una mano a la frente. Le costaba trabajo pensar, tenía la impresión de que el cerebro se le había llenado de insectos y telarañas. Y de cadáveres. De nuevo revivió su peregrinaje por la casa a la que lo habían guiado los Tracia, de nuevo se topó con aquel escenario macabro, con aquella ordalía de horror que le había salido al paso allí dentro: los restos de perro que salpicaban las paredes; el hombre muerto en la primera planta, destripado y medio cubierto de hielo negro; la mujer sin cara, acribillada, con aquel pobre niño que no dejaba de llorar abrazado a su cadáver... Por mucho tiempo que viviera, jamás olvidaría lo que había visto allí.

—Los asesinos de la Carroña viajan a través de la Umbría —le estaba diciendo Evan. Su voz carecía de toda emoción—. Los caminos allí son traicioneros. Con un poco de suerte, los adelantaremos a través de los lugares de paso.

Marc apenas le prestó atención. Un frío extraño lo atenazaba por dentro, una convulsión tanto espiritual como física que le ensombrecía el ánimo de forma implacable. Tenía la impresión de que se había abierto un agujero negro en su interior y que todo lo que él era, todo lo que había sido, se estaba colando de forma irremediable por aquel sumidero. Había notado los primeros síntomas de aquella depresión al salir de la tienda de los Tracia, los había tomado por un efecto secundario de la experiencia vivida allí. Todavía le costaba trabajo asimilar el precio que había tenido que pagar para averiguar dónde se encontraba Ariadna. Pero no podía engañarse: lo había hecho, había pagado con tiempo de su propia vida: meses, años quizá; tenía demasiadas pruebas como para negar la evidencia. El cuerpo todavía le dolía, como si los músculos y huesos que lo sustentaban y le daban forma no terminaran de acostumbrarse a las alteraciones que había sufrido su organismo. Y su imagen en los espejos tampoco mentía, no eran grandes cambios los que podían verse en su reflejo, pero estaban ahí: ciertas sombras en la piel; cierto cambio en los ojos; varias canas en el pelo, producto estas del trauma, supuso, no del robo de tiempo... ¿Y qué había conseguido gracias a su sacrificio? Nada. Ariadna no estaba en el lugar indicado cuando llegaron. En cambio se había topado con aquella masacre, con aquel espectáculo dantesco que había supuesto el mazazo definitivo a su ánimo y sus esperanzas. No podía dejar de pensar en aquel niño, abrazado a su madre

muerta. Le había costado mucho apartarlo de ella.

Apoyó la frente en la ventanilla. Tan solo unos días antes, el paisaje que se desplegaba a su alrededor lo habría asombrado por su belleza, pero ahora no podía mirar a ninguna parte sin ver señales de muerte. No podía contemplar aquellas columnas de piedra sin imaginarse cadáveres alanceados o mirar a aquellas lunas sin pensar en agujeros de bala; la geografía de una de ellas, de hecho, le recordó a un rostro que gritara de agonía. Mirara donde mirara veía desolación y promesas de muerte. De pronto se dio cuenta de que algo le ocurría al paisaje. Entrecerró los ojos; unos kilómetros más adelante se adivinaba un extraño resplandor, un brillo difuso y fuera de lugar que se iba perfilando más y más a medida que rodaban hacia él. Se incorporó en el asiento y lo estudió con inquietud, preguntándose qué nuevo horror iba a depararle el mundo oculto. Le costaba trabajo comprender qué estaba mirando. El efecto óptico era similar al de aproximarse a la salida de un túnel, solo que los bordes de esa salida se encontraban diluidos, desdibujados. Parpadeó varias veces. Había otro cielo tras el de las tres lunas, un cielo deslumbrante. Marc miró por la ventanilla. El paisaje por el que transitaban, ese caos de pináculos y lunas, quedaba cortado en seco algo más adelante y otro tomaba su lugar: un páramo gris, desértico, jalonado de dunas cenicientas, un lugar donde reinaba un sol abrumador. El camino por el que transitaban no discurría por un solo mundo.

Evan hurgó en la guantera hasta encontrar unas gafas de sol. Se las puso unos metros antes de entrar en el día incandescente que asolaba aquella tierra gris. Marc entornó los ojos, deslumbrado. La temperatura ascendió varios grados de pronto y el coche comenzó a brincar por un camino plagado de baches y socavones. Marc miró a su espalda. Tras ellos quedaba la noche cerrada, con sus tres astros pugnando en los cielos. Se le despertó un leve dolor de cabeza, como si a su mente le costara trabajo asimilar la visión de dos paisajes tan diferentes superpuestos. «Lugares de paso», así los había denominado Evan. Aquel era otro de los portentos que se ocultaban más allá de la Tierra Pálida, pero él solo podía pensar en la mujer acribillada y en el niño abrazado a ella.

—¿A cuánta gente has matado? —le preguntó a Evan. Formuló la pregunta sin pensarla siquiera.

El joven apartó la vista de la carretera para mirarlo extrañado.

—No lo sé. —Se encogió de hombros y volvió a centrarse en la conducción. El camino allí era bastante más tortuoso que el que acababan de abandonar—. Es complicado llevar la cuenta. Cientos.

—Cientos... —repitió él, incrédulo.

—A Ariadna y a mí nos adiestraron para ser asesinos desde pequeños —le recordó Evan—. Mientras tú aprendías a colorear sin salirte de la línea a nosotros nos enseñaban la mejor manera de apuñalar a alguien o qué ingredientes usar para fabricar un veneno rápido. Lo que has visto en esa casa bien podría haber sido obra nuestra.

—Ari no. —Se negaba a creerlo—. Ella es incapaz de hacer algo así.

—Ha hecho cosas peores. Te lo aseguro. Lo he visto. La he ayudado a hacerlas.

—No la Ariadna que yo conozco —insistió él—. Lo que fuera capaz de...

—¡Deja de decir que la conoces! —le interrumpió Evan, furioso—. ¡Deja de decir que sabes de lo que es capaz! ¡No la conoces! ¡No la has conocido nunca! Has estado enamorado de un espejismo. ¡Ni siquiera es humana! —Lo miró con un desprecio absoluto—. ¡Somos viragos! —gritó—. Ariadna y yo nacimos muertos. La nigromancia nos resucitó, los hechiceros de la casa sin ventanas nos devolvieron a la vida, pero una vida que no tiene nada que ver con la tuya. A Ariadna la mataron la otra noche en su casa, la mataron con su familia; pero resucitó. Eso es lo que hacemos: resucitar una y otra vez. Da igual lo que nos hagas, da igual cómo nos mates: siempre regresamos. Siempre. Somos muertos vivientes, engendros creados por la magia oscura. —Guardó silencio mientras lo recorría de arriba abajo con su mirada desigual—. Te has estado tirando a un cadáver, Marc —dijo—. Llevas dos años tirándote a un cadáver.

—Mientes —dijo él, más allá de la incredulidad. Ariadna, ¿muerta?—. Es mentira —repitió.

«Nada más que muerte. En este mundo no hay nada más que muerte y devastación».

—¿Crees que miento? —Su rostro resplandecía bajo aquel sol fulminante, dándole un aspecto más enloquecido si cabía—. ¿Quieres comprobarlo? —le preguntó al tiempo que lo miraba de reojo—. ¿Por qué no sacas la pistola que cogiste en la casa del mago muerto y me pegas un tiro?

Casi por instinto, Marc se llevó una mano al bolsillo derecho de su cazadora. Ahí guardaba el arma que había encontrado en el cuarto del niño. Había sido un impulso, una forma estúpida de guardarse un as en la manga.

—Hazlo —le animó Evan—. Demuéstrame que tienes valor. Demuéstrame que tienes algo que ofrecerle a Ariadna. Que de verdad te la mereces. Pégame un tiro, por favor. Así puede que entienda qué ha visto ella en ti.

Marc apartó la mano del bolsillo. ¿A quién engañaba? No era como Evan; la mera idea de hacer daño a alguien por mucho que se lo mereciera le repugnaba.

Estaba perdido. Ahora lo entendía. La vasta tristeza que lo desarmaba era toda la verdad que necesitaba. Iba a morir. Era imposible que sobreviviera en ese lado del mundo, era imposible que alguien como él pudiera salir bien parado de aquel horror, tan ridículo como adentrarse sin protección alguna en un río infestado de alimañas o salir al espacio sin el traje adecuado. Él era un simple humano, un chico de ciudad que había llevado una vida normal, apacible, en el lado seguro del mundo... No tenía nada que hacer en aquel reino de engendros y pesadillas. En poco se parecía a los personajes de los libros y las películas. No era un héroe, no tenía ningún talento especial, no estaba tocado por ninguna varita mágica ni los hados lo habían designado para llevar a cabo ninguna proeza. No era un elegido, no era especial. Solo era un

joven enamorado que se había perdido en un universo incomprensible. Solo era Marc. E iba a morir.

Esperaba que el destino no fuera tan cruel como para impedirle ver a Ariadna una vez más antes de que eso sucediera.

\* \* \*

Las señales de deterioro se hacían más evidentes a medida que avanzaban por la sombra moribunda. Tanto la peste, densa y grasienta, como el sonido de derrumbe empeoraban a cada paso que daban. Entre el desgarrar de tinieblas veían de cuando en cuando a más criaturas avispa, todas vestidas con la misma singular elegancia, como si el caos las hubiera sorprendido en mitad de algún tipo de celebración. Ninguna otra intentó acercarse.

Ariadna tenía la impresión de llevar horas caminando. Sospechaba que las dimensiones de aquella sombra superaban con creces a las de la casa que la proyectaba. No era extraño que fuera así. Las sombras de la Umbría eran reflejos deformados del objeto que las originaba; por norma general, su forma solía guardar semejanza con el lugar que reflejaban, pero a veces ni siquiera era así.

«En Derry hay una cabina telefónica hechizada que proyecta una sombra tan extensa como un continente», recordó que les había contado Gólgota una tarde. El demonio no solía impartirles clase, esquivaba en lo posible esas tareas ya que, como no se cansaba de repetir, le aburrían soberanamente. Aquel día, por lo visto, no había conseguido eludir sus responsabilidades. «Y dicen que la sombra de Calixta, el filo encantado de Marte, apenas tiene un metro cuadrado de superficie. Poco importa. Lo mismo da que una sombra sea grande o pequeña», les advirtió. «Una sombra siempre es una sombra. Y cualquiera puede mataros, devoraros sin remisión, o arrastraros a algún plano enajenado del que nadie, ni siquiera vosotros, lograría regresar jamás. Respetad las sombras, pequeños, no las temáis, pero respetadlas. Seréis más felices si lo hacéis».

Una de las estancias que atravesaron rebosaba muebles caídos, desperdigados todos entre surtidores de humo; Ariadna pensó que estaban tallados en hueso pero no tardó en percatarse de que no era así. Eran realmente esqueletos de muebles, como si esos sillones, mesas y estantes hubieran sido organismos vivos a los que alguien hubiera sustraído la carne y los músculos. Los huesos de las banquetas eran largos, sin articulaciones, mientras que los sillones y mesas contaban con rodillas, falanges, tarsos y metatarsos, e inmensos costillares en las zonas más amplias. La irrealidad de aquella escena la reconfortaba de una manera que no entendía. Aquel era su mundo. Lo había sido durante catorce años.

De pronto, el terreno que pisaban comenzó a temblar y retumbar, de modo brusco,



espasmódico, tan exagerado que Ariadna pensó que montaban sobre el lomo de una criatura inmensa que intentaba descabalarlos.

—¡Un sombramoto! —le explicó Legión a voces para hacerse oír sobre el estruendo. Había adoptado la forma de una criatura híbrida, mitad humana mitad felina, para ganar estabilidad en aquel terreno convulso. Otro cuerpo de otra de sus víctimas—. ¡Son los últimos estertores de una sombra que muere!

—No hay por qué alarmarse —les aseguró Gólgota. Era el único de los cuatro que no había acelerado el paso de forma automática con los temblores; lo había hecho, simplemente, por no quedar rezagado—. La salida está cerca. Salivazo la huele desde aquí —dijo mientras acariciaba el escaso mentón del murciélago enroscado alrededor de su cuello.

El demonio tenía razón. La sombra terminaba abruptamente unos doscientos metros más adelante, en un muro cóncavo que parecía practicado a hachazos en la piedra. La roca allí estaba medio fundida; grandes regueros de una sustancia gelatinosa de color ocre se derramaban por su superficie e iban a mezclarse con el barro del suelo. «Sangre de sombras», recordó Ariadna. Tuvo una fugaz imagen de ella misma recubierta de aquel líquido grumoso; se lo había untado por todo el cuerpo con el propósito de ocultarse de alguien que la buscaba, dando voces, por las inmensas galerías de una sombra que, como esta, agonizaba. En un lateral de esa pared a punto de licuarse, se abría una brecha de bordes luminosos, tan estrecha que tuvieron que cruzarla de uno en uno. Ariadna se encontró sumida en la más absoluta negrura. La virago avanzaba por aquel pasaje cada vez más angosto con una creciente sensación de encierro. Aquello recordaba demasiado a estar enterrada viva. Caminaba con miedo a toparse de pronto con una mano muerta en las tinieblas. Para su tranquilidad, aquel periplo en la oscuridad duró poco. No tardaron en llegar a una nueva abertura de bordes difusos, incluso más estrecha que la anterior, que los condujo a un escenario diferente por completo. Las dimensiones se dispararon. Habían ido a parar a una galería colosal, un túnel inmenso de paredes de niebla revuelta. Ariadna tuvo la impresión de estar avanzando a través de un conducto perforado en una nube de tormenta o, quizá, por el centro de un torbellino.

A intervalos irregulares se abrían otros túneles que se adentraban en la Umbría en mil y una direcciones. Aparecían en los muros, pero también en el techo y en el suelo como si allí el arriba y el abajo fuera algo eventual, accesorio. Aquel entramado era conocido como las Venas de las Sombras, recordó la virago. Así se denominaba a los ramales que unían las distintas zonas de la Umbría, el sistema circulatorio de lo imposible. Los caminos allí siempre eran cambiantes. Todo variaba. Todo era mutable. Un mismo sendero jamás conducía dos veces a un mismo punto. Las Venas de las Sombras eran un laberinto voluble donde era muy fácil perderse. Una de las grandes bocas que se abrían en las paredes de humo se cerró cuando pasaron junto a ella, y, poco después, en el techo se abrieron, como bostezos lentos, dos nuevas aberturas.

Ariadna tardó largo rato en darse cuenta de que el murciélago de Gólgota volaba ahora muy por delante de ellos. De cuando en cuando, el pintoresco animal se aproximaba hacia uno de los ramales que nacían en las paredes de niebla; a veces se adentraba unos instantes al otro lado aunque por norma general se limitaba a revolotear en la entrada antes de continuar la marcha. Aquel animal era su guía en aquella tierra inhóspita, comprendió Ariadna. Consultó sus recuerdos, en busca de alguna información sobre aquel ser. No encontró nada, ese retazo de memoria, de existir, no había regresado aún. No lo necesitó. Gólgota se había dado cuenta de la curiosidad con la que miraba al murciélago y acudió en su auxilio.

—Salivazo es un rastreador —le comunicó—. Una criatura nacida en las sombras. Está ligada a la casa sin ventanas y por eso es capaz de encontrar siempre el camino que conduce a ella, sin importar lo lejos que pueda estar. Son unos bichejos muy útiles. Los exploradores de sombras los cazan para domesticarlos. Los ligan a una sombra domada y así pueden adentrarse en la Umbría sin temor a perderse.

—¿Y qué nos ocurriría si le pasara algo? —quiso saber Ariadna. La perspectiva de pasarse la eternidad vagando por aquellas galerías de humo era demasiado perturbadora como para obviarla.

—¿Pasarle algo? ¡Los dioses oscuros no lo permitan! —exclamó Gólgota, alarmado por la idea—. Estoy encariñado con ese bicho. Me destrozaría que le ocurriera cualquier percance... Pero no te preocupes, si no pudiéramos contar con su asistencia solo tendríamos que buscar una sombra con salida a la Telaraña para viajar a través de esta. «Muchos caminos conducen a la casa sin ventanas...»

—«... todos bañados en sangre» —completó ella. Aquel verso era parte de la canción de cuna de los condenados. La había recordado nada más oír cómo la recitaba el demonio.

—Os cantábamos esa canción cuando erais pequeños —dijo Volga. Marchaba a su lado con ese desconcertante deslizar suyo que ni siquiera rozaba el suelo. La asesina la miró con sus ojos mal pintados—. En los primeros tiempos ibais siempre de mano en mano. Hacía medio siglo que no teníamos viragos y hubo quien se emocionó en exceso con vosotros. Algunos os zarandeaban de un lado a otro hasta que vuestros huesecillos se rompían, otros os abrían en canal para contemplar el latido de vuestros corazones... —Los sucios trazos de la venda en su boca compusieron algo semejante a una sonrisa—. El conde terminó prohibiendo que jugáramos con vosotros. Os pasabais muertos la mayor parte del tiempo.

—Recuerdo la canción. Parte de ella al menos. —Ariadna miró de reojo a la criatura desnuda—. ¿Por qué he comenzado a recuperar la memoria ahora? —preguntó a sus acompañantes—. He pasado cuatro años en la Tierra Pálida. Cuatro años sin saber quién era. ¿Por qué ahora y no antes?

—Moriste —le contestó la mujer desnuda—. Eso fue lo que pasó, mi dulce niña. Moriste.

—Volga tiene razón —dijo Legión—. Tu muerte fue el detonante. El hechizo de

olvido es tan agresivo que destrozó parte de tu cerebro al borrarte la memoria. Antes de que pudieras comenzar a recordar, ese daño debía ser reparado. Y para que eso ocurriera debías morir primero. La resurrección cura cualquier tipo de herida que hayas sufrido, no importa la gravedad ni el tiempo que haya pasado.

De ahí su afán autodestructivo tras la pérdida de memoria, comprendió Ariadna, de ahí sus intentos de suicidio, tanto en el hospital como en el orfanato: habían sido su forma de intentar regresar a casa, su manera de escapar.

—Y aunque espero que tarde o temprano lo averigües por ti misma, permite que te adelante algo: la próxima vez que te pongas sexual con alguien es probable que te duela —le comentó Gólgota, guiñándole uno de sus ojos romboidales. Ariadna enrojeció. Ni por asomo se había imaginado que la resurrección implicara volver a ser virgen.

—Pero no solo era necesario que murieras para reparar el daño en tu cabeza. —Legión pasó por alto la interrupción del demonio—. Tu muerte era también una válvula de seguridad. El hechizo de olvido se usa cuando hay serio riesgo de caer en manos del enemigo. Vaciar tu memoria no solo protege los secretos de la Carroña, también te vuelve inservible para tus captores. ¿Y qué suele ocurrir con los prisioneros que no sirven para nada?

—Los matas —respondió Gólgota—. O los encierras en lo más profundo de tus mazmorras para jugar con ellos sin que nadie te moleste. —«O haces que los adopten», pensó Ariadna—. Cuando te mueres, tus carceleros tienden a menospreciarte —continuó el demonio—. Te conviertes en un estorbo, en simple basura. Y actúan en consecuencia. Arrojan tu cadáver por la borda, lo mal entierran, le prenden fuego o se lo echan de comer a sus mascotas... Resulta mucho más sencillo escapar de una celda cuando estás muerto.

—Está claro que tu muerte no garantizaba tu libertad —dijo Legión—, por eso cuando resucitaste solo se restauró un primer estrato de recuerdos. Nada demasiado interesante al principio, conocimientos básicos sobre tu identidad y tus habilidades; lo suficiente para ayudarte a escapar en caso de seguir prisionera o señalarte en qué dirección buscarnos. Ese goteo de recuerdos continuaría siempre y cuando tu mente estuviera activa. Un cerebro libre suele estar más vivo y alerta que un cerebro cautivo, recibe más estímulos y además suelen ser de naturaleza más variada —le explicó—. Llegados a cierto punto, el hechizo restablecería tus enlaces con la Carroña, aunque los mantendría siempre en segundo plano. Esos canales de comunicación, por seguridad, no podían ser conscientes.

—Os llamé —dijo Ariadna, sabedora de a qué enlaces se refería—. Llamé a Volga sin saber lo que estaba haciendo... —«Y al hacerlo condené a muerte a Edgar y Sonia».

—Me llamaste, es cierto —le confirmó la mujer con su voz vibrante—. Pero para cuando lo hiciste, ya íbamos de camino. Te localizamos en cuanto pusiste un pie en la casa del mago y la pistolera. La Carroña es capaz de localizar a cualquiera de sus

miembros si están en la Umbría o en un lugar que proyecte sombra en ella.

Eso no sirvió para que se sintiera menos culpable. Había sido ella quien había guiado a los asesinos de la Carroña hasta Edgar Müller, ya fuera con aquel dibujo mal hecho o con su mera presencia. ¿Cómo vivir con esa carga sobre su conciencia? ¿Cómo lidiar con la muerte y destrucción que dejaba tras ella? «Voy dejando un reguero de familias muertas a mi paso», pensó. Y todavía quedaban muchos cadáveres en el armario. Su pasado olvidado aguardaba en la sombra, y a buen seguro que estaría plagado de matanzas.

—¿Cuándo terminaré de recobrar la memoria? —preguntó, no sin temor.

—En la casa sin ventanas podrás reclamar tus recuerdos y volver a ser quien eras —contestó Gólgota—. Y no tendrás que morir para hacerlo. Te bastará con alargar la mano y cogerlos.

Frunció el ceño, pensativa. Acababa de darse cuenta de que parte de la explicación que acababan de darle no cuadraba con lo sucedido o, al menos, no era del todo exacta. Había comenzado a recordar mucho antes de que Elías y los suyos la mataran. Fue durante su primer encuentro con Evan. Había recordado su nombre cuando se besaron. ¿Habría sido ese el verdadero principio? Negó con la cabeza. No, aquella no era una historia con princesas encantadas y hechizos rotos a besos. El nombre de Evan había permanecido grabado a fuego en su memoria, del mismo modo en que lo había estado el suyo propio; un recuerdo enterrado en lo profundo, pero imposible de olvidar, un recuerdo que ni el hechizo más poderoso habría sido capaz de arrebatarle. El beso había sacado a la superficie el nombre de Evan.

Pero entonces ¿qué había detonado la vuelta de sus recuerdos? No tuvo que pensar mucho para averiguarlo. En realidad, había sido tras su enfrentamiento con la barracuda cuando comenzó a recordar. Fue entonces cuando todo se puso en marcha. Se vio tirada en el suelo sucio del callejón, con Evan acuclillado junto a ella, exhortándola a usar su poder para curarse a sí misma después de haber quedado inconsciente tras la embestida del monstruo. Solo que no se había desmayado como Evan le había hecho creer.

—La barracuda me mató en el callejón —comprendió Ariadna. Y la magia de Evan primero, y la suya propia después, habían acelerado tanto su vuelta a la vida como la curación de sus heridas—. Allí resucité por primera vez.

—¿Una barracuda? —le preguntó Gólgota, asombrado—. ¿Y qué habías hecho tú para ganarte la atención de semejante bicho?

—Yo no le interesaba —contestó—. Iba tras Evan.

A la simple mención de ese nombre, los tres asesinos se detuvieron al unísono, a medio paso, en una parada tan brusca que Ariadna estuvo a punto de empotrarse contra Legión.

—¿Evan?! —preguntó este al tiempo que se giraba despacio. Sus pupilas de gato se dilataron al máximo, como si se dispusiera a saltar sobre una presa. Hasta se le escarpó el pelaje—. ¿Has estado en contacto con esa alimaña?

—Me lo encontré en Madrid —contestó ella, recelosa y sorprendida por la reacción de sus acompañantes—. Había robado algo que custodiaba la barracuda, un talismán o algo semejante. Y por eso lo perseguía.

—Evan. Maldito sea su nombre —dijo Gólgota y acto seguido escupió con rabia. Su escupitajo tintineó en el suelo, convertido en hielo—. Maldito sea hasta el fin de los tiempos y más allá.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó Ariadna. El virago le había contado que había abandonado la Carroña, pero no esperaba semejante odio por parte de sus miembros.

—No es el momento de hablar de Evan —terció Volga. Los garabatos que le hacían de rostro no mostraban emoción alguna, pero su cuerpo, en cambio, estaba en clara tensión—. Decidimos esperar a que Ariadna recobrara la memoria antes de sacar el tema.

—Poco importa lo que hayamos decidido —dijo Legión, malhumorado—. El tema ha salido ahora y es ahora cuando vamos a hablar de él. ¿Qué te contó Evan? —quiso saber.

Sus voces no despertaban eco alguno en aquellos pasadizos de niebla, sonaban amortiguadas, como si conversaran entre algodones. Más adelante aguardaba el murciélago de la cola espinosa, con un errático zigzagueo, a la espera de que reanudaran la marcha. La temperatura había descendido de forma significativa, fruto, comprendió Ariadna, del enfado de Gólgota.

—Medias verdades —contestó ella. Porque, en efecto, eso era lo que le había contado Evan—. Me dijo que tanto a él como a mí nos habían abandonado al poco de nacer y que vosotros nos habíais salvado. Pero no nos abandonó nadie. Simplemente nacimos muertos... Eso se lo calló. Como también se calló lo que somos en realidad. —El nombre acudió a sus labios, cargado de un significado atroz—: Viragos. —Se estremeció. Todavía le costaba poner en palabras su verdadera naturaleza, todavía le costaba reconocer que no era humana, sino una suerte de complicado muerto viviente—. Me habló de la Hermandad, por supuesto, aunque me la vendió como una agrupación de ladrones, no como la secta de asesinos que es en realidad... Me habló también de la emboscada de Berlín y del sortilegio que borró mi memoria... —Vaciló un momento, sin tener claro si debía continuar. Finalmente decidió que compartir las sospechas de Evan no podía perjudicarla—. Evan estaba convencido de que había un traidor dentro de la casa sin ventanas. Estaba convencido de que alguien de la Carroña había ayudado a tendernos aquella trampa.

—¡Maldito cabrón! —Los ojos romboidales de Gólgota se abrieron de par en par al escuchar aquello. Tenía un tercer párpado lateral, una membrana de un acuoso color azul que solo se dejaba ver cuando su mirada se desorbitaba—. ¡Claro que teníamos un traidor en casa! ¡Él! ¡Él era el traidor!

—¿Evan? —miró al demonio, asombrada.

—Evan —le confirmó Legión con un gruñido seco que en la garganta felina que portaba en aquel momento sonó como un bufido.

—En los niveles inferiores de la casa sin ventanas hay una mazmorra con su nombre escrito —gruñó Gólgota. El odio que dejaban ver sus palabras era formidable—. Mataré a ese canalla mil veces. Lo he jurado por el alma marchita de mis hermanos muertos. Lo he jurado por mi especie extinta. Maldito sea. Lo criamos. Le enseñamos todo lo que sabe. Y él nos lo pagó apuñalándonos por la espalda.

—¿Qué fue lo que hizo? —preguntó Ariadna.

\* \* \*

—En la Carroña hay ocho reglas básicas, esenciales —le explicó Legión. Ella asintió, las recordaba, si no todas, sí su mayoría—. Son nuestro credo. Lo que nos convierte en lo que somos. La primera es muy sencilla: «Los contratos son sagrados». La segunda tampoco tiene demasiada complicación y está muy relacionada con la primera: «Nunca traicionarás a un cliente». Esas dos leyes están por encima del resto.

—Evan rompió ambas —gruñó Gólgota.

Habían retomado la marcha. Caminaban despacio a través de los túneles de niebla, con el murciélago muy por delante de ellos. Pasaron junto a un esqueleto enorme, una suerte de criatura humanoide de tres metros de altura sentada junto a una de las paredes, como si se hubiera detenido ahí a aguardar la muerte. Sus huesos eran de un lustroso color negro y estaban salpicados de flores rojas, de pétalos largos y caídos, como lenguas burlonas.

—Hace cuatro años un cliente contactó con el Funcionario para proponerle un encargo peculiar —dijo Legión—. Pretendía contratarnos para robar un objeto de leyenda: el Puño de Azardian. ¿Te suena de algo? —preguntó al ver la expresión del rostro de Ariadna. La virago negó con la cabeza, no del todo convencida; ese nombre había removido algo en su recuerdo, algo demasiado vago como para sacarlo a la luz. El asesino continuó hablando—: El Puño era uno de los tres objetos mágicos que sustentaron el poder de Azardian, el Rey Muerto, con toda probabilidad el hechicero más poderoso que ha campado por el mundo oculto —le explicó—. Se trataba de un collar hecho de nigromancia pura, una prisión de almas como no se ha conocido otra. La esencia de todo aquel a quien el Rey Muerto asesinaba quedaba presa en el Puño. Sus víctimas se convertían en sus esclavos, en su casta. Y no solo ellos, todo aquel que moría asesinado por una de esas almas cautivas se convertía en esclavo a su vez.

—El Puño de Azardian era un ejército en sí mismo —dijo Gólgota—. Si hay que tomar en serio las leyendas, en su momento de mayor apogeo llegó a contener cientos de miles de almas. De hecho, solo consiguieron derrotar al Rey Muerto cuando su hija lo traicionó y rompió el enlace que lo mantenía unido al collar.

—Durante siglos no hubo noticias sobre el paradero del Puño —apuntó Volga—. Se creyó que había sido destruido, como su báculo y la corona de hueso.

—Imagínate nuestra sorpresa cuando el conde Sagrada nos anunció que nos habían contratado para robarlo —dijo Legión—. Por lo visto un explorador de la Umbría había dado con él dentro del cadáver momificado de un dragón gigantesco; a todas luces Sarna, la bestia que montaba siempre el Rey Muerto en el campo de batalla. El sombreador en cuestión o era un novato o un estúpido, porque ignoró todas las precauciones mínimas que hay que tomar cuando te topas con cualquier cosa en la Umbría y lo primero que hizo fue colgarse el collar. Quedó enlazado a él de inmediato.

—No culpes al pobre idiota —le pidió Gólgota—. Hay objetos muy persuasivos. Y cuanto más poderosos son, más convincentes resultan. El Puño llevaba siglos perdido en las sombras, debía de tener unas ganas tremendas por ponerse otra vez en circulación. Hasta tú te lo habrías puesto de haberte topado con él.

—Sea como sea, al ponérselo el sombreador se convirtió en amo y señor del collar —continuó Legión—. Pero no era ni por asomo lo bastante poderoso como para usarlo como es debido. Solo consiguió invocar a la última criatura que había asesinado el Rey Muerto: un caballo de batalla, cojo para más señas.

—Eso debió desconcertarlo. —Gólgota soltó una carcajada—. ¿Os imagináis? Te encuentras lo que crees que puede ser un talismán de gran poder y lo único que consigues es un caballo cojo.

—El explorador ignoraba qué tenía entre manos cuando se lo llevó a Park Jun Su, un tasador del Filo Alborada. —Legión prosiguió con la historia—. Este, en cambio, identificó el Puño de inmediato. Supongo que le costaría trabajo creer en su buena suerte, no todos los días tienes la oportunidad de conseguir un artefacto mágico que vale un imperio. Park Jun Su era un hombre de negocios muy bien considerado, de reputación intachable. Tan notable sujeto tuvo que lidiar con el conflicto moral que suponía tener cerca el Puño del Rey Muerto. Obviamente no podía dejarlo escapar. Y estaba dispuesto a pagar una verdadera fortuna por él. El problema residía en que lo necesitaba desvinculado de su dueño. Y para eso, este debía morir... Dos días después encontraron al sombreador degollado en un callejón; eso sí, apareció con los bolsillos repletos de billetes y con su cuenta corriente llena.

»Una vez tuvo el collar desvinculado, Park Jun Su comenzó a mover sus hilos; tanteó aquí y allá, con precaución, en secreto, no le interesaba que la aparición del Puño se hiciera pública. Estamos hablando de un artefacto de escala nueve en el baremo de Crowley, un objeto prohibido que, según la ley de Samarkanda, debería ser entregado de inmediato a las autoridades de Filo Alborada para proceder a su desactivación. Park Jun Su no tardó mucho en encontrar comprador: Michael Schwenke, un excéntrico coleccionista de artículos mágicos, que estaba dispuesto a pagar una cantidad obscena de dinero por añadir aquel objeto a su colección. Schwenke era un hechicero aficionado, un mago voluntarioso con más entusiasmo que poder. Aunque puede sonar extraño, el que Park Jun Su se decidiera a vendérselo a él es algo admirable. El Puño en manos más poderosas podría haberse convertido en

un verdadero quebradero de cabeza.

»No tardaron mucho en alcanzar un acuerdo con respecto al precio. Les costó más trabajo decidir dónde llevar a cabo la transacción. Schwenke se negaba a que la venta tuviera lugar en otro sitio que no fuera la Tierra Pálida, no quería saber nada de sombras, filos, lugares de paso o cualquier otro plano intermedio o superior. Y en cierto modo, sus reservas eran fundadas. Las grandes concentraciones de magia tienden a atraer a ciertas entidades desagradables.

—El Panteón Oscuro —dijo ella. Los monstruos terribles que habitaban entre las líneas de la realidad. Todavía no recordaba nada demasiado preciso sobre ellos, pero su mera mención bastaba para ponerle los pelos de punta.

—Exacto —corroboró Legión—. Los miembros del Panteón Oscuro pueden aparecer cuando menos te lo esperas. Pero la posibilidad aumenta cuando hay mucho poder concentrado en un mismo punto. Y en este caso no estamos hablando solo de la magia del Puño, tanto Schwenke como Park Jun Su tenían la intención de acudir a la cita con un buen puñado de hechiceros cubriéndoles las espaldas, lo que añadiría más magia a la magia, aumentando por tanto la posibilidad de recibir visitas no deseadas.

»Al final se decidió que la transacción tendría lugar en la mansión que Schwenke poseía en Berlín. El Panteón Oscuro nunca se manifiesta en ese lado de la realidad, nadie conoce el motivo, pero la Tierra Pálida ha estado siempre libre de sus atenciones. Los magos de Schwenke dispusieron decenas de sortilegios protectores por toda la casa y los hechiceros de Park Jun Su hicieron lo propio. El tasador se transportaría a la mansión desde Filo Alborada a través de un portal. Lo acompañaría una veintena de hechiceros mercenarios, versados todos en las más diversas magias agresivas. La transacción en sí no debería de llevar más de unos minutos, el tiempo necesario para confirmar que el ingreso se había realizado y que el collar cambiara de manos. Cosa que, como es obvio, nosotros no teníamos intención de permitir. El plan era robar el Puño durante el intercambio.

»Nuestro cliente era uno de los lugartenientes de Schwenke. Por lo visto había encontrado un segundo comprador que ofrecía por el collar una suma todavía más obscena. Y en este caso no hablamos de un hechicero de tres al cuarto, estamos hablando de alguien interesado en aprovechar al máximo el potencial del Puño y los ejércitos contenidos en él.

—¿Y a vosotros no os preocupaba que ese collar acabara en manos equivocadas? —quiso saber Ariadna. Recalcó el «vosotros», aunque sabía que era otro pronombre el que debería haber usado: en aquellos tiempos ella también formaba parte de la Carroña.

—La casa sin ventanas no juzga ni la moral ni las intenciones de los clientes que nos contratan —contestó Gólgota—. Somos simples intermediarios. Ni siquiera tenemos voz o voto a la hora de decidir qué contratos se aceptan o cuáles no. De hecho se rumorea que ni siquiera es el conde Sagrada quien toma esas decisiones. Cuando el Funcionario le hace llegar una propuesta, el conde sube al ático de la casa



sin ventanas, ese lugar maravilloso que tanto da que hablar y al que todos tenemos prohibido el acceso... —Ariadna recordó una puerta estrecha, como la tapa de un sarcófago, situada al final de una vertiginosa escalera de caracol. Evan y ella habían subido en multitud de ocasiones allí, y se habían retado el uno al otro a intentar abrirla. Por supuesto nunca se habían atrevido a hacerlo.

—Unos dicen que allí se pone en contacto con los dioses oscuros a los que sirve —dijo Legión—. Y que ellos deciden si es conveniente o no aceptar el contrato.

—Otros aseguran que en el ático guarda la calavera de su amada muerta y que es ella la que toma las decisiones —dijo Volga—. Pero eso es imposible. El conde no conoce más amor que el que profesa al dolor y a las bellas artes.

—Yo digo que sube allí y lanza una moneda al aire y dependiendo de lo que salga decide una cosa o la contraria. —Gólgota chasqueó la lengua—. Poco importa lo que haga. Lo que cuenta es que cuando sale del ático lleva siempre una vela en la mano. Si está apagada, el contrato se rechaza. Si está encendida queda sellado. Eso fue lo que sucedió en el caso del collar del Rey Muerto. Y no necesitábamos saber nada más.

—Robar el Puño no iba a resultar tarea sencilla —continuó Legión—. La venta iba a tener lugar en una mansión repleta de hechizos defensivos, con casi medio centenar de mercenarios presentes, muchos de ellos magos. El conde Sagrada convocó a todos los efectivos disponibles, a todos los que estábamos libres en esos momentos. También os mandó llamar a Evan y a ti. Y fue una sorpresa que lo hiciera dadas las circunstancias, nadie esperaba que recurriera a vosotros tan pronto, no después de lo ocurrido.

—Os escapasteis —le dijo Gólgota, en tono dramáticamente afectado—. Decidisteis que la casa sin ventanas no era lo bastante buena para vosotros y huisteis. Fue algo muy cruel por vuestra parte.

—Lo recuerdo —dijo ella, entre entristecida y culpable—. Estábamos hartos de seguir órdenes, hartos de que siempre nos dijeran qué podíamos hacer y qué no. No lo aguantábamos más. Por eso escapamos. —La gota que colmó el vaso fue averiguar qué implicaba en verdad ser un virago, qué precio tendrían que pagar tarde o temprano por sus incontables resurrecciones. Cortó el paso a ese recuerdo, no estaba preparada para enfrentarse a él—. Huimos a los lugares de paso y nos escondimos allí durante dos semanas. —No era del todo cierto, los recuerdos de aquella huida continuaban brumosos en su mente, pero tenía claro que los lugares de paso solo habían sido una etapa en su fuga. Frunció el ceño. Recordaba una ciudad, una ciudad roja con las calles recubiertas de polvo; recordaba una torre de piedra con la cúpula quebrada. Recordaba dos lunas inquietas en lo alto del cielo y, más allá de estas, un planeta gigantesco, de un extraordinario color verde. Pero lo que sobre todo recordaba era la impresionante sensación de felicidad que la había embargado durante los primeros días que pasaron escondidos allí, una felicidad desbordante, plena. Una felicidad que, de pronto, se había venido abajo—. Pero terminamos regresando... —

dijo con un hilo de voz, afectada por sus recuerdos.

—Todos lo acaban haciendo, pequeña. —Volga alargó la mano y le acarició el brazo con una ternura desconcertante—. Solo erais unos niños —dijo—. A veces lo olvidábamos. Os hicimos crecer demasiado deprisa y pagasteis las consecuencias. Sobre todo él. Sobre todo Evan... Creíamos que era el más fuerte de los dos y resultó ser el más débil.

—No le tengas lástima a ese miserable —dijo Gólgota, hosco—. A él no. Pagaré por lo que hizo. Lo pagaré muy caro, te lo aseguro.

Tras un silencio incómodo, Legión retomó la historia en el punto donde la había dejado:

—La operación de asalto se preparó al detalle —dijo—. Puesto que la mansión no proyectaba sombra en la Umbría, sería el propio cliente quien nos facilitaría el acceso. No nos hacía la menor gracia implicarlo en el robo, pero no quedaba otra alternativa, no con aquella casa plagada de sortilegios defensivos. Ni siquiera Imago podía acceder desde los espejos. Siguiendo nuestras indicaciones, el cliente ubicó varios portales latentes por todo el lugar, ocultos por sortilegios de preservación que los volvían indetectables a cualquier hechicería. Eran portales de entrada y salida. Tenía que activar los primeros, cinco minutos después de que Park Jun Sun y el collar hicieran acto de presencia. Solo se mantendrían abiertos unos segundos, el tiempo justo para abrirnos paso. Nuestros objetivos eran sencillos: robar el Puño, proteger a nuestro cliente y matar a todos los que encontráramos en la casa. En total éramos quince efectivos, número más que suficiente para cumplir la tarea. Pero la operación se complicó de manera inesperada.

—Porque la Carroña no era la única que sabía lo que iba a suceder allí esa noche —dijo Gólgota—. Cicero, la ciudad maldita, también estaba al tanto de la venta. No sabemos cómo lo habían averiguado, quizá Park Jun Su no fue tan discreto como había creído a la hora de buscar comprador o tal vez alguno de los oráculos de Cibeles había sido capaz de localizar el collar.

—¿Entonces no nos tendieron una trampa? —preguntó Ariadna.

—No, aunque en definitiva el resultado vino a ser él mismo —contestó Legión—. Ellos tampoco se esperaban encontrarnos allí. Fue un enfrentamiento entre dos facciones que intentaban hacerse con el control de un arma mágica de destrucción masiva.

—Entramos arrasando —dijo Gólgota. La satisfacción del demonio al recordarlo era evidente—. El elemento sorpresa funcionó a la perfección y ya en los primeros compases eliminamos a buena parte de los mercenarios y desarbolamos sus principales defensas. Park Jun Su fue de los primeros en morir, creo que fue Avaricia quien lo reventó con un pulso negro. Yo mismo le arranqué de las manos la urna de cristal que contenía el Puño. Y justo entonces comenzaron a abrirse portales en el techo y nos llovieron encima los monstruos de Cicero. Los lideraba Ego, uno de los comandantes de Cibeles. A partir de ahí todo fue caos.

A medida que el demonio hablaba, retazos del pasado se fueron abriendo paso en la mente de Ariadna. Imágenes fugaces de figuras contrahechas que luchaban entre sí, relampagueos de magia por doquier y gritos, sobre todo gritos. Pero fue al escuchar el nombre de Ego cuando todo se aceleró. De las tinieblas de su memoria emergió, clara y diáfana, la imagen de una criatura enorme, con una armadura de placas negras y verdes, llena de abolladuras, y un hacha de doble hoja que rezumaba magia y ponzoña por sus filos. Aquel engendro tenía la cara destrozada a cuchilladas; solo su frente estaba libre de cicatrices y era allí, a ambos lados del nacimiento de una enrevesada cornamenta, donde se abrían sus seis pares de ojos, ojos enormes, redondos y oscuros. Ese era Ego, uno de los lugartenientes de Cibeles, rey de Cicero. Para completar el cuadro macabro que ofrecía aquel espanto, llevaba empalada una criatura a su espalda, una suerte de ángel consumido, de grandes alas negras, de las que Ego se servía para volar.

Ariadna se había enfrentado cara a cara con aquel demonio en medio de uno de los pasillos de la mansión. Lo recordaba. Recordaba el vuelo del hacha en busca de su cráneo, el hedor a descomposición malsana que desprendía y el incesante gimoteo de la criatura clavada a su espalda. Pronto le quedó claro que aquel combate solo podía acabar con ella partida en dos y sus entrañas diseminadas por el suelo. En otro tiempo, la perspectiva de estar a punto de morir no le habría producido inquietud alguna, pero después de lo que había descubierto sobre los viragos, dejar de existir, aunque fuera solo durante un breve lapso de tiempo, la aterró. Luchó como nunca antes lo había hecho, se defendió como si su muerte fuera definitiva, como si no tuviera más vida que aquella. Pero nada podía hacer contra aquel espanto. Ego la sobrepasaba en poder, en prestancia, en locura... Cuando ya lo daba todo por perdido, Legión acudió al rescate interponiéndose entre ambos. Su amigo había adoptado uno de los cuerpos que solo vestía en circunstancias extraordinarias: precisamente el de otro morador de Cicero, un engendro blindado y bicéfalo, de tres metros de altura, que Legión había asesinado en los tiempos en los que la casa sin ventanas estuvo ubicada en la ciudad maldita. Libre de las acometidas de Ego, Ariadna saltó entre monstruos y magia desatada, con Letanía en su mano izquierda y una cimitarra en la derecha.

—Nos sobrepusimos rápido a la llegada de Ego y los suyos —continuó Legión—. La balanza en un primer momento se decantó hacia los enviados de Cicero pero, poco a poco, comenzó a igualarse. Era natural. Sus muertos permanecían muertos mientras que la mayor parte de nuestros caídos no tardaba en reincorporarse otra vez a la lucha. De haber tenido más tiempo habríamos terminado arrasándolos. Pero teníamos que actuar con rapidez. Estábamos luchando en la Tierra Pálida, y ya no se trataba de una simple escaramuza ni una rápida incursión: era una verdadera batalla. Puede que el Panteón Oscuro no fuera a aparecer por allí, pero podíamos acabar atrayendo a las fuerzas de la Segunda Cancillería. O a los mismísimos Garantes. El tiempo jugaba en nuestra contra.

Ariadna continuaba recordando; nuevas imágenes tomaban al asalto su cerebro espoleadas por la historia de Legión, borrosas en su mayoría, pero en ocasiones lo bastante diáfanas como para hacerse una idea clara de lo que había ocurrido aquella noche. Los monstruos de la Carroña y Cicero luchaban a brazo partido. Durante unos minutos ambos grupos se olvidaron del Puño del Rey Muerto, lo realmente importante era la animadversión que sentían los unos por los otros, el odio que se profesaban. La casa comenzó a arder. Los cimientos temblaban, como si se negaran a sustentar semejante locura.

Ariadna y Evan, como siempre, combatían con las miradas enlazadas; era su manera de tener una perspectiva mejor de la lucha y de protegerse mutuamente llegado el caso. Ella estaba en el pasillo de la primera planta, esquivando la magia negra de uno de los pocos hechiceros de Schwenke que todavía continuaba con vida. Evan se encontraba en las escaleras de la segunda planta, a solo unos metros de distancia, enfrentado a uno de los horrores de la ciudad maldita, una criatura medio escorpión, con cabeza picuda y plana, y un brazo derecho descomunal, terminado en una lanza de filo serrado fijada a su cuerpo por bandas de metal y clavos. El virago solo tenía a Disculpa, su arma en la Umbría, para defenderse.

Ariadna dio buena cuenta de su adversario en el pasillo, lo empotró contra la pared y le quitó la vida con una sola puñalada en el pecho. Los recuerdos le fallaban en esa parte, al caos fragmentario del combate se le unían las lagunas de su memoria. Se recordó en distintas partes del pasillo, luchando contra los guerreros de Cicero mientras intentaba llegar hasta Evan. Las llamas, de un verde enfermizo, trepaban por las paredes como criaturas ansiosas de devorarlo todo. Sombras aceitosas repartían muerte por doquier. Volga estaba clavada a una pared, ensartada por un arpón de hueso como una mariposa atravesada por un alfiler. Daba tirones y tirones, pero no conseguía liberarse. El humo comenzaba a poblarlo todo, un humo espeso y denso.

—Llegó la hora de replegarse —dijo Legión—. Seguir luchando no tenía sentido. Era una pérdida de tiempo. El Puño de Aazardian era nuestro y eso era lo importante. —Ariadna escuchaba su voz y, al mismo tiempo, el sonido de disparos, carreras, gritos, el crepitar del fuego, el ruido del acero contra el acero...—. Había llegado el momento de escapar. Los portales de entrada ya se habían cerrado, pero nuestro cliente había ubicado otras semillas latentes por toda la mansión, portales que nos llevarían de regreso a la sombra domada desde donde habíamos partido.

»Daba la impresión de que todo estaba a punto de terminar y de que a pesar de Ego y los suyos íbamos a salirnos con la nuestra. —Suspiró—. Qué equivocados estábamos. Todavía faltaba la jugada de Evan.

\* \* \*

Ariadna corría entre humareda y magia revuelta.

En la escalera, Evan perdió la paciencia y cargó sin contemplaciones contra su adversario. Este lo recibió atravesándolo de parte a parte con su brazo metálico. El virago no se arredró, reptó por la extremidad punzante, clavándose todavía más en ella, y comenzó a apuñalar de manera salvaje al monstruo. Ariadna lo veía todo en primer plano, pasajera privilegiada de la mirada del muchacho. El brazo de Evan se movía con la cadencia de un pistón industrial, arrastrando en cada repliegue sangre y pedazos de carne negra. Su enemigo no tardó en desplomarse y el virago lo acompañó en su caída, empalado en el brazo. Evan aferró con ambas manos la extremidad/lanza e intentó desclavarse, pero le fallaban las fuerzas y cada vez que intentaba ganar apoyo en las escaleras o en el propio cadáver del morador, resbalaba en la sangre que los empapaba a ambos. Ariadna llegó a la carrera y se acuclilló a su lado. Cercenó con un solo tajo de su cimitarra el brazo del monstruo y a continuación tiró hasta extraérselo del cuerpo. Evan se convulsionó, pero no llegó a gritar, se limitó a mirarla, jadeante, sudoroso, con los labios entreabiertos bañados en sangre y el torso reventado. Había verdadero miedo en sus ojos, auténtico pavor; la idea de dejar de existir lo aterraba tanto como a ella, comprendió Ariadna.

A su espalda estalló un tabique y al volver la vista hacia allí tuvieron una fugaz imagen de Ego y Legión, enzarzados entre el humo y la polvareda. El cuerpo bicéfalo que vestía el miembro de la Carroña ardía envuelto en llamas negras.

Ariadna unió su magia a la de Evan y entre ambos consiguieron restañar lo bastante la herida como para que el joven consiguiera levantarse. El daño que había sufrido era considerable, pero no había tiempo de restaurarlo por completo. De pronto, la cortina de humo que envolvía el mundo se abrió y Gólgota y el cliente que los había contratado aparecieron en los primeros peldaños. El demonio llevaba la urna con el collar y por la expresión de su rostro parecía estar disfrutando como un niño de todo aquello. Venía con la cara bañada de sangre que no era suya y con carne ajena entre los colmillos.

—¡No os quedéis mirando! —les gritó cuando llegó hasta ellos—. ¡Nos vamos de aquí cagando leches! ¡Corred!

—¡La biblioteca! —dijo el cliente mientras señalaba escaleras arriba—. ¡Dejé la semilla de un portal de salida allí! ¡La primera puerta a la izquierda! —indicó.

Subieron los peldaños a toda la velocidad que les daban las piernas. Un estruendo en el aire, un lento batir de palmas gigantescas, les hizo girarse nada más poner pie en la segunda planta. Ego había alzado el vuelo; las alas del ángel cautivo se agitaban envueltas en remolinos de humo turbio, haciendo lo imposible por sostener el cuerpo macizo del comandante de Cibeles. La criatura sonrió, una sonrisa aviesa, repleta de colmillos y saliva gris. Luego habló:

—Siempre me he preguntado qué ocurriría si te devorara, Gólgota. —Las palabras surgían lentas y viscosas a través de las decenas de cicatrices que se repartían por su faz, como si de bocas se trataran—. ¿Te recompondrás a partir de mi

mierda? —quiso saber. Sus doce ojos relucían.

—No te recomiendo comerme, Ego —le advirtió Gólgota. Hablaba con calma, pero sus puños comenzaban a bañarse en energía negra—. El último que se atrevió a hacerlo tuvo una tremenda indigestión. No fue nada bonito. Estuve escupiendo intestinos durante días.

—Sigues velando por mi salud, querido amigo. —Las distintas voces de sus múltiples bocas se entremezclaban en una cacofonía vibrante—. Como en los viejos tiempos.

—Por supuesto, ¿quién lo iba a hacer si no? ¿Tu madre? Lo dudo. Te odia. Y además a ella sí te la comiste. —El demonio se giró veloz hacia los viragos y el cliente que observaba espantado al engendro en la escalera—. ¡Largaos de aquí! —les ordenó al tiempo que lanzaba la urna con el Puño hacia ellos. El cliente la atrapó al vuelo—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡FUERA!

A continuación, Gólgota saltó al encuentro de Ego.

La puerta de la biblioteca estaba a solo tres pasos de distancia. Ariadna la abrió sin contemplaciones y pasó dentro. Había alguien allí. Uno de los hechiceros de Park Jun Su había elegido aquella estancia para ocultarse y ahora retrocedía al verlos entrar. Tenía una herida profunda en un costado y por la forma en que se la cubría con una mano y la luz que envolvía esta, Ariadna comprendió que lo habían sorprendido en pleno hechizo de curación. El mago alzó el brazo libre y los señaló con la mano entreabierta. Al instante un chorro de energía perlada emergió de sus dedos extendidos y fue en busca de Ariadna como un relámpago trastornado. Ella barrió el aire con la mano de la cimitarra mientras gritaba la tercera palabra del escudo. La llamarada gris se disolvió en su mayor parte antes de alcanzarla, y aun así el mordisco de la magia le dejó el brazo entumecido. Cargó contra el hechicero que ya alzaba ambas manos dispuesto a atacar de nuevo. Antes de que pudiera armar otro hechizo, Ariadna le apuñaló sin contemplaciones en la garganta, bajo la barbilla, la hoja en vertical. El hombre retrocedió a trompicones, dando brazadas hacia atrás, como un borracho que intenta equilibrarse en vano; chocó contra una estantería y en su intento por sujetarse a la misma fue tirando libros de las baldas antes de derrumbarse al fin. Un gran estruendo se escuchó en la casa en ese instante, las paredes temblaron de forma tan violenta que varios muebles se desplomaron.

Ariadna miró alrededor, a través de su propia mirada y la de Evan. El brazo izquierdo le colgaba exánime.

La biblioteca era una sala hexagonal, con el recargamiento propio de los que quieren hacer ostentación de su riqueza sin haber sido bendecidos con el buen gusto. Todo era un canto a la chabacanería y al exceso: cuadros y tapices horrorosos, muebles profusamente tallados de aspecto macizo y primitivo, pieles de animales de los filos diseminadas por el suelo con aspecto de haber sido despellejados en un pasado reciente... Era tal el barroquismo de aquel lugar que los propios libros pasaban desapercibidos. A través de Evan, Ariadna vio cómo el cliente señalaba hacia

una chimenea enrejada que ocupaba por entero uno de los laterales de la biblioteca. Prestó atención. Llegaba un murmullo bajo desde allí, el sonido leve de la semilla con su portal dormido, vibrando en una longitud de onda que solo los miembros de la Carroña podían captar. Se disponía ya a pronunciar las palabras que lo activarían cuando un súbito presentimiento la detuvo. Evan acababa de frenarse en seco y algo en su pose y en su forma de mirar la inquietó.

El virago aferró de pronto del brazo al cliente y lo detuvo en su avance. Cuando el otro se giraba extrañado, Evan lo apuñaló dos veces en la espalda. Fueron dos acometidas secas, rabiosas, dadas en paralelo, una a cada lado de la columna. Ariadna se giró a tiempo de ver por sí misma cómo Evan, de un solo tajo, le seccionaba la garganta. Los ojos del hombre se desorbitaron; intentó hablar, pero lo único que salió de sus labios fue un borbotón de sangre. La expresión de su rostro era de absoluta incredulidad. Las rodillas se le doblaron y cayó hacia delante despacio, casi a cámara lenta, como si la muerte se estuviera tomando su tiempo en ir a recogerlo. Evan le quitó la urna de las manos antes siquiera de que terminara de caer al suelo. La sangre continuaba brotando, en arco, de su garganta. Ariadna miraba asombrada a Evan, incapaz de creer lo que estaba viendo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, espantada. Habló muy bajo, como si tuviera miedo de que alguien pudiera escucharla.

—No vamos a volver —le dijo Evan mientras rompía en pedazos la urna que contenía el Puño. El collar quedó colgando entre sus dedos enguantados. Era de una hermosura siniestra, zafiros rojos que parecían coágulos de sangre se entremezclaban con telarañas grises y cristales relucientes—. No volveremos a ser esclavos nunca más, Ariadna. Nunca. Acabo de romper nuestras cadenas. Eso es lo que he hecho.

—Te has vuelto loco... —Asesinar a un cliente era la peor aberración que un miembro de la Carroña podía cometer. Ni siquiera había castigo estipulado para semejante herejía—. ¡Te has vuelto loco! —insistió—. ¡Acabaremos en los niveles inferiores de la casa sin ventanas!

—Para eso tendrán que atraparnos antes. —El virago sonrió, fue una sonrisa animal, una sonrisa grotesca que tenía poco de humana. Allí, en aquella biblioteca, con el Puño de Azardian en la mano, Evan parecía una fiera salvaje que por mero capricho de la naturaleza había adoptado forma de hombre—. No estoy loco, Ariadna —dijo, aunque el brillo de sus ojos aseguraba lo contrario—. Nunca había pensado con mayor claridad. Nunca. No somos esclavos de la casa sin ventanas, somos esclavos de su poder, tú misma lo dijiste en Iskaria. ¿Cómo enfrentarnos a ellos? —Alargó el collar hacia ella. Los cristales centellearon—. Con esto. Nos he conseguido un ejército. Que intenten buscarnos si se atreven. Porque si tienen suerte y lo consiguen también se toparán con las huestes del Rey Muerto. —Se echó a reír—. ¿Crees que se atreverán a buscarnos sabiendo de lo que somos capaces? ¡Con esto podremos arrasar la casa sin ventanas si se nos antoja! ¡Y lo saben!

Ariadna no tuvo tiempo de replicar.

Un nuevo estallido sacudió el mundo. Y justo después, Ego y Gólgota irrumpieron en la biblioteca, echando abajo el dintel de la puerta y un gran bloque de tabique. Rodaban el uno sobre el otro, envueltos en corrientes mágicas y arrastrando consigo el incendio de fuera. Aplastaron una mesa con su embestida y salieron despedidos, el demonio a la izquierda y Ego a la derecha. Evan retrocedió con el collar de Azardian en el puño. Gólgota resbaló por el suelo y el azar quiso que terminara cara a cara con el cadáver del cliente. El estupor se reflejó en su rostro. Pero duró solo un parpadeo. El hacha de Ego cayó una vez sobre él. Y luego otra. Y otra. Veloz y demoledora. En apenas unos segundos Gólgota se convirtió en un cuerpo despedazado en la alfombra. El morador de Cicero se incorporó, enorme y resplandeciente. La sangre violeta de Gólgota chorreaba por su cuerpo y placas de hielo negro le corrían por la armadura. El ángel a su espalda chillaba de dolor: le habían arrancado un ala.

—Dame el collar, virago —le pidió Ego con su voz múltiple mientras extendía una zarpa hacia Evan—. El juego termina aquí. Dame el collar o te desollaré vivo durante los próximos mil años.

Evan sonrió desde el otro lado de la sala, una sonrisa maléfica que no tenía nada que envidiar a la de aquel espanto. A continuación, para desesperación de Ariadna, se colgó el Puño de Azardian al cuello.

La virago notó en sus propias carnes el estremecimiento que recorrió a Evan al tomar posesión del amuleto del Rey Muerto. Las ramificaciones de aquella energía portentosa se adentraron en su propio cerebro a través del enlace entre ambos. El collar comenzó a brillar: un destello rápido, un parpadeo cegador que por imposible que pareciera fue a más. Desde su perspectiva era tremendo, pero desde la de Evan resultaba insoportable, dolía. Ariadna rompió el enlace y abandonó su mirada, ignorante de que pasarían cuatro años antes de volver a asomarse a ella. Todo estalló a su alrededor, el mundo se convirtió en una llamarada salvaje. Ego se movió entre torbellinos de luces y sombras, alzando los brazos envueltos en energía negra. El Puño de Azardian centelleaba como una porción de sol en el cuello de Evan, como una estrella incrustada en su pecho. El mundo contuvo el aliento. De pronto, la estancia se llenó de siluetas vagas, figuras oscuras a un instante de concretarse. Ego exhaló una nube de veneno por las múltiples heridas que se abrían en su rostro al tiempo que cargaba contra Evan.

Ariadna empuñó con más fuerza a Letanía y se dispuso a saltar sobre el engendro de Cicero. Pero nada más darse impulso, chocó contra una barrera invisible; una pared oculta a los ojos pero tangible, dolorosamente tangible. El choque fue tremendo, trastabilló hacia atrás, aturdida por el golpe, y su espalda impactó contra una barrera similar. Estaba atrapada, atrapada en una burbuja invisible. Dio golpes a su alrededor, mareada. Al otro lado de su prisión invisible los destellos iban en aumento, era un maremágnun de luces y sombras. Llamó a Evan, a Gólgota, pero su voz quedó ahogada por el caos de fuera. Miró en derredor, frenética. Entrevió al



hechicero que había apuñalado al entrar en la biblioteca, estaba tirado contra la estantería, casi enterrado en libros; tenía los ojos en blanco, la expresión ausente y la señalaba con su mano izquierda convertida en una garra retorcida que parecía sostener una esfera invisible. Estaba cantando. Ariadna rugió, furiosa. Había una verdadera multitud tras su prisión. Eran los ejércitos del Rey Muerto, convocados por Evan. Vio un caballo encabritado, con la pata delantera derecha quebrada. Un hombre hermoso embutido en una armadura negra, una mujer de ojos verdes, con una cota de mallas reluciente... Una sombra inmensa pasó ante sus ojos. ¿Ego? No, el número de brazos no era el correcto. De pronto las paredes invisibles de la esfera se estrecharon y no le quedó más remedio que doblarse sobre sí misma. Miró de nuevo hacia el hechicero que la mantenía presa. Había comenzado a cerrar el puño y la prisión, como respuesta, menguaba de tamaño; una silla atrapada con ella en su encierro mágico la golpeó en las piernas. ¿Qué pretendía aquel mago? ¿Aplastarla? La biblioteca estaba sumida en el caos. Vio hojas de libros en llamas revoloteando a su alrededor como polillas incendiadas, escuchó un atronador retumbar de pasos.

—¡EVAN! —gritó mientras su prisión se reducía más y más.

Alcanzó a verlo en medio de aquel caos. Sus ojos fulguraban bañados en luz negra, como si la oscuridad de su ojo derecho se estuviera vertiendo fuera, como si todas las tinieblas contenidas en su cuerpo se hubieran desbordado. Ego retrocedía ante la embestida de un monstruo de piedra, de cabeza enorme y ojos despavoridos. A cada golpe de aquel engendro volaban pedazos de carne y armadura. El puño de aquella cosa se cerró en torno a la garganta del demonio de Cicero y comenzó a apretar. El humo los ocultó de su vista. Nuevos resplandores sustituían a los primeros, estallidos de luz que venían preñados de criaturas muertas. El fuego daba buena cuenta de la biblioteca, pero además la propia realidad parecía desintegrarse, como si las energías convocadas allí estuvieran desbaratándola. Cuando se dio cuenta de que su prisión había dejado de estrecharse, Ariadna se giró otra vez hacia el hechicero. Tenía una lanza clavada en el pecho. Estaba muerto, pero ella continuaba presa en aquella burbuja implacable. Cerró los ojos y buscó la mirada de Evan. No pudo asomarse a ella. El enlace ardía de puro poder, un mordisco ácido la hizo retroceder.

Gólgota yacía desparramado por el suelo, en un caos de alfombras y pellejos de animal hechos pedazos, como si una estampida le hubiera pasado por encima. Los restos comenzaban a agitarse y retorcerse, se buscaban unos a otros entre charcos de sangre violeta. Evan tenía la capa hecha jirones, y a la herida de su pecho se le habían unido varias más. Una tremenda le partía el lado derecho de la cara y le había destrozado el ojo lector. Ariadna vio cómo una criatura se desenroscaba sobre una estantería presa de las llamas, era una serpiente con cabeza y torso humanos, con el cuerpo recubierto de espirales y marcas de mordiscos. Una figura fantasmagórica se acercó a ella y se acuclilló para mirarla; por unos instantes un rostro lívido, de labios verdes y ojos vacíos, se asomó a la barrera invisible. Mientras la miraba, curiosa, fue ganando en solidez, como si estuvieran colocando capas y capas de realidad sobre lo

que de entrada había sido un simple espíritu. Una vez completa, se alzó y se alejó de su vista a grandes zancadas.

Ariadna se apoyó en la pared de la esfera, jadeando. Tras Evan comenzaba a abrirse un portal de luz. El virago era ajeno a aquel fenómeno, permanecía abstraído, rodeado de los tentáculos sombríos que brotaban del Puño de Aazardian. Gritaba, gritaba incapaz de contener el caudal de energía y almas que brotaban del collar, gritaba borracho de poder, atrapado en la lujuria enajenada de la magia que se desboca. El portal latente a su espalda se activó por completo, lo habían puesto en marcha desde el otro lado, desde la Umbría. Tras el rectángulo de luz temblorosa que colgaba del aire se intuyó una silueta formándose. Un hombre negro, alto y musculado, con una maraña de pelo blanco y una espada corta en la mano. Lo reconoció en el acto. Era uno de los cuerpos de Legión.

Ariadna resopló, indecisa. Su mirada y la de Evan se encontraron a través del caos de aquella batalla demencial, de aquel pandemonio de seres resucitados. El virago le sonrió, orgulloso de ser el causante de aquella locura. Estaba demostrándole de lo que era capaz, estaba demostrándole hasta dónde llegaba el poder del talismán del Rey Muerto. Legión se le acercaba, empuñaba ahora con ambas manos la espada corta. Ariadna estuvo tentada de avisar a Evan. Solo tenía que gritar y señalar a su espalda para que pudiera defenderse. Pero ¿a quién debía lealtad? ¿Qué camino escoger? ¿La casa sin ventanas o el que se suponía que era el amor de su vida?

Tomó su decisión, en aquel momento, allí, entre el caos y la muerte que regresaba a la vida, Ariadna tomó su decisión.

La espada de Legión se hundió en la espalda del muchacho desprevenido, un ataque demoledor desde el costado, la hoja en vertical buscaba el corazón del virago. La estocada lo levantó del suelo. La mirada negra de Evan colapsó el mundo, lo llenó de sombras. Gritó, y en mitad de aquel grito, Ariadna reconoció su nombre.

—Adiós, Evan —susurró. Las lágrimas corrían por sus mejillas, le ardían, le quemaban. Las lágrimas debían de estar derritiendo su carne, marcando a fuego su trayectoria por su cara, escarbando hasta el hueso y más allá.

Era la segunda vez que lloraba. La primera había sido catorce años antes, mientras le daban vida en una mugrienta mesa de laboratorio.

## LUGARES DE PASO

—Reclamó el Puño para sí —la voz de Volga resonaba en las Venas de las Sombras—. Se hizo dueño del collar, se enlazó con él. —Negó con la cabeza como si a pesar del tiempo transcurrido le costara dar crédito a lo que había sucedido en esa casa—. Invocó a los muertos de Aazardian y los lanzó contra nosotros y contra las bestias de Cicero. Sin hacer distinciones entre unos y otros. Para Evan todos éramos el enemigo.

—Me pasaron por encima —confesó Gólgota. Al demonio le gustaba jactarse de sus proezas, pero nunca ocultaba sus derrotas. Parecía encontrar cierto regocijo perverso en recordarlas—. Me arrollaron —dijo—. Fue francamente humillante.

—El poder de Evan superaba con creces al del explorador que había encontrado el Puño en la Umbría —aseguró Legión—. Consiguió invocar a un buen número de almas en muy poco tiempo. No eran simples cuerpos revividos a lo que nos enfrentamos allí esa noche, los espectros del Puño aparecían en la cúspide de su poder, tan temibles en muerte como lo habían sido en vida.

—Cada vez había más... —dijo Volga. Se llevó una mano raquítica a la garganta y comenzó a acariciársela de manera frenética—. Los vi llegar desde la pared donde estaba clavada. Vi caer a Ego, despedazado por las huestes de Aazardian. Y cada vez llegaban más engendros y guerreros de otros tiempos —insistió—. Reconocí a alguno, al menos creí hacerlo. Vi a Galatea, la del corazón de espinas, empuñaba una guadaña y sus cuencas estaban repletas de gusanos. Vi a Sarcoma, montaba en Lax, su lobo negro y llevaba el látigo de culebras que le dio fama. Era como si todas las tumbas del pasado estuvieran vomitando su contenido allí dentro.

—Evan perdió el control —señaló Legión—. El Puño de Aazardian lo subyugó, lo devoró. Era demasiado fuerte para él. La mansión pronto fue un hervidero de cadáveres y hechicería. Morí tres veces entre aquellas malditas paredes. —Torció el gesto, como si estuviera reviviendo la indescriptible agonía de cada uno de esos fallecimientos—. La primera vez me mató Ego y su magia infecciosa. Las dos siguientes caí a manos de los demonios de Evan. No tenía sentido seguir luchando. La situación nos había superado. Di con uno de los portales latentes que el cliente había dispuesto en la primera planta, lo activé y regresé a la Umbría. La mayor parte de los nuestros había escapado ya. Nadie tenía claro qué estaba pasando. Todavía había quien creía que habíamos salido victoriosos. Qué equivocados estaban. En la sombra domada estaba también el Funcionario, acompañado de uno de los cuerpos de Volga. —Alzó la mirada, como si algo en el techo de niebla llamara poderosamente

su atención—. Él fue quien me hizo regresar. Activó desde la Umbría todos los portales latentes que quedaban en la casa. Algunos engendros de Azardian los atravesaron pero dimos buena cuenta de ellos. A través del portal que daba a la biblioteca vi a Evan, poseído por el Puño, y te vi a ti encogida en una esquina. «Evan», me señaló el Funcionario. «Una vela negra arde desde hoy en su honor en la casa sin ventanas». No necesitó decir más. Fui por él.

Ariadna recordó otra vez el momento en que el portal había comenzado a despertar a espaldas de Evan. Lo vio alzarse, rutilante, en el aire. Volvió a ver a Legión abriéndose paso a través de la luz lechosa de la puerta mágica. Y recordó su traición silenciosa, ese aviso que no llegó. De haber advertido a Evan, todo habría sido muy diferente. Se estremeció al pensar en la posibilidad de un ejército de cientos de miles de muertos abriéndose camino a sangre y fuego por Berlín. No, eso no podría haber sucedido jamás. Evan no era tan poderoso como para convocar a toda la casta del Rey Muerto.

—Mi intención fue matarlo de un solo golpe —prosiguió el asesino—, pero Evan debió de intuir mi presencia y se revolvió en el último instante. Fui demasiado lento y él demasiado rápido. Un centímetro más y le habría atravesado el corazón. No tuve oportunidad de rematarlo. Los demonios del Rey Muerto se me echaron encima, protegiendo a su nuevo general. —Ariadna no recordaba qué había pasado a continuación, su memoria fallaba allí, volvía a mostrarle ese calidoscopio abrumador de imágenes cambiantes—. Lo último que vi antes de que me mataran fue cómo una criatura oscura envolvía a Evan entre sus alas y se desvanecía con él en mitad de una explosión de llamas. Poco después las huestes del Puño se convirtieron en niebla y desaparecieron sin dejar rastro.

—Evan había muerto —dijo Gólgota—. Y con su muerte su dominio sobre el collar cesó y las tropas que había invocado regresaron al interior del Puño.

—Hicimos batidas por los alrededores pero no logramos encontrarlo antes de que resucitara y volviera a dominar el collar. —Los labios pintados de Volga dibujaron una mueca desolada—. Aquel ser lo había transportado fuera de nuestro alcance. —Suspiró—. Evan huyó... Herido de muerte, sí, pero ¿qué le importa eso a un virago?

—Ese miserable había asesinado a un cliente y robado el Puño del Rey Muerto, nadie había llegado antes tan lejos. Nadie. —Gólgota sacudió la cabeza. Sus ojos romboidales la miraron con tristeza—. Y por si fuera poco, también te perdimos a ti. Qué largos han sido estos cuatro años sin tenerte en la casa sin ventanas, preciosa Ariadna.

—No fuimos capaces de liberarte —dijo Legión, apesadumbrado por ese otro fracaso en aquella noche funesta—. El hechicero que te atrapó murió mientras te mantenía presa, y su muerte, de algún modo, fortaleció el sortilegio que pendía sobre ti. No teníamos tiempo para sacarte de ahí, no después de lo que acababa de suceder. El pico de magia que había tenido lugar en esa casa había sido tan descomunal que a la fuerza debía de haber llamado la atención de medio mundo oculto. Y tampoco

había forma de trasladarte con tu prisión a la Umbría.

Ariadna asintió. Esos momentos finales sí estaban claros en su mente. La biblioteca estaba devastada, había llamas por doquier y el único mueble que permanecía intacto era la silla atrapada junto a ella. Las tropas de Aazardian lo habían arrasado todo a su paso. Legión estaba acuclillado ante la esfera invisible, vestía un cuerpo nuevo. «No nos queda otro remedio que abandonarte», le dijo, consternado. «Sabes lo que significa eso. Sabes lo que tienes que hacer». Ariadna asintió y apoyó la palma de la mano en la cara interna de la esfera, haciéndola coincidir con la mano de Legión. «No tardarás en volver a la Umbría, estoy convencido. Pronto encontrarás el camino de regreso». Pero Legión se había equivocado. Había necesitado cuatro largos años para regresar a las sombras. «Adiós, Ariadna», dijo el multiforme. Y se marchó.

—Para cuando la Segunda Cancillería se presentó en la mansión Schwenke ya no quedaba nadie —dijo Legión—. Solo cadáveres, el cuerpo de Volga agonizando y tú atrapada en la biblioteca. El hechizo que te mantenía presa debió de desvanecerse por sí mismo o, quizá, algún hechicero de la Cancillería supo qué hacer para anularlo.

—Vi cómo te sacaban en una de sus camillas —le explicó Volga, apenada—. Contemplé cómo te llevaban lejos de nosotros. No pude hacer nada para evitarlo. Nada. Solo verte marchar...

—Nadie esperaba que te costara tanto regresar —se lamentó Legión—. Por una vez la Segunda Cancillería hizo bien su trabajo. Supieron ocultarte y además, de algún modo, contuvieron tus intentos de huida.

—¿Y Evan? —preguntó ella—. ¿Qué fue de él?

—Durante meses no supimos nada —respondió Volga—. Cubrió muy bien sus pasos. Y lo sigue haciendo.

—No ha vuelto a pisar la Umbría desde entonces, ni siquiera ha invocado a Disculpa —dijo Gólgota—. Y tampoco ha vuelto a hacer uso del Puño de Aazardian. Al menos no se ha vuelto a tener constancia de ningún pico mágico similar al que tuvo lugar aquella noche.

—Pasó más de un año antes de que tuviéramos noticias de Evan —dijo Legión—. Alguien había robado el amuleto de Yakaira, un colgante que multiplica el poder de quien lo porta. Un objeto bastante familiar para la Carroña, no en vano fuimos nosotros quienes lo robamos la primera vez. El maldito virago lo robó la segunda, ni siquiera se molestó en ocultar sus huellas. No ha sido lo único relacionado con nosotros que ha robado. El ojo de Ágata, la daga Esculpida, el anillo de Malena... Esos tres talismanes también han desaparecido.

—No solo roba cosas sustraídas por la Carroña, por supuesto. —Las líneas que mal dibujaban la boca de Volga se curvaron en una mueca—. Evan no hace distinciones. Unos robos son por cuenta ajena, pero la mayoría parecen para su propio beneficio.

—Está consiguiéndose un verdadero arsenal de magia —dijo Gólgota—. Eso es

lo que está haciendo ese malnacido cabrón.

—Robó una espada en Madrid —dijo ella—. Una espada de los tiempos de las guerras vampíricas. Por lo visto es capaz de matar cualquier cosa. E impedir que vuelva a la vida.

—Matanza. —Gólgota torció el gesto—. Hay muy pocas armas capacitadas para acabar con seres como nosotros —confesó—. Muy pocas. Esa espada es una de ellas. Ya lo ves, querida niña. Evan ha estado muy activo en los últimos tiempos. Y parece tener las cosas muy claras.

—Desde que nos traicionó está atesorando poder y creciendo en magia. —Volga suspiró—. Nos hemos preguntado muchas veces cuál sería el objetivo de todo eso. Y cada vez es más evidente: busca nuestra ruina. Quiere destruir la casa sin ventanas. Su odio por nosotros llega a semejante extremo.

—Pero ni por asomo se acerca al odio que sentimos por él, te lo aseguro —dijo Gólgota. Sus palabras olían a hielo y a veneno—. Le dimos la vida, ¿y así nos lo paga?

Ariadna frunció el ceño mientras proseguían su marcha por las Venas de las Sombras. ¿Sería posible que esas fueran las intenciones de Evan? No había tenido esa impresión cuando se lo había encontrado en Madrid, de hecho había creído entrever sincera admiración cuando hablaba de la Hermandad. ¿De verdad pretendía acabar con la Carroña? No, Evan no estaba loco, al menos no estaba tan loco. Poder.

Ahí estaba la clave: poder. El virago lo estaba amasando a espuestas, era evidente. Eso era lo que quería, poder para mantener a raya el propio poderío de la casa sin ventanas, no para atacarla sino para defenderse. Así se lo había asegurado momentos antes de tomar el control del Puño.

Se preguntó qué estaría haciendo en aquel momento. Desde que había resucitado, Evan no había intentado entrometerse en su mirada. ¿Había dejado de buscarla o es que la Umbría estaba fuera de su alcance? La curiosidad le pudo. Respiró hondo y lanzó su conciencia fuera de sí misma, se alejó de su ser. Ahora era ella la que intentaba localizarlo. Vislumbró un hilo de tenue luz, una hebra hecha a base de destellos. Siguió su rastro. Evan se encontraba lejos, muy lejos, en otro pliegue de la realidad, en otra fase. Ella estaba en el reverso grotesco de la magia, y él perdido entre mundos. Miles de esferas a punto de entrar en colapso giraban unas alrededor de otras, en precario equilibrio. La realidad era efímera, la realidad no era más que un espejismo, una mera componenda que construía la mente para no enloquecer. El hilo de luz atravesaba estratos y estratos de portentos y fantasmagoría, lo imposible se desenroscaba ante ella mientras mandaba su conciencia en pos de Evan. Estuvo tentada de cerrar su ojo izquierdo, pero decidió no hacerlo. Tenía curiosidad por comprobar cómo reaccionaba al descubrir quiénes la acompañaban.

Lo primero que vio a través de Evan fue la carretera por la que circulaba en coche. En el cielo se vislumbraba un sol gigantesco, una esfera inflamada de un extraordinario color blanco. No estaba en la Tierra, eso desde luego. Vio el rostro del

joven reflejado en el espejo retrovisor, la sorpresa de su repentina irrupción se reflejó por un instante en su mirada.

Vio su sonrisa, hermosa y perfecta en el espejo. Luego el virago miró hacia su derecha.

Marc estaba sentado a su lado.

\* \* \*

Evan no pudo reprimir una sonrisa al sentir a Ariadna dentro de su cabeza. Era una presencia cálida, deslumbrante, que traía consigo tantos buenos recuerdos que la rabia ciega que lo consumía desde días atrás se desvaneció por ensalmo. Solo ella tenía esa facultad, solo ella era capaz de hacer desaparecer las tormentas que con tanta frecuencia nublaban su cerebro. Ariadna se asomó a su mirada y él hizo lo propio con la suya, ávido de saber, ansioso por contemplar la realidad a través de ella. Como había supuesto, se encontraba en la Umbría. No estaba sola. Volga y Gólgota la acompañaban, y Evan supuso que el hombre felino con ellos era una de las víctimas de Legión, reconvertida en otra prenda más de su extenso guardarropa. Verlos a los tres después de tanto tiempo le afectó de un modo curioso; notó cierta incomodidad, cierto desasosiego y algo que se parecía tanto al cargo de conciencia que sintió una sincera repugnancia hacia sí mismo. Se distanció de esos sentimientos, los remordimientos siempre le habían parecido un síntoma propio de un espíritu débil. Tener remordimientos implicaba que te arrepentías de algo que habías hecho, entonces... ¿por qué hacerlo en primera instancia? Desde muy pequeño había aprendido a ser consecuente con sus decisiones y actos. Eso era algo que le habían enseñado muy pronto en la casa sin ventanas. Y las lecciones allí se aprendían deprisa, no quedaba otro remedio, puesto que una equivocación podía implicar que te torturaran hasta la muerte. Aun así era comprensible que algo se le removiera dentro al ver a aquellos tres engendros. Habían sido su familia durante casi toda su vida; de igual modo que se podía entender la añoranza que sentía al contemplar otra vez la Umbría.

«Lo hice por ti, Ariadna. Lo hice por nosotros», pensó, aunque sabía que sus pensamientos no llegaban a ella.

Como no tardó en demostrarle, él tampoco viajaba solo. Desvió la mirada hacia la derecha; allí estaba Marc, aovillado en el asiento, la viva estampa de la derrota. Marc lo miró, extrañado por su repentino escrutinio. Todavía mostraba secuelas de lo ocurrido en la tienda de los Tracia; la absorción de vida lo había dejado malparado, pero había sido su visita a la casa de Edgar Müller lo que había terminado de hundirlo. Evan sintió cómo Ariadna se revolvía al descubrir a Marc a su lado. Fue testigo de su asombro, de su creciente agitación. La perspectiva de su mirada varió al

ritmo de sus secas negativas, de los violentos gestos que dejaban claro su estupor. Evan vio cómo los asesinos de la Carroña respondían al nerviosismo de la virago. Hasta pudo leer en los labios de Gólgota la pregunta de «¿Marc? ¿Quién coño es Marc?».

Evan cortó la conexión, el mensaje había sido entregado. Suspiró con infinito alivio, de manera tan exagerada que la mirada de extrañeza de Marc no solo se intensificó, también se volvió suspicaz. No le prestó atención. Estaba hecho. Se encaminaban hacia el final, hacia la resolución de aquellos cuatro largos años de planes y preparaciones. Una calma insensata lo embargó. Para bien o para mal, todo estaba a punto de acabar. Redujo la velocidad. Resultaba extraño cómo, de pronto, todas las urgencias y toda la preocupación desaparecían al fin.

El cielo sobre sus cabezas era una extensión de distintas oscuridades que no parecían ni sólidas ni gaseosas. Allí, encajadas entre esas brumas extrañas, se podía intuir un lento vagar de sombras. Eran criaturas de las alturas, seres oscuros que no bajaban nunca de aquel mar de nubes, alimentándose del aire y la lluvia. Evan contempló sus evoluciones, con una sonrisa en los labios. El camino por el que transitaban era de polvo negro y los árboles en los márgenes del mismo parecían estatuas de ceniza a un segundo de derrumbarse. Más allá se distinguía un nuevo resplandor, un nuevo cielo, un nuevo mundo...

Los lugares de paso eran una intrincada red de caminos, un despliegue imposible e interminable de vías, puentes, senderos, calles, autopistas y carreteras. Nadie conocía la extensión de aquel portento y hacer estimaciones sobre ella no tenía sentido por el sencillo motivo de que sus fronteras se ampliaban cada día. Los lugares de paso estaban formados por caminos olvidados en sus tierras de origen, senderos perdidos, carreteras secundarias dejadas de lado, avenidas que se adentraban en ciudades desiertas, túneles que habían atravesado montañas que ya nadie intentaba coronar... Todos los días alguna ruta olvidada se unía a aquella maraña insensata de caminos que se abría paso entre los resquicios de la razón. Los lugares de paso estaban repletos de vórtices, de encrucijadas capaces de transportarte a otros planetas y, al menos en teoría, a otros tiempos y realidades. Algunos de sus tramos no estaban desgajados del todo de sus mundos originales, mantenían todavía puntos de contacto con ellos; se conocían como puntos de fracción y servían de puertas de acceso a esa extravagante red de carreteras.

Si alguien deseaba desaparecer para siempre, los lugares de paso eran la mejor opción.

Ese fue el rumbo que tomaron Ariadna y él cuando huyeron de la casa sin ventanas, poco después de que la vidente les revelara su destino. Estaban convencidos de que la Carroña comenzaría a buscarlos en cuanto fueran conscientes de su escapada; el conde Sagrada no permitiría que dos de sus principales valores huyeran de ese modo. Irían tras ellos, lo sabían, lo aceptaban. Uno no prescindía de un virago sin luchar, la cantidad de magia implicada en su creación era demasiado



grande como para dejarles escapar. Ser indetectables para la magia de localización no los tranquilizaba, conocían de qué era capaz la hermandad de los asesinos. Si querían sobrevivir tenían que esconderse en un lugar imposible de encontrar.

Por suerte conocían uno.

Habían descubierto su existencia doce años atrás. Fue por casualidad, mientras atendían un contrato rutinario. Su objetivo era un falsificador de cuadros vivos, con un talento desmedido para la copia de obras famosas, pero incapaz de generar material propio. Su carrera terminó cuando la última víctima de su arte, ofendida por la estafa, decidió contratar los servicios de la casa sin ventanas para borrarlo del mapa. No contento con ello, el cliente decidió informar al falsificador del destino que le aguardaba, en un intento de conseguir que sus últimas horas de vida fueran realmente angustiosas; tuvo la deferencia además de hacerle una descripción pormenorizada de todo lo que había ordenado hacer con él antes de matarlo. Aquel contrato era tan sencillo que fue asignado a los dos miembros más jóvenes de la Carroña: Ariadna y Evan; se consideró, de hecho, parte de su adiestramiento. Los dos niños se colaron sigilosos en la buhardilla en la que vivía el falsificador, en una céntrica calle parisina. Entraron como sombras por la ventana, como pedazos de noche desprendidos del cielo. Ariadna empuñaba a Letanía, Evan a Disculpa, hacía muy poco que les habían regalado aquellas armas y era raro verlos sin ellas. Ariadna había llegado al extremo de dormir abrazada a la suya, sin importarle los cortes ocasionales que la hoja le producía. A Evan eso le parecía extraño. Estaban en esa fase complicada de aborrecimiento fraterno que todavía les duraría unos años.

Sorprendieron al falsificador a punto de escapar. Tenía una mochila a los pies, y estaba metiendo de forma apresurada ropa y dinero en una maleta. Habían llegado justo a tiempo, unos minutos más tarde y no les habría quedado otra alternativa que seguirle la pista por las calles de París. En un primer momento, ni siquiera se percató de su presencia y continuó con su tarea, murmurando sin cesar, con voz temblorosa, un nervioso padrenuestro. Nunca había sido demasiado creyente, leyó Evan entre líneas, pero la cercanía de la muerte lo había reconciliado con una fe que no sentía desde niño. A Evan le hizo gracia. La religión siempre le había parecido una magia insulsa que nunca conseguía nada, una triquiñuela sin sentido. Ariadna soltó una risilla. El falsificador se giró al oírla. Los descubrió allí y se supo perdido. Se dejó caer en la cama, hundido; se quitó la gorra que cubría su cabeza calva y se enjuagó con ella el sudor de la frente. Luego sonrió a sus dos verdugos. Tenía lágrimas en los ojos pero no suplicó. Eso fue una lástima. A Evan le gustaba que suplicaran, era un buen prólogo para la canción que luego les hacía interpretar.

—He estado tan cerca de conseguirlo... —aseguró el hombre—. Tan cerca de escapar para siempre.

—No habrías ido muy lejos —le advirtió Evan mientras se encogía de hombros—. No importa dónde vayas, no importa dónde te escondas, la Carroña siempre encuentra a quien busca.

—Nunca fallamos —dijo Ariadna y asintió complacida, casi parecía esperar que el falsificador les felicitara por aquel comportamiento meritorio.

—Eso cuentan, sí. —Volvió a ponerse la gorra—. Pero donde yo iba jamás me habríais encontrado. Ni vosotros ni vuestros hermanos mayores. No habríais dado conmigo nunca, os lo aseguro. ¡Habría sido el primero en escapar de las atenciones de la Carroña! ¡Me habría convertido en leyenda!

—No existe semejante lugar. —El tono de Evan se volvió sombrío—. Estás mintiendo y no me gusta que me mientan. —Las mentiras lo desconcertaban. La realidad ya era un lugar lo bastante confuso como para encima lidiar con falsedades.

—Probadme —les retó el hombre. Sus ojos brillaron de forma fugaz, creyó encontrar un resquicio por donde escapar de las atenciones de la Carroña—. ¿No me creéis? Probadme —insistió—. Dadme solo dos horas de ventaja. Solo os pido eso: dos horas. Id tras de mí pasado ese tiempo. Os prometo que jamás daréis conmigo.

—No —dijo Evan, ofendido porque aquel estúpido pretendiera engañarlos. Se acercó a él, veloz, con Disculpa firme en la mano. El falsificador no tuvo tiempo de incorporarse. Evan le asestó una puñalada en el hombro, una puñalada que lo paralizó al instante.

Evan se tomó su tiempo con él. El cliente había dejado bien claro que no quería una muerte rápida y había hecho llegar a la Carroña una serie de indicaciones al respecto.

Una vez terminó con estas, el virago decidió improvisar por su cuenta. Ariadna no participó en la larga agonía de aquel desdichado. Torturar la aburría soberanamente, de hecho los habitantes de la casa sin ventanas la regañaban con frecuencia por su desgana a la hora de infligir dolor. Prefería las muertes rápidas, no por evitar el sufrimiento de la víctima, eso poco le importaba, era una simple cuestión de economía, de aprovechar el tiempo, cuanto antes mataras a alguien antes podrías dedicarte a actividades más divertidas. En eso era opuesta a Evan, él no podía encontrar nada más gratificante que causar daño. Mientras el virago serraba y cortaba, Ariadna se entretuvo haciendo dibujos en las paredes con la sangre de la víctima. De cuando en cuando se acercaba a ellos para mojar el pincel en la carnicería de lo que antes había sido un hombre. Dibujó en las paredes mariposas y peces, pétalos de flores y torbellinos de sombra, pintó antílopes y animales fabulosos que solo existían en su imaginación. Cuando consideró su obra acabada, se sentó en el suelo y rebuscó, curiosa, en la mochila del falsificador. Evan, inmerso en su tarea de corte y mutilación, de cuando en cuando se asomaba a su mirada para ver qué hacía. Por aquel entonces vivían de manera constante con los ojos entrelazados.

—Iskaria —le escuchó decir de pronto—. Iskaria. Me gusta cómo suena. Es una palabra bonita. Creo que llamaré así a una de mis muñecas.

—¿Qué es Iskaria? —preguntó Evan. El falsificador gritaba en absoluto silencio. Pendía sobre él una mordaza mágica. De haber estado en la casa sin ventanas lo habría dejado gritar a su gusto y habría intentado descubrir qué canción secreta

llevaba dentro. Pero le habían dejado claro que no debía excederse al otro lado de velo. Tenían que ser discretos cuando actuaban en la Tierra Pálida.

—Es una ciudad —contestó ella—. Tenía un mapa de cómo llegar. Se lo cambió a un cazador de tesoros loco por un cuadro falso. Es un mapa muy raro. Creo que era ahí donde quería huir.

—¿El lugar imposible de encontrar? Eso no existe.

—Un mundo olvidado —dijo Ariadna, soñadora—. Huele a llamas, a polvo y a piedra antigua. Este sitio es un poco como nosotros, Evan. Está muerto y al mismo tiempo está vivo.

La curiosidad le pudo, abandonó a su víctima, que le dedicó una mirada implorante, suplicando para que la liberara de una vez de aquel tormento, y se acercó a Ariadna. Los dos niños leyeron entre líneas en el mapa, las caras la una junto a la otra. Había anotaciones escritas en el margen, instrucciones precisas y claras para llegar al destino. La sangre goteaba de las manos de Evan mientras que las de Ariadna sembraban de huellas rojas el antiguo pergamino que sostenía.

\* \* \*

—Tiene a Marc —repitió.

Esas tres palabras contenían todos los argumentos que necesitaba esgrimir. Esa frase concisa debería de ser más que suficiente para que los asesinos de la Carroña se apartaran de su camino y le permitieran buscar una salida de la Umbría. Pero continuaban observándola impasibles. Peor aún, se habían dispuesto a su alrededor, moviéndose despacio, casi de forma casual, cortándole toda posibilidad de acercarse a los ramales más cercanos.

—¡Ese loco tiene a Marc! —les gritó, furiosa. ¿Acaso no lo entendían? ¿Estarían bajo la influencia de algún hechizo que les impidiera comprender el lenguaje verbal?—. ¡Tengo que salvarlo! —insistió—. ¡Tengo que detener a Evan antes de que le haga daño!

—No —dijo Legión. Aquella negativa rotunda la desconcertó. No lograba procesarla. ¿Qué lógica tenía que le impidieran ir a rescatarlo?—. Lo que tienes que hacer es tranquilizarte —le pidió el asesino mientras daba un paso en su dirección. Ella retrocedió dos, a la defensiva, no iba a permitir que ninguno se le acercara. Sabía bien de lo que eran capaces—. Nada nos gustaría más que atrapar a ese miserable. Llevamos cuatro años tras él, ¿recuerdas? Pero nuestra prioridad ahora es llevarte a la casa sin ventanas. Es primordial que recuperes la memoria y vuelvas a ser tú.

—¡No quiero ser yo! —aulló ella.

La idea de recuperar por completo la memoria cada vez le daba más miedo. Aquel restablecimiento del pasado cada vez le sonaba más a una sentencia de muerte para la

Ariadna del presente. Desde un primer momento había temido la posibilidad de que el regreso de su antiguo yo implicara la destrucción de la muchacha en la que se había convertido en los últimos cuatro años. Pero es que ahora esa posibilidad cobraba una dimensión nueva, más aterradora: a la otra Ariadna no le importaría dejar morir a Marc, la otra Ariadna no mostraría compasión alguna por un simple humano.

«Dibujaré gaviotas con su sangre sobre la espalda de Evan», dijo la demente en su cabeza, confirmándole sus temores. «Dibujaré puestas de sol y flores con la sangre de Marc en sus caderas. Me haré una guirnalda con sus tripas y un joyero con su corazón».

Se tapó los oídos, pero no podía silenciar aquella voz. Era suya. Y cada vez ganaba más fuerza.

—Te estás comportando como una histérica. —Gólgota se le acercó por un flanco, mientras Volga lo hacía por el otro. Ella volvió en sí y retrocedió más todavía, se alejó todo lo que pudo de ambos—. Por lo que cuentas, Evan está en los lugares de paso —dijo el demonio—. En los caminos olvidados. Jamás lo encontrarías aunque te dejáramos ir.

—Evan se encargará de que lo haga. —Apretó los dientes. De pronto se dio cuenta de que empuñaba a Letanía en la mano derecha. No recordó cuándo la había invocado. Señaló al demonio con ella—. Me conducirá hasta ellos. —Y sospechaba dónde iba a guiarla: a una fortaleza de piedra roja en una isla rodeada de lava. «Iskaria, ese lugar se llamaba Iskaria. Llamé a una muñeca así en su honor».

—¿Y después de encontrarlo qué harás? —Volga le hablaba con dulzura, en tono mesurado, como quien intenta razonar con un niño que se ha encaprichado con algo que no puede conseguir—. Recapacita, cariño. Ese rumbo de acción no tiene ningún sentido. ¿Te enfrentarás a Evan? ¿Lucharás con él para recuperar al humano que dices amar? ¿Qué posibilidades tienes de vencerlo en el estado en que estás? —La tosca sonrisa del trapo que se anudaba alrededor de su boca intentaba ser amable, pero a ella se le antojó una mueca, una puñalada mal dada—. Ariadna, es hora de volver a la casa sin ventanas. Es hora de recordar.

—Le hará daño... —dijo, con la voz estrangulada. Conocía a Evan. Sabía de lo que era capaz. A Evan le gustaba causar dolor, era un experto en ello. ¿Qué le habría hecho ya? En el apresurado vistazo que Evan le había permitido, Marc le había parecido más viejo y demacrado. ¿Cuándo había hablado con él por teléfono? ¿Hacía tres días? ¿Cuatro? ¿Qué le había sucedido en ese lapso de tiempo para parecer tan consumido? ¿Qué le había hecho el mundo oculto? «Se lo advertí, maldita sea, se lo advertí».

Si algo le pasaba...

—Basta. —La voz de Legión cambió de tono, se hizo dura, se llenó de una autoridad abrumadora—. Ya has tenido tu regalo de bienvenida, niña. Hemos respetado al cachorro del hechicero. Lo hemos dejado con vida. No habrá más

regalos, no habrá más concesiones por mi parte. —Ariadna intentó replicar, pero Legión levantó la voz y la energía de su gesto bastó para acobardarla—. Y ni se te ocurra jugar de nuevo la baza de las promesas. Porque ya no funcionará, te lo advierto. Si lo intentas, te prometo que te arrastraré hasta la casa sin ventanas. Y luego yo mismo iré en búsqueda de tu mascota y de Evan. Los mataré a los dos y me llevaré al que resucite. ¿Te queda claro?

Ariadna resopló. Las alternativas se le agotaban. Miró de reojo las salidas a las sombras. No podría llegar a ninguna antes de que la atraparan. Sería necio intentarlo.

—Legión, Legión, Legión... —Gólgota agitó la cabeza y lanzó un suspiro—. Una dureza excesiva nunca es buena. A no ser, claro está, que estés compartiendo lecho con una dama. Yo también quiero hacerte un regalo de bienvenida, maravillosa Ariadna. —Sus palabras no inspiraron ninguna confianza a la joven—. Voy a darte una posibilidad. Te ofrezco un trato. ¿Te crees preparada para ir en pos de tu humano y enfrentarte a Evan? Admirable. Pero tendrás que demostrármelo, ¿de acuerdo? —Abrió los brazos, exponiéndose a su mirada. Ariadna intentó leer entre líneas en él, pero lo que recibió fue un chispazo eléctrico, una sacudida galvánica que la hizo pestañear, aturdida—. Enfrentate a mí. Venceme en combate. Si consigues matarme, convenceré a mis dos compañeros de que tenemos que darte una oportunidad. Ya lidiaré yo con las consecuencias. Mátame y podrás montar en tu caballo blanco y acudir presta al rescate.

—Gólgota. —El tono de Legión era admonitorio. Resultaba evidente que aquella propuesta no era de su agrado.

—Tienes razón, Legión —dijo el demonio, sarcástico—. No estoy siendo razonable. Ni aun estando en su mejor momento Ariadna tendría una oportunidad contra mí. Es cierto, es cierto. Soy un demonio taimado y bellaco, pero soy justo con mis amigos. Deja que modifique mi propuesta: combate contra mí, virago. Si logras sobrevivir durante un minuto te permitiré ir a por Evan. ¿Qué me dices?

—¿Un minuto? —preguntó ella—. ¿Si aguanto un minuto me dejaréis marchar?

—Te doy mi palabra —dijo él antes de que cualquiera de sus dos compañeros pudieran decir nada al respecto. Sus ojos romboidales se entrecerraron—. Y mi palabra es sagrada.

Ariadna asintió, aceptando el trato. Aquello era lo máximo a lo que podía aspirar y lo sabía. La promesa estaba hecha. Se cambió a Letanía de mano y se limpió el sudor de la palma contra el vaquero. Había visto luchar a Gólgota contra Edgar Müller, el demonio se había refrenado durante buena parte del combate contra el hechicero, pero luego había pasado al ataque de una forma fulminante. Estaba claro que con ella no tendría la misma deferencia, se emplearía a fondo desde el principio. Evaluó al demonio con la mirada. ¿Cuál sería el mejor modo de enfrentarse a él? ¿Esquivar sus acometidas? ¿Tratar de llevar la iniciativa? Tomó aliento. Daba igual. Solo un minuto. Solo necesitaba aguantar sesenta segundos y podría ir en busca de Evan.

Se movió con una rapidez insólita hasta para ella. Por un instante albergó esperanzas.

Ni siquiera aguantó diez segundos.

\* \* \*

No les quedó más remedio que abandonar el vehículo cuando el camino se volvió intransitable. Llevaban media hora circulando a través de un continuo desfile de elevaciones del terreno idénticas entre sí, altozanos recubiertos de árboles semejantes a pinos, cuando la carretera que seguían, amplia y bien asfaltada, quedó cortada en seco. El paisaje cambiaba otra vez de manera abrupta, más marcada en este caso. El sol que iluminaba la sucesión de cerros era pequeño y cobrizo y su ecuador estaba rodeado por un sistema de anillos. En cambio, el que los aguardaba más allá era una llamarada roja salvaje tan enorme que colapsaba los cielos.

Aquel nuevo mundo era caldo de cultivo para terremotos y huracanes. El suelo estaba reventado, grandes losas montaban unas sobre otras y grietas gigantesas repletas de magma se abrían sobre el terreno como los zarpazos de un dios furioso. Evan detuvo el coche antes de adentrarse en aquella senda tortuosa y le hizo una señal para que descendiera. Le sonrió de manera amistosa al hacerlo. Marc le obedeció, extrañado a más no poder con el cambio que había tenido lugar en Evan en las últimas dos horas. No parecía el mismo. En la primera etapa de aquel viaje a través de un sinfín de paisajes rotos había sido una tumba, una criatura sombría al volante. Pero desde hacía un tiempo todo había cambiado. Los ojos le brillaban de una manera nueva. Parecía renovado, como si, de pronto, hubiera recuperado la confianza en sí mismo. Aquel cambio lo intranquilizaba. Tenía la impresión de que Evan sabía algo que él desconocía.

La temperatura en el segmento de camino sobre el que reinaba el sol de bronce era agradable. El viento traía aromas que hablaban de espliego y suavidad, de estaciones nuevas, hermanadas con la primavera de la Tierra. Había una frescura mágica en el aire, un hálito de vitalidad que le ayudaba a recobrar fuerzas. Grandes insectos sobrevolaban las lomas verdes, una suerte de mariposas enormes, de alas coloridas, que dejaban en sus vuelos un rastro de destellos de plata y oro. Marc contempló sus evoluciones, maravillado a su pesar. Todo allí era paz y quietud, todo allí era calma. En cambio, lo que le aguardaba al otro lado era la quintaesencia del caos. En el margen izquierdo del camino se podían ver los restos de lo que en su tiempo debió de ser una estatua gigantesca; de ella solo quedaba la base, de algún tipo de material poroso y negro, y lo que parecía ser una zarpa de ocho garras, con un espolón curvo en el talón. Más allá nacían los dominios de las columnas de humo, los terremotos y el fuego. Entre las nubes de tormenta y las acumulaciones de niebla se

veía a lo lejos la silueta de una cordillera de volcanes activos. Era difícil precisar si el crepúsculo sangriento que pendía sobre el planeta tenía que ver con el declinar del sol o si se trataba de erupciones.

—¡Vamos! —le ordenó Evan.

El muchacho ya estaba en ese lado del camino, su voz le llegó amortiguada por una distancia que no tenía nada que ver con la que los separaba. La capa se le agitaba de manera frenética, tan pronto en una dirección como en la contraria. Aquel fondo infernal le sentaba a la perfección. Parecía hecho ex profeso para él.

Marc miró hacia atrás. El coche estaba aparcado a solo dos metros de donde estaba, con las portezuelas abiertas y el motor apagado. Intentó hacer memoria. ¿Había quitado Evan las llaves del contacto? No lo recordaba. Y aunque las hubiera dejado puestas, ¿podría llegar hasta el vehículo antes de que Evan reaccionara? ¿Sería capaz de arrancarlo?

—No —dijo Evan, con su voz lejana y sordida—. No es momento de mirar atrás —le advirtió—. Has llegado demasiado lejos como para retroceder. La única alternativa que nos queda es seguir adelante. —Evan calló al ver cómo Marc empuñaba la pistola que había llevado en el bolsillo interior de su abrigo—. También es tarde para eso y lo sabes. Tendrías que haberme disparado antes, cuando te lo pedí.

—Has contactado con Ariadna, ¿verdad?

—Ella ha contactado conmigo —contestó. Las sombras llameantes le pintaron el rostro de rojo. Su ojo negro parecía arder—. Están en las sombras, como sospechaba, de camino a la casa sin ventanas.

—¿Está aquí ahora? —La ansiedad de su voz lo avergonzó—. ¿Me puede ver? —preguntó, con miedo a que de verdad pudiera hacerlo. No quería que lo viera así: doblegado por aquel viaje delirante, empuñando sin gracia un arma.

—Tranquilo, no te está viendo hacer el ridículo —dijo el virago—. Ahora mismo está indispuesta —le explicó—. Está muerta, pero no te preocupes, pronto se le pasará.

—Sabe que estoy contigo —dijo. Se negó a procesar la frase que acababa de oír. Temía volverse loco.

—Lo sabe. Se lo he dejado claro. Y no parecía muy contenta, la verdad.

—Maldito cabrón. —Empuñó el arma con ambas manos en un intento de contener el temblor de sus brazos—. Para eso me has traído contigo. No querías que te ayudara a encontrarla: era un cebo, eso es lo que he sido desde el principio.

Evan se encogió de hombros.

—Desde el principio no. Aunque es cierto que al final las circunstancias te han convertido en eso —dijo—. Pero ¿qué importa lo que seas? Ahora mismo eres tú el que empuña la pistola, ¿no es así? —Señaló hacia ella—. A propósito: está descargada —indicó—. ¿Ves la línea roja de la culata? Es el indicador de carga. —Marc bajó la vista. En el lugar indicado había, en efecto, una línea led en rojo—. Justo sobre el gatillo verás un pequeño botón verde. Si lo pulsas, volverá a estar

operativa. Es un arma de los filos. Dispara balas invasivas. La pistola en sí es barata, lo caro es la munición. Está enlazada a la fábrica donde la fabricaron y las balas se cargan directamente desde allí. No importa dónde te encuentres, cuando aprietas ese botón se transportan de la fábrica al cargador. Y su precio se deduce al momento de la cuenta del cliente. —Sonrió—. En Hollywood la usan mucho.

—Eso es absurdo. No... no tiene sentido.

Evan se echó a reír.

—¿Absurdo? Mira a tu alrededor, Marc. Estamos entre mundos, una semidiosa demente te ha robado parte de tu vida, le has llevado un corazón de potro a los últimos vampiros que quedan en la Tierra y estás enamorado de una muerta viviente. ¿Y todavía te atreves a usar la palabra «absurdo»?

Dudó un momento, pero la petulancia de Evan le dejó pocas dudas: estaba siendo sincero. Además, un botón de autodestrucción no estaría tan a la vista ni sería tan accesible.

Aun así decidió no correr riesgos, apuntó al cielo y apretó el gatillo. No hubo disparo alguno, solo un zumbido mustio, un ruidito ridículo e impotente. Evan hizo un gesto con la cabeza, un «¿lo ves?». Marc apretó el botón.

—Mantenlo pulsado hasta que la línea vuelva al verde —le aconsejó el otro.

Así lo hizo. El peso del arma aumentó y, unos instantes después, la franja pasó del rojo al verde. Evan asintió, complacido y a continuación le dio la espalda.

—¿Te importa que continuemos? —le pidió mirando sobre su hombro—. Si te quedas más tranquilo puedo levantar las manos. —Y lo hizo, un gesto pueril de rendición, una pantomima que ninguno de los dos se creía.

—¿Dónde vamos? —preguntó Marc.

—Antes de que Ariadna perdiera la memoria pasamos dos semanas en un lugar maravilloso. Una ciudad en ruinas. Fueron las dos mejores semanas de mi vida. —Suspiró, como si eso no fuera del todo cierto—. Solo ella y yo sabemos cómo llegar a ese lugar. Sabrá dónde tiene que buscarnos. La entrada está un poco más adelante. No te preocupes, no tardaremos.

—¿Y si ella no viene?

—Vendrá. No le queda otra alternativa. Eso sí, puede que tarde. Tendrá que escaparse de la casa sin ventanas y eso quizá le lleve un tiempo. —Se giró de nuevo a mirarle. Aquellos ojos lo aterraban. Eran los ojos de una bestia, de un monstruo, de algo que poco tenía que ver con la especie humana—. No importa —dijo, y sonrió—. En estos cuatro años he aprendido a tener paciencia, una virtud de la que antes carecía. Si tenemos que esperar, esperaremos. Ya encontraremos algo en lo que entretenernos.

Marc mantuvo a Evan encañonado, a pesar del cansancio que comenzaba a notar en los brazos. Se sentía débil y frágil, y eso no lo cambiaba aquel arma. Empuñarla era un acto ridículo, puro teatro. Ambos sabían que era incapaz de disparar. Estaban representando una comedia, un guión obtuso que los había conducido a través del



mundo oculto. Y ahora llegaba el último acto. Marc respiró hondo, se llenó los pulmones de aquel aire fresco, de aquel sabor a vida desbordada y recuerdos de primaveras felices, y dio un paso al frente, hacia el mundo infernal que se deshacía en llamas y vendavales.

Una fuerte vaharada de calor lo golpeó al momento. Las ventoleras eran tremendas, verdaderos latigazos que restallaban a su alrededor. Alzó un brazo para protegerse de aquellas rachas de viento ardiente. En medio de aquel caos, tuvo la certeza de que Evan se le iba a echar encima para desarmarlo y retrocedió atemorizado. El virago no se había movido siquiera. Por un instante, Marc estuvo detenido entre dos mundos. Se sintió dividido, rasgado, un hormigueo de energías ignotas le atenazó las entrañas. Avanzó un paso y la sensación desapareció. Evan había reemprendido la marcha, y ya le sacaba unos metros de ventaja. Le hizo una seña para que se apresurara y él lo siguió, apuntando por fin el arma al suelo. El hedor de aquel mundo era inhumano, dolía respirarlo. Se subió el cuello de la cazadora y comenzó a inhalar por la boca. Sobre sus cabezas, de cuando en cuando, cruzaba un relámpago; una sacudida de luz que se desplazaba de nube en nube, como una fiera salvaje que intentara ocultarse en los cielos. Aceleró el paso.

Evan llegó a una curva del camino pero, en vez de tomarla, salió de él y marchó campo a través. Marc tuvo que esforzarse para seguirle el paso, atento a las fallas y grietas del terreno, temeroso de dar un mal paso y caer. Se encaminaban hacia un farallón rocoso entre terreno despedazado. A sus pies se desperdigaban las ruinas de un pequeño asentamiento construido alrededor de una pirámide de unos diez metros de alto. Por lo visto ese era su destino. Hizo visera con su mano derecha para ver mejor. Entre los bloques de piedra diseminados por el lugar se distinguían figuras. Había vida allí. Apretó con más fuerza el arma, intranquilo. Una de esas siluetas lejanas se aproximaba entre las rocas desmigajadas. Lo hacía a buen ritmo, aunque algo en su forma de avanzar ponía en duda su estabilidad. Era un caballo, un ejemplar enorme, de dos metros y medio de alzada. Llevaba puesta una pesada armadura, repleta de remaches erizados; la celada que ocultaba su cabeza solo dejaba ver su hocico y sus ojos, de un brillo mustio, desangelado. Cojeaba al caminar, la pata derecha delantera le fallaba a cada tranco. Evan se aproximó a él. Palmeó el costado del animal, satisfecho.

—¿Me has echado de menos? —preguntó al caballo—. Siento haber tardado tanto, me entretuve. He encontrado a Ariadna, ¿sabes? Pronto la tendremos aquí. Pronto vendrá y todos seremos felices.

Siguieron camino, con el caballo marchando al trote junto a Evan. El animal no respiraba, era como una estatua de carne que hubiera cobrado vida. Las siluetas ante la pirámide en ruinas fueron ganando en definición a medida que se aproximaban a ellas. Alcanzó a distinguir a un gigantesco engendro que volaba en el aire entre las nubes de tormenta, las alas no surgían de su cuerpo sino de una segunda criatura que tenía clavada a la espalda. Cada vez le temblaba más la mano que sostenía el arma.

¿Quiénes eran aquellas criaturas y qué relación tenían con Evan? Una mujer cabalgaba sobre el lomo de un lobo negro, la mujer era increíblemente vieja, tanto que su rostro era un compendio de arrugas del que era complicado extraer rasgos. Algo le pasaba en los ojos, había allí un rebullir de vida, un movimiento continuo que gracias al cielo Marc fue incapaz de precisar. El corazón le latía tan fuerte que parecía a punto de romperle las costillas. ¿En qué infierno había acabado? Sobre un promontorio cercano un gigante los observó pasar. La boca, tremenda, brillante, le llegaba hasta media frente; el resto del cráneo estaba ocupado por un único ojo.

Decidió dejar de mirar a aquellas criaturas, decidió cerrar los ojos a aquel desfile de horrores porque notaba cómo la cordura se le iba desmigajando entre los dedos. Y justo entonces descubrió a alguien cuya mera presencia allí era más aberrante aún que el espanto que volaba en los cielos o el cíclope sobre el promontorio. No le quedó más alternativa que mirar, perplejo, incrédulo, superado, ya por fin, todo asombro. Era el niño de Berlín. Estaba sentado sobre una roca, en una postura idéntica a aquella en la que lo habían dejado a las puertas de su casa.

—¿Qué hace aquí? —No tenía sentido. No tenía ningún sentido. Era imposible que hubiera llegado antes que ellos. Era imposible que aquel niño estuviera allí—. ¿Cómo ha llegado? —quiso saber.

—Lo maté —contestó Evan, sin mirarlo siquiera, con la cabeza a medio apoyar en el corpachón del gran caballo de batalla—. Me pareció una crueldad innecesaria dejarlo ahí. Le corté el cuello y me hice con su alma. Ahora me pertenece. Es mi esclavo. Pero se lo regalaré a Ariadna.

Marc ya no pudo más. Algo en su cabeza se vino abajo, se rompió, todo el horror vivido eclosionó en su cerebro con la fuerza de un cometa capaz de destruir mundos. Y descubrió, entre el asombro y el terror, que, en definitiva, sí era capaz de disparar el arma. Apuntó a Evan y abrió fuego, pero nada más apretar el gatillo, el joven dejó de estar ahí. Se desplazó hacia él en un movimiento imposible, vertiginoso. Marc trató de apuntar de nuevo, pero el virago le aferró del brazo del arma y se lo levantó para que el disparo se perdiera lejos.

Los dos se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos. Evan sonreía, era una sonrisa malsana, terrible.

—Me has sorprendido —confesó y al hablar le escupió a la cara, un salivazo rápido, accidental—. Me has sorprendido, te lo juro. Ni por asomo pensaba que fueras capaz de dispararme. Pero no te preocupes, no me lo tomaré a mal. Tengo buen carácter aunque te cueste creerlo. —Su sonrisa se afiló, su sonrisa era negra y maléfica—. Te he cobrado aprecio en este par de días, para qué engañarnos. Hasta he llegado a considerarte un amigo. —Su sonrisa era la sonrisa de la muerte que viene a buscarte—. Y no hay nada entre amigos que no se pueda arreglar con una Disculpa.

Lo siguiente que sintió Marc fue la hoja de un puñal hundiéndose en su estómago.

## LA CASA SIN VENTANAS

Resucitó entre sábanas rugosas, entre telas bastas que le arañaban y raspaban la piel. La vida recién recuperada la asfixiaba y la dejaba por enésima vez al borde de la locura. De nuevo aquellas garras invisibles intentaron detener su ascenso hacia la existencia. De nuevo fracasaron.

Abrió los ojos a unas tinieblas conocidas, familiares, con un nombre en los labios que durante unos enloquecidos instantes creyó que era el suyo. Sobre su piel correteaban arañas, escarabajos y grandes polillas de alas polvorientas. Había regresado a la casa sin ventanas, al cuarto que había ocupado la mayor parte del tiempo que vivió allí. Poco le importó. Su hogar no era aquel. Su hogar era un nombre:

—Marc —susurró cuando recordó que tenía voz. Se incorporó de manera tan brusca que las polillas echaron a volar y las arañas y escarabajos buscaron refugio entre las mantas. Todo regresaba, de golpe, una embestida bestial que la derribó sobre la cama de la manera fulminante en que Gólgota la había derribado en la Umbría. El techo de la habitación, de un color blanco lechoso, estaba salpicado de desconchones y grietas. Se le antojaron llagas y cicatrices abiertas en piel pálida, y los insectos que se removían allí, gotas de sangre a un segundo de precipitarse sobre ella.

Cerró los ojos con fuerza.

—Marc, Marc, Marc... —Lo repetía como un mantra, como una plegaria. Aquel nombre en sus labios la salvaba de la inenarrable angustia de ser ella—. Marc, Marc, Marc... —Tuvo la estúpida ocurrencia de que si dejaba de pronunciarlo, él moriría. Que la única manera que tenía de mantenerlo con vida era afianzarlo entre sus cuerdas vocales, darle forma con su lengua y anunciarlo a la creación entera, convertir su nombre en verbo para conjugar su existencia y expulsar el horror intolerable de un mundo que no lo contuviera—. Marc, Marc, Marc... —Proclamarlo a gritos, a mordiscos, clavarlo en el aire, grabarlo en sus pulmones, en las corrientes de su sexo, en los sacrosantos cimientos de la realidad—: ¡Marc! —gritó.

Buscó la mirada de Evan, con el ansia del sediento a las puertas de la muerte. Lanzó su conciencia a través de distancias imposibles, inconmensurables, salvó mundos y galaxias, fracturas de tiempo y eones vacíos de vida y materia para adentrarse, fulminante, un relámpago de conciencia rabiosa, en la cabeza del que durante catorce años había sido la piedra angular de su existencia.

Y, de pronto, Marc se materializó ante ella, amordazado y malherido. Gritó al

verlo, no pudo evitarlo; aquella imagen le hizo verdadero daño físico, fue como una cuchillada en el vientre, un mordisco en el cerebro. Intentó abrazarlo y para su desconcierto se aferró al vacío que tenía ante ella, envuelta en un nuevo revuelo de insectos y arañas que escapaban. Marc no estaba allí. Se encontraba a mundos de distancia. Era Evan quien lo tenía a su alcance, no ella; era Evan quien se acuclillaba frente a él.

Marc estaba encadenado a un muro de piedra roja; las hendiduras entre los bloques de roca, grandes, rotundos, rebosaban polvillo pardo. Una mordaza de cuero le cubría la boca. Tenía dos profundas incisiones en las mejillas, dos cortes en vertical que le nacían de los pómulos y se curvaban bajo la mordaza. No había ni una sola gota de sangre en su rostro, solo aquel par de tajos, aquellas exclamaciones que enmarcaban su rostro lívido. Evan, por supuesto, era consciente de su presencia allí; así como Ariadna podía ver la mazmorra, el virago era capaz de contemplar la habitación donde se encontraba. Y sin duda la reconocería.

Evan bajó la mirada con calculada lentitud y Ariadna pudo ver que Marc llevaba el torso desnudo. Una multitud de pequeños cortes se esparcía por su carne, como caracteres desperdigados por la página de un libro. Evan llevaba horas torturándolo, horas esperando a que ella resucitara y se asomara a su mirada. Ariadna se olvidó de respirar, se quedó inmóvil por completo; parte de su cerebro entró en colapso, aterida de angustia, pero otra parte, fría y analítica, intentó evaluar a simple vista la gravedad de las heridas de Marc. No tuvo tiempo. La mirada del virago prosiguió su lento descenso hasta llegar a sus pies. En el suelo se extendía un trapo oscuro sobre el que se alineaba un sinfín de instrumentos de tortura: escalpelos y navajas, cuchillas y lancetas, pinzas y tenazas, garfios y sierras... Todos ellos mostraban indicios de haber sido usados hacía poco, todos estaban manchados de sangre fresca.

A Evan le gustaba torturar a sus víctimas, alargar en lo posible su dolor, su sufrimiento. «Cada criatura es una máquina perfecta, un instrumento musical que contiene dentro una sinfonía única», decía. «Una canción que le da forma, una canción secreta. Me encanta dar con ella. Me encanta oír cómo la cantan».

Ariadna lo vio coger una larga cuchilla de filo serrado. La muchacha soltó el aire que había estado conteniendo. Evan alzó la mano con el movimiento preciso del pintor que se dispone a dar una nueva pincelada en su lienzo, con el aplomo del director de orquesta que se apresta a acometer la parte más compleja de una sinfonía. Y con la mano y la vista del virago fue la mirada de Ariadna, consumida por la misma angustia que la había atenazado la noche en que Elías y los suyos habían asesinado a su familia. Otra vez tuvo el rostro de Marc frente a ella, resoplando contra la mordaza, siguiendo con su propia mirada desorbitada el movimiento del arma que se le venía encima. Ariadna gritó cuando Evan acercó el escalpelo a la frente del joven, como si con su grito pudiera desviar aquel gesto fatídico. Lo veía todo desde la perspectiva de Evan, así que era imposible sustraerse de la ilusión de ser ella quien empuñaba el arma. Gritó todavía más fuerte cuando la mano comenzó a

moverse veloz sobre la frente de Marc, casi creyó escuchar el sonido áspero de la hoja al abrirse paso en la carne y rozar el hueso. Evan lanzó nueve tajos, nueve cortes en vertical y en paralelo que formaban las tres letras de una única palabra: «VEN».

Ariadna saltó de la cama, en mitad de otra estampida de arañas e insectos. Había una puerta en el cuarto y hacia allí se dirigió, en una carrera veloz que puso al límite su cuerpo recién resucitado. Iría, claro que iría. Salvaría a Marc y luego le haría pagar a Evan todo el daño que le estaba haciendo. Se lo haría pagar con creces. Giró el pomo de la puerta. Estaba cerrada. Retrocedió, frenética. ¿La habían encerrado? ¿La habían castigado sin salir de su habitación como si de una niña traviesa se tratara? Se dio impulso y golpeó la madera con el hombro. Salió trastabillada hacia atrás y la puerta continuó cerrada. Al otro lado de su mirada, a mundos de distancia, la sangre corría por el rostro de Marc. El muchacho resoplaba y se agitaba, fuera de sí.

Evan le acercó el cuchillo al ojo izquierdo y Ariadna embistió por segunda vez, más fuerte ahora pero con resultado idéntico. La emprendió a puñetazos y patadas con la puerta, de forma salvaje. Evan clavó la punta del bisturí bajo el párpado izquierdo de Marc y ella gritó de nuevo, tan fuerte que se hizo daño en la garganta. Se apartó de la puerta, encorvada como un animal herido. Tenía que hacer algo. Tenía que detener a aquel loco antes de que fuera tarde.

Casi sin pensar, corrió hacia el armario situado en una esquina del cuarto. Sabía lo que iba a encontrar ahí antes siquiera de abrirlo. Allí, en el envés de la puerta, había incrustado un espejo de cuerpo entero. Las grietas de la esquina superior eran como las recordaba, al igual que las líneas multicolores que ella misma había pintado alrededor de su marco, en un intento de embellecerlo. Contempló su reflejo con furia, con la rabia destructora del que está a punto de perder todo lo que quiere, todo lo que ama... Necesitaba que Evan viera su rostro, quería que supiera, sin ningún género de dudas, lo que le ocurriría si seguía torturando a Marc. Su gesto era suficiente amenaza, no necesitaba de más palabras y más argumentos que la advertencia brutal de su imagen en el espejo. Evan, por toda respuesta, realizó un nuevo corte en la cara de Marc, en horizontal esta vez, subrayando la palabra escrita en su frente:

«VEN».

La imagen se desvaneció entonces y Ariadna se quedó sola con su reflejo. A duras penas contuvo el impulso de hacerlo pedazos a golpes. Apoyó la frente contra el cristal, en *shock*, las lágrimas le corrían veloces por las mejillas. «Soy un arma. Las armas no lloran», se dijo, pero era incapaz de frenar aquel caudal, aquel río incontenible. «Todo lo que soy se derramará por mis ojos», pensó, «todo lo que me contiene saldrá fuera. Y dentro no quedará más que dolor». Cerró los puños, furiosa, transida de ira. El ánimo asesino que la embargaba hacía mella en su cuerpo de una manera física. La adrenalina corría por sus venas, aceleraba su corazón y al mismo tiempo frenaba el mundo.

Tenía que salir de allí. Tenía que salvar a Marc.

Volvió a intentar abrir la puerta de su cuarto y de nuevo la encontró cerrada.

—¡Abridme! —gritó mientras la aporreaba con todas sus fuerzas—. ¡Sacadme de aquí, maldita sea! ¡Sacadme de aquí! —Creyó escuchar en la distancia una voz amortiguada, demasiado lejana como para entender palabra alguna. Podía desgañitarse todo lo que quisiera, podía gritar hasta quedarse muda, pero nadie acudiría en su ayuda.

Respiró hondo en un intento vano por sosegar y leyó entre líneas en la puerta. En cuanto fijó su mirada en la puerta sintió cómo una presencia ominosa tomaba al asalto su cerebro. Aquella presencia hurgó en su interior, curiosa, demente; aquello, fuera lo que fuera, palpaba entre los resquicios de sus pensamientos y de sus órganos internos, como si buscara algo dentro de ella y por el ansia con que lo hacía parecía ser algo de vital importancia. Por unos instantes tuvo la loca idea de que era la casa sin ventanas la que se le había colado dentro. No rompió el contacto. Ignoró a aquel espíritu invasor y se centró en la lectura.

A la puerta le habían ordenado permanecer cerrada. Habían usado una palabra de clausura, una palabra de sellado que la había fundido en la práctica al umbral. No había forma física de abrirla, ni siquiera mediante la violencia. Poco importaba que se usara un hacha o una carga explosiva. Para conseguir traspasarla se tenía que recurrir a las palabras de apertura. Había siete, como había siete de cierre, siete de desmayo o siete de inmovilidad. La heptomancia era una de las artes secretas, una de las ramas más antiguas de la hechicería. Dejó de leer entre líneas y la presencia extraña la abandonó al instante.

Intentó recordar palabras de apertura. Solo dio con una: la primera, la menos poderosa de las siete; la misma de la que se había servido en la casa de Sara Vargas, la dibujante frustrada, para abrir la caja de seguridad. Apoyó la mano en la madera y la dijo en voz alta. Como había imaginado, nada sucedió. La primera palabra de apertura servía para cerraduras normales, cerraduras no tratadas con magia y cuyo mecanismo de cierre no fuera complicado en exceso; de hecho era inútil con cajas fuertes complejas.

Se apartó de la puerta. Necesitaba tranquilizarse. De nada le servía a Marc en aquel estado. Si quería salvarlo tenía que encarar los acontecimientos con calma. Tenía que encontrar una palabra más poderosa para salir de allí. ¿Hasta dónde había llegado en su estudio? No más allá de la cuarta, estaba convencida. Se requerían muchos años de trabajo y práctica para alcanzar la sexta, y una vida entera de dedicación para llegar a dominar la séptima. Se dejó caer en la silla del escritorio e intentó recordar las lecciones del duque Lamprea, con sus dedos de madera y metal. Evocó la voz arrastrada y monótona del duque y se imaginó a sí misma en una de sus clases.

«Muy pocos han dominado la séptima palabra de apertura. Yo, desde luego, no estoy entre ellos», recordó que les confesó un día. «Según se cuenta, con ella se consiguen abrir puertas vivas, puertas sintientes, puertas que te conducirán siempre al lugar al que debes ir, aunque tú desconozcas de cuál se trata. Puertas del destino las

llaman, las más poderosas que se conocen».

Ariadna profundizó en su memoria mutilada, pero a lo máximo que llegó fue a recordarse intentando abrir una cerradura hechizada. Se vio a sí misma igual de frustrada entonces que ahora. Recordó la caja al detalle, era de madera, con estrellas talladas por sus seis caras. Abrirla era su ejercicio de final de clase. Para hacerlo necesitaba la segunda palabra de apertura, la misma que le habían enseñado ese día. Pero por mucho que lo intentaba era incapaz de conseguirlo, las sílabas que la formaban eran imposibles de encadenar, no encontraba el modo en que sus labios y su lengua lograran pronunciarlas. Aquella palabra la esquivaba, como un pececillo aceitado que burlara una y otra vez su captura.

«Respira. Tómate unos instantes de calma y respira».

Un cosquilleo repentino le hizo mirar al dorso de su mano derecha. Una araña le trepaba entre los dedos, una araña pequeña y negra, con manchas blancas en el abdomen. Era un contacto agradable. Recordó que en el pasado había puesto nombres a muchas de las arañas que convivían con ella en aquel cuarto. Se preguntó si aquella sería una de ellas. ¿Cuánto tiempo podía vivir una araña?, se preguntó. No lo sabía. La diminuta criatura trepó por su dedo, llegó a la yema, la rodeó y volvió a bajar despacio. La ternura que le inspiró aquel contacto la tomó por sorpresa.

«Os traía moscas», recordó de pronto, con un nudo en la garganta. «Las guardaba en cajas de cerillas y os las daba de comer».

Todo en aquel cuarto le resultaba familiar y, al mismo tiempo, lejano y extraño. La cama deshecha estaba igual a como la recordaba, con su colchón viejo, desastrado, su colcha de lana deshilachada y el cabecero negro, recto, sobre el que descansaba su colección de cabezas de muñeca. Se las quedó mirando largo rato, absorta. Parecía una burda parodia de su habitación de Madrid, con las marionetas de su madre desperdigadas por todas partes.

Cerró los ojos. También recordaba las muñecas.

Había encontrado la primera cabeza en los sótanos de la casa sin ventanas; era pálida, de pelo moreno y sucio, con una sonrisa roja deshecha y un único ojo, brillante y espléndido, en la cuenca izquierda; en la cuenca derecha, en cambio, alguien había metido a presión una canica roja. La llamó Ariadna por su mirada extraña y la colocó sobre la mesilla. Hablaba siempre con ella antes de irse a la cama. Le contaba cuentos, la mecía en su regazo y le cantaba canciones que ella misma inventaba. En el interior hueco de la cabeza a veces se colaban arañas y escarabajos; acudían atraídos por su voz, celosos quizá de las atenciones que prodigaba a aquella muñeca rota. La segunda cabeza la encontró meses después mientras jugaba en un vertedero a las afueras de Londres después de asesinar a una mendiga. Era una cabeza sucia y maltratada, con la cara descascarillada y la frente pintarrajeada a bolígrafo. A esa la llamó Deforma. Fue entonces cuando se decidió a coleccionarlas. Una a una fueron llegando a su cuarto: Diomenidas, Calíope, Basura, Iskaria... Los asesinos de la Carroña de cuando en cuando le traían piezas para que las añadiera a su colección.

Hizo una mueca al recordar la tarde en que Glauco se había presentado en su cuarto con la cabeza decapitada de un niño pequeño. La había aceptado por compromiso, aunque se deshizo de ella en cuanto empezó a oler.

Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no romper a llorar. Por Marc. Por ese niño muerto del que nunca supo nada. Por ella misma.

No podía engañarse. En la casa sin ventanas ella era un monstruo más, una criatura salida de la tumba y moldeada hasta convertirse en un engendro sanguinario. Allí le habían enseñado a comulgar con la crueldad, había aprendido los senderos del dolor y la matemática macabra de la tortura. La Ariadna de la casa sin ventanas no era un ser humano, era un monstruo amoral, una criatura forjada para la matanza y la depravación. Ni siquiera llegaba a comprender cómo había conseguido mantenerse cuerda y estable durante los años que había vivido en la Tierra Pálida. ¿Tan grande había sido la influencia de Edmund y Ángela como para arrancar a la psicópata que vivía dentro de ella? Le costaba trabajo creerlo. Todavía faltaba mucho por recordar. Quedaba lo profundo, lo que de verdad le daba forma. Y dudaba que su identidad actual lograra sobrevivir a todas esas vivencias del pasado. El ayer era su mayor enemigo. El ayer mataría a la Ari de Edmund y Ángela. Y a Marc.

«Cálmate, cálmate, ¡cálmate!». Era fácil decirlo, pero complicado de conseguir. Apartó la vista de la siniestra colección de cabezas.

A la izquierda del escritorio se levantaban dos robustas estanterías, talladas en madera negra, repletas de vetas, nudos y rugosidades, como si las hubieran confeccionado con madera recién arrancada del árbol, sin molestarse en tratarla. Los estantes se doblaban con el peso de decenas de libros, de todos los tamaños y grosores. Se acercó a ellos, poco esperanzada de encontrar algo que le sirviera para escapar. Recorrió con el dedo los títulos de los lomos y sacó del estante los que carecían de él. La mayoría eran obras de ficción: novelas, obras de teatro y poemarios escritos en su mayoría por poetas y escritores de los que nunca había oído hablar. También había libros de consulta y materia de estudio: compendios de magia, obras de geografía e historia, tanto humana como oculta, bestiarios, atlas de tierras ocultas, libros de alquimia y de maldiciones. Buscó y buscó, cada vez más desesperanzada. Se topó con libros sobre arcanos, con tratados sobre la magia del dolor y la angustia, con hechizos básicos y avanzados, con libros sobre magia teórica que nunca nadie se había atrevido a llevar a cabo. Pero por mucho que buscó no encontró forma de vencer a las puertas cerradas.

Regresó al escritorio y abrió los cajones del mismo. Encontró una baraja de tarot, varios talismanes, dos muñecos, un silbato, pañuelos de papel, un reloj de arena. Todo despertaba vagos recuerdos en su mente, vientos imprecisos de otros tiempos. ¿Eso era ella? En otro cajón encontró una cuerda, un caballo de madera, agujas e hilo, pinturas de colores, un pez de plástico, lápiz de labios, un paquete de caramelos vacío, un mango de comba, cartas polvorientas, fotografías en blanco y negro, espejitos, conchas marinas, un ratón gris momificado y mal envuelto en un paño



rojo...

Sobre la mesa había un gran bloc de dibujo. Lo abrió por la primera lámina. Se recordó a sí misma encorvada sobre las hojas en blanco, dibujando sin cesar, de manera automática, obsesiva. Era su modo de relajarse, recordó, la forma de borrar preocupaciones y llevar a segundo plano el peso del mundo. Allí estaban sus dibujos: un sinfín de líneas multicolores, espirales y rectas en fuga, circunferencias y soles repletos de pájaros, mariposas y arañas. A veces le gustaba poner la mente en blanco y dejar que sus manos tomaran el control.

Un repentino impulso le hizo leer entre líneas en el primer dibujo, en busca de la otra Ariadna, intentando comprender mejor a su yo del pasado. Las líneas que configuraban aquella ilustración delirante se quebraron, se hicieron pedazos, y, poco a poco, comenzaron a aflorar retazos de la personalidad de la dibujante. Pinceladas de fuerza, de furia, de un espíritu combativo, de un ser dotado de una pasión desmedida. Alguien que disfrutaba de la vida, sin preocuparse de la moral y la ética o del daño que podían causar sus acciones. La autora de ese dibujo era alguien incapaz de llorar o tener remordimientos, era alguien más allá del bien y del mal. Pero lo más llamativo de esa Ariadna era su vitalidad arrolladora, su energía, la fuerza con que lo disfrutaba todo, quizá en un intento de compensar el saberse muerta.

Pasó las páginas del bloc, leyendo entre líneas en su pasado. A medida que avanzaba se fue encontrando con una frustración creciente, la asfixia que le producía estar bajo el yugo de la casa sin ventanas se iba haciendo cada vez más y más evidente. A Ariadna la atormentaba cada vez más el creerse una simple esclava de los caprichos de los monstruos que habitaban aquel lugar. Los dibujos ganaban en complejidad, en hermosura; no había espacios en blanco, todo era color y trazos quebrados, nerviosos, todo era magia y figuras geométricas perturbadoras. Solo se sentía libre cuando dibujaba. Continuó pasando páginas, avanzando en el tiempo. La fuerza persistía, incontenible y salvaje, pero ahora se entremezclaba con el hastío, con un aburrimiento cada vez más desolador. Casi podía leer una pregunta repetida de forma incesante en las ilustraciones: «¿Esto es todo? ¿Esto es todo lo que voy conseguir?». Llegó al último dibujo. Era aterrador; en los otros, hasta en los más angustiosos, habían imperado los colores vivos, en cambio allí todo eran negros, grises y ocre, trazos inconclusos, informes, figuras que no terminaban de cerrarse. Los otros dibujos podían tener cierto valor artístico; el último no, el último no era más que vómito existencial que en nada se podía asemejar al arte. Apartó la mirada, enferma de sí misma. Había dibujado esa ilustración después de volver del Filo de la Prefectura de Katay, había hecho aquello después de saber qué destino los aguardaba.

Se levantó de nuevo y se acercó al armario que había abierto antes. Dentro colgaban un montón de camisetas, vestidos, faldas y chaquetas, todas llenas de desgarrones y cortes. Mientras vivió en la casa sin ventanas nunca llevó ropas que no estuvieran rotas. Las apuñalaba siempre con Letanía, desde que era pequeña. Les daba tajos aquí y allá, bajo los codos, en las mangas, en el pecho, en los pliegues de

las faldas. Se ensañaba con su ropa. No necesitó leer entre líneas para comprender por qué lo hacía: era su modo de gritarle al mundo su verdadera condición, de anunciar a la vida que era ajena a ella, que era una muerta viviente, una afrenta a la naturaleza.

Y que estaba orgullosa de serlo.

Ariadna contempló de nuevo su imagen en el espejo. Recordó que alguien le había recomendado no leer nunca, bajo ninguna circunstancia, en sí misma. Pero poco le importó aquel consejo entonces. Entrecerró los ojos, fija en su imagen. Fue una sensación extraña, irreal; sintió que se desdoblaba, que se zambullía en su propio interior. El mundo a su alrededor perdió consistencia. Toda la realidad fue ella.

Y contenía mundos dentro de sí. En su interior portaba su propia Umbría, arrastraba sus propios continentes y filos, sus lugares de paso, sus puentes oníricos, sus feudos y arrabales, sus ciudades hechizadas... En su interior danzaban y giraban espirales de significado, bosques de inconsciencia, mares secretos, casas encantadas...

Le costó enfrentarse con la vergüenza terrible que sentía la Ariadna del espejo, enfrentada a su pasado, a su presente, a todo lo que se le avecinaba. Los remordimientos por todo lo que había hecho eran un sentimiento casi sólido, un lastre que la hundía en abismos insondables. Siguió leyendo. Eso ya lo sabía. Si no se hubiera arrepentido de los crímenes que había cometido no habría sido ella. Retiró capas y capas de sí misma, hizo a un lado lo que sentía por Marc (un amor puro, cálido, teñido ahora de vergüenza por no creer merecerlo, por sentir que lo había condenado con su mera existencia), apartó el dolor por la pérdida de sus padres (un dolor punzante, total; un dolor que amenazaba con estar siempre presente y que, en cierto modo, temía perder, como si dejar de sufrir por ellos fuera una traición a su recuerdo). Navegaba en sí misma, en busca de su identidad, de los pilares fundamentales sobre los que se sustentaba su identidad. Y de pronto, de entre todas las capas que le daban forma, emergió un jirón de tremenda oscuridad. Le costó trabajo enfrentarse a la verdad que venía envuelta en aquella sombra. Le asqueó averiguar que, a un nivel profundo, parte de ella estaba disfrutando de la situación, parte de ella (de la Ariadna actual, de la joven de los cuatro años de Madrid, la hija de Edmund y Ángela) disfrutaba de la idea de ser una asesina, una depredadora suelta en un mundo de presas desprevenidas. «La oscuridad inevitable», se dijo. «El centro de mi personalidad está infestado de sombras». Pero ¿podía ser de otra manera? La habían hecho nacer para el asesinato, habían usado la magia para darle vida. Era un monstruo, y ver esas tinieblas en su interior se lo confirmaba más que cualquier recuerdo de su pasado. Y, por desgracia, comenzaba a tener claro que para seguir adelante tenía que encontrar la manera de reconciliarse con la atrocidad. Para sobrevivir tenía que asumir el monstruo en su interior, tenía que abrazar a la niña asesina, incluso perdonarla si hacía falta. Aunque ¿cómo llevar a cabo algo tan demencial?

Si su imagen conocía la respuesta, no la hizo partícipe de ella. Ariadna apartó la vista de sí misma, agotada. Y solo quedó su reflejo en el espejo, la superficie de sí misma, la máscara física que portaba. Entrecerró los ojos. Quizá, a fin de cuentas, pudiera encontrar allí una de las respuestas que andaba buscando.

Dio un golpe seco en el espejo, un puñetazo rápido. La superficie se astilló al momento en la zona del impacto. Hurgó con las uñas entre las grietas hasta sacar una lasca de cristal, no era demasiado grande pero cumpliría su cometido sin problemas. A continuación se hizo un corte profundo en la mano izquierda. Un tajo exagerado del que comenzó a manar sangre a borbotones. El dolor sacudió su cerebro como un relámpago en un cielo claro. Se aferró a él. Lo abrazó.

«Córtate la mano izquierda con una esquirla de un espejo roto y llamarás a Imago».

Aguardó en absoluto silencio, sin moverse. El espejo reflejaba su rostro expectante y la ropa que colgaba tras ella. Nada más. De pronto, algo se removió entre el reflejo de dos faldas, un centelleo distante, una sombra que no tenía equivalente al otro lado de la puerta. La imagen estaba lejos, pero era nueva y no tenía nada que ver con lo que contenía el armario. Había algo en el espejo, en lo profundo, una silueta vagamente humana que espiaba a lo lejos.

—Te he invocado, Imago —gruñó Ariadna—. Me he cortado la mano izquierda con un cristal arrancado a un espejo ¡y te he llamado! —Golpeó con la palma de la mano herida sobre el cristal y la sangre salpicó su superficie—. Requiero tu presencia, engendro del diablo. ¡Te he convocado! ¿Me oyes? ¡TE HE CONVOCADO!

Aquello comenzó a acercarse desde el fondo de la imagen. Era una sombra informe, un borrón obtuso que se aproximaba, reticente. Ariadna se echó hacia atrás para que su reflejo no enturbiara al ser que venía hacia ella. Imago, la criatura aberrante que vivía dentro de los espejos.

Imago vestía de retales. Su cuerpo era fragmentario y desordenado. Los ojos no estaban alineados, ni siquiera eran simétricos; la nariz estaba desplazada hacia la derecha; las orejas ocupaban meridianos diferentes en su cabeza, una era de soplillo mientras la otra, pequeña y redondeada, estaba casi adherida al cráneo. Su pelo también era un caos de distintos cabellos; no había dos idénticos, ni en longitud ni en color. Todo en él eran fragmentos, distorsiones de otras imágenes. Imago no existía, Imago era un puzle delirante, una criatura que decía haberse construido a sí misma a base de retales sustraídos al otro lado de su mundo. Robaba reflejos a los suicidas y a los asesinos, robaba destellos a todas las almas perdidas que se contemplaban en los espejos tras los que habitaba. Vestía por completo de negro, pero, al igual que su cuerpo, su ropa estaba hecha a base de fragmentos de distintas telas y atuendos.

—Hola, Ariadna. —La voz del monstruo era azul, fría y cortante. Su imagen cubrió el espejo por entero. Apoyó la palma de la mano derecha contra el cristal que los separaba y este se abombó levemente—. Ha pasado mucho tiempo.

—Necesito la palabra que abre la puerta de mi habitación —le pidió, sin más.

—Mal que me pese, no puedo dártela —se lamentó Imago—. El conde Sagrada ha dado orden de que permanezcas encerrada hasta que seas llamada a su lado. No deberías haberme invocado.

—Pero lo he hecho. Te estoy pidiendo un favor, Imago. Necesito salir de aquí. Tengo que encontrar a Evan.

—No es necesario. Ya hemos dado con él —le informó el ser hecho de reflejos. La noticia la tomó por sorpresa—. Esta misma mañana, Evan invocó a Disculpa. Llamó a su arma en la Umbría y la casa sin ventanas lo encontró en el acto. Está en los lugares de paso, en un mundo muerto de los territorios inexplorados. Los nuestros han ido hacia allí. Varios asesinos de la Carroña junto a las huestes de Etolia, la sobrina del conde. Pronto le daremos su merecido, no temas.

Ariadna se mordió el labio inferior. No, no serían capaces de encontrarlo. Dar con Evan no era tan sencillo como Imago parecía suponer. Había factores que complicaban la situación, factores que, aunque ella todavía no recordaba, descompensaban la balanza a favor de Evan. Además, en el caso improbable de que logran dar con él, el virago todavía contaba con el Puño del Rey Muerto y con toda la magia que había atesorado a lo largo de los últimos años. La Carroña no lo tendría fácil para reducirlo, por muchas huestes que los respaldaran.

—Da igual lo que intenten, no podrán con él —dijo.

—¿Y tu presencia allí supondría alguna diferencia? ¿Eso intentas decirme?

—Desde luego. Evan me ama. Eso lo hace débil. Eso me da una oportunidad contra él de la que la Carroña carece. Yo puedo detenerlo. —Y salvar a Marc—. Pero para hacerlo necesito una palabra de apertura que me saque de aquí.

—Y yo no puedo dártela, te lo he dicho. Podríamos continuar durante siglos con esta discusión y el resultado sería el mismo. No insistas.

—Y a pesar de eso, insisto. —No pensaba rendirse.

—Nada me agradaría más que seguir perdiendo el tiempo contigo, Ariadna. Pero otros asuntos me reclaman lejos de aquí. —Guardó un momento de silencio. Sus ojos desaparejos fijos en los suyos. La piel inexistente de Imago le hervía sobre la carne, como si estuviera a punto de derretirse—. De todas formas, hay algo que me intriga... —aseguró—. De entre todos los asesinos de la Carroña a los que podías convocar ¿por qué has recurrido a mí? —le preguntó—. ¿Soy el único al que recuerdas cómo llamar o hay algo más? —Los reflejos que lo formaban no se mantenían fijos, variaban de cuando en cuando, tanto en tamaño como en posición. Era como tener delante una imagen mal sintonizada.

Ariadna tardó un solo instante en contestar.

—Te he llamado a ti porque me amas —dijo. No era un disparo al azar. Tampoco necesitó leer entre líneas en aquel espanto para averiguarlo. Era una verdad obvia si se sabía mirar—. Y eso te hace débil.

El caos de reflejos que era Imago comenzó a titilar, a cambiar, los fragmentos que

lo constituían fueron adoptando nuevas formas y perfilando un nuevo cuerpo. Y de pronto Ariadna se encontró contemplándose a sí misma, un reflejo disparatado de ella en todo caso, con un ojo enorme y el otro ridículamente pequeño, con las orejas situadas a un mismo lado de la cabeza, una sobre otra. Lo que tenía ante sí era una deconstrucción cubista de su cuerpo.

—Te amaba, lo admito —dijo Imago con la voz desguazada. Ariadna supo entonces que nunca antes se lo había dicho, que era la primera vez que le confesaba lo que sentía por ella. Hasta los monstruos eran capaces de amar, y esa idea la consoló en cierto modo; quizá su amor por Marc no fuera una simple ilusión—. Te busqué durante años tras los espejos, te busqué en las ventanas rotas, en los reflejos de la sangre derramada y en los charcos estancados de los callejones. Y no pude encontrarte, mi dulce niña. —Sus ojos asimétricos parpadeaban en cámara lenta—. Qué arduo trayecto en la oscuridad. Qué desazón terrible la de los huesos que no existen y la de los corazones que no laten. Pero el tiempo lo cura todo, hasta las heridas de los que habitamos entre tristes reflejos. Mi amor por ti ya no existe —anunció al tiempo que alzaba la mano derecha y comenzaba a escribir en el espejo con la uña corácea de su dedo índice—. Mi amor se enquistó, se coaguló y dejó de correr por mis venas falsas. Los tiempos en los que me habría atrevido a contrariar al conde Sagrada por ti han pasado. —Los caracteres se iluminaban al perfilarlos, ardían al otro lado del cristal—. Y no volverán jamás. —Sonrió de forma aviesa con su caos de colmillos asimétricos mientras terminaba de delinear en el espejo la tercera palabra de apertura.

\* \* \*

Una oscuridad singular se extendía por el pasillo, era de color ceniza y transformaba al mundo en un escenario de grises difuminados. Ariadna tuvo la impresión de haberse metido de lleno en una antigua película en blanco y negro. El corredor estaba cubierto por completo de alfombras, dispuestas unas sobre otras en un caos caprichoso que convertía el suelo en una superficie irregular, repleta de elevaciones y cuencas. Los pasos de sus pies descalzos quedaban amortiguados en aquellas capas de alfombras superpuestas. Las paredes del corredor eran de listones verticales de madera, de un curioso aire neblinoso. Había arcos sustentando el pasillo, arcos que trepaban rectos por los muros y se curvaban en el techo, con apariencia de costillares. Cada pocos metros se podía ver un cuadro. Todos eran lienzos en negro, con diferentes matices de oscuridad, manchones tibios de alquitrán que se movían en lentos remolinos y espirales. En cierto modo le recordaron al cuadro que había visto en la subasta de Madrid, aquel horror donde había un hombre atrapado. Junto a uno de los lienzos se podía ver la huella ensangrentada de una mano abierta, tenía siete

dedos.

Por instinto giró hacia la izquierda. Su mente podía haber olvidado el interior de la casa sin ventanas, pero su cuerpo parecía recordar muy bien qué dirección tomar.

La habitación contigua a la suya había sido la de Evan. Lo recordó nada más ver la puerta. En ella había estado grabado el nombre del virago; lo había tallado él mismo, a navajazos. Ahora no había ni rastro de su nombre, la madera aparecía inmaculada. Ariadna abrió la puerta por curiosidad. Dentro no quedaba nada. Era un simple espacio vacío, un lugar muerto. Si cerraba los ojos casi podía ver la disposición que habían tenido los muebles allí, no en vano había pasado casi tanto tiempo en ese cuarto como en el suyo propio. Salió fuera. El corazón le latía con fuerza; era un golpeteo constante, desatado. Sus pasos podían no hacer ruido sobre el caos de alfombras, pero sus latidos debían de escucharse a pasillos de distancia. Pronto encontró otra puerta. No era de madera como las anteriores, era de arcilla roja y habían cincelado en ella un grabado extraño, una especie de calavera partida en dos mitades. Un poco más adelante se topó con otra estancia, no había puerta en este caso, colgaba del umbral un cortinaje rojo doblado en mil pliegues, junto a este habían colocado una pancarta, confeccionada a base de recortes de carteles de circo que anunciaba: «Aquí comienzan los dominios del oscuro Galán, entra con entera libertad. Sal si puedes». No entró, por supuesto.

Un movimiento rápido a su espalda hizo que se girara a tiempo de ver una sombra correr al otro lado del pasillo. Intuyó un movimiento de alas, pero bien podía haberse tratado del vuelo de una capa. Aquello, fuera lo que se fuera, se perdió de vista demasiado rápido para precisar de qué se trataba. Prestó atención. A veces se llegaba a escuchar, por lo bajo, algún grito ocasional; alaridos de dolor procedentes de los niveles inferiores. Ariadna había aprendido a convivir con esos gritos, no en vano habían sido la banda sonora de su vida desde que tenía conciencia. En las mazmorras más allá de los sótanos siempre había prisioneros que torturar. El sufrimiento nunca debía detenerse en aquella mansión.

—¿Por qué les hacemos daño? —preguntó una vez al conde, cuando no era más que una niña—. ¿Han sido malos? —El conde Sagrada los torturaba cuando cometían alguna de sus tropelías. A veces incluso llegaba a matarlos.

—Algunos sí —le contestó el nigromante—, otros, simplemente, han tenido mala suerte. Entraron en lugares en los que no debían entrar, hicieron la pregunta equivocada en el momento menos oportuno o se cruzaron en el camino de quien no debían. Y todos acabaron aquí.

El corredor giraba a la derecha y, tras atravesar una arcada en la que aparecían tallados dos demonios de rostro desencajado que se gritaban rabiosos el uno al otro, desembocó a una amplia galería. Había varias puertas allí y, en el centro, una escalinata que conducía tanto a los sótanos como a la zona alta de la casa. En un principio, creyó que las gruesas columnas que se repartían alrededor de la gran escalera eran de piedra, pero cuando se acercó más descubrió que se trataba de

grandes espinas dorsales entrelazadas. Acarició las vértebras de una de ellas. Eran reales. Era hueso de verdad. Siguió con la mirada la columna junto a la que se encontraba, con sus vueltas y revueltas debía de medir más de ocho metros. ¿Qué clase de monstruos contaban con semejantes espinazos?

«Los dragones y los dioses. Los gigantes y los leviatanes», escuchó decir a la Ariadna del pasado. Llevaba tiempo sin decir palabra, como si ya no creyera necesario hacerlo ahora que estaba de regreso a su hogar. «La casa sin ventanas está forjada en monstruos».

Fue entonces cuando escuchó su nombre por primera vez. «Ariadna», murmuraban las sombras; «Ariadna», susurraban las tinieblas cenicientas. ¿Quién la llamaba? ¿Su pasado? ¿Los habitantes de la casa? ¿O era la propia mansión quien lo hacía? Su nombre llegaba de todas direcciones al mismo tiempo. Giró sobre sí misma, en un intento de localizar alguna de las fuentes de aquel sonido. Cuando completó el giro, las voces callaron. ¿Habría sido su imaginación? Era probable. Tocó una de las planchas de madera del pasillo. Estaba tibia y si prestaba atención alcanzaba a percibir una especie de palpitar orgánico. Apartó la mano, entre la fascinación y la repugnancia. ¿Qué camino debía de escoger ahora? Si descendía las escaleras tarde o temprano llegaría a la planta baja. Esa era la dirección a seguir si pretendía huir de la casa sin ventanas. Pero de hacerlo no tardarían en ir de nuevo tras ella, estaba convencida. No iban a permitirle escapar otra vez.

Subió a la siguiente planta. No podía huir sin más de aquella mansión. Intentarlo sería condenarse. Y condenar a Marc. No tardó en llegar a otra galería, idéntica en todo a la que acababa de abandonar, con sus columnas hechas de espinazos negros (prolongaciones de las que había visto abajo, lo supo al momento. Aquellos osarios atravesaban el suelo alfombrado, disparándose hasta las plantas superiores del mismo modo en que descendían hasta los cimientos), sus cuadros sombríos y su caos de alfombras diseminadas por doquier. Si continuaba subiendo acabaría en la tortuosa escalera de caracol que conducía hasta la buhardilla con su pequeña puerta ataúd, el único lugar de la casa prohibido para todos menos para el conde Sagrada. Pero su destino estaba en la planta en la que se encontraba ahora. Era allí a donde se dirigía.

Giró hacia la derecha. Otra vez dejó que el instinto la guiara. Una puerta se cerró cerca de ella. Se escuchó una risa, una risa de una locura innegable. De algún lugar perdido en el interior de la casa llegó el sonido de un motor al activarse. Un segundo después un alarido tremendo atravesó los corredores cenicientos.

Ariadna se detuvo a mitad de un paso y cerró los ojos. Tenía que seguir adelante, no le quedaba más remedio. Por muy horrible que fuera el camino que le quedaba por recorrer no tenía otra alternativa que llegar hasta el final. Tras el grito, el silencio se hizo absoluto, lo dominó todo. Reanudó la marcha, despacio, alerta. Unos pasos más adelante uno de los tablones de madera de la pared había desaparecido. Sin poder evitarlo se asomó a aquella grieta. Al otro lado se abría un insondable abismo, un espacio de oscuridad tremenda. Entrecerró los ojos. Era imposible. Tras las paredes

de la casa sin ventanas el espacio dejaba de tener sentido. Tuvo la imagen de un centenar de habitaciones flotando en la nada, en el vacío más abyecto, unidas solo en un plano de la realidad, separadas por mundos de distancia en el resto. ¿Qué descubriría si retiraba las alfombras del suelo? ¿Nuevas cavernas de nada? ¿Simas profundas? La casa sin ventanas crecía en la Umbría, parajes desolados más allá del entendimiento. Y allí todo era posible.

No se había cruzado con nadie en ningún momento, más allá de esos movimientos furtivos apenas intuidos, pero desde que había salido de su cuarto tenía la certeza de que muchos ojos la espiaban. No se dejaban ver, pero los habitantes de la casa estaban atentos a su deambular. El pasillo giró hacia la izquierda y hacia allí fue ella. Su destino estaba muy cerca. Aquel corredor acababa en una puerta inmensa, una puerta marrón, de arco apuntado, una puerta del todo corriente.

Ese tramo del pasillo fue el más duro de todos. Cada paso que dio en dirección a la puerta le resultó asfixiante, como si tuviera que vencer más resistencia de la debida. Llegó sin aire, exhausta, al punto del desmayo. Levantó la mano y, tras una larga vacilación, encontró fuerzas para golpear con los nudillos en la madera. Dio tres golpes y aguardó unos instantes. No hubo ninguna invitación a entrar, ninguna palabra llegó desde el otro lado, pero Ariadna supo, sin saber muy bien cómo, que desde dentro le permitían el paso.

A continuación abrió la puerta y se adentró por primera vez en cuatro años en los dominios del conde Sagrada.

\* \* \*

No había cambiado nada.

El conde seguía siendo la viva imagen de la vileza. La sangre bañaba las mangas de su casaca, sangre que, como siempre, como ayer, parecía recién derramada. Sus ojos, grandes y deslucidos, contenían una fuerza más allá de la lógica y el entendimiento; una energía basta, primordial, emparentada con los malos sueños, con las pesadillas de las que despiertas gritando y nunca consigues recordar, con el miedo que atenaza, con el miedo que estrangula... Sus rasgos eran heridas marcadas a sombra en su cara, profundos accidentes geográficos que parecían hechos para subrayar la extrema crueldad de un rostro antiguo, imposible de datar. Ni una sola arruga manchaba su piel, pero su palidez cadavérica y su perpetua tensión impedían que alguien cometiera el error de tomarlo por joven.

No hubo palabras de bienvenida o enfado, solo un gesto indolente con el que le indicó que aguardara. Ella se quedó de pie, acobardada, sin hacer ademán siquiera de aproximarse a la butaca roja situada frente al escritorio, un mueble macizo, de color negro, con forma de media luna mordida en la curva cóncava. El conde estaba



estudiando un gran pergamino extendido ante él, parecía el mapa de una extensa red de cavernas, comunicadas unas con otras mediante galerías. ¿Sería un atlas de la Umbría? Lo dudaba. Aquellas tierras eran cambiantes, imposibles por tanto de cartografiar. ¿Un plano de la casa sin ventanas? Podría ser... A la izquierda de la mesa, sobre dos libros de lomo ajado, había una pecera. Dentro flotaba un pez muerto, una especie de pez globo a medio inflar, recubierto de espinas flácidas y escamas descoloridas. Un profundo hedor a agua estancada manaba de la pecera. Un olor que ella conocía muy bien.

—Has crecido mucho —dijo una voz arrastrada desde el otro lado del cuarto—. Y ahora tienes más tetas. Muchos dirán que es toda una mejora. Yo no.

Era un anciano esquelético quien hablaba, vestido con un sucio taparrabos de pelo negro que apenas le cubría la entrepierna. Estaba de pie en una esquina, cambiando de manera constante el peso de su cuerpo de una pierna a otra, como si tuviera unas tremendas ganas de mear. Estaba cubierto de decenas de cicatrices, que se disponían en su carne de forma simétrica y ordenada, casi parecían bolsillos abiertos en su piel. Tenía la nariz afilada y los ojos hinchados, casi de muñeco. Olía a leche agria y a soledad.

—No me reconoces —rezongó el anciano, mientras continuaba con su lento bailoteo—. Yo fui quien preparó tu cuerpo muerto para tu nueva vida. Yo fui quien te insufló el aliento del dios que agoniza en la Umbría y te bendije con el ojo del lector. ¿Y me lo pagas con el olvido?

—Barrabás —dijo ella.

—Barrabás —le confirmó con una sonrisa desdentada, satisfecho al parecer de ser reconocido. Sus encías brillaban húmedas de saliva—. Ese es ni nombre: Barrabás, el hombre hueco, el traidor a la bondad. El que no puede morir. La hez del infierno. Te hemos echado de menos por estos lares, jovencita. Cuentan que has estado perdida durante cuatro largos años en la Tierra Pálida. Y también dicen que ahora copulas con animales.

Ariadna odió a aquel hombre de inmediato. Solo recordaba su nombre, pero a nivel subconsciente le despertó una aversión profunda, una repugnancia visceral que se traducía en el impulso de saltar sobre él y retorcer su cuello ridículo.

—Es factible construir una nueva galería, hay terreno más que de sobra —aseguró el conde. Escuchar su voz la estremeció. Era tal y como la recordaba, una voz ajena al sonido, una voz concebida para hacer temblar—. Compruébalo tú mismo, Barrabás. Comunicaremos estas zonas aquí y aquí. —Señaló con su mano esquelética dos partes adyacentes del mapa situadas en un lateral del mismo—. Todavía queda suficiente zona donde excavar entre ambas.

—La estructura está ya muy debilitada —replicó el anciano. Ni siquiera se acercó a comprobar el plano—. Corremos serio riesgo de provocar otro derrumbe. Y todavía más catastrófico que el anterior. Necesitamos más sombras domadas antes de poder extender nuestros dominios. Y domar la Umbría requiere su tiempo.

—No me digas lo que ya sé.

—Te estoy pidiendo paciencia. Te la suplico, de hecho.

—Basta. Es un riesgo asumible, un riesgo necesario —insistió mientras plegaba el mapa en varios dobleces—. Da la orden para que comience la excavación cuanto antes. Que no avancen un solo metro sin asegurar primero el terreno que dejan atrás. No toleraré errores. —Miró hacia Ariadna. Sus ojos, en aquel momento, eran de un tenue color verde—. Y ahora déjanos solos, Barrabás. Por lo visto una de mis tareas pendientes ha decidido saltarse el orden del día.

—Como deses —dijo el anciano al tiempo que hacía una reverencia. Extendió una garra para tomar el mapa que le tendía el conde y se marchó a paso rápido de la estancia. Pasó junto a Ariadna, sin despedirse ni mirarla siquiera. Por unos instantes el hedor a leche agria se hizo insoportable.

Un recuerdo se abrió paso en su mente. Una única frase que la dejó al borde de la náusea: «A veces me deja jugar contigo cuando estás muerta».

Una vez se quedaron solos, Ariadna se acercó al butacón y se sentó, tensa y amedrentada. Al mismo tiempo que tomaba asiento, el conde se levantó y fue hacia el mueble ubicado a su espalda. Estaba formado por varios armarios estrechos entre los que habían colocado estanterías repletas de los más diversos recipientes, la mayoría contenía líquidos de naturaleza ignota, pero otros guardaban en su interior los más inquietantes tesoros: fetos, vísceras, ojos, reptiles aovillados, piedras preciosas, pergaminos, relojes, pedazos de hueso, huevos de todos los tamaños y colores... Abrió uno de los múltiples armaritos del mueble, repleto de redomas idénticas, de cristal labrado, y, tras unos instantes de vacilación, extrajo una llena hasta su mitad de una sustancia roja que Ariadna reconoció como sangre. El frasco estaba etiquetado como: Criss Gascoigne. Poeta. 1987. El conde Sagrada se sirvió un dedo en una gran copa de cristal y a continuación llenó el recipiente con el brandy dorado de una botella cercana. Después alzó la copa ante sus ojos, y la estudió con detenimiento antes de darle un trago corto que saboreó con deleite evidente.

Solo entonces se dirigió a ella.

—Atkins terminó al fin la saga del Trueno y la Espiga —anunció. Ella lo miró, asombrada. De todas las formas posibles de comenzar una conversación ni por asomo se podía haber esperado nada semejante. Su expresión debió de ser lo bastante elocuente para el conde—. No recuerdas de qué te hablo —dijo. Ariadna negó con la cabeza—. En esta casa no solo viven asesinos y monstruos. También habitan artistas de las más diversas índoles: escritores, poetas, pintores, compositores... —Entrelazó sus manos ensangrentadas y la miró fijamente. Ariadna tuvo que luchar contra el impulso de esconderse—. Atkins era uno de ellos. El más antiguo habitante de la casa, por cierto. Llevaba doscientos años con nosotros, escribiendo una saga sobre la caída del cielo y el ascenso de los demonios, una historia épica que se alargó durante treinta libros aunque desde el quinto juró y perjuró que el siguiente volumen sería el último. —Ariadna frunció el ceño. Sí, recordaba una historia colosal, un relato que

narraba una guerra de siglos de duración entre los cielos y los infiernos—. Ambos la leíamos con agrado y de cuando en cuando aventurábamos teorías sobre cuál podría ser su desenlace. Atkins la terminó el año pasado. Una vez finalizada me pidió que lo liberara.

—Era un prisionero, entonces —dijo ella.

—No. Estaba bajo la protección de la casa sin ventanas, que es diferente. Eso, entre otras cosas, implicaba que no podía morir mientras viviera entre nosotros. Una vez terminó su obra decidió que ya era hora de marcharse. Soy muy reacio a desprenderme de mis artistas, pero en este caso decidí hacer una excepción y lo dejé partir. Una lástima, una verdadera lástima. Me gustaba conversar con él. Sus puntos de vista sobre el destino del hombre y las injerencias de los dioses en este me resultaban reveladoras en grado sumo. E inspiradoras, para qué engañarnos. Antes de irse te escribió un largo texto, una suerte de epílogo de la saga escrito solo para ti. En tu honor. Te lo haré llegar. No lo he leído, me parecía inapropiado hacerlo.

El conde Sagrada la subyugaba con su mirada. Su presencia apelaba a todos sus miedos, a toda su angustia. Ante él se sentía intimidaba como una niña pequeña. Pero debía sobreponerse.

—No he venido a hablar de libros. —Solo decir esa frase sin que le temblara la voz la dejó exhausta.

—Lo sé. Has venido para intentar convencerme de que te deje marchar. —El conde se inclinó hacia delante y al moverse hasta la gravedad de la habitación pareció fluctuar. Se hizo más pesada. Y el aire más denso—. Has venido a convencerme de que eres la única posibilidad que tenemos de capturar a Evan y recuperar el Puño del Rey Muerto. Has venido a suplicarme que te permita rescatar a tu amante mortal.

Ariadna bajó la mirada. Contempló sus puños cerrados, los nudillos tensos, los dedos blancos. Tenía las manos manchadas de sangre. Todavía no se había curado la herida que se había hecho para invocar a Imago y la sangre le corría, lenta, muy lentamente, entre los dedos. Con aquellas mismas manos había salido de la fosa donde la habían enterrado junto a su familia. Levantó la vista, decidida.

—¿Lo conseguiré? —preguntó. El corazón le latía tan deprisa que no había separación alguna entre latidos, era una suerte de trueno continuo, una reverberación constante.

—No —dijo él—. Tú no, al menos. Pero hay otra Ariadna con nosotros. Ella sí está capacitada para lograrlo.

—Otra Ariadna.

—Exacto. La llevas encerrada en tu cabeza —señaló, aunque no era necesaria aclaración alguna. Sabía muy bien a quién se refería—. Una Ariadna mutilada, una Ariadna rota a la que le han extirpado su pasado. Tenemos que hacerla regresar. Tienes que recobrar por completo la memoria para que podamos encarar este asunto desde la perspectiva adecuada. Después volveremos a hablar de Evan, del Puño de Azardian y de las condiciones que se deben dar para que te permita ir a Iskaria.

—¿Estás leyéndome entre líneas? —La posibilidad de que aquel engendro pudiera estar asomándose a sus secretos la aterrorizó.

—No —aseguró el conde—. Podría hacerlo, pero he decidido prescindir de la lectura entre líneas. Después de todo lo que ha pasado, necesitamos construir las bases de una nueva confianza entre ambos y no sería justo que recurriera a la lectura en estos momentos. Nunca leeré en ti sin tu permiso. Si quieres mi palabra, te la daré.

«Porque mi palabra, como mi nombre, es sagrada», pensó Ariadna. Esa era la fórmula. La promesa que lo ataba.

—No... No será necesario —dijo ella.

Tenía un nudo en la garganta. Le costaba articular palabra. Dialogar con el conde requería un esfuerzo mental tremendo. Dialogar con aquella criatura era dialogar con todo lo que temes, con todo lo que te hace temblar en la oscuridad, con un agujero negro cuya mera existencia pone en duda la tuya. Y por eso le resultaba tan paradójico que parte de ella le profesara una devoción tan tremenda, tan indistinguible del amor. Aunque ¿de verdad era tan extraño? Aquel ser le había dado vida. Aquel ser, en definitiva, era su dios. Un dios tenebroso.

—Tus ojos no son negros —señaló Ariadna, casi sin pensar. Intentaba afianzarse en la conversación, intentaba aferrarse a la realidad del momento y no perderse en elucubraciones que ahora no conducían a nada—. No tienen el estigma del lector. ¿Cómo es posible?

—Porque mi lectura no es la misma que te concedimos a ti —contestó el conde—. La tuya es la primera, la que muestra el tejido oculto de la realidad. La mía es la segunda, la que no marca, la que corrompe y transforma la urdimbre del mundo. Tú eres capaz de leer entre líneas, yo puedo escribir entre ellas.

—¿Escribir entre líneas? ¿Qué significa eso? —quiso saber. Creía intuirlo, pero la posibilidad le parecía tan demencial que no le quedó más remedio que preguntar.

—Significa que soy capaz de cambiar la realidad a mi antojo. Puedo retorcer lo que alguien siente, lo que le da forma y significado. Puedo modificar a cualquiera que se cruce en mi camino a mi voluntad y mi capricho. Puedo transformar el amor en aborrecimiento, el odio en devoción. —Ella lo contempló atónita—. Puedo convertir a un santo en un asesino despiadado y transformar a un psicópata en un ángel. Si quisiera podría levantar a un cadáver de su tumba y hacerle creer que está vivo. La trama lo es todo. Y puedo alterarla con la segunda lectura. Eso significa escribir entre líneas.

Ariadna se removió en su asiento. Que alguien contara con un poder semejante la aterraba. Y planteaba otras cuestiones.

—¿Por qué no lo haces conmigo? —le preguntó—. ¿No sería lo más sencillo?

—La segunda lectura no funciona con los viragos —le contestó—. No puedo cambiarte, Ariadna. Aunque quisiera, no podría. El motivo es sencillo: tu esencia es demasiado parecida a la mía. Los dos pertenecemos a la Umbría, a la oscuridad, la magia está demasiado imbricada en nuestro ser como para permitir manipulaciones

de ese tipo. Ocurre igual con todos los que forman la Carroña. El alma de hasta el último de ellos es negra y ponzoñosa, y todos portan en su interior una cantidad más que considerable de magia. Todos son libres, absolutamente todos.

—¿Por qué debería creerte?

—Piénsalo bien. ¿Me arriesgaría a rodearme de gente que pudiera ser manipulada con la segunda lectura? No soy el único que conoce ese arte, Ariadna. Mis enemigos también están versados en él. ¿Comprendes ahora? No me puedo permitir tener cerca seres que puedan ser reconstruidos. Ni siquiera por mí. Y aunque pudiera hacerlo, aunque fuera capaz de manipularte, no lo haría. —Hizo un gesto despectivo en dirección a la nada—. Si algo me sobra son esclavos y lacayos. Eso no me hace más poderoso ni más sabio. Lo que necesito son hombres libres. Ellos son los que marcan la diferencia. Necesito seres que elijan estar conmigo porque es lo que desean, lo que anhelan. Necesito lealtad que no se pueda comprar ni modelar. Lealtad sincera. Lealtad real. La Ariadna que necesito a mi lado es la que decide libremente quedarse conmigo.

—Eso no es verdad. —Se inclinó hacia delante en el butacón—. Acabas de decir que no me permitirás salir de aquí. Y eso es lo que quiero. —Bajó la voz—: Me retienes contra mi voluntad. ¿Así pretendes conseguir mi lealtad?

—Tú no eres esa Ariadna a la que me estoy refiriendo —dijo con voz pausada—. Creía que eso había quedado claro. Eres una criatura incompleta. Un híbrido extraño que no debería existir. ¿Qué ocurriría si te permitiera marchar? Evan te guiaría a Iskaria, sin duda. ¿Y luego qué? Te destruiría o te convencería para unirme a él. No voy a dejarte ir en estas condiciones, eso está fuera de toda discusión. Asume tu pasado. Recupera tu memoria y hazme tu petición. Entonces y solo entonces estaremos capacitados para hablar sobre el tema.

Ariadna guardó silencio. Todo se reducía a eso. Desde un principio lo había sabido. Solo tenía que ceder. Solo tenía que reclamar su pasado para que el conde Sagrada le permitiera salir de la casa sin ventanas. El problema residía en que no sería la misma Ariadna la que lo haría.

—Aunque quisiera recordar no sabría cómo hacerlo —dijo con voz estrangulada.

—Tu pasado está aquí con nosotros. El hechizo no borró tus recuerdos, eso habría supuesto un camino sin retorno. Lo que hizo fue arrancarlos de tu mente y trasladarlos a lugar seguro. A otro organismo. —Y señaló a la pecera del pez podrido—. Ahí está todo lo que eres. Todo lo que queda por recordar.

—Dentro de un pez... —Ariadna contempló las escamas mustias de aquella cosa. Su ojo derecho pendía de una hilacha de nervio óptico, el izquierdo hacía tiempo que había desaparecido—. Dentro de un pez muerto —apuntó.

Los casi inexistentes labios del nigromante se curvaron en una mueca semejante a una sonrisa.

—Cuatro años es mucho tiempo para que un pez sobreviva en una pecera tan exigua —dijo mientras empujaba esta hacia ella—. Pero aun muerto ha cumplido su

cometido. Ha sido el celoso guardián de tu memoria. Solo tienes que tocarlo para reclamar lo que es tuyo. Tócalo y recuerda.

Ariadna se quedó mirando aquel cadáver flotante. El hecho de que no le pareciera descabellado que aquel despojo contuviera sus primeros catorce años de vida dejaba claro lo lejos que había llegado.

Todo lo que le faltaba por recordar estaba allí dentro, todos sus secretos, su conocimiento, todo lo que había vivido hasta el momento antes de perder la memoria. Dentro de ese cadáver estaban su amor por Evan, la pasión irrefrenable que había sentido por él. Todas sus muertes. Todas sus resurrecciones. Tras esas escamas descoloridas estaban todos los crímenes que había cometido. Todos los asesinatos. Recordarlos sería conferirles realidad al fin, hacerlos suyos de nuevo y tener que aceptar la culpa de lo que había hecho. Se preguntó si cuando ese pez estaba vivo, el animal llegaría a recordar haber sido una asesina, si habría soñado con matanzas, con los abrazos de Evan, con torres rojas y con esos dedos gélidos que intentaban evitar siempre que regresara a la vida.

—¿Qué ocurrirá con mis últimos cuatro años si acepto recordar? —preguntó al conde—. No dejarán de existir, ¿verdad? ¿No los olvidaré?

La perspectiva de que eso pudiera pasar continuaba aterrorizándola. La perspectiva de dejar a Marc a merced de Evan y de una Ariadna que no sintiera nada por él sería condenarlo a muerte. Pero no solo eso. La idea de olvidar a su familia, a Edmund, a Ángela, a Steve, era inconcebible. Ni siquiera olvidar la manera terrible en que habían muerto lo justificaría. Tenía que recordarlos. Tenía que mantenerlos vivos en su memoria. Dotar a sus existencias de sentido.

La mirada del conde Sagrada la abrasaba desde el otro lado del escritorio.

—¿Tanto te importa el tiempo que has vivido en la Tierra Pálida? —preguntó.

—Sí —concedió ella—. Me importa. Lo necesito.

—Háblame de esos cuatro años —le pidió el conde—. Háblame del tiempo que viviste en la superficie del mundo. Cuéntame qué has aprendido allí.

Ariadna dio un respingo. Para su espanto descubrió que la avergonzaba hablar de ello con él, como si las experiencias vividas allí hubieran sido nauseabundas, como si en la Tierra Pálida hubiera cometido actos tan obscenos que abochornarían al demonio que tenía ante ella. Habría sentido lo mismo si no le hubiera quedado más remedio que compartir con Edmund y Ángela las atrocidades que había cometido en su pasado. Volvió a examinar sus manos todavía ensangrentadas. El corte en la izquierda tenía forma de flecha.

—Fui feliz —dijo Ariadna, sin alzar la mirada de la herida—. Esa frase lo resume todo: fui feliz. Conocí la generosidad, conocí el amor. Descubrí el poder que puede contener una simple sonrisa. —La sangre manaba de la carne rota, las pulsaciones de su corazón acelerado la expulsaban de su cuerpo—. Comprendí que uno puede volar y bailar aunque esté postrado a perpetuidad en una silla. —Cerró los ojos a la sangre que brotaba de su herida y recordó a Ángela, rodando con Steve a cuestas. El

recuerdo de sus risas le hacía daño, pero comprendió que llegaría un tiempo en que encontraría consuelo al recordarlas—. En esa casa me enseñaron que la redención es posible. Conocí el orgullo y la calma. Abracé la esperanza. Sí. Fui feliz. Fui feliz. Llegué de la oscuridad y ellos me ofrecieron su luz. Sin pedirme nada a cambio. En la casa sin ventanas me hicisteis nacer a la fuerza. Disteis forma a mi carne e hicisteis que mi corazón latiera. Ellos me dieron algo más importante. Llámalo alma si quieres, no me importa. Es solo un nombre. Me inocularon su bondad, me hicieron brillar. —Sonrió, una sonrisa escasa, minúscula, pero una sonrisa al fin y al cabo—. Me llenaron de luz. Esa familia fue tan responsable de mi creación como tú y los tuyos. En cierto modo completaron lo que vosotros hicisteis. Y me hicieron mejor.

—¿Y qué ha sido de ellos? —quiso saber el conde Sagrada—. ¿Cuál ha sido el premio que tan diligentes benefactores han obtenido por sus nobles acciones?

—Los mataron. —Abrió de nuevo los ojos. La sangre seguía manando. La herida continuaba abierta—. Los asesinaron por mi culpa.

El conde Sagrada asintió despacio, como si aquella respuesta lo explicara todo. El verde pálido de su mirada ganó en viveza y viró, poco a poco, hacia el color castaño.

—Ese es el precio que pagaron por enseñarte lo que es la luz. ¿Crees que lo habrían hecho de saber lo que les aguardaba?

—No lo sé —contestó Ariadna con un hilo de voz—. No puedo saberlo...

—No, no lo habrían hecho. Fue un trato injusto para ellos. Y para ti. La luz te ha hecho débil. Te ha hecho miserable. ¿De verdad quieres recordar las lecciones que te enseñaron? A las criaturas como nosotros, la luz solo nos puede producir pesar y desdicha. Piénsalo, Ariadna. Sopésalo. Porque la decisión de recordarlos o no es solo tuya. Cuando toques el pez solo tendrás que abrazarte a su recuerdo y te los llevarás contigo al otro lado. Piensa en cualquier otra cosa y los olvidarás. Es tan sencillo como eso.

—No quiero olvidarlos —insistió.

—Cometes un error. Pero eres libre de hacerlo. —Hizo especial hincapié en la palabra «libre», o al menos así se lo pareció a ella. Volvió a señalar la pecera—. Retenlos entonces. Piensa en ellos y no los olvidarás —le aseguró el conde—. Pero aun así eso no significa que vayas a salir indemne de todo esto, te lo advierto. Pase lo que pase, no volverás a ser la misma que fuiste hace cuatro años. Ni la que eres ahora. Serás algo nuevo. Algo diferente.

Ariadna contempló la quietud pútrida del pez muerto.

¿Sería verdad? ¿Bastaría con pensar en su familia cuando tocara aquel despojo para conservar sus recuerdos? ¿Podía confiar de verdad en el conde Sagrada? Un súbito impulso le hizo apartar la mirada del pez para fijarla en el hombre sentado al otro lado del escritorio. Intentó leer entre líneas en él. Un arrebato al que no pudo contenerse. Nada más hacerlo, la presencia extraña que ya la había asaltado en su cuarto volvió a colarse en su interior. Sintió cómo penetraba en su cuerpo, gélida y violenta, cómo palpaba la cara interna de su carne y recorría con dedos helados el

contorno de su esqueleto. Pero al menos en la anterior ocasión había conseguido leer entre líneas, lo que le salió al paso ahora fue el vacío más absoluto. Una oscuridad que tiraba de ella con violencia, reclamándola para sí, atrayéndola a su seno. Ariadna sintió que se precipitaba hacia el conde Sagrada. Aquel hombre atesoraba continentes y continentes sombríos dentro de su ser, galaxias repletas de soles y planetas muertos. Aquel ser era la pesadilla de todos los hombres, el grito de todos los niños, el alarido de una humanidad que se precipita hacia la extinción. El contacto se cortó de pronto. Y no había sido ella quien le había puesto fin.

—Caía —dijo ella, sin aliento—. Caía en la oscuridad...

—La oscuridad lo es todo, Ariadna —dijo el conde—. La oscuridad nos rodea, nos cerca. Somos despojos, chispazos de luz mugrienta que se abren paso entre el barro de la existencia. Ser consciente de ello es lo que nos hace fuertes. Lo que nos diferencia de los demás. Es la hora. No tiene sentido dilatarlo más. Recuerda, Ariadna. Recuerda. Vuelve con nosotros.

Ella asintió, atragantada de horror y miseria. Había llegado el momento. Alargó la mano hacia la pecera donde flotaba el pez. La mano izquierda, la bañada en sangre. Era lo adecuado, lo correcto. Sus dedos se introdujeron en el caldo espeso y fueron en busca de la criatura muerta. En cuanto la tocó, una corriente eléctrica le prendió de la planta de los pies a la cabeza. Una llamarada viva que se adentró en su ser, se amoldó a su forma y vomitó el pasado en su cerebro. Sus ojos se abrieron a la profunda oscuridad de sí misma, uno azul, el otro negro como la noche terrible que pendía, eterna, sobre la casa sin ventanas.

Y lo recordó todo.

«Mírame», pensó, presa del delirio mientras se levantaba en la butaca, repleta de sí misma, ahíta del ayer. «Mírame. Soy la sombra del horror, la hija de la penuria. Mírame, padre: soy la muerte que camina».



## ISKARIA

Volga fue la primera en verla. Había dibujado ojos de alerta en las ruinas que conducían hasta la pirámide; los había trazado con hueso molido y fijado a las piedras y cascotes mediante hechizos de sello. Fueron estos quienes descubrieron a la muchacha que se aproximaba. En cuanto la alertaron, Volga se asomó a ellos. La visión era neblinosa, mustia, pero lo bastante clara como para que no quedara ninguna duda sobre la identidad de la persona que se acercaba.

—Viene Ariadna —anunció.

Gólgota y Legión la miraron extrañados. La presencia de la virago allí no entraba dentro de lo previsto. Todos estaban de acuerdo en que lo más correcto era mantenerla al margen de la búsqueda de Evan. Se dirigieron hacia el límite del asentamiento que rodeaba la pirámide. Las creaciones de Etolia permanecían inmóviles, diseminadas por todo el lugar, a la espera de que su dueña o las circunstancias las activaran; unas estaban encorvadas hacia delante, otras se inclinaban hacia los lados; y todas tenían el mismo aire de muñecos a los que se les ha terminado la cuerda. Eran idénticas en forma: esperpentos humanoides de cerca de dos metros de alto, asexuales, sin más rasgo en sus rostros que una gran runa grabada en el centro de lo que debería haber sido su cara. Similares en forma, sí, pero diferentes en cuanto a materia de construcción; los había de turmalina, de amatista, de diamante, de cuarzo, de malaquita... hasta había una que daba la impresión de estar esculpida en sangre coagulada. En total un centenar de autómatas dormidos aguardaba entre las ruinas, dentro de cada uno de ellos latía un corazón vivo, eso y la hechicería de Etolia era lo que les daba vida y confería poder.

La propia Etolia se encontraba a las afueras del poblado en ruinas, a la espera también. Sus hechizos de alerta debían de haberla informado de que alguien llegaba. No estaba sola. Junto a ella estaba el hechicero muerto que le hacía de guardaespaldas, un inexpresivo montón de carne, sin lengua, con las cuencas vacías y las mejillas destrozadas a arañazos; y el gólem de ámbar repleto de insectos que mantenía siempre activo, con su runa de poder fulgurándole en mitad de la cara. Etolia no aparentaba mucho más de trece años. Iba descalza, vestía una falda negra de flecos que rozaban el suelo y un corpiño rosa pálido, atado por delante con lazos en zigzag. Empuñaba un largo báculo de obsidiana con una cabeza de mujer clavada en su extremo. La palidez exagerada de la joven contrastaba vivamente con sus venas, de un negro intenso; su sistema circulatorio se marcaba contra su carne lívida como

un tatuaje laberíntico, como una telaraña a flor de piel. La niña guerrera se apartó el cabello pajizo de la frente cuando los tres asesinos se le acercaron desde el sur. Sus ojos eran de un rojo sanguíneo, similar al color del cielo de aquel mundo devastado. Etolia no pertenecía a la Carroña. Vivía en la sombra domada de un castillo encantado, donde confeccionaba y almacenaba su ejército de autómatas. Era pupila del conde Sagrada y, según se rumoreaba, hacía siglos que no aparecía un nigromante de su talla.

—¿Esa que se acerca no es vuestra niña perdida? —preguntó cuando los tres asesinos llegaron a su altura. Acompañó sus palabras con un lánguido alzar de brazo para señalar hacia el sur. Cada vez que hablaba, brotaban zarcillos de oscuridad de entre sus labios negros. La muchacha rebosaba tinieblas.

—¿Ariadna? ¿Viene Ariadna? —Cornualles, otro de los asesinos de la Carroña, se levantó de la roca en la que había estado sentado. Era enorme, de rostro cuadrado y mandíbula prominente y bien afeitada. Vestía un traje mimético que lo camuflaba a la perfección con cualquier tipo de escenario y ambiente, volviéndolo casi invisible. Cargaba a la espalda con un verdadero arsenal de armas diseñadas en los filos superiores, desde un rifle de pulsos hasta un quemador atómico—. ¿El conde Sagrada le ha permitido venir? —preguntó extrañado—. ¿Se ha vuelto loco? ¿No aprendió nada de la última vez?

Nadie le contestó, aunque Volga supuso que la mayoría de los presentes se estaba formulando preguntas semejantes. Cuatro años atrás, el conde había cometido la imprudencia de confiar en Evan y Ariadna al poco de que volvieran de su repentina espantada, cuando era evidente que no estaban preparados para reintegrarse a las actividades de la Carroña. Todavía hoy estaban pagando las consecuencias de aquel error.

No tardaron en verla aparecer por el camino tortuoso que conducía al poblado. La muchacha caminaba en paralelo a una enorme grieta abierta en el terreno, casi al borde de la misma.

—Es ella —dijo Legión.

—O alguien que se le parece mucho —apuntó Gólgota a su lado—. La niña lerdá que maté en la Umbría, por ejemplo.

El conde Sagrada había enviado doce asesinos de la Carroña junto a Etolia y los suyos. En cuanto se corrió la noticia de quién llegaba, algunos se aproximaron para contemplar el regreso de la hija pródiga. A otros, en cambio, la llegada de la virago les importaba menos que nada.

—Ariadna —barbotó Asmodeo. Era una gárgola de tres metros de alto, siempre encorvada, con unas alas diminutas en la espalda que a duras penas lograban sostener su peso cuando se atrevía a alzar el vuelo. En el momento de su nacimiento, los monjes que adoraban a su raza lo habían envuelto en la placenta de un dragón y sumergido en la sangre de un ángel recién sacrificado. Se decía que gracias a ese ritual lo habían hecho inmortal. A su alrededor revoloteaban varios murciélagos de

las sombras; Salivazo, la mascota de Gólgota, también se había unido a ellos. Asmodeo era un rastreador de la Umbría, el mejor sombreador con el que contaba la casa sin ventanas.

—Ariadna —susurró Reyerta. La voz, hueca y apagada, procedía del interior del yelmo con forma de halcón que coronaba una impresionante armadura negra, una verdadera obra de arte de la ingeniería bélica. No había ninguna criatura física dentro de ella. La armadura estaba encantada y poseída por el espectro del guerrero que la había vestido quinientos años atrás. Había vagado por la Umbría durante siglos hasta que el conde Sagrada dio con él y lo reclutó para su ejército de espantos. Se contaba que el día en que encontrara el lugar donde sus enemigos habían arrojado sus huesos cumpliría su condena y su alma sería libre. Reyerta no tenía demasiada prisa porque eso sucediera. No había sido un hombre noble en vida, mucho menos tras su muerte, y tenía miedo de averiguar qué le aguardaba tras traspasar el verdadero umbral.

El terreno se había mantenido en calma durante las últimas horas pero de pronto comenzó a hacerse notar otra vez, como si la llegada de la virago lo hubiera soliviantado o fuera su modo de darle la bienvenida. La tierra tembló y retumbó con un brío nuevo. Ariadna no varió su paso. Avanzaba decidida, superando los obstáculos que se interponían en su camino con elegancia. Casi parecía estar exhibiéndose. Su indumentaria no tenía nada que ver con la que llevaba la última vez que la habían visto. Calzaba botas hasta media pantorrilla; botas, como su mirada, desparejas, la izquierda era roja y estaba repleta de hebillas, remaches y tachuelas; la derecha era negra, lisa, con una cremallera blanca en un lateral. Vestía también una falda oscura repleta de pliegues y vuelos, que caía de su cintura con aire de red destrozada. Su atuendo lo completaba una camiseta gris muy ceñida, cosida a puñaladas. Aquella indumentaria era propia de la Ariadna del pasado, de la muchacha irreverente con la que habían convivido durante tanto tiempo.

El pelo negro, despeinado y revuelto; y la expresión de su rostro, ligeramente ida, como si estuviera escuchando una música que el universo desgranara solo para ella, les recordó todavía más a aquella otra Ariadna, a la virago perdida. La joven se detuvo ante ellos y los recorrió con la mirada mientras sonreía burlona. Apoyaba con dejadez la mano en la empuñadura del sable que llevaba envainado a la cadera. Gólgota se adelantó un paso.

—¿A qué has venido, chiquilla? —le preguntó en tono desabrido—. ¿Tengo que arrastrarte de nuevo a la casa sin ventanas? ¿Eso pretendes que haga?

—Esta vez no te resultaría tan sencillo conseguirlo, demonio —replicó ella. Le dedicó una sonrisa rápida, vista y no vista. Otro de los gestos característicos de la Ariadna que recordaban—. Pero no te preocupes, no tendrás que hacerlo. Estoy completa. He salido de la pecera. Soy yo. He vuelto. —Y acto seguido les hizo una media reverencia. Etolia rio entre dientes.

—Bienvenida entonces —dijo Legión. La estudiaba con desconfianza. El asesino de la Carroña vestía su cuerpo tradicional, el que muchos decían que era el suyo

propio: un hombre alto y desgarbado, de mirada profunda, barba de varios días y gorro de aviador—. ¿Sabe el conde que estás aquí?

—Lo sabe. —En torno al cuello llevaba una cadenita de plata de la que colgaba una araña viva. El arácnido correteaba por la camiseta de la virago, arrastrando sin dificultades la cadena tras ella—. Un pajarito le ha contado que las cosas están estancadas por aquí. Os habéis topado con un callejón sin salida, ¿verdad? No tenéis ni idea de cómo encontrar a Evan.

Tenía razón, por supuesto. Habían dado con la pista del virago nada más llegar. Evan ni siquiera se había tomado la molestia de ocultarse. Había invocado a Disculpa muy cerca de la pirámide y poco después había entrado dentro. El rastro desaparecía allí. No había magia en el lugar y las investigaciones que habían realizado no habían servido para nada. Evan parecía haberse desvanecido en el interior de aquel edificio ruinoso.

—Estamos trabajando en ello —gruñó Reyerta.

—Sí —se quejó Gólgota—. Estamos todos sentados sobre nuestros culos con la esperanza de que a alguien se le ocurra una brillante idea. Así es como trabajamos aquí.

—Tú eres la virago. —Etolia dio un paso al frente. Era más baja que Ariadna, pero caminaba tan erguida que casi no se notaba la diferencia. Las dos muchachas se miraron a los ojos—. Me gusta tu ropa y me gusta tu arañita —dijo—. Tu pelo, no. Parece estropajo.

—No he tenido tiempo de pasar por la peluquería, gracias por recordármelo. —Entrecerró los ojos—. ¿Tú de dónde has salido? No estabas aquí hace cuatro años.

—Ni tú hace tres. —Se acercó a Ariadna veloz, casi se abalanzó sobre ella. La olfateó unos instantes, para desconcierto evidente de la joven. El paso de la araña se volvió frenético, como si quisiera alejarse todo lo posible de aquella niña extraña—. Has estado con mi tío —señaló Etolia—. Todavía hueles a él.

—Sí. —Se apartó de ella y la miró con franca antipatía—. Y si me hubiera advertido de que estabas como una cabra te habría traído una lata para que la mordisquearas.

—Eres graciosa —dijo Etolia—. Me gustas. A pesar de tu pelo.

—¿Entonces has venido a guiarnos hasta Evan? —preguntó Legión. Resultaba evidente que al multiforme no le terminaba de convencer todo aquello.

—No —contestó Ariadna al tiempo que tiraba del guante que llevaba en la mano derecha, una redecilla negra que le cubría hasta medio antebrazo—. He venido a encargarme de Evan. Y a recuperar el Puño. Pero no estoy aquí para guiar a nadie. Voy a ir yo sola. —La sorpresa que provocó su comentario fue más que evidente—. ¡No me miréis así! ¡El conde Sagrada me ha ordenado que lo haga! No os preocupéis. Estuvimos hablando largo y tendido después de que recuperara la memoria. Todo está aclarado. Todo está resuelto.

—¿Vas a enfrentarte a Evan tú sola? —preguntó Legión, incrédulo.

—Espero no tener que llegar a ese extremo —dijo—. Más que nada porque tengo todas las de perder. Lo que voy a hacer es hablar con él. Quiero que comprenda que todo esto es una locura. Voy a pedirle que sea razonable y que se deje de tonterías.

—¿Y crees que te hará caso? —Gólgota se echó a reír—. ¿Qué vas a hacer? ¿Apelar a la bondad de su corazón?

—Algo así. —Suspiró—. No tengo más alternativa que intentarlo. Y, dadas las circunstancias, soy la única que tiene una oportunidad de conseguirlo. Evan está fuera de vuestro alcance. Aunque supierais dónde se oculta y cómo llegar, poco podríais hacer para derrotarlo. Da igual lo que intentéis, da igual las tropas que os respalden. Nunca podréis vencerlo. Creedme, sé lo que digo.

—¿Y el humano? —preguntó Volga a Ariadna—. ¿Qué harás con el muchacho que retiene Evan?

—¿Con Marc? —Ariadna frunció el ceño, como si fuera la primera vez que se detenía a pensar en él. Se mordió el labio inferior, justo en el centro, otro gesto propio de ella—. No me gustaría que sufriera más por mi causa, no sería justo. Ya lo ha pasado bastante mal. Haré lo posible por rescatarlo con vida. Luego lo devolveré a la Tierra Pálida. El conde Sagrada se ha ofrecido a borrarle la memoria.

—¿Borrarle la memoria? —Gólgota parecía sorprendido—. ¿Eso es un eufemismo, cariño? El conde Sagrada le borrará la memoria, sí, pero le arrancará la cabeza en el proceso.

—No, no lo hará —dijo—. Me ha dado su palabra.

—Y su palabra es sagrada —murmuró Reyerta desde las profundidades de su casco vacío.

—¿Ya no estás encaprichada de él? —le preguntó Gólgota mientras la observaba con picardía—. ¿Tanto han cambiado las cosas desde que te maté?

—¿Qué más da lo que sienta? —Ariadna se encogió de hombros—. No, ya no importa. Ni siquiera pertenecemos al mismo mundo. —Su expresión se endureció—. Ni siquiera pertenecemos a la misma especie. Se merece algo mejor que yo. Se merece algo mejor que una asesina.

—La niña perdida está enamorada —murmuró Etolia—. Dice insensateces que ni ella misma se cree.

—La niña perdida lo que está es harta —dijo Ariadna—. Voy a terminar con esto de una vez. Voy a recuperar el Puño de Aazardian y a conseguir que Evan se entregue. Y voy a hacerlo ahora.

Echó a andar hacia la pirámide.

Los asesinos de la Carroña la escoltaron. Etolia y sus dos guardaespaldas fueron también tras ellos. La cabeza empalada en el báculo de la niña guerrera emitía una suave fosforescencia, una luz verdosa que tiznaba su camino de esmeralda. Los golems permanecieron inmóviles, indiferentes al paso de su creadora y de los asesinos a los que seguía. Con Ariadna a la cabeza, entraron en la pirámide por una de las grandes grietas abiertas en la cara sur del edificio. Allí dentro había varios

autómatas en funcionamiento, estaban desescombrando el lugar, arrastrando cascotes y piedras, y asegurando uno de los muros en severo riesgo de desplome. Los golems se movían con celeridad, a pesar de su apariencia tosca. La llegada de la Carroña y Etolia no interrumpió sus actividades.

El interior de la pirámide apestaba a polvo y pasado muerto. Buena parte de la pared norte se había derrumbado sobre la estructura, sembrando todo de escombros. Dos de los asesinos que habían acudido allí, Matúsala y Voráquine, eran lectores, pero lo único que habían obtenido de la pirámide era un insidioso ruido blanco. Aquel edificio no estaba protegido contra la lectura, pero había algo en él, una suerte de estática, de energía residual, que interfería con ella.

Daba la impresión de que aquel lugar había sido en el pasado algún centro de culto. Era un espacio único, con tribunas a diferentes alturas que sobresalían de los muros. Dispuestas en paralelo a las paredes se podían ver largas filas de asientos, divididos en secciones separadas unas de otras por lo que bien podía tratarse de altares, púlpitos o, quizá, sarcófagos enormes. El centro de la pirámide estaba reservado a una gran plataforma de piedra, de un negro resplandeciente, casi vivo, con escaleras en sus laterales. Aquel escenario estaba rodeado por un amplio círculo de estatuas. La mayor parte de ellas estaban despedazadas alrededor de sus pedestales, pero unas pocas habían sobrevivido al paso del tiempo y los derrumbes. Todas representaban al mismo tipo de criatura: seres humanoides, espigados, de extremidades largas y cabeza diminuta y triangular, de cráneo achatado, casi plano, y dotados de una mandíbula abultada. Aquellos debían de haber sido los habitantes de ese mundo. Los seres eran casi idénticos, aunque había variaciones sutiles que indicaban que en algunos casos se trataba de representaciones de razas diferentes. Donde había más diversidad era en los atuendos e instrumentos que empuñaban en sus manos de tres dedos. Uno era a todas luces un guerrero; vestía una curiosa armadura, repleta de puntas, estrías y símbolos extraños, y empuñaba con aire marcial un largo tridente recubierto de protuberancias. En la estatua vecina una criatura cubierta con una túnica se arrodillaba en actitud reverente, con las manos sobre la cabeza. Otra representaba a una de las criaturas encorvada sobre un extraño artilugio, un arado quizá, o algo similar. Más allá otra estatua mostraba a uno de esos seres desnudo por completo, en mitad de lo que podía parecer o un complejo paso de baile o una convulsión; los genitales de aquella criatura eran insólitos, una mezcla curiosa entre flor y mariposa tentacular.

Ariadna se aproximó a un pedestal vacío. Se acuclilló ante la piedra y durante unos instantes pareció concentrada en leer los curiosos glifos de su base. Aquella era una lengua muerta, tan extinta como la civilización que la había usado para comunicarse. La virago asintió y pasó la mano sobre los grabados, sin llegar a tocarlos, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Al momento, el frontal del pedestal emitió un zumbido corto y se desplazó hacia un lado, mostrando lo que parecía ser un primitivo teclado. Los botones eran de piedra y madera, y no había

ninguno del mismo tamaño, color o forma.

—Esto no es un templo ni un mausoleo —les explicó la muchacha—. Es un centro de transporte. Desde aquí, la población del planeta se trasladaba a otras estaciones parecidas a esta. Se abren portales entre ambas, similares a los que la magia crea para nosotros, aunque en este caso la hechicería no tiene nada que ver. No sé qué tecnología usaban estos tipos. ¿Portales entre dimensiones? ¿Pliegues espaciotemporales? Ni idea.

—Por eso desaparece aquí el rastro de Evan —comprendió Gólgota—. Abrió un portal y lo atravesó, ¿no es así?

—Eso es —le confirmó Ariadna—. Evan ni siquiera está en este planeta. La civilización de este mundo no solo conocía el transporte automático, también el viaje interestelar. Evan está en Iskaria, una luna que ni siquiera pertenece a este sistema solar. ¿Quién sabe? Puede que ni siquiera pertenezca a este universo. Sea lo que sea, está lo bastante lejos como para que pueda usar el Puño de Azardian sin que nadie lo detecte. Los portales se activan mediante códigos únicos, códigos que, por lo que pudimos comprobar, solo funcionan en una determinada estatua. El que yo conozco conduce a la luna de Evan. Y no, no os molestéis en intentar leerlo entre líneas o rebuscar en mi mente, lo tengo a buen recaudo en mi cabeza, bien protegido.

—Abre el portal entonces y vayamos a por él —dijo Cornualles—. ¿Dónde está el problema?

—En que el transporte es individual. No sé si es cosa del tiempo y el abandono o si en el pasado funcionó también así. La cuestión es que solo se puede cruzar de uno en uno. Además, para complicar todavía más la situación, el sistema necesita un tiempo de recarga entre cada salto. Por eso la posición de Evan es casi inexpugnable. Os puedo garantizar que tiene preparado un caluroso comité de bienvenida para las visitas no deseadas. —Sonrió traviesa—. Cualquiera que salte a la luna morirá antes de saber qué lo está matando.

—Menos tú.

—Menos yo. —Ariadna asintió—. A mí me está esperando. De eso va todo esto.

—Lleva la semilla de un portal mágico contigo —le pidió Legión—. Enlázala con nuestra posición y actívala. Caeremos sobre Evan antes de que pueda pestañear.

—No tendría tiempo de sembrar la semilla —dijo ella—. Y Evan no es tonto. Esperará una jugada semejante. Tengo que ir sola. Sin trampas.

—Curiosa tesitura en la que nos encontramos sumidos entonces —dijo Gólgota. Salivazo había dejado la órbita de Asmodeo y se había enredado en la mano del demonio, dando lengüetazos a sus dedos—. Deja que haga un rápido repaso de tus intenciones: pretendes que te dejemos marchar con tu antiguo amante a un lugar al que luego nosotros no podríamos acceder. Interesante. Soy suspicaz por naturaleza, lo sabes. ¿Quién nos asegura que una vez allí no te aliarás con él? Por lo que dices, Iskaria es inexpugnable y Evan cuenta con poder suficiente para hacernos frente durante todo el tiempo que se le antoje.

—Eso mismo va a proponerme Evan —aseguró Ariadna con voz cansada—. Por eso quiere que me reúna con él. La luna en la que se encuentra es la misma donde nos refugiarnos hace cuatro años, cuando huimos de la casa sin ventanas.

—¿Y qué respuesta vas a darle? —preguntó Volga.

—Lo que tenga que decirle, se lo diré a él, no a vosotros. —Mientras hablaba Ariadna comenzó a teclear el código en el panel. Lo hizo encorvada, cubriendo con su cuerpo el teclado para que nadie pudiera ver la secuencia de botones que pulsaba—. Lo único que puedo hacer es prometeros que haré lo posible por regresar. Con Evan, con el Puño de Azardian. —Se apartó del panel tras pulsar el último botón—. Y con Marc —añadió.

Durante unos instantes no sucedió nada, pero pronto comenzó a escucharse un creciente tamborileo procedente del pedestal. Del subsuelo les llegó un curioso chasquido, el sonido que podría producir una enorme rueda dentada al ponerse en funcionamiento. Nuevos ruidos se unieron a ese, el repiqueteo de engranajes rodando sobre engranajes, de poleas en marcha, de cadenas recogándose. Sonidos que ni por asomo tenían que ver con la alta tecnología. Un tintineo resonó por todo el lugar, una evidente llamada a la atención. Unos segundos después, una grabación en una lengua ininteligible se oyó dentro de la pirámide. El mensaje sonaba arrastrado, quizá por un defecto del audio o porque la voz de las criaturas que habían habitado aquel mundo fuera realmente así: gutural, lenta, viscosa, como si la garganta de la que surgía estuviera medio anegada en líquido.

Ariadna se levantó y echó a andar hacia la plataforma de roca negra que ocupaba el centro de la pirámide. Aparentaba estar tranquila, pero ahora aferraba con más fuerza la empuñadura del sable. El ruido del mecanismo se mantenía firme y constante. Llegaba de todas partes a un tiempo, un sonido de metrónomos entremezclados, de ruedas dentadas girando al unísono.

—Antes de irme le di al conde Sagrada el código de activación del portal —les dijo—. Él sabrá qué hacer con él si tardo en regresar. —Nada más poner un pie en el primer peldaño que conducía a la plataforma el sonido de maquinaria de relojería en marcha se aceleró. En el centro de la piedra comenzó a brillar una diminuta esfera de luz cenicienta, no mayor que una cabeza humana, que giraba despacio.

—Evan tiene una espada que en teoría es capaz de matarte de verdad —le recordó Gólgota—. Procura no olvidarlo.

—No lo he hecho —dijo ella—. Intentaré no acercarme demasiado a ella.

Cuando subió al segundo escalón, la esfera sobre la piedra dobló su tamaño y aumentó la velocidad de su giro. Antes de que Ariadna pudiera subir al tercer peldaño, una mano la tomó con firmeza del antebrazo y la detuvo. Era Etolia. La niña se le había acercado en una silenciosa carrera y ahora le dedicaba una sonrisa entre cómplice y pícara.

—Evan, Marc y el Puño —canturreó. Entre sus palabras brotaban jirones de humo negro—. El Puño, Marc y Evan —repitió. Acompañaba su cántico con un



ridículo balanceo—. Si solo pudieras regresar con uno de los tres, ¿a cuál escogerías?

Ariadna no contestó. Se libró de la mano de Etolia de un tirón y subió un nuevo peldaño. La joven al pie de las escaleras se echó a reír. Y su risa era la risa de la locura, de la demencia más insana, la risa de los condenados sin posibilidad de redención. El hechicero muerto a su lado abrió la boca y emitió un sonido vago, un intento, quizá, de reír con ella. La cabeza empalada en la vara también gesticuló, una mueca horrible, dantesca, que terminó con un hilo de sangre y baba resbalándole por la comisura de sus labios.

La esfera continuó creciendo a medida que Ariadna se acercaba a ella; cuando alcanzó los dos metros de diámetro se acható, se aplastó en el aire y dejó de girar, convertida en una gran moneda de plata suspendida en la nada. Era opaca pero en su superficie se intuían tinieblas que quizá tuvieran algo que ver con el escenario al otro lado. La virago se detuvo ante ella. La luz plateada arrojaba su sombra contra las paredes de la pirámide, inmensa y deforme.

Ariadna pareció dudar. Los asesinos de la Carroña la vieron erguirse sobre el pedestal. A continuación acarició con ternura la araña que llevaba al cuello, miró un instante atrás y luego, decidida, atravesó la membrana. La superficie ni siquiera tembló al recibirla. Una vez desapareció, el estrépito de maquinaria se silenció y el portal se colapso sobre sí mismo hasta desaparecer por completo.

En las ruinas de la pirámide quedaron los asesinos de la Carroña, los golems atareados y la niña siniestra, todavía con la sonrisa en los labios.

\* \* \*

La anciana vidente los condujo por las laberínticas calles del casco antiguo del Filo de la Prefectura de Katay. Era un caos de pabellones, templetes, torres y pequeñas mansiones, separadas unas de otras por zonas ajardinadas y estanques. Los edificios allí eran de escasa altura, nada que ver con las disparatadas pagodas rascacielos que eran santo y seña de aquel filo. Por doquier se veían dragones de piedra asomados a los muros y umbrales de las casas. En ocasiones, llegaron a toparse con dragones vivos deambulando por los jardines; criaturas indolentes de largos bigotes, cuerpo de serpiente y patas rapaces; la mayoría eran creaciones modeladas por genetistas, siempre de moda entre los habitantes de la prefectura, pero no podían descartar que entre ellos hubiera algún dragón genuino. Una de aquellas bestias portentosas, de un brillante color esmeralda, se enroscó en lo alto de un templete y los contempló pasar con vago interés mientras masticaba un pavo real, hurtado con toda probabilidad de una casa vecina.

Evan y Ariadna flanqueaban a la anciana en la marcha, enlazados el uno a la mirada de la otra. No temían una emboscada, pero aun así se mantenían alerta. La

vidente no contaba con protección contra la lectura y los dos viragos la habían leído sin contemplaciones. Todo indicaba que estaba siendo sincera. Su talento le había servido para vaticinar que iban tras ella y aquel era un intento a la desesperada de eludir la muerte. Era muy consciente de que sus posibilidades de éxito eran escasas, pero Ariadna no podía culparla por intentarlo. Evan había insistido en que todo aquello no era más que una pérdida de tiempo y que lo mejor que podían hacer era matarla cuanto antes y regresar a la Umbría. Pero Ariadna quería saber. Aquella mujer había logrado despertar su curiosidad.

—Sé muchas cosas —les dijo mientras frotaba huesecillos de pájaro entre sus manos apergaminadas—. Sé cuál será la próxima estrella en caer del cielo. Sé qué días lloverá sangre y cuándo nacerá el próximo hijo terrible de Samarkanda. Y también sé que si muero hoy, será a tus manos, niño virago —dijo mientras miraba con los ojos muy abiertos a Evan. A Ariadna le recordó a un sapo viejo y arrugado—. Son manos fuertes. Manos recias. Serás rápido, ¿verdad? No harás sufrir a una anciana desdichada, ¿no es así? Compadécete de mí.

Evan no contestó. Se limitó a mirarla con esa media sonrisa suya que parecía dar a entender que se moría de ganas de comprobar cómo eras por dentro. Ariadna leyó de nuevo en la vidente. Tenía miedo a morir, sí, pero sobre todo tenía miedo al dolor. Y en esa ocasión, la lectura mostró a Ariadna sombras nuevas, torbellinos de sentimientos y oscuridades difíciles de aprehender que antes no habían estado allí; pronto desaparecieron y el interior de la anciana quedó otra vez en calma. La miró suspicaz y la otra le devolvió la mirada, desafiante. Aquella mujer no estaba protegida contra la lectura, era cierto, pero conocía formas de ocultar información.

—Oh, sí. Sé muchas cosas, niña muerta —le dijo, como si hubiera leído su pensamiento—. Sé que tienes dudas, sé que sospechas de mí, pero también sé que me seguirás porque ya no te queda otra alternativa. Y sé que lo que estoy a punto de mostraros os cambiará la vida. Sí. Lo hará, lo hará. Lo cambiará todo. Absolutamente todo.

A medida que se adentraban en el casco antiguo del filo, los edificios que les salían al paso se veían cada vez más deteriorados. No tardaron en caminar entre casonas abandonadas y terrenos baldíos. El templo donde los condujo la anciana se encontraba en muy malas condiciones, pero se mantenía en pie con una tozudez granítica. Estaba situado en lo alto de un promontorio rocoso, un centinela hosco que en otros tiempos debió de dominar el casco antiguo del filo, antes de que los rascacielos y las pagodas de cincuenta alturas vinieran a asfixiar la zona. Su triple tejado negro se había desplomado sobre sí mismo, provocando el derrumbe de buena parte de la fachada sur. La anciana, a pasos cortos y veloces, los condujo dentro. No quedaba nada de la suntuosidad que en otros tiempos debió de imperar allí; era un lugar desierto donde ladrones y vándalos habían hecho desaparecer hasta la última madera y la última piedra. Lo único que no habían conseguido llevarse era una estatua de bronce de unos ocho metros de altura, desportillada en algunos puntos, que

ocupaba un lugar de honor en la cabecera del templo. La estatua representaba a un gigante con cabeza de buey, seis poderosos brazos y cuatro ojos amenazadores; en los puños de aquel ser se alternaban espadas y escudos.

Hacia él se dirigieron.

—Serví de niña en este templo —les contó la anciana. Hablaba muy deprisa aunque solía hacer pausas a media frase para lamerse las encías con fruición—. Mucho antes de que el don de la videncia despertara en mí, sí, mucho antes. Debo de ser de las pocas que conocen lo que se oculta bajo la estatua de Chi You, el dios de la guerra. —Sonrió con tristeza, con la nostalgia de los moribundos que recuerdan los tiempos en que tuvieron toda la vida por delante—. Y soy la única que recuerda las palabras que despejan el paso hacia el mausoleo. No es mérito mío. La muerte ha ido reclamando al resto de los que las conocían. —Alzó sus brazos raquíuticos ante la gran estatua y comenzó a declamar en mandarín antiguo.

El gigante respondió a sus palabras en el acto. Tembló y se agitó; su enorme pecho comenzó a crujir, como si el bronce que le daba forma estuviera haciendo lo imposible por respirar. El polvo que lo había recubierto se desprendió de su superficie en forma de llovizna suave. Sus cuatro ojos pestañearon a la par y dejaron resbalar por sus mejillas lágrimas de herrumbre. Ariadna y Evan se pusieron de inmediato en guardia, temiendo un ataque. Pero la estatua se limitó a alzar sus seis brazos en arco y, a continuación, levantó la pierna derecha, en una pose de bailarina excéntrica a punto de ponerse a dar piruetas. Bajo su gran pezuña hendida se había ocultado una trampilla con ideogramas en chino arcaico. La anciana se acuclilló ante ella y la abrió con un rápido pase de manos y una frase incomprensible. Después se hizo a un lado y señaló hacia la oquedad que había quedado al descubierto. Ariadna y Evan se asomaron a ella. Unos estrechos escalones embaldosados conducían hacia las profundidades del templo. La penetrante oscuridad que los aguardaba allí estaba cuajada de promesas y amenazas, de sombras y malos augurios.

—¿Estás segura de lo que estamos haciendo? —le preguntó Evan a Ariadna.

—No —contestó ella y señaló hacia delante con la cabeza, en un gesto que no admitía discusión. Quizá la anciana estuviera tramando algo, pero lo que era cierto sin ninguna duda era que lo que pretendía mostrarles estaba relacionado con los viragos. No podían marcharse de allí sin descubrir de qué se trataba.

Evan abrió la marcha, con la vidente tras él y Ariadna en último lugar. La joven echó un vistazo a su espalda mientras bajaba; la pezuña de la estatua permanecía suspendida en lo alto, y había algo amenazador en su pose, como si estuviera deseando aplastarlos. Leyó entre líneas en ella; el sortilegio que la había obligado a alzarse todavía podía leerse inscrito en el bronce aunque las palabras, poco a poco, se iban desvaneciendo. Susurró la primera palabra de la memoria para fijarlas en su mente y aceleró el paso para reunirse con Evan y su guía.

Al llegar abajo, el joven murmuró la segunda palabra de la luz y una claridad tibia se extendió al instante en torno a ellos, extrayendo de las sombras un estrecho

corredor que descendía en una empinada rampa en el subsuelo del filo. La capa de polvo acumulada allí tenía varios centímetros de espesor. Hacía años que nadie caminaba por aquel pasaje. Había lámparas de aceite cada pocos metros, dispuestas en la pared sobre soportes con forma de cabeza de dragón, todas apagadas. Los viragos y la anciana echaron a andar; no proyectaban sombra alguna a la luz de la hechicería y la arena apenas crepitaba bajo sus pasos. La vidente rompió el silencio cuando ya llevaban unos minutos de marcha:

—Hace dos mil años, este filo cayó en manos de un poderoso señor de la guerra. —Su voz polvorienta casaba a la perfección con el ambiente—. Ann Shikai se llamaba. En la Tierra era temido, un conquistador feroz que extendió su dominio por media China, pero él soñaba con someter los cielos, con doblegarlos... Cuentan que desde niño no hizo otra cosa que mirar más allá de las nubes. Allí estaba su destino, aseguraba. Para perseguirlo ordenó construir una flota de dragones de madera y embarcó a sus mejores tropas. Entre ellas estaba el destacamento que le había granjeado mayor fortuna y gloria: las Cuarenta Maldiciones del Dragón. Los códices y escrituras de la época los señalaban como inmortalos.

—Viragos —comprendió Ariadna.

La anciana asintió.

El pasadizo terminaba en un arco recto, bellamente tallado. El aire era seco y árido, aire de desierto abrasado. Ariadna aguantó la respiración. La expectación le mordía el vientre como un animalillo inquieto. De pronto tuvo miedo, un miedo atroz. Tanto que estuvo tentada de hacer caso a Evan y matar a la vidente allí mismo. Pero la curiosidad la pudo. Aquella mujer tenía razón. Una vez dado el primer paso no podían echarse atrás.

—Viragos —repitió la vidente mientras se acercaban a la salida del corredor—. No había guerreros más temibles ni feroces. Nadie consiguió vencerlos jamás en la batalla. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo vencer a seres que no hacen más que regresar una y otra vez de la muerte? Gracias a ellos, Ann Shikai conquistó más de una veintena de filos e instaló en este la capital de su imperio. Durante quince años reinó más allá de las nubes, como siempre había deseado. Cuando murió se decretó que las Cuarenta Maldiciones del Dragón lo acompañarían en su viaje a través de la eternidad. ¿Qué mejor destino para ellos que escoltarlo en muerte como ya lo habían hecho en vida? «Conquistó el cielo», decían, «dejad que se lleve a los suyos y conquiste al mismísimo olvido».

Fueron a salir a una amplia estancia subterránea, la antesala del mausoleo propiamente dicho: una gran construcción rectangular flanqueada por dos dragones rampantes esculpidos en mármol negro. Las cabezas de ambas bestias se entrelazaban sobre el tejado del mausoleo mientras que sus zarpas descomunales se apoyaban en la fachada del mismo. Pero lo que de verdad impresionó a ambos no tuvo nada que ver con la última morada de aquel señor de la guerra. Lo realmente pavoroso estaba en la antesala que conducía a la tumba. Como bien les había adelantado la anciana, los

cuarenta viragos estaban allí.

Formaban en columna de a cuatro ante el mausoleo, custodiando tanto a este como a los tesoros y ofrendas depositados a sus puertas. La mayoría se mantenía firme en su puesto, pero dos habían caído, rompiendo la perfecta simetría de la formación. Todos vestían las mismas armaduras blindadas, de placas en forma de caparazón de tortuga, con cascos cónicos terminados en punta. Las lanzas y espadas que habían empuñado en otros tiempos yacían a sus pies, cubiertas de polvo. Las manos permanecían inmóviles en un gesto blando, fofo, como si creyeran sujetar todavía las armas caídas. Su piel era pergamino pálido, sus labios estaban resecos y rotos, las mejillas hundidas, delineando con una claridad cruel sus calaveras. El cabello de hombres y mujeres rebosaba del casco que los cubría y se precipitaba como una catarata enredada a su espalda, ellos además contaban con largas barbas enmarañadas. Su inmovilidad era abrumadora, perversa. Pero fue al acercarse cuando Ariadna comprendió en su verdadera dimensión el horror de aquella escena. En las miradas de los viragos se distinguía todavía un destello de vida, un hálito de conciencia activa: aquellos desdichados estaban enterrados en vida dentro de sus propios cuerpos.

—Tumbas vivas —anunció la anciana. Había hecho amago de quedarse en la puerta de la sala subterránea, pero Evan la había aferrado sin miramientos del brazo y la había arrastrado dentro—. Tumbas vivas, sí. Eso es lo que tenéis delante. Y ese es el destino que os espera. Ese es el precio que tarde o temprano los viragos pagan por sus resurrecciones. —Soltó una risilla pérfida. La vidente estaba disfrutando de todo aquello—. Tarde o temprano volveréis a la vida así: rotos y deshechos, con la conciencia mutilada, convertidos en meros despojos. No hay forma de escapar de ese destino. No hay salvación. Todos los viragos acaban convertidos en seres vacíos, en criaturas condenadas a una eternidad de no ser, vegetales inmundos que tienen prohibido morir.

»Contemplad vuestro futuro, niños muertos, contempladlo bien.

—No puede ser cierto —murmuró Evan.

—Oh. Hay tantas cosas que no pueden ser ciertas y aun así lo son... Leed en vuestros hermanos si ponéis en duda mis palabras, hacedlo, no temáis.

Y lo hicieron, leyeron en ellos con una ansiedad hasta entonces desconocida. Leyeron hasta que no les quedó más remedio que aceptar como cierto aquel horror. La anciana no mentía. Los viragos que custodiaban el sueño eterno de aquel señor de la guerra estaban vivos. Vivos y confinados en su propio interior, sus cuerpos eran sus mausoleos, sus sepulcros, sus prisiones... Condenados a una inmovilidad eterna. La demencia había hecho presa hasta en el último de ellos, una demencia absoluta, sin posibilidad de regreso. No tenían voz, pero gritaban. Aullaban incapaces de soportar aquel sufrimiento extremo, aquella tortura quieta. Gritaban y gritaban y gritaban. Arañaban con sus pensamientos deslavazados las paredes de sus cuerpos, transformados en cadenas. Proferían tales alaridos silentes que Ariadna estuvo

tentada de regalarles su voz y gritar con ellos hasta derrumbar las paredes de aquel sepulcro, hasta hacer caer al filo del cielo y arrancar al universo de sus goznes. Los viragos estaban enterrados vivos en sí mismos.

Llevaban siglos allí, siglos siendo nada, siglos siendo nadie.

Siglos gritando.

Ariadna retrocedió, casi tambaleándose. Respiraba de forma entrecortada; eran jadeos animales, los resuellos de una fiera atrapada en una trampa de la que sabe que no hay escapatoria. Estaba familiarizada con la muerte, no en vano había sido su compañera de viaje desde que tenía memoria. Había perdido la cuenta de las ocasiones en las que había resucitado, así como había perdido la cuenta de todos a los que había matado. La muerte era una vieja amiga, su lugar de descanso, un espacio de calma entre tempestades; la muerte era su razón de vivir. Nunca se había detenido a pensar en lo que el destino le depararía si alguna vez moría de verdad. Podía concebir la idea de no existir, lo había hecho ya en múltiples ocasiones. Pero aquello... Aquello era diferente. No, no estaba preparada para eso. Nadie podía estarlo.

—¿Cuándo nos ocurrirá? —preguntó. Miraba a uno de los viragos caídos. Sus ojos vacuos estaban fijos en la nada y tenía la boca abierta en una mueca extraña. Allí dentro se removió algo, una forma oscura que había anidado entre los labios de aquel desdichado—. ¿Cuántas veces tendremos que morir antes de terminar así?

—Oh. No hay un número —contestó la vidente—. No hay cifra exacta, ni siquiera aproximada. No es algo que se vaya acumulando y pase. No, no, no. Puede ocurrir en cualquier momento. Puede ocurrir la próxima vez que mueras. O dentro de mil muertes. Lo que es seguro es que a medida que pase el tiempo vuestras posibilidades de resucitar vacíos se multiplicará. Ningún virago ha llegado a los treinta años sin terminar así —dijo—. Sí, puede ocurrir en cualquier momento. —Y señaló con su dedo índice a una pequeña figura a la que no habían prestado atención hasta entonces. Era otro virago, apenas un niño, vestido de copero y algo separado del resto. Llevaba una copa de oro entre las manos, llena de vino avinagrado—. En cualquier momento —repitió la anciana antes de romper a reír otra vez.

Ariadna miró alrededor. Los viragos la ignoraron, mantenían sus miradas fijas en el mismo punto, ajenos al mundo que los rodeaba, atrapados todos en una misma pesadilla congelada.

—Tumbas vivas —repitió la vidente—. En eso os convertiréis. Tumbas vivas. Tumbas vivas para toda la eternidad.

—Perra —gruñó Evan—. Perra. —Apretó los dientes, sobrecogido él también por aquel espectáculo, y el reconocerse afectado lo trastornaba todavía más. Invocó a Disculpa y se acercó a paso vivo hacia la anciana.

Ella ni siquiera intentó retroceder. Se limitó a echarse a reír, a carcajadas violentas, salvajes. Evan la aferró del pelo, le levantó la cabeza y le cortó la garganta de un tajo. La vidente cayó de rodillas, tapándose la herida abierta con las manos. Seguía riéndose, como si acabara de gastar una broma tan ingeniosa que valía la pena

estar desangrándose allí. Ariadna leyó en ella, diseccionó el alma que agonizaba en el suelo. No estaba protegida contra la lectura, nunca lo había estado, pero había conseguido mantener oculto el verdadero motivo por el que los había conducido hasta allí. Ahora este salía a la luz. Demasiado tarde.

—Sabía que no tenía salvación —dijo con rabia—. Lo sabía. No estaba intentando evitar la muerte. Solo quería vengarse. Enseñarnos lo que somos es su venganza... Mostrarnos lo que somos de verdad es su manera de... —Respiró hondo, la última palabra de su frase se le había quedado atragantada en la garganta. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para conseguir hacerse con ella y sacarla fuera—: destruirnos —terminó—. Esta es su manera de destruirnos. —La anciana había visto el porvenir, se había asomado al futuro para ver el destino que aguardaba a sus asesinos. Y moría convencida de que al mostrarles aquella tumba había acabado con ellos del mismo modo en que el cuchillo de Evan había puesto fin a su vida.

Las Cuarenta Maldiciones del Dragón se mantuvieron indiferentes a los estertores y risotadas de la anciana. Ariadna contempló cómo moría, con las manos convertidas en puños a sus costados, temblando de furia. La mujer, con una última sacudida, quedó inmóvil, con media carcajada todavía en los labios. Sus ojos estaban abiertos, perdidos en el techo de aquella caverna. El suelo era una sucia mezcla de polvo y sangre.

—Salgamos de aquí —le pidió Evan mientras se acercaba a ella con paso inseguro—. Ariadna, vámonos. —La tomó del antebrazo y apretó con firmeza. A ella le costó trabajo reaccionar. No podía dejar de mirar a aquella vieja muerta, derrumbada sobre el creciente charco de sangre. Hasta que se dio cuenta de que su inmovilidad se parecía demasiado a la de los viragos que protegían el mausoleo y se forzó a moverse.

«Y sé que lo que estoy a punto de mostraros os cambiará la vida. Sí. Lo hará, lo hará. Lo cambiará todo. Absolutamente todo».

Dos días después huyeron de la casa sin ventanas.

\* \* \*

Evan acompañó a Ariadna durante el último tramo del trayecto.

Fue ella quien se enlazó a él, fue ella quien lo buscó. Él la dejó entrar en su mirada al tiempo que se deslizaba veloz en la suya. El alivio que sintió al comprobar que estaba en la pirámide fue inconmensurable.

¿Cómo podía Ariadna provocar en él semejantes emociones? ¿Cómo era posible que la simple promesa de su presencia lo hiciera temblar de tal manera? A lo largo de sus casi diecinueve años había tenido la oportunidad de contemplar un sinfín de maravillas y portentos; era inevitable al vivir en aquel mundo de locos. Pero no había

nada que se pudiera comparar con el milagro de tenerla cerca; no había prodigio que pudiera competir con la posibilidad de tocarla, de sentir su piel junto a la suya, de abrazarse a su calor, de marcar su cuerpo con el suyo... No lo entendía, aquello lo sobrepasaba. ¿Era amor? Lo dudaba. Aquella fuerza demoledora, aquella pasión, se resistía a ser catalogada. Darle nombre era menospreciarla, cometer el imperdonable sacrilegio de intentar ponerle límites... No, no era amor: era magia; era fuego; era hambre y sed; era dolor y agonía; era la canción secreta que se abría paso, a mordiscos, a cuchilladas, a través de sus entrañas. Sin ella, sin Ariadna, no era nada.

Entró con ella en el nodo de transporte y la contempló activar el portal que conducía a Iskaria. Sonrió, satisfecho, feliz, al ver cómo refulgía la esfera de plata; sus resplandores se esparcían entre las ruinas como una aurora boreal de colores apagados. La espera, esa interminable espera, estaba a punto de finalizar. Tuvo un ramalazo de pánico cuando la muchacha de ojos rojos se acercó a Ariadna y la detuvo en la escalera.

«Si solo pudieras regresar con uno de los tres, ¿a cuál escogerías?», leyó en los labios ennegrecidos de aquella niña grotesca.

No sabía qué había contestado Ariadna, si es que se había dignado a hacerlo. Para su alivio, se liberó de la desconocida y siguió su camino hacia el portal de plata.

Ariadna venía. Y una vez la tuviera a su lado todo iría bien, estaba convencido. El universo tendría sentido de nuevo. Era una locura estar separados, una afrenta a la razón. Habían nacido para estar juntos. En toda la creación no había verdad más absoluta que esa. Ni siquiera la muerte podía separarlos.

En la pirámide, Ariadna dedicó una última mirada a los asesinos de la Carroña y, a continuación, tras un leve titubeo que le puso a él, de nuevo, el corazón en un puño, atravesó el portal. Evan contempló a través de sus ojos el estallido de luz grasienta que la envolvió en el momento del transporte. Luego se hizo la oscuridad, una oscuridad tremenda, total, similar a la que traía consigo la muerte. Ariadna, a todos los efectos, había dejado de existir. Pero esa tiniebla cerrada solo duró un instante. Al segundo siguiente volvió a restablecerse el enlace entre ambos y otra vez se hizo la luz: un miserable destello primero que dio paso, sin solución de continuidad, al mismo portal, solo que ahora este se abría a un escenario diferente.

El fulgor de plata se desvaneció rápido. El portal se comprimió y dejó de existir. El transporte había conducido a Ariadna al centro de un pequeño templete techado, una suerte de quiosco de música, de finas columnas oscuras labradas en espiral. El embaldosado que pisaba estaba fabricado de la misma piedra negra y reluciente que la plataforma central de la pirámide. Evan revivió la sacudida de poder desmesurado que lo recorría siempre que se transportaba con aquel ingenio; aquella energía no tenía nada que ver con la magia ni con tecnología alguna que él conociera. En aquel mismo instante, Ariadna debía de estar escuchando el sonido estrafalario de la maquinaria que se escondía bajo el templete, la culpable sin duda de aquellos saltos en el espacio.



Las tropas del Puño custodiaban el portal. Evan había reunido en la plazoleta del templete a las criaturas más poderosas que había conseguido invocar del collar. En su mayor parte eran magos y guerreros, casi todos procedentes de la prehistoria del mundo oculto, de los tiempos en los que el Rey Muerto gobernaba sobre lo imposible. Había casi medio centenar de seres allí. La mayoría superaba con creces el poder del propio virago, pero eso poco importaba. Hasta el último de ellos era un títere en sus manos, un muñeco sin apenas voluntad que obedecía sus órdenes y caprichos de forma ciega. Él era su dueño y señor, ellos sus esclavos y sirvientes.

La vista de Ariadna se detuvo primero en la barracuda. El monstruo que la había matado en Madrid estaba al pie de la escalera, sus ojos ya no brillaban con la misma maleficencia; ahora era una criatura domada y eso se notaba en su expresión. Ego estaba muy cerca, con el ángel clavado a la espalda, su hacha de doble hoja, su cara repleta de cicatrices y sus doce ojos de tiburón. El morador de Cicero ya no respondía a los caprichos de la ciudad maldita, sino a los del propio Evan. Ariadna no se amedrentó al ver aquella congregación silenciosa, sabía que no tenía motivo para temerlos, aquellos monstruos y guerreros estaban allí para evitar incursiones no deseadas.

La virago avanzó hacia la escalera, se asió con delicadeza a una de las columnas y miró, muy despacio, a su alrededor (y Evan con ella).

El templete se encontraba en el centro de una plazoleta de forma triangular, con estatuas similares a las de la pirámide situadas en grupos de a dos en los vértices de la plaza; cada una de ellas con su panel oculto en el pedestal y con nuevos destinos aguardando en su seno. La plaza parecía haber estado dividida en varias jardineras y terrarios, pero los únicos restos de naturaleza que perduraban allí eran los esqueletos retorcidos de algo que quizá en el pasado fueran árboles.

Ariadna bajó la escalera y se reunió con el ejército de muertos que aguardaba al pie del templete. Una vez salió de la construcción, la joven, en un gesto inevitable, levantó la vista. La mitad de la cúpula celeste estaba copada por el gigante gaseoso en torno al cual orbitaba Iskaria; era un planeta de atmósfera verde oscuro, castigada por huracanes del tamaño de continentes que danzaban y giraban unos alrededor de otros. El resto del cielo estaba sumido en una negrura malsana, punteada apenas por una docena de estrellas. Era un espectáculo sobrecogedor. A veces, sobre todo cuando aquel planeta inmenso ocupaba el cielo por completo, Evan tenía la impresión de estar a punto de perder pie y de caer hacia arriba, precipitándose hacia aquel mundo infestado de huracanes y tormentas.

Las tropas de Aazardian también campaban por los cielos. A través de la mirada de Ariadna, Evan vio el rápido vuelo de una de las águilas gigantes. Pasó sobre la virago a tan poca altura que pudo distinguir al jinete que la montaba, con el rostro hierático y el pico ceremonial cubriéndole nariz, boca y mentón. Había siete hombres rapaces, todos tirando de las bridas de sus monturas, armados con sus redes, sus espadas curvas y sus hechizos. Aazardian había matado a muchos miembros del pueblo aéreo

en la última batalla, la que terminó con su dominio sobre la Telaraña y el mundo oculto. Junto a las águilas volaban también dos pequeños dragones, ambos pertrechados con sus armaduras de combate; uno llevaba a su jinete a cuestas: un ser escamoso, humanoide, armado con una lanza de hoja verde y dotado de una larga cola protegida por placas metálicas y espolones; el otro dragón, en cambio, volaba en solitario; en su yelmo aparecía labrado un cráneo en llamas, señal de que era capaz de escupir fuego. Ese destacamento aéreo, unido a las tropas de tierra, eran fuerzas más que suficientes como para repeler cualquier ataque. De hecho, dadas las características del portal y sus limitaciones en cuanto al transporte, habría bastado con un contingente bastante menor para proteger la luna. Pero Evan también quería impresionar a Ariadna, demostrarle que allí no tenía nada que temer, no mientras él poseyera el talismán del Rey Muerto.

A pesar de los cuatro años transcurridos, a Evan le seguía sobrecogiéndolo el poder desmesurado del objeto que en aquel mismo momento le colgaba del cuello. Si lo que se contaba de él era cierto, debía de contener cientos de miles de muertos esclavizados. Él, por supuesto, era incapaz de convocarlos a todos, de hecho dudaba de que existiera alguien con suficiente poder como para conseguirlo. La época de los grandes hechiceros, por suerte o por desgracia, había quedado muy atrás. El número de muertos que Evan podía convocar había aumentado con el paso del tiempo. Ahora era capaz de invocar cerca de dos mil, un número nada despreciable, lejos del centenar escaso que consiguió durante la primera noche en Berlín, pero que se seguía antojando ridículo si se tenía en cuenta el potencial del Puño.

Ego fue el encargado de escoltar a Ariadna hasta él. El resto de engendros permanecería en su puesto. Tenían orden de acabar de inmediato con cualquiera que se atreviera a usar el portal. Nadie podría tomar aquella ciudad por sorpresa, tener controlado el único punto de acceso lo garantizaba. El morador de Cicero guio a la muchacha a través de Iskaria. Ella caminaba a pocos pasos de distancia, y desde su posición tenía una vista privilegiada del ser clavado al espaldar de Ego; el ángel agitaba las alas y se retorció sin parar, casi parecía suplicar piedad. Evan no había soportado su incansable griterío y le había cortado la lengua hacía tiempo.

El terreno avanzaba siempre en permanente ascenso, repleto de cuevas, escalinatas y puentes que iban salvando las distintas alturas de la ciudad. Evan seguía acampado en la cabeza de Ariadna, mirando donde ella miraba, atento hasta al más casual de sus movimientos, en busca de cualquier pista que le indicara en qué pensaba. Estaba convencido de que había recobrado la memoria y, con ella, sus sentimientos hacia él, pero necesitaba una prueba de ello, una señal inequívoca de que esa Ariadna no era el ser incompleto que había encontrado en Madrid, de que aquella Ariadna era la suya, la real, la muchacha con la que había crecido, la razón de su existencia, la joven por la que daría la vida aunque solo tuviera una.

Iskaria no había cambiado nada desde la última vez que Ariadna había estado allí. Seguía detenida en el tiempo, atrapada en aquel momento eterno como un insecto

aprisionado en ámbar. Era antigua, muy antigua. La piedra porosa de sus muros y tejados planos se veía erosionada, debilitada por el devenir de los siglos. Las calzadas estaban cubiertas por un manto de fino polvo rojo. La decadencia de Iskaria era una decadencia dulce, un desplome lento que daba la impresión de ir a prolongarse hasta el fin de los tiempos. Evan había aprendido a amar aquella ciudad vacía, con sus misterios y secretos, con su aire de sepulcro quieto.

Ni uno solo de los edificios se había venido abajo con el paso del tiempo, todos se mantenían firmes y enteros, sin más señal de deterioro que esa erosión lenta que sembraba de arena los caminos. En su mayoría eran estructuras de planta única, pequeñas y sobrias; pero, de cuando en cuando, aparecían entre ellas torres cónicas de gran altura, agrupadas siempre en conjuntos de tres, y comunicadas entre sí a través de puentes de exquisita filigrana. Pero si había algo que llamaba la atención en la ciudad, eran las estatuas; Iskaria estaba repleta de ellas: a cada pocos pasos aparecía una, como si intentaran compensar con su número el vacío de la ciudad deshabitada. Estaban por doquier, en mitad de las calles y paseos, en el centro de las plazas, ante las puertas de las torres, en los márgenes de las escalinatas... Eran representaciones de seres humanoides, rechonchos aunque bien proporcionados, retratados casi siempre con expresiones risueñas; aquellos seres en nada tenían que ver con las estatuas que adornaban el parque del templete o la pirámide que llevaba a Iskaria.

Evan no se extrañó cuando vio que Ariadna se detenía ante uno de los edificios, una construcción en forma de velero, con puertas y ventanas de arco convexo distribuidas a intervalos irregulares por la fachada. Ego se detuvo en mitad de la cuesta mientras la muchacha se aproximaba a una puerta. La joven dudó un instante, pero finalmente se decidió a entrar. La claridad tornasolada del exterior dio paso a las tinieblas de dentro. Ariadna debió de usar la segunda palabra de la luz porque una repentina claridad inundó el lugar. El edificio rebosaba muerte. El brillo de la hechicería hizo resaltar más la blancura de los esqueletos que atestaban la sala. Los había a decenas, a cientos. Estaban desperdigados por el suelo, amontonados unos sobre otros entre las hileras de bancos. Sus muertes habían sido pacíficas, tranquilas. Por las posturas que adoptaban, daba la impresión de que se habían recostado entre los asientos con la intención de conciliar el sueño. Frente a los bancos se disponían varias mesas, todas cubiertas por manteles negros, sobre los que se alineaba un sinfín de vasos, copas y jarras vacías. Cualquier líquido que hubieran contenido en el pasado se había evaporado hacía mucho. Todo indicaba que allí había tenido lugar un suicidio colectivo. Evan no tenía problemas en imaginar la escena: todos aquellos desgraciados sentados en los bancos mientras los encargados de proporcionarles el veneno caminaban entre ellos, tendiéndoles los vasos que acabarían con sus vidas.

Evan había contado treinta y cinco edificios similares, repartidos por toda Iskaria, y en todos se repetía la misma escena, sin ninguna diferencia apreciable. ¿Qué motivo podía conducir a tal cantidad de gente a buscar la muerte? Ariadna y él habían hablado durante horas sobre el misterio de los suicidas sin llegar a ninguna

conclusión. Habían leído entre líneas en los restos, por supuesto, pero lo único que habían averiguado era tan obvio como que aquellos huesos habían tenido una vez carne viva alrededor. Había pasado demasiado tiempo como para que la lectura les proporcionara algún dato más. ¿Estaría reunida allí toda la población de Iskaria? ¿Alguien habría escapado de aquella locura colectiva? ¿De verdad se había tratado de un suicidio conjunto o había algo más siniestro allí?

Ariadna permaneció largo rato ante la puerta, contemplando los cadáveres desperdigados por la sala. Aquel escrutinio no era propio de ella, aquella contemplación quieta estaba cargada de pesar, de melancolía. Evan recordó que una tarde, al poco de llegar a Iskaria, ambos habían estado jugando con aquellos mismos esqueletos. Se habían transformado durante un rato en titiriteros macabros, contándose historias y haciendo bromas de mal gusto, construyendo escenas con los cuerpos a cada cual más delirante. Movían las mandíbulas de las calaveras y ponían voces en falsete, contándose chistes el uno al otro, la mayoría obscenos, todos ridículos. Aquel escenario dantesco no los había impresionado en lo más mínimo. ¿Cómo hacerlo, siendo quienes eran y viniendo de donde venían? No, esa manera lenta de deslizar la vista sobre los cadáveres, deteniéndose sobre todo en los de los más pequeños, no era propia de la Ariadna que recordaba. ¿Y si todavía no había recobrado la memoria?, se preguntó con un punto de inquietud. ¿Y si seguía siendo aquella Ariadna timorata y débil, asustada de todo, hasta de sí misma? Pronto lo averiguaría. La muchacha se apartó de la puerta y salió otra vez a la taciturna luz del exterior.

La virago y el morador de Cicero retomaron la marcha. Los edificios comenzaron a espaciarse cada vez más, hasta desaparecer casi por completo. El camino se volvía cada vez más y más escabroso y empinado, pero el paso de Ariadna no se resintió. Las escaleras se hicieron toscas y primitivas, de hecho parecían concebidas más para dificultar el ascenso que para facilitarlos. A ambos márgenes del camino se levantaban pequeñas torres de guardia. Aquellas edificaciones eran la primera línea defensiva de la fortaleza que se encontraba en la cima del acantilado. A sus almenas se asomaban más miembros del ejército de Aazardian, arqueros y hechiceros versados todos ellos en magia a distancia. Evan respiró hondo. Faltaba muy poco para que Ariadna llegara hasta donde él se encontraba. La expectación que sentía era tan fuerte que hasta se avergonzaba de ella.

«¿Tanto me debilitas?», se preguntó. «¿Tan sediento estoy de ti que me vuelves frágil como el cristal? ¿Tan hambriento de tu carne que me conviertes en poco más que un humano?».

Durante unos metros, lo único que pudo ver la virago (y Evan con ella), fue una alta muralla de piedra roja sobre la que deambulaban más espantos de Aazardian, criaturas negras y silentes, cargadas de lanzas y ballestas. En el muro se abría un portón estrecho, reforzado por una verja de hierro, y protegido por dos imponentes guardianes, vestidos ambos con armaduras livianas. Los dos eran de una belleza

sobrecogedora y, a un tiempo, quebradiza. Eran Granaramalan y Barantelazan, dos hermanos atalantes, el pueblo de hermafroditas que Aazardian había intentado exterminar sin éxito en los últimos años de su imperio, de hecho su odio hacia ellos había provocado la sublevación que a la postre terminaría con su reinado. Uno de ellos, Grana, se hizo a un lado para permitirle el paso mientras el segundo, Baran, abría el portón.

Cuando Ariadna salvó aquel obstáculo, llegó a un pequeño repecho. Desde allí se distinguía ya la naturaleza exacta de Iskaria: una gran isla rodeada de un impresionante mar de lava que se extendía hasta donde abarcaba la vista. La mayor parte de ese mar estaba en calma; era un remanso incandescente que ondulaba de manera lenta, casi imperceptible, un espejo de un rojo brillante; pero al oeste de allí aquel océano se deshacía en una ordalía de latigazos y surtidores de lava, asolado por una virulenta tormenta que deshacía los cielos en centellas y relámpagos de una blancura perfecta. Diseminados sobre la superficie del mar de lava se divisaban islotes de fuego y ríos incendiados. Los arrecifes que rodeaban la isla estaban envueltos en llamas.

Pronto coronaron la cuesta y la fortaleza quedó al fin a la vista, un conglomerado de siete torres; la central altísima, con la cúpula quebrada, las otras más pequeñas. La piedra era de un rojo majestuoso, más brillante que el de la ciudad a sus pies o de la muralla que Ariadna y Ego acababan de traspasar. Ante el portón del castillo aguardaba Evan.

El virago se vio a sí mismo a través de los ojos de Ariadna, con la capa y el pelo revuelto por el viento cálido que llegaba del océano de lava. Creyó notar una leve vacilación en su mirada. ¿Se habría estremecido al descubrirlo allí? Él se había olvidado de respirar nada más verla, con su vestimenta negra y las botas desiguales; se atragantó con su propio aliento, en su propia ansiedad de tenerla en sus brazos, de besarla hasta que le sangraran los labios. Era ella. Su Ariadna. Al ver su indumentaria ya no le quedó ninguna duda: había recuperado la memoria.

Casi le defraudó ver cómo apartaba la vista de él para mirar más allá de la fortaleza roja. Hacia el norte, hacia el segundo misterio de Iskaria. El castillo estaba construido en lo alto de un farallón rocoso, al otro lado un acantilado caía a plomo hasta el mar de lava. Más allá, mucho más allá, casi rozando el horizonte, se veía una forma descomunal, tremenda, de un tamaño tan demencial que a la mente le costaba trabajo concebirla, aceptarla, manejarla. En el mar incendiado caminaba un gigante, un dios desnudo sumergido hasta la cintura en la lava. Su altura se medía en kilómetros, sus hombros y su cráneo estaban recubiertos de hielo y nubes. Aquel coloso estaba encadenado a la isla y avanzaba a paso lento a través del mar rojo, arrastrándola tras él, remolcándola hacia un destino incierto. Las cadenas, prodigiosas, tremendas, se le hundían bajo los omoplatos, se clavaban en su carne de una forma despiadada. La tensión de arrastrar aquella mole de tierra había abierto profundas heridas en la espalda del gigante, nacían en los puntos donde los eslabones

perforaban la piel y descendían en vertical, enormes como cañones, hasta casi la cintura. En aquellas llagas monstruosas vivían parásitos del tamaño de edificios, alimentándose de carne ulcerada y sangre. Las cadenas gemelas llegaban, en tensión constante, hasta el mismo acantilado sobre el que se levantaba la fortaleza, penetraban en la roca del mismo modo en que se hundían en la espalda de aquel portento hecho carne. Había magia implicada allí, era indudable, aunque fuera una magia desconocida para ellos. Los puntos de unión con el acantilado estaban reforzados por campos de energía que impedían que la tensión quebrara la roca, y esa misma hechicería o ciencia extraña lograba además que aquel movimiento constante de cadenas fuera silencioso. Ver los eslabones nacer de la roca y ascender kilómetros y kilómetros arrebatava el aliento, daba la impresión de que estos iban a precipitarse sobre la isla en cualquier momento y hacerla pedazos.

¿Hacia dónde remolcaba la isla aquel ser? ¿Qué sentido tenía todo aquello? Lo ignoraban. En su día habían intentado leer entre líneas en aquel coloso, pero lo único que habían conseguido fue un sentimiento de soledad y culpa tan abrumador que les dio ganas de vomitar. ¿Estaba relacionado ese gigante con el suicidio simultáneo de los habitantes de la ciudad? No tenían modo de saberlo.

Ariadna estuvo detenida allí unos minutos, con la vista tan fija en el prodigio que avanzaba por el mar de lava como lo había estado al contemplar los restos de los suicidas. De pronto pestañeó varias veces, con el aspecto de alguien que intenta despertar de un sueño pesado. A continuación, desvió la mirada de nuevo hacia él.

Había llegado el momento.



Durante siete días fueron felices en aquella isla.

Por primera vez en sus vidas, dejaron de sentir el yugo de la casa sin ventanas y sus habitantes. No había lecciones por aprender, ni contratos que cumplir, ni entrenamientos que llevar a cabo. No había superiores que los vigilaran ni castigos por saltarse normas u horarios. Por primera vez en toda su existencia descubrieron lo que era de verdad ser libres, y era una sensación tan embriagadora que a veces gritaban por el simple placer de escuchar sus voces alborotando en las calles desiertas.

Estaban a salvo. A salvo del conde y los suyos, a salvo de las múltiples muertes que los habrían aguardado de permanecer en la casa sin ventanas. Por el momento habían exorcizado el fantasma de aquellos viragos inmóviles, encerrados en sus propios cuerpos sin posibilidad de fuga. Llegaría el día en que no tendrían más remedio que enfrentarse a ellos y al destino que los aguardaba. Pero mientras tanto, eran libres.

Se instalaron en la fortaleza del acantilado, el lugar más espléndido y protegido de toda la isla, en los aposentos que coronaban la más alta torre del castillo. Una habitación digna de reyes. ¿Y qué eran ellos, si no monarcas? Se autoproclamaron gobernantes de la ciudad roja, señores del silencio y del mar de lava. En aquel mundo sin sol, ellos mismos marcaron la duración de los días. Tomaron como referencia el giro de la luna alrededor del planeta; había un huracán tremendo fijo en el ecuador de aquel mundo, un huracán con forma de estrella de brazos en espiral, bajo asedio permanente de relámpagos tan salvajes que se podían ver a simple vista desde la superficie de Iskaria. Cada vez que aquel huracán ocupaba el centro del cielo contabilizaban un día más.

Su idea inicial había sido realizar incursiones de cuando en cuando a los lugares de paso; allí había asentamientos en los que podrían abastecerse de provisiones. Sabían que ese era el aspecto más endeble de su plan, abandonar aquella luna los pondría al alcance de la Hermandad, y por muchas precauciones que tomaran siempre existía la posibilidad de que dieran con ellos. Pero la suerte les sonrió. Durante el primer día de exploración descubrieron silos de almacenaje en las torres triples de Iskaria. Todas tenían sótanos repletos de comida y bebida. No dieron crédito a su descubrimiento. Aquellas provisiones llevaban siglos allí, pero estaban tan frescas como el día en que fueron almacenadas. El lugar era estanco y para acceder a él había que atravesar un sistema de puertas triples que garantizaba que fuera siempre así. Las paredes emitían un zumbido bajo continuo, y no estaban frías al tacto como el sentido común podía prever, al contrario, los muros irradiaban un calor seco, asfixiante. Fuera cual fuera aquella tecnología, cumplía a la perfección su cometido de conservar las provisiones. Allí dentro había carnes de animales que no supieron reconocer, verduras y cereales emparentados ligeramente con sus hermanos de la Tierra, frutas coloridas, aceites y especias de sabores sorprendentes, bebidas alcohólicas, agua fresca y cerveza. No se detuvieron a hacer inventario, ¿para qué molestarse? Tenían provisiones de sobra para pasar la eternidad allí si se les antojaba.

Sí, durante siete días fueron felices. Se sentían exultantes, cargados de energía, henchidos de una vida que hasta entonces les había sido negada. Su tiempo les pertenecía, les pertenecía por entero, no había que rendir cuentas a nadie que no fueran ellos. Por desgracia, aquella felicidad duró poco. Solo siete días.

Al octavo todo cambió.

Evan despertó en el enorme lecho que compartía con Ariadna en la torre principal y se dio cuenta de que ella no estaba en la habitación. No le inquietó su ausencia, se asomó a su mirada y vio que se encontraba en la terraza de la torre, en la amplia balconada que se abría en la cara norte. Desde allí tenían una visión espléndida de aquel océano de lava y del coloso encadenado, sumido en su tarea titánica de remolcar la isla quién sabe dónde. Evan salió de la cama y se aproximó a ella. La luz del planeta que flotaba en las alturas repartía reflejos movedizos por su larga cabellera negra. Evan la abrazó desde atrás. Se pegó a ella como si pretendiera grabar

su cuerpo en el suyo. Ariadna giró la cabeza y le sonrió, pero su sonrisa no fue plena, hubo una breve vacilación que dejó huella durante un segundo en su cara. La abrazó con más fuerza y le preguntó al oído, en un susurro:

—¿Qué te pasa?

La tardanza de ella en contestar le dejó claro que algo no marchaba bien.

—Es el silencio —dijo Ariadna. Nunca le había oído un tono de voz semejante; había una tristeza pesada en él, una penuria que no casaba en absoluto con lo que era ella. Ni siquiera en el mausoleo de la Prefectura de Katay la había oído tan afectada—. Este maldito silencio se me mete en los huesos. Intentaba dormir y me asfixiaba con él —dijo—. Al menos ahora sopla algo de viento, ¿lo oyes? —Era cierto.

Se había levantado una brisa mínima y esta se deshacía en silbidos por los patios y las torres del castillo, pero era un silbido escaso, casi inexistente.

—¿Echas de menos los gritos de la casa sin ventanas? —le preguntó él.

—No, no es eso. No tengo nada en contra del silencio, pero es que esto... Me abruma.

Evan entendía muy bien a qué se refería. El silencio en Iskaria era omnipresente, hollado solo por sus propias voces. Era un silencio de siglos, de milenios, que había madurado en torno a la ciudad muerta ganando en densidad y peso hasta hacerse casi visible. El oleaje del mar de lava al romper contra la costa apenas levantaba sonido, era como si la propia quietud del lugar lo amortiguara. Pero lo más impresionante era el silencio que envolvía a las cadenas: el movimiento de estas era constante, un sinfín de sacudidas y zarandeos en respuesta a los tirones del gigante que remolcaba la isla; pero todo aquel agitar de eslabones descomunales no emitía el menor ruido y el contraste entre la violencia de esa imagen y el mutismo en que se producía lo hacía más chocante todavía.

Ariadna de pronto se echó a reír. Se giró hacia él, recuperadas, al menos en parte, la normalidad y la compostura.

—¿Oyes lo que digo? —preguntó mientras sacudía la cabeza, como si se sintiera ridícula y quisiera hacer especial hincapié en ello—. ¿Qué me pasa? ¿Me estaré volviendo loca? —Suspiró—. No te preocupes. Es una tontería. Sé que es una tontería. No es más que eso: silencio. Me acostumbraré.

—¿Quieres que cante para ti? —La tomó de la cintura y giró a su alrededor hasta colocarse frente a ella en un elegante paso de baile—. Si me lo pides, cantaré durante el resto de nuestras vidas. Si me lo pides, mataré al silencio a gritos.

—¿Te has oído cantar? —preguntó ella—. Si insistes en hacerlo, seré yo quien te mate.

El día siguiente todo pareció discurrir con absoluta normalidad. Aun así, Evan permaneció atento a cualquier indicio en Ariadna de que algo no marchaba bien. No hubo tal, al menos nada que él pudiera apreciar. De nuevo se dedicaron a disfrutar de sí mismos y de su nueva vida en aquella ciudad vacía. La sombra mínima entrevista en la terraza parecía haber desaparecido.



Pero no era cierto. La sombra solo se había replegado y no tardó en hacer acto de presencia. Esa misma noche, Ariadna despertó de forma violenta, expulsada del sueño por una pesadilla que no consiguió recordar o que, al menos, no quiso compartir con él. A partir de ese momento su ánimo comenzó a decaer, como si aquel mal sueño hubiera detonado algo en su interior, como si la hubiera dañado por dentro de una manera inexplicable. De nuevo cayó en el desaliento, y esta vez lo arrastró a él en su caída. Al día siguiente no hubo juegos, ni risas, ni descanso; la virago se pasó las horas meditabunda, sin hablar apenas y sin querer explicarle qué era lo que ocurría. No era la misma. Esquivaba su mirada, evitaba su presencia. Evan desistió de acercarse a ella. No sabía cómo actuar, no sabía qué pasos dar para sortear la barrera que Ariadna parecía estar construyendo a su alrededor. Aquella situación era nueva para él. No sabía cómo lidiar con la pena de Ariadna, aquella melancolía suya no se podía apuñalar ni torturar, esa pesadumbre no sangraba ni se podía envenenar. Nada de lo que le había enseñado la Carroña servía para consolar.

Esa misma noche, Evan también tuvo un mal sueño. Comenzó con el conde Sagrada. El nigromante estaba sentado en su sofá negro y se limitaba a mirarlo, en un silencio absoluto, un silencio hermanado con el de la ciudad vacía, con el de los viragos del Filo de la Prefectura de Katay; era un silencio que gritaba por dentro, que quemaba, que abrasaba. No había reproche alguno en sus ojos, no había nada, solo una continua mirada vacía, desprovista de todo sentimiento. De pronto, el conde se incorporó, lo hizo en un movimiento brusco, de depredador, de insecto, que se decide a saltar por fin sobre su presa. Ese no fue el final del sueño, pero sí de la parte que Evan recordó al despertar. Cuando volvió en sí, gritando y envuelto en sudor, Ariadna estaba a su lado, despierta al mismo tiempo, gritando a la par, sus gritos convertidos en uno.

—Sagrada —dijo él cuando logró recuperar el aliento.

—Sagrada —le confirmó ella—. Anoche soñé también con él —confesó—. Nos está buscando. Quiere que volvamos. Se nos cuela en los sueños. Se ha metido en nuestras cabezas y no va a salir hasta que regresemos a la casa sin ventanas.

—¿Y qué puede hacernos? ¿Mandarnos pesadillas? —Se pasó las manos por el cabello. El sudor se lo pegaba a la frente—. Da igual. Que lo haga. Que me mande todas las pesadillas que se le antojen ¿Quiere mis sueños? Que se los quede. No los quiero si te tengo a ti. Aunque las noches fueran tuyas, los días me pertenecerían.

—Nos encontrará —aseguró ella. Su rostro era una máscara—. Tarde o temprano nos encontrará.

—No podrá hacerlo —dijo él. Casi podía ver un abismo abriéndose a los pies de Ariadna, una sima oscura que estaba a punto de devorarla—. Aunque supiera dónde estamos, no sabría cómo llegar hasta aquí. Estamos fuera de su alcance, Ariadna. Estamos a salvo.

—¿Crees eso de verdad? Nosotros fuimos capaces de encontrar este sitio —dijo ella—. Dimos con el mapa. ¿Quién te asegura que no existen más? ¿Quién te dice que

no puede dar con uno de ellos y usarlo para llegar a nosotros?

—Podemos destruir el portal —sugirió él.

—¡No! —gritó Ariadna. Lo miró consternada, como si aquella posibilidad le diera todavía más miedo que la Carroña los atrapara—. ¡Nos quedaríamos encerrados aquí para siempre!

—¿Y eso sería tan malo? ¡Estaríamos juntos!

—Huimos de la casa sin ventanas porque no nos dejaban ser libres, ¿recuerdas? La alternativa no puede ser encerrarnos para siempre en esta luna. ¿Qué sentido tendría eso? Solo cambiaríamos una prisión por otra.

Evan guardó silencio. Comprendía en parte los temores de Ariadna. Necesitaba ser libre. Por la libertad en sí misma, sí, pero también para olvidar en lo posible la celda que los aguardaba en el futuro, aquella muerte en vida que parecía ser el destino de todo virago.

Sagrada siguió habitando en sus cabezas. Dormir, descansar, era un imposible, una quimera. Nada más cerrar los ojos comenzaban las pesadillas. Nunca las recordaban, pero siempre se iniciaban igual, con el conde observándolos con su mirada hueca, con aquellos enormes ojos que cambiaban de color dependiendo de la luz que incidiera sobre ellos. Tal vez si hubiera hablado, si hubiera intentado convencerles de que regresaran, ya fuera mediante amenazas o intentando razonar con ellos, habrían podido soportarlo. Pero se limitaba a mirarlos. Y había pocas cosas tan aterradoras como la mirada del conde Sagrada. Sus ojos encerraban todos los misterios sangrientos de la humanidad, los secretos de la carne muerta.

Su mirada traía otros mundos consigo, mundos de dolor infinito, de angustia y pavor desmedidos.

Ninguno durmió durante los últimos días que pasaron en Iskaria. No tenía sentido intentarlo. La falta de sueño comenzó a hacerse evidente. Las ojeras ensombrecieron sus rasgos. Ariadna se convirtió en un espectro en aquella ciudad fantasma, un espectro que marchaba por las calles vacías, arrastrando su sombra tras ella. Evan la dejó sola, seguía sin saber cómo actuar, seguía sin saber cómo hacerle ver que no tenían nada que temer del conde y los suyos. Si pudiera encontrar el modo de detener esos sueños... Si conseguían mantener al conde fuera de sus cabezas, todo iría bien. Ariadna se recuperaría, no tenía ninguna duda al respecto. Pero ¿cómo conseguirlo? No desde Iskaria, desde luego. No les quedaba más remedio que volver al mundo oculto e investigar allí al respecto. Se pondrían al alcance de la casa sin ventanas, pero si obraban con cuidado, si extremaban las precauciones, quizá pudieran encontrar algo para luchar contra las pesadillas antes de que pudieran encontrarlos. Debía de haber talismanes y conjuros que impidieran la magia del sueño, solo tenían que dar con un modo de cerrar la puerta al nigromante para recuperar la tranquilidad.

Se enlazó a su mirada con el propósito de dar con ella y explicarle sus planes. Estaba de nuevo en la terraza de la torre, en el mismo lugar donde todo había empezado a derrumbarse. Otra vez fue a su encuentro. Ariadna se giró hacia él nada

más cruzar el umbral de la balconada y, por enésima vez, se produjo aquel milagro de contemplarse ambos a través de los ojos del otro.

—Tenemos que regresar —fue lo primero que dijo Ariadna. Y al escuchar aquella frase, Evan supo que todo estaba perdido. El conde Sagrada había vencido, y no había necesitado más que irrumpir en sus sueños para conseguirlo. Le había bastado con su mirada para doblegarlos.

—Sé sensata, por favor —insistió él—. Solo tiene esos malos sueños para llegar a nosotros. Nada más. Volvamos al mundo oculto, de acuerdo, intentemos encontrar el modo de poner fin a las pesadillas. En el Filo Lampedusa hay una universidad de oniromantes. Si alguien puede saber cómo parar esto, son ellos. Saquemos sus bibliotecas hasta dar con una solución. Le cerraremos el paso.

—¿Y qué haríamos después?

—Regresar aquí, por supuesto.

—Vendrán. Ellos vendrán —dijo—. Te lo aseguro. Tarde o temprano encontrarán el modo de localizarnos. Eso es lo que nos está diciendo en sueños. Pertenece a la Carroña. —Se mordió con fuerza el labio inferior—. ¿Sabes cuánto poder se necesita para engendrar un virago? Somos las joyas de la corona de la casa sin ventanas. No permitirán que escapemos. No pueden permitirselo. Nunca nos dejarán ser libres. Irán todo lo lejos que puedan para recuperarnos. Consultarán a los Oráculos Negros, removerán el cielo y el infierno... No se detendrán jamás. Tarde o temprano los tendremos aquí.

—¡Que vengan entonces! —aulló él, harto de ese pesimismo inclemente—. ¡Me enfrentaré a ellos si no hay más remedio! ¡Si estoy junto a ti no temo a nada! ¡A nada! ¡Lucharemos! Lucharemos contra la casa sin ventanas, lucharemos contra Cicero, contra todos los duques del infierno si es necesario.

—¿Tú y yo? ¿Tú y yo solos? ¿Y cómo piensas derrotarlos? —Se echó a reír y su risa le hizo más daño que sus palabras, que aquel victimismo que amenazaba con conducirlos de regreso al redil. Su risa hizo que la seguridad que tenía en sí mismo se tambaleara—. No podemos enfrentarnos a ellos —aseguró ella—. Son más fuertes y más poderosos. No somos esclavos de la casa sin ventanas, somos esclavos de su poder. Y contra él ni tú ni yo podemos nada. Nos matarán, Evan. Y después nos matarán otra vez. Y otra. Y otra. Nos atarán a los potros de tortura, nos romperán los huesos en los tornos, nos echarán de comer a las alimañas de los pozos. Si nos capturan nos convertirán en víctimas. Y sabes bien lo que significa eso.

—Destruyamos el portal entonces —insistió, aunque su voz iba perdiendo convicción por momentos—. Eso sí podemos hacerlo. Si lo inutilizamos, jamás podrán llegar aquí. —La miró con atención, rogando que diera su brazo a torcer—. Confía en mí —le rogó—. Por el Panteón Oscuro, por la hecatombe de los dioses, confía en mí, Ariadna. Aquí estaremos a salvo.

—Te engañas —insistió ella—. No hay lugar en la creación en el que tú y yo podamos estar a salvo. Pensar que puede haberlo nos hace débiles. Da igual dónde

nos ocultemos. Nos encontrarán y nos harán volver.

A Evan no le quedó más remedio que admitir su derrota. No tenía más argumentos que esgrimir. No había forma de convencerla. La decisión ya estaba tomada. Y él no podía hacer otra cosa que asumirla. Ni siquiera se le pasó por la mente la posibilidad de separar sus destinos.

—¿Y qué nos queda entonces? —preguntó.

—Seguir matando —contestó Ariadna—. Seguir matando para ellos. Tener paciencia y esperar. Porque algún día llegará nuestro momento... No sé cuándo, pero llegará. Y entonces seremos libres de verdad. Porque no temeremos a nada. A nada.

\* \* \*

Dos jóvenes se encontraron ante las puertas de un castillo de piedra roja. Él era moreno, con el pelo largo y despeinado, y vestía por completo de negro, desde las botas hasta la capa que el viento zarandeaba de un lado a otro. Le colgaba al cuello un collar que parecía confeccionado a base de telarañas y cristales y llevaba un enorme espadón envainado a un costado. El muchacho era de una hermosura fiera, peligrosa; la inteligencia en sus ojos era evidente, pero se trataba de una inteligencia trastornada, retorcida, una inteligencia que había medrado en la perversión y el disfrute del dolor ajeno. Lo más llamativo de sus rasgos eran precisamente sus ojos: el izquierdo era color ceniza; el derecho, como su ropa, como su pelo, negro por completo.

Las ropas de ella eran un desorden anárquico. La falda y la camiseta que vestía estaban repletas de desgarrones; una bota era roja y la otra negra; una mano la llevaba enguantada y la otra desnuda; y como estrambótico complemento una araña correteaba en su pecho, atada a la cadenita que adornaba su garganta. Había algo de vodevil en su atuendo, de ganas de impactar, de necesidad de ser recordada, reconocida. Tenía el pelo, también moreno, sucio y enredado y bastante más largo que el muchacho. Su belleza era dulce, reposada; poseía un rostro que no haría girar cabezas a su paso, pero que iría mermando las defensas del observador poco a poco, con paciencia, con calma, hasta conseguir que este cayera rendido a sus pies. Sus ojos también eran desparejos: el derecho era azul claro; el izquierdo de una negrura atroz, abisal. Su arma, envainada a la izquierda, era un sable de empuñadura blanca.

Más allá del portón, más allá del castillo y del acantilado, un gigante encadenado arrastraba la isla a través de un rutilante mar de lava. En la lejanía se divisaba la costa de un continente que era puro fuego, con cordilleras erizadas en llamas que lamían voraces el vientre del cielo.

Los dos muchachos se miraron ante el portón que conducía al patio del castillo, una fortaleza compacta, de piedra rojiza, con siete torres en su centro; una de ellas,

bastante más alta que sus vecinas, tenía la cúpula hendida. Él sonreía. Ella no.

—¿Estás enfadada? —fue lo primero que preguntó Evan.

—No —contestó Ariadna—. Estoy triste. Y decepcionada. ¿Por qué me mentiste en el parque? ¿Por qué no me contaste la verdad?

—Porque no estabas preparada para oírla. —Sonrió conciliador y le hizo un gesto para que le permitiera explicarse—. No podía plantarme ante ti y decirte que eras una asesina, o que no estabas realmente viva. ¿Cómo se habría tomado semejantes noticias la chica que eras entonces? Preferí callarme ciertas partes de la historia y tergiversar un poco el resto.

—¿Tergiversar un poco? La mayoría era mentira y el resto medias verdades. ¿Así esperabas que confiara en ti?

—Así esperaba prepararte para la verdad.

—Hasta me hiciste leer entre líneas para que comprobara que eras sincero —dijo ella—. ¿Qué dijiste? Ah, sí: «Mira lo que soy. No tengo nada que ocultarte». —Entrecerró los ojos—. Te olvidaste de mencionar el detalle de que hay formas de esconder información a un lector y que tú y yo conocemos muchas de ellas —le recriminó—. Me engañaste, Evan. Y por eso estoy decepcionada. Porque hasta entonces nunca me habías mentido.

—No te mentí a ti. Mentí a esa otra Ariadna, a la blanda, a la insípida. A la humana.

—Por suerte o por desgracia, sigo siendo esa Ariadna. —Aquella confesión inquietó sobremanera al virago—. Sí, sigo siendo humana, no me avergüenza admitirlo. Sigo siendo blanda. Sigo siendo insípida. Me han vuelto así en la Tierra Pálida. Pero también puedo ser dura y terrible, no lo dudes ni un instante. Me he vuelto humana, pero sigo siendo una asesina. Soy blanda, pero todavía soy capaz de arrancarte la tráquea con las manos desnudas. —Hizo una pausa, como si quisiera dar tiempo a Evan a asimilar sus palabras—. Seguía siendo yo —insistió—. Habría aceptado la verdad. No soy una niñita a quien tengas que proteger, no soy una damisela en apuros. Soy Ariadna, miembro de la Carroña, habitante de la casa sin ventanas. Y tendrías que haberme dicho la verdad.

—Está bien —concedió Evan—. Pido disculpas por tan tremenda ofensa. Pero ¿crees que actué sin pensar? —No quería discutir, quería enterrarla entre sus brazos, quería dejar de lado cualquier hostilidad y hacerla partícipe de sus planes. Necesitaba, más que cualquier otra cosa, que lo comprendiera—. Puedo haberme equivocado, lo admito, pero si lo hice fue una equivocación muy meditada. Durante los últimos cuatro años no he pensado en otra cosa que no fuera el momento en que te encontrara. Ensayé y deseché cientos de conversaciones, de modos de abordarte, cientos de planes que dependían de las condiciones en que diera contigo... —Sacudió la cabeza, como si sus pensamientos lo divirtieran—. Te buscaba hasta dormido —le confesó tras soltar una carcajada amarga—. Perdí la cuenta de las veces que te rescaté en sueños. A veces era de los monstruos de Cicero de quien te salvaba; soñaba que me

infiltraba en la ciudad maldita y que me enfrentaba al propio Cibeles para liberarte. Otras veces arrasaba la casa sin ventanas y te encontraba encadenada en las mazmorras. En sueños, derribé las torres de los Garantes y los castillos de los Arcontes. En sueños, arrasé mundos y filos mientras te buscaba... Dormido te encontraba, dormido te salvaba, dormido regresabas a mí y todo volvía a ser como antes.

»Pero despierto no conseguía nada. Nada. Y cada día que pasaba sin ti me volvía más loco. Notaba cómo se me escapaba la cordura, cómo se me iba cayendo a pedazos la razón. Era como tener una alimaña en el cerebro que no dejara de roer y roer...

»Chantajeé a un miembro del servicio secreto de la Segunda Cancillería adicto a los burdeles de la gente de trapo. A fin de cuentas habían sido ellos los que se habían encargado de tapar la masacre de la mansión Schwenke, así que tenían todas las papeletas de conocer tu paradero. Leí entre líneas en él hasta que me sangraron los ojos. Pero no averigüé nada. Por lo visto alguien te había hecho desaparecer antes de que los suyos entraran en acción.

—A los agentes de base les borran de la memoria los casos que se archivan como alto secreto —dijo Ariadna—. No encontraste nada porque sus jefes se habían encargado de que no quedara nada que encontrar. Legión nos lo explicó una vez.

Evan hizo una mueca.

—Pues maldita suerte la mía, porque aquel día no le presté atención —apuntó—. No te haces una idea de lo desesperado que estaba. Me rebajé a buscar la ayuda de los oráculos y los videntes. La mayoría ni siquiera se dignó a escucharme. Nada más verme, sabían quién era. Qué era. Los Tracia me escupieron en la cara y me echaron de su tienda. Dijeron que mi vida no les valía, que mi vida era falsa... ¿Puedes creerlo? —Apretó los dientes, furioso solo con recordar aquella afrenta. Había estado tentado de regresar con el Puño de Aazardian para arrasar ese lugar—. Los pocos que accedieron a ayudarme tampoco consiguieron nada. No veían más que oscuridad a nuestro alrededor. «La niña que buscas no existe», me decían. «Esa a quien intentas encontrar es carne de tumba», contestaban. «No tenéis futuro ni pasado. No tenéis presente. Sois criaturas fuera de tiempo, como vuestro creador, como vuestro padre oscuro. Sois hijos bastardos de la Magia Muerta», eso me dijo un estúpido vidente de Filo Remedio.

»No había forma de encontrarte. Te había tragado la tierra. —Suspiró—. No había más que pistas falsas, callejones sin salida... En el Tíbet, encontré a una niña con un tumor en el ojo derecho, era como una flor negra que le crecía desde dentro de la cuenca. En Toronto, visité a una chiquilla sin memoria que gritaba en un sanatorio que era la reina de los ladrones y, quién sabe, tal vez lo fuera. Pero no eras tú. En las cavernas de Filo Vitral asesiné a un caballero de la orden del Talud del que se decía que custodiaba un libro vivo capaz de responder cualquier pregunta que le formularas... Era mentira. Aquel libro estaba lleno de dibujos obscenos y el caballero

era un demente que cagaba en su casco y hablaba con su entrepiera.

»Y yo estaba cada vez más perdido, cada vez más loco. —Sus ojos desiguales brillaban con un fulgor febril, un eco de la demencia de la que hablaba—. Y llegó el día en que toqué fondo. —Respiró hondo. Necesitaba fuerzas para contar lo que venía a continuación, no por lo que había hecho, sino por la debilidad de carácter que implicaba—. Entre los muertos de Aazardian había una muchacha que se te parecía. Le ordené que se convirtiera en ti. Y no le quedó más remedio que intentarlo. Se peinó como le dije, se vistió con la ropa que conseguí para ella... Llegó al extremo de sacarse el ojo izquierdo y meterse en la cuenca un guijarro negro. Pero no sirvió de nada. Solo era una parodia, una burla... Un insulto a tu recuerdo.

Evan torció el gesto al recordar a la falsa Ariadna. Aquella fantasía había durado poco. La había arrastrado a la cama de la torre y allí la había poseído de forma brutal. La pasión había quedado sustituida por una rabia ciega e inmisericorde; la lujuria por un desprecio infinito hacia sí mismo y hacia lo que se estaba haciendo. Cuando hubo terminado se sintió tan vacío que perdió el escaso control que le quedaba. Nunca había estado tan perdido, tan desolado. Lo pagó con la arquera, por supuesto; la emprendió a golpes con ella en la misma cama sobre la que acababa de tomarla, en un intento de descargar toda su desesperación. Pero hasta en eso fracasó. Necesitaba escuchar los alaridos de esa maldita muchacha que se había atrevido a no ser ella, necesitaba su miedo, su angustia... Necesitaba su canción secreta. Pero los muertos del Puño no gritaban cuando se les golpeaba; eran ajenos al dolor, muñecos flácidos de una pasividad intolerable. Evan, furioso, le había ordenado que gritara, pero sus gritos habían sido patéticos, alaridos de una actriz de tercera. Al final, harto de todo, la había arrojado al mar de lava.

—Aquel día decidí que no podía seguir así —le confesó con desgana—, no podía dedicar todos mis esfuerzos a encontrarte o acabaría loco de verdad. Necesitaba un plan alternativo. Decidí que era hora de ser práctico: continuaría buscándote, pero al mismo tiempo me dedicaría a preparar tu llegada. Planearía al detalle lo que haríamos una vez estuviéramos juntos. Y eso es lo que he estado haciendo desde entonces —dijo—: Preparar tu advenimiento.

—Mi advenimiento... —repitió ella.

—Eso es. Cometimos muchos errores la primera vez que escapamos. Actuamos por impulso. Como críos, como lo que éramos —señaló—. Había decidido que la próxima vez no dejaría nada al azar. En el fondo eso era lo que tenía en mente cuando robé el Puño de Aazardian, pero luego desapareciste y todo se fastidió. Lo único que había hecho de provecho hasta el día de la arquera fue librarme de los sueños del conde. ¿Los recuerdas?

—Por desgracia —contestó ella.

—No me dejaba descansar, igual que la primera vez. En cuanto cerraba los ojos allí estaba él, con su mirada de bicho muerto y aspecto de conocer todos mis secretos... Uno de los hechiceros de Aazardian me contó cómo sacármelo de la

cabeza. Para conseguirlo necesitaba la colaboración de un mago del sueño. Encontré a uno en el feudo de Calíope, un viejo pervertido que se ganaba la vida tejiendo delirios pornográficos para la nobleza del reino. Gracias a él me libré del conde.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Con esto. —Se metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo un pequeño cubo de cristal facetado que contenía un fragmento de materia encefálica—. Aquí tienes un pedazo del soñador, en concreto la parte de su cerebro que le daba poder y dominio sobre el sueño. Esto interfiere con cualquier hechizo de oniromancia con el que alguien pretenda atacarte, no importa lo poderoso que sea. Lo absorbe y lo digiere. El atacante ni siquiera se da cuenta de que el sueño ha sido neutralizado. — La porción de cerebro tenía unos cinco centímetros de largo y era de un color oliváceo, fruto del líquido conservante en el que estaba sumergido, parecía un gusano retorcido y gordo. Como si de un truco de magia se tratara, Evan sacó un segundo cubo de otro bolsillo, idéntico en todo al primero—. Por supuesto te he conseguido otro —dijo al tiempo que se lo lanzaba.

Ella lo atrapó al vuelo. Y aunque hubo algo de violencia en su gesto, su rostro no mostró emoción alguna. Ni agradecimiento ni sorpresa, ni, como había llegado a temer, aversión.

—¿Quién era? —preguntó mientras examinaba el cubo y su contenido.

—¿El dueño del cerebro? —Ariadna asintió—. El decano de la universidad de Lampedusa tuvo un accidente el año pasado mientras disfrutaba de unas vacaciones en Samarkanda. Se golpeó el cráneo con el borde de su bañera. Varias veces. Una gran tragedia. Y bastante sangrienta, por cierto.

La virago entrecerró los ojos, la vista fija en el pedazo de cerebro del cubo. Estaba leyendo entre líneas en él, comprendió Evan.

—Todavía está vivo —anunció.

—Continúa soñando. Si dejara de hacerlo no serviría de nada.

—Sueña colores que gritan —dijo—. Sueña con nieve cálida, con estrellas de mar fugaces y con lloviznas que cantan. Sueña con relámpagos de peces y torbellinos de mariposas. Sueña que es un pedazo de cerebro vivo encerrado en un cubo de cristal.

Evan la observó con atención. Nunca se le había pasado por la cabeza leer entre líneas en aquel despojo. Aquello se le antojó un nuevo signo de debilidad. «Sigo siendo humana», le había advertido. ¿Y si de verdad era así? ¿Y si la Tierra Pálida la había reducido a una parodia de sí misma?

«La seguiría amando», se dijo. «No tengo otra alternativa. La seguiré amando aunque sea frágil y blanda, aunque sea humana. La amaré hasta el final de los tiempos».

—Fuimos felices aquí —dijo mientras miraba despacio alrededor. Se recordó con ella allí mismo, cuatro años más jóvenes, descubriendo admirados el castillo y su gigante—. La primera semana que pasamos en esta luna fue la mejor de toda mi vida. Y de la tuya, no lo niegues. —Ariadna apartó la vista de los restos del soñador para



mirarlo—. Nunca me había sentido así. Tan feliz, tan pleno... Hasta que, de pronto, todo se vino abajo. ¿Recuerdas cómo empezó? —Ella no contestó—. Fue el silencio, comenzó con el silencio —continuó Evan—. Me desperté y tú no estabas. Habías salido a la terraza. «Este silencio me mata», dijiste, «se me mete dentro».

»Ese silencio fue el principio del fin —dijo el virago—. ¿Quién iba a suponer que la felicidad era tan frágil? Siempre está a un segundo de quebrarse, a un segundo de hacerse pedazos... La felicidad es volátil, una pequeña chispa y todo estalla. Quizá por eso es tan escasa. No iba a consentir que volviera a suceder. Una vez te tuviera conmigo de nuevo haría lo imposible por evitar que nuestra felicidad peligrara. —Dio un paso en su dirección con su sonrisa renovada—. En aquella terraza te dije que mataría al silencio por ti, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Y eso he hecho. —Alzó la mano. Mientras hablaba había guardado el cubo en uno de los múltiples bolsillos interiores de su capa y había sacado un dispositivo plagado de botones y diales—. He matado el silencio —anunció al tiempo que accionaba el aparato.

La música comenzó a oírse de inmediato por toda la ciudad, una música suave, dulce, de tintes barrocos. Los violonchelos y los fagots danzaban en espiral unos en torno a otros, escoltados por laúdes y arpas que entraban y salían en paralelo. Las notas de aquella sinfonía eran delicadas, etéreas, parecían talladas en el aire. Llegaba de todas partes a un tiempo, de la ciudad vacía, del castillo, del mar de lava, del mismo suelo que pisaban. La música los envolvía, los acariciaba con dedos de seda. La música aniquilaba el silencio.

—Altavoces inteligentes, tecnología de los filos superiores —le explicó—. Son tan diminutos que cuesta verlos a simple vista. Flotan a nuestro alrededor y modifican su órbita dependiendo de la melodía que esté sonando. La selección de música con la que los he cargado es inagotable. —Pulsó un botón y la sinfonía etérea dejó paso a una ópera rock, rebotante de guitarras afiladas y batallar de baterías. Lo pulsó otra vez y una balada a dos voces envolvió a la segunda canción y la hizo desaparecer con delicadeza en su seno—. Te he traído toda la música de la Tierra Pálida y del mundo oculto. Absolutamente toda. El silencio ya no tiene cabida en esta isla. Podemos desterrarlo cuando se nos antoje. O traerlo de vuelta si ese es nuestro deseo. —Detuvo los altavoces a un golpe de dedo y miró a Ariadna, a la espera de su reacción.

—¿Así pretendes convencerme para que me quede contigo? ¿Con música?

—Es un comienzo —dijo él—. Lo único que quiero es que seas feliz. Y si algo tengo claro es que nunca podrías serlo en la Iskaria de hace cuatro años. Tú no podrías vivir en una ciudad muerta y vacía. Este lugar se bebía tu energía, te agotaba. Lo vi con mis propios ojos. Los sueños del conde Sagrada aceleraron el proceso, pero tarde o temprano habrías querido marcharte. Tú necesitas color, necesitas un mundo vivo a tu alrededor. Y eso es lo que he intentado construir aquí. No solo te he traído la música. ¿Por qué detenerme ahí? He saqueado decenas de bibliotecas y museos. He

llenado la ciudad de libros y obras de arte. He arrasado con filmotecas enteras y he instalado proyectores en el cielo. Tu felicidad es lo primero. Lo esencial. Y para conseguirla necesitaba construir un mundo a tu medida. He traído a esta isla todo lo que necesitas para ser feliz.

—¿Y qué necesitas tú? —preguntó Ariadna. Y Evan pudo equivocarse pero creyó detectar cierta burla en sus palabras.

—¿Yo? ¿No lo ves? Solo te necesito a ti. Sería feliz contigo en cualquier parte de la creación. Me bastas y me sobras, me equilibras, me sosiegas. Eres todo lo que necesito para dar sentido al mundo y a mi vida, por muy falsa que sea. Pero te necesito feliz. Te necesito contenta.

Ariadna hizo amago de hablar, pero el muchacho la detuvo con un gesto.

—Y aun así, sabía que no sería suficiente —admitió—. Por mucho que adornara Iskaria, seguirías atrapada y tú, para ser feliz, necesitas ser libre. ¿Y qué libertad podría proporcionarte una isla como esta? Si quería tenerte conmigo, necesitaba darte la posibilidad de salir de aquí cuando te viniera en gana. Tenía que darte acceso a otros mundos.

»En lo primero que pensé fue en el arte de los portales. De entrada, me pareció la solución más sencilla. Adquirí un montón de semillas preparadas, semillas que se abrirían a una multitud de filos, feudos y ciudades del mundo oculto y de la Tierra Pálida. Quería que pudieras abandonar Iskaria cuando quisieras, aunque eso nos pusiera en peligro. Pero las cosas no salieron como esperaba. Los portales no arraigan aquí. Y no tardé mucho en comprender el motivo. Para que la magia de traslación funcione se necesita que tanto el punto de destino como el punto de partida estén fijos e inmóviles, más allá de la rotación planetaria y cosas por el estilo. Pero eso no sucede en esta isla. La muy perra no deja de moverse. —Hizo un gesto hacia el norte, hacia el coloso que remolcaba aquel pedazo de tierra rumbo al horizonte en llamas—. Los portales que proporcionaba la magia no eran el camino. Pero había otro. Otro todavía más evidente. El mismo que me había conducido hasta aquí.

—El templete de la plazoleta.

—Eso es —confirmó—. Cada estatua viene programada con un sinfín de destinos, lo único que tenía que hacer era averiguar cómo activarlos. Primero hice probaturas al azar, pero lo de pulsar los botones sin más no funcionó. Ordené a mi ejército que registrara Iskaria de cabo a rabo y en un sótano de una de las torres se toparon con cajas y cajas repletas de tablillas con códigos. Había cientos de destinos en ellas. Un verdadero filón. Pronto comprobé que la mayoría no funcionaba, puede que las estatuas no estuvieran programadas para esos destinos o que los portales al otro lado ya no existieran. Pero lo importante es que, de cuando en cuando, encontraba alguno operativo. En total conseguí activar setenta y ocho.

»Setenta y ocho portales de plata a otros mundos —anunció, satisfecho—. Muchos con sus propias estatuas y nuevos destinos aguardando. E Iskaria dejó de estar aislada. Justo lo que quería. Justo lo que buscaba. La mayoría de los portales da

a mundos muertos como el de la pirámide en ruinas o a asentamientos abandonados como el de esta isla. Tierras deshabitadas, todas heridas en mayor o menor medida por algún cataclismo planetario o alguna otra tragedia. En gran parte no queda ni rastro de vida, pero en algunas ha pasado tanto tiempo desde la catástrofe que las asoló, que la vida ha vuelto a medrar. Encontré varias civilizaciones primitivas en mis exploraciones. Un mundo poblado por mariposas del tamaño de hombres que viven en colmenas y que construyen instrumentos con la miel que segregan; otro de criaturas arbóreas llenas de tentáculos que se comunican entre sí a base de cantos. Tenemos a nuestro alcance un sinfín de mundos que explorar. O que conquistar.

»Y no solo eso. En varios de esos planetas he encontrado puntos de fracción, puertas a los lugares de paso que nos devolverían a la Telaraña. Eso es. Entradas de regreso a nuestro plano. Ya lo ves, Ariadna: Iskaria ya no es una jaula. Iskaria es ahora un mundo de posibilidades infinitas. Si quisiéramos podríamos convertirlo en la capital de un imperio. Si quisiéramos podríamos invadir los mundos habitados, tengo fuerzas suficientes para doblegarlos. ¿Te lo imaginas? ¡Nos venerarían como dioses! —Alzó las manos en un gesto que pretendía abarcar la realidad entera—. Mira a tu alrededor, Ariadna. Esto es lo que te ofrezco. Un futuro deslumbrante, un destino glorioso. A medida que transcurre el tiempo mi control sobre el Puño también crece. Algún día conseguiré dominarlo por completo y lograré invocar a todas las tropas del Rey Muerto. Dime ¿quién podría detenernos entonces?

—¿El Panteón Oscuro? —La pregunta era una clara advertencia—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes estar acumulando poder y hechiceros sin atraerlos?

—Que vengan —dijo él. Y se echó a reír—. Ya tengo magia y fuerzas suficientes como para enfrentarme a ellos. Que vengan. Los esclavizaré. Les convertiré en los generales de mi ejército. —El virago apretó los dientes—. Si me lo pides, doblegaré a la creación por ti. Tenemos el potencial de los conquistadores de leyenda, Ariadna, tenemos el poder necesario para poner a la realidad de rodillas si se nos antoja.

—¿Y si no quiero ser una conquistadora?

—Entonces no lo seremos. Te lo he dicho antes: eres tú quien decide. Si es lo que quieres, simplemente exploraremos esos otros mundos. O tejeremos bufandas en el castillo hasta el fin de los tiempos. Todo está por hacer. Todo está por crear. Hoy, aquí, empezaremos a construir nuestro destino. Y será el que tú elijas que sea. Tenemos toda una vida por delante para hacer lo que queramos. Somos libres.

—¿Y la maldición de los viragos? —le preguntó entonces—. ¿Acaso te has olvidado de ella? —La misma Ariadna respondió a su pregunta; por primera vez pareció consciente de qué espada llevaba Evan al cinto—. Matanza —dijo—. La espada de la subasta. La espada capaz de matar hasta a lo que no puede morir.

—Aseguran que puede acabar con la misma Muerte —dijo él—. Es nuestro billete de salida. Cuando llegue el momento, cuando uno de los dos regrese vacío de la resurrección, el otro se encargará de darle el descanso que se merece.

Ariadna suspiró.

—¿Hay algo más? —le preguntó—. ¿Tienes alguna otra sorpresa reservada?

—Una última cosa —contestó Evan—. Otro detalle en tu honor. Deja que te lo muestre, estoy seguro de que te va a encantar. —Acto seguido dio una sonora palmada.

Al momento un niño pequeño atravesó el portón del castillo y se dirigió hacia ellos. Era el hijo muerto de la pareja asesinada por la Carroña en Berlín. Caminaba despacio, como un autómatas con problemas de locomoción; tenía el rostro inexpresivo y la mirada apática que compartían la gran mayoría de los muertos del Puño de Azardian. Iba vestido con una librea azul en tela de damasco con ribetes plateados en las mangas y el pecho. Llevaba una copa dorada, y esta era tan grande y sus manos tan pequeñas que tenía problemas para sostenerla sin derramarla. Se acercó hacia donde estaban muy despacio, como si hiciera equilibrios sobre una cuerda floja. En cuanto apareció el niño, Evan miró a Ariadna. Le interesaba su reacción. Ella ni se inmutó. Era evidente que lo había reconocido, pero su presencia allí no la había escandalizado, como había temido que sucediera. Eso le hizo albergar esperanzas de que no fuera tan humana como ella aseguraba.

—Estuviste en Berlín —se limitó a decir.

—Sí, pero no a tiempo. La Carroña llegó antes que nosotros.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Los Tracia —contestó él—. Marc llegó a un trato con ellos.

Ariadna asintió. Y con su gesto dejó claro que era consciente de cuál había sido la naturaleza de ese acuerdo.

Aquella era la primera vez que se mencionaba a Marc y Evan estuvo tentado de leerla para averiguar sus sentimientos al respecto. Su rostro no dejaba entrever emoción alguna, mostraba una calma y una tranquilidad pasmosas. Pero Evan no se llevaba a engaño. El mar que rodeaba Iskaria casi siempre estaba en calma, pero abrasaba si cometías la imprudencia de tocarlo. Aun así, consiguió resistir la tentación y no leyó en Ariadna. Ella podía notarlo y no quería tentar a la suerte más de lo necesario.

El niño muerto llegó hasta ellos, hizo una pequeña reverencia y le tendió la copa a Ariadna, llena hasta la mitad de vino tinto. La virago sonrió al pequeño. Fue una sonrisa educada, la sonrisa con la que un aristócrata da las gracias a un lacayo por un trabajo bien hecho. A continuación tomó la copa y la alzó hasta su rostro, hizo girar el líquido mientras lo olfateaba con delicadeza.

—Sangre de Samarkanda —dijo. Evan asintió, complacido de que lo hubiera reconocido—. Mi vino favorito.

—Lo sé. Llevo tiempo aprovisionándome de botellas de las mejores cosechas. Hasta he conseguido un lote de la primera, la de 1902 —dijo—. Tenemos vino suficiente para emborracharnos durante años.

Ariadna dio dos tragos a la copa, uno corto, tanteador, y un segundo más largo. Entre ambos sorbos, más gente comenzó a aparecer por el portón de la fortaleza. Fue

un rápido desfile de hombres y mujeres de todas las edades, desde niños de corta edad hasta ancianos caducos y contrahechos que se apoyaban en bastones y muletas. Todos se fueron disponiendo de manera ordenada frente a ellos, como un ejército preparado para pasar revista. Mientras se colocaban, Ariadna terminó la copa de vino, sin prestar demasiada atención a los recién llegados. Las vestimentas que llevaban eran todas de una pompa y solemnidad mayúsculas. Había gente vestida con libreas, doncellas de uniforme negro y cofias blancas, mayordomos y criados tan estirados que sus columnas vertebrales daban la impresión de estar a punto de atravesar sus espaldas. Entre la concurrencia, resaltaba una mujer enorme y hermosa como una valquiria, sus curvas rotundas apenas podían ser contenidas por su radiante uniforme de cocinera. Pero no todos vestían atuendos de servicio, había hombres embutidos en sobrios trajes de etiqueta, mujeres engalanadas con complicados vestidos de noche... Todos rebosaban elegancia, desde los niños hasta los ancianos. Y sometimiento. Solo había que mirarles a los ojos para comprobarlo. Eran miradas apagadas, lentas, cargadas de la somnolencia de los que lo único que anhelan es una tumba donde descansar. Más muertos cautivos del sortilegio del Puño de Azardian.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Ariadna mientras tendía la copa vacía hacia el niño—. ¿Me lo explicas?

—Es tu corte, Ariadna —contestó Evan—. Una corte digna de una reina. —Se echó a reír al ver su expresión de perplejidad—. Permite que te los presente, están deseando conocerte. ¡Les he hablado mucho de ti! —dijo antes de introducirse entre las filas de muertos revividos. Posó una mano sobre el hombro de la mujerona vestida de cocinera y de un suave empujón la obligó a avanzar un paso—. Esta voluminosa señora es Greta Klaus; trabajó durante quince años en las cocinas de un hotel de gran lujo de Moscú. Aseguraban que lo que prepara solo se puede comparar con la alta hechicería. Y doy fe de ello. Hace dos años que la tengo a mi servicio y he perdido la cuenta de las veces que he estado a punto de llorar tras probar uno de sus platos. — Dio dos pasos a la izquierda y uno a la derecha para situarse tras un hombre vestido con un elegante frac negro y blanco. Era moreno, de ojos claros, y llevaba en brazos un violín con su arco, apretado contra su pecho con tal mimo que casi parecía sostener un ser vivo—. Gustav Contra —le presentó. Al oír su nombre, hizo una pequeña reverencia, un movimiento torpe, carente de elegancia—. Primer violín de la orquesta sinfónica de Bogotá durante ocho años. Un verdadero virtuoso. —Señaló hacia el hombre situado junto a él; vestía con la misma elegancia, aunque algo en su pose evidenciaba que no estaba habituado a semejantes galas. También tenía un violín, aunque bastante peor conservado que el de su compañero, la madera no estaba pulida y había marcas de arañazos por toda su superficie—. Carlos Suarez, un talento similar, casi idéntico al de Gustav, pero con mucha menos suerte. Tocaba en el metro de Buenos Aires. —Evan giró entre los muertos, de nuevo medio bailando, hasta colocar la mano sobre la cabeza de una niña pelirroja, de ojos azules y con la cara acribillada a pecas—. Vanesa Trastámara —dijo mientras acariciaba el cabello de la

muchachita—. Me la encontré en un arrabal de Brasil y me enamoré de ella al momento. Escúchala, por favor. Tú solo escúchala...

A su señal la niña dio un paso al frente, se llevó una mano al pecho y empezó a cantar. Nada más hacerlo, los dos violinistas colocaron sus violines en posición y comenzaron a deslizar los arcos por las cuerdas. La voz de la niña era maravillosa, un prodigio de la naturaleza. Era de una pureza dolorosa. Y como bien había adelantado Evan, los músicos que la acompañaban eran unos virtuosos fuera de toda medida. La música tomó otra vez Iskaria, la voz de la niña se elevó ante el castillo y las torres como si estuviera hecha de pájaros y mariposas. Era una canción perfecta. Hablaba del amor, pero sin caer en la cursilería, hablaba del amor capaz de superar todas las barreras, hasta las que interponía la misma muerte. Hablaba de miradas que lo significaban todo, de la añoranza de esos otros labios. Evan no dejaba de observar a Ariadna, pendiente de nuevo de su reacción. El canto de aquella niña sí pareció afectarla. Por un instante la calma de su rostro estuvo a punto de venirse abajo, entrevió emociones a un segundo de llegar a su superficie, un oleaje mínimo que ni llegó a concretarse, ni Evan supo cómo interpretar.

Cuando la canción terminó, el virago retomó las presentaciones. Había comediantes allí, un escritor de cierto renombre, un ajedrecista que había estado a punto de ganar dos títulos mundiales, bailarines, artistas de toda índole y naturaleza, hasta tres filósofos, el número justo para que nunca estuvieran de acuerdo. Tampoco había desestimado el lado práctico de la existencia, claro. Entre los allí reunidos había también un pastelero, un modista, un mecánico, un fontanero... Todos ellos esclavos del Puño de Azardian. Ariadna le interrumpió cuando todavía no le había presentado ni a la mitad.

—¿Los has matado para mí? —preguntó—. ¿Has asesinado a toda esta gente para mí?

—Sí —contestó Evan. Regresó junto a ella, con una radiante sonrisa en los labios—. Si vas a volver aquí quiero que sea con todas las comodidades posibles. No habrá silencio. No habrá una ciudad muerta. Y tendrás la corte que te mereces. Y esto es solo el comienzo. ¿Quieres a alguien en particular de la Tierra Pálida o del mundo oculto en nuestro reino? ¿Un actor? ¿Un hechicero? Solo tienes que señalarlo y yo te lo traeré.

—Has preparado mi llegada asesinando —dijo ella en voz baja. ¿Era orgullo lo que se dejaba entrever en sus palabras? ¿O se trataba de frialdad? La inquietud de Evan fue en aumento—. Basta —dijo y esa única palabra le hizo comprender que todo volvía a estar a un paso de derrumbarse—. He escuchado suficiente. En la Tierra Pálida me dijiste que necesitaba recobrar la memoria para poder decidir. Que era injusto que tomara cualquier decisión antes. Ahora lo recuerdo todo. Ahora soy yo. Recuerdo todo lo que hemos hecho, todo lo que hemos vivido, todos nuestros sueños y ambiciones... Déjame preguntarte algo: ¿sigue en pie tu promesa? ¿Aceptarás mi decisión, sea cual sea?

—Por supuesto. —La voz casi se le quebró en la garganta. Porque supo cuál era esa decisión aun antes de que ella hablara. Y aun así, por minúscula que fuera, se aferró a la esperanza de equivocarse.

—Quiero irme —anunció. Lo miró a los ojos, no esquivó su mirada. Era un gesto de desafío, una invitación a ponerla a prueba. Evan no pudo reaccionar, aquellas dos palabras acababan de destrozarlo—. Y Marc vendrá conmigo —añadió—. Esa es mi elección. Y te aconsejo que te dejes de fantasías y delirios y vengas con nosotros. Devuelve el Puño al conde, arrodíllate ante él y suplícale un castigo justo. Con suerte, quizá algún día vuelvas a ver la luz del sol.

—¿Te has vuelto loca? —Esa no era la respuesta que tenía que darle. Esa no era la opción que debía escoger. ¿Acaso no había visto lo que había hecho por ella?

—He tomado mi decisión, Evan. Como me pediste. He venido hasta aquí y he escuchado lo que tenías que decir. ¿No era ese el trato? Lo he cumplido. Ahora te toca a ti.

—Al menos me merezco una explicación, ¿no crees?

—¿Y si no estás preparado para ella? —dijo Ariadna.

—Pruébame —le pidió—. No cometas el error que cometí al ocultarte la verdad cuando te encontré. Yo... —Tenía ganas de gritar. Tenía ganas de arrancarse la piel a tiras y mostrarse desnudo ante ella—. ¿Por qué me rechazas? —Formuló la pregunta en voz baja, casi un susurro—. No lo entiendo. Se me escapa el motivo. —La indignación y la rabia le llenaban la boca de veneno—. ¿Es por el humano? ¿Por ese... animal? No, es imposible.

—Esto no tiene nada que ver con Marc. Tiene que ver contigo y conmigo.

—¿Por qué? —Esa era la pregunta fundamental. Una pregunta básica que exigía una respuesta sencilla.

Y a ella, esta vez, no le quedó más remedio que proporcionársela:

—Te rechazo porque estás loco, Evan. Te rechazo porque no te quiero. Te rechazo porque nunca te he querido.

\* \* \*

—Mientes.

Ariadna dio un paso al frente mientras abría los brazos y echaba hacia atrás la cabeza. Una forma de ofrecerse a su mirada, pero también de continuar desafiándolo.

—Lee en mí —le animó—. No tengo nada que ocultar. Esto es lo que soy. Lo que ves. Lee en mí, Evan, y sabrás si miento o no.

—No me hace falta hacerlo. No te creo. —Comenzó a darse la vuelta, como si pretendiera escapar de ella y sus palabras; a medio giro volvió a encararla, furioso—. ¡¿De qué va todo esto?! —le gritó mientras salvaba la distancia que los separaba en

dos pasos vertiginosos. Ella ni se inmutó—. ¿Qué pretendes? ¿Hacerme daño? ¿Esta es tu venganza por haber tardado tanto en encontrarte? ¿O por lo que le he hecho a tu humano? —El desprecio con el que pronunció aquella última palabra fue evidente. Sonó como si algo se le estuviera pudriendo en la boca.

—No. Lo único que he hecho ha sido responder a tu pregunta. —Bajó la vista un instante, pensativa—. No fue el silencio lo que me hizo salir a la terraza esa noche —le confesó—. Fuiste tú.

—¿Yo? —Evan se llevó la mano al pecho en un gesto tan melodramático que parecía forzado—. ¿Qué fue lo que hice yo?

—Nada. No hiciste nada. Desperté y estabas ahí, dormido, con una sonrisa en los labios y una expresión de absoluta plenitud. Y yo sonreí también y me dije que era imposible ser más feliz, que no podía existir nada mejor que despertarme a tu lado durante el resto de mi vida. Y en cuanto lo pensé, la perspectiva de que eso fuera cierto me dio vértigo. Me... me dio miedo ¿Era eso lo que realmente quería?, me pregunté.

»Y esa pregunta abrió la caja de los truenos, porque comenzaron a surgir más y más: ¿Quién eras tú? ¿Quién era yo? ¿Qué vida anhelaba? Habíamos huido de la casa sin ventanas porque allí no nos dejaban ser libres, pero... ¿qué era lo que nos aprisionaba el uno al otro de una manera tan brutal, tan completa, tan devastadora? ¿Qué eras tú para mí? ¿Mi sombra? ¿Mi alma gemela? ¿Mi otra mitad? ¿Qué fuerza nos obligaba a estar siempre unidos, hasta el extremo de compartir la mirada? Necesitaba saberlo. Necesitaba averiguarlo. Te leí entre líneas mientras dormías. —A veces se leían por el simple placer de hacerlo, pero siempre eran escrutinios consentidos, nunca habían leído en el otro sin su permiso. Hasta esa noche—. Y esta vez profundicé más que nunca. Fui en busca de tu esencia. Fui en busca de lo que te hace ser tú.

»¿Qué era esa fuerza?, me preguntaba mientras leía. ¿Qué locura nos consumía para estar tan henchidos de felicidad, de gloria, solo por el mero hecho de estar cerca el uno del otro? ¿Era amor? Lo dudaba. Éramos carroña, muertos en vida, espectros sólidos que ni la tumba quería. No estábamos concebidos para amar. Estamos hechos de oscuridad. Somos un cúmulo de sombras, de tinieblas... Por nuestras venas corre la Umbría, ya lo sabes. Pero entonces ¿qué era aquello? Leí en ti en busca de la verdad. Y la descubrí. Inscrita entre las líneas de tu ser, oculta a un nivel tan profundo que se confundía con la magia que nos había creado.

»Y descubrí lo que ya imaginaba: no había amor entre nosotros. Nunca lo hubo. Ni amor ni cualquier otro tipo de sentimiento que se le pueda parecer. Yo nunca te quise de igual forma que tú nunca me amaste. Entre tú y yo lo único que existía era pertenencia, posesión. Nada más. Eso era lo que nos mantenía unidos: yo era tuya y tú eras mío, pero sin sentimientos de por medio. Una pertenencia total, absoluta, pero vacía. Éramos prolongaciones uno del otro. Simples extremidades...

»Cuando desaparecí no fue el amor lo que te volvió loco. Fue el trauma de perder



una parte de tu cuerpo, el mismo que sufriría un ser humano si le amputas las piernas o los brazos... Con mi falta habías perdido la mitad de ti mismo. Estabas incompleto. Ya lo ves: esa es la fuerza que nos ataba. Esa es la fuerza que te ha hecho buscarme durante cuatro años: la posesión. Cuando lo descubrí me eché a temblar. —Soltó un gruñido, frustrada al parecer con sus explicaciones—. Por la Gorgona, qué complicado es poner en palabras lo que sentí entonces... —Meditó unos instantes, en busca de las palabras adecuadas. Evan la miraba como si no la reconociera. Tras soltar un suspiro, Ariadna continuó hablando—: ¿Cómo iba a poder ser libre si ni siquiera me pertenecía a mí misma? —preguntó—. Era una pieza más de un conjunto, una criatura ensamblada. Nunca podría ser libre, porque siempre estaría encadenada a ti.

»Salí a la terraza. Necesitaba escapar de aquella cama. Necesitaba no respirar el mismo aire que respirabas tú. Poco después te colaste en mi mirada. Estuve a punto de cortarte el paso, pero en cambio lo que hice fue intentar tranquilizarme. ¿Acaso era tan malo lo que teníamos? ¿No estaría haciendo una montaña de un grano de arena? ¿Qué más daba cuál fuera la fuerza que nos mantuviera unidos? Lo importante era que estábamos juntos, ¿no? Eso me forcé a creer. Pero la ilusión duró muy poco. La irrupción del conde Sagrada en nuestros sueños hizo que todo fuera a peor. Pero no solo por tenerlo metido en la cabeza. ¡Es que tú también soñabas lo mismo! ¡Ni siquiera era libre en mis sueños! ¡Me veía forzada a compartirlos contigo! —Volvió a mirarle a los ojos, buscando, quizá, comprensión—. Aun así lo intenté. Te juro que lo intenté. Pero llegó un momento en que ya no pude más. En Iskaria solo estábamos tú y yo y así era muy difícil pasar por alto todo aquello. Lo tenía a flor de piel. Casi veía las cadenas que nos unían, y en mi imaginación eran más grandes que las del gigante del mar de lava. Aguanté una semana. Después me derrumbé. Quise regresar. Volver a la casa sin ventanas. Necesitaba pensar, recapacitar sobre lo que había averiguado. Necesitaba tiempo para aprender cómo encarar todo eso.

Evan sacudió la cabeza, lo hizo varias veces, como si tuviera que reubicar su cerebro dentro de su cráneo para entender lo que Ariadna acababa de contarle.

—No eres tú quién habla —dijo al fin. La voz le temblaba, casi no parecía suya—. Es el conde. Te ha rehecho, te ha reconstruido. Ha usado la segunda lectura para borrar lo que sientes por mí y sustituirlo por ese delirio que acabas de soltarme. ¿No ves lo que pretende? ¡Quiere enfrentarnos! ¡Quiere separarnos!

—No. El conde no puede escribir sobre nosotros. Nuestra naturaleza se lo impide. —Sonrió—. Si pudiera reescribirnos, lo habría hecho hace tiempo, estoy segura, se habría ahorrado muchos problemas. —Lo miró fijamente—. Lo que te digo es cierto. Nunca te quise. Y tú tampoco me quisiste a mí. Por el sencillo motivo de que no sabíamos amar, por el simple motivo de que el amor no estaba dentro de nuestra configuración.

—Y aunque fuera así, lo que teníamos no era tan malo —dijo él—. Tú misma lo has dicho.

—No, no era tan malo —admitió—. Era maravilloso. ¿Quién sabe? Si las cosas se hubieran desarrollado de otro modo, quizá podría haberlo superado. Supongo que con el tiempo habría acabado aceptando la situación. Habría aceptado esas cadenas y admitido que nunca sería libre, que te necesitaría siempre para estar completa. Sí, habría aprendido a vivir con ello.

»Pero entonces pasó algo magnífico. Perdí la memoria. Y por caprichos del destino acabé con una familia increíble que, sin saber lo que estaba haciendo, enseñaron a amar a una criatura que no estaba previsto que pudiera hacerlo. Me cambiaron. Me cambiaron por dentro de un modo que el conde Sagrada nunca será capaz de hacer. Y después llegó Marc y entonces descubrí otra forma de pertenencia, de posesión, cálida esta vez, tremenda, soberbia. Descubrí el amor. Por melodramático que resulte, por manido y estúpido... Descubrí el amor —recalcó—. La cosa asesina, el monstruo del armario descubrió que tenía un corazón, aunque para poder descubrirlo no le quedó más remedio que olvidar quién era.

—Y yo, sin ti, languidecí. Seguí siendo un monstruo. No, algo peor: un monstruo incompleto porque me faltabas tú.

Ariadna asintió despacio. Se asomó una sonrisa a sus labios, una sonrisa que no llegó a aflorar.

—Si eso te consuela, sigo siendo un monstruo. Eso no ha cambiado —confesó—. Ser capaz de amar no ha lavado la sangre que ensucia mis manos. Arrepentirme de lo que he hecho no resucita a todos los que he matado.

—Vuelve conmigo —le pidió. Le suplicó—. Enséñame a amar.

—No podría enseñarte. Ni yo sabría hacerlo ni tú serías buen alumno. Estás vacío, Evan, estás muerto por dentro. Igual que lo estaba yo. Y si tienes alguna duda al respecto, solo tienes que mirarlos. —Señaló a la corte alineada ante el portón del castillo—. ¿No te recuerdan a algo? —Evan la miró sin comprender—. Has montado aquí a tus propias Maldiciones del Dragón. Hasta te has traído al niño copero. Los has castigado con la misma maldición que nos persigue a ti y a mí. Ni siquiera te habías parado a pensarlo, ¿verdad?

—¿Por qué debería hacerlo? No son como nosotros, Ariadna. Aunque tú te empeñes en ponerlos a nuestro nivel. Tú y yo somos criaturas de la Umbría, hijos de la magia. Ellos son solo hombres. Poco más que ganado.

—¿Lo ves? Te empeñas en no ver lo obvio. —Ariadna pateó el suelo, frustrada—. Nuestros padres fueron el conde Sagrada y la nigromancia, es verdad. Y nos parieron en la Umbría, con Barrabás como comadrona. Pero fueron seres humanos los que nos engendraron —dijo al tiempo que señalaba hacia ellos—. Una mujer nos gestó en su vientre, nos llevó durante meses en su interior... Carne de su carne, sangre de su sangre. ¿Te has preguntado alguna vez quién era tu madre? ¿O quién era tu padre? Yo sí, muchas veces desde que he recuperado la memoria, y me espanta no haberlo hecho antes. Dioses. Qué vacía estaba, qué muerta... —No había lágrimas en sus ojos, ni siquiera la humedad temblorosa que las presagia, pero estas, de algún modo,

se le intuían en la voz—. ¿Te has parado a pensar en lo mucho que les debió de doler perdernos? —le preguntó—. ¿Y te atreves a decir que ellos son los animales? Míralos de nuevo. Atrévete a mirarlos. Tienes razón, no podemos compararlos con nosotros. Porque si lo hacemos, tenemos todas las de perder. Son mejores. Nos superan. Solo tienen una vida. Solo una. Y nosotros llevamos tantas gastadas que nunca hemos sabido lo que significa de verdad estar vivo.

Guardaron silencio. Ambos mirándose a los ojos, ambos fuera de la mirada del otro, sin estorbos, sin máscaras. Dos muchachos ante el portón de un castillo.

—No tiene sentido seguir discutiendo —dijo Evan—. No tiene sentido continuar con esto. Has tomado tu decisión. Me la has escupido en la cara. Lo eliges a él. A eso se reduce todo.

—Lo elijo a él —corroboró Ariadna—. Y no me engaño. No es un amor perfecto. No es un amor que vayan a cantar los bardos o que vaya a inspirar sonetos, Pero es real. Y me hace más feliz de lo que nunca he sido. —Evan hizo una mueca, como si aquel comentario en particular le hubiera dolido más que nada—. Y hace que te odie con una fuerza que haría descarrilar mundos porque te has atrevido a hacerle daño. Porque para ti no era nada más que un cebo, una forma de atraerme. Para ti solo era carne que hacer sangrar, otra canción secreta por desvelar...

—Ve por él. —La voz de Evan había perdido toda inflexión, era una voz vacía, hueca. Una voz muerta—. Está encerrado en la última celda de la torre principal, cualquier palabra de apertura te abrirá la puerta. No te preocupes, he tenido cuidado. Todas sus heridas son superficiales y apenas ha perdido sangre. —Sacó un delgado rollo aplastado de vendas de un bolsillo y se lo tendió. Ariadna olió la magia sanadora que lo impregnaba—. Toma. Pensaba curarlo yo mismo antes de dejarlo marchar. Ahora te toca hacerlo a ti. Cúrale y largaos. Tienes mi palabra de que no haré nada para impedirlo. Es lo que querías, ¿verdad? Pues ya lo tienes. Enhorabuena. Has roto tus cadenas.

—Gracias —dijo ella mientras guardaba las vendas en un bolsillo de su falda.

—Acabamos aquí. —Evan le dedicó una sonrisa de tristeza y resignación total—. Siempre pensé que esto iba a durar para siempre. Qué estúpido fui. Qué imbécil. Te encontré para volver a perderte.

Ariadna no dijo nada. Estaba leyendo entre líneas en él, confirmando que estaba siendo sincero. Y lo era. Se había rendido. Había claudicado. Les dejaría irse. Buscó sombras que pudieran ocultar alguna trampa, dobleces en su interior que guardaran alguna última sorpresa, pero no había nada. O no supo hallarlo.

Él era consciente de su escrutinio, pero no parecía darle importancia. De hecho, casi parecía disfrutarlo, como si intuyera que esa era la última vez que iba a tenerla dentro.

—¿Recuerdas a la vidente de la Prefectura de Katay? —preguntó Evan de pronto. Ariadna no contestó—. He pensado a menudo en ella, en lo que nos mostró bajo el templo. ¿Sabes lo que más me impactó de aquellas criaturas vacías? No fueron sus

miradas, no me preocupó lo de ser un muerto en vida. Lo que de verdad me asustó fue la perspectiva de olvidarte. De no saber de ti. No pude imaginarme un destino peor. Y entonces fuiste tú la que olvidaste. Y cuando te encontré descubrí que había algo mucho peor. Te habías enamorado de otro.

—¿Puedo darte un consejo?

—Puedes. Será cosa mía seguirlo o no.

—Vuelve a la Tierra Pálida, piérdete en alguna de sus ciudades y utiliza el hechizo de olvido. Borra lo que eres. Olvida y haz lo más difícil que puede hacer un monstruo: aprende a ser humano.

La sonrisa de Evan fue la más triste que Ariadna vería nunca. Una sonrisa desprovista de vida, de esperanza. La sonrisa de los condenados, de los que lo han perdido todo. Luego le hizo un gesto hacia el castillo, mostrándole el camino que la conduciría a Marc.

No tuvo que hacerlo dos veces.

\* \* \*

Ariadna echó a correr en cuanto atravesó el portón.

Atravesó el patio veloz. Los monstruos de Azardian la observaban a su paso, con sus miradas apáticas y maltrechas. Criaturas asesinadas siglos atrás contemplaban su carrera hacia el edificio principal de la fortaleza. La torre nacía de allí, alta, con su cúpula quebrada. En sus sótanos estaban las mazmorras. En su terraza la historia de los dos viragos había llegado a su fin.

¿Cuál es la canción secreta del mundo?, se preguntó Ariadna mientras avanzaba cada vez más rápido, el rostro convertido en una máscara expectante. Los ojos le dolían por la necesidad de verlo, por el ansia de comprobar que de verdad continuaba con vida. ¿Qué crea el mundo? ¿La esperanza? ¿El deseo? ¿Cuál es el motor que pone en marcha la realidad? Ariadna deliraba, febril, perdida en aquella carrera que debía conducirla hasta él. ¿Sería el amor? ¿La pasión? ¿El dolor? Los monstruos la miraban mientras pasaba como una exhalación entre ellos, la miraban con sus ojos muertos, con el cansancio infinito de los obligados a permanecer siempre despiertos. Ariadna se preguntó si habrían muerto en silencio o si habrían acudido al encuentro de la extinción gritando. Pero ¿importaba acaso? En el fondo todos gritaban, aunque fuera en silencio. Como los viragos que vio en la antecámara del sepulcro del señor de la guerra en el Filo de la Prefectura de Katay. ¿Sería esa la canción secreta del mundo? ¿Una concatenación de gritos? ¿Una interminable cadena de eslabones forjados a base de alaridos? La historia del hombre comenzaba siempre con un grito vuelto llanto y terminaba con otro, transmutado en estertor.

Recordó los gritos de Edgar y Sonia, asesinados en su casa por fuerzas que ella

misma, sin quererlo, había convocado. ¿Habría gritado Cario cuando lo mataron? Esperaba que su muerte hubiera sido rápida, pero con Evan implicado todo era posible. Los gritos la perseguían, todos los gritos del mundo. Malasuerte y sus sicarios, asesinados por el hombre del pelo gris, por aquel hombre que era un grito en sí mismo. Edmund, Ángela y Steve, muertos también por su causa en un festival de cuchillos y disparos. Los gritos de agonía de todos a los que Ariadna había asesinado en nombre de la Carroña la acompañaban en su carrera. Una algarabía que pugnaba por despedazar su cráneo desde dentro. Ariadna remolcaba un sinfín de cadáveres tras ella. Decenas, cientos. ¿Esa era la canción secreta del mundo? ¿Esa melodía insana era la que daba cuerda a la realidad, la que cimentaba los pilares de la creación?

Ariadna corría. Se encontró la puerta entreabierta y terminó de abrirla de un empellón, sin frenar su paso. Llegó a las escaleras y tardó un tiempo en darse cuenta de que avanzaba gritando su nombre. Era una exhalación, era furia en movimiento. Tenía que verlo. Necesitaba verlo.

Llegó a los calabozos, fríos y oscuros, un pasillo corto, de no más de cuatro metros, con dos puertas en los laterales y una al fondo. Y lo escuchó allí, respondiendo a gritos a su llamada. Oía su nombre, amortiguado por la mordaza. Ella corría, con la tercera palabra de la apertura ya en los labios, con la mano extendida en busca de la manilla.

La aferró con fuerza, la giró y abrió la puerta de la mazmorra.

## LA CARROÑA

Entró atropellada, con la vista empañada por las tinieblas del lugar. De las profundidades del calabozo le llegó un gemido amortiguado y un lento removerse. Ariadna se puso en guardia de inmediato. Se sentía extraña, ajena. Toda la excitación y la urgencia de su carrera a través del castillo habían desaparecido. Tenía la sensación de que se ahogaba en sí misma, en aquel caos de identidades que la formaban. Lo recordaba todo de su pasado, pero le costaba trabajo centrarse en sus sentimientos hacia Marc; continuaban allí, era consciente de ellos, pero estaban rodeados por una película de grasa, de excrecencias turbias procedentes de su memoria recobrada y de su reciente conversación con Evan. Parte de ella sentía cierta perplejidad, hasta náusea, por el hecho de que hubiera podido enamorarse realmente de un ser humano.

«Evan no ha tallado mi rostro en la Luna, pero me ha conseguido un ejército y me ha regalado una corte. Y dice que juntos podemos construir un imperio».

La mazmorra hedía a sangre y a tierra húmeda, a lluvia sobre lodazales, a sepulcro recién abierto. La joven murmuró la segunda palabra de la luz y el lugar se iluminó por entero. Marc estaba encadenado a la pared dos pasos más adelante, medio ahogado por la mordaza de cuero. Ariadna se acercó despacio, muy despacio, a cada segundo se sentía más perdida y angustiada. Un mal presentimiento la rondaba. Y era tan perentorio, tan acuciante, que no le quedó más remedio que traer a Letanía de las sombras. Empuñar aquella daga le daba seguridad, la tranquilizaba. Siempre lo había hecho, desde que el conde Sagrada se la había regalado siendo una cría. «A otros niños les regalan peluches, a nosotros armas encantadas».

Entonces, Marc la miró y todas las dudas y todos los miedos se disiparon. Bastó una simple mirada de aquellos ojos castaños, tan comunes, tan normales, para obrar el milagro de centrarla en el mundo, para reafirmarla y encajar todas las entidades que convivían en su interior en una sola: era Ariadna, Ariadna, por fin, la Ariadna nacida de la casa sin ventanas y al mismo tiempo la Ariadna de Edmund y Ángela.

Y estaba enamorada de aquel muchacho.

Marc intentó hablar, pero las palabras se le ahogaban contra la mordaza.

Ariadna se acuclilló ante él. Evan no había mentido, las heridas eran superficiales, dolorosas, sí, pero ninguna grave. Aun así, era injusto que Marc hubiera sufrido tanto, era injusto que el destino se hubiera ensañado tanto con él. «Por buscarme, solo por buscarme». Pensó en la solución que le había dado el conde Sagrada cuando, tras

recobrar la memoria, insistió en que su principal objetivo iba a ser rescatar a Marc:

«Si de verdad quieres salvarlo tráelo ante mí», le había dicho. «Si de verdad quieres protegerlo, deja que lo reescriba. Le haré olvidar. Le haré olvidarte. O, si lo prefieres, fabricaré recuerdos falsos para él. Creerá que has muerto y podrá rehacer su vida en la Tierra Pálida. Si de verdad te importa, libéralo. Libéralo o el mundo oculto lo matará. Tu niño no puede vivir entre monstruos. Lo sabes, Ariadna. Lo sabes muy bien».

—Ya estás a salvo, cariño —le dijo. Le acarició el pelo apelmazado y aquel gesto la consoló tanto como el arma que empuñaba en la otra mano. Marc volvió a intentar hablar y de nuevo sus palabras se toparon con la mordaza—. ¡Lo siento! —exclamó mientras se apresuraba a liberarle de aquel mugriento pedazo de cuero.

Marc echó hacia atrás la cabeza, con los ojos llorosos y los músculos del cuello tensos. Respiraba tan hondo que parecía querer inhalar todo el aire de la mazmorra de un solo golpe de pulmón. Se la quedó mirando mientras recuperaba el resuello. Los ojos le brillaban de un modo nuevo. Era un brillo de euforia apenas contenida, de alegría a raudales. Estaba vivo. Seguía vivo. Y su vida era preciosa, única, no como la suya, una parodia. La vida de Marc era un tesoro que había que salvaguardar a toda costa. Después de todo lo que había pasado se merecía esa victoria. Marc le sonrió y, aunque fue una sonrisa agotada, atenazada todavía por la experiencia terrible que había vivido, fue tan hermosa que dolió.

—Llámame paranoico si quieres, pero tengo la sospecha de que a tu exnovio no le caigo demasiado bien —dijo, con la voz agarrotada.

Ariadna no supo si echarse a reír o emprenderla a golpes con él. Sacudió la cabeza, incrédula, incapaz de creer que Marc tuviera ganas de bromear. Y comprendió que era el humor fruto del miedo, del alivio, el humor del superviviente que sale de un vehículo hecho pedazos solo con magulladuras.

—Deja que arregle ese desastre —le pidió Ariadna mientras desenrollaba las vendas sanadoras de Evan. El hechizo de curación que las bañaba era fuerte, tanto que bastaba con pasarlas por encima de las heridas para que estas desaparecieran, como si no fueran más que líneas pintadas a rotulador. Con suerte no quedarían ni cicatrices. Al menos no de las visibles. Marc la dejó hacer, sin apartar la vista de ella, atento a todos sus movimientos. Hizo una mueca de dolor cuando Ariadna comenzó a curarle el «ven» subrayado de su frente.

—Nunca te había visto tan hermosa —le dijo.

—No digas eso, por favor... —Sintió un súbito calor en sus mejillas, pero no llegó a ruborizarse.

—Necesito hacerlo —dijo él—. Pensaba que no iba a volver a verte. Pensaba que iba a morir, que aquí se terminaba todo. Y ahora te tengo delante y no puedo dejar de pensar en lo hermosa que eres. Casi ha merecido la pena que ese loco me torturara solo por verte otra vez. —Entrecerró los ojos—. ¿Y Evan? —preguntó—. ¿Lo has matado?

—No —dijo ella—. Hemos hablado. Le he explicado la situación y él la ha entendido. No le ha gustado, por supuesto, pero las cosas han quedado claras entre los dos. Nos dejará marchar, lo ha prometido. Y a los seres como yo no nos queda más remedio que cumplir nuestras promesas.

—A los seres como tú...

—Soy una virago —dijo—. Una asesina que no puede morir. Nací muerta y un gremio de asesinos me resucitó para que matara para ellos. —Suspiró. Ese era el resumen de su vida—. ¿Crees que puedes levantarte?

—Sí, creo que sí —dijo él. Pudo, en efecto, aunque no le quedó más remedio que apoyarse en Ariadna para conseguirlo. Su aspecto había mejorado bastante tras usar las vendas sanadoras, pero la palidez de su rostro seguía siendo más que evidente. Por un instante, Ariadna temió que fuera un fantasma, pero el tacto contra ella era demasiado real, demasiado sólido. Él le sonrió—. Tienes una araña en el pelo —dijo.

—Sí —contestó—. Le gusta estar ahí. Se llama Minerva. Procura no tocarla —le advirtió—. Es muy venenosa.

Marc, para su sorpresa, se echó a reír, como si la idea de que aquella araña pudiera matarlo después de todo lo que le había sucedido le pareciera delirante. Después hizo algo todavía más inesperado. La tomó de la cintura, la atrajo hacia él y la besó en los labios. Ariadna se dejó llevar, cerró los ojos y se concentró en aquel beso, en aquella boca, centro de todo el universo, la piedra filosofal de su existencia, la canción secreta, quizá, del mundo.

La virago sintió que era el momento apropiado para echarse a llorar. Algo dentro de ella le advertía que ese instante, ese preciso instante, merecía lágrimas, ya fueran de alivio, de alegría o de ambas cosas a un tiempo. Pero ahora estaba completa. Era Ariadna, con todo su pasado a cuestas, absolutamente todo, con toda la sangre, con las vísceras, con todo el horror. Y no se podía permitir llorar. O no podría parar jamás.

\* \* \*

Cuándo salieron de la fortaleza, Evan va no estaba.

Había dejado a Matanza clavada ante el portón del castillo, hundida hasta media hoja en la tierra polvorienta. Sobre la empuñadura colgaba el Puño de Aazardian, en un revuelo de telarañas y destellos de rubíes y cristal. Ariadna lo tomó por la cadena; estaba elaborada mediante diminutos eslabones negros, muy fríos al tacto, casi helados. Notó el poder desmesurado de aquel objeto nada más poner la mano sobre él. El talismán zumbaba en contacto con su piel, era un sonido desagradable, un ruido de enjambre nervioso, de plaga al acecho. Casi creía escuchar el rumor de millares de voces surgiendo de los cristales. Quizá así fuera.



—Se ha marchado —anunció Ariadna.

—Y espero que bien lejos —dijo Marc.

Aquella tenía todo el aspecto de ser una retirada definitiva, absoluta, como evidenciaba el hecho de que hubiera dejado atrás el collar y la espada. Ariadna miró hacia el camino que apenas una hora antes la había conducido hasta allí. Dudaba que Evan hubiera decidido entregarse a la Carroña; sabía muy bien lo que le esperaba de hacerlo. No, había tomado otra ruta, otro portal a otro mundo. Se preguntó si volvería a verlo algún día. Esperaba que no. No le deseó suerte. No se la merecía después de lo que había hecho.

Y ella, ¿se la merecía ella?

Como si de una silenciosa respuesta se tratara, la mano de Marc buscó de pronto la suya. Ariadna se la estrechó con fuerza. El joven tenía los ojos entrecerrados, deslumbrado por la fluctuante luz procedente del mar de lava y el rielar esmeralda del planeta suspendido en las alturas. La palidez de su piel quedaba teñida ahora de un carrusel de escarlatas. Ariadna lo recordó cubierto de sangre y se estremeció.

A las puertas del portón del castillo seguía aguardando la macabra corte que Evan había reclutado en su honor. Continuaban en la misma posición en la que los había dejado, con la mirada perdida y la expresión gastada; hasta los niños tenían aspecto de haber vivido miles de años. Las tropas del Rey Muerto también deambulaban por los alrededores de la fortaleza, desamparadas ahora que su dueño las había abandonado. Todavía pertenecían a Evan, y lo seguirían haciendo hasta que el virago muriera y se desvinculara del collar. Ariadna sospechaba que no tardaría mucho en hacerlo. Si Evan quería atemperar los ánimos del conde Sagrada, lo mejor que podía hacer era desligarse del collar cuanto antes. Aunque quizá el Puño fuera un regalo para ella. Cuando Evan lo liberara podría reclamarlo para sí. Convertirse en su propietaria, la dueña de los ejércitos legendarios del Rey Muerto.

—Podría convertirme en la mujer más oscura que ha pisado la creación —murmuró al tiempo que contemplaba el vuelo de las águilas y los dragones y apretaba con fuerza el collar en su mano—. Con este talismán podría convertirme en la reina de la Telaraña. La Reina Muerta, la Reina Virago... Haría que todos me adoraran. Conseguiría que la realidad entera se postrara de rodillas ante mí. Lo tendría todo. No hoy, ni mañana, pero pronto.

—¿De verdad quieres eso? —preguntó él—. ¿Tu rostro tallado en la Luna como me dijiste un día? ¿Y qué harías? ¿Rebautizarás a la Tierra como Bella Ariadna? Espero que no. «Terrestre» es una palabra sencilla, «belloariadnense» me hace daño en la lengua cuando la pronuncio.

Sí, habían bromeado con lo que ella haría cuando conquistara el mundo. Las leyes estúpidas que iba a instaurar, los monumentos que haría construir en su honor, los castigos que impondría... Cerró los ojos, al borde de un ataque de vértigo. Hacía tanto tiempo de eso. Varias vidas, de hecho. Había muerto cuatro veces desde entonces.

Ego estaba a unos pasos de distancia, mirándola con atención. Las alas del ángel clavado a su espalda se agitaban espasmódicas. El demonio de Cícero parecía muy interesado en ella.

—Pero, ¿y si me dejara arrastrar? —se preguntó Ariadna. ¿Era verdadera tentación o simple delirio? El rumor de voces saliendo del Puño crecía por momentos—. Una vez me prometiste que, pasara lo que pasara, siempre estarías junto a mí, que nunca conseguiría librarme de ti. ¿Si abrazara la oscuridad permanecerías conmigo? ¿Continuarías a mi lado?

—Nunca abandonaría a la Ariadna de la que me enamoré —contestó Marc, sin titubear ni un instante—. Pero si cedes a ese poder, dejarías de ser ella y mi promesa no tendría sentido. No puedo amar a nadie que sea capaz de esclavizar inocentes. — Señaló hacia la derecha. Allí estaba Cario, el hijo de Sonia y Edgar Müller, y un paso más atrás, el resto de desdichados que Evan había asesinado para servir a Ariadna. El niño todavía tenía la copa entre las manos.

—Intenté salvarlo. Te juro que lo intenté.

—Eso es lo que traen los conquistadores. Montañas de cadáveres. Ese es el precio que hay que pagar para conquistar el mundo.

—No quiero el mundo —dijo ella—. Te quiero a ti. Lo demás no me interesa. — Acto seguido, con sumo cuidado, guardó el collar en un bolsillo oculto entre los pliegues de su falda. Con aquel gesto desterró las ambiciones de aquella otra Ariadna, la eliminó de las múltiples personalidades que la conformaban. No la echaría de menos.

Los muertos aguardaban, en perfecta formación. Los mayordomos y criadas, los violinistas, los sastres, los escritores y poetas... Todos con la vista al frente, todos con una idéntica expresión vacía y yerta.

«Más culpa que arrastrar», se dijo Ariadna. «Más cadáveres a mi espalda. ¿Es que este rastro de muerte no va a terminar nunca?».

Se acercó hacia ellos. No había palabras que pudieran expresar su dolor y su pena. Se dirigió a un hombre alto, vestido con librea, tenía una nariz ganchuda y una sombra de bigote y barba ensuciándole la cara que le confería una autoridad de la que el resto carecía. Los ojos lánguidos del cadáver revivido la siguieron en su trayecto hacia él, sin demasiado interés.

—Vuestro amo os ha abandonado —le informó.

El mayordomo asintió despacio.

—Se marchó, como hace en ocasiones, solo que esta vez anunció que sería para siempre —declaró con voz pastosa—. Pero antes de irse dejó dicho: «Servidla a ella de igual manera que me servisteis a mí. Cumplid todos sus deseos y órdenes como si fuera mi voz la que hablara por sus labios». ¿Tú eres ella?

—Eso me temo. —Evan le había legado su ejército, al menos el control de su corte y de las tropas que deambulaban por Iskaria. Seguía sin tener acceso a las que todavía permanecían en el collar—. ¿Sabes cómo podría liberaros? —le preguntó.

—No puedo responder a esa pregunta porque desconozco la respuesta —dijo el mayordomo. Y añadió, con voz muy baja—: Ojalá la supiera.

Ariadna asintió. Aquella gente pertenecía en su mayoría a la Tierra Pálida, de poca ayuda podrían servirle. Habían pasado sus vidas al otro lado del misterio, más allá del velo, hasta que llegó Evan y los empotró a golpes en el otro lado de la realidad. Buscó con la mirada a Ego. El monstruo de Cicero la observaba, atento, su rostro era un caos de cuchilladas, sus doce ojos, doce relucientes soles negros.

—Ariadna —la llamó Marc, preocupado, al verla acercarse decidida a aquel engendro.

Ego inclinó la cabeza para mirarla, no fue un gesto de sumisión ni reconocimiento, lo hizo porque le sacaba más de un metro de altura. Hasta la noche en que había perdido la memoria, Ariadna no había visto nunca tan de cerca a un morador de Cicero. Sabía del infinito odio que se profesaban la ciudad maldita y la casa sin ventanas, pero nunca había participado en un enfrentamiento directo entre ambas facciones. La presencia de aquel espanto era abrumadora. Atentaba contra los sentidos del mismo modo en que lo hacía la presencia del conde Sagrada. Había cierto tipo de entidades cuya simple contemplación movía al horror, y no era por su aspecto; sus posibles deformidades físicas no tenían nada que ver con ello. Era algo más sutil, un aura de negación, de no pertenencia al mismo mundo, que afectaba al observador casi de modo físico. Cuando lo tuvo delante, Ariadna alcanzó a oler la peste que exudaba la criatura de Cicero. Hedía a tierra agusanada, a podredumbre y llanto. Los doce ojos de Ego permanecían fijos en ella. Y en ellos vio un brillo del que carecía la corte muerta, como si su fuerza de voluntad fuera tan enorme que ni el Puño de Azardian hubiera conseguido doblegarla del todo.

—¿Qué debería hacer para liberar a las almas del Puño? —le preguntó.

—¿Por qué querrías hacerlo? —preguntó a su vez el monstruo, demostrándole que su suposición era correcta. Ego podía estar esclavizado, pero no era un ser servil como los humanos asesinados por Evan—. ¿Por qué querría alguien vaciar de poder el talismán del Rey Muerto? ¡Qué majadería! ¡Qué sinsentido! Sé lista, niña. Nuestro amo y señor te ha dejado al cargo del negocio. Ordéneme que lo busque y le arranque la cabeza. Lo descorcharé como una botella antes de que sepa qué está ocurriendo. El Puño será tuyo para siempre. Y después conquistaremos la creación.

—No la quiero. Te he hecho una pregunta, engendro. Respóndeme.

—Sea. Para liberarnos deberías destruir el collar de Azardian.

Negó con la cabeza, frustrada. Esa no era la respuesta que buscaba.

—Hacer eso me pondría en una situación complicada. El conde Sagrada no me lo perdonaría nunca. Y no me gustaría pasar el resto de mi existencia en una mazmorra de la casa sin ventanas. ¿Hay algún otro modo de liberaros?

—Lo hay —le confesó Ego—. La manera lenta. Los cautivos de Azardian solo podemos morir una vez. Solo una. ¿Quieres liberarlos? —Señaló con su cabeza deformada a la corte muerta—. Deja que lo haga yo. Ordéneme que los mate y los haré

libres a hachazos, patadas y mordiscos. Será un placer. Yo disfrutaré de la matanza y ellos escapan del yugo del Rey Muerto. Todos ganamos ¿No te parece un trato justo, mi señora? —No se le escapó el tono burlón con el que se dirigió a ella.

Ariadna recapacitó unos instantes. No pensaba darle semejante gusto. Tenía su sable, tenía a Letanía. Y a Matanza clavada en la tierra. Paseó la mirada por las filas de hombres y mujeres dispuestos entre el portón del castillo y ella. Marc negó con la cabeza, como si fuera consciente de lo que estaba pensando y pretendiera disuadirla. Cario, el hijo de Edgar y Sonia, miraba al frente, vivo pero sin vida, un mero fantoche, poco más que un títere. La idea de matarlo, aunque fuera para Uberar su espíritu, era más de lo que podía soportar. Pero también tuvo muy claro que sería capaz de hacerlo si no le quedaba otra alternativa. Por suerte para ella y su cordura, la había.

—¿Sentís dolor? —le preguntó a Ego al tiempo que se giraba de nuevo hacia él—. ¿Si te clavara mi espada en el pecho, sufrirías?

—Estamos muertos —contestó el demonio. Su voz surgía a un tiempo de todas las cuchilladas que le deformaban el rostro. La peste a tierra removida se hizo todavía mayor, tanto que a Ariadna no le habría sorprendido que comenzaran a llover gusanos del cielo—. El dolor es para los vivos, no para seres como nosotros.

—Yo siento dolor —dijo ella.

—Tú eres una virago. Ni viva ni muerta y ambas cosas a un tiempo. Los esclavos de Azardian estamos más allá de la agonía. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso pretendes llevar a cabo la masacre tú misma? ¿Privarías a un pobre demonio muerto de su triste consuelo? No lo hagas, pequeña. No ensucies tus manos de sangre cuando las mías están deseando embadurnarse en ella. Ten corazón. Ten piedad. Da la orden y que comience la masacre.

—Mis manos ya están lo bastante sucias —dijo ella—. Pero te equivocas. No mataré a nadie aquí esta noche. —Se dirigió entonces a los hombres y mujeres que Evan había asesinado para ella—. ¡Escuchadme! Cuando abandonemos la isla, os internaréis todos en el mar de lava. ¿Me oís? Os sumergiréis en él y arderéis hasta morir por segunda vez. Yo... —Resopló, sin tener muy claro lo que iba a decir a continuación. Se dejó llevar—: Siento mucho que estéis muertos. Siento mucho que todo esto haya pasado. Lo siento tanto. Tanto... Ojalá hubiera algún modo de compensaros... Pero no lo hay. Porque haga lo que haga, diga lo que diga, vosotros seguiréis estando muertos. Y yo viva.

Justo en ese instante, Ariadna fue consciente de que la isla había dejado de moverse. Lo hizo con una pequeña sacudida, un leve temblor. Miró hacia el mar de lava. El gigante había dejado de remolcar su pesada carga por un momento. Se había detenido, quizá para tomar aliento, quizá para reflexionar sobre el porqué de la labor titánica que llevaba a cabo. No era raro que se detuviera. Evan y ella le habían visto hacerlo en varias ocasiones en las dos semanas que habían vivido allí cuatro años atrás. Solían ser paradas breves, de unos pocos minutos nada más. Ahora permanecía

inmóvil, medio girado hacia ellos. Los ojos enormes del coloso estaban fijos en el islote. Se preguntó si sería capaz de verlos a semejante distancia. ¿Qué pensaría de ellos de poder hacerlo? ¿Se preguntaría también por el motivo de su presencia allí? ¿Le maravillaría la existencia de seres tan diminutos del mismo modo que a ellos les maravillaba la suya? Ariadna contempló la mirada de aquel portento. El resto de su rostro estaba oculto por el mar de nubes, pero los ojos resaltaban como lunas, como soles. Había tristeza en ellos, una pena profunda, devastadora. Y Ariadna no pudo evitar preguntarse si aquello no sería en definitiva un cortejo fúnebre, si aquel gigante no estaría arrastrando aquel inmenso ataúd con forma de isla con la intención de sepultarlo en algún punto perdido en el mar de lava.

El coloso no tardó en retomar la marcha. Las cadenas se tensaron en el silencio absoluto de Iskaria, sin producir, por supuesto, el menor sonido. Los monstruos que vivían en las heridas de su espalda se agitaron, frenéticos, cuando retomó la tarea de remolcar la isla y su cargamento de cadáveres.



Las tropas de Etolia y los asesinos de la Carroña aguardaban en la pirámide en ruinas. Ariadna los descubrió situados alrededor del portal en cuanto se recuperó de la leve desorientación que producía el transporte. Se habían dispuesto en clara posición defensiva, todos con las armas preparadas, con una doble línea de golems en torno a la plataforma de piedra negra. En una de las balconadas interiores estaba Cornualles, apuntando al portal con un rifle de pulsos rodeado de energía estática. Era evidente que no habían querido correr ningún riesgo y estaban preparados para repeler cualquier posible ataque. Para Evan la limitación del salto individual no significaba nada, no cuando podía presentarse allí con un ejército a un segundo de ser movilizado colgado del cuello. Ver a los golems alineados ante el portal, todos activos y alerta, y a los miembros de la Carroña en posiciones defensivas, le bastó para comprender que había hecho bien en no mandar a Marc en primer lugar. No habría sido acertado, no cuando los nervios al otro lado del portal estaban a flor de piel. Legión fue el primero en acercarse; la miró interrogativo mientras Ariadna bajaba las escaleras.

—Ni los más optimistas pensaban que podías regresar tan pronto —le anunció.

—¿Tan poca fe teníais en mí? —pregunto ella. Tenía el dorso de la mano izquierda sobre su sable, en la mano derecha empuñaba a Matanza.

—Mucha más de la que puedes sospechar —dijo Gólgota—. Y aun así, nadie te esperaba tan pronto. Ni tan entera.

—Prometí hacer lo posible por regresar. Y aquí me tenéis —dijo mientras recorría con la mirada a todos los asesinos reunidos allí. Ninguno se había relajado en lo más mínimo, seguían listos para repeler cualquier amenaza. ¿Esperaban alguna treta por

su parte?—. He cumplido mi palabra.

—Y nos congratulamos de ello, querida niña —dijo Gólgota mientras sonreía a medias. Volga estaba junto a él, los ojos dibujados en su venda eran dos círculos negros desorbitados que le daban aspecto de espantada—. ¿Esperamos más visitas o vienes sola? —preguntó el demonio.

—La virago huele a magia. A magia poderosa —canturreó Etolia mientras daba un paso en su dirección. La escoltaba, cómo no, el hechicero muerto. La proximidad de este y de la cabeza empalada en su báculo provocó una vaharada de aire nauseabundo. Un hedor a fosas comunes, a cadáveres mal enterrados, envolvió a Ariadna. Y como si quisiera recalcar aquel detalle, Etolia dijo—: Y apesta a muerte. —La niña macabra le ofreció otra de sus sonrisas horripilantes—. ¿Al final escogiste el Puño y te libraste del virago y del humano? ¡Qué lista! ¡Qué taimada! Pero qué bien hecho. Tener corazón solo te haría débil.

—¿Alguien puede ponerle un bozal a esta loca? —preguntó mientras se apartaba de la irritante muchacha y de su hedionda escolta—. No vengo sola —anunció al fin—. Marc viene conmigo. En cuanto el portal se recargue estará aquí. Comportaos en su presencia, por favor. Ya lo ha pasado bastante mal.

—Seremos unos anfitriones de ensueño —anunció Gólgota. Sus ojos romboidales se entrecerraron al tiempo que su lengua recorría sus labios en un movimiento de reptil hambriento—. ¿Y Evan? ¿Dónde está nuestro precioso niño?

—No ha querido venir y no me extraña al ver la bienvenida que le tenéis montada —contestó—. Ha huido de Iskaria. Encontró la forma de activar portales a otros mundos. A estas horas estará lejos de vuestro alcance. Lo lamento. No pude detenerlo.

—¿Lo intentaste? —preguntó Legión.

—Tenía asuntos más urgentes que atender. Lo importante para la Carroña era recuperar el talismán del Rey Muerto. Y eso está hecho. —Sacó el Puño de Azardian de un bolsillo de su falda. Lo había envuelto entre las vendas sanadoras, ya descargadas, para no tener que tocarlo. Aquella cosa le daba asco—. Supongo que con esto el contrato quedará por fin resuelto.

—No será tan fácil —dijo Legión—. Al cliente original lo mató Evan. Pero esperemos que al tratarse de un simple intermediario entre la Carroña y el tipo al que de verdad le interesaba el talismán, la cosa pueda solucionarse. Bah, dejemos que sea el Funcionario quien resuelva ese desaguisado. —Negó con la cabeza cuando Ariadna le tendió el collar—. La misión era tuya, y eres tú quien debe rematarla. Entrega el Puño tú misma al conde cuando regresemos.

—No voy a regresar todavía —dijo, y al ver el ceño fruncido del asesino multiforme se apresuró a añadir—: Antes necesito hablar con Marc. Y quiero hacerlo en la Tierra Pálida. Quiero hacerlo en su terreno, no en el nuestro. —Hizo de nuevo el ademán de entregarle el Puño de Azardian y Legión repitió su negativa, con más firmeza aún.

—Entonces llévatelo contigo. Será lo mejor. El contrato te obligará a volver. Hemos esperado cuatro años, podemos esperar unas horas más.

—Ya hay una promesa que me ata. Le di al conde Sagrada mi palabra de regresar así que no me queda más remedio que hacerlo. —Aun así volvió a guardarse el collar en la falda—. Quiere hablar conmigo. Quiere hablar conmigo como iguales. —Soltó una carcajada—. Creo que pretende convencerme de que vuelva al rebaño.

—¿Es que acaso planeas abandonarnos otra vez? —preguntó Gólgota—. ¡Ni siquiera tú puedes ser tan cruel! ¿Pretendes hacer llorar de nuevo a este pobre demonio?

—Sobrevivirás —le dijo ella—. Siempre lo haces. Y ni siquiera yo tengo claro lo que voy a hacer. Necesito hablar con Marc antes de decidirlo. —Suspiró. La idea de enfrentarse de nuevo al conde la sobrepasaba en aquel momento. El ascendente que aquel hombre tenía sobre ella era terrible y sabía lo sencillo que le resultaría hacerle cambiar de opinión si tomaba una decisión que no le gustara—. Necesito un portal de regreso al mundo humano —dijo—. No quiero tener que cruzar los lugares de paso con Marc. ¿Podéis convocarme uno? —Los asesinos de la Carroña solían llevar siempre semillas preparadas, aunque ninguna enlazaba nunca con la casa sin ventanas. La magia de translación no funcionaba en los alrededores de la mansión, de igual modo que no funcionaba en sombras no domadas.

—Sin problemas —dijo Gólgota—. Y hablando de portales, ¿tu novio no está tardando mucho? ¿Tanto miedo tiene de conocer a tu familia?

El demonio tenía razón. Ya había transcurrido tiempo de sobra para que el portal volviera a activarse. Ariadna comenzó a inquietarse. Había sido muy precisa con las instrucciones que le había dado a Marc sobre cómo activar el portal. De nuevo aquella premonición oscura se adueñó de ella, un escalofrío visceral que la desgarraba por dentro. ¿Y si Evan se había arrepentido y buscaba vengarse ahora que Marc estaba indefenso? ¿Y si Marc activaba el portal pero, por error, acababa en otro mundo? Cuando ya creía que no iba a soportar más la espera, cuando ya jugaba con la posibilidad de activarlo ella y regresar a Iskaria, una luz plateada brotó sobre la plataforma y el estrépito de engranajes en funcionamiento comenzó a resonar otra vez. Se adelantó un paso, quería subir la escalera para ser lo primero que él viera al llegar, no aquel ejército de engendros que, de nuevo, previsor, había adoptado su posición de defensa en torno a la plataforma. El portal pronto dejó de girar y quedó enclavado ya en el aire. Una silueta comenzaba a dibujarse en la luz plateada. La reconoció al instante. Era Marc. Sin duda. Era él.

Antes de poder subir la escalera, tuvo otra vez a Etolia encima. La muchacha de los ojos sangrientos le dedicó una mirada desquiciada, había en ella cierta ternura, cierta lástima que durante un instante la desconcertó.

—Me das tanta pena... —le dijo mientras le palmeaba la cabeza, como si se tratara de un perrito. Ella se revolvió, violentada por su gesto—. Tanta, tanta pena —repitió—. Podrías haber sido tan grande y en cambio eres tan pequeña, tan frágil. Con

tu corazón latiendo a golpes en tu pecho, con tu red de mentiras a cuestas... ¿Has oído ya la canción secreta del mundo? —le preguntó y escuchar aquello hizo que se le helara la médula espinal—. ¿Sabes ya de qué están hechas sus notas? ¿Escuchas el caer de la sangre, el quebrar de huesos? ¿Oyes el filo de la espada que aniquila dragones y desmiembra gigantes?

—Apártate de mí, loca —le espetó Ariadna, no estaba dispuesta a permitir que aquella muchacha siniestra se percatara de cuánto le habían afectado sus preguntas.

—No estoy loca —se quejó Etolia con un mohín amargo—. Ojalá lo estuviera. Ojalá no viera las cosas que veo. Ojalá no pesara tanto la oscuridad. Ojalá... —Sus últimas palabras quedaron ocultas bajo el estruendo creciente de la maquinaria de subsuelo.

Ariadna avanzó en dirección a la silueta que se iba concretando sobre el pedestal. Por un momento aquella sombra fluctuó, pareció vibrar, mal fijada al portal de plata. La virago contuvo el aliento. Algo estaba ocurriendo. El chirriar de ruedas dentadas varió su traqueteo, dejó de ser constante. Bajo tierra se escuchó un quejido seguido de un sordo derrumbe. El portal temblaba ante la vista de Ariadna, sin terminar de sujetarse como debía al aire. La sombra de Marc se diluyó, desapareció y ella gritó de espanto.

—No, no, ¡no! —Echó a correr. Subió las escaleras a trompicones, tropezando en cada peldaño. No podía ser cierto, aquello no podía estar sucediendo. ¡El portal no podía fallar ahora, no con el viajero a medio trayecto!

Se detuvo a un solo paso del cerco de plata, entre jadeos y una creciente ansiedad. Un peso formidable tiraba de ella hacia el suelo, una fuerza que no tenía nada que ver con la gravedad trataba de aplastarla. Las rodillas le temblaban. La premonición fatal que había venido atormentándola desde que había abierto la puerta de la mazmorra parecía a un segundo de hacerse real. Y ella no podía hacer otra cosa que mirar, impotente. La maquinaria siguió con su quejido irregular. Se escuchó el sonido desafinado de una cuerda tensa que se rompía. Y coincidiendo con aquel chasquido vibrante, la sombra de Marc volvió al portal de plata, aunque, para su horror, no tardó en desaparecer otra vez. La silueta regresó un segundo después. A partir de entonces la intermitencia se hizo norma, Marc iba y venía, a veces aparecía diluido, a veces fragmentado. ¿Qué estaba ocurriendo?! Se hizo el silencio. Un silencio sepulcral, un silencio que, en comparación, convertía en estruendo la quietud de Iskaria. El portal se colapso sobre sí mismo y se llevó consigo la sombra despedazada de Marc. Ariadna quedó de rodillas, desolada, con la mirada fija en el vacío donde unos segundos antes se había encontrado aquella puerta entre mundos. Alguien dijo algo a su espalda, algo que no fue capaz de entender.

Pasó un segundo. Dos. Tres.

Y de pronto, la maquinaria volvió a ponerse en marcha. Era el sonido correcto, el ruido preciso el que recorría ahora la pirámide. Los engranajes rodaban sobre los engranajes adecuados, las poleas hacían lo que debían y las cadenas bajaban y subían



en el orden adecuado. El portal volvió a restablecerse, primero fue una esfera diminuta, apenas un puño, que no tardó en expandirse hasta adquirir su tamaño completo. La sombra del viajero regresó a su superficie. Ariadna estaba tan cerca ahora que las fluctuaciones del portal le impidieron precisar de quién se trataba. Durante unos instantes, la incertidumbre estuvo a punto de hacerle gritar. Luego Marc apareció en el pedestal, con paso torpe, aturdido por el cambio de escenario.

La descubrió allí, casi de rodillas en la escalera, tensa.

—¿Va todo bien? —preguntó, y la preocupación se evidenció en su rostro.

Ella se echó a reír y le saltó a los brazos, lo aplastó contra ella con tanta fuerza que lo dejó sin respiración. Se negaba a soltarlo. Su cuerpo se definiría a partir de entonces por el cuerpo de él, sería su marco, su puntal de referencia, su bálsamo, su puerto, su mundo necesario...

—La araña —le escuchó resoplar, medio asfixiado por su recibimiento—. Me va a picar la araña...



Era media tarde. Un crepúsculo desvencijado comenzaba a hacerse sitio en los cielos, un crepúsculo de tonos incendiados que a Ariadna le recordó al mar de lava de Iskaria. El portal de Gólgota los había conducido a un callejón en Sidney, muy cerca de una de las tres casas iguales de la ciudad. Se habían acercado a ella, apoyados el uno en el otro, con los brazos alrededor de las cinturas, pero no habían subido las escaleras que conducían a la puerta de la casa con su tejadillo a dos aguas. En vez de eso habían entrado en una cafetería de aire bohemio, situada en la misma calle de la casa igual, atraídos, quizá, por la normalidad que se adivinaba tras el cristal. Había llegado el momento de hablar sobre lo sucedido, de tomar decisiones, de mirarse a los ojos y descubrirse tras la locura de los últimos días. Encarar el presente inmediato. Ariadna tenía un miedo atroz a esa conversación, pero eludirla o retrasarla no era buena idea. Cuanto antes tomaran entre sus manos las riendas de su destino, mucho mejor para ambos. Un camarero inmenso, de movimientos lentos y aletargados, les sirvió dos cafés. Sus ojos mostraban una melancolía desproporcionada, tanta que Ariadna estuvo tentada de leer entre líneas en él.

Por un momento, el humo que se alzaba sobre sendas tazas de café adoptó la forma de dos interrogantes gemelos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marc. Tomó la taza entre las manos, deshaciendo con su gesto al signo de interrogación. Ariadna deseó que sus dudas pudieran disiparse de una forma tan simple.

Tardó unos instantes en contestar. Y lo hizo sin rodeos:

—Puedo llevarte a alguien capaz de alterar tu memoria. —Le miró a los ojos

cuando habló—. Borrará todos tus recuerdos sobre el mundo oculto; todo el horror, toda la oscuridad que has visto estos días, desaparecerán. Será como si nada hubiera sucedido. —Marc intentó hablar, pero ella lo contuvo con un gesto—. Antes de decir nada, escúchame, por favor. Esto es muy difícil para mí. Así que déjame que suelte todo el rollo de seguido y después lo hablamos, ¿vale? —Marc asintió y ella tomó aire—. Te extirparán todos los recuerdos relacionados con lo que hay tras el velo, absolutamente todos. No quedará nada. Ni siquiera sabrás que sigo viva. De hecho, mañana mismo van a encontrar un cuerpo mal enterrado junto a una cuneta. Un cuerpo idéntico al mío. —Si algo sobraba en la casa sin ventanas eran cadáveres. Barrabás alteraría uno de ellos hasta que se pareciera tanto a Ariadna que nadie sería capaz de descubrir el engaño—. También encontrarán pruebas suficientes para exculparte, quedarás libre de cualquier sospecha. Tú despertarás poco después en alguna pensión de mala muerte. Además de borrar tu memoria, añadirán falsos recuerdos que expliquen tu escapada: te volviste loco cuando desaparecí y te pusiste a buscarme por tu cuenta. —En esencia eso era lo que había ocurrido en realidad—. Es un plan sencillo. Sin fisuras, sin complicaciones. Por favor, acéptalo.

—¿Que lo acepte? —Ariadna había visto cómo se iba indignando a medida que hablaba, pero al menos había cumplido su ruego de no interrumpirla—. ¿Cómo voy a aceptar esa locura? ¿Crear que has muerto? ¿Crear que te han asesinado? No puedo vivir con eso, Ariadna.

—Aprenderás. Será difícil, pero lo harás. —No mencionó que tenía intención de pedirle al conde que rebajara lo que Marc sentía por ella, que suavizara el dolor para que se recuperara lo más pronto posible de su pérdida—. También va a ser complicado para mí. Pero es lo mejor. Prefiero mil veces perderte ahora a que te maten por mi culpa. Por la Gorgona, la simple idea de que pueda pasarte algo... — Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Lo notó atorado bajo la carne, erizado de espinas, de cuchillas. Aquella obstrucción estaba a punto de desgarrarle el cuello. Tragó saliva para librarse de ella y casi creyó percibir el sabor de la sangre—. No lo puedo concebir. La simple idea puede conmigo...

—Sé cuidarme —dijo él.

—No, no sabes. —Señaló hacia la puerta en un ademán exagerado, como si Iskaria, el castillo y el mar de lava estuvieran al otro lado de la carretera—. Hace unas horas estabas encadenado a una mazmorra y un loco psicópata escribía sobre tu frente con una cuchilla. ¿Eso es saber cuidarse? El mundo oculto es un lugar hostil, Marc. Es duro. Muy duro. Y más todavía si ando yo cerca.

—Aprenderé, Ariadna. Enséñame a vivir en tu mundo. Si tengo que ser duro, lo seré. Si tengo que ser cruel, lo seré.

—No puedo cargar con esa responsabilidad. No, no puedo. Y no quiero que seas duro, no quiero que seas cruel. Quiero que sigas siendo tú.

—Y yo te quiero a mi lado. —Dejó la taza de café sobre la mesa. Ninguno de los dos lo había probado todavía—. Me gustaría que todo volviera a ser como antes. ¿Es

eso posible? ¿Es mucho pedir?

—Mi familia continuaría muerta —dijo ella tras un lento suspiro. Se derrumbó en la silla—. No hay magia que pueda cambiar eso. —Guardó silencio un instante que dedicó a observarlo—. ¿Es que no lo ves? Vaya donde vaya, me seguirá la muerte. Está en mi naturaleza. Es lo que soy. Si Edmund y Ángela no me hubieran adoptado, todavía estarían vivos. Y Steve también. —Dio una sacudida rabiosa hacia delante, como si pretendiera echar a correr clavada en su sitio—. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? —preguntó—. Maldita sea.

—Estás arrugando la nariz —dijo Marc—. Antes nunca arrugabas la nariz.

—Ahora la arrugo. Y antes tampoco tenía una araña viviendo en mis tetas.

—Minerva.

—Minerva.

—Tú no tuviste la culpa de la muerte de tu familia —dijo Marc. Alargó la mano sobre la mesa para tomar la suya—. La culpa la tuvieron los hombres que los asesinaron, no tú.

—Aun así, me pesan en la conciencia —dijo ella—. Pesan tanto como los que asesiné cuando formaba parte de la Carroña. He perdido la cuenta de los muertos que arrastro detrás. Abarrotan mi cabeza, los tengo metidos en el cerebro pegando voces y berridos... —Respiró hondo—. Me crearon para ser una asesina. Es lo que soy. Evan y yo no somos tan diferentes.

—Claro que lo sois. Quizá no en el pasado. Pero tú ya no eres la misma —le recordó él—. Te crearon para ser una máquina de matar. Esos depravados cogieron a una niña inocente y la transformaron en un arma. Pero Edmund y Ángela te convirtieron en algo nuevo. Algo maravilloso. Algo mejor. Y te quiero a mi lado. Insisto. Ya sea en mi mundo o en el tuyo. O en ambos. Te prometí que estaría contigo para siempre. Déjame cumplir esa promesa, por favor.

—Idiota testarudo. —Sonrió. No le quedaba más remedio que ceder—. ¿Cómo es posible que no te hayas hartado de mí después de todo lo que ha pasado? No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. Tendrías que odiarme, pero en cambio...

—En cambio sigo enamorado de ti como un idiota, lo sé. Y tampoco hay magia que pueda cambiar eso. Es una de esas cosas incomprensibles que suceden a veces. Ya lo ves. Los pobres humanos de la Tierra Pálida también somos capaces de obrar milagros.

Ariadna redobló la intensidad de su mirada.

—Hay una segunda alternativa —le confesó. El corazón comenzó a latirle con más fuerza, casi tanta como cuando atravesaba la fortaleza de Iskaria en su búsqueda—. Algo que puede funcionar, pero que me da miedo pedirte por todo lo que supone.

—Hazlo, por favor.

—Que olvide yo también —dijo—. El conde Sagrada me liberará de los lazos que me unen a la Carroña si ese es mi deseo. Me lo ha prometido. Pero no podríamos volver a nuestras antiguas vidas. No puedo aparecer otra vez por Madrid. Mi regreso

llamaría demasiado la atención. —Pensó en Elías y sus mercenarios. Pensó en la Cancillería—. Sería peligroso, tanto para ti como para mí como para la casa sin ventanas. Nos construirán nuevos recuerdos y nuevas vidas muy lejos de allí. Aunque no tocarán lo esencial, seguiremos siendo nosotros en lo que importa. Nuestra personalidad y nuestros sentimientos quedarán intactos...

—¿Estás diciendo que la Carroña te permitiría marcharte? —parecía perplejo.

—A mí también me cuesta creerlo, pero lo harán. Será el pago por los servicios prestados, por devolverles el Puño de Aazardian y ayudar a cumplir el contrato que quedó roto hace cuatro años. Esa es la segunda alternativa. ¿Tengo que explicarte cuál es la parte mala del asunto?

Marc negó con la cabeza.

—Tendría que renunciar a mi vida actual —dijo—. A mi familia, a mis amigos... A todo lo que conozco. Eso quieres decir, ¿verdad?

—Eso quiero decir. —Ariadna lo sopesó con la mirada—. No solo renunciarás a ellos: los olvidarás por completo. Será como si nunca hubieran existido. Esa vida terminará. Terminará para siempre.

—Mi vida eres tú.

—Es una frase muy bonita. Y muy tonta —apuntó—. No tomes la decisión con el corazón, no te hagas eso, no me hagas eso. Tómala con el cerebro. Pero espera, todavía falta un pequeño detalle para que tengas el cuadro completo. Existiría otra cláusula en nuestro acuerdo... Esta no te afecta a ti, solo a mí.

—Vale, aquí viene la trampa. Estoy preparado. Dispara.

—Si muero, recordaré quién soy en cuanto resucite —anunció—. Si muero no me quedará más remedio que regresar a la casa sin ventanas y restablecer mis votos con la Carroña. El conde Sagrada me da la oportunidad de vivir una vida contigo. Pero solo una. Y no, no harán nada para acelerar mi muerte, me lo han prometido también. Seré una humana normal hasta la próxima vez que muera... Luego volveré a pertenecerles.

—No es una liberación entonces, es una tregua.

—Un respiro, sí. Un descanso que puede durar mucho tiempo. —Y si esa supuesta muerte tenía lugar pasados los treinta años era muy probable que resucitara vacía, condenada a una eternidad sepultada en sí misma. Prefirió no pensar en ello—. Ya está todo —dijo—. Ahora te toca a ti decidir. Con el cerebro, recuerda. Tómate el tiempo que necesites. No tiene por qué ser ahora mismo. Supongo que el conde Sagrada dejará pasar un par de días antes de mandar sus huestes a buscarme.

Marc se echó hacia atrás en el asiento.

—No hay mucho que pensar —dijo—. Tengo dos opciones: una vida sin ti o una vida contigo. A eso se reduce todo. ¿Qué opción crees que voy a escoger?

Ariadna sonrió tanto que la cara le dolió. Aun así se forzó a rogarle calma.

—Piénsalo bien, por favor —le pidió—. No es una decisión que se pueda tomar a la ligera. Quiero que la medites, que la medites muy bien.

—¿Quieres que haga una lista con los pros y los contras? —Se echó a reír—. Porque la columna que tenga tu nombre es la que se lleva todas las de ganar. Eres mi vida, Ariadna. Por tonta que sea esa frase es la única verdad en la que creo. Sin ti estoy muerto.

Justo entonces, la puerta de la cafetería se abrió y dos hombres entraron al local, ambos vestidos con ropa deportiva. El más alto lloraba en silencio, al otro parecía faltarle muy poco para saltársele las lágrimas. Este miró a Ariadna un instante, pero apartó la vista rápido, con aire culpable, como si acabaran de sorprenderlo haciendo algo terrible. Susurró al oído de su compañero y el llanto de este se redobló. La virago se removió en la silla, incómoda. ¿De qué le sonaba aquella gente? Intentó leer entre líneas en ellos, pero la información que consiguió no tenía ningún sentido. Eran llamaradas de incoherencias, retazos de sinsentidos. La boca se le secó al momento. No era normal, aquello no era normal. ¿Qué estaba sucediendo?

—¿Hueles eso? —le preguntó Marc de pronto, mientras arrugaba la nariz, trayéndola de vuelta a la realidad cercana.

Estuvo a punto de contestar que no, pero el olor era demasiado evidente como para seguir pasándolo por alto, hacerlo sería como negar su propia presencia. Era denso, un hedor a alcantarilla, a sumidero colapsado. No le había prestado atención hasta entonces. No, se corrigió, no había querido hacerlo. Se había obligado a eludirlo. Cerró los ojos, muy, muy despacio, y un telón negro cubrió el mundo. El nudo regresó a su garganta, esta vez para quedarse; la premonición dejaba de ser tal para convertirse en una certeza tan abrumadora que sintió al momento el escozor de las primeras lágrimas. Aquella peste la había seguido desde la mazmorra de Iskaria. Era un olor a tierra removida, a muerte fresca y, a un tiempo, antigua; un olor que había ido asignando a distintas fuentes para evitar enfrentarse a él: al propio calabozo, a Ego, a Etolia y su escolta... Miró alrededor, buscando una excusa a la que poder aferrarse ahora: un plato de carne pútrida, quizá, un cadáver abierto en canal sobre una mesa, un engendro de Cicero al acecho. Algo, cualquier cosa, que fuera menos terrible que la verdad. Pero ya se le habían terminado las excusas.

—¿Ariadna? —escuchó que la llamaban más allá de sus ojos cerrados.

Sintió en el pecho un peso desmesurado, asfixiante. Fue como si todo el dolor del mundo, toda la angustia, hubiera buscado refugio entre sus costillas. Lloraba cuando abrió los ojos para mirar a Marc. A pesar de todas sus promesas, estaba llorando. El joven la miraba, alarmado.

—¿Cariño? ¿Te encuentras bien?

Negó con la cabeza, incapaz de articular palabra en un primer momento. No, no estaba bien. Y no lo estaría jamás. Las lágrimas corrían tan rápido por sus mejillas que, se dijo, no tardarían en abrirle surcos en la carne.

—Perdóname, Marc —consiguió decir. ¿Cómo era capaz de hablar? ¿Cómo era posible que pudiera articular palabra con aquel nudo de espinas atravesado en la garganta?—. Hay algo que necesito comprobar... —Invocó a Letanía y en un rápido

movimiento se la clavó en la mano izquierda, tan fuerte que la hoja atravesó la palma y se hundió en la madera de la mesa.

—¡Por Dios! —exclamó Marc al tiempo que se levantaba de la silla, de forma tan violenta que esta cayó tras él—. ¡Ariadna! ¡¿Te has vuelto loca?!

—Ojalá —murmuró ella.

La sangre manaba de la herida, lo hacía de forma lenta, plácida, casi poética. Se arrancó a Letanía de la mano y la sangre brotó a borbotones. Burbujeaba en la herida, violenta. Era de un rojo vivo, tan cegador, que apagó todos los colores del mundo. Ariadna jadeó y miró en torno a ella. El camarero tras la barra ya no era el mismo hombre orondo; era su opuesto, un hombre delgado, pecoso y de pelo corto, que continuó con sus labores, ajeno a lo que acababa de suceder. En la mesa vecina lloraban los dos hombres, ambos, como ella, más allá del consuelo. Ariadna bajó la vista. Algo se removía en su taza de café, hebras negras que crecían y crecían en el líquido. Nunca había tenido tanto frío.

Mirar a Marc fue lo más difícil que había hecho en todas sus vidas.

—Esto no es real —dijo. En algún momento debía haberse levantado ella también. Estaban los dos en pie, el uno frente al otro. La mesa había desaparecido entre ambos, desvanecida en aquel delirio que se rompía en pedazos—. Es un espejismo, un sueño producido por la esencia negra. Estoy en el fumadero de Berlín, no aquí. —Le acarició la mejilla. La herida de su mano había desaparecido y la carne estaba otra vez intacta—. Y tú estás muerto —anunció, deshecha—. Moriste en la mazmorra de Iskaria. Yo te maté.

—¿Muerto? ¿Que tú me mataste? —El muchacho retrocedió un paso, y habría tropezado con la silla caída de haber seguido esta allí. Un rictus de verdadero pavor le deformó el rostro, pero solo duró un instante. Luego se echó a reír. Y era su risa, su risa de siempre. Y eso lo hizo todavía peor—. ¿Cómo voy a estar muerto? ¿Qué tontería es esa? ¡Mírame! ¡Estoy aquí! ¡Delante de ti! ¡Y tengo demasiada hambre como para ser un fantasma, te lo aseguro!

—Fue una trampa. Evan me tendió una trampa. Consiguió ocultármelo cuando lo leí entre líneas. Lo escondió tan profundo que no logré verlo. Me engañó, Marc. Me engañó...

Se abrazó a sí misma. El joven que tenía delante era un constructo fabricado por su mente, un títere dotado de falso albedrío. Un Marc construido a base de recuerdos y sueños.

Alzó las manos y las contempló, incrédula, horrorizada. Ella había matado al Marc real.

—Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? —le pidió aquel espejismo. Su tono no varió, su gesto se volvió serio. Intentaba razonar con ella, intentaba sostener la mentira a pesar de que ya comenzaba a verse la tramoya tras el escenario—. Vamos a sentarnos y a continuar charlando, ¿de acuerdo? —Pero ya se intuían también lágrimas en sus ojos, un leve temblor húmedo que todavía no llegaba a caer. Solo que aquel llanto no

era de él. Era de Ariadna—. Lo que estás diciendo no tiene sentido —insistió el falso Marc—. Ni pies ni cabeza. Olvídalo, por favor. Vamos a olvidarlo y a seguir con lo nuestro como si nada hubiera sucedido. Estábamos hablando de nuestro futuro juntos, ¿recuerdas?

—Es una ilusión —murmuró Ariadna. ¿Estaría llorando también en el fumadero? ¿Lloraría también fuera del sueño? No. No lo haría. Esa Ariadna había jurado que nunca volvería a llorar—. Ni siquiera la droga de la felicidad puede hacerme feliz... —murmuró y en su garganta aterida casi hubo espacio para una carcajada amarga—. Las flores de la Umbría apenas me afectan. Porque mi naturaleza es igual que la suya. Porque somos lo mismo... Seres retorcidos, sombras marchitas...

El bar a su alrededor estaba cambiando, de la iluminación diáfana de hacía unos instantes a la lúgubre del fumadero, la barra era ya la ruina sucia del local de Berlín. Las pipas de agua se enroscaban como serpientes en los estantes donde antes solo había botellas.

—¡Ariadna! —le gritó el falso Marc en un intento de recobrar su atención—. ¡Detenlo! ¡Todavía estás a tiempo! ¡Todavía puedes pararlo! —Él también había roto a llorar al fin—. Finjamos un rato más, por favor. ¿Qué daño puede hacernos? Vivamos esa vida juntos, aunque sea un sueño, aunque sea mentira... ¿Es que no nos merecemos ni siquiera eso? No tuvimos la oportunidad de despedirnos, morí sin consuelo, sin ni siquiera llegar a verte. ¿¡Qué clase de final es ese!?! ¡No es justo! ¡NO ES JUSTO! —En el mundo no había nada más que horror y desolación, en el mundo no había espacio para los finales felices—. Lo necesitas. Ambos lo necesitamos. —Bajó la voz y su mirada implorante lo fue todo—: Ariadna, te lo suplico, te lo ruego, finjamos que esto es real, finjamos que estoy vivo y que estoy aquí contigo, finjamos, aunque solo sea un instante, que no estás hablando sola.

\* \* \*

Un segundo.

Si se hubiera detenido un solo segundo, todo habría sido diferente.

Un segundo, con un solo segundo habría bastado...

Ese mínimo momento no vivido, ese espacio de tiempo que no fue, la marcaría para siempre de forma indeleble y total. Ese breve lapso se convirtió en el eje de toda su existencia, en su definición del horror, del vacío, de la desesperanza; ese espacio en blanco representó el cambio de paradigma definitivo de las múltiples vidas que le quedaban por vivir.

Un segundo y todo terminó, todo acabó, un segundo miserable representó la caída última, sin vuelta atrás ni remisión. Ella lo llamaba a voces por las entrañas de la fortaleza de Iskaria. Su nombre se esparcía en ecos fragmentados a través de los

corredores, atronaba contra los muros bastos. La realidad era de cristal, la realidad era frágil, precaria, indiferente. Y el nombre de Marc, ese proyectil sónico de cuatro letras, comenzaba a quebrarla, las grietas en su superficie comenzaban a crecer y crecer, anticipando el golpe por llegar. La realidad estaba llena de monstruos y esquinas de pesadumbre, de ventanas al horror. Ariadna oyó a Marc, él también gritaba pero la mordaza distorsionaba sus palabras. Entre esos sonidos amortiguados creyó intuir su nombre. Llegó a la puerta, de metal negro, con manchas de óxido en la esquina superior izquierda y señales de arañazos en el centro. A lo largo de los años, Ariadna abriría en sueños esa puerta en innumerables ocasiones, vería cómo su mano tomaba la manilla, negra, larga, ondulada, al tiempo que gritaba la tercera palabra de apertura.

Solo un segundo.

En un segundo un corazón sano puede llegar a latir tres veces, tres golpes de vida rápida, tres golpes de tambor que mueven sangre y cuerpo. En un segundo puedes mirar a alguien y saber que necesitarás a esa persona durante el resto de tu vida, de igual manera que necesitas el aire o el sustento. En un segundo la realidad puede escupirte a la cara y mostrarte que no hay redención, que nunca habrá nada a lo que aferrarte, que estás sola y siempre lo estarás. Y todo habría sido diferente si en ese tiempo mínimo te hubieras parado a leer entre líneas en la puerta que estás a punto de abrir.

Si se hubiera detenido un instante ante esa puerta lúgubre, repleta de arañazos y óxido, la manilla, al girarse, no habría activado el mecanismo de la trampa y la guadaña no habría realizado ese vuelo corto y brutal, ese descenso tremendo y terminal que la llevó de una oquedad de la pared a otra pasando de camino por el cuello de Marc. Si se hubiera tomado un solo segundo en leer entre líneas, él estaría vivo. Una precaución no tomada se traduce en el silbido de una hoja que corta el aire y el ruido blando, espantoso, de una cabeza que cae al suelo.

Entrar en la mazmorra y caer de rodillas fue todo uno. No se acercó al cadáver. No podía hacerlo. Dar un paso en dirección a ese horror dividido era más de lo que estaba dispuesta a hacer. Dar ese paso iba en contra de las leyes de la física y la razón, era tan imposible como echar a volar o contemplar siquiera la posibilidad de volver a ser feliz algún día.

Y a partir de entonces no hay nada. No puede haber espacio para el calor. No hay refugio, no hay salvación ni esperanza. No puede haberla.

Un segundo, si solo se hubiera tomado un segundo...

Abandonó la mazmorra, vacía, una mera cáscara insensible, un espacio blanco en el engranaje de la creación. Una nada muerta de frío. Se vio a sí misma avanzar por los retorcidos pasillos de aquella fortaleza maldita, se descubrió saliendo a la luz desastrosa de aquel lugar perdido. La lava cercaba la isla, había llamas a lo lejos, llamas altas, salvajes, entre las que destacaba la figura del gigante encadenado. Si Ariadna hubiera sido capaz de vertebrar pensamientos, le habría confesado que lo



comprendía, que había escuchado ya la canción secreta del mundo, que conocía la melodía terrible que muerde los huesos de los que ya no están, las sombras leves que su paso efímero deja en los soportales del tiempo, la terrible ignominia de los que mueren en soledad, de los que mueren por error, de los que gritan intentando advertirte que los condenarás si abres la puerta a través de la cual acudes a rescatarlos.

«Conozco la tristeza del mundo», se dijo Ariadna mientras con paso lento, derrotado, caminaba hacia el portón del castillo. «Conozco el dolor de la existencia».

«Ahora sí soy humana».

\* \* \*

Encontró a Evan muy cerca de donde lo había dejado, clavado en Matanza. El virago había sujetado la espada entre dos rocas y se había ensartado en ella a empujones. La hoja entraba por el abdomen y emergía muy cerca de la nuca, reluciente de sangre. Evan no se había rebajado a ordenar a uno de sus esclavos muertos que acabara con él, por supuesto, eso habría significado dar muestras de debilidad y ni siquiera a las puertas de la muerte había estado dispuesto a consentirlo. Aquel último acto también estaba dirigido a ella, con aquel gesto le había arrebatado hasta la posibilidad de vengarse. Se lo había quitado todo. Evan tenía los ojos abiertos, y su mirada vidriada fija en el horizonte y en el gigante que arrastraba Iskaria a través de la lava. No había expresión en su rostro, solo un vacío inconmensurable y definitivo.

Los muertos habían desaparecido, tanto su corte como el ejército de Azardian. Evan todavía tenía el Puño colgado al cuello, las telarañas y los cristales chorreaban sangre. Ariadna alargó la mano y, tras una leve vacilación, se hizo con el collar. En cuanto sus dedos lo tocaron, pudo escuchar aquella algarabía de voces aprisionadas. Eran minúsculas, susurros apenas audibles. Rabiaban allí dentro. Clamaban por la libertad, ansiaban el olvido, la extinción... Ariadna alzó el talismán ante sus ojos. Aquella cosa rebosaba muerte. Como Iskaria. Como sus manos. Despacio, muy despacio, ajena al rebullir de voces, se colgó el Puño de Azardian al cuello. Al momento, una sacudida de energía indescriptible la sacudió y le envolvió el corazón en densas tinieblas. El enlace quedó sellado y Ariadna se convirtió en dueña del collar del Rey Muerto y los ejércitos contenidos en él.

A continuación, tiró de Evan hasta que este cayó de espaldas con un sonido blando, apático, como si le importara bien poco estar muerto. Después empuñó a Matanza con ambas manos y la desclavó del cadáver de un tirón formidable.

Se acuclilló junto al cuerpo, con la espada ensangrentada sujeta por la hoja.

Y esperó.

Aguardó durante días, a la espera de cualquier señal que indicara una próxima

resurrección. Esperó y esperó, atenta, alerta, enlazada a su mirada aunque allí solo había oscuridad y ausencia. Necesitaba matarlo. Necesitaba hacerlo. Ella, que no podía salvar a nadie, necesitaba de su muerte para poder mirar hacia delante. Rezó a todos los dioses, a los de la oscuridad, a los de la luz, a los intermedios, para que le concedieran al menos la satisfacción incompleta de la venganza. Pero Evan seguía empeñado en continuar muerto. Cuando el cadáver comenzó a mostrar los primeros signos de descomposición, Ariadna comprendió que aquella espera era inútil. No iba a resucitar; Matanza, la espada del nombre absurdo, había sido fiel al cometido para el que había sido creada: había matado a lo que no podía morir.

Aun así, solo por asegurarse, Ariadna aguardó una semana más. Y luego otra. Después se marchó.

\* \* \*

Ariadna enfiló otra vez el pasillo que conducía a la puerta de los aposentos del conde Sagrada. En esta ocasión su presencia allí sí había sido requerida. Nada más atravesar el umbral de la casa sin ventanas, una de las criadas desolladas se le había acercado para informarle, con su voz viscosa y lenta, de que el conde la aguardaba en sus dependencias.

Antes siquiera de llamar con los nudillos a la puerta, esta se abrió hacia dentro, en un perfecto y engrasado silencio. El conde estaba tras su escritorio, con un plano extendido sobre la mesa muy similar al que había estado estudiando en la anterior visita de Ariadna, un laberíntico caos de galerías y pasajes. Al verla entrar, dobló el mapa y lo apartó. Sus ojos, tan carentes de toda emoción como siempre, eran hoy de un color marrón muy marcado. El conde le hizo un gesto para que se aproximara tras un leve cabeceo que Ariadna tomó por una bienvenida.

Lo primero que hizo la joven virago fue dejar caer el Puño de Azardian sobre la mesa. Cayó envuelto en un revuelo de telarañas, cristales y destellos rojos. Ariadna no había visto la hora de librarse de aquella cosa, su peso en el bolsillo no hacía más que recordarle a Iskaria y las montañas de cadáveres que había dejado allí. El conde entrelazó muy despacio las manos ante el rostro, fue como ver a dos arañas abrazándose. Estaban cubiertas, como siempre, de sangre fresca. Sagrada ignoró el Puño por completo. Solo tenía ojos para ella.

—Me satisface tenerte de vuelta —dijo. Aunque en el tono de su voz no había rastro de emoción alguna.

—Prometí volver —dijo ella. Su voz era un calco a la del conde, sin inflexión apenas, una voz agotada, yerta, una voz cansada de hablar—. Aunque dadas las circunstancias, no es que tenga muchas opciones de dónde ir. —Se dejó caer en la butaca.

—Siempre hay alternativas para las criaturas como nosotros. —Sus manos continuaban entrelazadas, parecían estar estrangulándose la una a la otra. Ariadna casi esperaba escuchar el crujir de los huesos al romperse—. Podías olvidar de nuevo, o usar esa espada asesina contigo. Podías buscar el refugio de los segundos gobiernos o solicitar asilo en alguno de los filos superiores. Pero estás aquí. Has vuelto. Y me satisface sobremanera que lo hayas hecho —repitió, con la misma entonación neutra y vacía.

Cuando Ariadna abandonó Iskaria se encontró con que la pirámide en ruinas estaba desierta. No había ni rastro de los asesinos de la Carroña ni de Etolia y sus tropas. Sospechaba que la noticia de la muerte definitiva de Evan había llegado de alguna forma a la casa sin ventanas y que el conde les había ordenado retirarse. Ariadna había pasado dos días vagando por los lugares de paso, la Umbría y la Tierra Pálida. Dos días de caminar en silencio, desprovista de todo sentimiento. Se había convertido en un espectro en vida. Solo tras la visita al fumadero de esencia negra había prendido en su interior una mínima chispa de vida, de necesidad de rehacerse e intentar salir adelante. La conversación frustrada con el falso Marc había sido el detonante. Tenía que sobrevivir, tenía que sobrevivir por él.

—Lo prometí —insistió ella—. Y había un contrato por cumplir. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el collar. El conde Sagrada apartó por primera vez la vista de ella y echó un vistazo al Puño de Azardian.

—A su próximo dueño no le hará gracia averiguar que el talismán está vacío. Has liberado a todas las almas que contenía.

Ariadna asintió.

—A todas —dijo.

Le llevó dos días conseguirlo. No era tan poderosa como Evan y no le quedó más alternativa que invocarlos en pequeños grupos. El primero en aparecer había sido Cario, el hijo de Sonia y Edgar, la última víctima del virago. Usó Letanía con él. Fue rápida. Una sola puñalada, veloz, indolora. Hizo lo mismo con el resto de los que Evan había asesinado para constituir su corte. Los mató de uno en uno, de un solo golpe, perfecto en su ejecución. Aquellas estocadas rápidas habían formado parte de las enseñanzas de la casa sin ventanas, por supuesto. Allí la habían convertido en lo que era: la hija aventajada de la muerte. Tras asestar cada puñalada, limpiaba el cuerpo de sangre, siempre escasa, y después lo llevaba al interior del castillo. Allí los acostaba, uno a uno, en las camas de los altos señores de Iskaria, arrojándolos con mantas sucias de polvo rojo. Por suerte había camas de sobra en aquella fortaleza para los cincuenta y tres desdichados que habían muerto para servirla. A Cario lo acostó en el gran lecho de la torre principal. Se sentó a su lado durante largo rato, con la vista fija en su carita inerte.

«No eres fea», le había dicho aquel niño. «Estás triste y por eso te he dibujado triste».

Se preguntó cómo la dibujaría ahora de poder hacerlo. El niño tenía los ojos

cerrados y la cabeza girada hacia la derecha. Allí, con la luz escasa que entraba por la terraza, Ariadna podía engañarse y fingir que estaba dormido. Le acarició el cabello y, antes siquiera de darse cuenta de lo que estaba haciendo, comenzó a contarle un cuento. No pudo evitarlo, fue un impulso al que no pudo resistirse. Le contó una de las historias que su madre había escrito para sus espectáculos de marionetas, el cuento de un hombre que perdía el corazón en una apuesta con un demonio y cómo tras mucho buscar y buscar lograba recuperarlo. En la versión de Ariadna, el protagonista de la historia lo perdía otra vez nada más hallarlo, en una apuesta todavía más arriesgada y sin sentido que la primera. La virago no tenía ánimo para finales felices. Tras acabar el cuento y depositar un corto beso en la frente del niño, bajó de nuevo al patio. Allí invocó a la siguiente tanda de esclavos del Rey Muerto.

Y con ella llegaron ya los primeros monstruos. Todos los que habían caído en el ataque a la mansión Schwenke la noche en la que Evan se volvió loco y ella perdió la memoria. Ego estaba entre ellos, inmenso y negro, con sus cicatrices y sus doce ojos relucientes. Al ángel cautivo de su espalda le dio el mismo final que a los desdichados que Evan había asesinado en su honor. La criatura la contempló suplicante mientras la desclavaba de la coraza de Ego, que no dejó de quejarse ni un momento por lo que consideraba un trato ignominioso. El ángel sonrió cuando Letanía se hundió en su pecho.

Después empuñó a Matanza. Lo hizo con ambas manos. Rezó una plegaria a los dioses tenebrosos de la Umbría y saltó sobre los muertos de Azardian, dispuesta a acabar con todos ellos, ya sin contemplaciones, sin florituras. Necesitaba muerte. Fue una carnicería, una masacre. La espada que portaba hizo honor a su nombre. Los esclavos del Rey Muerto no se defendían, se limitaban a permanecer allí, inmóviles, espantajos de carne y hueso a la espera del sacrificio. La espada cortó y cercenó, sajó y mutiló. Ella, voz en grito, bailó en mitad de una ordalía de sangre y vísceras que una vez terminó ni siquiera la dejó exhausta. Y mucho menos satisfecha. Invocó a más muertos del collar del nigromante que había dominado el mundo oculto siglos atrás. Aparecieron tres docenas. No tenía órdenes para ellos, solo muerte, nada más que muerte. Y Ariadna, la asesina, la virago, la hija de la Carroña, continuó con su danza atroz, transmutada en un torbellino de acero que cercenaba brazos y cabezas, que destripaba y hundía cráneos a golpes de empuñadura sin parar ni por un instante de gritar. Invocó a más muertos de Azardian. Y luego a más. Y a más. Llegó un momento en que saltaba sobre montoneras de cadáveres, con la vista cubierta de sangre, ella misma roja y resbaladiza, transfigurada en una diosa de la muerte, en la encarnación de la masacre y del desmembramiento. Los engendros que vomitaba el Puño de Azardian eran cada vez más portentosos y temibles. Se hundió en las entrañas de un dragón negro de dos cabezas, con Matanza en una mano y Letanía en la otra. Mató a un cíclope de más de veinte metros, a tajos primero en las piernas hasta que logró derribarlo para poder alcanzar los órganos vitales. La casta de Azardian sucumbía bajo el filo de su arma como la cosecha bajo la guadaña. Ninguno

gritaba. Todos morían en silencio. Pero a Ariadna poco le importaba. Ella gritaba por todos. Su alarido tomó Iskaria, su alarido mató al silencio. Y en el mar de lava el gigante se detuvo y se giró para contemplar la masacre aberrante que tenía lugar en la isla que cargaba a cuestas. Las horas pasaban.

Y ella prosiguió con su invocación de espantos. Brujos de otros tiempos, guerreros, dragones, gigantes, hechiceros... Todos sucumbían por igual bajo sus dos hojas. Los muertos se apilaban unos sobre otros, estratos de cadáveres por los que trepaba ella, armada con Matanza y Letanía.

El tiempo dejó de tener sentido. Todo era sangre. Un mundo rojo que hervía y burbujeaba, un reflejo del mar que rodeaba Iskaria. Hasta que, de pronto, sin previo aviso, Ariadna cayó hacia delante, agotada al fin. Pero lejos, muy lejos, de estar satisfecha. Quería continuar matando pero su cuerpo se negaba. Estaba exhausta, rota. Ya no le quedaban fuerzas. Los mandó entonces en oleadas al mar de lava, les ordenó sumergirse en la incandescencia. Y ella se sentó junto al cuerpo de Evan mientras veía cómo las huestes de cadáveres pretéritos avanzaban hacia la segunda muerte y la liberación. Cuando, tras horas de marcha, el último de ellos, una mujer rubia, de ojos claros, de una belleza perfecta, se hubo sumergido en la lava, Ariadna alzó de nuevo el collar ante ella y prestó atención. Ya no se escuchaban voces en su interior. Los ejércitos del Rey Muerto habían sido, al fin, derrotados.

—Los liberé a todos —le repitió al conde Sagrada—. Pero no he faltado al espíritu del contrato, ¿no es cierto? Este se refería al Puño de Azardian, no a las almas que pudiera contener. A efectos prácticos tanto da que esté lleno o vacío.

—En efecto. Y aunque su poder se ha visto mermado de forma considerable estoy convencido de que su próximo dueño lo aceptará de buen grado. El Puño de Azardian sigue siendo un objeto prodigioso. Y siempre tendrá la oportunidad de conseguirse nuevos esclavos si es su deseo.

Por supuesto que sería su deseo. La clase de seres que anhelaban el Puño no debían de destacar por sus escrúpulos.

—Todavía estoy vinculada a él —advirtió al conde—. Pero el enlace no durará mucho. Después de salir de aquí, haré una visita a Blanca Mar y le pediré una infusión de lágrimas de Salomón y heléboro. —Blanca Mar era la maestra envenenadora de la casa sin ventanas, se rumoreaba que podía preparar pociones letales con simple agua solo por la manera de servirla—. Me tumbaré en mi cama y tendré una muerte tranquila. Me merezco un descanso.

—¿Qué harás después?

—¿Soy libre para decidir?

—Lo eres. Te lo dije antes de que te marcharas y te lo repito ahora. Tengo todos los sicarios y vasallos que necesito. Lo que de verdad quiero a mi lado son hombres libres. Seres que me sigan por su propia voluntad, sin coerciones, sin cadenas. Necesito que confíes en mí, Ariadna.

—Vaya donde vaya la muerte vendrá conmigo —dijo ella—. Estoy maldita.

Todos los que me rodean acaban sufriendo o muriendo por mi culpa. Llevo encima el estigma del asesinato. Intenté sobrevivir en el lado de la luz, pero me han devuelto a puñetazos a la oscuridad. Nadie puede renegar de sus raíces, ¿no es así? Me lo advertiste.

El conde Sagrada asintió.

—Y ahora has podido comprobarlo por ti misma. La muerte es tu segunda naturaleza. Allí donde estés, acudiré a ella. Es inevitable. Eres una virago, una criatura de destrucción. Tu lugar está entre nosotros. Tu lugar está aquí, entre estas paredes, en esta casa. Somos tu familia.

Lo eran. Una familia a la que no podía matar, porque la mayoría estaba más allá de la muerte. O podía regresar de ella.

—Si vuelvo quiero dejar clara una cosa —le advirtió—. Podré vetar los contratos que me ofrezcas. Nunca, jamás, asesinaré inocentes para vosotros. Tendré esa prerrogativa, ¿de acuerdo?

—Me parece una concesión aceptable. Pero te rogaría que no hicieras pública esa circunstancia fuera de aquí. A alguno de tus compañeros podría ofenderle que te concediera un trato de favor. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo. —Ariadna se frotó los muslos de arriba abajo sobre la falda, como si las piernas se le hubieran dormido y necesitara reactivar la circulación—. Lo has conseguido, conde. Vuelvo al redil. La hija pródiga regresa a la Carroña. —No había sido una decisión difícil de tomar. Sus opciones, a pesar de lo que se empeñaba en asegurar el conde, eran muy limitadas. Aquel lugar espantoso era su hogar. Para bien o para mal—. Pero nunca más volveré a ser un instrumento de la casa sin ventanas, tenlo en cuenta. Nunca más volveré a ser un arma en tus manos. No dejaré que me manipulen. No dejaré que me utilicen.

—Tengo todas las armas que necesito, Ariadna. Te quiero libre —insistió.

Ariadna lo sopesó con la mirada. ¿Sería sincero? No podía cometer el error de confiar en él. No podía permitirselo. El conde Sagrada era una criatura que había nacido para manipular, para hacer daño. Era un ser nocivo, concebido para la atrocidad. El conde Sagrada era uno de los monstruos a los que los monstruos temen. Y siendo esa la criatura que la había creado, ¿qué se podía esperar de ella?

—Si no hay nada más que hablar, con tu permiso me retiro —dijo—. Necesito morirme un rato. Me he ganado un momento de tranquilidad. Y quiero librarme cuanto antes de cualquier lazo con ese maldito collar.

Cuando hacía el ademán de ir a levantarse, el nigromante la detuvo.

—Espera —le pidió—. Antes de que te marches hay algo que quiero proponerte. Justo ayer, la casa sin ventanas aceptó un nuevo contrato. —Sus manos por fin se separaron una de la otra y por un instante pareció haber muchísimos más de cinco dedos en cada una de ellas—. Me gustaría ofrecértelo a ti, si es que tienes a bien aceptarlo, por supuesto. —La mano izquierda del conde desapareció tras la mesa durante unos segundos. Cuando regresó traía un pliego de papel consigo. Lo empujó

hacia ella—. Tómalo como un regalo de bienvenida. O una compensación tras todo lo sucedido. Aunque sea pequeña. Aunque sea escasa.

La virago se inclinó hacia delante, y giró el pergamino para poder leerlo con comodidad. Y a pesar de que tenía muy claro a nombre de quién iba a estar extendido ese contrato, no pudo evitar sonreír al confirmarlo.

## LA CANCIÓN SECRETA DEL MUNDO

Elías fue el primero en despertar, consciente de que algo no marchaba bien. Se incorporó en la cama deshecha, alerta de inmediato. La noche anterior se había sobrepasado con el alcohol y las drogas, pero el primer disparo de adrenalina borró de su organismo entrenado cualquier rastro de toxinas. Se despertó limpio, perfectamente consciente. La siguiente en abrir los ojos fue Galerna, tumbada a su lado. La mujer se sentó en la cama, tan alerta como el hombre con quien compartía lecho. Llevaba la máscara negra puesta, nunca se la quitaba, ni para dormir ni para amar. Elías jamás le había visto la cara, y no le había hecho falta para enamorarse de ella, de su furia, de su intensidad. No cruzaron palabra alguna, no fue necesario. En un movimiento gemelo ambos desenfundaron y empuñaron las armas que la noche antes habían dejado colgadas de los postes de la cama.

Saco lloriqueaba. Estaba metido en su hedionda mochila, tirado en la esquina donde lo habían arrojado de malas formas la noche anterior. Sus gimoteos y el ruido de la tela al retorcerse había sido lo que les había despertado. Saco estaba aterrado.

—¿Le habías oído llorar antes así? —preguntó Galerna, en voz baja, apenas un susurro.

Elías negó con la cabeza.

—Nunca le había oído llorar —dijo.

Saco y él habían formado equipo en otros tiempos, cuando la cosa de la mochila respondía al nombre de Ronald y todavía era humana. Habían sido exploradores de los lugares de paso, cartógrafos de los caminos olvidados. Una profesión arriesgada pero sumamente lucrativa si la suerte te sonreía. Y así había sido durante tres años, hasta el día en que decidieron explorar las ruinas de piedra esmeralda que cruzaban la vía empedrada que estaban cartografiando. Allí, tras no pocas vicisitudes, habían encontrado una curiosa joya en forma de corazón, con un diamante del tamaño de un puño dentro. Se encontraba en una cámara de grandes dimensiones, con todo el aspecto de haber contenido en el pasado innumerables tesoros, como atestiguaba el hecho de que aquí y allá se podía ver todavía alguna moneda suelta o alguna alhaja solitaria. El corazón con el diamante estaba sobre un atril situado en el centro de la estancia, un lugar de privilegio que hablaba a las claras de su importancia. El hecho de que fuera la única pieza de valor real que había sobrevivido al saqueo no les inquietó demasiado. Se creían preparados para cualquier tipo de contingencia. Tomaron todas las precauciones posibles, como hacían siempre que se topaban con



objetos susceptibles de estar encantados: medidores de magia, detectores de maldiciones, hasta activaron los campos deflectores de hechicería agresiva. Ronald roció la joya con un espray de gel inerte y luego, con las manos embutidas en guantes protectores, procedió a retirarla del soporte. Y nada más tocar el corazón, Ronald se desplomó. Ni siquiera gritó. Simplemente se vino abajo, todavía con la joya en las manos. Su carne comenzó a burbujear, a estirarse y a encogerse... Empezó a perder su forma humana a ojos vista, era como si su esqueleto y sus órganos internos se estuvieran deshaciendo y la carne se derrumbara sobre ellos. Su piel se removía de una manera espantosa, daba la impresión de que corrían gusanos líquidos debajo. Aquel fenómeno no duró mucho. Ronald pronto quedó convertido en un engendro derramado en sí mismo, una masa informe y blanda contenida dentro de su propio pellejo.

Y pese a todo, continuaba vivo. Elías estuvo tentado de reventarlo de un tiro allí mismo, más por asco que por misericordia. Pero en cambio, conteniendo las náuseas, introdujo aquello que una vez fue Ronald en su mochila y se marchó del lugar, dejando el corazón en el suelo de la cámara expoliada. Ese día nació Saco. Aquella extraña joya le había hecho perder la humanidad y la cordura, pero a cambio le otorgó curiosos dones. Entre sus muchos talentos había dos ciertamente útiles: Saco era un rastreador implacable, incapaz de perder el rastro de una presa una vez captado su olor, por mucha magia que pudiera protegerla; pero es que además también era un maravilloso detector de peligro, Elías había perdido la cuenta de las ocasiones en las que los había alertado sobre la cercanía de problemas. Pero nunca antes lo había oído llorar.

El líder mercenario, desnudo por completo, se acercó a la mochila con su arma dispuesta mientras Galerna despertaba a Claudia, que todavía roncaba con suavidad, acostada en diagonal en la cama, tan desnuda como los otros dos. Su cabello moreno se derramaba alrededor de su cabeza como una sombra líquida, espolvoreada aquí y allá con alguna de las plumitas verdes con las que se adornaba el pelo. La mercenaria refunfuñó y parpadeó somnolienta. Solo necesitó ver la expresión de su compañera para darse cuenta de que algo marchaba mal. Murmuró la primera palabra del despertar y se incorporó también, lúcida y atenta.

Elías se acuclilló junto a la mochila que contenía a su antiguo compañero de andanzas.

—¿Qué te ocurre, Saco? —preguntó, con los antebrazos apoyados en las rodillas—. ¿Un mal sueño? ¿Estás teniendo una pesadilla, viejo amigo? —Ocurría con frecuencia. Muchas noches le escuchaban removerse dentro de su mochila, entre gimoteos y balbuceos. Cuando el ruido les impedía dormir lo encerraban en el cuarto de baño o en algún armario.

Pero aquello no era una pesadilla. Saco estaba despierto. Entre su llanto frenético se alcanzaban a distinguir palabras. Su voz era líquida, burbujeante. Costaba trabajo entender lo que decía.

—Calaveras, tumbas y arañas —barbotaba—. Sombras desde las sombras. Ya vienen. Ya vienen. ¡Ya vienen! Traen cuchillos y dentelladas, veneno, ácido y hueso. Viene la muerte. La muerte y la espada. —El llanto se hizo más amargo si cabe. La mochila rebulló, vibró, casi se alcanzó a distinguir una forma semejante a una mano humana tensando la tela—. ¡No hay tiempo ni luz ni oscuridad! —dijo y Elías se estremeció al oírle decir aquello—. ¡Ya vienen! ¡YA VIENEN!

Elías se incorporó e hizo un gesto a las dos mujeres que lo acompañaban. Las dos se movieron veloces hacia la puerta. Claudia estaba también ya armada. Las culebras que se enroscaban en torno a las armas que empuñaba sisearon inquietas tras el repentino despertar. Elías se colocó a Saco al hombro y las siguió fuera al tiempo que murmuraba una orden de alerta: dos palabras clave que se transmitieron al instante a los intercomunicadores que el resto de los mercenarios llevaba insertados en los oídos, poniéndoles sobre aviso de que se avecinaban problemas.

Desde hacía unos meses la base de operaciones de los seis de Elías era una gran casona a las afueras de Angulema. Era una casa vieja de tres plantas, con aspecto de haber sido posada en otros tiempos. Las habitaciones se repartían por las plantas superiores, mientras abajo el espacio se dividía entre varias alacenas, una gran cocina y una amplia sala que en otros tiempos debió de servir de comedor común, hasta contaba con un pequeño escenario. La habían escogido por la tranquilidad de la villa, pero, sobre todo, porque apenas a cien metros de distancia había una casa igual.

El resto del grupo no tardó en aparecer. Estrago y Venecia, el gigante y el enano, estaban también desnudos; la virilidad del pequeño colgaba enorme entre sus piernas, mientras que la del gigante era casi inexistente. Humberto, el más joven del grupo, llevaba un pijama negro abotonado hasta el cuello y empuñaba con brío un arma de los filos de gran calibre, casi tan grande como él. El único que estaba vestido por entero era Gozola, el hechicero árabe no parecía dormir nunca. Su rostro hierático se giró hacia ellos al verlos aparecer en las escaleras.

Elías hizo un gesto con la cabeza al gigante y el enano para señalar después la ventana enrejada junto a la puerta. A continuación, también sin mediar palabra, indicó a las dos mujeres del grupo que se dirigieran hacia la otra ventana de la planta baja. Hacia allí fueron unos y otras, sigilosos y veloces. Los cuatro se asomaron con suma precaución a las ventanas, en movimientos casi calcados. Fuera no se veía nada. Solo una pesada madrugada en la que se adivinaba ya el puntear del sol. Las calles estaban desiertas, no se veía un alma.

Humberto y Gozola flanqueaban a Elías; el primero apuntaba con su impresionante fusil hacia la puerta principal.

El árabe tenía los ojos entrecerrados y silabeaba hechizos de protección para el grupo mientras acariciaba la cabeza de cuervo que llevaba al cuello.

—¿Instrucciones, carismático líder? —preguntó Venecia. Susurraba, pero su voz llegaba amplificadas al oído de Elías. Habían pasado a modo combate.

Elías guardó silencio. Parte de él sentía una curiosidad tremenda por averiguar

qué era capaz de volver loco de miedo a su antiguo compañero de fatigas, pero su instinto de supervivencia era demasiado fuerte. Si algo había aprendido en los últimos años era que siempre había que poner pies en polvorosa en cuanto Saco daba la primera señal de alarma. Y esta vez no iba ser diferente.

—Nos marchamos de aquí —ordenó—. Nos marchamos de aquí ahora mismo.

Como siempre que escogían un lugar donde alojarse, por muy provisional que este fuera, se cuidaban mucho de tener siempre lista una salida de evacuación, una puerta de emergencia por la que huir si las cosas se ponían mal. En el caso de aquella antigua posada era un pasadizo secreto que conducía a las afueras del pueblo. Claudia tenía la opinión de que aquel sitio más que una posada había sido un burdel y que esa entrada era la que usaban los clientes más discretos. La trampilla al pasaje estaba en una de las alacenas, oculta bajo un barril vacío. Hacia allí se dirigieron, en formación perfecta. Humberto caminaba de espaldas, con su rifle apuntando de manera alterna tanto a las puertas como a las ventanas. Formaban un curioso grupo, la mayoría desnudos, todos igual de alerta. En la salida de emergencia habían dejado, como hacían siempre, varias mochilas bien pertrechadas de armas, ropas, dinero y todo lo necesario en caso de huida apresurada. Estrago apartó el barril sin el menor esfuerzo. Claudia se acuclilló ante la trampilla recién descubierta y procedió a abrirla. La escucharon maldecir mientras se incorporaba y retrocedía un paso. Donde debían estar las escaleras que conducían al pasadizo ahora había piedra negra, cubierta de polvo. Habían cegado la trampilla.

—¿Gozola? —preguntó Elías.

—Un hechizo de sepulcro. Nos han aislado del exterior —anunció.

—¿Puedes disolverlo?

—Necesitaré unos minutos y no creo que nos den tanto tiempo. Capto una vibración en la trama. Una presencia se acerca. Solo una. Presiento más al acecho pero no puedo precisar dónde. La que tengo localizada viene por el camino principal, sin hacer nada para ocultarse. Pronto estará aquí.

—¿Quiénes son?

—Lo desconozco, pero su impronta es fuerte. Esto no va a ser fácil, Elías.

El mago estaba preocupado, se le notaba tanto en el tono de voz como en la mirada. Era la primera vez desde que lo conocía que lo veía alterarse por algo, y eso le inquietó tanto como el llanto desesperado de Saco en la mochila, tan exagerado ahora que no se llegaba a entender ni una sola palabra de lo que intentaba decirles.

Salieron de la alacena y regresaron al recibidor. Un vistazo a las ventanas les bastó para comprobar que tras ellas habían aparecido también aquellos fatídicos muros negros. Estaban atrapados. Lo único que se oía era el llanto histérico de Saco en la mochila. Elías amartilló el arma e hizo un gesto a sus hombres para que se desplegaran. Y justo cuando se disponían a hacerlo, la puerta de la entrada saltó de sus goznes, voló varios metros y cayó plana al suelo. Todas las armas apuntaron al unísono hacia el umbral. Vislumbraron una silueta allí, envuelta en las tinieblas de la

madrugada moribunda y en remolinos de polvo. Cuando estos se disiparon la silueta se convirtió en una joven morena con la falda desgarrada y un corsé negro que se caía a pedazos. Elías tenía la mano levantada, a un instante tan solo de dar la señal de abrir fuego. Pero algo lo contuvo. Aquella chica le resultaba familiar, aunque le costaba trabajo ubicarla.

Fue Claudia quien lo hizo.

—Por la Gorgona, es la cría de la subasta —dijo—. La que matamos con su familia.

—¿Qué coño...? —Elías entornó los ojos, incrédulo. Él mismo le había metido una bala en el cerebro a aquella joven. Pero era ella, sin duda. Costaba reconocerla, y no era solo por su indumentaria. Era la misma muchacha de aquella noche, sí, pero al mismo tiempo parecía otra persona. Su porte, su expresión, eran diferentes por completo—. ¿Cómo es posible que siga con vida? —le preguntó al hechicero, desviando un instante la mirada hacia él—. ¿Nigromancia, Gozola?

El árabe sacudió la cabeza.

—Si es nigromancia, es muy antigua. Sea lo que sea esa muchacha, hace tiempo que dejó de ser humana —aseguró—. Su verdadera identidad debía de estar camuflada por algún sortilegio cuando la matamos. Ni siquiera ella misma sabía lo que era.

La joven permanecía en silencio en el umbral. Recorrió con la mirada al grupo de mercenarios, sin aparentar importarle en lo más mínimo que la apuntaran tantas armas.

—Joder, ¿a ti no te han enseñado que cuando te matan hay que quedarse muerta? —dijo Venecia—. ¡Hay que tener un poco más de seriedad!

—A lo mejor ha venido a que la matemos de nuevo —dijo Humberto—. Puede que le gustara.

—O tal vez venga a decirnos dónde demonios está su amiguito —gruñó Galerna. Se había acuclillado en el suelo en una pose que aparentaba ser inofensiva, pero que distaba mucho de serlo. Las manos que ocultaba bajo las axilas tenían varias cuchillas explosivas.

Elías dio otro paso al frente. Desde donde se encontraba tenía un blanco perfecto, pero se resistía a disparar. La búsqueda del ladrón de Madrid había resultado mucho más ardua de lo que se imaginaban. Saco los había conducido sin problemas hasta la muchacha. Su comportamiento durante la subasta había levantado sospechas en Gozola, pero había sido después, al inspeccionar las grabaciones de las cámaras de seguridad, cuando se habían percatado de que sus reacciones habían ido siempre por delante de las explosiones, al menos de las primeras. La muchacha sabía lo que iba a suceder. Saco había encontrado su rastro sin dificultad, a pesar de los escombros y el polvo. Solo necesitó un atisbo de su olor para guiarlos hasta su casa. En el caso de su cómplice, el tal Evan, no habían podido hallar pista alguna. Las cámaras de seguridad mostraban una sombra imposible de definir. Según Gozola, el experto en hechicería

del grupo, debía de llevar puesta una capa de neblina, un artículo de lujo entre los ladrones y asesinos que los enmascaraba ante cualquier sistema de grabación. Y que, entre otras características más, conseguía que su portador no dejara el menor rastro de su olor.

De nuevo tuvo la impresión de que aquella muchacha no era la misma persona a la que había asesinado semanas atrás. Se preguntaba si no se trataría de su gemela, cuando la joven habló, disipando cualquier duda que pudiera tener sobre su identidad.

—Mi amiguito está muerto —anunció—. Evan murió en un mundo lejano, atravesado por la misma espada que llevo al cinto. La reconocéis, ¿verdad? No ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la visteis.

Claro que la reconocían. Era Matanza. Uno de los tres objetos robados en la subasta de Angus Rovira.

—¿Cómo has escapado de la tumba, niña? —le preguntó Elías.

—Escarbando.

—Debimos enterrarte más profundo entonces. No cometeremos el mismo error dos veces.

—No, no lo cometeréis. —Y a pesar de su cándido tono de voz quedó claro que aquello era una amenaza—. Ahora voy a realizar ciertos movimientos que quizá os resulten sospechosos —anunció con calma—. Pero no temáis. Solo voy a deshacerme de unas cuantas cosas. —Mientras hablaba, muy despacio, Ariadna se desató el cinturón y lo dejó caer a sus pies. Matanza, todavía envainada, hizo un ruido notable al caer. La joven retrocedió un paso. Después, de uno de sus bolsillos sacó la brújula de la Umbría y la ampolla con la sangre de Nocta. Depositó ambos objetos junto al arma, con más cuidado esta vez—. Aquí está todo lo que robó Evan de la subasta —les informó—. Solo tenéis que venir hasta aquí para recuperarlo.

—¿Qué patochada es esta? —preguntó Elías. No iba a entrar en el juego de la muchacha—. Ah. Claro. Eres la princesa vengativa del cuento, ¿no es así? Has realizado tu camino de superación y ahora te crees preparada para darle su merecido a los villanos que tanto daño te hicieron. ¿Me equivoco?

—Te equivocas. —Les dedicó una sonrisa entre cruel y burlona, una sonrisa que Elías conocía muy bien: la misma que a veces enarbolaban ellos a la hora de matar, cuando se terminaban los juegos y caían las máscaras—. Esto ni siquiera es personal —dijo—. Diría que son negocios, pero tampoco sería cierto. Solo es el orden natural de las cosas. —Hizo un gesto al aire, como quien intenta atrapar un insecto con la mano, pero lo que apareció en su puño fue un cuchillo envuelto en humo negro. Un arma vinculada a la Umbría—. ¿Recuerdas la noche en que me asesinaste a mí y a mi familia? —preguntó entonces—. Yo la tengo grabada a fuego en la cabeza, la misma que me volaste de un tiro. ¿Recuerdas el bonito discurso que nos soltaste cuando mi madre preguntó por qué lo hacíais? Fue muy emotivo. Conmovedor. Dijiste algo así como que había un mundo muy duro ahí fuera y que teníais que haceros respetar. Que no os podíais permitir la menor muestra de debilidad porque si lo hacíais los lobos se

os echarían encima. Habéis fracasado —les anunció con una seriedad temible, su rostro era una sombra, un rictus inhumano—. El mundo de ahí fuera sabe ya lo débiles que sois, sabe que no sois nada, un puñado de idiotas con mucha labia y muchas armas. Y nosotros somos los lobos. Nos han soltado para devoraros.

De pronto hubo movimiento a su espalda. Nuevas figuras emergían de la madrugada y cruzaban el umbral. Las armas indecisas de los mercenarios cambiaban una y otra vez de blanco. Un ser pétreo que empuñaba un látigo en llamas fue el primero en pasar. Una criatura de ojos romboidales con las manos recubiertas de campos de energía mística fue el siguiente, en su rostro un gesto de burla, de diversión plena. Un gigantón que caminaba rígido como un autómatas, embutido en una armadura negra, pasó después. Lo siguió una mujer desnuda, con la cabeza envuelta en vendas repletas de garabatos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Claudia. Su voz sonó estrangulada al contemplar el desfile de engendros. Había un espejo enorme en una de las paredes y allí se intuyó una silueta hecha a retazos, una figura oscura que parecía fabricada a base de piezas de puzle forzadas a encajar entre sí a golpes—. ¡¿Qué es todo esto?!

—¡La Carroña! —aulló Saco desde su mochila—. ¡La Carroña! ¡Llega la Carroña!

Y la simple mención de ese nombre les hizo comprender a todos que allí acababa su historia.

Ariadna dio un paso dentro de la casa. La rodeaba una oscuridad insólita.

—No penséis en nosotros como asesinos despiadados —les dijo—. Ni nos toméis por monstruos. Solo somos el mal necesario, el filo de las tinieblas, el aliento del abismo. Nuestra voluntad no nos pertenece, es la del terremoto, la del volcán que entra en erupción, la de la catástrofe inevitable. No somos más responsables de nuestros actos que los diluvios o los relámpagos. Somos la Carroña, y hemos venido a mataros a todos.

—Por los dioses oscuros, niña, ¡qué divertida te has vuelto! —Elías le enseñó los dientes mientras se preparaba para abrir fuego. Hacía mucho que había aceptado el hecho de que iba a morir de forma violenta. Sus asuntos llevaban tiempo resueltos en la Tierra Pálida y el mundo oculto. Había vivido treinta y cinco años y había sido una vida magnífica. Sí, había merecido la pena, sin duda. Sabía que algún día le tocaría irse y si le hubieran dado a escoger el modo de hacerlo, habría elegido una muerte gloriosa; una batalla con todas las de la ley, un combate cara a cara con un enemigo imbatible. Y todo parecía indicar que eso mismo iba a tener—. Dejémonos de tonterías. Dejémonos de juegos. Somos los seis de Elías, cariño. Matamos a tus padres, matamos a tu hermano, y si hubieras tenido perro también lo habríamos matado. Sabemos lo que somos. Aquí todos lo sabemos. Somos asesinos. Asesinos como vosotros.

—No —dijo Ariadna—. Como nosotros, no. Vosotros podéis morir.

Su sonrisa fue perfecta, brillante. Una sonrisa despiadada que, de forma

incongruente, la hizo, durante el breve instante que duró, tan hermosa que dolía contemplarla.

—Masacradlos —ordenó.

Y así lo hicieron.

\* \* \*

El conde Sagrada descendió a paso lento la escalera de caracol que se adentraba en los niveles inferiores de la casa sin ventanas. No había alfombras que acolcharan sus pasos, todo era roca, roca antigua, pretérita; en muchos de los peldaños se distinguían restos fósiles, una extensa gama de criaturas del pasado lejano había dejado su sello allí, había trilobites, huellas parciales de monstruos antediluvianos, siluetas de peces que movían al espanto y un amplio catálogo de engendros prehistóricos de los que solo quedaba constancia en las pesadillas de los paleontólogos. Cuando la escalera llegó a su fin, el conde, con la misma calma, con la misma parsimonia, avanzó por los pasillos estrechos del último nivel de la mansión. Las paredes estaban hechas de esqueletos fusionados, un *collage* interminable de cráneos y calaveras, de tibias y peronés, de huesos carentes de nomenclatura que habían pertenecido a seres que llevaban eones extintos... Los gritos allí abajo eran continuos, tremendos. No cesaban nunca. Y era necesario que así fuera. El dolor era la fuente de todo su poder, tanto del de la casa como del suyo propio. Sin dolor ambos sucumbirían. Las puertas negras de los calabozos aparecían pegadas casi unas a otras; era un desfile constante de puertas idénticas: metálicas, herrumbrosas, plagadas de manchas de óxido y cuajarones de sangre. Por desgracia había demasiadas mazmorras vacías. La revolución de Cicero había tenido consecuencias en ese aspecto. Para trasladar la casa a la Umbría, el conde Sagrada había necesitado recurrir a buena parte del poder almacenado en sus víctimas y eso acabó consumiendo a muchas de ellas. Hubo casos de combustión espontánea, aunque la mayoría, simplemente, no pudo soportar tanta tensión y murió cuando sus órganos se colapsaron. El conde no había podido aprovechar ninguno de sus cadáveres, el daño que habían sufrido era demasiado grave como para proporcionarles el aliento de la segunda vida.

No tardó en encontrar la mazmorra que buscaba, idéntica a las demás en todo menos en un importante detalle: allí dentro nadie gritaba. Los torturadores tenían prohibido el acceso a aquella celda, tanto los de carne y hueso como los de ectoplasma y niebla. La puerta de la mazmorra se abrió en cuanto el conde se aproximó a ella. La casa respondía a su presencia, siempre lo hacía. Muchos aseguraban que no había distinción alguna entre la casa sin ventanas y él, afirmaban que eran un mismo ente dividido en dos mitades. Unos tomaban al conde por la personificación de aquel lugar encantado, una prolongación del mismo que había

adoptado aspecto humano. Otros, en cambio, aseguraban que había sido el propio conde quien había ido exudando la casa a su alrededor, de igual modo en que un caracol genera su cáscara en sus primeras etapas de existencia. Ambas teorías se equivocaban, pero no del todo.

Una vez la puerta se abrió por entero, el conde pasó dentro.

El cautivo se incorporó a medias en su jergón nada más oírlo entrar. No tenía modo de saberlo, pero su mazmorra era muy diferente a la de la mayoría de las víctimas de la casa sin ventanas y no solo por la ausencia de gritos. Su celda era lo bastante grande como para contener una litera, una banqueta, una mesita y una pequeña estantería; el resto de habitáculos de los niveles inferiores eran poco más que ataúdes, exiguos espacios donde solo había espacio para la víctima y su torturador. El cuarto de baño, eso sí, era un simple agujero en una esquina. A través de él, ascendía en ocasiones un hedor fétido, nauseabundo, que más que de restos fecales hablaba de carne descompuesta. Por aquel sumidero, de cuando en cuando, también llegaban gritos, alaridos terribles que a veces tardaban mucho tiempo en apagarse. En los primeros meses, tanto el olor como el griterío habían estado a punto de volverle loco. Pero hacía tiempo que se había acostumbrado a ellos.

Quien había entrado no podía ser otro que el conde Sagrada. Los sirvientes silenciosos que velaban por sus necesidades ya le habían rendido visita aquel día y no volverían a hacerlo hasta mañana, cuando regresaran para lavarlo y darle de comer.

El conde se sentó en la banqueta. El prisionero escuchó el sonido de su cuerpo fibroso al acomodarse en el asiento, el leve susurro de la ropa al pasar una pierna sobre otra en un gesto que le resultaba tan familiar como uno propio. Oyó después un tabaleo rítmico sobre la mesa cuando el señor de la Carroña comenzó a golpear la madera con los dedos. Transcurrieron unos instantes de absoluto silencio. El cautivo sabía muy bien lo que venía a continuación, aun así no pudo evitar estremecerse cuando Sagrada comenzó a leer en él. Fue como si alguien le acabara de retirar la piel de un tirón para fisgar debajo. El conde Sagrada se asomaba a su interior sin ningún tipo de remilgo ni pudor, su mirada estaba repleta de escalpelos invisibles, de bisturíes de hielo que se adentraban en su carne, explorando con una intensidad más allá de lo morboso. Daba igual los años que transcurrieran, nunca podría acostumbrarse a ese violento escrutinio. En los primeros tiempos, había vomitado muchas veces tras sus visitas, como si su cuerpo intentara purgarse de la repugnancia que le causaba aquel ser. Él había sido lector en otro tiempo, en otra vida, sin embargo nunca había leído en nadie de una forma tan agresiva. Pero es que la lectura del conde no tenía nada que ver con la lectura normal. Iba más allá. Aquella lectura profunda era capaz de volver del revés a un hombre, de transformarlo. El conde no solo tenía la capacidad de leer entre líneas. También podía escribir entre ellas.

Durante los primeros años, no había dicho nunca ni una sola palabra durante los escrutinios a los que le sometía Sagrada, pero con el paso del tiempo se había obligado a tomar parte activa de ellos, poniendo en palabras lo que el conde iba a



averiguar de todas formas. Necesitaba alimentar la fantasía de que era algo más que un simple intermediario en todo aquello, algo con tan poca voluntad e iniciativa como un telescopio o un monitor. Por supuesto, nunca había intentado ocultarle nada. Si algo tenía claro era que el conde, más pronto que tarde, terminaría descubriendo cualquier engaño. Y no quería ni pensar en las consecuencias que eso podría acarrear.

—Los mercenarios están muertos —le anunció cuando ya no pudo soportar más la tensión—. La Carroña ha dado buena cuenta de ellos, aunque no de todos. Tenían una extraña criatura en una mochila que han decidido traerse a la casa sin ventanas para estudiarla, por su rareza y porque no estaba incluida en el contrato. Ariadna no vuelve con el resto. Se ha marchado a la Tierra Pálida. No le ha contado a nadie sus motivos, solo ha asegurado que no tardaría en volver. Ahora mismo está en Madrid.

El conde guardó silencio, no dijo una sola palabra durante todo el tiempo que duró la lectura. Una vez la dio por finalizada y lo liberó de su mirada, el prisionero le escuchó levantarse y marchar hacia la puerta. Giró la cabeza en dirección al sonido de sus pasos, ese sordo retumbar, esperando, aunque le costara admitirlo, una frase de despedida o de agradecimiento, aunque fuera mínima. Tenía los ojos abiertos, pero poco importaba. La realidad cercana le estaba vedada; llevaba casi diecinueve años sin ver el mundo exiguo que lo rodeaba. Pero eso no quería decir que estuviera ciego. La puerta de la mazmorra se abrió y cerró en silencio, pero el antiguo lector fue consciente de la levísima corriente de aire que entró en la estancia mientras el conde salía.

Luego, agotado por la sesión de lectura, se tumbó en su camastro y cerró despacio los ojos. Esos ojos que no le pertenecían, esos ojos con los que no había nacido. Ambos eran diferentes, el derecho era gris pálido, de un hermoso color ceniza, el izquierdo azul, como un cielo limpio y claro. El gris, desde hacía semanas, solo le mostraba la negra oscuridad sin mácula de la no existencia. El azul, en cambio, le mostraba la libertad, la luz del sol, la vida disparatada del mundo oculto y de la Tierra Pálida. Desde ese ojo veía lo que veía Ariadna, como había sido siempre, desde hacía más de dieciocho años.

En aquel preciso instante, la virago estaba contemplando las ruinas de la que había sido su antigua casa, ahora poco más que un solar. Atardecía, el sol se inflamaba en el horizonte. Era un crepúsculo hermoso. La joven llevaba largo rato allí, oculta en las sombras de una callejuela cercana. El prisionero no podía saber a ciencia cierta en qué estaba pensando, pero llevaba tanto tiempo unido a ella que solo por la postura y la forma de mirar fue capaz de adivinar la línea general de su pensamiento.

Ariadna se estaba despidiendo.

\* \* \*

Ramiro Cabañas abrió los ojos de pronto.

No sabía a ciencia cierta qué le había despertado. Quizá fue el tenue olor a perfume, un olor suave, dulce, que le recordó a la lluvia de otoño y a cielos plomizos, o el extraño escalofrío que le había asaltado en sueños y que le había hecho pensar, de manera incongruente, que estaba muerto y que en aquel mismo instante alguien caminaba sobre su tumba. Se incorporó en la cama, esperando a medias que su cabeza chocara contra la tapa de su ataúd. Fuera todavía era de noche, pero no había bajado del todo la persiana y la luz de las farolas se colaba entre las rendijas. Estaba nevando y la blancura de los copos que se desprendían del cielo dotaba a su cuarto de una iluminación neblinosa, irreal. Por un instante creyó continuar soñando.

La muchacha estaba sentada a los pies de la cama, con las rodillas dobladas casi hasta la barbilla. Llevaba unas botas de estilo militar, repletas de hebillas y remaches; unas medias grises, una falda corta rojo oscuro y un corsé de cuero. Toda su ropa estaba desgarrada, repleta de cortes y destrozos. Tenía los labios pintados de negro y la mirada perdida en algún punto indeterminado de la estancia. Fueron sus ojos lo que le hicieron recordarla: era la joven que había atropellado hacía casi tres meses, la muchacha delirante que se le había cruzado en aquella noche sin sentido. A la luz etérea de la nieve parecía frágil, casi fantasmal. Ramiro Cabañas se preguntó si estaría muerta, si no sería un espectro lo que se había plantado en su cama. Por absurdo que pareciera no sintió ningún temor. Y resultaba paradójico que así fuera, porque la joven transmitía una enervante sensación de peligro inminente, de catástrofe a las puertas. Casi podía captar en el aire un aroma de sangre reciente. Aun así, Ramiro Cabañas supo sin ningún género de dudas que aquella muchacha no estaba ahí para hacerle daño.

—Hola —dijo y se sintió estúpido al instante. ¿Qué se le dice a alguien que se ha colado en tu cuarto de madrugada?

—Hola —contestó ella.

—Tienes buen aspecto. —Se sintió más estúpido si cabe tras decir eso—. Mejor aspecto que la última vez que te vi, claro.

—Voy mejor vestida. —Le ofreció una sonrisa mínima, fugaz, un visto y no visto—. Siento mucho lo que pasó aquella labran noche. Lo de robarte y eso. Me pillaste en un mal momento. Supongo que te diste cuenta.

Él asintió. No sabía qué decirle. ¿Que cuando pensaba en ella siempre sentía unas ganas inmensas de llorar? ¿Que de algún modo se había dejado parte de su tristeza olvidada dentro de él? La observó a la luz de la nieve temblorosa, los colores de la estancia parecían diluirse, como si el blanco lo estuviera copando todo. La tristeza continuaba allí, se había fundido con aquella joven, se había hecho una con sus rasgos. Pero había también algo nuevo en ella, algo sobrecogedor, un poder desmedido, una fuerza y una energía que dejaban clara su voluntad de, a pesar de todo, seguir adelante y no dejarse doblegar. Quería abrazarla, quería estrecharla contra su pecho y asegurarle que todo iba a salir bien. Y al mismo tiempo quería que

se marchara de su habitación cuanto antes.

—Se llama Inna —dijo ella de pronto. Su voz era melodiosa, su voz transmitía secretos, hablaba de misterios por desvelar, de lo oculto, de la canción secreta del mundo—. Ese es su verdadero nombre. Pero no quiso ensuciarlo cuando la obligaron a prostituirse. Por eso se lo cambió. Te espera en la gasolinera que está cerca del local donde la conociste. Estará allí hasta el amanecer, si no has llegado para entonces se marchará. Le he dado una mochila con suficiente dinero como para que os podáis construir una vida nueva en cualquier parte del mundo. —Sus ojos discordantes se clavaron en él—. No te engañes —continuó—. No te quiere. De hecho te odia, como odia a todos los hombres que se aprovecharon de ella. Pero te querrá, cuando pase el tiempo necesario, cuando las heridas comiencen a sanar, te querrá... Aunque será duro al principio. Terrible. Pero así es como se las mejores historias: con dolor y sufrimiento. Lo que pase a partir de ahora es asunto tuyo. —Se levantó de la cama. El olor a otoño se desplazó con ella. Ramiro Cabañas casi creyó escuchar un sonido de violines a su alrededor. ¿Qué era esa canción? ¿Esa música casi inaudible a flor de piel? ¿De dónde llegaba?

Sacudió la cabeza, incapaz de creer lo que estaba sucediendo.

—Me espera... —dijo, con la voz desgarrada. No había vuelto a verla desde el atropello. Había intentado olvidarla, pero no había noche en que su presencia no se abriera paso en su mente a puñaladas, a gritos. Sus ojos azules, su cintura, su forma de hablar, la dureza de su mirada tras la que se ocultaban unas tremendas ganas de vivir. Siempre que la había visitado se había sentido sucio y miserable, como si se estuviera aprovechando de algo sumamente valioso, como si estuviera violando a una diosa.

«Solo soy un hombre. Solo soy barro. No me merezco la felicidad». Tragó saliva. ¿Qué era esa música? ¿De dónde venía?

—Te esperará hasta el amanecer —repitió ella.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No importa.

—Necesito saberlo —insistió él—. Porque no sé qué pasará esta noche. No sé si me armaré de valor para ir con ella. No lo sé. No lo sé. Pero sí sé que a ti nunca podré olvidarte. —Apartó las sábanas de la cama y salió de esta. Llevaba un pijama ridículo encima, pero no le importó—. Necesito un nombre.

«Necesito saber a quién rezarle por las noches, cuando el mundo esté vacío y la oscuridad me rodee. Necesito un nombre al que abrazarme cuando no crea en nada y nada crea en mí».

—Ya lo tienes. —Su sonrisa era radiante y maléfica—. Inna —dijo—. Se llama Inna. Ese es el único nombre que necesitas conocer. Y un último consejo: nunca, nunca, la llares Susana.



Desde su encierro en la Umbría, el prisionero fue testigo de cómo Ariadna, esquivada como una sombra, abandonaba la casa del muchacho que la había atropellado al poco de volver a la vida. La vio alzar la mirada hacia el cielo desde el que se precipitaba, mansa, la nieve, en forma de una lluvia lenta de plumas blancas. Varias cayeron sobre el rostro de la muchacha. La virago cerró los ojos, como si quisiera disfrutar al máximo del placer frío de la nieve al derretirse en la cara. Había algo de pureza en ese gesto que al lector lo conmovió.

El conde Sagrada lo había abordado hacía casi diecinueve años, durante una noche de invierno muy similar a aquella a través de la que se abrió paso Ariadna. Había sido en su otra vida, antes de que su mundo se redujera a aquella mazmorra en los niveles inferiores de la casa sin ventanas. Había llegado a casa ya de madrugada. El trabajo aquel día había sido agotador. Lo habían contratado como lector externo en un conflicto de intereses en Filo Damocles, un asunto rutinario aunque muy bien pagado. Todos sus contratos estaban bien pagados; era un lector de nivel alto, con lo que eso conllevaba. Si no había profundizado más en la lectura era por mero miedo estético. Los niveles superiores traían aparejados cambios físicos y, al menos de momento, había decidido evitarlos. Vivía en un pequeño chalet en una barriada exquisita de Estocolmo. El lector entró en absoluto silencio, hasta se descalzó en la entrada. No quería despertar a los niños o a Bárbara.

El conde Sagrada estaba en el salón. Las maldiciones de guardia que protegían la casa no habían servido de nada, ni las alarmas, ni los hechizos de vigilancia de última generación. El intruso se encontraba de espaldas a la puerta, con las manos entrelazadas tras la cintura, contemplando el cuadro que colgaba sobre la chimenea: un original de Dalí del que muy pocos conocían su existencia. Tenía todo el aspecto de un visitante de un museo, cautivado por una de las obras allí expuestas. El lector llegó al extremo de pensar que, en el colmo del absurdo, había tomado por sorpresa al intruso.

Leyó entre líneas en él. Al menos lo intentó. La más soberbia oscuridad rodeaba a aquel hombre, era un vacío gélido, un agujero en la realidad. Aquella sombra reaccionó de forma violenta a su escrutinio, se abalanzó sobre él y lo envolvió en su seno. Al momento, se despertó en su mente una amalgama de antiguas fobias no superadas: a heridas en los ojos, a las cucarachas reventadas en el suelo, al movimiento de las escolopendras bajo las piedras y a las aglomeraciones de gusanos en la carne podrida. Su voluntad se desvaneció. El lector quedó preso de un hechizo de inmovilidad, quieto en una postura ridícula mientras aquel engendro con forma humana se giraba hacia él. La palidez de su rostro era tal que podía verse la sombra de su calavera. Sus ojos eran abismos claros, el refugio de las pesadillas. Su mirada hacía daño.

Pero el verdadero horror llegó cuando descubrió que las manos del intruso estaban manchadas de sangre fresca. Pensó al momento en sus hijos y su mujer, a los que hasta entonces había creído durmiendo a salvo en la planta de arriba. Aquella sangre solo podía proceder de las venas de su familia. Esa idea lo devastó. Intentó luchar contra la inmovilidad mágica que pendía sobre él, pero todo fue inútil.

—Deje que disipe sus temores —fue lo primero que dijo aquel ser, con su voz de cementerio colapsado—. Los suyos se encuentran sanos y salvos. Y depende de usted que continúen estándolo. Me he permitido sumirlos en sueño profundo, para no correr el riesgo de ser interrumpidos mientras charlamos. Deje que me presente, soy el conde Sagrada y he venido a terminar con su vida.

Conocía ese nombre. Por supuesto que lo conocía. Había pocos que vivieran en el mundo oculto que no supieran quién era. El conde Sagrada, el recolector de muerte, el alcalde de Cicero, el señor de la Carroña, el arquitecto de la casa sin ventanas... Sintió una tibieza húmeda correr por su pierna. Contra alguien como él de nada valía el sinfín de protecciones que protegían la casa, ni las salvaguardas, ni los talismanes que llevaba injertados en su cuerpo. Nada podía protegerlo contra la Carroña, y mucho menos contra el ser que la comandaba. Estaba a punto de ser asesinado por una criatura de leyenda.

—Quiero que me escuche —dijo el conde—. Como le acabo de decir he venido a acabar con su vida. Y los míos siempre cumplen sus contratos. Lo sabe. Esta vez no será una excepción. Pero el cumplimiento del contrato no tiene por qué implicar su muerte necesariamente. Y como no quiero que esto sea un monólogo, voy a devolverle la voz y el movimiento. Sé que conoce algunos hechizos ofensivos. No hace falta que le diga lo inútiles que son contra mí, pero si desea comprobarlo por usted mismo, adelante. No se lo tendré en cuenta.

El lector notó cómo recuperaba el control de su cuerpo. Salió trastabillado hacia atrás, se llevó una mano a la garganta. La sensación de ahogo era tremenda. Se apartó las lágrimas de la cara a manotazos.

—La Carroña no hace tratos con sus víctimas —dijo cuando recuperó el resuello—. La Carroña mata. Acabe conmigo y márchese de aquí cuanto antes. Pero no le haga daño a mi familia, se lo suplico. Ellos no tienen nada que ver con esto. —Ni siquiera se preguntó quién podía odiarlo tanto como para contratar a esa organización mítica de asesinos. No tenía mucha curiosidad por saberlo. Un lector de su nivel siempre se granjeaba enemistades, era inevitable.

—La Carroña mata, es cierto, pero deje que le confiese un secreto: a veces hago excepciones. A veces la necesidad me obliga a llegar a tratos sumamente ventajosos para mis víctimas. ¿Me permite sentarme? —preguntó—. Le explicaré con gusto la naturaleza del acuerdo que me gustaría alcanzar con usted. Y, por favor, siéntase libre de hacerme las preguntas que considere oportunas. —El lector hizo un gesto hacia el sofá. La amabilidad con la que se conducía aquella cosa le ponía los pelos de punta.

—Si no le importa, yo prefiero continuar de pie —dijo.

—Como guste. —El conde tomó asiento. Luego lo miró con esos ojos profundos suyos, de un color variable, marrón en un parpadeo, blanco al instante siguiente, pero casi siempre azules—. Usted, en el fondo, ya está muerto. Esa premisa es básica en esta conversación y no quiero que ni por un instante la pierda de vista. Su vida ha acabado. Ahora, se lo ruego, présteme atención.

El conde Sagrada entrelazó las manos y, a continuación, le explicó la naturaleza exacta del trato que lo había llevado hasta allí. Lo hizo con una claridad intachable. La incredulidad del lector no conoció límites. Lo que le contaba aquel ser era tan surrealista, que costaba asimilarlo.

—No puede estar hablando en serio —dijo.

—Lo estoy haciendo. Le he explicado de modo meridiano qué deseo de usted. Y lo que ofrezco a cambio de sus servicios.

—Dinero y seguridad para mi mujer y mis hijos durante el resto de sus vidas.

—Y a los hijos de sus hijos. Dos generaciones protegidos por la organización que comando. Velaremos por ellos, por su salud, por su seguridad. Nunca les faltará de nada, le doy mi palabra. Los míos se cuidarán de ello. Esa es mi oferta, ese es el precio que estoy dispuesto a pagar por sus servicios. A cambio quiero algo que ya tengo: su vida. Pero no morirá esta noche, en cambio me acompañará a mi casa y permanecerá encerrado allí durante el resto de sus días. Habrá muerto para el mundo y así el contrato estará cumplido.

—Y si no acepto, moriré ahora.

—Eso es. Y no seré rápido ni compasivo. Y tampoco será el único en morir. —Cruzó las piernas—. Si no acepta el acuerdo que le ofrezco, obligaré a su mujer a cocinar a sus hijos en el horno y a comérselos ante usted. Estoy capacitado para hacerlo. No tenga la menor duda de ello.

—Dios mío...

—No hay más dios aquí que yo —anunció con desgana—. Y no soy un dios benévolo. Pero sé ser justo cuando debo. Y esta es una de esas ocasiones. Ya le he dicho lo que deseo de usted.

—Mi vida. Pasaré los días que me queden encerrado en la casa sin ventanas.

—Su vida, sí. Pero no solo eso.

El lector se llevó la mano a la garganta.

—Mis ojos —resumió.

—Sus ojos —le confirmó el conde Sagrada.

\* \* \*

Manuel Vargas abrió la puerta de máxima seguridad de su chalet y pasó dentro, con Clara, su mujer, siguiéndole los pasos de cerca. Esa costumbre suya de echársele

siempre encima lo enervaba hasta extremos inimaginables. Casi llegaba a sentir su respiración en la nuca, un jadeo insidioso y turbio... Por enésima vez olvidó la clave que desactivaba la alarma. Alzó la mano ante el pequeño teclado junto a la puerta, y golpeteó con los dedos en la pared en un burdo intento de hacer memoria. Clara soltó un bufido exasperado, le apartó la mano de un golpe y marcó ella misma el código. El piloto pasó del rojo al verde. La mujer esperó unos segundos e introdujo un segundo código que trajo de vuelta la luz roja.

—¿Tanto te cuesta recordar la clave? —le espetó—. Por todos los santos. No es tan difícil.

Él no se dignó a contestar. Llevaba una semana entera sin hablarle. Le hastiaba sobremanera tener que dirigirle la palabra... A ella su silencio parecía no importarle en lo más mínimo. Clara no callaba, como si pretendiera hablar por los dos, como si se hubiera propuesto llenar sus silencios con sus estúpidas peroratas. No paraba de hablar, no paraba. Todo eran recriminaciones, insultos velados, un constante acoso y derribo que solo conseguía que él la aborreciera cada vez más. Llevaba dos noches seguidas soñando que la estrangulaba; era un sueño dulce, casi erótico; cada vez que despertaba no podía evitar mirar su cuello, arrugado y flojo, como si fuera un plato exquisito que estuviera ahí para su disfrute. La convivencia nunca había sido buena, pero tras el robo se había vuelto intolerable. El sentimiento de fragilidad que le había producido el hecho de que alguien hubiera irrumpido en su casa los había afectado a ambos a un nivel visceral. Un hombre no debería temer a nada en su hogar. Ese debía ser su castillo, su refugio. El robo en el fondo había sido lo de menos, lo que de verdad lo torturaba era sentirse débil. Y si había algo que odiaba más que a su mujer, era la debilidad. Manuel sentía que le habían arrebatado su virilidad. Y el constante machaque de su esposa, ese ponerle de manera incesante contra las cuerdas, estaba destrozándolo.

Entraron en el salón, caminando el uno junto a la otra, pero a continentes de distancia. Clara fue la primera en darse cuenta de que no estaban solos. Manuel la escuchó soltar un graznido asustado mientras señalaba al interior de la sala de estar. Él se giró hacia allí y entonces vio a la muchacha. Estaba sentada con las piernas cruzadas en uno de los sofás de cuero y su primer impulso fue ordenarle que bajara los pies del sillón, como tantas veces le había gritado a Sara. Era de la edad de su hija. Vestía con ropa llamativa en exceso, una minifalda raída que dejaba al descubierto unas piernas elegantes, bien torneadas, y un corsé hecho trizas. Tenía el pelo mal cortado, lleno de trasquilones. Durante unos instantes los tres se quedaron inmóviles, perplejos ellos y sonriendo ella. ¿Para eso se había gastado una fortuna en el sistema de seguridad de su casa?, se preguntó Manuel. ¿Para que una niñata lo burlara a las primeras de cambio?

—¡No te quedes ahí parado! —le exigió Clara mientras aferrada a su brazo lo zarandeaba de un lado a otro—. ¡Haz algo! ¡Haz algo!

La muchacha se incorporó en el asiento. Desdobló sus piernas en un movimiento

lento y elegante, casi felino. A Manuel Vargas le faltó el aliento. Por un instante deseó a aquella chiquilla de una forma abrumadora, todo su cuerpo lo empujaba a poseerla allí mismo, nunca en la vida había sentido tal arrebató de pasión, tanta lujuria... Tras levantarse, hizo un gesto curioso, un alisar de falda en el que había un recato impropio de su atuendo.

—¿Quién eres tú? —Se olvidó del deseo. Aquella chica había irrumpido en su casa—. ¿¿Qué haces aquí!? ¿¿Cómo has entrado!?

—Es fácil si sabes cómo hacerlo —dijo—. Lo hice ya una vez. Da igual los candados que pongan en sus puertas, da igual el número de cerraduras, nunca podrán mantenerme fuera si quiero entrar. —Realizó una pequeña reverencia, como si lo natural fuera felicitarla por su talento para allanar casas.

Ambos la miraban asombrados. Aquella había sido la joven que les había robado semanas atrás, la que había saqueado sus armarios, su nevera, y había roto en pedazos el dibujo de Sara. Aquella desvergonzada se había atrevido a regresar. ¡Una niñata que apenas abultaba metro y medio del suelo! Una drogadicta probablemente. Manuel dio un paso al frente, dispuesto a plantarle cara, dispuesto a demostrarle que había que ser muy valiente o muy estúpido para intentar enfrentarse a él en su propia casa. Pero no tenía sentido.

Aquella muchacha era poco más que una niña. Quizá fuera una trampa. Quizá no había venido sola. Tal vez perteneciera a una banda. Miró alrededor, temeroso.

—No hay nadie más —confesó ella. Y a continuación dijo algo tan sorprendente que su cerebro tardó en descodificarlo—: Me gustaría hablarles de su hija.

—¿Sara? ¿Sarita? —Clara fue la primera en reaccionar—. ¿Le has hecho algo a mi niña? —Durante un segundo pareció dispuesta a saltar sobre la muchacha—. ¡¿Qué le has hecho a mi hija?! ¡¿QUÉ LE HAS HECHO A MI HIJA?!

La desconocida negó con la cabeza.

—¿Yo? Nada. Se lo habéis hecho vosotros. —Se les acercó despacio, con un paso lánguido y dulce—. Fuisteis vosotros quienes le arrebatasteis sus sueños. Sara quería dibujar y se lo prohibisteis. Ni siquiera le permitisteis intentarlo. Y nadie debería tener ese poder. Nadie. Me gustaría que reconsiderarais vuestra decisión. Se merece al menos la oportunidad de intentarlo. La vida es demasiado corta y el mundo demasiado oscuro como para lastrar a la gente que amas. Dejad que vuestra hija brille.

Manuel no cabía en sí de asombro. Por si no era bastante humillante que se hubiera colado por segunda vez en su casa, ahora se atrevía a darles lecciones.

—Espera, espera... —Hizo un gesto violento hacia aquella muchacha estrambótica—. ¿Has vuelto aquí para decirnos cómo educar a nuestra hija? ¡No me toques los...! ¿Quién te has creído que eres? ¡Voy a llamar a la policía! ¡Eso es lo que voy a hacer! —Y efectivamente sacó el móvil del bolsillo interior de su cazadora.

Y de pronto, en la mano de la muchacha apareció un cuchillo, una daga de hoja retorcida envuelta en hebras de humo negro. Clara soltó un grito. A Manuel se le



escapó el teléfono. Aquella arma no había estado allí antes. Había aparecido de la nada.

—No. Lo de vuestra hija es un simple consejo. Yo he venido a otra cosa. He venido a salvaros la vida. —Y la incongruencia de esa frase y el arma que empuñaba fue tan clara que tanto Clara como Samuel pensaron que habían entendido mal—. Veo vuestras almas —dijo—. Soy capaz de asomarme a ellas y descubrir qué ocultan. Conozco todos vuestros secretos: los nombres de vuestros amantes, la combinación de las cajas fuertes, las cuentas ilegales, las apuestas y chantajes... Sé el nombre de tu camello y dónde encontrarlo —dijo mientras miraba a Manuel—. Sé qué hiciste cuando tenías quince años y lo que pasó después con el fruto de ese error —anunció mirando a Clara—. Y también sé que, tarde o temprano, uno de los dos asesinará al otro o pagará a alguien para que lo haga. Y no voy a consentir que eso ocurra. —Aquella joven estaba llena de sombras—. Me da igual lo que hagáis con vuestras vidas, no me importa si os reconciliáis o si os termináis separando. Tanto me da. Pero os quiero vivos. Os quiero vivos a ambos. Por eso estoy aquí. Para salvaros. Pero si a uno de los dos le ocurre algo, volveré a por el otro. Le arrancaré la piel a tiras y luego volveré a cosérsela. Y no es una amenaza vana. No es una exageración. —La sonrisa se afiló todavía más—. Ya lo he hecho antes.

\* \* \*

El lector aceptó el trato, no le quedó más alternativa. Al menos así, su muerte, su supuesta muerte, tendría algún sentido. Serviría de algo. Mantendría a su familia protegida. Podía bregar con la idea de morir, no le daba miedo enfrentarse a ella, pero le sobrepasaba la idea de que algo pudiera sucederles a sus hijos o a su esposa. Tenía que protegerlos, era su deber, su obligación, y para ello no le quedaba otro remedio que ceder a los deseos del conde. Aceptar aquel acuerdo era su única salida lógica.

Sagrada lo durmió con solo murmurar una palabra. Un tiempo después, imposible precisar cuánto, despertó en la mazmorra que iba a ser su hogar durante el resto de su vida. No tuvo tiempo de familiarizarse con ella. Al poco de recuperar la consciencia, los sirvientes silenciosos de la casa sin ventanas acudieron por él; eran criaturas sin piel, cubiertas de sangre. Lo condujeron hasta un altar de piedra perdido entre galerías de hueso y roca; fue un viaje corto que perduraría en su memoria para siempre: esos pasajes retorcidos, las puertas de las mazmorras, los alaridos, las sombras entrevistas... Los sirvientes lo tendieron en el altar, con una delicadeza molesta, como si fuera una virgen frágil a la que fueran a sacrificar. El lector evitó mirar en todo momento las dos redomas que aguardaban en un lateral del altar, sabía muy bien lo que iban a contener dentro de poco. El conde Sagrada no tardó en aparecer, con su paso lento habitual, con la indolencia del que nunca tiene prisa ni

urgencia. No hubo preliminares, no hubo sortilegios ni cánticos. Se limitó a inclinarse sobre él y acercar su mano derecha a su ojo izquierdo, el dedo índice y el pulgar convertidos en una pinza.

—Solo será un momento —anunció.

Sus cuencas no estuvieron vacías durante mucho tiempo, pocos días después de la extracción le introdujeron ojos nuevos. Como pronto averiguaría, uno era gris perla, el otro azul claro. Ojos de virago. Y a través de esos ojos ajenos, la visión regresó. Sus ojos no se asomaban a la celda en la que estaba confinado, sus ojos no le mostraban la realidad que lo rodeaba, nunca lo harían por el sencillo motivo de que no estaban preparados para ello. Sus nuevos ojos se asomaban a otros cuerpos: a los de dos bebés de pecho. La primera vez que miró a través de ellos, ambos compartían una misma jaula de madera, repleta de paja, hojas secas y ramitas. Le costó trabajo lidiar con las imágenes duales que se le vertían en la mente, pero acabó consiguiéndolo. No le extrañó comprobar que los niños tenían sus antiguos ojos, el macabro intercambio que era la raíz de todo aquello había funcionado a la perfección. Era todo tan irreal, tan de pesadilla enloquecida: los niños con sus ojos de lector, conectados entre sí, y él con los ojos que les habían arrancado, enlazado para siempre a ellos, pasajero perpetuo de sus vidas. El conde Sagrada le había robado su existencia, pero, a cambio, le había regalado las de aquellos dos muchachos.

—¿Sabrán que estoy en sus cabezas? —le preguntó una vez al conde Sagrada.

—Jamás —contestó—. El lazo que os une es secreto. Nadie lo puede detectar.

El lector vio crecer a los dos viragos. Día a día, minuto a minuto, vivió sus vidas desde aquella celda, convertido en un espía cotidiano, en el *voyeur* definitivo. Las imágenes que llegaban a él eran silenciosas, siempre mudas. Asistió a las lecciones que les impartían los monstruos de la casa sin ventanas, a sus dramas minúsculos, a los berrinches de niños malcriados... Llegó a conocerlos mejor de lo que Evan y Ariadna se conocerían jamás. Sufrió con ellos, rio con ellos en aquel mundo silencioso al que se asomaba en primera persona. Terminó amándolos. Fue inevitable. Sus vidas eran todo lo que tenía. Los vio morir, por supuesto. Los vio morir una y otra vez, vivió en su carne el tormento de cada una de sus muertes, los acompañó en su sufrimiento, sin poder aportarles consuelo. Y los vio regresar a la vida, a veces tras largos periodos de tinieblas. Lo peor eran los momentos en los que ambos viragos coincidían muertos. Entonces la oscuridad suprema se cernía sobre él, una negrura densa y pétrea que lo lastraba, a veces durante días, y le llevaba a anhelar su propia muerte. Pero siempre acababan regresando.

Los años pasaron. Los vio matar, los vio transformarse en criaturas crueles, inhumanas, monstruos de la Carroña, indistinguibles ya del resto. Y aun así continuó amándolos. Los vio abandonar la niñez para convertirse en adolescentes. Los vio descubrir aterrados el destino que los aguardaba, revelado por aquella vieja vidente a la que Evan había cortado el cuello en un mausoleo en un filo lejano. Los vio huir a Iskaria y luego regresar, derrotados, heridos en lo más profundo. Vio a Evan reclamar

el collar de telarañas y cristales e invocar a los muertos en una mansión repleta de espantos y asesinos. Fue testigo de cómo un hechicero moribundo atrapaba a Ariadna en una trampa invisible...

La vio despertar también en un hospital, sin ser ella ya, perdido todo recuerdo de sí misma. El lector lo vio todo desde su celda, en lo profundo de la casa sin ventanas. El enlace entre los dos viragos había quedado roto, pero no así el que los mantenía unidos a él. Acompañó a Ariadna en su odisea, en su huida de la oscuridad. Conoció a Steve al mismo tiempo que ella, vio cómo sus manos se entrelazaban, manos de naufragos que se ayudan el uno al otro a salir a la superficie.

Y después llegaron Edmund y Ángela, la pareja ideal, los salvadores, los reparadores de muñecos rotos. Y aquella familia extravagante, y a un tiempo perfecta, se trasladó a Madrid. Y el lector se fue con ellos, oculto en la mirada de Ariadna, el pasajero ignorado. Poco después llegó Marc, aquel muchacho desgarbado, con su hoyuelo en la barbilla y esa forma de mirar a Ariadna que no dejaba duda alguna sobre sus sentimientos hacia ella. Los vio bailar la danza torpe del galanteo que tiene lugar entre las almas inseguras. Los vio enamorarse, sin tapujos, sin reservas, con la pureza y la rabia del primer amor. La felicidad de Ariadna fue la suya, aunque no podía evitar pensar que aquello terminaría pronto, que el conde Sagrada reclamaría tarde o temprano lo que le pertenecía.

Y mientras tanto, Evan permanecía en Iskaria, dedicado a su labor de acumular poder, realizando salidas esporádicas al mundo oculto con el fin de proseguir con su obsesiva recolecta de almas, ignorante, como Ariadna, de que el conde Sagrada estaba al tanto de hasta el último de sus movimientos. Los viragos querían libertad. Y eso mismo les había concedido el señor de la Carroña. Libertad, sí, aunque una libertad bajo constante vigilancia. Una libertad falsa.

—¿Cuándo los harás regresar? —le había preguntado en una ocasión, dos años después de que ambos muchachos hubieran abandonado la hermandad de asesinos.

—Cuando llegue el momento. No antes.

A través de Evan y Ariadna, había ido desentrañado muchos misterios de la casa sin ventanas. Sabía más de la Carroña que todos sus miembros, a excepción, por supuesto, de la criatura que los dirigía. Y hasta había llegado a comprender, aunque solo fuera en parte, al propio Sagrada.

El lector a veces se preguntaba hasta qué extremo llegaba la habilidad de manipulación del conde. «Hombres libres», no se cansaba de repetir, «eso es lo que quiero a mi alrededor. Hombres libres que me sirvan en libertad». Pero era mentira, por supuesto. El lector lo sabía. Lo que Sagrada quería eran seres esclavizados que no fueran conscientes de sus cadenas. Necesitaba las criaturas más sumisas que se pudiera concebir: esclavos que se creyeran libres.

¿Habría sido el conde Sagrada quien había preparado la subasta en Madrid? ¿Había movido sus hilos para atraer a Evan hasta la ciudad donde se encontraba Ariadna? Era probable. Muchos de los objetos a subasta eran poderosos cebos para el

virago. La espada, la brújula en la Umbría, la sangre de Nocta... ¿Estaría el conde detrás de la muerte del propio Angus Rovira, el anterior dueño de esos objetos? El hecho de que el lector se lo planteara daba una idea del alcance del poder del conde. Sin duda había sido Sagrada quien había reactivado el enlace entre Ariadna y Evan, había sido él quien había puesto de nuevo en comunicación los ojos que una vez le habían pertenecido. Y con ello había desencadenado los acontecimientos que pusieron punto y final a la vida feliz de la virago. Durante los días siguientes a la reactivación del enlace, el conde prácticamente vivió en su celda. Estuvo presente durante la accidentada subasta y asistió junto a él al asesinato de Ariadna y su familia. El lector lo mandó llamar cuando la virago resucitó y también requirió su presencia cuando comenzó su periplo por las casas iguales. Los viragos eran un bien precioso, joyas mágicas, y el conde los trataba como a tales. Velaba por ellos como un padre celoso, obsesivo hasta la extenuación. Lo que le llevaba a veces a plantearse preguntas incómodas, no solo con respecto al pasado de Ariadna, también sobre el suyo propio, preguntas a las que le daba verdadero pánico enfrentarse.

Sagrada era el rey de los manipuladores, desde la casa sin ventanas movía sus hilos, tejía y destejía como una hacendosa araña, haciendo creer a sus esclavos que eran dueños de su destino cuando era él quien lo escribía, párrafo a párrafo, línea a línea. Eso le aterraba, porque, a fin de cuentas, él era también uno de sus peones y porque, a veces, en sus sueños, se soñaba a sí mismo en su otra vida, en la anterior a sus largos años de encierro, y cuando eso sucedía siempre se soñaba solo, nunca con familia. Se soñaba solitario y arisco, inmerso en una vida alejada del resto de los mortales, dedicado en cuerpo y alma al arte de la lectura e incapaz de forjar lazos con nadie por ese mismo motivo. En sus sueños estaba solo. En sus sueños no había espacio para Bárbara y los gemelos. Y en definitiva había sido la amenaza a su familia lo que le había hecho aceptar aquel macabro arreglo. ¿Lo habría manipulado con la segunda lectura para crear una familia inexistente con la que chantajearlo? ¿Habría sido capaz de eso? ¿Habría reescrito su interior para conseguirlo? Necesitaba que colaborara con él, necesitaba que fuera obediente, necesitaba que temiera más a la muerte de sus seres queridos que a la suya propia para acceder a participar en esa mascarada. ¿Habría llegado a ese extremo el conde Sagrada? Al lector le daba miedo considerarlo. Porque aceptarlo implicaría hacer real a ese lector amargado de sus sueños, a ese ser vacío, a ese solitario... Porque aceptarlo equivaldría a matar a su familia del mismo modo en que Sagrada lo habría hecho de no ceder a sus deseos. El lector a veces se veía a sí mismo como un títere enredado en sus propias cuerdas.

De cuando en cuando, el conde le hablaba de su familia, pero quizá todo aquello no fuera más que un intento de continuar manipulándolo, de reforzar esa ficción creada por la doble lectura. La última vez fue poco después de que Ariadna resucitara.

—Tu mujer tiene un nuevo pretendiente —le informó el conde—. Se llama Héctor y es tejedor de destinos en Soberbia. Lo hemos investigado a conciencia. No

es un mal hombre, cometió algunos errores en su juventud y debe más dinero del que tiene, pero eso se podría solventar sin muchos problemas. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Matadlo. —Y acto seguido, como si quisiera dejar claro que aquello no era una orden, añadió—: Os lo suplico.

—Así se hará.

Vivía en la casa sin ventanas. Y eso lo convertía en un monstruo más, el monstruo distante, el desconocido, el que espiaba por las rendijas del mundo. Pero desde las sombras también mataba. O quizá no.

\* \* \*

Por más que lo buscó, Ariadna fue incapaz de encontrar al hombre del pelo gris que la había rescatado de Malasuerte. Le resultó imposible dar con él. En el fumadero no lo conocían, no era uno de los clientes habituales, aseguraban. Nadie recordaba a un hombre con una herida en la mano como la que describía. El camarero fue en esta ocasión mucho más agradable con ella, al igual que durante su visita anterior, cuando cedió al impulso estúpido de probar la esencia negra. Todos eran más amables, de hecho. Como si intuyeran que era alguien a quien se debía tratar con respeto, como si todos comprendieran que no era conveniente contrariarla.

No, por mucho que buscó no logró encontrarlo. Ni siquiera cuando averiguó su identidad. Eso sí resultó sencillo. Aquel hombre había compartido andanzas con Edgar Müller y su mujer, y ellos habían sido personajes célebres, sobre todo en Alemania, como evidenciaba el revuelo mayúsculo que siguió a sus asesinatos. Buena parte de sus aventuras estaban bien documentadas en las diferentes redes. Le bastó con investigar la expedición a la fortaleza agrietada donde había desaparecido el padre de Sonia para averiguar el nombre de su escurridizo salvador: Délano Gris. Una vez supo quién era, fue fácil recabar información sobre él. Por lo visto había sido un aventurero por contrato, un hombre de múltiples habilidades que no dudaba en ofrecerlas al mejor postor, como hacían muchos en el mundo oculto. No había alcanzado ni por asomo la fama de los padres de Cario, pero contaba en su haber con más de una curiosa hazaña y, también, con más de un sonoro fracaso. Había sido dado por muerto tres años atrás, durante un incidente en los lugares de paso en el que había estado implicada Garra Dentada, uno de los engendros del Panteón Oscuro. Por lo visto había aparecido de pronto en una encrucijada y había arrasado el asentamiento que se levantaba allí. Que Ariadna se hubiera encontrado con el tal Délano después de aquello no implicaba que los rumores de su fallecimiento no fueran ciertos. Ella era la prueba de que a veces la vida y la muerte podían ser estados muy relativos.

La virago decidió dejarlo pasar. No era momento para perseguir fantasmas. De todas formas, aunque lo hubiera encontrado tampoco tenía claro qué hacer por él. No podía saber qué carga doblaba su espalda y desconocía, por tanto, la manera de salvarlo. Si es que había alguna. El propio Délano Gris parecía no creer que la hubiera. «La única diferencia entre los dos es que yo estoy más allá de toda ayuda», había asegurado.

Y quién sabe. Tal vez fuera cierto. Tal vez llegado cierto punto se superaba el umbral de una posible salvación. Se preguntó si sería tarde para ella. Y cuestionárselo le dio esperanzas de que no fuera así.

\* \* \*

El lector escuchó de nuevo cómo la puerta se abría y alguien entraba en la mazmorra. Era el conde Sagrada otra vez. No lo había visitado desde hacía varios días, desde que los mercenarios habían encontrado la muerte a manos de la Carroña y Ariadna. Su mirada inquisitiva no tardó en destrozarlo por dentro. En sus sueños, los ojos del conde Sagrada tenían garras.

—Ariadna ha emprendido el regreso a casa —le anunció el lector cuando no pudo soportar estar más tiempo en silencio—. Muy pronto la tendremos de vuelta. Ha estado deambulando por la Tierra Pálida, visitando gente aquí y allá. A una prostituta de un burdel de carretera, al muchacho que la atropelló, a los dueños de la casa en la que robó antes de regresar al mundo oculto... Habló con ellos. Intentó cambiar sus vidas. Intentó salvarlos. Fue también al Filo de la Prefectura de Katay, bajó a la sala subterránea y mató a los viragos con la espada de la subasta. Los liberó de su maldición. Ha cambiado, conde. No es la misma Ariadna que vivió en la casa sin ventanas hace cuatro años. La Tierra Pálida la ha cambiado.

Poco después, escuchó el sonido del conde Sagrada al levantarse de la banquetta. La visita llegaba a su fin. El lector tenía la corazonada de que estas iban a ser mucho menos frecuentes a partir de ahora. La virago volvía al redil, Ariadna regresaba a la casa sin ventanas, ignorante de que no había sido nada más que un títere en manos del monstruo que gobernaba aquel lugar. Y él quizá tardara mucho tiempo en volver a tener la oportunidad de hablar con el conde. No pudo evitarlo. Antes de que el señor de la Carroña llegara a la puerta, se oyó preguntar:

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué has conseguido con todo esto? No lo entiendo. No lo termino de entender...

Por unos instantes, creyó que el conde se iba a marchar sin contestarle, creyó que iba a dejarlo sumido en la oscuridad, en la ignorancia. Pero entonces, cuando creía estar a punto de escuchar el sonido de la puerta al abrirse, el conde Sagrada respondió:

—Porque la Ariadna que creé hace dieciocho años estaba incompleta. —Su voz era de cristal y azufre, su voz tenía la amargura de los venenos letales y de los últimos besos—. Era defectuosa. Sus dudas, sus ansias, de poco me servían. Necesitaba domarla, como se doman las fieras, como se doman las sombras de la Umbría. Necesitaba forjar su alma del mismo modo en que forjé su cuerpo cuando Barrabás la trajo a la vida gracias a mi magia.

—La segunda lectura...

—La segunda lectura no funciona con los viragos, de haber sido así, me habría servido de ella para modelar a Ariadna a mi antojo. No me quedó más remedio que buscar otro camino para domarla.

—¿Por eso la abandonaste en la Tierra Pálida?

—El escenario en el fondo era intrascendente. Lo importante era lograr que Ariadna fuera feliz.

—Para luego arrebatárselo todo.

—La verdadera agonía no llega a través del dolor, llega a través de la pérdida. Y necesitaba que Ariadna sufriera. Necesitaba que se familiarizara con el sufrimiento, con el sufrimiento real. Que conociera la desesperanza. Que supiera lo que significa perderlo todo, absolutamente todo, y que lo único que te quede sea abrazarte a las tinieblas. Necesitaba que Ariadna viviera eso. Y ya está hecho. La forja ha terminado. Y le he demostrado que no hay más lugar en el mundo para ella que la casa sin ventanas.

El lector guardó silencio, recapacitando sobre lo que acababa de escuchar. Había una última cosa que le gustaría saber. Una última duda que le daba verdadero pánico despejar, porque si su sospecha era acertada aquella charada adquiriría una dimensión todavía más macabra. No encontró valor para formular esa pregunta, pero no fue necesario, el conde la leyó en él.

—Te preguntas si he tenido algo que ver con la felicidad de Ariadna en la Tierra Pálida. Si contribuí a crearla de algún modo.

El lector asintió, temeroso de oír la respuesta. Y tal vez por eso se encontró diciendo, con voz atropellada:

—Los títeres. Las marionetas de la madre, de Ángela. Desde que vi a qué se dedicaba, sospeché. Desde la misma tarde en que le mostró a los niños uno de sus muñecos... No quise creerlo. No quise. —Porque era demasiado demencial, porque era demasiado cruel hasta para el monstruo que tenía ante él—. Pero la sospecha ha estado ahí desde entonces.

—Evan y Ariadna son viragos —dijo el conde—. Criaturas fabulosas, hijos del milagro y la sombra. Son más portentosos de lo que nadie puede imaginar. ¿De verdad pensabas que iba a abandonarlos al capricho del destino? No. Por supuesto que no. Evan era capaz de cuidarse solo. Pero Ariadna no tenía memoria. Estaba indefensa en el mundo del hombre. No podía consentir eso. Le proporcioné tres custodios, modelados para que fueran perfectos para ella. Sí, las almas que vivían

junto a Ariadna me pertenecían. Las tres.

—Dios mío... —murmuró el lector.

«No hay más dios aquí que yo. Y no soy un dios benévolo».

—Primero fue el niño —anunció. El lector cerró los ojos, pero la oscuridad no acudió a consolarlo. Veía a Ariadna, de viaje de regreso, de camino hacia el monstruo que llevaba años modelándola a distancia—. Me lo ofrecieron sus padres en una ceremonia de invocación. Querían que la Carroña atendiera sus ruegos, ansiaban la muerte de un familiar lejano. Lo abrieron en canal en la mesa de la cocina y lo rellenaron de especias como ofrenda. Yo mismo atendí a su llamada, aunque no como ellos esperaban. Ariadna necesitaba un compañero, una mano a la que asirse. Y decidí que aquel niño era el candidato perfecto. Le di la segunda vida y prendí fuego a sus padres. Luego lo remodelé a mi gusto. Soplé en él el aliento del falso libre albedrío y luego manipulé los acontecimientos para que lo condujeran hasta la institución donde la Segunda Cancillería retenía a Ariadna. Lo reconoció como a un hermano. ¿Cómo no hacerlo? Tenía mi sello en él, mi estigma. Su presencia lo calmó.

—¿Y los padres? ¿Edmund y Ángela?

—Ella murió en un accidente de coche. El choque la partió por la mitad y la inferior resultó tan dañada que no pude traerla de nuevo a la vida. No me importó. La hizo más real, le dio más peso a ojos de Ariadna. Su fragilidad le daba una fuerza que admirar, que envidiar. Las marionetas fueron un impulso de último momento. Siempre le han gustado las muñecas. Pensé que le gustaría vivir en un entorno repleto de ellas.

»El padre se suicidó en Berlín, en Nochevieja, a las doce de la noche, como tenía planeado. No encontró un espectáculo de títeres que le cambiara la vida, no hubo ninguna sonrisa que lo convenciera de que merecía la pena vivir. Sí, recolecté sus almas. Las almas de los tres. Les di forma, carne y hueso, una historia y el aliento de la segunda vida. Los convertí en la mejor compañía que Ariadna podía tener. La oscuridad del mundo la abrasaba, necesitaba la luz de la Tierra Pálida. Le di la libertad, le di la felicidad. Le di una familia.

—Para luego sacrificarla ante sus ojos. —Una idea terrible, propia de un ser terrible—. ¿Y Marc? ¿Él también?

—No tuve nada que ver al respecto. —El alivio que sintió el lector fue indescriptible. Pero duró poco. En el fondo de nada había servido que aquella parte fuera real—. El azar lo puso en el camino de Ariadna, aunque al final el papel que ha desempeñado ha sido tan importante como el de ellos.

El lector suspiró. Sus sospechas se habían confirmado. Ariadna había vivido una mentira desde el principio, una mentira ideada por el propio conde. El titiritero de la casa sin ventanas había permanecido siempre oculto entre bambalinas, sin cesar de mover sus hilos, haciendo bailar a sus criaturas de un lado a otro del escenario. Y ese era el monstruo al que servía.

«Mi familia, lo hago por ellos. Por Bárbara, por los gemelos. Sus vidas dependen



de mí. Su seguridad».

El conde Sagrada había vencido. Esa frase lo resumía todo. Le escuchó reanudar su camino hacia la puerta. Y de nuevo por impulso no le quedó más remedio que decir:

—Es una lástima que para forjar un arma no te quedara más remedio que sacrificar otra —dijo. Necesitaba recordarle que su victoria había sido parcial. Que había conseguido a Ariadna, pero que había perdido a Evan por el camino.

—¿Destruir otra? —preguntó y había verdadera sorpresa en su voz—. Hay distintas formas de forjar un arma —dijo—. Algunas necesitan su tiempo, las elaboras con delicadeza, con paciencia. Otras, en cambio, no te queda más remedio que forjarlas a golpes. Su naturaleza es distinta, aunque los materiales que has usado hayan sido idénticos. A esas otras armas las golpeas sobre el yunque una y otra vez, una y otra vez. Hasta quedarte sin aliento, sin resuello, hasta que no puedes más. De ese modo les das la forma adecuada. Las domas.

El lector tardó un instante en comprender lo que implicaba aquel discurso.

—Evan... —murmuró. Y la oscuridad de su ojo izquierdo cobró una dimensión nueva.

—No existe nada en este mundo ni en otros capaz de matar a un virago —dijo el conde—. Nada. No existe magia ni tecnología, ni ciencia olvidada ni arte oscura capaz de arrebatarse la vida a un virago. Y mucho menos una ridícula espada.

\* \* \*

Evan abrió los ojos en la densa oscuridad de una de las mazmorras de los niveles inferiores de la casa sin ventanas. Abrió la boca todo lo que le daban de sí las mandíbulas en un grito silencioso, impotente, un alarido de pura frustración que estaba más allá del sonido... Era tal la rabia que lo consumía que su propio cuerpo se negaba a manejarla, a darle forma. Intentó moverse pero un sinfín de cadenas se lo impidió, estaba aplastado bajo su peso. Tras unos minutos interminables, el alarido frustrado que emergía de su garganta se convirtió en un gruñido bajo, gutural, un sonido que nada tenía de humano. El rugido de una bestia atrapada.

No debería estar vivo. La espada tenía que haber acabado con él, sin posibilidad alguna de regreso. Matanza había sido forjada para eso: para arrebatarse la vida a seres que no podían morir. Pero se había equivocado. En eso también se había equivocado. Como con Ariadna. Había recuperado la memoria y aun así lo había rechazado, había renegado de aquel amor que una vez pareció destinado a consumir la propia realidad. «No te quiero. Nunca te he querido». La garganta le sabía a polvo y humo, a desolación. Había pasado mucho tiempo muerto. Presentía que semanas. El trauma de la resurrección se le anudaba a las articulaciones y sembraba de cristales sus órganos

internos, del modo exagerado en que lo hacía cuando tardaba mucho tiempo en regresar a la vida. La espada había hecho lo imposible por mantenerlo muerto, pero no había sido suficiente. Su naturaleza de virago había conseguido burlarla, ahí estaba otra vez él para demostrarlo, escupido a la vida desde el olvido, un manchón de existencia en el entramado de la creación, un sucio pedazo de barro al que le negaban el descanso del no ser.

Respiró hondo. Sus ojos no se acostumbraban a aquella oscuridad tremenda, a ese miasma sólido en que estaba enterrado vivo. Intentó moverse, pero las cadenas que lo aprisionaban impedían el más mínimo movimiento, se le enroscaban al cuello como culebras, a los tobillos, a los muslos, a la cintura, a las muñecas, a los antebrazos... El peso de los eslabones lo aplastaba contra el suelo y la pared como la mano de un gigante.

Buscó a Ariadna, pero su enlace con ella ya no estaba, no había rastro de él. En los años que había estado desaparecida al menos había sido consciente de la existencia de ese enlace, era una reverberación en una esquina de su mente, una puerta que aunque no conducía a ninguna parte estaba allí. Pero ya no había nada.

Musitó la tercera palabra de la luz, pero además de la libertad le habían arrebatado la magia. ¿Aquel sería su destino a partir de entonces? ¿Ese era su castigo?

El tiempo transcurría lento y tedioso en aquella nada negra. Y con su devenir su furia y su rabia fueron en aumento. Intentaba no pensar en Ariadna, pero estaba tan imbricada en su recuerdo que le costaba trabajo apartarla de su pensamiento. Y el recuerdo traía consigo el dolor. Tiró con fuerza de sus cadenas, imprimió toda la potencia que eran capaces de generar sus músculos. Sintió cómo sus huesos comenzaban a quejarse, notó cómo las vértebras de su cuello eran llevadas al límite. Escuchó el chasquido de su esqueleto al romperse.

Poco después de resucitar, en la oscuridad se abrió una rendija de luz. Una brillante vertical de luz plateada que le hirió las retinas del mismo modo en que lo hubiera hecho la más brillante nova. El destello se abrió, un doloroso cuadro de luz sangrante que duró el tiempo que necesitó Gólgota para pasar a la celda. El demonio musitó la segunda palabra de la luz y un tenue resplandor se esparció por la mazmorra. Por fin pudo ver el mundo que lo rodeaba. Estaba en una celda vertical, poco más que un ataúd. El suelo estaba enrejado y la cuadrícula metálica sucia de sangre y podredumbre. Debajo se divisaba la oscuridad tremenda que cimentaba la casa sin ventanas.

—Gólgota... —murmuró. La voz le abrasaba en la garganta—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

El demonio no se dignó en contestar. Se limitó a acuclillarse en el suelo junto a él. Sus ojos romboidales estaban cuajados de sombras. Lo observó durante largo rato, su mirada se deslizaba por su cuerpo desnudo. Evan intentó leer entre líneas en él, pero eso también le estaba vetado. La celda en la que se encontraba le había despojado de

todo lo que era, lo había transformado en un mero pedazo de carne.

Y la mirada de Gólgota al recorrer su cuerpo acrecentaba esa sensación. Estaba decidiendo por dónde comenzaría a torturarlo.

—Gólgota... —Se removió entre las cadenas—. Dime algo, maldito seas. Dime algo.

El demonio de Morjabalan le fulminó con la mirada.

—Prometí matarte mil veces, bastardo —le anunció—. Y siempre cumplo mis promesas.

De pronto las cadenas dieron una sacudida y lo alzaron en el aire. Lo dejaron suspendido en la celda, bocabajo, con los brazos caídos y las piernas abiertas, expuesto como una res en el matadero. Como lo que era. Gólgota se levantó despacio, con la sonrisa en los labios del que demora unos instantes una tarea que lleva tiempo anhelando. Levantó la mano derecha ante el rostro de Evan. Las uñas del demonio se alargaron, se afilaron, de ellas comenzó a fluir icor negro. Ponzña virulenta preparada para multiplicar el dolor. El demonio le dedicó una sonrisa.

Luego comenzó a cortar.

Los gritos de Evan se unieron al momento al griterío continuo de los niveles inferiores de la casa sin ventanas. El dolor era deslumbrante, puro, el dolor le atravesaba la quijada y le hacía añicos el cráneo, sembrándole el cerebro de estrellas en llamas y mordiscos de animales. Evan lloraba lágrimas de sangre.

Su canción secreta se desenredó a su alrededor, ganó altura y fuerza, y se unió en comunión con los centenares de melodías agónicas que se estaban interpretando en aquel momento en los sótanos de la casa sin ventanas.

\* \* \*

En el claro de un bosque se levantaba una puerta. Era enorme, de madera vieja y gris; su arco, apuntado, estaba repleto de tallas: palabras escritas que no tenían sentido en ningún lenguaje conocido por el hombre, formas que configuraban criaturas no contempladas en zoología alguna, figuras geométricas de ángulos imposibles que insultaban a la razón y a la matemática; y todas esas tallas se movían de forma constante en la madera, frenéticas, inquietas. Se estrangulaban unas a otras en un intento de prevalecer, de dejarse ver, de ser reales durante el mayor lapso de tiempo posible. La puerta no solo estaba allí, esa misma puerta se encontraba situada en múltiples espacios y tiempos. Se abría en el ártico, entre ventiscas y nieve eterna, en lo alto de una explanada que nunca fue ni será hollada por nada vivo. La puerta se elevaba en un erial radiactivo de un mundo en colapso, se destacaba en el frío espacio, a lomos de un cometa, que cruzaba, solitario, una galaxia muerta. Se abría en una pared de estuco blanco, al fondo de un retorcido pasillo en una casa encantada.

Se perfilaba en la fachada de una catedral roja como la sangre, erizada de lanzas y espinas.

La puerta era una y, al mismo tiempo, múltiple.

La muchacha llegó de entre el verdor del bosque. Una bota blanca, la otra azul oscuro, medias raídas, falda rota y una camisa gris a la que había arrancado ambas mangas. Llevaba un sombrero negro, pequeño, con un desgarró en el lateral izquierdo que dejaba ver el fieltro. Su caminar era indeciso, como si no terminara de estar muy convencida de lo que estaba haciendo. La puerta aguardaba en el claro del bosque, siniestra e imposible, cargada de posibilidades, de destinos, de sangre por verter y peligros que afrontar.

Ariadna se detuvo a la orilla del claro. Se quitó el sombrero y alzó la vista hacia el cielo borroso que se extendía sobre el bosque. Las nubes adoptaban formas extrañas allí arriba, tan cambiantes y enloquecidas como las tallas de la puerta. Dependiendo de la perspectiva veía cuerpos despedazados a medio sumergir en un mar azul o un cuadro bucólico de animales que retozaban en un llano de colores equivocados. Pero si entrecerraba los ojos alcanzaba a distinguir una silueta tras ellas, inscrita entre los huecos que las nubes dejaban en el cielo. No era real, por supuesto, solo un espejismo. Era una suerte de criatura humanoide que estiraba los brazos de manera grotesca. Sus manos eran largas y angulosas, y de sus dedos colgaba un sinfín de hilachas que descendían, como cuerdas de cometa, hacia tierra. Era un titiritero, un titiritero dibujado entre las líneas del cielo, manejando con soltura el movimiento de las nubes, el destino de los hombres y las paradojas de los monstruos.

Ariadna intentó leer entre líneas en esa inmensa figura, pero lo único que consiguió fue una inconmensurable sensación de vértigo, de apertura a océanos de luz. Por un momento, sintió sus pies a punto de separarse de la Tierra, la ingravidez tiró de ella, la tentó con su liviandad.

Apartó la mirada. La puerta aguardaba.

«Detén el tiempo», se dijo, todavía en el lindero. «Deténlo. Páralo. Páralo. Páralo y mira alrededor. Contempla el mundo. Hazlo tuyo, prescinde de la oscuridad y las tinieblas, del horror, ignora por un instante, por un solo instante, todo lo terrible, todo lo que remueve las entrañas, toda la pena, todo el dolor, toda la angustia y todos los gritos. Y mira, mira alrededor».

«Y escucha».

Había una melodía oculta, una canción secreta, un ir y venir de cánticos, una locura enajenada, *in crescendo*, una luz que se resistía a perecer, una esperanza sitiada por legiones asesinas, una melodía inabarcable, casi silenciosa, pero persistente no en la memoria, sino en el corazón, en la entrañas, en el alma si tal cosa existía.

«Escucha».

*Habito el silencio, habito los resquicios, me abro camino entre las líneas del mundo, entre las grietas de las tumbas, en los espacios en blanco que se intercalan entre el sonido de fusilería, en las promesas que se cumplen, en los sueños que se*

*anhelan y en la mirada de los amantes destinados a no encontrarse.*

*Escúchame. Soy la canción secreta del mundo. Estoy aquí por ti. Puedes oírme. Eso te hace libre. Mientras puedas oírme serás libre. Cuando me niegues, perecerás, esa es la verdadera muerte. Ese es el verdadero olvido, el verdadero final. Soy la fuerza que guía al mundo. La voluntad. Lo imposible. Lo soy todo. La llamada que calienta al aterido, el sustento del famélico. Soy el entramado, la fuerza inabarcable.*

*Soy la canción por la canción. La excusa para el siguiente latido, la pausa entre besos. Soy ella. Soy él. Soy ese niño.*

*Y esa niña. Soy el anciano al borde de la tumba que sonrío porque todavía no ha caído en ella. Soy el grito de la lujuria, el estremecimiento del orgasmo, la llamada infinita.*

*Soy la vida.*

—Me quiso. Él me quiso —anunció Ariadna, la asesina, al tiempo que daba al fin un paso al frente, hacia la puerta monstruosa que aguardaba en el claro del bosque, en la llanura helada, en las ruinas sumergidas, en la catedral roja, en la casa encantada, en el mausoleo silencioso de un cementerio de un mundo que no existía.

Marc le había prometido estar siempre con ella. Y lo estaría, sin duda. Lo estaría.

Había hecho espacio para él en su interior, entre el caos de Ariadnas vociferantes y locas. Lo había guardado allí, a buen recaudo, en un lugar en el que siempre estaría a salvo. A salvo de todos.

Del horror, de los monstruos, de sí misma. Hasta del propio conde.

La puerta reaccionó a su presencia.

—¿Quién se acerca? —preguntó con voz desabrida, la voz que tendría la desesperanza si encontrara la forma de hablar—. ¿Quién se atreve a entrar en los dominios de la Carroña?

Ella lo pensó un instante mínimo.

—Me llamo Ariadna —dijo—. Y vuelvo a casa.

## AGRADECIMENTOS

A mis infatigables lectores de prueba, sin ellos estos viajes delirantes en los que me embarco no serían igual de divertidos.

A Carmen Pila, María Martín, Santiago García y Seve Fernández. Mis infatigables lectores de prueba, sin ellos estos viajes delirantes en los que me embarco no serían igual de divertidos. Gracias por los correos electrónicos, los insultos, las capturas de pantalla, las largas conversaciones y los maravillosos apuntes en los márgenes de los folios.

Gracias por ser tan geniales. ¡Nos vemos en el próximo libro!